

Materiales de la revista Casa de las Américas de / sobre Ernesto Che Guevara	Titulo
Reloba, Xenia - Compilador/a o Editor/a; Martínez Heredia, Fernando - Prologuista;	Autor(es)
La Habana	Lugar
Fondo Editorial Casa de las Américas	Editorial/Editor
2017	Fecha
	Colección
Guevara, Che; Correspondencia; Ensayo; Testimonios;	Temas
Libro	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.org/Cuba/casa/20200419035704/Materiales-de-la-rev-Che-Guevara.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.org>

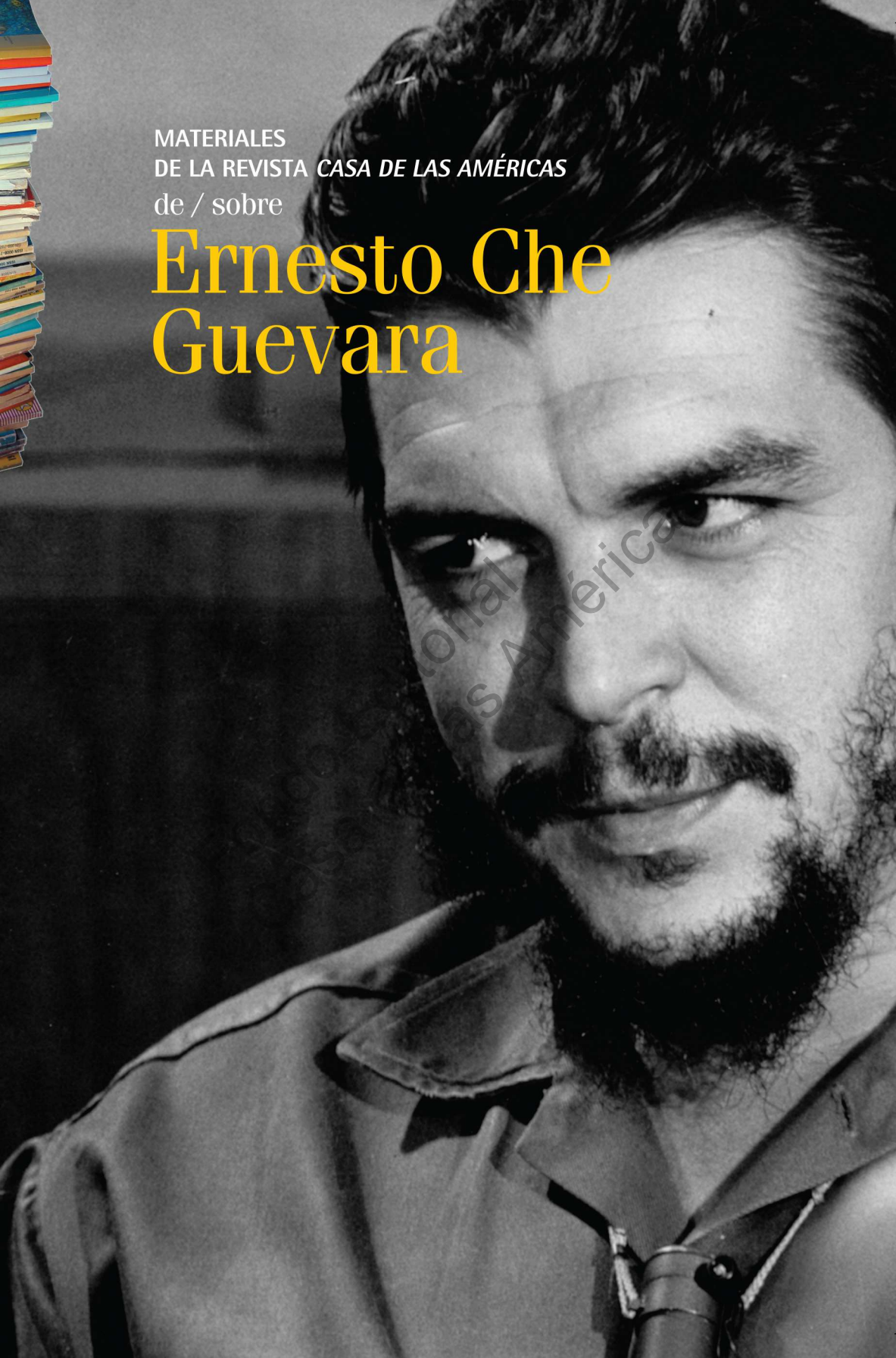
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.org





MATERIALES
DE LA REVISTA *CASA DE LAS AMÉRICAS*
de / sobre

Ernesto Che Guevara



Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



MATERIALES
DE LA REVISTA *CASA DE LAS AMÉRICAS*
de / sobre

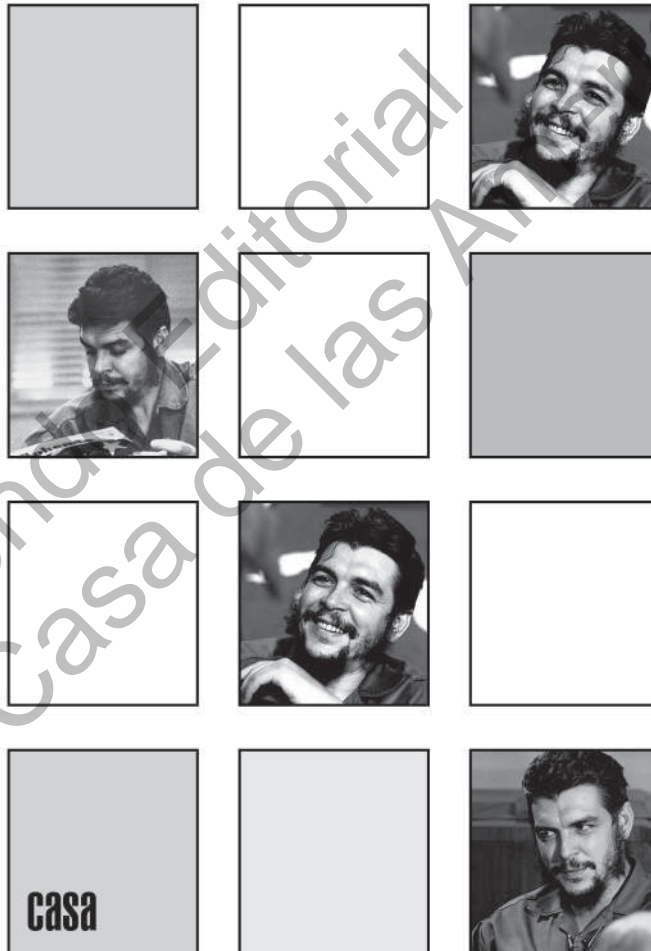
Ernesto Che Guevara

Fondo Editorial
Casa de las Américas

MATERIALES
DE LA REVISTA *CASA DE LAS AMÉRICAS*
de / sobre

Ernesto Che Guevara

Selección y notas de Xenia Reloba
Prólogo de Fernando Martínez Heredia



Edición: *Xenia Reloba*
Diseño: *Pepe Menéndez*
Fotos de cubierta y portada: *René Burri, cortesía del Centro de Estudios
Che Guevara*
Corrección: *Iris Cano Martínez*
Diagramación: *Alberto Rodríguez*
Digitalización de textos: *Roxana Monduy*
Biblioteca Casa de las Américas

Todos los derechos reservados
© Sobre la presente edición: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2017

ISBN 978-959-260-510-7

casa

Fondo Editorial Casa de las Américas
3ra. y G, El Vedado, La Habana, Cuba
www.casadelasamericas.org

EL CHE EN LA CASA DE LAS AMÉRICAS

En este número de la colección se reúnen la trascendencia de uno de los mayores seres humanos con la intimidad de los afectos más profundos. Ernesto Che Guevara poseía suficientes cualidades intelectuales para hacerse de un lugar distinguido en la república de las letras, pero su vida de revolucionario lo llevó por otro camino. En una secuencia más bien inversa, a la joven Haydee Santamaría, combatiente del Moncada, la clandestinidad y la Sierra Maestra, fue la revolución la que la convirtió en fundadora y presidenta de la Casa de las Américas.

La guerra en la Sierra fue el marco en que se conocieron Haydee y el Che, y en el que anudaron una profunda relación fraternal. En las menciones que Ernesto hace de ella en textos que se han conservado se evidencia siempre el cariño. Cuando le escribe a Hart una carta con ideas trascendentes para la cultura cubana, al despedirse solamente individualiza a Haydee, a la que llama, con gracia y exactitud, «tu belicosa mitad». La Revolución había ayudado al Che y a ella a convertirse en seres humanos ejemplares, al mismo tiempo que a combinar militancia con trabajo y condición de intelectuales de un modo y con resultados que son muy diferentes y superiores a lo que suele suceder en los tiempos que llamamos normales.

Me valgo entonces de Haydee hablándole al Che, conmocionada ante la noticia de su muerte, para iniciar este breve comentario introductorio: «hiciste una creación única, te hiciste a ti mismo, demostraste cómo es posible ese hombre nuevo, todos veríamos así que ese hombre nuevo es una realidad, porque existe, eres tú». Y rescato algo de la compleja riqueza de significado que contiene esta categórica valoración.

El autor del que leeremos textos propios y acerca de él no se ha limitado a ser un analista o un ensayista, un creador dentro de los cuerpos de ideas, el portador de un proyecto social o un profeta, o todo eso junto. Ha logrado convertir su vida, y su muerte, en un hecho significativo, en germen de una nueva realidad a la que la humanidad debe y puede tender. Plantea, por tanto, mucho más que argumentos, nociones y caminos posibles; pide, en consecuencia, mucho más que lectura, estudio y debates. El Che resulta, cuando menos, perturbador, y bien entendido es un ejemplo singular y una brújula, una prefiguración apta para guiar pensamientos y acciones a favor

de las liberaciones de los seres humanos y las sociedades, un instrumento al mismo tiempo subversivo y creador.

No será identificado entonces este libro únicamente por su número de ISBN, su título, la fecha y demás datos de su presentación al público. Puede tener mucho, inclusive, de organismo vivo, con las consecuencias diversas que esa naturaleza conlleva. Pero es obvio que eso solo sucederá si sus lectores son, también, mucho más que lectores.

Llevado por las circunstancias y por sus actitudes, en un individuo puede predominar una determinada dedicación; así se forma el hombre de acción o el hombre de pensamiento. Ernesto fue un gran practicante de la lectura y las ideas, pero desde temprano salió en busca de la acción. Enrolado en una lucha armada, pronto descolló en ella y fue uno de los protagonistas de la guerra revolucionaria cubana. El Che fue el nombre de bautizo de un hombre de acción. En los seis primeros años del poder revolucionario tuvo una actividad intensísima, política, administrativa e intelectual, y en los dos y medio últimos años de su vida volvió a ser, sobre todo, un hombre de acción. Así se podría describir el transcurso de su vida.

Pero, en realidad, Ernesto Che Guevara fue un hombre de ideas, y estas guiaron siempre su actuación. En todo momento pensó el mundo en que estaba viviendo, sus rasgos y problemas esenciales, y las cuestiones inmediatas y los aspectos trascendentes de la causa en que se involucraba. Aprendió que la praxis es creadora de realidades que los sistemas de pensamiento no admiten o no creen posibles. El Che pensador intentó que nuevas realidades creadas probaran el acierto de sus ideas revolucionarias –y las impulsaran y transformaran–, y que le dieran suelo social a la parte que en sus definiciones conceptuales le pedía prestada al futuro. No convertía su concepción en una camisa de fuerza dogmática, y les reclamaba a sus compañeros de actuación que pensarán, que ejercieran la libertad de pensar.¹

Amante precoz de la literatura y del pensamiento clásico político y filosófico, joven médico que no quiso ser un profesional de clase media, sino un activista de medicina social para los pobres y un investigador, Ernesto Guevara solamente vivió doce años como militante político, pero en la cresta de una ola revolucionaria. Alcanzó a tener una conciencia plena de su papel histórico, y fue tan grande en todo lo que emprendió en esos años que ha quedado sembrado como uno de los hitos mayores para las esperanzas y las peleas, los proyectos y los sueños, la moral y la política

¹ He tomado estos dos últimos párrafos de mi prólogo a un libro muy valioso de Julio Llanes, *El Che entre la literatura y la vida*, que tiene varias ediciones.

del pueblo de Cuba y de los pueblos de América y del mundo. Por eso ha sido tan difícil su posteridad, pero también por eso es tan prometedor su magisterio.

Por su obra, Ernesto Guevara es uno de los principales pensadores del movimiento que en los últimos cien años ha tratado de guiar y fundamentar procesos de liberación verdadera de los seres humanos y las sociedades, a partir de la comprensión del potencial inmenso que porta la cultura acumulada por la humanidad, el gran desastre inminente para esta y para el planeta que implica la existencia del capitalismo, y la decisión de combatir de manera consciente y organizada por esa liberación y volverse capaz de atraer y conducir a millones. Su concepción teórica social, sus análisis de hechos y procesos, sus propuestas de transformaciones humanas y sociales, su filosofía de la praxis, constituyen un cuerpo intelectual extraordinario y un instrumento indispensable para la acción.

Los escritos del Che que aquí se reúnen no pretenden ser una antología de su obra. Esa tarea fue realizada por la institución en 1970 y culminó en una publicación en cuarenta mil ejemplares que tuvo un valor inestimable para mantener al Che al alcance de los lectores en las décadas siguientes.² Este libro recoge textos suyos de muy distintos asuntos, motivaciones, circunstancias y géneros, que la revista *Casa de las Américas* ha ido publicando a lo largo de décadas.

Están la rica expresión de sentimientos e ideas y la libertad relativa de la correspondencia personal, y la interlocución con las obras y sus autores implicada en los apuntes de lecturas. Está la crónica del joven viajero latinoamericano que sube en «un tren asmático» hasta las ruinas de una ciudad creada por una gran civilización –historia viva que la colonización redujo a objeto–, la admira, la describe y la guarda en el morral de su ideal.³ Están discursos del orador tranquilo, conceptuoso y llano al mismo tiempo, que orienta, emociona y entusiasma a los jóvenes que portan las armas de la Revolución.

Están tres frutos de análisis políticos del pensador de la praxis. El aprendiz de revolucionario que comprende en Guatemala «que la victoria será conquistada a sangre y fuego», y que dentro de las reglas de juego del

² Ernesto Che Guevara: *Obras, 1957-1967*, La Habana, Casa de las Américas, 1970.

³ «[...] el luchador que persigue lo que hoy se llama quimera, el de un brazo extendido al futuro cuya voz de piedra grita con alcance continental: ciudadanos de Indoamérica, reconquista del pasado». (Ernesto Guevara: «Machu Picchu, enigma de piedra en América», 1953. Ver en este volumen, pp. 33-38).

enemigo siempre triunfará el enemigo.⁴ El jefe guerrillero que, un mes antes de la victoria, expone para la prensa rebelde la dialéctica del combate, que ha sido maestra de la vanguardia al mismo tiempo que ella enseñaba al pueblo a pelear y a tener fe en sí mismo, y apunta los primeros pasos de la revolución social, que es el alma y la razón de ser de la revolución política y militar.⁵ El dirigente de la Revolución que, en aquellos días tan intensos que precedieron a Girón, publica en *Verde Olivo* un amplio examen de los rasgos y los condicionamientos de la revolución latinoamericana, a la luz de la experiencia cubana.⁶

Y *El socialismo y el hombre en Cuba*, uno de los documentos fundamentales del pensamiento político producido en América. La riqueza maravillosa y el alcance excepcional de este manifiesto de la liberación humana fueron creados por un hombre que tuvo al ser humano como centro de su actividad, y lanzados por la Revolución Cubana a América y el mundo, no para una coyuntura, sino para una época histórica que no acaba de desplegarse todavía.

La obra del Che dentro de la Cuba en revolución, y el proyecto intelectual que quiso poner en marcha en la última etapa de su existencia, constituyen uno de esos momentos de avance radical que han sido motores de la cultura de liberación cubana. La escasa presencia del pensamiento del Che en las ideas que se manejan en la Cuba actual –ausencia y síntoma– es una de las insuficiencias que debemos superar.

Ernesto Che Guevara subordinó aquel proyecto, tan ambicioso como necesario, a su última misión como comandante internacionalista cubano. A la hora postrera, la palabra escrita se contrajo al diario de campaña, telegrafía de los hechos guerreros, las marchas, la abnegación, las circunstancias, salpicada de valoraciones a varios niveles y de aforismos. Este texto final, el testimonio de una gesta, se convirtió en lectura fervorosa de muchos miles de personas conmovidas que sumaban emociones y acendrabán ideales, y en una bandera de rebeldía.

Es una hermosa iniciativa incorporar al Che a esta colección de materiales de la revista. Es natural que así sea en una institución en que se menciona cotidiana, porque su salón principal se llama «Che Guevara». Y

⁴ «[...] aquí los periódicos titulados "independientes" desencadenan una burda tempestad de patrañas sobre el gobierno y sus defensores, creando el clima buscado. Y la democracia lo permite». (Ernesto Guevara: «El dilema de Guatemala», 1954. Ver en este volumen, pp. 62-64).

⁵ Ernesto Che Guevara: «Lo que aprendimos y lo que enseñamos». En este volumen, pp. 69-71.

⁶ Ernesto Che Guevara: «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?». Ver en este volumen, pp. 78-91.


le pido a Haydee Santamaría palabras muy altas, para terminar las mías: «Lo que no saben los pequeños es que él no le pedía nada a la vida, lo que deseaba era darle, todo lo dio y todo nos dejó [...] cuánto podían haber alumbrado esos pequeños, hijos, penetrantes ojos, pero de todas maneras sabemos que alumbrarán y diremos: ahora es el viento, ahora es el Che peleando para siempre en el aire del mundo».

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA*
La Habana, mayo de 2017

Fondo Editorial
Casa de las Américas

* Mientras completábamos el trabajo editorial del presente volumen recibimos la dolorosa noticia de la muerte, el 12 de junio, del compañero Fernando Martínez Heredia. La compiladora, y el equipo de la Casa de las Américas, queremos reiterar nuestra gratitud a Fernando por la generosidad de hacernos llegar este valioso texto.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

A stylized, high-contrast black and white illustration. The top portion shows a profile of a person's head and shoulders, rendered in solid black. Below this, a chair is depicted with thick, expressive black lines and some grey shading, suggesting a wooden or metal frame. The background is a light, textured grey. The overall style is graphic and minimalist.

De Ernesto Che Guevara
Cartas

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Fondo Editorial
Casa de las Américas

POSTALES

Querida Beatriz:

Este es un magnífico pretexto para escribir poco, que no podía desaprovechar. Estoy en vísperas de salir para Chile por Puerto Blest, un viaje entre los lagos, macanudo y luego directo hasta Santiago, donde estaré dentro de una semana o más, depende de cómo ande la moto y de la forma en que nos reciban. Escíbime al consulado argentino en Santiago y contame cómo andan todos. Nosotros con la moral por las nieves eternas, besos a las H. y gran abrazo etcétera.

*(Durante el primer viaje en moto por la América del Sur,
con Alberto Granado, en 1950)*

Querida Beatriz:

Te mando esta tarjeta desde el último punto que toco antes de volver, la jira [sic] es un suceso que aparece en los diarios y todo. Yo pecho comidas y alojamiento con una clase bárbara y ahora estoy explotando el filón del pechazo directo.

Hasta pronto y un abrazo de
«un atorrante»

(Jujuy, 1950)

Tía:

después de sortear mil dificultades, luchando contra los tifones, los incendios, las sirenas con sus cantos melodiosos (aquí son sirenas color café) llevo como maravilloso recuerdo de esta isla maravillosa 1 500 000 (un millón quinientos mil) v.i. de penicilina y el corazón saturado de «bellezas». Para tu pobre alma burguesa te envía un abrazo

Ernesto
(Trinidad-Tobago, 1951)

Querida Beatriz:

Desde esta tierra de bellas y ardientes mujeres te mando un compasivo abrazo hacia Buenos Aires que cada vez me parece más aburrido.

Cariños a las Hercilias
Dirección: Buque a Motor Anna G
Puerto Alegre, Brasil

(18 de noviembre de 1951)

Queridos viejos:

Estoy perfectamente. Gasté solo dos y me quedan 5.

Sigo trabajando en lo mismo. Las noticias son esporádicas y lo seguirán siendo pero confíen en que Dios sea argentino.

Un gran abrazo a todos.

Teté
*(enviada luego del combate
de Alegría de Pío,
el 5 de diciembre de 1956)*

Querida Beatriz:

Acabo de recibir tu carta y te contesto a la disparada. No soy tan ingrato como crees, las ocupaciones que tengo son enormes y ni siquiera a mi nueva adquisición le escribo.

Un beso grande para todos y sepan que siempre los recuerdo.

Ernesto

Cairo-RAU
Junio 24/59

Rangún 13/7/59

Querida Beatriz:

Aunque no tuve noticias tuyas y me imagino que te habías olvidado de mí, te recuerdo mi existencia desde este rincón del mundo, lleno de preciosidades que no podemos ver debido a nuestro trabajo. Mañana salimos para Japón donde estaremos varios días, espero dos letras para saber de uds.

Cariños a todos, un fuerte abrazo para ti

Che
Ernesto

Vieja:

Dos letras a escape desde Zagreb, capital de la república de Croata, en Yugoslavia.

Estamos recorriendo todo el país para dar un vistazo general. Es una experiencia interesantísima la que se está desarrollando aquí.

Un abrazo a todos, un beso grande para vos.

Ernesto
(20 de septiembre de 1959)

Viejo:

Aquí estamos, trabajando como en Cuba y viviendo las experiencias de este país maravilloso.

No sé si llegarán a tus manos estas letras pero de todas maneras cumplo con mandarte el saludo revolucionario y filial.

Cariños a todos,

Che
*(Unión Soviética,
sin fecha legible)*

Querido viejo:

Con el ancla al mar y el barco al paio, estoy en esta verde Irlanda de tus antepasados. Cuando lo supieron vino la televisión a preguntarme por la genealogía de los Lynch, pero, por si hubieran sido ladrones de caballos o algo así no hablé mucho. Felices fiestas. Te esperamos.

Ernesto
(18 de diciembre de 1964)

Tufa:

Desde Tebas, primera capital de los sueños, te manda un recuerdo este poeta errante que no hace poesía y se ha convertido en un digno burócrata de panza respetable y hábitos tan sedentarios que marcha nimbado de añoranzas de pantuflas y críos (con la correspondiente fábrica, claro está). Un abrazo grande y recuerdos a las Hercilias y, quizás al Hercilito, del antiguo

Teté
(Recibida el 18 de marzo de 1965)

Querida Beatriz:

Desde un rincón del continente cuyos antepasados rizaron por siempre tu cabellera, según dicen las malas lenguas, te mando el abrazo filial de rigor y el recuerdo de siempre donde quiera que mis huesos andarines me lleven. Saludos a todos. Un beso de tu olvidado.

Ernestito
(República de Dahomey, 1965)

Viejo:

Desde el sol del Sahara a tus neblinas. Ernesto se renueva y va por la tercera.
Un abrazo de tu hijo.

(Argelia, 1965)

Publicadas en *Casa de las Américas*, no. 168, mayo-junio de 1988, estas «Postales» fueron precedidas por la siguiente nota:

El 14 de junio de 1988 hubiera cumplido sesenta años Ernesto Che Guevara. Entre el 8 de octubre de 1987, vigésimo aniversario de su caída en combate, y aquella fecha, Cuba ha rendido un homenaje especial a su luminosa memoria, a su lección sin muerte, a su pensamiento renovador. Como parte de ese homenaje, la Casa de las Américas y el Centro de Estudios sobre América, que en febrero de 1987 otorgaran el Premio Extraordinario Ernesto Che Guevara, organizaron un ciclo de conferencias sobre su vida y obra [...]. Como parte también de ese homenaje, que desde luego tiene límites de fechas, esta revista ha venido dando a conocer textos del Che y sobre él. Los que ahora publicamos, debidos a su mano, han sido tomados de postales enviadas a varios familiares suyos (su padre, su madre y su tía Beatriz Guevara Lynch). Estos textos, en su mayoría, han permanecido inéditos hasta hoy, y agradecemos la posibilidad de incluirlos en Casa de las Américas a la compañera Ana María Erra, viuda de Ernesto Guevara Lynch.

(Todos los datos en cursivas fueron agregados en la edición original en la revista).

A ERNESTO SÁBATO

La Habana, 12 de abril de 1960
«Año de la Reforma Agraria»

Sr. Ernesto Sábato
Santos Lugares
Argentina

Estimado compatriota:

Hace ya quizás unos quince años, cuando conocí a un hijo suyo, que ya debe estar cerca de los veinte, y a su mujer, por aquel lugar creo que llamado «Cabalango», en Carlos Paz, y después, cuando leí su libro *Uno y el Universo*, que me fascinó, no pensaba que fuera Ud. –poseedor de lo que para mí era lo más sagrado del mundo, el título de escritor– quien me pidiera con el andar del tiempo una definición, una tarea de reencuentro, como Ud. llama, en base a una autoridad abonada por algunos hechos y muchos fenómenos subjetivos.

Fijaba estos relatos preliminares solamente para recordarle que perteneczo, a pesar de todo, a la tierra donde nací y que aún soy capaz de sentir profundamente todas sus alegrías, todas sus esperanzas y también sus decepciones. Sería difícil explicarle por qué «esto» no es Revolución Libertadora; quizás tendría que decirle que le vi las comillas a las palabras que Ud. denuncia en los mismos días de iniciarse, y yo identifiqué aquella palabra con lo mismo que había acontecido en una Guatemala que acababa de abandonar, vencido y casi decepcionado. Y, como yo, éramos todos los que tuvimos participación primera en esta aventura extraña y los que fuimos profundizando nuestro sentido revolucionario en contacto con las masas campesinas, en una honda interrelación, durante dos años de luchas crueles y de trabajos realmente grandes.

No podíamos ser «libertadora» porque no éramos parte de un ejército plutocrático sino éramos un nuevo ejército popular, levantado en armas para destruir al viejo; y no podíamos ser «libertadora» porque nuestra bandera de combate no era una vaca sino, en todo caso, un alambre de cerca latifundiaria destrozado por un tractor, como es hoy la insignia de nuestro INRA. No podíamos ser «libertadora» porque nuestras sirvienticas lloraron de alegría el día que Batista se fue y entramos en La Habana y

hoy continúan dando datos de todas las manifestaciones y todas las ingenuas conspiraciones de la gente «Country Club» que es la misma gente «Country Club» que Ud. conociera allá y que fueran a veces sus compañeros de odio contra el peronismo.

Aquí la forma de sumisión de la intelectualidad tomó un aspecto mucho menos sutil que en la Argentina. Aquí la intelectualidad era esclava a secas, no disfrazada de indiferente, como allá, y mucho menos disfrazada de inteligente; era una esclavitud sencilla puesta al servicio de una causa de oprobio, sin complicaciones; vociferaban, simplemente. Pero todo esto es nada más que literatura. Remitirlo a Ud., como lo hiciera Ud. conmigo, a un libro sobre la ideología cubana, es remitirlo a un plazo de un año adelante; hoy puedo mostrar apenas, como un intento de teorización de esta Revolución, primer intento serio, quizás, pero sumamente práctico, como son todas nuestras cosas de empíricos inveterados, este libro sobre la guerra de guerrillas. Es casi como un exponente pueril de que se coloca una palabra detrás de otra; no tiene la pretensión de explicar las grandes cosas que a Ud. inquietan y quizás tampoco pudiera explicarlas ese segundo libro que pienso publicar, si las circunstancias nacionales e internacionales no me obligan nuevamente a empuñar un fusil (tarea que desdeño como gobernante pero que me entusiasma como hombre gozoso de la aventura). Anticipándole aquello que puede venir o no (el libro), puedo decirle, tratando de sintetizar, que esta Revolución es la más genuina creación de la improvisación.

En la Sierra Maestra, un dirigente comunista que nos visitara, admirado de tanta improvisación y de cómo se ajustaban todos los resortes que funcionaban por su cuenta a una organización central, decía que era el caos más perfectamente organizado del universo. Y esta Revolución es así porque caminó mucho más rápido que su ideología anterior. Al fin y al cabo Fidel Castro era un aspirante a diputado por un partido burgués, tan burgués y tan respetable como podía ser el partido radical en la Argentina; que seguía las huellas de un líder desaparecido, Eduardo Chibás, de unas características que pudiéramos hallar parecidas a las del mismo Irigoyen; y nosotros, que lo seguíamos, éramos un grupo de hombres con poca preparación política, solamente una carga de buena voluntad y una ingénita honradez. Así vinimos gritando: «en el año 56 seremos héroes o mártires». Un poco antes habíamos gritado o, mejor dicho, había gritado Fidel: «vergüenza contra dinero». Sintetizábamos en frases simples nuestra actitud simple también.

La guerra nos revolucionó. No hay experiencia más profunda para un revolucionario que el acto de la guerra; no el hecho aislado de matar, ni el de portar un fusil o el de establecer una lucha de tal o cual tipo, es el total

del hecho guerrero, el saber que un hombre armado vale como unidad combatiente, y vale igual que cualquier hombre armado, y puede ya no temerle a otros hombres armados. Ir explicando nosotros, los dirigentes, a los campesinos indefensos, cómo podían tomar un fusil y demostrarlo a esos soldados que un campesino armado valía tanto como el mejor de ellos; e ir también aprendiendo cómo la fuerza de uno no vale nada si no está rodeada de la fuerza de todos; e ir aprendiendo, asimismo, cómo las consignas revolucionarias tienen que responder a palpitantes anhelos del pueblo; e ir aprendiendo a conocer del pueblo sus anhelos más hondos y convertirlos en banderas de agitación política. Eso lo fuimos haciendo todos nosotros y comprendimos que el ansia del campesino por la tierra era el más fuerte estímulo de lucha que se podía encontrar en Cuba. Fidel entendió muchas cosas más; se desarrolló como el extraordinario conductor de hombres que es hoy y como el gigantesco poder aglutinante de nuestro pueblo. Porque Fidel, por sobre todas las cosas, es el aglutinante por excelencia, el conductor indiscutido que suprime todas las divergencias y destruye con su desaprobación. Utilizado muchas veces, desafiado otras, por dinero o ambición, es temido siempre por sus adversarios. Así nació esta Revolución, así se fueron creando sus consignas y así se fue, poco a poco, teorizando sobre hechos para crear una ideología que venía a la zaga de los acontecimientos. Cuando nosotros lanzamos nuestra Ley de Reforma Agraria en la Sierra Maestra, ya hacía tiempo se habían hecho repartos de tierra en el mismo lugar. Después de comprender en la práctica una serie de factores, expusimos nuestra primera tímida ley, que no se aventuraba con lo más fundamental como era la supresión de los latifundistas.

Nosotros no fuimos demasiado malos para la prensa continental por dos causas: la primera, porque Fidel Castro es un extraordinario político que nunca mostró sus intenciones más allá de ciertos límites y supo conquistarse la admiración de reporteros de grandes empresas que simpatizaban con él y utilizaban el camino fácil en la crónica de tipo sensacional; la otra, simplemente porque los norteamericanos, que son los grandes constructores de tests y de raseros para medirlo todo, aplicaron uno de sus raseros, sacaron su puntuación y lo encasillaron. Según sus hojas de testificación, donde decía: «nacionalizaremos los servicios públicos», debía leerse: «evitaremos que eso suceda si recibimos un razonable apoyo»; donde decía: «liquidaremos el latifundio», debía decirse: «utilizaremos el latifundio como una buena base para sacar dinero para nuestra campaña política, o para nuestro bolsillo personal», y así sucesivamente. Nunca les pasó por la cabeza que lo que Fidel Castro y nuestro Movimiento dijeran tan ingenua y drásticamente fuera la verdad de lo que pensábamos hacer; constituimos

para ello la gran estafa de este medio siglo, dijimos la verdad aparentando tergiversarla. Eisenhower dice que traicionamos nuestros principios, es parte de su verdad; traicionamos la imagen que ellos se hicieron de nosotros, como en el cuento del pastorcito mentiroso, pero al revés, tampoco se nos creyó. Así estamos ahora hablando un lenguaje que es también nuevo, porque seguimos caminando mucho más rápido que lo que podemos pensar y estructurar nuestro pensamiento, estamos en un movimiento continuo y la teoría va caminando muy lentamente, tan lentamente, que después de escribir en los poquísimos ratos que tengo este manual que aquí le envío, encontré que para Cuba no sirve casi; para nuestro país, en cambio, puede servir; solamente que hay que usarlo con inteligencia, sin apresuramientos ni embelecios. Por eso tengo miedo de tratar de describir la ideología del movimiento; cuando fuera a publicarla, todo el mundo pensaría que es una obra escrita muchos años antes.

Mientras se van agudizando las situaciones externas y la tensión internacional aumenta, nuestra Revolución, por necesidad de subsistencia, debe agudizarse y, cada vez que se agudiza la Revolución, aumenta la tensión y debe agudizarse una vez más esta, en un círculo vicioso que parece indicado a ir estrechándose y estrechándose cada vez más hasta romperse; veremos entonces cómo salimos del atolladero. Lo que sí puedo asegurarle es que este pueblo es fuerte, porque ha luchado y ha vencido y sabe el valor de la victoria; conoce el sabor de las balas y de las bombas y también el sabor de la opresión. Sabrá luchar con una entereza ejemplar. Al mismo tiempo le aseguro que en aquel momento, a pesar de que ahora hago algún tímido intento en tal sentido, habremos teorizado muy poco y los acontecimientos deberemos resolverlos con la agilidad que la vida guerrillera nos ha dado. Sé que ese día su arma de intelectual honrado disparará hacia donde está el enemigo, nuestro enemigo, y que podemos tenerlo allá, presente y luchando junto con nosotros. Esta carta ha sido un poco larga y no está exenta de esa pequeña cantidad de pose que a la gente tan sencilla como nosotros le impone, sin embargo, el tratar de demostrar ante un pensador que somos también eso que no somos: pensadores. De todas maneras, estoy a su disposición.

Cordialmente,

Ernesto Che Guevara

Casa de las Américas, no. 51-52, noviembre de 1968-febrero de 1969, pp. 204-206.

A HAYDEE SANTAMARÍA

República de Cuba
Ministerio de Industrias
Habana
Oficina del Ministro

Junio 12 de 1964
«Año de la Economía»

Co. Haydee Santamaría, Directora
Casa de las Américas
Calle G y 3ra.,
Vedado, Habana.

Querida Haydee:

Le di instrucciones a la Unión de Escritores que pusieran ese dinero a disposición de ustedes, como una medida de transacción para no entrar en una lucha de principios que tienen alcances más vastos por una bobería.

Lo único importante es que no puedo aceptar un centavo de un libro que no hace más que narrar las peripecias de la guerra. Dispón del dinero como te parezca.

Un saludo revolucionario,

Patria o Muerte
Venceremos

Cmdte. Ernesto Che Guevara

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 4. El libro al que el Che hace alusión en la carta es *Pasajes de la guerra revolucionaria*. El original de esta carta se encuentra en el archivo de la Casa de las Américas.

A SUS PADRES

Queridos viejos:

Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante; vuelvo al camino con mi adarga al brazo.

Hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo. Nada ha cambiado en esencia, salvo que soy mucho más consciente, mi marxismo está enraizado y depurado. Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias. Muchos me dirán aventurero, y lo soy; solo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades. Puede ser que esta sea la definitiva. No lo busco pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo. Los he querido mucho, solo que no he sabido expresar mi cariño; soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. No era fácil entenderme, por otra parte, créanme, solamente, hoy.

Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados. Lo haré. Acuérdense de vez en cuando de este pequeño *condotieri* del siglo xx. Un beso a Celia, a Roberto, Juan Martín y Pototín, a Beatriz, a todos. Un gran abrazo de hijo pródigo y recalcitrante para Uds.

Ernesto

Apareció publicada en la sección «Al Pie de la Letra» de *Casa de las Américas*, no. 44 (septiembre-octubre de 1967, p. 166). Revelada originalmente por el semanario argentino *Siete días ilustrados*, el 23 de mayo de 1967, fue aparentemente escrita en los días de su famosa carta de despedida a Fidel.

A SUS HIJOS

Queridos Hildita, Aleidita, Camilo, Celia y Ernesto:

Si alguna vez tienen que leer esta carta, será porque yo no esté entre Uds.

Casi no se acordarán de mí y los más chiquitos no recordarán nada.

Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones.

Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la Revolución es lo importante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada.

Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario.

Hasta siempre hijitos, espero verlos todavía. Un beso grandote y un abrazo de

Papá

Casa de las Américas, no. 134, septiembre-octubre de 1982, p. 23.

A FIDEL

«Año de la Agricultura»
Habana

Fidel:

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierta, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático, porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que es ya mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la dirección del Partido, de mi puesto de Ministro, de mi grado de Comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, solo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos.

Haciendo un recuento de mi vida pasada, creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario.

He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la Crisis del Caribe.

Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días. Me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones, identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios.

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Sébase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor: aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... y dejo un pueblo que me admitió como un hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo donde quiera que esté: esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura.

Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo, y que trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos. Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra Revolución, y lo sigo estando. Que en donde quiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano, y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena: me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse.

Tendría muchas cosas que decirte a ti y a nuestro pueblo, pero siento que son innecesarias, las palabras no pueden expresar lo que yo quisiera, y no vale la pena emborronar cuartillas.

Hasta la victoria siempre. ¡Patria o muerte!

Te abraza con todo fervor revolucionario,

Che

El 3 de octubre de 1965, en reunión del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, el comandante Fidel Castro dio a conocer la conocida carta de despedida de Ernesto Che Guevara a Fidel, que había sido entregada el 1 de abril de ese año. El documento fue publicado en *Casa de las Américas*, no. 33 (noviembre-diciembre de 1965, pp. 130-131), y reapareció en la entrega 134 de la publicación (septiembre-octubre de 1982, pp. 24-25), en ocasión de los quince años de la desaparición física del Che.

A HAYDEE

Querida Yeyé:

Armando y Guillermo me contaron tus tribulaciones. Respeto tu decisión y la comprendo, pero me hubiera gustado darte un abrazo personalmente en vez de este epistolar. Las reglas de seguridad durante mi estancia aquí han sido muy severas y eso me ha privado de ver mucha gente a la que quiero (no soy tan seco como a veces parezco). Ahora estoy viendo a Cuba casi como un extranjero que llegara de visita; todo desde un ángulo distinto. Y la impresión, a pesar de mi aislamiento, hace comprender la impresión que se llevan los visitantes.


Te agradezco los envíos medicamentoso-literarios. Veo que te has convertido en una literata con dominio de la síntesis, pero te confieso que como más me gustas es en un día de año nuevo, con todos los fusibles disparados y tirando cañonazos a la redonda. Esa imagen, y la de la sierra (hasta nuestras peleas de aquellos días me son gratas en el recuerdo) son las que llevaré de ti para uso propio. El cariño y la decisión de todos ustedes nos ayudarán en los momentos difíciles que se avecinan.

Te quiere,

tu colega
[c. 1966]

Casa de las Américas, no. 200, julio-septiembre de 1995, p. 117. No ha sido posible datar con precisión esta carta pues el original no se encuentra en nuestros archivos.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



De Ernesto Che Guevara
Pensamiento

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Fondo Editorial
Casa de las Américas

MACHU-PICCHU, ENIGMA DE PIEDRA EN AMÉRICA

Coronando un cerro de agrestes y empinadas laderas, a dos mil ochocientos metros sobre el nivel del mar y cuatrocientos sobre el caudaloso Urubamba, que baña la altura por tres costados, se encuentra una antiquísima ciudad de piedra que, por ampliación, ha recibido el nombre del lugar que la cobija: Machu-Picchu.

¿Es esa su primitiva denominación? No, este término quechua significa Cerro Viejo, en oposición a la aguja rocosa que se levanta a pocos metros del poblado, Huaina Picchu, Cerro Joven; descripciones físicas referidas a cualidades de los accidentes geográficos, simplemente. ¿Cuál será entonces su verdadero nombre? Hagamos un paréntesis y trasladémonos al pasado.

El siglo XVI de nuestra era fue muy triste para la raza aborigen de América. El invasor barbado cayó como un aluvión por todos los ámbitos del Continente y los grandes imperios indígenas fueron reducidos a escombros. En el centro de América del Sur, las luchas intestinas entre los dos postulantes a heredar el cetro del difunto Huaina-Capac, Atahualpa y Huascar, hicieron más fácil la tarea destructora sobre el más importante imperio del Continente.

Para mantener quieta la masa humana que cercaba peligrosamente el Cuzco, uno de los sobrinos de Huascar, el joven Manco II, fue entronizado. Esta maniobra tuvo inesperada continuación: los pueblos indígenas se encontraron con una cabeza visible, coronada con todas las formalidades de la ley incaica posibles bajo el yugo español y un monarca no tan fácilmente manejable como quisieran los españoles. Una noche desapareció con sus principales jefes, llevándose el gran disco de oro, símbolo del sol, y, desde ese día, no hubo paz en la vieja capital del imperio.

Las comunicaciones no eran seguras, bandas armadas correteaban por el territorio e incluso cercaron la ciudad, utilizando como base de operaciones la vieja e imponente Sacsahuaman, la fortaleza tutora del Cuzco, hoy destruida. Corría el año 1536.

La revuelta en gran escala fracasó, el cerco del Cuzco hubo de ser levantado y, otra importante batalla, en Ollantaitambo, ciudad amurallada a orillas del Urubamba, fue perdida por las huestes del monarca indígena. Este se redujo definitivamente a una guerra de guerrillas que molestó considerablemente al poderoso español. Un día de borrachera, un soldado

conquistador, desertor, acogido con seis compañeros más en el seno de la corte indígena, asesinó al soberano, recibiendo, junto con sus desafortunados compinches, una muerte horrible a manos de los indignados súbditos que expusieron las cercenadas cabezas en las puntas de las lanzas como castigo y reto. Los tres hijos del soberano, Sairy Tupac, Tito Cusi y Tupac Amaru, uno a uno fueron reinando y muriendo en el poder. Pero con el tercero murió algo más que un monarca: se asistió al derrumbe definitivo del imperio incaico.

El efectivo e inflexible virrey Francisco Toledo, tomó preso al último soberano y lo hizo ajusticiar en la plaza de armas del Cuzco, en 1572. El Inca, cuya vida de confinamiento en el templo de las Vírgenes del Sol, tras un breve paréntesis de reinado, acababa tan trágicamente, dedicó a su pueblo, en la hora postrera, una viril alocución que lo rehabilita de pasadas flaquezas y permite que su nombre sea tomado como apelativo por el precursor de la independencia americana, José Gabriel Condorcanqui: Tupac Amaru II.

El peligro había cesado para los representantes de la corona española y a nadie se le ocurrió buscar la base de operaciones, la tan bien guardada ciudad de Vilcapampa, cuyo último soberano la abandonó antes de ser apresado, iniciándose entonces un paréntesis de tres siglos en que el más absoluto silencio reina en torno al poblado.

El Perú seguía siendo una tierra virgen de plantas europeas en muchas partes de su territorio, cuando un hombre de ciencia italiano, Antonio Raimondi, dedicó diecinueve años de su vida, en la segunda mitad del siglo pasado, a recorrerlo en todas direcciones. Si bien es cierto que Raimondi no era arqueólogo profesional, su profunda erudición y capacidad científica dieron al estudio del pasado incaico un impulso enorme. Generaciones de estudiantes peruanos tomaron sus ojos al corazón de una patria que no conocían, guiados por la monumental obra *El Perú*, y hombres de ciencia de todo el mundo sintieron reavivar el entusiasmo por la investigación del pasado de una raza otrora grandiosa.

A principios de este siglo, un historiador norteamericano, el profesor Bingham, llegó hasta tierras peruanas, estudiando en el terreno itinerarios seguidos por Bolívar, cuando quedó sojuzgado por la extraordinaria belleza de las regiones visitadas y tentado por el incitante problema de la cultura incaica. El profesor Bingham, satisfaciendo al historiador y al aventurero que en él habitaban, se dedicó a buscar la perdida ciudad, base de operaciones de los cuatro monarcas insurgentes.

Sabía Bingham, por las crónicas del padre Calancha y otras, que los incas tuvieron una capital política a la que llamaron Vitcos y un santuario más lejano, Vilcapampa, la ciudad que ningún blanco había hollado, y, con estos datos, inició la búsqueda.

Para quien conozca, aunque sea superficialmente, la región, no escapará la magnitud de la tarea emprendida. En zonas montañosas, cubiertas de intrincados bosques subtropicales, surcadas por ríos que son torrentes peligrosísimos, desconociendo la lengua y hasta la psicología de los habitantes, entró Bingham con tres armas poderosas: un inquebrantable afán de aventuras, una profunda intuición y un buen puñado de dólares.

Con paciencia, comprando cada secreto o información a precio de oro, fue penetrando en el seno de la extinguida civilización y, un día, en 1911, tras años de ardua labor, siguiendo rutinariamente a un indio que vendía un nuevo conglomerado de piedras, Bingham, él solo, sin compañía de hombre blanco alguno, se extasió ante las imponentes ruinas que, rodeadas de malezas, casi tapadas por ellas, le daban la bienvenida.

Aquí hay una parte triste. Todas las ruinas quedaron limpias de malezas, perfectamente estudiadas y descritas y... totalmente despojadas de cuanto objeto cayera en manos de los investigadores, que llevaron triunfalmente a su país más de doscientos cajones conteniendo inapreciables tesoros arqueológicos y también, por qué no decirlo, importante valor monetario. Bingham no es el culpable, objetivamente hablando, los norteamericanos, en general, tampoco son culpables, un gobierno imposibilitado económicamente para hacer una expedición de la categoría de la que dirigió el descubridor de Machu-Picchu, tampoco es culpable. ¿No los hay, entonces? Aceptémoslo, pero, ¿dónde se puede admirar o estudiar los tesoros de la ciudad indígena? La respuesta es obvia: en los museos norteamericanos.

Machu-Picchu no fue para Bingham un descubrimiento cualquiera, significó el triunfo, la coronación de sus sueños límpidos de niño grande –que eso son casi todos los aficionados a este tipo de ciencias–. Un largo itinerario de triunfos y fracasos coronaba allí y la ciudad de piedra gris llenaba sus ensueños y vigillas, impeliéndole a comparaciones y conjeturas a veces alejadas de las demostraciones experimentales. Los años de búsqueda y los posteriores al triunfo, convirtieron al historiador viajero en un erudito arqueólogo y muchas de sus aseveraciones cayeron con incontrastable fuerza en los medios científicos, respaldadas por la experiencia formidable que había recogido en sus viajes.

En opinión de Bingham, Machu-Picchu fue la primitiva morada de la raza quechua y centro de expansión, antes de fundar el Cuzco. Se interna en la mitología incaica e identifica tres ventanas de un derruido templo con aquellas de donde salieron los hermanos Ayllus, místicos personajes del incario; encuentra similitudes concluyentes entre un torreón circular de la ciudad descubierta y el Templo del Sol del Cuzco; identifica los esqueletos, casi todos femeninos, hallados en las ruinas, con los de las Vírgenes del

Sol; en fin, analizando concienzudamente todas las posibilidades, llega a la siguiente conclusión: la ciudad descubierta fue llamada, hace más de tres siglos, Vilcapampa, santuario de los monarcas insurgentes y anteriormente constituyó el refugio de las vencidas huestes del inca Pachacutec, cuyo cadáver guardaron en la ciudad, luego de ser derrotadas por las tropas chinchas, hasta el resurgimiento del Imperio. Pero el refugio de los guerreros vencidos, en ambos casos, se produce por ser esta Tampu-Toco, el núcleo inicial, el recinto sagrado, cuyo lugar de emplazamiento sería este y no Pacaru Tampu, cercano al Cuzco, como le dijera al historiador Sarmiento de Gamboa los notables indios que interrogara por orden del virrey Toledo.

Los investigadores modernos no están muy de acuerdo con el arqueólogo norteamericano, pero no se detallan sobre la definitiva significación de Machu-Picchu.

Tras varias horas de tren, un tren asmático, casi de juguete, que bordea al principio un pequeño torrente para seguir luego las márgenes del Urubamba pasando ruinas de la imponente Ollantaytambo, se llega al puente que cruza el río. Un serpenteante camino en cuyos ocho kilómetros de recorrido se eleva a cuatrocientos metros sobre el nivel del torrente, nos lleva hasta el hotel de las ruinas, regentado por el señor Soto, hombre de extraordinaria erudición en cuestiones incaicas y un buen cantor que contribuye, en las deliciosas noches del trópico, a aumentar el sugestivo encanto de la ciudad derruida.

Machu-Picchu se encuentra edificada sobre la cima del cerro, abarcando una extensión de dos kilómetros por perímetro. En general, se la divide en tres secciones: la de los templos, la de las residencias principales, la de la gente común.

En la sección dedicada al culto se encuentran las ruinas de un magnífico templo formado por grandes bloques de granito blanco, el que tiene las tres ventanas que sirvieron para la especulación mitológica de Bingham. Coronando una serie de edificios de alta calidad de ejecución se encuentra el Intiwatana, el lugar donde se amarra el sol, un dedo de piedra de sesentidós centímetros de altura, base del rito indígena y uno de los pocos que quedan en pie, ya que los españoles tenían buen cuidado de romper este símbolo apenas conquistaban una fortaleza incaica.

Los edificios de la nobleza tienen muestras de extraordinario valor artístico, como el torreón circular ya nombrado, la serie de fuentes y canales tallados en la piedra y muchas residencias notables por la ejecución y el tallado de las piedras que la forman.

En las viviendas presumiblemente dedicadas a la plebe se nota una gran diferencia por la falta de esmero en el pulido de las rocas. Las separa de

la zona religiosa una pequeña plaza o lugar plano, donde se encuentran los principales reservorios de agua, secos ya, siendo esta una de las razones, supuestas dominantes, para el abandono del lugar como residencia permanente.

Machu-Picchu es una ciudad de escalinatas; casi todas las construcciones se hallan a niveles diferentes, unidas unas a otras por escaleras, algunas de roca primorosamente tallada, otras de piedras alineadas sin mayor afán estético, pero todas capaces de resistir las inclemencias climáticas, como la ciudad entera, que solo ha perdido los techos, de paja y tronco, demasiado endeble para luchar contra los elementos.

Las necesidades alimenticias podían ser satisfechas por los vegetales cosechados mediante el cultivo en andenes que todavía se conservan perfectamente.

Su defensa era muy fácil debido a que dos de sus lados están formados por laderas casi a pique, el tercero es una angosta garganta franqueable solo por senderos fácilmente defendibles, mientras el cuarto da al Huaina-Picchu. Este es un pico que se eleva unos doscientos metros sobre el nivel de su hermano, difícil de escalar, casi imposible para el turista, si no quedaran los restos de la calzada incaica que permiten llegar a su cima bordeando precipicios cortados a pique. El lugar parece ser más de observación que de otra cosa ya que no hay grandes construcciones. El Urubamba contornea casi completamente los dos cerros haciendo su toma prácticamente imposible para una fuerza atacante.

Ya dijimos que está en controversia la significación arqueológica de Machu-Picchu, pero, poco importa cuál fuera el origen primitivo de la ciudad o, de todas maneras, es bueno dejar su discusión para los especialistas. Lo cierto, lo importante, es que nos encontramos aquí frente a una pura expresión de la civilización indígena más poderosa de América, immaculada por el contacto de las huestes vencedoras y plena de inmensos tesoros de evocación entre sus muros muertos o en el paisaje estupendo que lo circunda y le da el marco necesario para extasiar al soñador, que vaga porque sí entre sus ruinas, o al turista yanqui que, cargado de practicidad, encaja los exponentes de la tribu degenerada, que puede ver en el viaje, entre los muros otrora vivos, y desconoce la distancia moral que los separa, porque estas son sutilezas que solo el espíritu semindígena del latinoamericano puede apreciar.

Conformémonos, por ahora, con darle a la ciudad los dos significados posibles: para el luchador que persigue lo que hoy se llama quimera, el de un brazo extendido hacia el futuro cuya voz de piedra grita con alcance continental: «ciudades de Indoamérica, reconquistad el pasado»; para otros,

aquellos que simplemente «huyen del mundanal ruido», es válida una frase anotada en el libro de visitantes que tiene el hotel y que un súbdito inglés dejó estampada con toda la amargura de su añoranza imperial: *I am lucky to find a place without a Coca-Cola propaganda.*

Este texto fue publicado en *Casa de las Américas*, no. 163, julio-agosto de 1987, pp. 49-53, precedido por una nota de Ricaurte Soler, en la cual explica las circunstancias de la aparición original del texto. Según la nota, aparecida en la sección «Páginas salvadas» de nuestra revista, el texto «Machu-Picchu, enigma de piedra en América» apareció en la revista panameña *Siete* (no. 44, del 12 de diciembre de 1953). «El Che había llegado a Panamá a fines de 1953 de paso hacia la Guatemala revolucionaria de Jacobo Árbenz», dice Ricaurte Soler, y subraya además la trascendencia del rescate de este texto en *Casa de las Américas*, como parte de un proceso de reconstrucción biográfico e histórico en torno a la vida y los viajes de Ernesto Che Guevara.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

APUNTES DE LECTURAS

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, de Bernal Díaz del Castillo

En la literatura americana hay un entronque primitivo con la vieja España constituido por españoles que desarrollaron su obra en esta tierra. De ese tipo es la extraordinaria historia de Bernal Díaz.

Bernal Díaz es español, pero lo medular de su crónica se refiere a la conquista de México por Hernán Cortés y sus huestes, aventura que llega a los límites concebibles de la audacia humana y que, en labios del cronista, toma calor de cosa viva.

Esto es lo más importante y literario de su obra; su valor de confesión personal. No importa que a través de sus páginas se desarrolle la historia, lo que importa es que un soldado inteligente pero sin mayor cultura deja correr sus recuerdos de la época heroica de la España imperial, y Cortés, Sandoval, Alvarado, Cristóbal de Olid, toman su dimensión precisa, no por humana menos extraordinaria.

Bernal Díaz no se ha puesto a investigar si la conquista tenía o no justificación teológica, como su más ilustrado contemporáneo Cieza de León, que comparaba muchas veces desfavorablemente a sus compatriotas con los incas. Para él lo hecho tenía la justificación primaria de que él lo hacía; mejor dicho, de que él estaba entre las huestes atacantes.

Bernal ni lo pretendió ni hubiera podido pintar el espíritu indio, pero ha dado la más extraordinaria pintura del conquistador que guarda la historia. Aparece en su prosa, que tiene el colorido de lo añejo y fresco, la figura central de este drama (desde el punto de vista del invasor), el intrépido, huidizo, hábil, intrigante, melifluo y amargado capitán Hernán Cortés. Muestra mucho mejor que la historia deificadora el carácter del capitán y su grandeza, grandeza que no solo sintieron sus enemigos de raza sino también sus enemigos y amigos españoles.

Cuando Bernal narra su horror frente al sonido bajo y profundo de las trompas con que los aztecas anunciaban el sacrificio de los españoles hechos prisioneros, el lector se transporta al estado de ánimo de aquellos

soldados incultos pero convencidos de la superioridad de su dios sobre el sanguinario Huitzilobos, pero cuya fe flaqueaba al sentir en los miembros el mordisco subjetivo de los guerreros aztecas y ellos sabían que las amenazas no eran fantochadas. Ya cerca de mil compañeros de la reducida tropa habían pasado por el estómago de las huestes enemigas. Sin embargo, sabiendo que no había alternativa siguieron peleando hasta dominar a nativos. Y entonces viene la parte triste de las peleas por dinero, por indios, por gloria. Esa expedición heroica e inútil a las Higueras, y esa muerte inútil y estúpida del emperador Cuauchtémoc, ajusticiado más, quizás, para calmar la ira interna que para aplacar una revuelta que no podía cristalizar ya de un emperador vencido física (por el tormento que le diera Cortés buscando oro) y moralmente.

En estas páginas se puede conocer la síntesis de la nacionalidad mexicana que ha unido dos razas antagónicas plasmando el magnífico tipo humano que es el mexicano de hoy.

La crónica del Perú, de Pedro Cieza de León

En realidad esta es la primera parte de una obra monumental escrita sobre todo lo acaecido en el Perú desde que sus habitantes tuvieron memoria hasta el momento que Cieza de León se sentara a escribir. Él dice [en] el prólogo, hablando de las cuatro partes de la obra:

Esta primera parte trata la demarcación y división de las provincias del Perú, así por la parte de la mar como por la tierra, y lo que tienen de longitud y latitud; la descripción de todas ellas; las fundaciones de las nuevas ciudades que se han fundado de españoles; quién fueron los fundadores; en qué tiempo se poblaron; los ritos y costumbres que tenían antiguamente los indios naturales, y otras cosas extrañas y muy diferentes de las nuestras, que son dignas de notar.

Las tres partes siguientes contienen el Señorío de los Incas, la guerra de conquista y las guerras civiles, respectivamente.

Maravilla, frente a tanta crónica insustancial y mentida, la justeza y veracidad de los datos de Cieza, que no citaba si no era conocido de él mismo o de persona que le mereciera amplia fe de la que da a veces el testimonio escrito.

Esta parte, la menos interesante de la crónica, da, sin embargo, una precisa idea del escenario histórico donde le tocó actuar, y, aun defendiendo la necesidad religiosa de la conquista, enjuicia duramente a los españoles culpables de malos tratos para con los indios y es indulgente con los pecados de estos, dado que no conocían la luz del cristianismo.

Lo que más maravilla de la obra de Cieza es precisamente el contacto con el hombre: donde los conquistadores sedientos de oro arrasaron todo lo que se opuso a su paso surgió este extraño producto humano que se interesa mucho menos por el oro o la hazaña bélica que por la fisonomía moral de conquistados y conquistadores.

La araucana, de Alonso de Ercilla

El primer poema épico de índole americana. El primer gran poema americano. Estos son los grandes rasgos distintivos de *La araucana*, pero esta es una obra que escapa a la precisión diagnóstica de los críticos. Toda ella respira un doble matiz que solo repite en prosa el ingenuo Bernal: la admiración por ambos bandos combatientes que el autor manifiesta. Esto le permite cantar el valor ciclópeo del español invasor y el tesón y la inteligencia con que las huestes de Lautaro se defendieron de los agresores.

La obra es demasiado larga para ser toda ella buena, pero en la acertada selección de Antonio de Undurraga se tiene una síntesis preciosa del poema. Asombra pensar que el soldado fue contemporáneo de Cervantes y de Lope de Vega. Verdaderamente, un poeta de tal categoría debería ser el clásico indiscutido de América. Desde que se inicia el poema:

*Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa...*

hasta el último verso, Ercilla mantiene el interés. No siempre es poesía lo que escribe, a veces es simplemente una crónica, pero siempre muestra en sus endecasílabos una perfección técnica considerable unida a una naturalidad completa que hace fluir el poema como en un chorro continuo.

Lo popular es base constante del poema. Las masas son los actores de la historia, los nombres son accidentes de esa masa. Dice Colocolo, cuando la disputa por el poder:

*¿Qué furor es el vuestro, ¡oh araucanos!,
qué a perdición os lleva sin sentillo?*

*¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?*

Y su admonición surte efecto, se toma como prueba para aspirar a la jefatura el llevar un tronco en los hombros. Caupolicán es el triunfador y

*el circunstante pueblo en vos conforme
pronunció la sentencia y le decía:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos».*

Y prosigue la lucha sin cuartel hasta que Valdivia cae en manos de los defensores de su predio. No hay pinturas heroicas, palabras teatrales o cosa por el estilo. Valdivia quiere la vida y se humilla ante el vencedor:

*Caupolicán, gozoso en verle vivo
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente:
Valdivia, como mísero cautivo,
responde y pide humilde y obediente
que no le dé la muerte, y que le jura
dejar libre la tierra en paz segura.*

Se ve en todo el poema el respeto que sentía Ercilla por sus contrincantes, reconociendo en Lautaro al verdadero caudillo de la guerra:

*Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condición y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura;*

y cuando, sorprendido en su lecho de amor por la traición de un indio, muere Lautaro en la pelea, los lamentos de Ercilla alcanzan su plenitud, parece que no quisiera la victoria de sus armas:

*Por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!,
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazón más bravo y fuerte
que jamás se encerró en humano pecho [...]*

Los indios mueren en torno a su jefe, sin aceptar rendición honrosa ni cuartel de ninguna especie, y con pena Ercilla va relatando la muerte de sus héroes indígenas sobre el telón de fondo del verdugo español, pretexto para colocar sobre todo el valor indómito de la raza vencida. Y Ercilla sabe que el español triunfará, sabe que un día toda la comarca será de las huestes de los reyes de Castilla, pero se adivina, en los versos de la estrofa final, una sutil melancolía cuando pintando a Chile dice:

*Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
que pueden ser apenas divisadas,
son las que nunca han sido descubiertas
ni de extranjeros pies jamás pisadas [...]
hasta que Dios permita que aparezcan
porque más sus secretos se engrandezcan.*

Facundo (Civilización o barbarie), de Domingo F. Sarmiento

Sarmiento es uno de esos meteoros que cruzan de vez en cuando la faz de un pueblo para perderse en el recodo del camino pero dejando siempre el recuerdo de su destello. De su obra histórica habrá que recordar su amor por la educación popular; de su obra política, la entrega de la Argentina a la voracidad imperialista de los ferrocarriles; de su obra literaria, la que hará que su nombre sobreviviera aun cuando todo lo demás quedara olvidado, el *Facundo*.

Facundo quiere ser histórico y desapasionado; frío como un relato de las épocas pretéritas. Es todo lo contrario; es un relato vigoroso, anecdótico, apasionado y apasionante hasta el punto de constituir hoy un documento de actualidad. La historia es el marco donde el novelista Sarmiento hace actuar a sus caracteres dotándolos de una vida extraordinaria, y así, junto al salvaje con cierta nobleza que es Facundo, prototipo de la pampa, de la «barbarie» que fustiga Sarmiento; Rosas, el déspota frío e inteligente, el cual tiene el acierto de interpretarlo como el producto de la gran propiedad ganadera y sobre los personajes, campea el actor más importante: la pampa con su bárbara grandeza.

En la primera parte de la obra Sarmiento da un bosquejo de la pampa, bosquejo cuya hondura y penetración poética solo pudieron ser superadas por Hernández. La segunda está dedicada entera a la vida y muerte de

Facundo Quiroga, hasta el trágico Barranca-Yaco. Sarmiento da por sentado que el autor intelectual de esa muerte fue Rosas, hipótesis que la historia ha repetido sistemáticamente sin que haya una evidencia contundente. Lo cierto es que Facundo era un rival temible y el beneficiario directo de su muerte fue el tirano. En la tercera parte se dedica Sarmiento a vislumbrar el porvenir, cuando toda la pesadilla haya acabado.

Toda la grandeza épica, casi novelesca del libro, aumenta más cuando vemos el acertado análisis de los acontecimientos (Sarmiento da muestra de haber leído a Guizot e interpretado su teoría de la lucha de clase) que él vivía. Efectivamente, Sarmiento era un hombre genial, el *Facundo* lo prueba.

El Evangelio y el Syllabus y Un dualismo imposible, del Dr. Lorenzo Montúfar

Estos dos opúsculos sirven de magnífico jalón para medir el adelanto de la humanidad. En las postrimerías del siglo pasado, época en que fue escrito, era un terrible anatema contra la Iglesia y se necesitaba tener valor para hacerlo.

El abanderado y guía, el anticristo, eran los Estados Unidos, símbolo de liberalismo. En el primer opúsculo el Dr. Montúfar analiza detenidamente el *Syllabus* expedido por Pío IX, y demuestra su falsedad desde el punto de vista cristiano primitivo. En el segundo aboga por la separación de la Iglesia y el Estado como única solución valedera al problema de los dos poderes coexistentes.

La obra amena y ágil nos hace sonreír hoy, pero en su tiempo debe haber provocado más de un anatema. Está dedicada a Montalvo, que en esa época había visto caer a García Moreno en el Ecuador.

El análisis final prueba que todo Estado que reconozca tener una religión no da libertad de cultos. Analiza varios tipos de trato entre la Iglesia y el Estado y se queda, por mucho, con el de los Estados Unidos.

Martín Fierro, de José Hernández

Los comentarios a una obra clásica son tantos y tan exhaustivos que no se puede casi agregar nada a ella, máxime en este caso en que la intención no confesada del autor era la puja contra Sarmiento, que en aquel entonces

representaba lo más progresista de la sociedad argentina. La intención social del poema tiene valor de por sí, pues es una buena exposición de la vida y de los vejámenes a que estaban expuestos los gauchos, pero no es lo fundamental ni mucho menos.

Martín Fierro alcanza su valor perenne por el sostenido tono novelado y auténtico del poema, que pinta con colores nítidos el panorama general de la época, y por la acertada pintura que de sí hacen los caracteres a través de sus palabras. Valor poético solo se alcanza en contadísimas excepciones, pero frases y sentencias de algunos de ellos son de antologías.

La merecida fama del pasaje del viejo Viscacha se debe a la perfecta sincronización del habla gaucha con el gracejo popular de todos los países. El Sancho Panza argentino es mucho más alerta y más conscientemente vivillo que su antecesor famoso, y hay estrofas de una crudeza total como aquella:

*Deja que caliente el horno
el dueño del amasijo;
lo que es yo, nunca me aflijo
y a todito me hago el sordo:
el cerdo vive tan gordo
y se come hasta los hijos.*

y aquella otra:

*No te debes afligir
aunque el mundo se desplome:
lo que más precisa el hombre
tener, según yo discurro,
es la memoria del burro
que nunca olvida onde come.*

Pero si bien el viejo Viscacha es el personaje más logrado, Fierro y Cruz lo son en igual manera disminuyendo un tanto la fuerza de los caracteres en los hijos de ambos; además, en esto hay algo que no concuerda, pues el autor hace contar diez años y en realidad da la impresión de que fueron muchos más.

Es la parte en que la novela deja de serlo para convertirse en auténtica poesía, aparece muchas veces el *frac* de que hablaba Calixto Oyuela haciendo la crítica de la obra; pero más que todo es algo subjetivo, más bien

se supone que un gaucho no analice así sus impulsos, aunque la rigurosa autocrítica del autor ha atomizado perfectamente el vocabulario.

*Yo no sé lo que pasó
en mi pecho en ese instante;
estaba el indio arrogante
con una cara feroz:
para entendernos los dos
la mirada fue bastante.*

Pero en todo caso, estos matices poéticos que caen intermitentemente sobre lo popular contribuyen a solidificar el libro.

Se encuentra en el transcurso de las dos partes una clara alusión a dos períodos diferentes: Sarmiento, el pueblerino desconsiderado que niega todo lo gauchesco, y Avellaneda, el hombre culto que rinde homenaje al sustrato pampeano de la sociedad argentina.

De lo más falso del libro es el momento en que Fierro hace un recuento de sus hazañas y se disculpa de ellas en la misma forma en que lo haría José Hernández, pero nunca el protagonista. Los años y la situación política han hecho que Hernández-Fierro envejecidos olviden el grito de angustiosa rebelión:

*No tiene hijos, ni mujer,
ni amigos, ni protectores,
pues todos son sus señores
sin que ninguno lo ampare;
tiene la suerte del güey,
¿y dónde irá el güey que no are?*

Para concluir, después de vivir tanta injusticia:

*El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda;
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece:
obedezca el que obedece
y será bueno el que manda.*

Toda la trágica rebelión de Fierro se ha pulido para llegar templada a los consejos a sus hijos y el de Cruz. Reconoce que la suerte del gaucho no es nada envidiable, y al final de su canto dice

*Vive el águila en su nido,
el tigre vive en la selva,
el zorro en la cueva agena,
y, en su destino incostante,
solo el gaucho vive errante
donde la suerte lo lleva.*

Y recomienda:

*Es el pobre en su orfandá
de la fortuna el desecho,
porque naides toma a pecho
el defender a su raza;
debe el gaucho tener casa,
escuela, iglesia y derechos.*

Pero pide perdón a quien se haya molestado, pues [sic] sus ataques en la última estrofa del poema:

*Es la memoria un gran don,
cálida muy meritoria;
y aquellos que en esta historia
sospechen que les doy palo,
sepan que olvidar lo malo
también es tener memoria.*

Pero sea como fuere, Hernández alcanza su objetivo en narrar la vida gauchesca en la sociedad feudal que lo tiraniza y en pintar el desierto, sus indios bravos y toda la lucha por la existencia.

Tal vez si Sarmiento hubiera gobernado en la segunda época no hubiera ocurrido aquel cambio:

(1ra. parte)
*Yo sé que allá los caciques
amparan a los cristianos,*

*y que los tratan de «hermanos»
cuando se van por su gusto.
¿A qué andar pasando sustos?*

Alcemos el poncho y vamos.

(2da. parte)
*Fuera cosa de engarzarlo
a un indio caritativo;
es duro con el cautivo,
le dan un trato horroroso,
es astuto y receloso,
es audaz y vengativo.*

Sin embargo, no hay que olvidar que la primitiva exclamación de Fierro, llamando a su amigo Cruz al desierto es el fruto de la angustia por todas las desgracias pasadas, y la segunda es después de haber vivido la experiencia en el desierto. De todas maneras se acercaba la bárbara campaña de Roca y todos los preparativos debían hacerse.

Del desierto y de su vida allí, Fierro da una colorida y triste narración llena de finas observaciones sobre el rey del desierto, el hombre y sus recursos...

*Y aves, y vichos y pejes,
se mantienen de mil modos;
pero el hombre en su acomodo,
es curioso de observar:
es el que sabe llorar
y es el que los come a todos.*

Va por todo este segundo canto, Martín Fierro, a veces tropezando consigo mismo para finalizar luego de su payada contra el moreno con sus consejos a los hijos. Los consejos son el final de su claudicación de lucha. El hombre debe ser honrado, bueno, trabajador, etc. El hombre no debe ser rebelde. Fierro está viejo y conforme pero cabe preguntar: ¿el gaucho mismo, el Fierro de la vida diaria no tenía como máximas aspiraciones las de este? Si así fuera, la parte más condenable del poema estaría salvada y Martín Fierro, además de argumento para poema gauchesco, no sería el instrumento artístico de protesta, por el que una clase derrotada hace su intencionada defensa.

Obras escogidas, de Enrique Gómez Carrillo

Tiene un gran acierto la selección del profesor Edelberto Torres. Sobre todo ese primer artículo, «Evocación de Guatemala», es como un autorretrato hacia el futuro. De sus páginas brota un encanto cansado de cosa muerta, de sala de tía vieja, y eso es lo que deja como impresión la prosa entera de Gómez Carrillo.

Es una enseñanza enorme. Solo los gritos de las almas del pueblo llegarán a la posteridad. El grito robusto de Rubén Darío, de Pablo Neruda. La voz armoniosa, rítmica y ligera del gran cronista encantó a los lectores de su tiempo y le dio más fama quizás que a los hombres potentes de su generación. Pero llegó la muerte y con ella el olvido.

Todo lo lírico de su prosa parece hoy el retrato sobrecolorado de la tía cuando era joven, en el salón de narrar.

De su prosa se levanta un impalpable polvillo al removerlo, y hay en todo él, milagros del tiempo, una suave modorra de aburrimiento.

Hay que leerlo en días de añoranzas, si es posible junto a un buen fuego de chimenea con lluvia afuera, y después dormir...

Martí: raíz y ala del libertador de Cuba, de Vicente Sáenz

Es una pequeña semblanza del libertador con abundancia de citas que dan una idea del pensamiento tan claro y tan elegante del poeta revolucionario.

No se puede hablar de que sea una obra maestra, no es esa su función tampoco. Simplemente el autor se diluye frente a la palabra de Martí que basta por sí sola para aclarar conceptos, él solo la ordena más o menos cronológicamente hasta su muerte.

Si el folleto tiene algún peso es un parangón final que hace con ciertos políticos adocenados, contemporáneos nuestros.

Llamar iguales de Martí a Rómulo Betancourt y Haya de la Torre es un insulto al hombre que vivió en el monstruo y le conoció la entraña, aun cuando la entraña era mucho menos negra y pestilente que la actual. Mejoraría mucho el libro sin la invocación final.

Breve historia de México, de José Vasconcelos

Pocas veces un hombre de fama internacional ha traicionado tan profunda e hipócritamente todo aquello por lo que dijo luchar en algún momento de su carrera.

La *Breve historia* no es tal, sino una plaga de improperios contra todo lo indígena y para asumir una actitud sinarquista que disfraza de odio al gringo su tranquila sumisión frente a él.

El autor parte de la base de que los aztecas eran una nación de bárbaros idólatras, por lo que Dios hizo bien en castigarlos, pero, clemente al fin, les mandó a los más finos, más valientes y más buenos y sabios conquistadores del mundo, a los españoles, cuyo jefe, Cortés, es el arquetipo de estas cualidades.

Todos los problemas posteriores derivan de dos pecados fundamentales: haber traicionado a la madre España, independizándose de ella y dando preminencia al indio, y haber perseguido a la religión católica (la única verdadera).

Vasconcelos escoge conceptos de Spengler (y no lo más original de este filósofo) para aplicar sus conceptos del hombre superior al modelo hispánico.

La obra es antihistórica, en cuanto a que es polémica y no siempre se ajusta a la verdad, sobre todo tiene barbaridades tales como la de apoyar a Maximiliano frente a Juárez (para Vasconcelos, representante de los gringos). Además, es desagradable y antinacionalista. Es el producto de una mentalidad ególatra y resentida que disfraza su fracaso personal en forma de odio hacia magnitudes superiores al individuo aislado. Las tesis que sustenta están muchos años pasadas de moda, y la forma de presentarlas es ridícula.

En resumen, una obra que define a su autor como un traidor, ególatra resentido y de poca profundidad filosófica, en la que hay que reconocer su valentía cívica para denunciar abusos de tipo económico de los jefes de la revolución mexicana.

Trayectoria de Goethe, de Alfonso Reyes

Uno de los más altos espíritus americanos se acerca aquí a la obra de uno de los más grandes talentos de la humanidad. Pero el acercamiento, sin ser

irreverente, no es de rodillas. Desde el siglo y medio que ha pasado desde Goethe, Reyes mira con cierta displicencia a su modelo germánico y se da el lujo de apuntar las fallas de su carácter, fallas que fueron particularmente sensibles en su condescendencia con los poderosos a los que siempre plegaba el consejero Goethe su opinión aparentemente esclarecedora.

El libro nos guía a través de las etapas afectivas hasta «las últimas cumbres», traspuestas las cuales entra el poeta en la inmortalidad después de una larga y sosegada vida. Constituye la obra un adecuado comienzo para ir inteligentemente guiado al conocimiento de Goethe, el maestro de maestros, el poeta, pintor, científico y hombre de Estado cuyo genio polifacético cristalizó en el *Fausto*.

La rebelión de los colgados, de Bruno Traven

Bruno Traven es un extraño personaje, desconocido aún de sus editores, que parece escribir en inglés y ser extranjero. Si se comenta es por el aporte que sus libros de aventuras hacen al cuadro de la novela costumbrista americana.

La rebelión de los colgados es un pedazo de realidad histórica y social colocado en el marco de personajes irreales. Irreales porque su lenguaje y su psicología son extraños al indio.

Se nota que el autor es o bien extranjero a México o extranjero a la clase social que pinta; pero su simpatía por los oprimidos es clara y no se ocupa de ocultarla. Los últimos capítulos son más bien un alegato revolucionario (con muchas particularidades anarquistas) que una novela.

La acción transcurre en una montería del sur de México en épocas inmediatas a la revolución de 1910. La opresión de que son víctimas los obreros es terrible. Tres hermanos son los dueños de la montería y rivalizan para llevarse el cetro de la brutalidad. Por fin el espíritu rebelde se adueña de los obreros, y primero es uno de los hermanos, luego los otros dos junto con todos los capataces, los que caen bajo el machete reivindicador de los alzados. El título de la obra se debe a que los patrones hacían colgar de manos, pies y hasta testículos a los obreros que no cumplían su tarea diaria.

Al principio de la rebelión se respetó la vida de los empleados menores, pero llegaron obreros desertores que habían vivido meses ocultos en la selva y rápidamente, al ser dejados de guardia, acabaron con hombres, mujeres y niños.

La columna emprende el camino hacia las zonas pobladas y allí acaba la obra.

Casi no podría llamarse novela, debido a que la pintura individual de caracteres es muy débil, en cambio las acciones generales de las masas insurrectas están magistralmente pintadas y la escena general de las arbitrariedades patronales, de sobra conocidas por quien ha caminado las rutas de América, es exacta.

Biografía del Caribe, de Germán Arciniegas

Es el Caribe una zona neurálgica de América; hoy como lo fue ayer. Es el asentamiento de las más poderosas compañías de piratas, ya sean los filibusteros de Drake o la *United Fruit Company*. Esto es un paralelo histórico cuyo meollo no trata de dilucidar el autor. Para él todo el Caribe se desenvuelve de acuerdo con leyes inexplicables y pasa de unas manos a otras, en guerras interminables, solo por la codicia pasajera de algún monarca.

El hecho económico, el *leit motiv* sobre el que gira la accidentada biografía ribereña al mar del Caribe, se diluye en ironías intrascendentes, en demostraciones de una profundísima cultura anecdótica y de un ágil y bien manejado castellano.

La secuencia histórica está dada por la aparición de un poder naval que reemplaza a otro poder naval o terrestre en decadencia, y si en algún momento roza el drama de la época, la terrible amenaza del imperialismo yanqui, lo hace con frases lamidas y tangenciales y refiriéndose a hechos que ya casi pertenecen a la historia, como el arrebato del Canal de Panamá.

Tiene frases de amable complacencia con el aventurero que actuando como plenipotenciario y poniendo pistola al pecho del gobierno de Panamá hace firmar un comercio indigno, y si resalta la pistolera acción de Teodoro Roosevelt téngase en cuenta que su fino, despreciativo y caballeresco sarcasmo se abate sobre los que cercenaron a su patria.

Arciniegas tiene inteligencia y, sobre todo, cultura para dar una gran obra sobre el tema, pero no puede hacerlo porque su saber está solo a disposición de su causa personal.

Mamita Yunai, de Carlos Luis Fallas

Este libro fue escrito por un obrero para participar en el concurso de la mejor novela latinoamericana de 1940. El jurado costarricense «por considerar que no se podía tomar en cuenta como novela, lo desechó». Así reza una nota que, a manera de colofón, cierra el libro, y tal vez desde un punto de vista técnico tenga razón el jurado, pues este relato no es completamente una novela, es un documento vivo elaborado en la entraña de la selva y al calor de la «acogedora» Mamita Yunai, la *United Fruit Co.*, cuyos tentáculos chupan la savia de todos los pueblos de Centroamérica y algunos suramericanos.

El relato es de estilo claro y seco y de técnica sencilla. En una primera parte narra sus vicisitudes como fiscal de una elección y matufias que en ella se hacen, hasta que vuelve a Limón y en el camino se encuentra con un viejo amigo, lo que da pie a narrar en forma de recuerdo la segunda parte, con sus aventuras en el bananal y la injusticia y el robo de que son objeto por parte de la compañía hasta que uno de los compañeros trata de matar a un «Tútile» [sic], un italiano de la «Yunai», y va a la cárcel.

La tercera parte, a manera de epílogo, cuenta en forma de diálogo entre los dos lo que fue de sus vidas en los años de intervalo para acabar con una separación cada uno siguiendo su camino: el autor, la primera persona que narra, en las luchas de reivindicación política; el amigo, en las bananeras de la Yunai.

El tipo principal es a las claras el autor, y tiene el acierto de no mezclarse con el pueblo a quien relata. Lo ve sufrir, lo comprende y lo compadece, pero no se identifica. Es testigo más que actor. Conoce los lugares que relata y se nota que los ha vivido. Los tipos psicológicos de los compañeros y las anécdotas insertadas son acertadas aunque a veces estas últimas llegan un poco traídas de los pelos al relato.

Como siempre en este tipo de novela, no hay complejidad psicológica en nadie, pero sobre todo los «machos» (gringos); parecen figuras del «malo» recortadas con cartulina.

Cuando sus quejas se transforman en alaridos efectistas cae en lugares comunes de la novela social americana, pero es, por sobre todas las cosas, un notable y vivo documento de tropelías de Compañía y «autoridad» y de la vida miserable de los «linieros» (que trabajan en la línea férrea) a quienes está dedicado este libro.

Canto general, de Pablo Neruda

Cuando el tiempo haya tamizado un poco los andares políticos y al mismo tiempo –ineluctablemente– haya dado al pueblo su triunfo definitivo, surgirá este libro de Neruda como el más vasto poema sinfónico de América.

Es poesía que muestra un hito y quizás una cumbre. Todo en ella, hasta los pocos (e inferiores) versos personales del final, respiran trascendencia. El poeta cristaliza esa media vuelta que dio cuando abandonara su diálogo consigo mismo y descendiera (o subiera) a dialogar con nosotros, los simples mortales, los integrantes del pueblo.

Es un canto general de América que da un repaso a todo lo nuestro desde los gigantes geográficos hasta las pobres bestezuelas del señor monopolio.

El primer capítulo se llama «La lámpara en la tierra», y entre otros suena su saludo para el gigantesco Amazonas:

*Amazonas
Capital de las sílabas del agua, padre patriarca [...]*

Al exacto colorido une la metáfora justa, da el ambiente, muestra su impacto en él, paya ya no como vagabundo alambicado, sino como hombre. Y precisamente el primer capítulo de su descripción que pudiéramos llamar «precolombina» se cierra con «Los hombres», nuestros abuelos lejanos:

*Como la copa de arcilla era
la raza minera, el hombre
hecho de piedras y de atmósfera,
limpio como los cántaros, sonoro*

Luego el poeta encuentra la síntesis de lo que era la América nuestra, su símbolo más grande, y canta entonces a las «Alturas de Machu Picchu». Es que Machu-Picchu es la obra de ingeniería aborígen que llega más a nosotros; por su simpleza elegante, por su tristeza gris, por el maravilloso panorama circundante, por el Urubamba aullando abajo. La síntesis de Machu-Picchu es hecha por tres versos que son tres definiciones de una categoría casi goethiana:

*Madre de piedra, espuma de los cóndores.
Alto arrecife de la aurora humana
Pala perdida en la primera arena*

Pero no se conforma con definirla e historiarla, y en un arranque de locura poética echa todo su saco de metáforas deslumbrantes y a veces herméticas sobre la ciudad símbolo y después invoca su ayuda

*Dadme el silencio, el agua, la esperanza
Dadme la lucha, el hierro, los volcanes*

¿Qué ha sucedido? Todos conocen la secuencia de la historia: en el horizonte aparecieron «Los conquistadores».

*Los carniceros desolaron las islas
Guahananí fue la primera
en esta historia de martirios*

Y van pasando Cortés, Alvarado, Balboa, Ximénez de Quesada, Pizarro, Valdivia. Todos son lacerados sin piedad por su canto detonante como un pistoletazo. Para el único que tiene palabras de cariño es para Ercilla, el cantor de la gesta araucana:

*Hombre, Ercilla sonoro, oigo el pulso del agua
de tu primer amanecer, un frenesí de pájaros
y un trueno en el follaje
Deja, deja tu huella
de águila rubia, destroza
tu mejilla contra el maíz salvaje,
todo será en la tierra devorado.*

Sin embargo, la conquista seguirá y dará lo suyo a América, por eso dice Neruda, «A pesar de la ira»:

*Pero a través del fuego y la herradura
como de un manantial iluminado
por la sangre sombría,
con el metal hundido en el tormento
se derramó una luz sobre la tierra:
número, nombre, línea y estructura.*

*Así con el sangriento
titán de piedra,*

*halcón encarnizado,
no solo llegó sangre sino trigo.*

La luz vino a pesar de los puñales.

Pero la noche de España acaba y la noche del monopolio es amenazada. Todos los grandes de América tienen su sitio en el canto, desde los viejos libertadores hasta los nuevos, los Prestes, los que luchan con el pueblo codo a codo.

Ahora la detonación desaparece y un gran canto de alegría y esperanza salpica al lector. Pero suena especialmente la gesta de su tierra. Lautaro y sus guerreros y Caupolicán el empalado.

«Lautaro contra el centauro (1554)» da la idea de la justa.

*La fatiga y la muerte conducían
la tropa de Valdivia en el follaje.*

*Se acercaban las lanzas de Lautaro.
Entre los muertos y las hojas iba
como en un túnel Pedro de Valdivia.*

En las tinieblas llegaba Lautaro.

*Pensó en Extremadura pedregosa,
en el dorado aceite, en la cocina,
en el jazmín dejado en ultramar.*

*Reconoció el aullido de Lautaro.
[...]*

*Valdivia vio venir la luz, la aurora,
tal vez la vida, el mar.*

Era Lautaro

No podía faltar en su canto la reunión misteriosa de Guayaquil, y en las líneas de la entrevista política palpita el espíritu de los dos grandes generales.

Pero no todo fue lucha heroica y limpia de los libertadores, también hubo traiciones, verdugos, carceleros, asesinos. «La arena traicionada» se abre con «Los verdugos»:

*Sauria, escamosa América enrollada
al crecimiento vegetal, al mástil
erigido en la ciénaga:
amamantaste hijos terribles
con venenosa leche de serpiente,
tórridas cunas encubaron
y cubrieron con barro amarillo
una progenie encarnizada.
El gato y la escorpiona fornicaron.
en la patria selvática*

Y aparecen y desfilan los Rosas, Francias, García Morenos, etc., y no solo nombres, instituciones, castas, grupos.

A sus colegas «Los poetas celestes» les pregunta:

*Qué hicisteis vosotros gidistas,
intelectualistas, rilkistas,
misterizantes, falsos brujos
existenciales, amapolas
surrealistas encendidas
en una tumba, europeizados
cadáveres de la moda
pálidas lombrices del queso
capitalista [...]*

Y cuando llega a las compañías norteamericanas, su poderosa voz respira piedad por las víctimas y asco y odio hacia los pulpos, hacia todos los que fraccionen y degluten nuestra América:

*Cuando sonó la trompeta, estuvo
todo preparado en la tierra,
y Jehová repartió el mundo
a Coca-Cola Inc., Anaconda,
Ford Motors, y otras entidades:
la Compañía Frutera Inc.
se reservó lo más jugoso,
la costa central de mi tierra,
la dulce cintura de América.*

A González Videla, el presidente que lo envía al exilio, le grita:

*Triste clown, miserable
mezcla de mono y rata, cuyo rabo
peinan en Wall Street con pomada de oro.*

Pero no todo ha muerto tampoco, y de la esperanza brota su grito:

América, no invoco tu nombre en vano.

Se concentra luego en su patria dando el «Canto general de Chile» donde después de describirlo y cantarlo da su «Oda de invierno al río Mapocho».

*Oh, sí, nieve imprecisa,
oh, sí, templando en plena flor de nieve,
párpado boreal, pequeño rayo helado
¿quién, quién te llamó hacia el ceniciento valle,
quién, quién te arrastró desde el pico del águila
hasta donde tus aguas puras tocan
los terribles harapos de mi patria?*

Y entonces viene la tierra, «La tierra se llama Juan», y entre el canto inhábil que cada obrero da se oye el de Margarita Naranjo, que desgarrar con su patetismo desnudo:

Estoy muerta. Soy de María Elena.

Y después se vuelve furioso contra los principales culpables, contra los monopolios, y le dedica a un soldado yanqui su poema «Que despierte el leñador»:

*Al oeste de Colorado River
hay un sitio que amo*

Y le advierte:

*Será implacable el mundo para vosotros.
No solo serán las islas despobladas, sino el aire
que ya conoce las palabras que les son queridas.
[...]*

*Y desde el laboratorio cubierto de enredaderas
saldrá también el átomo desencadenado
hacia vuestras ciudades orgullosos.*

González Videla desata la persecución contra él y lo convirtió en «El fugitivo», desde aquí su canto cae algo, parece como si la improvisación campeara desde ese momento en su canto y pierde entonces la altura de su metáfora y el delicado ritmo de su idea. Luego siguen «Las flores de Punitaqui» y luego saluda a sus colegas de habla hispánica.

En «Coral de año nuevo para mi patria en tinieblas» polemiza con el gobierno de Chile y después recuerda «El gran Océano» con su Rapa Nui:

*Tepito-Te-Henúa, ombligo del mar grande,
taller del mar, extinguida diadema.*

Y acaba el libro con su «Yo soy», donde hace su testamento luego de repasarse a sí mismo:

*Dejo a los sindicatos
del cobre, del carbón y del salitre
mi casa junto al mar de Isla Negra.
Quiero que allí reposen los maltratados hijos
de mi patria, saqueada por hachas y traidores,
desbaratada en su sagrada sangre,
consumida en volcánicos harapos.
[...]*

*Dejo mis viejos libros, recogidos
en rincones del mundo, venerados
en su tipografía majestuosa,
a los nuevos poetas de América,
a los que un día
hilarán en el ronco telar interrumpido
las significaciones de mañana*

y finalmente grita:

*Aquí termino:
Y nacerá de nuevo esta palabra,
tal vez en otro tiempo sin dolores,*

*sin las impuras hebras que adhirieron
negras vegetaciones en mi canto,
y otra vez en la altura estará ardiendo
mi corazón quemante y estrellado.
Así termina este libro, aquí dejo
mi Canto General escrito
en la persecución cantando, bajo
las olas clandestinas de mi patria.
Hoy 5 de febrero, en este año
de 1949, en Chile, en «Godomar
de Chena», algunos meses antes
de los cuarenta y cinco años de mi edad.*

Y con este final de François Villon acaba el libro más alto de América poética. La épica de nuestro tiempo de tocar con sus alas curiosas todo lo bueno y lo malo de la gran patria.

No hay espacio para otra cosa que la lucha; como en *La araucana* de su antecesor genial, todo es combate continuo, y su caricia es la caricia desmañada del soldado, no por eso menos amorosa pero cargada de fuerzas de la tierra.

Guatemala: la democracia y el imperio, de Juan José Arévalo

Han pasado veinte años desde el libro anterior [*La pedagogía de la personalidad*, La Plata, 1937]. Arévalo fue presidente de un país durante seis años; se paró con todo su pequeño país detrás contra la prepotencia yanqui y sus voraces monopolios que se tiraban sin cesar contra las riquezas guatemaltecas. Pasados sus seis años de gobierno, entregó el mando a Árbenz, y a la mitad del ejercicio de este se produce la abierta agresión a Guatemala. Arévalo resucita entonces viejos recuerdos de su época presidencial y los ofrecimientos yanquis para tentarlo personalmente a aceptar su juego. Analiza el complejo panorama de la política mundial y puntualiza con seria ironía las estupideces de la propaganda yanqui sobre el peligro guatemalteco. Analiza la acción del gobierno de Árbenz sobre la UFCO [*United Fruit Co.*], la IRCA [*International Railways of Central America*] y la *Bond and Share* y llega a la conclusión de que estas son las indirectamente responsables del atraco.

Naturalmente, nadie que piense puede dejar de conocer ese hecho tan enormemente claro, pero la valentía está en decirlo y en decirlo sin pelos en la lengua en este especial momento de la historia de América.

No es este un libro que vaya a sobrevivir a su época, morirá con ella pues no hay valores eternos en sus cien inflamadas páginas, pero es interesante notar las diferencias que veinte años han dado a la obra pedante del joven doctor en filosofía y la viril alocución de un patriota que fue presidente de su patria y, como tal, debió poner el hombro cotidianamente para desempeñarse a su país.

El hechicero, de Carlos Solórzano

Un pequeño drama bien hecho. De hondura filosófica, aunque no de originalidad. Al fin y al cabo, el tema del alquimista enamorado de una idea es tan viejo como la alquimia. Lo importante es que el autor encuentra en la obra el tema social y se siente en su grito el grito de los humildes.

El tema y el desarrollo son clásicos: Shakespeare (*Hamlet* y *Macbeth*) le van unido [sic] en mucho, pero también O'Neill ha puesto su grano de arena en la obra.

El hechicero es muerto por su hermano, incitado por la mujer de aquel, pero no consiguen nada, ya que el hechicero solo tenía ilusiones y no una fórmula para el oro. La hija de este se venga en una forma que recuerda al dramaturgo norteamericano por su complejidad psicológica.

El fondo está dado por un pueblo sojuzgado que tiene hambre y que busca a su salvador en cualquier parte.

Con el título «Apuntes de lecturas» se incluyeron estas notas del Che en *Casa de las Américas*, no. 184 (julio-septiembre de 1991, pp. 16-33).

EL DILEMA DE GUATEMALA

Quien haya recorrido estas tierras de América habrá escuchado las palabras desdeñosas que algunas personas lanzaban sobre ciertos regímenes de clara inspiración democrática. Arranca de la época de la República Española y su caída. De ella dijeron que estaba constituida por un montón de vagos que solo sabían bailar la jota, y que Franco puso orden y desterró el comunismo de España. Después, el tiempo pulió opiniones y uniformó los criterios y la frase hecha con que se lapidaba una fenecida democracia era más o menos: «allí no había libertad, había libertinaje». Así se definía a los gobiernos que en Perú, Venezuela y Cuba habían dado a América el sueño de una nueva era. El precio que los grupos democráticos de esos países tuvieron que pagar por el aprendizaje de las técnicas de la opresión ha sido elevado. Cantidad de víctimas inocentes han sido inmoladas para mantener un orden de cosas necesario a los intereses de la burguesía feudal y de los capitales extranjeros, y los patriotas saben ahora que la victoria será conquistada a sangre y fuego y que no puede haber perdón para los traidores; que el exterminio total de los grupos reaccionarios es lo único que puede asegurar el imperio de la justicia en América.

Cuando oí nuevamente la palabra «libertinaje» usada para calificar a Guatemala sentí temor por esta pequeña república. ¿Es que la resurrección del sueño de los latinoamericanos, encarnado en este país y en Bolivia, estará condenado a seguir el camino de sus antecesores? Aquí se plantea el dilema.

Cuatro partidos revolucionarios forman la base en que se apoya el gobierno, y todos ellos, salvo el PGT están divididos en dos o más fracciones antagónicas que disputan entre sí con más saña que con los tradicionales enemigos feudales, olvidando en rencillas domésticas el norte de los guatemaltecos. Mientras tanto la reacción tiende sus redes. El Departamento de Estado de los Estados Unidos o la *United Fruit Company*, que nunca se puede saber quién es uno y otro en el país del norte –en franca alianza con los terratenientes y la burguesía timorata y chupacirios–, hacen planes de toda índole para reducir a silencio al altivo adversario que surgió como un grano en el seno del Caribe. Mientras Caracas espera las ponencias que den

cauce a las intromisiones más o menos descaradas, los generalitos desplazados y los cafetaleros temerosos buscan alianza con los siniestros dictadores vecinos.

Mientras la prensa de los países aledaños, totalmente amordazada, solo puede tañir loas al «líder» en la única nota permitida, aquí los periódicos titulados «independientes» desencadenan una burda tempestad de patrañas sobre el gobierno y sus defensores, creando el clima buscado. Y la democracia lo permite.

La «cabecera de playa comunista», dando un magnífico ejemplo de libertad e ingenuidad, permite que se socaven sus cimientos nacionalistas; permite que se destroce otro sueño de América.

Miren un poco hacia el pasado inmediato, compañeros, observen a los líderes prófugos, muertos o prisioneros del Apra del Perú; de Acción Democrática de Venezuela; a la magnífica muchachada cubana asesinada por Batista. Asómense a los veinte orificios que ostenta el cuerpo del poeta soldado, Ruiz Pineda; a las miasmas de las cárceles venezolanas. Miren, sin miedo pero con cautela, el pasado ejemplarizante y contesten, ¿es ese el porvenir de Guatemala?

¿Para eso se ha luchado y se lucha? La responsabilidad histórica de los hombres que realizan las esperanzas de Latinoamérica es grande. Es hora de que se supriman los eufemismos. Es hora de que el garrote conteste al garrote, y si hay que morir, que sea como Sandino y no como Azaña. Pero que los fusiles alevosos no sean empuñados por manos guatemaltecas. Si quieren matar la libertad que lo hagan ellos, los que la esconden. Es necesario no tener blandura, no perdonar traiciones. No sea que la sangre de un traidor que no se derrame cueste la de miles de bravos defensores del pueblo. La vieja disyuntiva de Hamlet suena en mis labios a través de un poeta de América. Guatemala: «¿Eres o no eres, o quién eres?». Los grupos que apoyan al gobierno tienen la palabra.

[c. abril de 1954.]

Publicado en *Casa de las Américas*, no. 166 (enero-febrero de 1988, pp. 48-49), junto con el texto que le sigue en este volumen, precedidos por la siguiente nota:

El año pasado apareció en Buenos Aires, editado por Sudamericana/Planeta, el libro Aquí va un soldado de América, donde Ernesto Guevara Lynch, como complemento a su libro Mi hijo el Che, recogió y comentó materiales de este. Se trata de textos, sobre todo cartas íntimas, escritos

fundamentalmente entre 1953 y 1956, y en su mayoría inéditos hasta la fecha. Ellos permiten conocer más de la evolución del Che durante su segundo gran periplo americano, que lo llevó en 1953 a Guatemala –cuya causa revolucionaria abrazó apasionada y lúcidamente–, y luego a México, donde conoció a Fidel y de donde partió con él y ochenta hombres más, a bordo del Granma, para reiniciar la guerra revolucionaria. De este importantísimo volumen tomamos los dos artículos del Che, presumiblemente escritos antes del derrocamiento por la CIA del gobierno guatemalteco.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

LA CLASE OBRERA DE LOS ESTADOS UNIDOS... ¿AMIGA O ENEMIGA?

El mundo está actualmente dividido en dos mitades diferentes: aquella donde se ejerce el capitalismo con todas sus consecuencias y esa otra en que el socialismo ha sentado sus reales. Pero los países con el sistema de vida capitalista no pueden agruparse en un único casillero. Entre ellos hay marcadas diferencias.

Hay países coloniales, en los que la clase terrateniente aliada con los capitales extranjeros monopoliza la vida de la comunidad y mantiene a la nación en el atraso necesario a sus fines de lucro. Aquí están encuadrados casi todos los países de Asia, África y América. Hay unos pocos en los que el capitalismo no ha trascendido las propias fronteras, pero la intromisión del capital foráneo no es tan marcada como para constituir un problema que necesite solución inmediata. En este estado se encuentran uno que otro país de Europa con pequeñas burguesías desarrolladas al extremo. Hay otro interesante grupo de países que podrían denominarse colonial-imperialistas o preimperialistas, cuya economía, sin haber tomado totalmente las características de naciones industriales, inicia, en combinación con los paternos capitales, que la subyugan, una lucha por la posesión de los mercados inmediatos, caracterizados en general por pertenecer manifiestamente al grupo colonial. Tal es el caso que representan la Argentina, Brasil, India y Egipto. Un rasgo dominante de estos países es la propensión a formar bloques sobre los que ejercen cierto liderato.

Uno de los grupos más importantes es el de las naciones cuya expansión imperialista ha sido frenada luego de la última guerra. Tal es el caso de los Países Bajos, Italia, Francia y, el más importante, Inglaterra. Pese a que asistimos al desmembramiento del colosal imperio inglés, sus personeros todavía luchan. Naturalmente, frente al justo anhelo de libertad de los pueblos oprimidos se junta la rapiña de los grandes capitales norteamericanos que precipitan las crisis para sacar partido propio (Irán).

En el último grupo, el de los países imperialistas en plena expansión, solo está Estados Unidos –el gran problema de Latinoamérica–. Uno se pregunta ¿por qué en los Estados Unidos, país industrializado al máximo y con todas las características de los imperios capitalistas, no se sienten las contradicciones que colocan al capital y el trabajo en pugna total? La

respuesta hay que buscarla en las condiciones especiales del país nortño. Salvo los negros, segregados y germen de la primera rebelión seria, los demás obreros (los que tienen trabajo, naturalmente) pueden gozar de salarios enormes comparados con los que comúnmente dan las empresas capitalistas, debido a que la diferencia entre lo requerido normalmente por las necesidades de la plusvalía y la paga actual es compensada con creces por grupos de obreros de dos grandes comunidades de naciones: los asiáticos y los latinoamericanos.

El Asia convulsionada y con el antecedente de la magnífica victoria del pueblo chino lucha con nueva fe por su liberación, y lentamente van quedando fuera del radio de acción de los capitales imperialistas fuentes de materia prima cuya mano de obra era extremadamente barata. Pero los capitales no van a sufrir todavía en carne propia la derrota y la trasladan íntegra sobre los hombros del obrero. Y aunque parte de la victoria asiática nos duela en carne propia a los latinoamericanos, los obreros del norte también sienten el impacto en forma de despidos y baja del salario real. Para una masa con completa falta de cultura política el mal no puede verse más allá de sus narices, y allí, en sus narices, está el triunfo de «la barbarie comunista sobre las democracias». La reacción guerrera es lógica; pero difícil de realizar; Asia está muy distante y tiene mucha gente dispuesta a morir por el ideal de la tierra propia. Y la pequeña burguesía norteamericana, cuyo peso político es enorme, no permite que sus hijos, aunque en mínima proporción, encuentren la muerte en tierra extranjera. Frente a la inexorable pérdida del Asia en poco tiempo, la potencia imperialista se ve abocada al problema de los dos caminos posibles: la guerra total contra todo el enemigo socialista y los pueblos con ansias nacionalistas, o el abandono del Asia para circunscribir su esfera de acción a dos continentes por ahora controlables: África y América, sosteniendo, claro está, pequeñas guerras limitadas que le permitan mantener su industria armamentista sin pérdida de vidas, ya que siempre se encuentra gobernantes traidores dispuestos a sacrificar su tierra por el mendrugo que arrojará el amo.

La guerra total es temida por los Estados Unidos, que no pueden desencadenar un ataque atómico porque las represalias serían terribles en estos momentos, y en una guerra «ortodoxa» perdería en un santiamén toda Europa, y el Asia caería casi totalmente en poco tiempo también. Frente a este cuadro, los Estados Unidos se inclinan más a defender sus posiciones en América y las recientes del África. Los panoramas en ambos continentes son diferentes: mientras aquí su dominio es total y no puede tener interferencias, allá solo posee pequeñas manchas territoriales y su control se ejerce a través de las naciones subsidiarias que se reparten todo

el continente. Por eso las dimensiones y luchas intestinas y manifestaciones del nacionalismo son toleradas y hasta provocadas por los Estados Unidos, que ven, con la paulatina debilitación de los amos tradicionales, aumentar su poderío imperial.

Ahora bien, cualquier manifestación de nacionalismo verdadero llevará a los pueblos de América Latina a tratar de emanciparse del opresor, que no es otro que el capital monopolista, pero los poseedores de ese capital están en gran mayoría en los Estados Unidos y tienen enorme influencia en las decisiones del gobierno de este país. La constitución del equipo gubernamental y las conexiones con las compañías más importantes de esos individuos nos dan la clave del comportamiento político de los vecinos del norte. En estos momentos de vacilaciones y cuando los Estados Unidos han asumido la dirección del titulado mundo libre, no se puede atacar e interferir sobre un país cualquiera a menos que haya un motivo poderoso; y ese motivo ha sido creado y está siendo vigorizado por ellos: «el comunismo internacional». Ese es el caballito de batalla con el cual se puede usar por ahora de la mentira organizada en toda su efectividad por la propaganda moderna, y luego, quizás, de la intervención económica y hasta, ¿por qué no?, la intervención armada.

Todo este sistema defensivo es vital para los capitalistas si quieren mantener su sistema actual, pero también es importante, en un plazo limitado, para los obreros norteamericanos, ya que la brusca pérdida de las fuentes baratas de materia prima provocaría inmediatamente el conflicto inmanente de la contradicción entre capital y trabajo y el resultado sería desastroso para éste, mientras no pudiera tomar las fuentes de producción. Insisto en que no se puede exigir a la clase obrera del país del norte que vea más lejos de sus narices. Inútil sería tratar de explicar desde lejos, con la prensa totalmente en manos de los grandes capitales, que el proceso de descomposición interna del capitalismo solo sería detenido un tiempo más, pero nunca parado por las medidas de tipo totalitario que se tomen, tendientes a mantener a Latinoamérica en estado colonial. La reacción, hasta cierto punto lógica, de la clase obrera, será apoyar a los Estados Unidos, siguiéndolos tras el emblema de un *slogan* cualquiera, como sería en este caso «el anticomunismo». Por otra parte, no debe olvidarse que la función de los sindicatos obreros en los Estados Unidos es más bien la de servir de paragolpes entre las dos fuerzas en pugna y, subrepticamente, limar la potencia revolucionaria de las masas.

Con estos antecedentes y frente a la realidad americana no es difícil suponer cuál será la actitud de la clase obrera del país norteamericano cuando se plantee definitivamente el problema de la pérdida brusca de mercados y fuentes de materia prima barata.

Esta es, a mi entender, la cruda realidad frente a la que estamos los latinoamericanos. El desenvolvimiento económico de los Estados Unidos

y las necesidades de los trabajadores de mantener su nivel de vida son los factores que harán, en términos finales, que la lucha liberadora no se planteé contra un régimen social dado, sino contra una nación que defiende, unida en un solo bloque armado por la suprema ley de la comunidad de intereses, los adquiridos tutelajes sobre la vida económica de Latinoamérica.

Preparémonos, pues, a luchar contra el pueblo todo de los Estados Unidos, que el fruto de la victoria será no solo la liberación económica y la igualdad social, sino la adquisición de un nuevo y bienvenido hermano menor: el proletariado de ese país.

[c. abril de 1954]

Casa de las Américas, no. 166, enero-febrero de 1988, pp. 50-52.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

LO QUE APRENDIMOS Y LO QUE ENSEÑAMOS

En el mes de diciembre, mes del segundo aniversario del desembarco del *Granma*, conviene dar una mirada retrospectiva a los años de lucha armada y a la larga lucha revolucionaria cuyo fermento inicial lo da el 10 de marzo, con la asonada batistiana, y su campanazo primero el 26 de julio de 1953, con la trágica batalla del Moncada.

Largo ha sido el camino y lleno de penurias y contradicciones. Es que en el curso de todo proceso revolucionario, cuando este es dirigido honestamente y no frenado desde puestos de responsabilidad, hay una serie de interacciones recíprocas entre los dirigentes y la masa revolucionaria. El Movimiento 26 de Julio ha sufrido también la acción de esta ley histórica. Del grupo de jóvenes entusiastas que asaltaron el Cuartel Moncada en la madrugada del 26 de julio de 1953, a los actuales directores del Movimiento, siendo muchos de ellos los mismos, hay un abismo. Los cinco años de lucha frontal, dos de los cuales son de una franca guerra, han moldeado el espíritu revolucionario de todos nosotros en los choques cotidianos con la realidad y con la sabiduría instintiva del pueblo.

Efectivamente, nuestro contacto con las masas campesinas nos ha enseñado la gran injusticia que entraña el actual régimen de propiedad agraria, nos ha convencido de la justicia de un cambio fundamental de ese régimen de propiedad, nos ha ilustrado en la práctica diaria sobre la capacidad de abnegación del campesinado cubano, sobre su nobleza y lealtad sin límites. Pero nosotros enseñamos también; enseñamos a perder el miedo a la represión enemiga, enseñamos la superioridad de las armas populares sobre el batallón mercenario, enseñamos, en fin, la nunca suficientemente repetida máxima popular: «la unión hace la fuerza».

Y el campesinado, alertado de su fuerza, impuso al Movimiento, su vanguardia combativa, el planteamiento de reivindicaciones que fueron haciéndose más conscientemente audaces hasta plasmarse en la Ley No. 3 de Reforma Agraria de la Sierra Maestra, recientemente emitida.

Esa Ley es hoy nuestro orgullo, nuestro pendón de combate, nuestra razón de ser como organización revolucionaria. Pero no siempre fueron así nuestras exposiciones sociales: cercados en nuestro reducto de la Sierra, sin conexiones vitales con la masa del pueblo, alguna vez creímos que podíamos

imponer la razón de nuestras armas con más fuerza de convicción que la razón de nuestras ideas. Por eso tuvimos nuestro 9 de abril, fecha de triste recordación que representa en lo social lo que la Alegría de Pío, nuestra única derrota en el campo bélico, significó en el desarrollo de la lucha armada.

De la Alegría de Pío extrajimos la enseñanza revolucionaria necesaria para no perder una sola batalla más; del 9 de abril hemos aprendido también que la estrategia de la lucha de masas responde a leyes definidas que no se pueden burlar ni torcer. La lección está claramente aprendida. Al trabajo con las masas campesinas, a las que hemos unido sin distinción de banderas en la lucha por la posesión de la tierra, agregamos hoy la exposición de reivindicaciones obreras que unen a la masa proletaria bajo una sola bandera de lucha, el Frente Obrero Nacional Unificado (Fonu), con una sola meta táctica cercana: la huelga general revolucionaria.

No significa esto el uso de tácticas demagógicas como expresión de habilidad política; no investigamos el sentimiento de las masas como una simple curiosidad científica; respondemos a su llamado, porque nosotros, vanguardia combativa de los obreros y campesinos que derraman su sangre en las sierras y llanos de Cuba, no somos elementos aislados de la masa popular, somos parte misma del pueblo. Nuestra función directiva no nos aísla, nos obliga.

Pero nuestra condición de Movimiento de todas las clases de Cuba, nos hace luchar también por los profesionales y pequeños comerciantes que aspiran a vivir en un marco de leyes decorosas; por el industrial cubano, cuyo esfuerzo engrandece a la nación creando fuentes de trabajo; por todo hombre de bien que quiera ver a Cuba sin su luto diario de estas jornadas de dolor.

Hoy más que nunca, el Movimiento 26 de Julio, ligado a los más altos intereses de la nación cubana, da su batalla, sin desplantes, pero sin claudicaciones, por los obreros y campesinos, por los profesionales y pequeños comerciantes, por los industriales nacionales, por la democracia y la libertad, por el derecho de ser hijos libres de un pueblo libre, porque el pan de cada día sea la medida exacta de nuestro esfuerzo cotidiano.

En este segundo aniversario, cambiamos la formulación de nuestro juramento. Ya no seremos «libres o mártires»: seremos libres, libres por la acción de todo el pueblo de Cuba que está rompiendo cadena tras cadena con la sangre y el sufrimiento de sus mejores hijos.

Este texto y el siguiente aparecieron en *Casa de las Américas*, no. 104 (septiembre-octubre de 1977, pp. 6-7 y 8-12, respectivamente), acompañados por la siguiente nota:

Agradecemos a la Editorial de Ciencias Sociales del Ministerio de Cultura el habernos facilitado estos textos que aparecerán en una inminente edición de las Obras completas de Ernesto Che Guevara que ha preparado esa editorial. El primero de los materiales, «Lo que aprendimos y lo que enseñamos», fue publicado en Patria, órgano oficial del Ejército Rebelde 26 de Julio en Las Villas, el 1 de enero de 1959 (año I, no. 2); el «Discurso a las milicias» fue pronunciado el 22 de enero de 1961, apenas tres meses antes de la invasión mercenaria por Playa Girón, en el acto de recibimiento a las Milicias Nacionales Revolucionarias en Cabañas, Pinar del Río.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

DISCURSO A LAS MILICIAS

Compañeros todos:

Hoy se cumple en nuestra Revolución una etapa –no precisamente hoy, sino en estos días–. Se cumple una etapa, porque el último peligro inminente de invasión imperialista ha pasado.

Eso no quiere decir, de ninguna manera, que haya pasado totalmente el peligro; no quiere decir que haya pasado el peligro definitivamente, porque el gran creador de guerras, el gran enemigo de la paz y el gran enemigo de la soberanía de los pueblos, que es el imperialismo, todavía está fuerte. Simplemente, es que hay otras fuerzas en el mundo que han empezado a tener conciencia de su capacidad de lucha contra el imperialismo y, poco a poco, los pueblos han comprendido que unidos todos para el solo gran fin común de su libertad pueden luchar victoriosamente contra las armas que antes, uno a uno, los vencían, los aplastaban, los masacraban y después los succionaban.

El ejemplo de Cuba demuestra que en este momento de la historia no importa el tamaño de un pueblo ni la magnitud de sus instrumentos de destrucción; que su voluntad férrea, que su unidad frente al peligro, que su decisión de triunfar frente a todo, bastan para lograr, con la ayuda de todos los pueblos del mundo, un triunfo tan resonante como este que hemos obtenido. Un triunfo, compañeros, que tiene dimensiones mundiales. Y las tiene, porque este triunfo sin sangre es el triunfo sin sangre de todos los pueblos que quieren la paz, que saben que en este momento de armas atómicas la paz es indispensable para asegurar el futuro de la humanidad.

Los imperialistas pensaban jugar una última y desesperada carta con una invasión fulminante contra nuestro pueblo. Nosotros nos enteramos de eso, lo denunciarnos a su debido tiempo, y nos preparamos aquí para repeler esa agresión. Los pueblos del mundo también dijeron presente, y muy serias afirmaciones se hicieron en Moscú por el primer ministro Jruschov y en la Organización de las Naciones Unidas por el delegado permanente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, quien previno del paso que iban a dar los Estados Unidos atacando a Cuba en esos momentos.

Bien sabido es que la Unión Soviética y todos los países socialistas estaban dispuestos a entrar en guerra para defender nuestra soberanía y el tácito compromiso que se ha establecido entre nuestros pueblos. Al

triunfar sin guerra, toda la parte más sana de la humanidad ha triunfado con nosotros; al triunfar sin guerra, los pueblos del mundo han triunfado. Y no solamente los nuestros, los que con sus gobiernos están del lado del campo de la paz, sino también los pueblos que tienen que soportar gobiernos guerreristas, como en primer lugar el pueblo de los Estados Unidos, como el pueblo francés, que en Argelia ve cómo sus hijos mueren masacrando a otro pueblo, como otros pequeños imperios que todos los días matan seres humanos para asegurar las ganancias de sus monopolios.

Por eso esta victoria es mundial, por eso [el día de hoy] debemos convertirlo en un día de regocijo, porque ya nuestros mejores hijos, los que todos los días estuvieron esperando, durante veinte largas mañanas, tardes y noches, la aparición del enemigo por alguno de los tantos lugares en que se preveía su llegada, porque todos esos hijos vienen hoy a depositar su fusil, no a que duerma un sueño tranquilo, sino a que esté en un reposo vigilante, y se vuelven a entregar a la producción, que es nuestra meta y nuestra batalla de todos los días.

Debemos, sin embargo, hacernos algunas reflexiones. Ya lo dijo Raúl en Santiago: no todo ha salido bien, tenemos todavía muchos defectos; defectos que algunos hemos podido ver directamente, defectos que otros miembros del Ejército han visto, y otros que pueden solucionarlos los mismos soldados de nuestro Ejército Rebelde, o los milicianos. Porque la organización es algo inminente a un Estado moderno; no se puede dirigir una guerra, ni se puede dirigir una etapa de desarrollo económico violento, ni se puede hacer una gran tarea educacional, si no hay organización, si no sabe cada uno en la guerra cuál es su trabajo, en la producción, cuál es su máquina o su instrumento de trabajo, en las tareas educacionales, cuál es su puesto, y muchas veces hemos tenido aquí momentos en que no todos sabíamos cuál era nuestro punto exacto. Nunca falló ni en lo más mínimo nuestra fe en la victoria y nuestro deseo de luchar hasta el final en el más duro de los sacrificios, pero sí a veces faltó la idea exacta de cómo había que hacerlo.

Nuestro pueblo ha avanzado tanto que ya sabe por qué tiene que sacrificarse. Debe ahora dar un paso más en momentos como estos, de peligro nacional, debe saber en cada caso no solamente por qué va al sacrificio, sino también cómo ir a la lucha que significará el sacrificio.

Eso es algo que nos ha servido de gran experiencia y, aunque estos veinte días han restado a nuestra producción una gran cantidad de bienes, que no se crearon, sin embargo nos ha permitido ver en toda su magnitud el problema, y tratar de solucionarlo.

Pero también esta reunión nos ha enseñado la gran unidad del pueblo, cómo se han superado ya muchos resquemores, muchas viejas rencillas del pasado con que el imperialismo pretendía dividirnos, y que no murieron el día primero de enero de 1959, sino que siguieron presentes en nuestro desarrollo, hasta un buen tiempo después. Sin embargo, hoy se nota la unidad del pueblo, el fervor combatiente de todo el pueblo, de todo lo sano, de todo lo que está definitivamente por la liberación de la humanidad.

Y por eso, cada vez más identificados, en nuestras tribunas se ve no solamente a los miembros del Ejército Rebelde y de las otras organizaciones que la Revolución creara, sino también a los miembros de todos los partidos políticos que existían antes de la Revolución y que le han dado su apoyo, y de los nuevos movimientos forjados al calor de la Revolución; y también en nuestras tribunas se encuentran preclaros representantes de lo más puro de las religiones, como el Padre Lence, que viene a darnos su apoyo.

Porque nosotros nunca hemos venido a dividir, y constantemente hemos tratado de unir. Esa era una de las consignas primeras que desde la Sierra Maestra nos diera nuestro jefe Fidel Castro: no separar a los cubanos por tendencias políticas, por color de su piel o por su manera de pensar en materias espirituales; siempre tratar de juntarlos, siempre tratar de limar las asperezas que puedan existir y las lógicas diferencias de pensamiento que pueda haber entre un comunista y un miembro de otro partido político, entre los mismos miembros de nuestro Ejército Rebelde y de las Milicias en algunas contadas ocasiones, entre un católico y un protestante o una persona sin religión; no acentuar las diferencias, sino acentuar todos los puntos de contacto, todas las aspiraciones honestas que nos permitan marchar juntos hacia la victoria.

Lo que sí debemos preguntar a todos: a los religiosos, a los de los partidos políticos o de las organizaciones creadas por la Revolución, es si aceptan los grandes principios de la Revolución y si encuentran que en esta etapa de Cuba la Declaración de La Habana reafirma y encuentra en ellos todos los grandes anhelos del pueblo de Cuba. Todas las personas que contesten afirmativamente, que estén dispuestas a luchar por el futuro de Cuba, que estén de acuerdo con que la Declaración de La Habana representa los grandes intereses y los grandes anhelos de nuestro pueblo, son nuestros amigos. No importa más; no importa cómo piense en materia religiosa o en materia política, o a qué institución pertenezca. Solamente pertenece al gran núcleo del pueblo y a la gran fuerza de la Revolución.

En eso hemos avanzado mucho. Ya todos conocemos lo que vale la unidad; ya todos conocemos lo que puede hacer un pueblo cuando no solamente tiene armas, sino también un espíritu único que los dirige hacia

un fin único. Ya lo hemos visto en ese espíritu de los milicianos y soldados de nuestro Ejército Rebelde, resistiendo juntos todas las adversidades de estos veinte días de campaña. Y hemos visto al pueblo entero dando todo de sí, para hacer que todas esas incomodidades de la campaña sean menores, puedan sortearse más fácilmente y exijan menos esfuerzo de nuestros hijos armados. Y hemos visto, también, cómo grandes concentraciones de pueblo se reúnen para dar la despedida a nuestros milicianos y a nuestro Ejército Rebelde en un momento determinado, despedida que no es más que un ¡hasta luego!, porque todos estamos prestos a empuñar de nuevo el fusil miliciano o el fusil del Ejército, que es lo mismo, y cómo los despiden, dando de los ahorros de cada uno una pequeña parte para constituir esa gruesa suma que contribuye a disminuir los gastos de la defensa del país.

Porque un país, para defenderse de una gran fuerza imperialista, de la potencia agresiva de los Estados Unidos, necesita hacer grandes sacrificios. Todos los cañones, los tanques, los morteros y las ametralladoras, además de los fusiles y *bazookas* que desfilaron como una parte de nuestro arsenal de defensa el día 2 de enero, es también dinero de nuestro pueblo. Y es dinero invertido en algo que no se reproduce, es dinero que no se puede dedicar a la producción de los bienes de consumo y hacer de nuestro país una verdadera joya dentro de América.

Nosotros tenemos que luchar para que las grandes fuerzas exteriores que nos obligan a comprar todo ese armamento y adiestrar a toda la gente que lo utilice, y a gastar sumas considerables de dinero, para que esa gran fuerza que nos obliga a todo ese sacrificio, desaparezca. Debemos siempre ser conscientes de que mientras el imperialismo norteamericano mantenga esas características de agresión, no estaremos nunca tranquilos, y siempre deberemos tener nuestro fusil vigilante al alcance de la mano y cerca de nuestra vista.

Ahora también se inaugura un nuevo período presidencial en los Estados Unidos. Nuestro deber es esperar para ver qué pasa. Todos anhelamos que el sucesor de nuestro nunca bien odiado enemigo Eisenhower sea un poquito más inteligente, no se deje dominar tanto por los monopolios, que jugaban con el pobre otrora glorioso general como un títere, y lo hacían una y otra vez cometer errores que costaron mucho a la nación norteamericana.

Pero esos errores podrían costar mucho más al pueblo de los Estados Unidos y a todos los pueblos del mundo, si algún error de cálculo nos sume en una guerra mundial de características pavorosas.

El nuevo presidente, al asumir el alto cargo, profirió ciertas amenazas, y utilizó el mismo lenguaje que ya conocemos, pero también habló de cosas nuevas: habló de cierta forma de coexistencia pacífica y de cierta forma

de lucha pacífica entre los dos grandes bloques en que se divide el mundo. Aceptó, por lo menos, el hecho de que hay una parte del mundo que no quiere saber nada con la forma de vida [norte]americana, y simplemente amenazó con que no dejaría que nuevas partes del mundo, que ellos dominan y oprimen, pasaran a lo que él llama «las tinieblas del comunismo internacional».

Eso es algo positivo y debemos esperar. Es algo positivo, porque nos indica que está abierto el camino a las conversaciones, y de las conversaciones puede surgir algo. Pero de ninguna manera es lícito tener la más mínima falta de cautela frente a los Estados Unidos mientras las condiciones no cambien. Sobre todo, somos el único país de América, el único país de sus posesiones coloniales americanas, que no tiene ni siquiera relaciones diplomáticas con ellos. Debemos, si vamos a mejorar nuestras relaciones, conversar nosotros también, mano a mano con ellos, y exponer nuestras quejas, y exponer la gran cantidad de injurias a que ha sido sometido nuestro pueblo en estos dos años de libertad.

De todas maneras, de hecho, la Revolución Cubana ha demostrado que es más fuerte e invencible que nunca; ha demostrado que van quedando viejos algunos de los lemas con que saludábamos al pueblo al final de nuestros discursos, y que ya casi no se justifica decir «Patria o Muerte», porque no existe esa amenaza tan grande sobre nuestra patria que nos coloque en el dilema terrible de mantenerla viva y mantenerla soberana, o encontrarnos la muerte en algún campo de batalla.

Aquella época parece pasada. No podemos afirmarlo, pero parece que es así; parece que la lucha ahora va a asumir otras características, que será más solapada, será mucho menos visible, aunque quizás no sea ni menos sangrienta ni menos implacable que la otra etapa. Ahora viene la etapa de luchar contra todos los que internamente traten de socavar nuestra Revolución; contra todos aquellos que pertenecen a las clases sociales explotadoras, que definitivamente han sido derrotados en Cuba, pero que ellos no lo saben. Y al no saberlo levantan la lucha un día y otro día, y eso también cuesta el esfuerzo de los cubanos, para cada vez aplastar el intento contrarrevolucionario.

Eso será nuestra lucha en el futuro, y estará indiscutiblemente alentada por el imperialismo norteamericano, que no se resigna, de ninguna manera, a la gran verdad de nuestra Revolución. Pero ya se ve una lucha nuestra, una lucha en la cual todos nosotros seremos responsables de nuestros éxitos y de nuestras derrotas; una lucha donde no se pondrá en peligro la paz del mundo, por una agresión de alguna potencia extranjera.

En definitiva, será una lucha más cómoda, porque será la lucha de todo un pueblo contra una pequeñísima parte que no se resigna a perder sus privilegios, y que trata de mantenerlos a sangre y fuego. Y el destino de esa parte pequeñísima del pueblo, que se levanta contra la gran masa del pueblo revolucionario es, indefectiblemente, el de perecer.

Por eso, esta lucha que se inaugura en esta nueva etapa de nuestra vida revolucionaria es más sencilla. No está exenta de peligros, ni está exenta de dificultades. Pero si mantenemos firmemente nuestra unidad, si nos preocupamos todos nosotros por hacer de la unidad del pueblo, frente a las grandes consignas revolucionarias, nuestra arma de combate; si, además, vigilamos revolucionariamente en cada centro de trabajo, cualquiera que sea, y, además de todo eso, nos dedicamos a producir más y más cada día para hacer de nuestro país una verdadera fuerza en el sentido industrial, aquel peligro será fácilmente batido.

Inauguramos, pues, en estos días, una etapa de lucha diferente. Pero para mejor decir, creemos que se inaugura; no podemos asegurarlo, porque hay un nuevo gobierno de nuestros enemigos que todavía no se ha expresado, ni ha expresado sus intenciones reales con respecto a nuestra Revolución. Por lo menos, esa es nuestra manera de pensar, y esa es, por qué no decirlo, nuestra esperanza también.

No queremos la amenaza de la guerra sobre nuestras cabezas, ni queremos tener que movilizar a nuestro pueblo a cada momento para luchar contra el enemigo; pero si volviera a suceder, si ese enemigo volviera a levantar la amenaza de la agresión contra nuestro pueblo, veríamos cómo otra vez el pueblo entero va a las trincheras y a todos los lugares de combate. Y veríamos de nuevo cómo surgen, más fuertes que nunca, las grandes consignas que han dirigido a nuestro pueblo en estos últimos días, y que han tenido, en cada uno de nosotros, las características de una solución inapelable: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Casa de las Américas, no. 104, septiembre-octubre de 1977, pp. 8-12.

CUBA: ¿EXCEPCIÓN HISTÓRICA O VANGUARDIA EN LA LUCHA ANTICOLONIALISTA?

La clase obrera es la clase fecunda y creadora, la clase obrera es la que produce cuanta riqueza material existe en un país. Y mientras el poder no esté en sus manos, mientras la clase obrera permita que el poder esté en manos de los patronos que explotan, en manos de los especuladores, en manos de los terratenientes, en manos de los monopolios, en manos de los intereses extranjeros o nacionales, mientras las armas estén en manos del servicio de esos intereses y no en sus propias manos, la clase obrera estará obligada a una existencia miserable por muchas que sean las migajas que les lancen esos intereses desde la mesa del festín.

FIDEL CASTRO

Nunca en América se había producido un hecho de tan extraordinarias características, tan profundas raíces y tan trascendentales consecuencias para el destino de los movimientos progresistas del Continente como nuestra guerra revolucionaria. A tal extremo, que ha sido calificada por algunos como el acontecimiento cardinal de América y el que sigue en importancia a la trilogía que constituyen la Revolución Rusa, el triunfo sobre las armas hitlerianas con las transformaciones sociales siguientes, y la victoria de la Revolución China.

Este movimiento, grandemente heterodoxo en sus formas y manifestaciones, ha seguido, sin embargo –no podía ser de otra manera–, las líneas generales de todos los grandes acontecimientos históricos del siglo, caracterizados por las luchas anticoloniales y el tránsito al socialismo.

Sin embargo, algunos sectores, interesadamente o de buena fe, han pretendido ver en ella una serie de raíces y características excepcionales, cuya importancia relativa frente al profundo fenómeno histórico-social elevan artificialmente, hasta constituir las en determinantes. Se habla del excepcionalismo de la Revolución Cubana al compararla con las líneas de otros partidos progresistas de América, y se establece, en consecuencia, que la forma y caminos de la Revolución Cubana son el producto único de la revolución y que en los demás países de América será diferente el tránsito histórico de los pueblos.

Aceptamos que hubo excepciones que le dan sus características peculiares a la Revolución Cubana, es un hecho claramente establecido que cada revolución cuenta con ese tipo de factores específicos, pero no está menos establecido que todas ellas seguirán leyes cuya violación no está al alcance de las posibilidades de la sociedad. Analicemos, pues, los factores de este pretendido excepcionalismo.

El primero, quizás, el más importante, el más original, es esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruz, nombre que en pocos años ha alcanzado proyecciones históricas. El futuro colocará en su lugar exacto los méritos de nuestro primer ministro, pero a nosotros se nos antojan comparables con los de las más altas figuras históricas de toda Latinoamérica. Y ¿cuáles son las circunstancias excepcionales que rodean la personalidad de Fidel Castro? Hay varias características en su vida y en su carácter que lo hacen sobresalir ampliamente, por sobre todos sus compañeros y seguidores. Fidel es un hombre de tan enorme personalidad que, en cualquier movimiento donde participe, debe llevar la conducción, y así lo ha hecho en el curso de su carrera desde la vida estudiantil hasta el premierato de nuestra patria y de los pueblos oprimidos de América. Tiene las características de gran conductor, que sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro, y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponiéndose a la división que debilita; su capacidad de dirigir a la cabeza de todos la acción del pueblo; su amor infinito por él, su fe en el futuro y su capacidad de preverlo, Fidel Castro hizo más que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato hoy formidable de la Revolución Cubana.

Sin embargo, nadie podría afirmar que en Cuba había condiciones político-sociales totalmente diferentes a las de otros países de América y que, precisamente por esa diferencia, se hizo la Revolución. Tampoco se podría afirmar, por el contrario, que, a pesar de esa diferencia, Fidel Castro hizo la Revolución. Fidel, grande y hábil conductor, dirigió la Revolución en Cuba, en el momento y en la forma en que lo hizo, interpretando las profundas conmociones políticas que preparaban al pueblo para el gran salto hacia los caminos revolucionarios. También existieron ciertas

condiciones, que no eran tampoco específicas de Cuba, pero que difícilmente serán aprovechables de nuevo por otros pueblos, porque el imperialismo, al contrario de algunos grupos progresistas, sí aprende con sus errores.

La condición que pudiéramos calificar de excepción es que el imperialismo norteamericano estaba desorientado y nunca pudo aquilatar los alcances verdaderos de la Revolución Cubana. Hay algo en esto que explica muchas de las aparentes contradicciones del llamado cuarto poder norteamericano. Los monopolios, como es habitual en estos casos, comenzaban a pensar en un sucesor de Batista, precisamente porque sabían que el pueblo no estaba conforme y que también lo buscaba, pero por caminos revolucionarios. ¿Qué golpe más inteligente y más hábil que quitar al dictadorzuelo inservible y poner en su lugar a los nuevos «muchachos» que podrían, en su día, servir altamente a los intereses del imperialismo? Jugó algún tiempo el imperio sobre esta carta su baraja continental, y perdió lastimosamente. Antes del triunfo, sospechaban de nosotros, pero no nos temían; más bien apostaban a dos barajas, con la experiencia que tienen para este juego donde habitualmente no se pierde. Emisarios del Departamento de Estado fueron varias veces, disfrazados de periodistas, a calar la revolución montuna, pero no pudieron extraer de ella el síntoma del peligro inminente. Cuando quiso reaccionar el imperialismo, cuando se dio cuenta de que el grupo de jóvenes inexpertos que paseaban en triunfo por las calles de La Habana tenía una amplia conciencia de su deber político y una férrea decisión de cumplir con ese deber, ya era tarde. Y así amanecía, en enero de 1959, la primera revolución social de toda esta zona caribeña y la más profunda de las revoluciones americanas.

No creemos que se pueda considerar excepcional el hecho de que la burguesía, o, por lo menos, una buena parte de ella, se mostrara favorable a la guerra revolucionaria contra la tiranía, al mismo tiempo que apoyaba y promovía los movimientos tendientes a buscar soluciones negociadas que les permitieran sustituir el gobierno de Batista por elementos dispuestos a frenar la Revolución.

Teniendo en cuenta las condiciones en que se libró la guerra revolucionaria y la complejidad de las tendencias políticas que se oponían a la tiranía, tampoco resulta excepcional el hecho de que algunos elementos latifundistas adoptaran una actitud neutral o, al menos, no beligerante hacia las fuerzas insurreccionales.

Es comprensible que la burguesía nacional, acogotada por el imperialismo y por la tiranía, cuyas tropas caían a saco sobre la pequeña propiedad y hacían del cohecho un medio diario de vida, viera con cierta simpatía

que estos jóvenes rebeldes de las montañas castigaran al brazo armado del imperialismo, que era el ejército mercenario.

Así, fuerzas no revolucionarias ayudaron de hecho a facilitar el camino del advenimiento del poder revolucionario.

Extremando las cosas, podemos agregar un nuevo factor de excepcionalidad, y es que, en la mayoría de los lugares de Cuba, el campesino se había proletariado por las exigencias del gran cultivo capitalista semimecanizado, y había entrado en una etapa organizativa que le daba una mayor conciencia de clase. Podemos admitirlo. Pero debemos apuntar, en honor a la verdad, que sobre el territorio primario de nuestro Ejército Rebelde, constituido por los sobrevivientes de la derrotada columna que hace el viaje del *Granma*, se asienta precisamente un campesinado de raíces sociales y culturales diferentes a las que pueden encontrarse en los parajes del gran cultivo semimecanizado cubano. En efecto, la Sierra Maestra, escenario de la primera columna revolucionaria, es un lugar donde se refugian todos los campesinos que, luchando a brazo partido contra el latifundio, van allí a buscar un nuevo pedazo de tierra que arrebatan al Estado o a algún voraz propietario latifundista para crear su pequeña riqueza. Deben estar en continua lucha contra las exacciones de los soldados, aliados siempre del poder latifundista, y su horizonte se cierra en el título de propiedad. Concretamente, el soldado que integraba nuestro primer ejército guerrillero de tipo campesino sale de la parte de esta clase social que demuestra más agresivamente su amor por la tierra y su posesión, es decir, que demuestra más perfectamente lo que puede catalogarse como espíritu pequeñoburgués; el campesino lucha porque quiere tierra: para él, para sus hijos, para manejarla, para venderla y enriquecerse a través de su trabajo.

A pesar de su espíritu pequeñoburgués, el campesino aprende pronto que no puede satisfacerse su afán de posesión de la tierra, sin romper el sistema de la propiedad latifundista. La reforma agraria radical, que es la única que puede dar la tierra al campesino, choca con los intereses directos de los imperialistas, latifundistas y de los magnates azucareros y ganaderos. La burguesía teme chocar con esos intereses. El proletariado no teme chocar con ellos. De este modo, la marcha misma de la Revolución une a los obreros y a los campesinos. Los obreros sostienen la reivindicación contra el latifundio. El campesino pobre, beneficiado con la propiedad de la tierra, sostiene lealmente al poder revolucionario y lo defiende frente a los enemigos imperialistas y contrarrevolucionarios.

Creemos que no se puede alegar más factores de excepcionalismo. Hemos sido generosos en extremarlos, veremos ahora cuáles son las raíces

permanentes de todos los fenómenos sociales de América, las contradicciones que, madurando en el seno de las sociedades actuales, provocan cambios que pueden adquirir la magnitud de una revolución como la cubana.

En orden cronológico, aunque no de importancia en estos momentos, figura el latifundio; el latifundio fue la base del poder económico de la clase dominante durante todo el período que sucedió a la gran revolución libertadora del anticolonialismo del siglo pasado. Pero esta clase social latifundista, en todos los países, está por regla general a la zaga de los acontecimientos sociales que conmueven al mundo. En alguna parte, sin embargo, lo más alerta y esclarecido de esa clase latifundista advierte el peligro y va cambiando el tipo de inversión de sus capitales, avanzando a veces para efectuar cultivos mecanizados de tipo agrícola, trasladando una parte de sus intereses a algunas industrias o convirtiéndose en agentes comerciales del monopolio. En todo caso, la primera revolución libertadora no llegó nunca a destruir las bases latifundistas, que actuando siempre en forma reaccionaria, mantienen el principio de servidumbre sobre la tierra. Este es el fenómeno que asoma sin excepciones en todos los países de América y que ha sido sustrato de todas las injusticias cometidas, desde la época en que el rey de España concediera a los muy nobles conquistadores las grandes mercedes territoriales, dejando, en el caso cubano, para los nativos, criollos y mestizos, solamente los realengos, es decir, la superficie que separa tres mercedes circulares que se tocan entre sí.

El latifundista comprendió, en la mayoría de los países, que no podía sobrevivir solo, y rápidamente entró en alianza con los monopolios, vale decir con el más fuerte y fiero opresor de los pueblos americanos. Los capitales norteamericanos llegaron a fecundar las tierras vírgenes, para llevarse después, insensiblemente, todas las divisas que antes, generosamente, habían regalado, más otras partidas que constituyen varias veces la suma originalmente invertida en el país «beneficiado».

América fue campo de la lucha interimperialista, y las «guerras» entre Costa Rica y Nicaragua; la segregación de Panamá; la infamia cometida contra Ecuador en su disputa contra Perú; la lucha entre Paraguay y Bolivia, no son sino expresiones de esta batalla gigantesca entre los grandes consorcios monopolistas del mundo, batalla decidida casi completamente a favor de los monopolios norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial. De ahí en adelante el imperio se ha dedicado a perfeccionar su posesión colonial y a estructurar lo mejor posible todo el andamiaje para evitar que penetren los viejos o nuevos competidores de otros países imperialistas. Todo esto da por resultado una economía monstruosamente

distorsionada, que ha sido descrita por los economistas pudorosos del régimen imperial con una frase inocua, demostrativa de la profunda piedad que nos tienen a nosotros, los seres inferiores (llaman «inditos» a nuestros indios explotados miserablemente, vejados y reducidos a la ignominia, llaman «de color» a todos los hombres de raza negra o mulata preteridos, discriminados, instrumentos, como persona y como idea de clase, para dividir a las masas obreras en su lucha por mejores destinos económicos); a nosotros, pueblos de América, se nos llama con otro nombre pudoroso y suave: «subdesarrollados».

¿Qué es subdesarrollo?

Un enano de cabeza enorme y tórax henchido es «subdesarrollado» en cuanto a sus débiles piernas o sus cortos brazos no articulan con el resto de su anatomía; es el producto de un fenómeno teratológico que ha distorsionado su desarrollo. Eso es lo que en realidad somos nosotros, los suavemente llamados «subdesarrollados», en verdad países coloniales, semicoloniales o dependientes. Somos países de economía distorsionada por la acción imperial, que ha desarrollado anormalmente las ramas industriales o agrícolas necesarias para complementar su compleja economía. El «subdesarrollo», o el desarrollo distorsionado, conlleva peligrosas especializaciones en materias primas, que mantienen en la amenaza del hambre a todos nuestros pueblos. Nosotros, los «subdesarrollados», somos también los del monocultivo, los del monoproducto, los del monomercado. Un producto único cuya incierta venta depende de un mercado único que impone y fija condiciones, he aquí la gran fórmula de la dominación económica imperial, que se agrega a la vieja y eternamente joven divisa romana, divide e impera.

El latifundio, pues, a través de sus conexiones con el imperialismo, plasma completamente el llamado «subdesarrollo» que da por resultado los bajos salarios y el desempleo. Este fenómeno de bajos salarios y desempleo es un círculo vicioso que da cada vez más bajos salarios y cada vez más desempleo, según se agudizan las grandes contradicciones del sistema, y, constantemente a merced de las variaciones cíclicas de su economía, crea lo que es el denominador común de los pueblos de América, desde el río Bravo al Polo Sur. Ese denominador común, que pondremos con mayúscula y que sirve de base de análisis para todos los que piensan en estos fenómenos sociales, se llama Hambre del Pueblo, cansancio de estar oprimido, vejado, explotado al máximo, cansancio de vender día a día miserablemente la fuerza de trabajo (ante el miedo de engrosar la enorme masa de desempleados), para que se exprima de cada cuerpo humano el máximo de utilidades, derrochadas luego en las orgías de los dueños del capital.

Vemos, pues, cómo hay grandes e inequívocos denominadores comunes de América Latina, y cómo no podemos nosotros decir que hemos estado exentos de ninguno de estos entes ligados que desembocan en el más terrible y permanente: hambre del pueblo. El latifundio, ya como forma de explotación primitiva, ya como expresión de monopolio capitalista de la tierra, se conforma a las nuevas condiciones y se alía al imperialismo, forma de explotación del capital financiero y monopolista más allá de las fronteras nacionales, para crear el colonialismo económico, eufemísticamente llamado «subdesarrollo», que da por resultado el bajo salario, el subempleo, el desempleo: el hambre de los pueblos. Todo existía en Cuba. Aquí también había hambre, aquí había una de las cifras porcentuales de desempleo más alta de América Latina, aquí el imperialismo era más feroz que en muchos de los países de América, y aquí el latifundio existía con tanta fuerza como en cualquier país hermano.

¿Qué hicimos nosotros para liberarnos del gran fenómeno del imperialismo con su secuela de gobernantes títeres en cada país y sus ejércitos mercenarios, dispuestos a defender a ese títere y a todo el complejo sistema social de la explotación del hombre por el hombre? Aplicamos algunas fórmulas que ya otras veces hemos dado como descubrimiento de nuestra medicina empírica para los grandes males de nuestra querida América Latina, medicina empírica que rápidamente se enmarcó dentro de las explicaciones de la verdad científica.

Las condiciones objetivas para la lucha están dadas por el hambre del pueblo, la reacción frente a ese hambre, el temor desatado para aplazar la reacción popular y la ola de odio que la represión crea. Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales la más importante es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperiales y sus aliados internos. Esas condiciones se crean mediante la lucha armada que va haciendo más clara la necesidad del cambio (y permite preverlo) y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento (*como condición imprescindible a toda revolución verdadera*).

Apuntado ya que las condiciones se completan mediante el ejercicio de la lucha armada, tenemos que explicar una vez más que el escenario de esa lucha debe ser el campo, y que, desde el campo, con un ejército campesino que persigue los grandes objetivos por los que debe luchar el campesinado (el primero de los cuales es la justa distribución de la tierra), tomará las ciudades. Sobre la base ideológica de la clase obrera, cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro, como lo

dio ya en Cuba. Ese ejército creado en el campo, en el cual van madurando las condiciones subjetivas para la toma del poder, que va conquistando las ciudades desde afuera, uniéndose a la clase obrera y aumentando el caudal ideológico con esos nuevos aportes, puede y debe derrotar al ejército opresor en escaramuzas, combates, sorpresas, al principio; en grandes batallas al final, cuando haya crecido hasta dejar su minúscula situación de guerrilla para alcanzar la de un gran ejército popular de liberación. Etapa de la consolidación del poder revolucionario será la liquidación del antiguo ejército, como apuntáramos arriba.

Si todas estas condiciones que se han dado en Cuba se pretendieran aplicar en los demás países de América Latina, en otras luchas por conquistar el poder para las clases desposeídas, ¿qué pasaría?, ¿sería factible o no? Si es factible, ¿sería más fácil o más difícil que en Cuba? Vamos a exponer las dificultades que a nuestro parecer harán más duras las nuevas luchas revolucionarias de América; hay dificultades generales para todos los países y dificultades más específicas para algunos cuyo grado de desarrollo o peculiaridades nacionales los diferencian de otros. Hablamos apuntado, al principio de este trabajo, que se podían considerar como factores de excepción la actitud del imperialismo, desorientado frente a la Revolución Cubana y, hasta cierto punto, la actitud de la misma clase burguesa nacional, también desorientada, incluso mirando con cierta simpatía la acción de los rebeldes debido a la presión del imperio sobre sus intereses (situación esta última que es, por lo demás, general a todos nuestros países). Cuba ha hecho de nuevo la raya en la arena y se vuelve al dilema de Pizarro: de un lado, están los que quieren al pueblo, y del otro están los que lo odian, y entre ellos, cada vez más determinada, la raya que divide indefectiblemente a las dos grandes fuerzas sociales: la burguesía y la clase trabajadora, que cada vez están definiendo con más claridad sus respectivas posiciones a medida que avanza el proceso de la Revolución Cubana.

Esto quiere decir que el imperialismo ha aprendido a fondo la lección de Cuba, y que no volverá a ser tomado de sorpresa en ninguna de nuestras veinte repúblicas, en ninguna de las colonias que todavía existen, en ninguna parte de América. Quiere decir esto que grandes luchas populares contra poderosos ejércitos de invasión aguardan a los que pretendan ahora violar la paz de los sepulcros, la paz romana. Importante, porque si dura fue la guerra de liberación cubana con sus dos años de continuo combate, zozobra e inestabilidad, infinitamente más duras serán las nuevas batallas que esperan al pueblo en otros lugares de América Latina.

Los Estados Unidos apresuran la entrega de armas a los gobiernos títeres que ve más amenazados; los hace firmar pactos de dependencia, para hacer jurídicamente más fácil el envío de instrumentos de represión y de matanza y tropas encargadas de ello. Además, aumenta la preparación militar de los cuadros en los ejércitos represivos, con la intención de que sirvan de punta de lanza eficiente contra el pueblo.

¿Y la burguesía?, se preguntará. Porque en muchos países de América existen contradicciones objetivas entre las burguesías nacionales que luchan por desarrollarse y el imperialismo que inunda los mercados con sus artículos para derrotar en desigual pelea al industrial nacional, así como otras formas o manifestaciones de lucha por la plusvalía y la riqueza. No obstante estas contradicciones, las burguesías nacionales no son capaces, por lo general, de mantener una actitud consecuente de lucha frente al imperialismo.

Demuestran que temen más a la revolución popular que a los sufrimientos bajo la opresión y el dominio despótico del imperialismo que aplasta a la nacionalidad, afrenta el sentimiento patriótico y coloniza la economía.

La gran burguesía se enfrenta abiertamente a la revolución, y no vacila en aliarse al imperialismo y al latifundismo para combatir al pueblo y cerrarle el camino a la Revolución.

Un imperialismo desesperado e histérico, decidido a emprender toda clase de maniobra y a dar armas y hasta tropas a sus títeres para aniquilar a cualquier pueblo que se levante; un latifundismo feroz, inescrupuloso y experimentado en las formas más brutales de represión, y una gran burguesía dispuesta a cerrar, por cualquier medio, los caminos a la revolución popular, son las grandes fuerzas aliadas que se oponen directamente a las nuevas revoluciones populares de la América Latina.

Tales son las dificultades que hay que agregar a todas las provenientes de luchas de este tipo en las nuevas condiciones de América Latina, después de consolidado el fenómeno irreversible de la Revolución Cubana.

Hay otras más específicas. Los países que, aun sin poder hablar de una efectiva industrialización, han desarrollado su industria media y ligera o, simplemente, han sufrido procesos de concentración de su población en grandes centros, encuentran más difícil preparar guerrillas. Además, la influencia ideológica de los centros, poblados inhibe la lucha guerrillera y da vuelo a luchas de masas organizadas pacíficamente.

Esto último da origen a cierta «institucionalidad», a que en períodos más o menos «normales» las condiciones sean menos duras que el trato habitual que se da al pueblo.

Llega a concebirse incluso la idea de posibles aumentos cuantitativos en las bancas congresionales de los elementos revolucionarios hasta un extremo que permita un día un cambio cualitativo.

Esta esperanza, según creemos, es muy difícil que llegue a realizarse, en las condiciones actuales, en cualquier país de América. Aunque no esté excluida la posibilidad de que el cambio en cualquier país se inicie por vía electoral, las condiciones prevalecientes en ellos hacen muy remota esa posibilidad.

Los revolucionarios no pueden prever de antemano todas las variantes tácticas que pueden presentarse en el curso de la lucha por su programa liberador. La real capacidad de un revolucionario se mide por el saber encontrar tácticas revolucionarias adecuadas en cada cambio de la situación, en tener presente todas las tácticas y en explotarlas al máximo. Sería error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el programa revolucionario de un proceso electoral dado; del mismo modo que sería imperdonable limitarse tan solo a lo electoral y no ver los otros medios de lucha, incluso la lucha armada, para obtener el poder, que es el instrumento indispensable para aplicar y desarrollar el programa revolucionario, pues si no se alcanza el poder, todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar las soluciones que se necesitan, por más avanzadas que puedan parecer.

Y cuando se habla de poder por vía electoral, nuestra pregunta es siempre la misma: si un movimiento popular ocupa el gobierno de un país por amplia votación popular y resuelve, consecuentemente, iniciar las grandes transformaciones sociales que constituyen el programa por el cual triunfó, ¿no entraría en conflicto inmediatamente con las clases reaccionarias de ese país?, ¿no ha sido siempre el ejército el instrumento de opresión de esa clase? Si es así, es lógico razonar que ese ejército tomará partido por su clase y entrará en conflicto con el gobierno constituido. Puede ser derribado ese gobierno mediante un golpe de Estado más o menos incruento y volver a empezar el juego de nunca acabar; puede, a su vez, el ejército opresor ser derrotado mediante la acción popular armada en apoyo a su gobierno: lo que nos parece difícil es que las fuerzas armadas acepten de buen grado reformas sociales profundas y se resignen mansamente a su liquidación como casta.

En cuanto a lo que antes nos referimos de las grandes concentraciones urbanas, nuestro modesto parecer es que, aun en estos casos, en condiciones de atraso económico, puede resultar aconsejable desarrollar la lucha fuera de los límites de la ciudad, con características de larga duración.

Más explícitamente, la presencia de un foco guerrillero en una montaña cualquiera, en un país con populosas ciudades, mantiene perenne el foco de rebelión, pues es muy difícil que los poderes represivos puedan rápidamente, y aun en el curso de años, liquidar guerrillas con bases sociales asentadas en un terreno favorable a la lucha guerrillera donde existan gentes que empleen consecuentemente la táctica y la estrategia de este tipo de guerra.

Es muy diferente lo que ocurriría en las ciudades: puede allí desarrollarse hasta extremos insospechados la lucha armada contra el ejército represivo, pero esa lucha se hará frontal solamente cuando haya un ejército poderoso que lucha contra otro ejército: no se puede entablar una lucha frontal contra un ejército poderoso y bien armado cuando solo se cuenta con un pequeño grupo.

La lucha frontal se haría, entonces, con muchas armas, y surge la pregunta: ¿dónde están las armas? Las armas no existen de por sí, hay que tomárselas al enemigo; pero para tomárselas a ese enemigo hay que luchar, y no se puede luchar de frente. Luego la lucha en las grandes ciudades debe iniciarse por un procedimiento clandestino para captar los grupos militares o para ir tomando armas, una a una, en sucesivos golpes de mano.

En este segundo caso se puede avanzar mucho y no nos atreveríamos a afirmar que estuviera negado el éxito a una rebelión popular con base guerrillera dentro de la ciudad. Nadie puede objetar teóricamente esta idea, por lo menos no es nuestra intención, pero sí debemos anotar lo fácil que sería mediante alguna delación, o simplemente, por exploraciones sucesivas, eliminar a los jefes de la revolución. En cambio, aun considerando que efectúen todas las maniobras concebibles en la ciudad, que se recurra al sabotaje organizado y, sobre todo a una forma particularmente eficaz de la guerrilla que es la guerrilla suburbana, pero manteniendo el núcleo en terrenos favorables para la lucha guerrillera, si el poder opresor derrota a todas las fuerzas populares de la ciudad y las aniquila, el poder político revolucionario permanece incólume, porque está relativamente a salvo de las contingencias de la guerra. Siempre considerando que *está relativamente a salvo, pero no fuera de la guerra, ni la dirige desde otro país o desde lugares distantes; está dentro de su pueblo, luchando*. Esas son las consideraciones que nos hacen pensar que, aun analizando países en que el predominio urbano es muy grande, el foco central político de la lucha puede desarrollarse en el campo.

Volviendo al caso de contar con células militares que ayuden a dar el golpe y suministren las armas, hay dos problemas que analizar: primero, si esos militares realmente se unen a las fuerzas populares para el golpe,

considerándose ellos mismos como núcleo organizado y capaz de auto-decisión; en ese caso, será un golpe de una parte del ejército contra otra, y permanecerá muy probablemente incólume la estructura de casta en el ejército. El otro caso, el de que los ejércitos se unieran rápida y espontáneamente a las fuerzas populares, en nuestro concepto solamente se puede producir después que aquellos hayan sido batidos violentamente por un enemigo poderoso y persistente, es decir, en condiciones de catástrofe para el poder constituido. En condiciones de un ejército derrotado, destruida la moral, puede ocurrir este fenómeno, pero para que ocurra es necesaria la lucha, y siempre volvemos al punto primero: ¿cómo realizar esa lucha? La respuesta nos llevará al desarrollo de la lucha guerrillera en terrenos favorables, apoyada por la lucha en las ciudades y contando siempre con la más amplia participación posible de las masas obreras y, naturalmente, guiados por la ideología de esa clase.

Hemos analizado suficientemente las dificultades con que tropezarán los movimientos revolucionarios de América Latina, ahora cabe preguntarse si hay o no algunas facilidades con respecto a la etapa anterior, la de Fidel Castro en la Sierra Maestra.

Creemos que también aquí hay condiciones generales que faciliten el estallido de brotes de rebeldía y condiciones específicas de algunos países que las facilitan aún más. Debemos apuntar dos razones subjetivas como las consecuencias más importantes de la Revolución Cubana: la primera es la posibilidad del triunfo, pues ahora se sabe perfectamente, la capacidad de coronar con el éxito una empresa como la acometida por aquel grupo de ilusos expedicionarios del *Granma* en su lucha de dos años en la Sierra Maestra; eso indica inmediatamente que se puede hacer un movimiento revolucionario que actúe desde el campo, que se ligue a las masas campesinas, que crezca de menor a mayor, que destruya al ejército en lucha frontal, que tome las ciudades desde el campo, que vaya incrementando, con su lucha, las condiciones subjetivas necesarias para tomar el poder.

La importancia que tiene este hecho se ve por la cantidad de excepcionalistas que han surgido en estos momentos. Los excepcionalistas son los seres especiales que encuentran que la Revolución Cubana es un acontecimiento único e inimitable en el mundo, conducido por un hombre que tiene o no fallas, según que el excepcionalista sea de derecha o de izquierda, pero que, evidentemente, ha llevado a la Revolución por unos senderos que se abrieron única y exclusivamente para que por ellos caminara la Revolución Cubana. Falso de toda falsedad, decimos nosotros; la posibilidad de triunfo de las masas populares de América Latina está claramente expresada por el camino de la lucha guerrillera, basada en el ejército campesino, en la

alianza de los obreros con los campesinos, en la derrota del ejército en lucha frontal, en la toma de la ciudad desde el campo, en la disolución del ejército como primera etapa de la ruptura total de la superestructura del mundo colonialista anterior.

Podemos apuntar, como segundo factor subjetivo, que las masas no solo saben las posibilidades de triunfo; ya conocen su destino. Saben cada vez con mayor certeza que, cualesquiera que sean las tribulaciones de la historia durante períodos cortos, el porvenir es del pueblo, porque el porvenir es de la justicia social. Esto ayudará a levantar el fermento revolucionario aún a mayores alturas que las alcanzadas actualmente en Latinoamérica.

Podríamos anotar algunas consideraciones no tan genéricas y que no se dan con la misma intensidad en todos los países. Una de ellas, sumamente importante, es que hay más explotación campesina en general, en todos los países de América, que la que hubo en Cuba. Recuérdese, para los que pretenden ver en el período insurreccional de nuestra lucha el papel de la proletarización del campo, que, en nuestro concepto, la proletarización del campo sirvió para acelerar profundamente la etapa de cooperativización en el paso siguiente a la toma del poder y la Reforma Agraria, pero que, en la lucha primera, el campesino, centro y médula del Ejército Rebelde, es el mismo que está hoy en la Sierra Maestra, orgullosamente dueño de su parcela e intransigentemente individualista. Claro que en América hay particularidades: un campesino argentino no tiene la misma mentalidad que un campesino comunal del Perú, Bolivia o Ecuador, pero el hambre de tierra está permanentemente presente en los campesinos, y el campesinado de la tónica general de América, y como, en general está más explotado aún de lo que lo había sido en Cuba, aumenta las posibilidades de que esta clase se levante en armas.

Además, hay otro hecho. El ejército de Batista, con todos sus enormes defectos, era un ejército estructurado de tal forma que todos eran cómplices, desde el último soldado al general más encumbrado, en la explotación del pueblo. Eran ejércitos mercenarios completos, y esto le daba una cierta cohesión al aparato represivo. Los ejércitos de América, en su gran mayoría, cuentan con una oficialidad profesional y con reclutamientos periódicos. Cada año, los jóvenes que abandonan su hogar escuchando los relatos de los sufrimientos diarios de sus padres, viéndolos con sus propios ojos, palpando la miseria y la injusticia social, son reclutados. Si un día son enviados como carne de cañón para luchar contra los defensores de una doctrina que ellos sienten como justa en su carne, su capacidad agresiva estará profundamente afectada, y con sistemas de divulgación adecuados,

haciendo ver a los reclutas la justicia de la lucha, el porqué de la lucha, se lograrán resultados magníficos.

Podemos decir, después de este somero estudio del hecho revolucionario, que la Revolución Cubana ha contado con factores excepcionales que le dan su peculiaridad y factores comunes a todos los pueblos de América que expresan la necesidad interior de esta Revolución. Y vemos también que hay nuevas condiciones que harán más fácil el estallido de los movimientos revolucionarios, al dar a las masas la conciencia de su destino; la conciencia de la necesidad y la certeza de la posibilidad; y que, al mismo tiempo, hay condiciones que dificultarán el que las masas en armas puedan rápidamente lograr su objetivo de tomar el poder. Tales son la alianza estrecha del imperialismo con todas las burguesías americanas, para luchar a brazo partido contra la fuerza popular. Días negros esperan a América Latina, y las últimas declaraciones de los gobernantes de los Estados Unidos parecen indicar que días negros esperan al mundo: Lumumba, salvajemente asesinado, en la grandeza de su martirio muestra la enseñanza de los trágicos errores que no se deben cometer. Una vez iniciada la lucha anticolonialista, es indispensable ser consecuente y se debe dar duro, donde duele, constantemente, y nunca dar un paso atrás; siempre adelante, siempre contragolpeando, siempre respondiendo a cada agresión con una más fuerte presión de las masas populares. Es la forma de triunfar. Analizaremos en otra oportunidad si la Revolución Cubana después de la toma del poder caminó por estas nuevas vías revolucionarias con factores de excepcionalidad o si también aquí, aun respetando ciertas características especiales, hubo fundamentalmente un camino lógico derivado de leyes inmanentes a los procesos sociales.

Este texto apareció originalmente en la revista *Verde Olivo*, el 9 de abril de 1961, y fue incluido en *Casa de las Américas*, no. 134 (septiembre-octubre de 1982, pp. 4-12), junto a otros textos del Che, en ocasión de los quince años de su desaparición física. (Las cursivas vienen del original).

DISCURSO EN MINAS DE FRÍO

Compañeros profesores y alumnos:

Al pasar por aquí cerca quisimos venir a este lugar, que fue escenario de la primera escuela que fundó la Revolución en esta zona. Aquella escuela tenía motivos tácticos diferentes, pero tenía el mismo fin que esta de ahora, en aquella época no había mujeres, apenas un pequeño grupito de compañeras, pero aquí aprendieron los hombres que después tuvieron que hacer una de las marchas más difíciles de la Revolución, la Columna Invasora, tuvo su prueba de fuego precisamente en este lugar. Ya han desaparecido la mayoría de los primeros edificios que construimos, pero muy distinto a como está este ahora. En aquella época hacíamos al revés que ahora, ahora tratamos de mostrar con todo orgullo este centro a todo el mundo y no nos preocupa y más bien nos alegra que se vea desde el aire, en aquella época, la aviación del enemigo dominaba los aires de Cuba. La primera construcción se hizo en la zona que tienen ustedes enfrente, aquella zona donde ahora creo que hay una planta eléctrica, había más árboles pero el enemigo lo descubrió a los quince días de construido, de ahí en adelante todos los días mañana y tarde durante tres meses sufrimos bombardeos diarios. Y esa fue la prueba de fuego que tuvo nuestra Columna. Allí también los muchachos aprendían las primeras letras. En nuestra Columna había un maestro cuyo nombre de guerra era Moisés pero se llamaba Pablo, está hoy en nuestro ejército, fue con nosotros en la Columna y daba las primeras letras a los campesinos. Nuestra Columna tenía un 90 % de analfabetos cuando salió de Las Mercedes para Las Villas. Entre la tarea educacional, la tarea de educación política y las bombas, nos educamos para la victoria. Allí todos nos forjamos, aquí, todos nos forjamos, aprendimos a despreciar al enemigo por lo débil que era a pesar de sus fuerzas; comprendimos que había cosas más importantes que las armas, había fuerzas más grandes que las fuerzas de las armas y que la victoria sería del pueblo, nuestra moral crecía todos los días, no había comida tampoco, ustedes hoy tienen una comida de campaña, una comida que los prepara para una vida de abnegación, aquellas épocas eran mucho peor. Cuando había, era una lata de leche condensada, de frijoles negros a veces sin sal. Así pasamos varios meses, el ejército llegó justamente hasta aquí, tomó esta escuela;

la línea defensiva pasaba por aquellas lomas, todas las cuales las conozco perfectamente, y en cada una de ellas prácticamente hemos tenido que combatir y allí murió la ofensiva del ejército, la Mina de Frío fue el último punto que tomó el ejército en su última ofensiva también. La tuvo en sus manos veinte días y se retiró sin combatir porque había sido ya rodeado en una zona que se llama Gaviro, por aquí atrás, y en otra zona, Las Vegas de Jibacoa, se retiraron entonces a Las Mercedes. De allí en adelante se prepararon muchos grupos de combatientes y de aquí surgió la gran fuerza ideológica del Ejército Rebelde, Ejército que tenía su propia fuerza, la desarrollada en el combate y en las privaciones, pero que las metodizó aquí, aquí se hicieron también, conjuntamente con las obras que hacía el compañero Raúl en el Segundo Frente, las primeras cartillas que enseñaban a los compañeros cuáles eran nuestras aspiraciones.

Hoy, cuando volvemos aquí, vemos un espectáculo distinto, si se entornan los ojos, cada una de esas lomas traen recuerdos de acciones de guerra, cada una de ellas, todas estas, fueron recorridas muchas veces por nosotros, casi conocíamos cada árbol. Todos los días teníamos nuestros propios lugares para correr a escondernos cuando venían los aviones enemigos, sin embargo, el espectáculo es totalmente distinto, hay una juventud nueva, hay toda una construcción, es la Revolución en marcha que está en las mismas lomas con los mismos propósitos pero preparándose ahora para una tarea mucho más linda, mucho más hermosa que aquella tarea de matar con todo lo que tuviera de significación, porque hay que matar para lograr la victoria. Hoy, la victoria es nuestra, hoy tenemos un ejército que consolida la victoria, pero sin embargo, tenemos que consolidarlo en el plano cultural y ustedes serán los encargados de eso y serán en la mejor forma posible, no llegarán como maestros dentro de algunos años solamente a verter a sus alumnos la experiencia lograda en los libros, la historia de los mártires, de los héroes de la Revolución, los que forjaron la nacionalidad aprendida en los libros, ustedes conocerán una parte viva de esta última etapa de la historia. Conocerán el contacto con el pueblo, conocerán el contacto con las privaciones de los campesinos que todavía hoy subsisten en esta zona aunque no es ni siquiera un reflejo de lo que ocurría en aquella época. Ustedes serán verdaderos maestros revolucionarios, conscientes de su tarea, conscientes de que ustedes, miembros de la sociedad, se deben a ella y deben darle lo más puro de su ser a todos esos alumnos pequeños que tendrán a su cargo dentro de algunos años. Probablemente en aquella época ya hayan desaparecido las huellas de esos catarros que me están saludando aquí por todos lados (*risas*) pero se acordarán siempre de esta experiencia, siempre se acordarán de esta época de Minas de Frío, así como

nosotros nos acordamos siempre y cada vez que andamos cerca de la Sierra no podemos resistir la tentación de volver a aquellos lugares donde casi podría decirse que soñábamos simplemente, porque la correlación de fuerzas era tan grande en contra nuestra que parecía solo un sueño el de la victoria y el de la Revolución socialista. Todo eso se ha logrado, sin embargo, volvemos aquí. Y este va a ser un lugar al que ustedes volverán dentro de algunos años. Reconocerán también, como yo reconozco hoy, cada uno de estos montes que ustedes habrán caminado ya muchas veces. Y reconocerán en este lugar, el lugar donde se ha forjado lo mejor de su ser, lo más puro, aquello que tiene el hombre que lo incita a darse para la sociedad, a darse para los demás y a trabajar por ser más perfecto y por comunicar todo su saber, todos sus anhelos a otros hombres, a otros seres humanos. Por eso tendrá tanta significación para ustedes. Estoy seguro de que no lo olvidarán. Cuando vuelvan de aquí a algunos años tendrán ya a lo mejor mucha experiencia, habrán pasado por sus manos muchos alumnos, sin embargo, volverán a sentir una emoción nueva que hoy quizá no puedan conocer, ni puedan conocer ni puedan palpar, esa es para el futuro, cuando uno madura un poquito más, porque uno va madurando todos los días y después ustedes llegarán a un momento en que sientan la necesidad de recordar algunas de las cosas.

Tengo que decirles que su tarea, y por tanto sus recuerdos, serán todavía más lindos que los que pueda sentir uno, ustedes serán constructores de un mundo nuevo, verán surgir de sus manos los hombres que van a construir el comunismo, a los hombres que van a hacer desaparecer las clases de Cuba y con ellos la lucha de clases, que van a hacer desaparecer las lacras del pasado, será apenas un recuerdo en el pasado todo esto que hoy estamos viviendo, incluso las agresiones de los imperialistas, y entonces podrán decir como nosotros hoy, que por lo menos una parte, una etapa de la gran tarea ha sido construida, pero no tendrán deseos de detenerse, porque siempre habrá más tareas, siempre habrá nuevas cosas que hacer y junto con ello, habrá que superarse más, seguir adelante. Muchos serán solamente maestros, otros seguirán estudiando, se perfeccionarán en la Universidad, seguirán estas mismas carreras relacionadas con la Pedagogía, otros pasarán a otras carreras. La consigna del momento para nuestra juventud es no detenerse un minuto en la tarea de la cultura, seguir siempre adelante, aprender siempre algo nuevo y estar siempre dispuesto a dar eso nuevo que hemos aprendido en beneficio de todos y todo eso lo lograrán porque ha habido una Revolución que triunfó, una Revolución cuyo jefe, Fidel Castro –una vez por aquí, cuando tenía un grupito de hombres a su mando–, supo ver y supo soñar con ella y supo casi predecirla en cada una

de sus etapas, y lo tendrán también porque ustedes han pasado por esta escuela de sacrificio y se han forjado como hombres y mujeres nuevos. Eso es todo lo que quería decirles (*aplausos*). Acuérdense, compañeros, que entre las necesidades del hombre está el comer, ustedes tienen que comer, tienen que estudiar, tienen que dormir y tienen que levantarse mañana dispuestos de nuevo a otra jornada, ¿eh?, ¿estamos de acuerdo? (*sí, grita el público*). De modo que yo le comunicaré al compañero Fidel el deseo que tienen ustedes de verlo aquí entre ustedes (*aplausos*) y espero que cuando él llegue lo reciban con el mismo... con el mismo... no..., con muchísimo más entusiasmo (*exclamaciones*) pero con un poquito más de disciplina, ¡eh!, para que no lo ahoguen, porque a mí casi me ahogan ahí en el pantano. Bien, compañeros, yo me tengo que retirar, ustedes tienen que seguir en sus quehaceres, de modo que será hasta siempre.

Patria o Muerte.

Publicado en la sección «Al Pie de la Letra» de la *Casa de las Américas*, no. 56 (septiembre-octubre de 1969, pp. 158-159), precedido por una nota en la que se indicaba que este discurso inédito hasta ese año, pronunciado en Minas de Frío el 3 de abril de 1963, apareció publicado en *Juventud Rebelde*, en su edición del jueves 12 de junio [de 1969].

EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE EN CUBA

Estimado compañero:

Acabo estas notas en viaje por el África, animado del deseo de cumplir, aunque tardíamente, mi promesa. Quisiera hacerlo tratando el tema del título. Creo que pudiera ser interesante para los lectores uruguayos.

Es común escuchar de boca de los voceros capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el período de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados, se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado. No pretenderé refutar esta afirmación sobre una base meramente teórica, sino establecer los hechos tal cual se viven en Cuba y agregar comentarios de índole general. Primero esbozaré a grandes rasgos la historia de nuestra lucha revolucionaria antes y después de la toma del poder.

Como es sabido, la fecha precisa en que se iniciaron las acciones revolucionarias que culminaron el primero de enero de 1959, fue el 26 de julio de 1953. Un grupo de hombres dirigidos por Fidel Castro atacó la madrugada de ese día el cuartel Moncada, en la provincia de Oriente. El ataque fue un fracaso, el fracaso se transformó en desastre y los sobrevivientes fueron a parar a la cárcel, para reiniciar, luego de ser amnistiados, la lucha revolucionaria.

Durante este proceso, en el cual solamente existían gérmenes de socialismo, el hombre era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.

Llegó la etapa de la lucha guerrillera. Esta se desarrolló en dos ambientes distintos: el pueblo, masa todavía dormida a quien había que movilizar, y su vanguardia, la guerrilla, motor impulsor del movimiento, generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo. Fue esta vanguardia el agente catalizador, el que creó las condiciones subjetivas necesarias para la victoria. También en ella, en el marco del proceso de proletarianización de nuestro pensamiento, de la revolución que se operaba en nuestros hábitos, en nuestras mentes, el individuo fue el factor fundamental. Cada uno de

los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzara algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber. En base a estos lograba sus grados.

Fue la primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria, volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro.

En otras oportunidades de nuestra historia se repitió el hecho de la entrega total a la causa revolucionaria. Durante la Crisis de Octubre o en los días del ciclón Flora, vimos actos de valor y sacrificio excepcionales realizados por todo un pueblo. Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica, es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico.

En enero de 1959 se estableció el Gobierno Revolucionario con la participación en él de varios miembros de la burguesía entreguista. La presencia del Ejército Rebelde constituía la garantía de poder, como factor fundamental de fuerza.

Se produjeron enseguida contradicciones serias, resueltas, en primera instancia, en febrero del 59, cuando Fidel Castro asumió la jefatura de Gobierno con el cargo de Primer Ministro. Culminaba el proceso en julio del mismo año, al renunciar el presidente [Manuel] Urrutia ante la presión de las masas.

Aparecía en la historia de la Revolución Cubana, ahora con caracteres nítidos, un personaje que se repetirá sistemáticamente: la masa.

Este ente multifacético no es, como se pretende, la suma de elementos de la misma categoría (reducidos a la misma categoría, además, por el sistema impuesto), que actúa como un manso rebaño. Es verdad que sigue sin vacilar a sus dirigentes, fundamentalmente a Fidel Castro, pero el grado en que él ha ganado esa confianza responde precisamente a la interpretación cabal de los deseos del pueblo, de sus aspiraciones, y a la lucha sincera por el cumplimiento de las promesas hechas.

La masa participó en la reforma agraria y en el difícil empeño de la administración de las empresas estatales; pasó por la experiencia heroica de Playa Girón; se forjó en las luchas contra las distintas bandas de bandidos armadas por la CIA; vivió una de las definiciones más importantes de los tiempos modernos en la Crisis de Octubre y sigue hoy trabajando en la construcción del socialismo.

Vistas las cosas desde un punto de vista superficial, pudiera parecer que tienen razón aquellos que hablan de la supeditación del individuo al

Estado; la masa realiza con entusiasmo y disciplina sin iguales las tareas que el gobierno fija, ya sean de índole económica, cultural, de defensa, deportiva, etcétera. La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la Revolución y es explicada al pueblo que la toma como suya. Otras veces, experiencias locales se toman por el Partido y el Gobierno para hacerlas generales, siguiendo el mismo procedimiento.

Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efectos de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes; es el instante de rectificar. Así sucedió en marzo de 1962 ante la política sectaria impuesta al Partido por Aníbal Escalante.

Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sucesión de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada con la masa. Debemos mejorarlo durante el curso de los próximos años, pero, en el caso de las iniciativas surgidas en los estratos superiores del Gobierno, utilizamos por ahora el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados.

Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo solo puede apreciarse viéndolo actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y de victoria.

Lo difícil de entender para quien no viva la experiencia de la Revolución es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes.

En el capitalismo se pueden ver algunos fenómenos de este tipo cuando aparecen políticos capaces de lograr la movilización popular, pero si no se trata de un auténtico movimiento social, en cuyo caso no es plenamente lícito hablar de capitalismo, el movimiento vivirá lo que la vida de quien lo impulse o hasta el fin de las ilusiones populares, impuesto por el rigor de la sociedad capitalista. En esta, el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de su comprensión. El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que este se percate. Solo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito. Así lo presenta la propaganda capitalista que pretende extraer del caso Rockefeller –verídico o no– una lección sobre las posibilidades de éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud, no aparecen en el cuadro y no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos. (Cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que sale de la intención de estas notas).

De todos modos, se muestra el camino con escollos que, aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos: solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros.

Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad.

Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas.

El proceso es doble, por un lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación.

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no solo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia.

En el esquema de Marx se concebía el período de transición como resultado de la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones; en la realidad posterior se ha visto cómo se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen las ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. En estos, el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus efectos, de un modo u otro, sobre

el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema. La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regímenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto.

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países «civilizados» por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entretanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Ese instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

Como ya dije, en momento de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.

Las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época. El capitalismo recurre a la fuerza, pero, además, educa a la gente en el sistema. La propaganda directa se realiza por los encargados de explicar la ineluctabilidad de un régimen de clase, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico. Esto aplaca a las masas que se ven oprimidas por un mal contra el cual no es posible la lucha.

A continuación viene la esperanza, y en esto se diferencia de los anteriores regímenes de casta que no daban salida posible.

Para algunos continuará vigente todavía la fórmula de casta: el premio a los obedientes consiste en el arribo, después de la muerte, a otros mundos maravillosos donde los buenos son premiados, con lo que se sigue la vieja tradición. Para otros, la innovación: la separación en clases es fatal, pero los individuos pueden salir de aquella a que pertenecen mediante el trabajo, la iniciativa, etcétera. Este proceso, y el de la autoeducación para el triunfo, deben ser profundamente hipócritas: es la demostración interesada de que una mentira es verdad.

En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera; no precisa de subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado en función de la cultura general, técnica e ideológica, por medio de organismos tales como el Ministerio de Educación y el aparato de divulgación del Partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra.

Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca.

En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas. Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aun dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma.

Ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunicación con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero esta no se vislumbra

como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios, tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que esta solo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo.

A pesar de la importancia dada a los estímulos morales, el hecho de que exista la división en dos grupos principales (excluyendo, claro está, a la fracción minoritaria de los que no participan, por una razón u otra, en la construcción del socialismo), indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; esta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que les permite ir al sacrificio en su función de avanzada, los segundos solo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no solo sobre la clase derrotada, sino también, individualmente, sobre la clase vencedora.

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias. En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha; que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan contra la sociedad en construcción.

Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el Gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la sociedad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente la institucionalización de la Revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de

individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía-hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es solo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica, por un lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aun cuando sea voluntario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e incluso, de retroceso.

Debemos considerar, además, como apuntáramos antes, que no estamos frente al período de transición puro, tal como lo viera Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*, sino a una nueva fase no prevista por él; primer período de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión de su esencia.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

La teoría que resulte dará indefectiblemente preminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo. Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y más aún, de su vanguardia.

En el campo de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre necesidad material y espiritual. Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado.

Se trata solo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aun cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y solo los talentos

excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitiva de la libertad, pero esta «investigación» tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.

Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

Cuando la Revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó el *summum* de la aspiración cultural una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose esta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear.

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó. (Otra vez se plantea el tema de la relación entre forma y contenido). La desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria. Los hombres del Partido deben tomar esa tarea entre las manos y buscar el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparente la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente; en arte, su decadencia de hoy. Pero, ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista «la libertad», porque esta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

En nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morboso. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente este es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad.

La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto

mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni «becarios» que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo.

En nuestra sociedad juegan un gran papel la juventud y el partido.

Particularmente importante es la primera, por ser la arcilla maleable con que se puede construir el hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores.

Ella recibe un trato acorde con nuestras ambiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. Nuestros becarios hacen trabajo físico en sus vacaciones o simultáneamente con el estudio. El trabajo es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación, en otros, jamás un castigo. Una nueva generación nace.

El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educadas para el comunismo. Y a esa educación va encaminado el trabajo. El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar, con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo...

Quisiera explicar ahora el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo dirigente de las masas que hacen la historia. Es nuestra experiencia, no una receta.

Fidel dio a la Revolución el impulso en los primeros años, la dirección, la tónica siempre, pero hay un buen grupo de revolucionarios que se desarrollan en el mismo sentido que el dirigente máximo y una gran masa que sigue a sus dirigentes porque les tiene fe; y les tiene fe, porque ellos han sabido interpretar sus anhelos.

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad. El individuo de nuestro

país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio. Los primeros lo conocieron en la Sierra Maestra y dondequiera que se luchó; después lo hemos conocido en toda Cuba. Cuba es la vanguardia de América y debe hacer sacrificios porque ocupa el lugar de avanzada, porque indica a las masas de la América Latina el camino de la libertad plena.

Dentro del país, los dirigentes tienen que cumplir su papel de vanguardia; y, hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera, a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; este debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre a escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo.

Claro que hay peligros presentes en las actuales circunstancias. No solo el del dogmatismo, no solo el de congelar las relaciones con las masas en

medio de la gran tarea; también existe el peligro de las debilidades en que se puede caer. Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción.

En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario.

Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna –no nos avergüenza ni nos intimida el decirlo– va Fidel, después, los mejores cuadros del Partido, e inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto; sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común; individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer, hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad.

Esa inmensa muchedumbre se ordena; su orden responde a la conciencia de la necesidad del mismo; ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar por cualquier medio, en lucha reñida con sus iguales, una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto.

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

Permítame intentar unas conclusiones:

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos.

El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud: en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.

Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando.

Reciba nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un «Ave María Purísima».

Patria o Muerte.

Publicado en *Casa de las Américas*, no. 134 (septiembre-octubre de 1982, pp. 12-22), este texto fue enviado originalmente a Carlos Quijano, director del semanario *Marcha*, de Montevideo, Uruguay, y apareció en ese medio el 12 de marzo de 1965.



Sobre Ernesto Che Guevara

Mensajes, Recuerdos, Testimonios

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Fondo Editorial
Casa de las Américas

MENSAJES

EN EL MOMENTO DE...

En el momento de enviar a la imprenta los materiales de este número de *Casa de las Américas*, se dio a conocer la decisión del compañero Ernesto Che Guevara de abandonar nuestro país para reiniciar, en otra parte, la lucha armada contra el imperialismo. Estaban aún cercanas las palabras del último trabajo publicado por él, cuando el comandante Fidel Castro leyó, ante un pueblo conmovido, la carta de despedida del gran americano. «Los dirigentes de la Revolución», había escrito el Che en *El socialismo y el hombre en Cuba*, «tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre: mujeres que son parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino». Y más adelante: «El revolucionario, motor ideológico de la Revolución, dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial». Y luego aún: «El internacionalismo proletario es un deber, pero también es una necesidad revolucionaria». Hoy leemos en su carta a Fidel Castro: «En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo donde quiera que esté: esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura».

Contra el imperialismo, donde quiera que esté, vuelve a pelear con las armas en la mano el revolucionario admirable cuyo sacrificio creador han conocido ya varios países de nuestra América. «La palabra», había dicho José Martí, «es la hembra del acto»: y las acciones de este hombre mayor, que reaviva la tradición de los latinoamericanos para quienes todo el continente es una patria grande, fertilizan dramáticamente sus palabras. No podemos sino hacerle llegar, donde quiera que esté, nuestro homenaje entrañable.

Nos parece significativo que al frente de este número tengamos ocasión de acercarnos al nombre de un sabio, Ezequiel Martínez Estrada, el de un héroe, Ernesto Che Guevara. Sabemos cómo se estimaron mutuamente estos dos grandes argentinos del siglo: el pensamiento que se quería acción, la acción que arde en pensamiento. Aunque nacidos fuera de Cuba, a ella,

a su revolución, dieron buena parte de su excepcional tarea, tan distinta una de la otra, y tan necesarias ambas. Pero su tamaño los hizo hijos de todos los países marginales que han conocido o conocen el coloniaje. Ahora que Cuba se apresta a celebrar una reunión de representantes de los tres continentes –Asia, África, América Latina– para los cuales la revolución está en la orden del día, esta conjunción es aleccionadora. La tierra capaz de merecer hombres así, es digna de acoger a los revolucionarios de los países pobres: la revolución de José Martí y Fidel Castro, de Ezequiel Martínez Estrada y Ernesto Che Guevara, es su revolución.

Texto editorial aparecido en *Casa de las Américas*, no. 33, noviembre-diciembre de 1965, p. 3.

EL COMANDANTE ERNESTO CHE GUEVARA...

El comandante Ernesto Che Guevara ha muerto al frente de sus tropas, que son las de nuestra América. La noticia nos llega cuando ya está imprimiéndose este número, a lo largo del cual, y no por azar, aparece constantemente su nombre. Ha muerto como solo podía morir, y su caída está lejos de aminorar la lucha que fue la razón de su existencia, como no la han aminorado jamás, antes al contrario, los grandes mártires sobre cuya sangre se afirma y agiganta la historia. Previendo este hecho, él había concluido así su «Mensaje a la Tricontinental»:

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Por supuesto que su grito de guerra ha sido y será escuchado. También sabemos que ahora el riesgo de nuestra revolución es aún mayor, porque es mayor la soberbia sanguinaria del gran enemigo del género humano: el imperialismo norteamericano. Pero sobre todo sabemos que hombres así justifican la revolución –y la vida misma–. Ante él nos parecen aún más vacías las meras palabras. Todos los que tenemos algo que ver con esta Casa de las Américas le seremos fieles, como le serán fieles miles y millones en estas tierras suyas, hasta hacerle el homenaje requerido: la completa independencia de América. Al rincón de Bolivia donde cayó irán mañana los hombres libres a inclinarse y a agradecer. El epitafio de este americano

podría llevar las palabras que escribió otro hombre de su estirpe: «En él fue enteramente digno el ser humano».

Texto editorial aparecido en *Casa de las Américas*, no. 45, noviembre-diciembre de 1967, p. 2.

HASTA LA VICTORIA SIEMPRE, CHE QUERIDO

Haydee Santamaría

Che: ¿dónde te puedo escribir? Me dirás que a cualquier parte, a un minero boliviano, a una madre peruana, al guerrillero que está o no está pero estará. Todo esto lo sé, Che, tú mismo me lo enseñaste, y además esta carta no sería para ti. Cómo decirte que nunca había llorado tanto desde la noche en que mataron a Frank, y eso que esta vez no lo creía. Todos estaban seguros, y yo decía: no es posible, una bala no puede terminar el infinito, Fidel y tú tienen que vivir, si ustedes no viven, cómo vivir. Hace catorce años veo morir a seres tan inmensamente queridos, que hoy me siento cansada de vivir, creo que ya he vivido demasiado, el sol no lo veo tan bello, la palma, no siento placer en verla; a veces, como ahora, a pesar de gustarme tanto la vida, que por esas dos cosas vale la pena abrir los ojos cada mañana, siento deseos de tenerlos cerrados como ellos, como tú.

Cómo puede ser cierto, este continente no merece eso; con tus ojos abiertos, América Latina tenía su camino pronto. Che, lo único que pudo consolarme es haber ido, pero no fui, junto a Fidel estoy, he hecho siempre lo que él desee que yo haga. ¿Te acuerdas?, me lo prometiste en la Sierra, me dijiste: no extrañarás el café, tendremos mate. No tenías fronteras, pero me prometiste que me llamarías cuando fuera en tu Argentina, y cómo lo esperaba, sabía bien que lo cumplirías. Ya no puede ser, no pudiste, no pude. Fidel lo dijo, tiene que ser verdad, qué tristeza. No podía decir «Che», tomaba fuerzas y decía «Ernesto Guevara», así se lo comunicaba al pueblo, a tu pueblo. Qué tristeza tan profunda, lloraba por el pueblo, por Fidel, por ti, porque ya no puedo. Después, en la velada, este gran pueblo no sabía qué grados te pondría Fidel. Te los puso: artista. Yo pensaba que todos los grados eran pocos, chicos, y Fidel, como siempre, encontró los verdaderos: todo lo que creaste fue perfecto, pero hiciste una creación única, te hiciste a ti mismo, demostraste cómo es posible ese hombre nuevo, todos veríamos así que ese hombre nuevo es una realidad, porque existe, eres tú. Qué más puedo decirte, Che. Si supiera, como tú, decir las cosas. De todas maneras,

una vez me escribiste: «Veo que te has convertido en una literata con dominio de la síntesis, pero te confieso que como más me gustas es en un día de año nuevo, con todos los fusibles disparados y tirando cañonazos a la redonda. Esa imagen y la de la Sierra (hasta nuestras peleas de aquellos días me son gratas en el recuerdo) son las que llevaré de ti para uso propio». Por eso no podré escribir nunca nada de ti y tendrás siempre ese recuerdo. Hasta la victoria siempre. Che querido.

Haydee

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 3. El fragmento citado en este mensaje forma parte de la Carta del Che a Haydee reproducida en este volumen, p. 29.

HÉROE DE AMÉRICA

Alejo Carpentier

[...] Uno de los ejemplos más extraordinarios de lealtad a los principios revolucionarios, de integridad, de valor, de desprendimiento, de desinterés, que la Historia haya conocido.

FIDEL CASTRO

Hablamos de América. Hablamos de Nuestra América. Cobramos conciencia de una realidad que por vez primera, nada restringida, hacía de América una realidad en que debía pensarse en términos ecuménicos. América. Nuestra América. La de Martí. La del «amasijo de pueblos». Aquella que conoce «el desdén del vecino formidable que no la conoce», la de la masa que «quiere que la gobiernen bien» y gobierna ella misma, sacudiéndose el mal gobierno si ese gobierno de turno la lastima. Hablamos de América. Amamos esta América. Y esperábamos al hombre que, animado de una vasta y noble conciencia bolivariana, trabajara por esta América –por la América toda, no temiendo, para ello, acometer las empresas más difíciles y más peligrosas–. Y hubo un hombre que, en esta segunda mitad del siglo xx, hubo de acometer la tarea que tanto esperábamos –que esperaban tantos, y tantos miles y millones de desposeídos en esta América–. Ese hombre, de dimensión universal, de mente precisa, de pensamiento tan claro como la mirada, se hizo carne y habitó entre nosotros. Habitó entre nosotros, en Cuba, habitó después en algún lugar de América para nuestra América

entera, pero, más aún, para una Revolución que rebasara nuestros límites geográficos para trascender a proyecciones mayores.

De ese hombre, tan querido y admirado en nuestra patria, habría de decir Fidel Castro: «No solo lo temían viviente, pero, muerto, inspira un temor mayor [...]. Si los imperialistas saben que un hombre puede ser eliminado físicamente, nada ni nadie puede eliminar un ejemplo semejante».

Ejemplo indestructible y que, aun destruido en la persona, en nada habrá de menguar la lucha que se lleva adelante para la liberación de la América nuestra –la auténtica, la que verdaderamente podemos llamar «nuestra» en tiempo presente. El mito, la leyenda, la conseja, la tradición transmitida de boca en boca, lleva, a lo ancho de las tierras, en el lomo de las cordilleras, a lo largo de los ríos, el nombre del Che. Nombre de un hombre por siempre inscrito en el gran martirologio de América, que se hizo uno con la idea misma de la Revolución– y, caído, habrá de levantar nuevas energías revolucionarias en el camino donde, según últimas páginas de su diario, el paso de sus hombres «había dejado huellas». Huellas que no se borran. Que jamás habrán de borrarse. Que quedan marcadas en el suelo del continente entero.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 5-6. Este texto fue republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 87-88.

MENSAJE AL HERMANO

Julio Cortázar

Ahora serán las palabras, las más inútiles o las más elocuentes, las que brotan de las lágrimas o de la cólera; ahora leeremos bellas imágenes sobre el fénix que renace de las cenizas, en poemas y discursos se irá fijando para siempre la imagen del Che. También estas que escribo son palabras, pero no las quiero así, no quiero ser yo quien hable de él. Pido lo imposible, lo más inmerecido, lo que me atreví a hacer una vez, cuando él vivía: pido que sea su voz la que se asome aquí, que sea su mano la que escriba estas líneas. Sé que es absurdo y que es imposible, y por eso mismo creo que él escribe esto conmigo, porque nadie supo mejor hasta qué punto lo absurdo y lo imposible serán un día la realidad de los hombres, el futuro por cuya conquista dio su joven, su maravillosa vida. Usa entonces mi mano una vez más, hermano mío, de nada les habrá valido cortarte los dedos, de nada les

habrá valido matarte y esconderte con sus torpes astucias. Toma, escribe: lo que me quede por decir y por hacer lo diré y lo haré siempre contigo a mi lado. Solo así tendrá sentido seguir viviendo.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 6. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 8.

ERNESTO GUEVARA, COMANDANTE NUESTRO

José Lezama Lima

Ceñido por la última prueba, piedra pelada de los comienzos para oír las inauguraciones del verbo, la muerte lo fue a buscar. Saltaba de chamusquina para árbol, de aquileida caballo hablador para hamaca donde la india, con su cántaro que coagula los sueños, lo trae y lo lleva. Hombre de todos los comienzos, de la última prueba, del quedarse con una sola muerte, de particularizarse con la muerte, piedra sobre piedra, piedra creciendo el fuego. Las citas con Tupac Amaru, las charreteras bolivarianas sobre la plata del Potosí, le despertaron los comienzos, la fiebre, los secretos de ir quedándose para siempre. Quiso hacer de los Andes deshabitados, la casa de los secretos. El huso del transcurso, el aceite amaneciendo, el carbunco trocándose en la sopa mágica. Lo que se ocultaba y se dejaba ver era nada menos que el sol, rodeado de medialunas incaicas, de sirena del séquito de Viracocha, sirenas con sus grandes guitarras. El medialunero Viracocha transformando las piedras en guerreros y los guerreros en piedras. Levantando por el sueño y las invocaciones la ciudad de las murallas y las armaduras. Nuevo Viracocha, de él se esperaban todas las saetas de la posibilidad y ahora se esperan todos los prodigios en la ensoñación.

Como Anfiareo, la muerte no interrumpe sus recuerdos. La *aristía*, la protección en el combate, la tuvo siempre a la hora de los gritos y la arriada del cuello, pero también la *areteia*, el sacrificio, el afán de holocausto. El sacrificarse en la pirámide funeral, pero antes dio las pruebas terribles de su tamaño para la transfiguración. Donde quiera que hay una piedra, decía Nietzsche, hay una imagen. Y su imagen es uno de los comienzos de los prodigios, del sembrado en la piedra, es decir, el crecimiento tal como aparece en las primeras teogonías, depositando la región de la fuerza en el espacio vacío.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 7. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 95.

TODO LO QUE TRATE DE ESCRIBIR

Italo Calvino

Todo lo que trate de escribir para expresar mi admiración por Ernesto Che Guevara, por el modo en que vivió y murió, me parece fuera de tono. Oigo su risa que me responde, llena de ironía y conmiseración. Yo estoy aquí, sentado en mi estudio, entre mis libros, en la falsa paz y en la falsa prosperidad de Europa; dedico un breve intervalo de mi tranquilo trabajo a escribir, sin ningún riesgo, sobre un hombre que quiso asumirlos todos, que no aceptó una paz ilusoria y provisional, un hombre que pedía de sí mismo y a los otros el máximo espíritu de sacrificio, convencido de que todo el sacrificio que se evite hoy se pagará mañana con una suma de sacrificios todavía mayor. Guevara es para nosotros este llamado a la gravedad absoluta de todo lo que se refiere a la revolución y al futuro del mundo, esta crítica radical de todo gesto que sirva solamente para tranquilizar nuestras conciencias.

En ese sentido continúa siendo el centro de nuestras discusiones y de nuestros pensamientos, tanto ayer, vivo, como hoy, muerto. La suya es una presencia que no pide asentimientos superficiales ni actos oficiales de homenaje que equivaldrían a desconocer, a minimizar el extremo rigor de su lección. La «línea del Che» exige mucho de los hombres; exige mucho, sea como método de lucha, sea como perspectiva de la sociedad que habrá de nacer de la lucha. Frente a tanta coherencia y coraje en el llevar una idea y una vida a sus últimas consecuencias, mostrémonos ante todo modestos y sinceros, conscientes de lo que significa la «línea del Che» –una transformación radical no solo de la sociedad sino también de la «naturaleza del hombre», comenzando por nosotros mismos– y conscientes de lo que nos separa de su ejecución.

La discusión de Guevara con todos los que se le acercaron, la larga discusión que fue su no larga vida (discusión–acción, discusión sin abandonar nunca el fusil), no se interrumpe con la muerte y se extenderá cada vez más. Incluso para un interlocutor ocasional y desconocido (como podía serlo yo, con un grupo de invitados, una tarde de febrero de 1964, en su despacho del Ministerio de Industrias), el hecho de haber hablado con él no podía quedar como un episodio marginal. Las discusiones que cuentan son las que continúan después cuando estamos solos. Desde lejos y en silencio yo he seguido discutiendo con el Che durante todos estos años y,

mientras más pasaba el tiempo, más él tenía razón. Su vida y su muerte ponen en marcha una lucha que nadie podrá detener.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 9-10. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 86.

AL CAMARADA CHE GUEVARA

André Gorz

Te escribo desde un continente lejano, camarada, donde los hombres no son felices. Sufrimos de trabajar sin saber por quién ni por qué; de producir cosas que solo se miden en términos de dinero o de comodidad; de estar ocupados de ocho a nueve horas por día a cambio de un salario que no compensará jamás, por muy elevado que sea, la monotonía de nuestras ocupaciones privadas de sentido. Sufrimos de no poder ofrendar, durante 17 horas al día, lo mejor de nosotros a cambio nada más que de la alegría de conocer el límite de nuestras fuerzas en el combate común contra todo lo que degrada al hombre y de leer, en la mirada de nuestros compañeros y en la marca que juntos imprimimos a la materia, que queremos al igual, cada uno para todos, ese mundo que está por hacer.

Te escribo desde un continente lejano, camarada, para decirte que te envidiamos. Tú nos has confirmado lo que sabíamos sin conocerlo: que la única patria del revolucionario es la revolución; que el amor por la libertad pasa por el odio inmisericorde contra todos los que la confunden con su dominio; que el socialismo es negación del dinero, de las relaciones mercantiles, la división vertical de las tareas; que el hombre es posible y que él polariza la historia desde el momento en que triunfa, aunque sea un instante y perdiendo en ello la vida, sobre las fuerzas de lo inhumano que dominan todavía poderosamente al mundo.

Te escribo desde un continente lejano, camarada, para decirte que desde el momento en que un hombre como tú tiene la audacia de aparecer, descubre y revela a los otros que él no es uno solo, sino ciento, sino mil, idea invasora e invencible. Yo, que no soy cristiano, te digo que tus asesinos sufren de las mismas ilusiones que los romanos, hace mil novecientos treinta años, cuando ejecutaron al lado de dos bandidos a un agitador judío que no tenía con él más que a doce hombres: sus ideas no han dejado por ello de triunfar sobre el imperio que, entonces, dominaba al mundo. Lo mismo sucederá contigo, camarada, porque es necesario que

así sea. Pero me entristece que tú no veas ese día: me entristezco no por ti, que te burlabas bastante de la vida y te considerabas indefinidamente sustituible, sino por todos nosotros que quedamos y a quienes toca ese temible y difícil privilegio: sobrevivirte.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 10-11.

UN HOMBRE LIBRE

Claude Julien

Del sacerdote Camilo Torres al comandante Ernesto Che Guevara, la misma cadena une en la muerte a los hombres empeñados en un mismo combate que los trasciende y se continúa después de ellos. Hace veinticinco años, durante la lucha del pueblo francés contra el ocupante nazi, la misma sed de justicia y de libertad unió, por encima de sus convicciones divergentes, a marxistas y cristianos. Y Aragon enlazaba para la eternidad, en un mismo y único poema,

*Celui qui croyait au ciel,
Celui qui n'y croyait pas.*

Ya que uno y otro sabían que la espiritualidad más exigente, la ideología más seductora solo tienen sentido si están al servicio de un ideal que las trasciende a una y otra: el de hombres libres y fraternos en un mundo más justo y más verdadero. Así como la muerte de Camilo Torres acusa a los cristianos «bien pensantes», la muerte del Che acusa a los marxistas que piensan poco. Y sin embargo, no cayeron ellos en el combate para arrancarlos de su embotamiento sin esperanza. El mensaje de su sangre vertida se dirige más bien a esos hombres que, sin ser prisioneros de ningún sistema intelectual, son lo suficientemente libres para dar libremente su vida.

Es cierto que no hay sustituto para el Che, lo mismo que nadie ha podido sustituir a Jean Moulin, organizador de la Resistencia francesa, capturado y torturado hasta la muerte por la Gestapo. Porque pueden sustituirse las máquinas o los robots –los hombres libres no se sustituyen–. Pero su ejemplo es contagioso, y sobre sus tumbas se levantan otros hombres libres, hombres que saben que su libertad no les deja otra disyuntiva que la de arriesgar libremente sus vidas para llevar a sus hermanos esta libertad que no existe fuera de la lucha.

No se rinde homenaje a seres humanos como el comandante Guevara. Se medita sobre sus vidas, y se saca la lección de sus muertes. El combate que libra cada uno, en el lugar donde está, con los medios que le son propios, se nutre de una determinación más pura.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 11-12.

HOMENAJE AL CHE

Anne Philipe

El Che ha muerto. Era el hombre que había que abatir, el enemigo número uno porque simbolizaba la lucha del hombre solo, con las manos desnudas, frente a las fuerzas organizadas y ciegas de la civilización atómica.

Hoy, en el mundo, cada hombre miserable, abandonado, inculto, debería llorar, ya que el héroe que acaba de morir combatía por él, por un futuro mejor para él, por su lugar bajo el sol, y por la conquista de su libertad.

El Che era un hombre bueno y ha debido matar, era un hombre fraternal y conoció la soledad y sin duda la traición. Los santos del siglo xx son, creo, estos combatientes puros y apasionados que dan su vida y su muerte porque cesen el atropello del oprimido y el escándalo de la miseria y la ignorancia.

La vida y la muerte del Che son ejemplares. Su rigor moral exigía que su pensamiento y sus actos estuviesen de perfecto acuerdo: murió combatiendo, como vivió. Era la imagen misma de la valentía; otras imágenes surgirán pero, para mí que lo he conocido un poco, la del Che seguirá siendo, creo, la más bella. No olvidemos jamás que ha sido su amor por los hombres y la alta idea que tenía del género humano lo que lo llevó a la vanguardia del combate.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 12-13. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 98.

PARA EL CHE

New Left Review

Che era un revolucionario total. Rendirle tributo solo con palabras parece profundamente inadecuado. Él se comunicaba mediante acciones, y sus palabras eran armas en la lucha.

El movimiento revolucionario internacional está dividido hoy en tres frentes: los países imperialistas, los países socialistas, el tercer mundo. Ninguna tarea es más difícil o más urgente que unificar el significado de la historia en estos tres frentes. Che lo hizo, de modo único. En el Renacimiento había hombres universales, grandes en el arte, la ciencia y la literatura. En el siglo xx, la política –entendida como el dominio del hombre sobre su propio destino– es la forma real de universalidad. Che era el hombre universal de nuestro tiempo.

La tormenta de la lucha arde en América Latina, Asia y África actualmente. Che dio su vida por la liberación de estos continentes del imperio de los Estados Unidos, en un ejemplo sin paralelo de internacionalismo. Su solidaridad era un irrevocable compromiso, que sobrevive a su muerte y sigue amenazando sin cesar al imperialismo. Su brillantez militar como jefe era producto de su estatura moral como revolucionario. Sabía que hacer la revolución era una cruel y costosa prueba, para él y para otros. La escogió sin vacilaciones, sabiendo que el precio de la sumisión al imperialismo era incomparablemente mayor, y permanente. Vietnam, al que Che dedicara su último mensaje público, atestigua esta verdad. Él peleó para que las llamas que se alzan sobre Vietnam encendieran la pira funeraria del imperialismo. Para los países socialistas, Che no era solo un símbolo de los deberes de la solidaridad internacional. Representaba también una renovación revolucionaria dentro de la construcción del socialismo. Nadie expresó tan profundamente la libertad revolucionaria como el auténtico contenido de la construcción económica diaria. La planificación no era un mero instrumento técnico para él, sino que estaba ligada indisolublemente a la actividad de las masas, era la forma necesaria del dominio del hombre sobre su medio. Excluía todo cálculo mecánico de intereses. Che no fue nunca más dialécticamente materialista que en su insistencia en la primacía de los incentivos morales en la construcción del socialismo. Era lógico que estuviera intransigentemente por la liberación del arte y la cultura de todo burocratismo.

Para nosotros, marxistas en los países imperialistas, Che siempre habló con fraternidad y urgencia. Proveyó, en *El socialismo y el hombre en Cuba*,

un análisis completamente contemporáneo de la explotación y la alienación en las actuales sociedades capitalistas. Supo que la lucha de clases contra la burguesía imperialista de cada país era un frente vital. Nosotros, que vivimos en las metrópolis del imperialismo, debemos lanzar una ofensiva determinada para minar desde dentro el sistema atroz e inhumano que él luchó por destruir desde fuera. El mensaje de la vida del Che, y de su muerte, es inequívoco: la revolución es posible, porque es necesaria en todas partes.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 13-14.

COMANDANTE CHE GUEVARA

Manuel Rojas

Suena, resuena en nuestros oídos la tensa voz de Fernández Retamar. En el avión que desde México nos llevó a La Habana en marzo de este año 1967, cantaba:

*Aquí se queda la clara,
la entrañable transparencia
de tu querida presencia,
Comandante Che Guevara.*

No supimos de quién eran esos versos ni de quién la música, aunque unos y otra denotaran por su gracia y su amor, su origen cubano. En ningún otro país podía haberse escrito ni cantado esa cuarteta, más que en Cuba, en donde aquella presencia, de entrañable transparencia, vive con mucha fuerza.

Eso era en marzo. Estamos en octubre. Y ya no solo en Cuba. Esa presencia, esa claridad y esa transparencia que alababa el poeta cubano se han extendido a toda América. La impura mano militar que mató, asesinó a ese hombre en Vallegrande, no supo hasta qué punto hacía crecer esa presencia, esa claridad y esa transparencia. Los gorilas de América, los superdesarrollados y los subdesarrollados, desaparecerán oscuramente, hundidos en sus propias deyecciones o en las de sus amos, se irán como opacas y hediondas sombras.

Ernesto Che Guevara, «aguerrido y guerrillero», como lo llamó su hermano Fidel, permanecerá cada día más claro, más transparente y más entrañable, en nuestros corazones y en la tierra de América.

Para todos y para siempre, gloriosa y dolorosamente, y ahora quisiera cantar, con mi mala voz y en su memoria, la canción que oí a Fernández Retamar: pero no puedo. Nadie puede cantar con llanto por mucha claridad que haya. Y no sé si alguna vez podré hacerlo.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 15. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 102.

NO VIVEN...

Luis Cardoza y Aragón

No viven caudillismo alguno los pueblos de América. Es una situación concreta. El Che es conciencia de nuestra vida contemporánea. Conciencia lúcida, imperecedera. No es una estatua: es un ser vivo después de su muerte. Como libertador y como precursor, como fuerza, como motivo de meditación, el Che ha crecido más todavía. Su visión no fue quebrantada en lo absoluto. Las circunstancias maduran hacia lo que él vivió íntegramente. Hay que verlo dentro de tal realidad. Su muerte es solo un episodio que cerró su vida prodigiosa, para abrirla en presente y en futuro, como la muerte de Hidalgo y Morelos, Martí y Maceo. América sigue su lucha.

El Che también dio su vida por la libertad del opresor: su imagen y su nombre resplandecen en las masivas manifestaciones que en los Estados Unidos se oponen a la más inhumana forma de la barbarie contemporánea: el imperialismo norteamericano, empeñado en destruir la esperanza de la humanidad. La crisis interna de los Estados Unidos está adquiriendo las proporciones de su injusticia: los norteamericanos que encarnan la dignidad de su pueblo, con humanismo y acción enfréntanse al genocidio y a las intervenciones. Un pueblo que oprime no puede ser libre. La lección del Che pertenece a nuestras páginas más nobles.

Cuando alguna vez los arcángeles nos visitan, no los reconocemos. Sabemos de su naturaleza cuando han partido. Mientras estuvieron con nosotros, su presencia fue admirable, nimbados por el fulgor del héroe. Pero en aquel joven maravilloso –rayo y relámpago–, no intuimos que saltara con tanta agilidad de la vida a la leyenda y a la vida. El Che es el sueño de la juventud de América. Y la verdad más profunda de esa juventud. Estaba cargado de destino. Cargado de historia. Pensamiento, pureza, acción y voluntad soberana. Su existencia de genio intrépido aparece hoy como más suprema. No lo disipa la leyenda: aquel hombre es una realidad de la

lucha de nuestros días. No se esfuma como un iluminado que solo balbuceó su grandeza: vivió cabalmente y renació cabalmente. Su don absoluto de sí barre la sombra de nuestro mundo engorilado, iluminándolo con luz epopéyica. Como ninguna figura contemporánea, el Che ha cautivado la imaginación de América. Pensaba lo que hacía, hacía lo que pensaba. Hay, además, unas mil páginas del Che, hermosas de ideas y emociones. Lo siento embebido de conciencia: sabía sobradamente bien en lo que estaba. Busco no idealizarlo. Busco verlo tal como fue. Como es. Por la diafanidad de su vida, me pierdo en palabras para fijar su perfil. Un gran poeta: supo expresarse magníficamente. Un hombre, un águila que cae –un Cuauhtémoc– fue el comandante Ernesto Guevara.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 16. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 86-87.

AHORA LE ERIGIRÁN JUSTIFICADOS MONUMENTOS

Ángel Rama

Ahora le erigirán justificados monumentos, y en bronce, en mármol, en piedra, en el gesto estereotipado del héroe, vivirá a los ojos de los niños y de los hombres del futuro como lección, hasta convertirse en el fragmento consabido de la ciudad, ese que integra nuestro vivir cotidiano. Pero para nosotros fue un hombre, simplemente un hombre del que pudiéramos decir «y vivió entre nosotros». Era un hombre; había sido médico, le hemos oído hablar, reír, hacer bromas, ahogarse por su asma, enfurecerse; era un hombre «con unas piernas flácidas y unos pulmones cansados», como dijo en la carta de despedida a sus «queridos viejos», y de inmediato pienso en el pequeñito uniforme de Bolívar que se guarda en su casa-museo bogotano y pienso en el desmedrado Martí de Dos Ríos y se me hace patente que él pertenecía a la estirpe de estos hombres grandes de Nuestra América, de esos simples seres humanos que pulieron su voluntad «con delectación de artista», y cargaron sobre sus hombros débiles el destino y la grandeza de millones de compañeros.

La heroicidad produce el mismo deslumbramiento y el mismo pánico que la santidad, porque está hecha de su misma atroz desmesura y genera entre el multitudinario coro de quienes presenciamos la tragedia, la con-

ciencia terrible de ser destinatarios del sacrificio. No era necesario que el periodista dijera que «parecía un Cristo yacente», ni que las fotografías nos propusieran imágenes similares a las que el arte europeo cultivó durante siglos, con el cuerpo enflaquecido y la paz cerrada de ese rostro ya para sí, definitivo, para sentir que no solo vivió entre nosotros sino que murió por nosotros. Que ni siquiera nos pregunta qué haremos porque su sola vida y muerte es una pregunta que no cesa.

Bolívar, Martí, Ernesto Che Guevara. Lo que cambia es el estilo, simplemente. Este último, con su mote lo dice, era el nuestro rioplatense: ardiente y burlón, elíptico y pudoroso de las pasiones y sentimientos, desconfiado de todo gesto grandilocuente, capaz de empezar el camino que llevaría a su muerte con una frase escrita sobre el filo de la automordacidad y la disculpa de su propia aventura enorme: «Acuérdense de vez en cuando de este pequeño *condottiere* del siglo xx». Tras este estilo está de nuevo, y sobrecogedora, la capacidad de asumir a una nación de millones de hombres –esa única nación latinoamericana que él volvió a confirmar– para revelarles a sus hombres que su sentimiento de debilidad es aparente, que abierta está la vía por la cual el hombre encuentra su más alto destino, lo hace suyo y es grande. Que así sea.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 17. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 98.

EL CHE HA VENCIDO

Gianni Toti

El Che ha vencido. Nos ha vuelto a cuestionar: vida, trabajo, el espacio ocupado por nuestros brazos, nuestros pensamientos demasiado cortos en las sienas... El golpe de la ola se propaga, las palabras se quiebran, pequeñas insensatas sonoridades, sin embargo hay que hablarse, tocarse dentro con las uñas, donde más duele, comprobarse, vérnoslas con nosotros mismos, el mundo, la historia, la revolución y el Che: y esto quería él, estoy seguro, tal vez más que ninguna otra conquista. Invadirnos, quería, convertirse en aquel espectro obsesivo que de ahora en adelante vagará por todas nuestras Américas y por nuestras conciencias desanimadas que se autointerrogan: pero entonces ¿vivir hoy, sobrevivir, es aún morir de pie, hombre que dispara contra el hombre, y suicida su podredumbre (*le mort qui saisit le viif*) para

hacerlo todavía futurable? El Che ha vencido su batalla con los amigos y compañeros que refutaban sus visiones, con los guerrilleros italianos, con los hombres de todas las Resistencias. Conmigo ha vencido, sobre todo mi frente concienzal. Se suponía que desmintiera todas mis «conflictividades» ideológicas venciendo en el terreno de Bolivia donde comenzó y terminó su «Largo viaje de pasión». Y en vez de esto me ha desmentido de la manera más imprevista, muriéndome encima, cavándose la tumba entre mis sienes, invitándome a la infinible *fiesta* de otra contradicción, desafiándonos a desmentirnos el uno al otro; en la acción, pero aquella que no se agote en el gesto sino que se prolongue en los otros, como su muerte sin muerte que nos muere a todos y así nos hace vivos, espantosamente vivos con su extrema sonrisa que tienta nuestros labios contraídos en una mueca imposible: *il faut tenter de vivre*, pero ¿sabremos hacerlo?

El Che fue el primer revolucionario latinoamericano, continental y planetario que he conocido en Cuba. El primero de mayo de 1964, durante una pausa de la *fiesta del pueblo*. *De cuerpo presente y de corazón lejano*, así lo había visto, solitario a la sombra del mármol de Martí, fumando un *puro* para leer en su humo quién sabe cuál visión más allá del dónde y del cuándo en que transitaba hacia la historia, la grande. Lo retraté, y sigo publicando su grave sonrisa, la violenta paciencia de su mirada que se le alejaba de los ojos, futurando. Nos presentaron, tomamos un *cafecito* (más tarde publicaría en *Vie Nuove* una entrevista suya), nada más. Dije a mis amigos italianos de Cuba, y luego a mis amigos cubanos en Italia: «Lo juraría, el Che es un poeta, nunca me equivoco con estas intuiciones, el Che escribe poesía...». Se rieron en mi cara. Miguel Barnet me contestó que su poesía era su acción, la pistola era su pluma. Pero no me convenció porque el Che era un hombre total, y escribía con pluma y pistola, con pensamiento y acción, con boca y mente. Mensaje humano él mismo, escribía mensajes *para ser leídos* –que han de ser leídos, justamente: hombre escrito por entero, para que se imprima sobre el duro rostro de la tierra–. Después leí su carta a León Felipe, del 21 de agosto de 1964: «Tal vez le interese saber que uno de los dos o tres libros que tengo en mi cabecera es *El ciervo*... El otro día asistí a un acto de gran significación para mí. La sala estaba atestada de obreros entusiastas, y había un clima de hombre nuevo en el ambiente. Me afloró una gota del poeta fracasado que llevo dentro y recurrí a usted, para polemizar a la distancia...».

También he vuelto a leer *El ciervo* y he encontrado en él las razones más simbólicas y proféticas del amor del Che por aquella desesperada alegoría: «Todas las jaurías del rey, / amaestradas por el cuerno / del mayoral, van a salir *otra vez*. / *Otra vez*, señor Arcipreste... *otra vez* a perseguir el ciervo... /

Sin embargo, la Historia ha sido siempre y va a seguir eternamente siendo / la jauría de un rey bastardo y criminal / persiguiendo sin descanso al ciervo... / ¡ Oh, destino del Hombre...! / volveremos a hacer lo que hemos hecho...». El Che quería volver a hacer lo que había hecho, ciervo perseguido eternamente, pero para llevar la jauría, falsos perseguidores, adonde él quería: frente a la humanidad planetaria, aullantes de torva y estúpida ferocidad. *Con el pesimismo de la inteligencia y el optimismo del ideal y la voluntad* –para conjugar juntos los lemas de José Carlos Mariátegui y de Antonio Gramsci– el Che quería escribir su poema extremo, el que leeremos solo si continuamos escribiéndolo con sus –nuestras– manos. Mientras tanto, el Che no yace solamente bajo «un sudario de cubanas lágrimas / para que se cubran los guerrilleros huesos / en el tránsito a la historia americana», como ha cantado en su «Canto a Fidel» (Patroclo y Héctor, homéricamente). Su sudario está tejido con lágrimas cubanas y con lágrimas italianas, con lágrimas pentacontinentales, con el llanto de todos los guerrilleros de este planeta discutido al hombre. Estamos todos frecuentados por su terrible espectro amigo, perdidos y al propio tiempo reencontrados, en estas otras guerrillas cotidianas, que hacen implosión lamentablemente y demasiado a menudo, y que deben en vez replotar. Estamos estudiando la dura lección de historia y de muerte viva del Che, tratando de comprender cómo ha *vencido con*, o sea *convencido*, con nosotros: en el único modo en que tal vez hoy es posible enseñar, con la expresión encerrada en la muerte, en el sentido de la vida perfecta, totalmente vivida, por lo totalmente muerta, descifrable ahora para nosotros, bajo el velo brillante del llanto. Los ejércitos de cinco naciones han matado al Che: solo en las estúpidas selvas del Ñancahuazú. Los enemigos estaban juntos, él estaba solo, nosotros creíamos estar en vela –nosotros, los exguerrilleros–, y dormíamos. Esto quería decirnos él, esto ahora sabemos. Quizás aún lo sabemos mal, pero empezamos a saberlo. Podremos agradecer al Che su lección mortal solo con actos responsables. Por esto tenemos la angustiosa conciencia, ahora, mientras murmuramos la breve sílaba indígena, y lo llamamos dentro de nosotros, el vocativo que podemos invocar, el Che que ahora se ha plantado dentro de nosotros y ya crece, el Che que ya somos nosotros,

–Che, Che, Che,

que las palabras no bastan, ya no bastan.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 18-19.

COMBATIENDO POR LA LIBERTAD DE AMÉRICA LATINA HA MUERTO NUESTRO COMANDANTE ERNESTO GUEVARA

Roque Dalton

Ha sido la noticia que más nos ha golpeado el corazón en los últimos años, que más ha herido nuestros pensamientos; para nosotros, el Comandante Guevara era la encarnación de lo más puro y lo más hermoso que existe en el seno de esa actividad grandiosa que nos impone nuestra época: la lucha por la liberación de la humanidad; la profunda lección moral y política de su vida y de su muerte forma desde ahora parte inapreciable del patrimonio revolucionario de todos los pueblos del mundo. Y así su desaparición física es un hecho irreparable para el cual no debemos escatimar lágrimas de hombres y revolucionarios; la actitud fundamental a que nos obliga su actual inmortalidad histórica es la de hacernos verdaderamente dignos de su ejemplar sacrificio.

Ser dignos de la vida y de la muerte del gran combatiente revolucionario. Comandante Ernesto Guevara. Esta es la consigna que debe unir a los revolucionarios latinoamericanos en el duro combate contra el enemigo común de la humanidad: el imperialismo norteamericano.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 20. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 88-89.

IRÁ CON ELLOS

Samuel Feijoo

Por los altos Andes, donde se deseaba, nuestro poderoso hermano echó a andar, con los suyos, los defensores del hombre apaleado y ensangrentado de América.

Entero, entregado, que nada quería para sí si no la entrega, entre los apaleados que se alzaban, andaba; andaba sus Andes americanos, en la marcha tesonera y recia.

La pobre cena, el pobre lecho, le bastaban. Cuando los miserables del mundo gemían por placeres, comidas, lujos, glorias fermentadas, él, asqueado y fervoroso, tenía por comida el deber que sostiene para siempre, por

placeres el amor al siervo innumerable, por lujo la cabaña de ramas del héroe, la única casa honrada, por gloria la necesidad del valiente que se entrega. Su gloria estaba en su sangre, la sangre de sus pueblos apaleados.

Ya la tierra de la cautiva América le cubre, ya está en ella. Los puros hombres de la tierra lo levantan. Va con ellos. Y los pueblos crecerán y arrancarán sus libertades a sus verdugos, y él irá con ellos y él alcanzará la victoria y en ella se confundirá porque va con sus pueblos victoriosos.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 22-23. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 89.

EPITAFIO PARA COLOCAR SOBRE UN MAPA DE AMÉRICA

Dalmiro Sáenz

Aquí yace Ernesto Guevara, lo enterraron en un cajón de tierra y miedo y taparon con la noche sin cielo de la selva.

Vivió sobre esta tumba con forma de mapa resquebrajado de países y apisonada por los pies descalzos de esos hombres, aquellos con la verdad y sucia aureola de los santos como un grillete de pobreza sobre la piel de sus tobillos.

Fue un héroe y un artista, porque el artista es aquel que trasciende tras su obra y la obra del héroe es ese último gesto de su vida en donde el héroe entrega su vida para matar su muerte.

Es ahí donde la idea se convierte en un ideal y el ideal desborda entonces la fría lógica de la inteligencia para ocupar el área misteriosa de la estética, allí el ideal se hace carne se hace dolor se hace miedo y el ideal toma la forma del gesto que lo defiende y el heroísmo y el arte se confunden en una misma cosa.

Fue un humanista de las armas porque las armas para él no fueron más que la prolongación de ese gesto que ahora América recoge, como quien recoge un fusil de la batalla, un fusil que da forma de puños a las manos que lo sostienen.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 22.

CARTA DEL 29 DE OCTUBRE DE 1967

Julio Cortázar

París, 29 de octubre de 1967

Roberto, Adelaida, mis muy queridos:

Anoche volví a París desde Argel. Solo ahora, en mi casa, soy capaz de escribirles coherentemente; allá, metido en un mundo donde solo contaba el trabajo, dejé irse los días como en una pesadilla, comprando periódico tras periódico, sin querer convencerme, mirando esas fotos que todos hemos mirado, leyendo los mismos cables y entrando hora a hora en la más dura de las aceptaciones. Entonces me llegó telefónicamente tu mensaje, Roberto, y entregué ese texto que debiste recibir y que vuelvo a enviarte aquí por si hay tiempo de que lo veas otra vez antes de que se imprima, pues sé lo que son los mecanismos del télex y lo que pasa con las palabras y las frases. Quiero decirte esto: no sé escribir cuando algo me duele tanto, no soy, no seré nunca el escritor profesional listo a producir lo que se espera de él, lo que le piden o lo que él mismo se pide desesperadamente. La verdad es que la escritura, hoy y frente a esto, me parece la más banal de las artes, una especie de refugio, de disimulo casi, la sustitución de lo insustituible. El Che ha muerto y a mí no me queda más que silencio, hasta quién sabe cuándo; si te envié ese texto fue porque eras tú quien me lo pedía, y porque sé cuánto querías al Che y lo que él significaba para ti. Aquí en París encontré un cable de Lisandro Otero pidiéndome ciento cincuenta palabras para Cuba. Así, ciento cincuenta palabras, como si uno pudiera sacarse las palabras del bolsillo como monedas. No creo que pueda escribirlas, estoy vacío y seco, y caería en la retórica. Y eso no, sobre todo eso no. Lisandro me perdonará mi silencio, o lo entenderá mal, no me importa; en todo caso tú sabrás lo que siento. Mira, allá en Argel, rodeado de imbéciles burócratas, en una oficina donde se seguía con la rutina de siempre, me encerré una y otra vez en el baño para llorar; había que estar en un baño, comprendes, para estar solo, para poder desahogarse sin violar las sacrosantas reglas del buen vivir en una organización internacional. Y todo esto que te cuento también me avergüenza porque hablo de mí, la eterna primera persona del singular, y en cambio me siento incapaz de decir nada de él. Me callo entonces. Recibiste, espero, el cable que te envié antes de tu mensaje. Era

mi única manera de abrazarte, a ti y a Adelaida, a todos los amigos de la Casa. Y para ti también es esto, lo único que fui capaz de hacer en esas primeras horas, esto que nació como un poema y que quiero que tengas y que guardes para que estemos más juntos.

Che

*Yo tuve un hermano.
No nos vimos nunca
pero no importaba.
Yo tuve un hermano
que iba por los montes
mientras yo dormía.*

*Lo quise a mi modo
le tomé su voz
libre como el agua,
caminé de a ratos
cerca de su sombra.*

*No nos vimos nunca
pero no importaba,
mi hermano despierto
mientras yo dormía,
mi hermano mostrándome
detrás de la noche
su estrella elegida.*

Ya nos escribiremos. Abraza mucho a Adelaida. Hasta siempre,

Julio

Casa de las Américas, no. 145-146, julio-octubre de 1984, pp. 76-77.

MARCHA Y DECLARACIÓN DE HIGUERAS

Uno de los más hermosos homenajes con que se conmemoró en todo el mundo el vigésimo aniversario de la caída de Ernesto Che Guevara fue la

marcha emprendida por cientos de jóvenes latinoamericanos por distintos lugares relacionados con la epopeya del Guerrillero Heroico en Bolivia, y que concluyó en la plaza principal de La Higuera, donde se inauguró un monumento al Che. Allí, además, los participantes en la marcha dieron a conocer la siguiente:

Declaración de La Higuera

Han pasado veinte años desde que la sangre de Ernesto Che Guevara estallara en la escuela de La Higuera, donde hoy nos reunimos.

No fue la primera sangre, ni la última que la humanidad habrá derramado por defender su dignidad, por conquistar su derecho a la alegría.

Y, sin embargo, no se trata de cualquier ofrenda por la redención del hombre. Bolivia ha recorrido veinte años de angustia, de luchas, de sacrificio, de caídas profundas, de esperanzas intensas. La vida de los pueblos no puede ser de otra forma en tanto no consigan su emancipación definitiva. Y en cada paso, en cada dificultad, en cada sueño estuvo presente ya puro, heroicamente humano, generosamente universal, auténticamente revolucionario.

Nadie podrá arrancarlo de nuestro pecho, de nuestra conciencia sacudida desde entonces. Nadie podrá superar el asombro de su muerte ni la luminosidad abierta de su vida. Los hombres y los pueblos para ser libres, tenemos que ascender a esa estatura, que es el nivel exacto en que la historia deja de ser un episodio para convertirse en el signo de una época.

Ernesto Che Guevara y los héroes que lucharon con él, que murieron con él, no constituyen un mito. Porque los mitos exigen el bronce para perpetuarse en la inconciencia estimulada solo por el gesto, por el símbolo, que despierta sentimientos, pasiones y reflejos de epopeya, nada más.

Che y los hombres que compartieron su heroica tentativa de «asaltar el cielo» para entregárselo a las mujeres y los niños, a los hombres, a los ancianos, a los vivos y a los por venir, son parte de nuestra sangre, de nuestros huesos, de nuestros músculos y cerebro, pero también de la tierra, del árbol, de la luz y del camino que no cerrará jamás a nuestros pies, a nuestras manos, mientras conservemos la auténtica pureza humana de su sacrificio, de su entrega generosa.

Tal es la significación de nuestro compromiso, tal es la dimensión de nuestro homenaje.

Como Amaru y Bolívar, como Katari, Azurduy, Lira, Villca y Barzola vienen de nuestra historia los hombres que sembraron su sangre en Nancahuazú,

una generación del hombre nuevo que abrió también nuevos cauces a la lucha de los pueblos latinoamericanos.

Por eso son más nuestros que los que apenas tienen la relación jurídica con el país, pero que lo enajenan, lo humillan, lo encarnecen.

La patria está en sus raíces, clavada para siempre en esta tierra; en los mineros que están siendo cortados con la guadaña de la insensibilidad oligárquica; en los campesinos que no pueden todavía cosechar las mieses de su libertad; en los hombres y mujeres que sufren la explotación. En todos ellos, en los que luchan, en los que sienten la necesidad de cambiar Bolivia para conquistar la felicidad colectiva, sin límites ni fronteras, sin egoísmo y sin cárceles. En todos ellos vive la patria, porque se construye con sus manos, con su sudor y con su sangre.

Por eso, aquí en La Higuera, veinte años después del crimen, reunidos mujeres y hombres, jóvenes y viejos, creyentes y no creyentes declaramos:

–Nuestra admiración sin límites a Ernesto Che Guevara y sus bravos que libraron una batalla para derrocar a la muerte y lo consiguieron.

–Nuestra profunda adhesión a la aspiración humana de la libertad, de la dignidad y la abundancia para todos.

–Nuestra decisión unitaria de preservar y multiplicar los valores de la consecuencia, de la autenticidad humana que, desde La Higuera, derrama su luz para todos los hombres.

–Nuestra indeclinable decisión de luchar, por sobre todas las cosas, por la emancipación y la felicidad de nuestra patria, más allá de los credos, de las diferencias transitorias, de las pequeñas disputas.

Aquí, con la emoción de compartir la gesta de la vida y de la muerte de Guevara y sus héroes, con la madurez que exige la historia, sembramos nuestro compromiso de consecuencia insobornable con las aspiraciones de nuestro pueblo.

Aquí, en La Higuera, veinte años después de su muerte, proclamamos su vida heroica como la buena nueva que se despliega ejemplarmente por todos los caminos de la lucha, de la construcción colectiva. Tal será nuestro homenaje. Que no es una ofrenda episódica simplemente, sino la definición de un principio irrenunciable: la consecuencia humana que no tiene tiempo ni espacio, que debe ser el modo de existir de todos los hombres.

La Higuera, 8 de octubre de 1987

Casa de las Américas, no. 166, enero-febrero de 1988, pp. 125-126. Incluido en la sección «Al Pie de la Letra» con el encabezado que lo precede en este volumen (en cursivas).

CARTA ABIERTA A ERNESTO CHE GUEVARA

Frei Betto

Pasaron treinta años desde que la CIA te asesinó en las selvas de Bolivia, el 9 de octubre de 1967. Tú tenías, entonces, treinta y nueve años. Pensaban tus verdugos que, al clavar balas en tu cuerpo, después de capturarte vivo, condenarían tu memoria al olvido. Ignoraban que, al contrario de los egoístas, los altruistas jamás mueren. Sueños de libertad no se confinan en jaulas como a pájaros domesticados. La estrella de tu boina brilla más fuerte, la fuerza de tus ojos guía generaciones por las veredas de la justicia, tu semblante sereno y firme inspira confianza en los que combaten por la libertad. Tu espíritu trasciende las fronteras de la Argentina, de Cuba y de Bolivia y, llama ardiente, todavía hoy inflama el corazón de muchos revolucionarios.

Cambios radicales ocurrieron en esos treinta años. El Muro de Berlín cayó y enterró al socialismo europeo. Muchos de nosotros solo ahora comprendemos tu osadía al apuntar en 1965, en Argel, las rajaduras en las murallas del Kremlin, que nos parecían tan sólidas. La historia es un río veloz que no ahorra obstáculos. El socialismo europeo intentó congelar las aguas del río con el burocratismo, el autoritarismo, la incapacidad de extender a lo cotidiano el avance tecnológico propiciado por la carrera espacial y, sobre todo, se revistió de una racionalidad economicista que no echaba raíces en la educación subjetiva de los sujetos históricos: los trabajadores.

Quién sabe si la historia del socialismo sería otra, hoy, si hubiesen dado oídos a tus palabras: «el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efectos de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que lo forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes; es el instante de rectificar».

Che, muchos de tus recelos se confirmaron a lo largo de esos años y contribuyeron al fracaso de nuestros movimientos de liberación. No te oímos lo suficiente. Desde África, en 1965, escribiste a Carlos Quijano, del periódico *Marcha*, de Montevideo: «Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el verdadero revolucionario está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad».

Esta advertencia coincide con lo que el apóstol Juan, exiliado en la isla de Patmos, escribió en el Apocalipsis hace dos mil años, en nombre del Señor,

a la Iglesia de Efeso: «Yo conozco tus obras y tus trabajos y sé que sufres pacientemente. No puedes tolerar a los malos, sometiste a prueba a los que se llaman a sí mismos apóstoles y los hallaste mentirosos. Tampoco te falta la constancia; has padecido por mi nombre sin desanimarte. Sin embargo, tengo en contra tuya el que has perdido tu amor del principio» (2,2-4).

Algunos de nosotros, Che, abandonaron el amor a los pobres que, hoy, se multiplican en la Patria Grande latinoamericana y en el mundo. Dejaron de guiarse por grandes sentimientos de amor para ser absorbidos por estériles disputas partidarias y, a veces, hacen de amigos, enemigos, y de los verdaderos enemigos, aliados. Minados por la vanidad y por la disputa de espacios políticos, ya no traen el corazón calentado por ideales de justicia. Quedaron sordos a los clamores del pueblo, perdieron la humildad del trabajo de base y, ahora, cambian utopías por votos.

Cuando el amor se enfría, el entusiasmo se afloja y la dedicación se retrae. La causa como pasión desaparece, como la fantasía entre una pareja que ya no se ama. Lo que era «nuestro» resuena como «mío», y las seducciones del capitalismo debilitan principios, transmutan valores y, si todavía proseguimos en la lucha, es porque la estética del poder ejerce mayor fascinación que la ética del servicio.

Tu corazón, Che, latía al ritmo de todos los pueblos oprimidos y espoliados. Peregrinaste de la Argentina a Guatemala, de Guatemala a México, de México a Cuba, de Cuba al Congo, del Congo a Bolivia. Saliste todo el tiempo de ti mismo, exaltado por el amor que, en tu vida, se traducía en liberación. Por eso podías afirmar, con autoridad, que «hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización».

¡Cuántas veces, Che, nuestra dosis de humanidad se reseco calcinada por dogmatismos que nos llenaron de certezas y nos dejaron vacíos de sensibilidad con los dramas de los condenados de la Tierra! ¡Cuántas veces nuestro sentido de justicia se perdió en escolasticismos fríos que proferían sentencias implacables y proclamaban juicios infamantes! ¡Cuántas veces nuestro sentido de la verdad se cristalizó en ejercicio de autoridad, sin que correspondiésemos a los anhelos de los que sueñan con un pedazo de pan, de tierra y de alegría!

Un día tú nos enseñaste que el ser humano es el «actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble

existencia de ser único y miembro de la comunidad». Y que este es un «producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un continuo trabajo para erradicarlas». Quizá nos ha faltado subrayar con más énfasis los valores morales, las emulaciones subjetivas, los anhelos espirituales. Con tu agudo sentido crítico, cuidaste de advertirnos que «el socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo del hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó».

A pesar de tantas derrotas y errores, tuvimos conquistas importantes a lo largo de esos treinta años. Movimientos populares irrumpieron en todo el Continente. Hoy, en muchos países, son mejor organizados las mujeres, los campesinos, los obreros, los indios y los negros. Entre los cristianos, una parte significativa optó por los pobres y engendró la Teología de la Liberación. Extrajimos considerables lecciones de las guerrillas urbanas de los años sesenta; de la breve gestión popular de Salvador Allende; del gobierno democrático de Maurice Bishop, en Granada, masacrado por tropas de los Estados Unidos; de la ascensión y caída de la Revolución Sandinista; de la lucha del pueblo de El Salvador. En Brasil, el Partido de los Trabajadores promueve, en una centena de ciudades administradas por sus militantes, una «revolución de baja intensidad»; en Guatemala, las presiones indígenas conquistan espacios significativos; en México, los zapatistas de Chiapas ponen al desnudo la política neoliberal.

Hay mucho que hacer, querido Che. Preservamos con cariño tus mayores herencias: el espíritu internacionalista y la Revolución Cubana. Una y otra cosa hoy se intercalan como un solo símbolo. Comandada por Fidel, la Revolución Cubana resiste al bloqueo imperialista, a la caída de la Unión Soviética, a la carencia de petróleo, a los medios que tratan de satanizarla. Resiste con toda su riqueza de amor y humor, salsa y merengue, la defensa de la patria y la valoración de la vida. Atenta a tu voz, ella desencadena el proceso de rectificación, consciente de los errores cometidos, y empeñada, a pesar de las dificultades actuales, en hacer realidad el sueño de una sociedad donde la libertad de uno sea la condición de justicia del otro.

Desde donde estás, Che, bendícenos a todos los que comulgamos tus ideales y tus esperanzas. Bendice también a los que se cansaron, se aburguesaron o hicieron de la lucha una profesión en beneficio propio. Bendice a los que tienen vergüenza de confesarse de izquierda y declararse socialistas. Bendice a los dirigentes políticos que, una vez destituidos de

sus cargos, nunca más visitaron una favela o apoyaron una movilización. Bendice a las mujeres que, en la casa, descubrieron que sus compañeros eran lo contrario de lo que ostentaban fuera, y también a los hombres que luchan por vencer el machismo que los domina. Bendícenos a todos los que, delante de tanta miseria para erradicar vidas humanas, sabemos que no nos resta otra vocación sino la de convertir corazones y mentes, revolucionar sociedades y continentes. Sobre todo, bendícenos para que, todos los días, seamos motivados por grandes sentimientos de amor, de modo de recoger el fruto del hombre y de la mujer nuevos.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 24-26. Traducción del portugués por Dominica Díez.

CHE

Rafael Cancel Miranda

Soy puertorriqueño. Empiezo por decir que Che es tan puertorriqueño como lo soy yo, como lo es Betances, Albizu, Blanca Canales, Lola Rodríguez de Tió, Juan Rius Rivera, Antonio Valero Bernabé, Hostos, Dominga Cruz y tantos otros boricuas que han honrado nuestra nación puertorriqueña. ¡Porque Che es de todos nuestros países, es de todos nosotros! Y vemos su retrato en las paredes de nuestros hogares, como parte de la familia, ya sea en una barriada en Nicaragua, en Salvador, Guatemala, Bolivia, Perú, Argentina, Cuba, Santo Domingo, Haití, Venezuela, Colombia, Chile, Panamá, en todo nuestro continente, en África, en Asia, porque Che es universal, porque Che significa lucha y esperanza, porque en su nombre va escrito el porvenir de todos nosotros. Che no está muerto. Che simplemente se ha multiplicado. Che crece y no crecen ni se multiplican los muertos. Solo los vivos. Che vive. Estoy escribiendo en Cabo Rojo (pueblo cuna de Betances), Puerto Rico. En la pared tengo un retrato de Che sonriendo, de un Che triunfante, porque sí lograba hacer posible lo imposible ¡junto a los héroes y heroínas de nuestros pueblos! Para un puertorriqueño que ama a su pueblo, y que a su vez está consciente de la opresión colonial que padecemos desde la fatídica invasión militar norteamericana a nuestro territorio nacional en 1898, decir Che es decir lucha, es decir esperanza, es decir camino, es decir sígueme que venceremos. Che ya es algo más que una bandera de lucha, Che es el fusil que defiende esa bandera. Che es sinónimo de justicia social, Che el guerrillero de los trabajadores, el trabajador de su pueblo,

de nuestros pueblos. Mientras haya opresión, Che el guerrillero estará combatiendo junto a los oprimidos. Aquí en Puerto Rico combate al lado nuestro contra el imperialismo anglosajón que tanta maldad comete y ha cometido contra nuestros pueblos. En una ocasión, en un foro internacional, dijo el Che que la posición que los revolucionarios de nuestro Continente tomaran en relación con Puerto Rico, determinaría cuán revolucionarios eran. Su solidaridad con la lucha por la liberación nacional de Puerto Rico siempre fue clara y vertical, ¿pero no fue acaso así con todas las luchas revolucionarias y reivindicativas de nuestros pueblos? Hay hombres y hay mujeres que hacen caminos, hay otros/otras que son el camino. ¡Che es uno de esos... como lo es Fidel! Estoy sonriendo, recordando que estando yo encarcelado en una prisión yanqui, nos envió unos puros con doña Rosa Collazo (esposa de Oscar Collazo), pero los carceleros no nos permitieron recibirlos. ¡Quizás pensaron que eran habanos guerrilleros, ya que venían del Che! ¡Hasta en los pequeños detalles el Che era grande! En nombre del Che Guevara, ¡viva Puerto Rico libre y socialista!

*Comandante Che Guevara,
sí que siento su presencia,
no lo mataron las balas,
¡no se mata una conciencia!*

Y para terminar por ahora, Comandante, hace más de un año escribí los siguientes versos. Sé que los entenderá:

No cualquiera es un Che

*Ser revolucionario no es gritar,
ni sacar pecho de bravura,
ser revolucionario es estar
donde lo exija la lucha.
No es reclamar de los demás
lo que tú mismo no hagas,
sí atreverte a ir más allá,
de lo que a otros reclamas.
Ser revolucionario es amar
con lo más profundo del alma,
y hasta saber perdonar
cuando lo exige la patria.*

*No es morir, no es matar,
sí hacer lo que sea necesario,
ya hablar desde un altar,
o rociar de pólvora tu rosario.*

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 27-28. Fechado en Cabo Rojo, Puerto Rico, el 10 de enero de 1997.

HAY MUCHAS MANERAS...

Antonio Candido

Hay muchas maneras de admirar una personalidad tan rica y variada como la de Ernesto Che Guevara. Treinta años después de su muerte, pienso sobre todo en su profunda humanidad de socialista que dio la vida con el fin de transformar al pueblo brutalizado de nuestra América en agente de su propio destino, liberándolo de la condición de objeto manipulado por los intereses económicos de las clases dominantes y de las potencias imperialistas. Pienso, por tanto, en su calidad de latinoamericano para quien la teoría y la acción política deben ser referidas a la realidad inmediata. Eso lo libró de las abstracciones dogmáticas que impiden la visión correcta, y lo convirtió en una gran figura de libertador de nuestro pueblo según las necesidades reales de nuestro tiempo. Él sintió como pocos que mientras hubiera en nuestro Continente la explotación brutal que genera la miseria y, con ella, las vergüenzas y humillaciones para los desposeídos, es necesario luchar como si el mal de muchos fuera el mal de todos, de cada uno de nosotros. El ejemplo mayor de Ernesto Che Guevara, en cuanto ciudadano latinoamericano, fue mostrar, a su manera, que la solidaridad consciente obliga a no descansar mientras la dignidad de la vida no fuera un bien común. Como todo verdadero gran hombre, él nos representaba, encarnando lo que hay de mejor en nosotros.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 29. Traducción del portugués por Dominica Diez.

CHE GUEVARA

Keith Ellis

Han tenido lugar en el mundo desde la desaparición física del Che muchos cambios que van afectando a la humanidad de maneras que a menudo no han sido positivas. Hemos presenciado en los países que constituyeron la URSS y en otros países de Europa la confusa disolución del sistema socialista que había dado dignidad a las vidas de esas poblaciones, la subsiguiente y rápida degradación en que ha caído gran parte de esos pueblos, y los asfixiantes efectos del capital que quiere ser enteramente libre para sacar los máximos beneficios de países, que quiere que estos abandonen los medios de defensa de sus intereses y la protección de sus ciudadanos, con la inevitable consecuencia del aumento de las clases pobres. En estas condiciones hace falta la profunda e inventiva solidaridad de grandes números de Che. Muchos hay que están defendiendo los principios que defendió él, inspirados por sus hazañas y su continua dedicación, sus ensueños y sus pensamientos, sus discursos y sus escritos; y seguramente crecerá el número mientras van haciéndose más evidentes las consecuencias de la dirección predominante de la vida económica y social de nuestros días. Che Guevara sigue siendo indispensable.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 30.

EL NACEDOR

Eduardo Galeano

¿Por qué será que el Che tiene esta peligrosa costumbre de seguir naciendo? Cuanto más lo insultan, lo manipulan, lo traicionan, más nace. Él es el más nacedor de todos.

¿No será porque el Che decía lo que pensaba, y hacía lo que decía? ¿No será que por eso sigue siendo tan extraordinario, en un mundo donde las palabras y los hechos muy rara vez se encuentran, y cuando se encuentran no se saludan, porque no se reconocen?

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 31.

EL CHE

Leónidas Lamborghini

Hay un hecho que hay que saber interpretar: los jóvenes y las jóvenes que llevan en sus remeras la efigie del Che sin que el Sistema se inquiete, son gente que rinden homenaje a alguien que supo vivir de acuerdo con su verdad. Y esto solo, debería inquietar al Sistema. Pero no siempre el Sistema es lúcido. No siempre reacciona a tiempo. No siempre deja de ofrecer intersticios por donde filtrarse con esas u otras formas de lucha que permitan continuar la historia.

Los que se engañan, también, son esos intelectuales que siempre han meado fuera del tarro y hablan ya de un «mito», de una «leyenda». Sin embargo, en el presente, la receta del Che –en distintas partes de nuestra América y en otras del planeta– sigue teniendo vigencia aún bajo distintas formas.

El impulso revolucionario del Che, ese que lo llevaba a soslayarse de toda burocracia y a encabezar a los suyos haciendo punta y cerrando la brecha entre palabra y acción, continúa siendo una fuerza formidable que alumbra la esperanza de los oprimidos del mundo. Nada ni nadie podrá contra esto.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 49. Fechado en Buenos Aires, en octubre de 1996.

ACERCA DEL CHE

Rigoberta Menchú

Al igual que mucha gente de mi pueblo, mi primer conocimiento del Che fue más por su imagen y simbolismo que por sus escritos y su obra. En los tiempos más difíciles en esta larga lucha por el respeto a nuestros derechos humanos y como pueblos indígenas, la imagen del Che ha encarnado la conciencia y la determinación de ser fiel hasta la muerte con las ideas en las que creemos.

En los tiempos actuales, en los que para muchos la ética y otros valores profundos son baratijas que se compran y se venden, el ejemplo del Che cobra una dimensión todavía mayor. Como mujer indígena, hago una lectura nueva del pensamiento del Che, de cara a los gigantescos esfuerzos

de los pueblos indios en todo el mundo por lograr el reconocimiento y el respeto a sus derechos y valores milenarios. Seguramente, iremos encontrando mejores enfoques sobre las ideas y la acción de ese hombre ejemplar.

Hay que resaltar la profunda sensibilidad que el Che tuvo a los problemas del mundo así como la necesidad de los cambios. En el corazón de los pueblos vivirá siempre la conciencia internacionalista del Che.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 55.

SIENTO ORGULLO DE...

Ana Miranda

Siento orgullo de pertenecer a una generación que tuvo, en su juventud, el rostro del Che en las paredes de su habitación. Él simbolizaba la fe, el espíritu, la intrepidez, el estoicismo, la tenacidad, la fuerza apasionante, la solidaridad con los más débiles. Él era un hombre desprendido de cualquier interés material en este mundo, y guiado por grandes sentimientos de amor a la humanidad. El Che fue capaz de entregar su vida por sus ideales, y sus ideales eran «la causa sagrada de la redención de la humanidad». Muchas veces oímos y repetimos sus palabras más conocidas: «Hay que endurecerse sin perder la ternura jamás». Su vida era un ejemplo formidable de educación, de formación de nuestro carácter y de nuestra ética, de conciencia de nuestras capacidades, inmensas y al mismo tiempo pequeñas. Quizás haya sido un sueño demasiado ambicioso el de nuestra generación, pero yo tengo la íntima sospecha de que todas las luchas que hoy día todavía se dan contra las injusticias, contra la pobreza, contra la destrucción de culturas, contra la intolerancia, contra las ganancias desmedidas, contra el exterminio de los animales, de los árboles, contra la devastación de la tierra, entre tantas otras, están marcadas por el espíritu del Che.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 64.

ESTÁ POR TERMINAR...

Emir Sader

Está por terminar «el siglo del Che», porque nadie en el siglo xx trae en sí tanto de los sueños, de las luchas, de los reveses; de la voluntad de superación de la explotación, de la dominación, de la alienación, de la segregación, de la discriminación; de solidaridad, de humanidad, como él. Por eso este siglo no puede ser pensado sin él y tampoco estaremos en condiciones de enfrentar los desafíos del próximo, sin llevar lo que de mejor él nos dejó.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 64.

EL CHE Y SUS COMPAÑEROS, SIEMPRE, EN TODAS PARTES

Luego de una larga investigación, y tras casi dos años de intensas búsquedas, un equipo de especialistas integrado por antropólogos forenses cubanos y argentinos, geofísicos de Cuba y otros técnicos de Italia, encontró los restos del Che y de varios de sus compañeros de guerrilla caídos en combate o asesinados en suelo boliviano. Ocurrió el pasado 5 de julio, y, si ya antes habían sido hallados e identificados los de otros de aquellos combatientes, el propósito es no detener el empeño hasta hacer que todos tengan su reposo final en condiciones y sitios propios del ejemplo que dieron en vida. Para las fuerzas enemigas de nuestros pueblos –representadas mucho más que en sus servidores vernáculos bolivianos en el imperialismo estadounidense, cuyos enviados asesoraron las acciones militares, asesinatos incluidos, que se llevaron a cabo contra los guerrilleros internacionalistas– ocultar los cadáveres del Che y sus compañeros de armas e ideas fue un intento de borrar su legado. Pero si alguien de aquellas fuerzas ha imaginado que propiciar la salida de suelo boliviano de los despojos físicos de los héroes, y su ubicación en alojamientos funerarios «formales», contribuirá a menguar el fuego de su leyenda viva, seguirá dando pruebas de equivocación. Estén donde estén los restos de aquellos héroes, no será en sus huesos sagrados donde se localice el valor de su ejemplo, sino en las personas honradas de cualquier parte del mundo en las cuales permanecerán activas las lecciones que ellos fraguaron en su tránsito por la Tierra. Pero siempre se agradecerá

saber que tampoco sus restos están ocultos ni perdidos, sino en sitios en los cuales de manera directa se les puedan dedicar tributos de recordación que contribuirán al cultivo de la dignidad. El Che es uno de los mayores ejemplos con que hoy cuenta la humanidad para su sobrevivencia y su perfeccionamiento frente a tanto obstáculo, a tanta ruina física y moral que se cierne sobre el planeta. Cuando el 12 de julio llegaron a La Habana sus restos y los de cuatro de sus compañeros cubanos –Alberto Fernández Montes de Oca, René Martínez Tamayo, Orlando Pantoja y Carlos Coello–, la emoción sentida confirmó ese poder vivificante; y lo confirmará la que se experimentará también cuando se acuda al mausoleo que los conservará en la Plaza de la Revolución que lleva el nombre del Che en la ciudad cubana de Santa Clara, donde él protagonizó una página especialmente victoriosa y fértil.

Al recibirse en tierra cubana los restos de los cinco luchadores internacionalistas, habló en nombre de sus familiares una de las hijas del Che, Aleida Guevara March, quien, dirigiéndose al compañero Fidel Castro, expresó:

Querido Comandante:

Hace más de treinta años nuestros padres se despidieron de nosotros; partieron para continuar los ideales de Bolívar, de Martí, un continente unido e independiente, pero tampoco ellos lograron ver el triunfo.

Estaban conscientes de que los grandes sueños solo se hacen realidad con inmensos sacrificios. No volvimos a verlos.

En esa época la mayoría de nosotros éramos muy pequeños; ahora somos hombres y mujeres, y vivimos, quizás por primera vez, momentos de mucho dolor, de intensa pena. Conocemos cómo ocurrieron los hechos y sufrimos por ello.

Hoy llegan a nosotros sus restos, pero no llegan vencidos; vienen convertidos en héroes, eternamente jóvenes, valientes, fuertes, audaces.

Nadie puede quitarnos eso; siempre estarán vivos junto a sus hijos, en el pueblo.

Ellos sabían que cuando lo decidieran podrían regresar a la Patria y que nuestro pueblo los recibiría con amor y curaría sus heridas, y sabían que usted seguiría siendo su amigo, su jefe.

Por eso es que le pedimos, Comandante, que nos haga el honor de recibir sus restos; más que nuestros padres, son hijos de este pueblo que tan dignamente usted representa.

Reciba a sus soldados, a sus compañeros que regresan a la Patria.

*Nosotros también le entregamos nuestras vidas.
Hasta la victoria siempre.*

¡Patria o Muerte!, ¡Venceremos!

Casa de las Américas, no. 208, julio-septiembre de 1997, pp. 157-158. Incluido en la sección «Al Pie de la Letra».

LOS RESTOS DEL CHE

Rodolfo Livingston

Frente al Parque Lezama, en San Telmo –el Cayo Hueso de Buenos Aires–, mi amiga Lorena García pudo transmitirme toda la emoción de aquel momento, en Cuba, durante uno de los encuentros del reciente Festival de la Juventud. Sobre el escenario, en el silencio del enorme estadio colmado de jóvenes de todos los países, un pequeño niño comenzó a cantar, solo, *a capella*, la canción sobre el Che de Carlos Puebla. De pronto una plataforma, oculta hasta ese momento, comenzó a elevarse sosteniendo un coro de niños pequeños que se sumaba al solitario cantor. Un inmenso rostro del Che formado con cartoncitos individuales, sostenidos por otros niños, se erigió como fondo de la escena. Y el canto y el llanto de la multitud inmensa, se elevaron dulcemente hacia el cielo.

Qué pienso sobre la repatriación de los restos de Che, me preguntan. El Che no tiene restos, él es un inmenso fuego que no se consume, porque enciende siempre otros fuegos.

Casa de las Américas, no. 209, octubre-diciembre de 1997, p. 84. Incluido en la sección «Che siempre».

Fondo Editorial
Casa de las Américas

RECUERDOS, TESTIMONIOS

PEQUEÑOS, FIJOS, PENETRANTES OJOS

Haydee Santamaría

Fijese, Rama, cuántos no criticaron a Che, cuántos no lo criticarán porque ellos no pueden ser Che, ve qué cosa tan pequeña, otros no lo criticarán, dirán: ¿ni él pudo? Con eso muchos creerán que se dice de él algo grande y con eso le estarán haciendo una crítica muy sutil a sus ideas, porque él sí pudo, tal vez para seguir pudiendo le faltaron hombres que no fueron junto a él porque sabían que no podían ser él, esos son algunos, otros porque de verdad prefieren esa vida pequeña en el trajín diario y no hacer algo que puede lucir pequeño pero es grandioso al lado de la pequeñez cotidiana, por eso creo que debemos estar alertas, si no somos capaces de hacer cosas, hechos, si tener honestidad para quienes todo lo dieron sin pedir nada, para quien teniendo todo, historia, un pueblo que lo hizo suyo, el poder para crear cosas grandes, pero más cómodamente, hijos, «críos» como decía él, una compañera que era amada por él y que lo adoraba, ¿qué más podía pedirle a la vida? Lo que no saben los pequeños que él no le pedía nada a la vida, lo que deseaba era darle, todo lo dio y todo nos dejó.

Tal vez le harán justificados monumentos en bronce, en mármol, en piedra, no sé en qué se lo harán, lo que sí sé «que algún viajero llegará al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntará dónde se come o se duerme, sino cómo se va a donde está la estatua» y allí rendirán generaciones y generaciones tributo «A todos: al héroe famoso y al último soldado, que es un héroe desconocido» pero nunca tan desconocido para no rendirle ese tributo.

No puedo negarle, Rama, que el dolor nos aplasta por momentos la indignación, y sabiendo que ese viajero llegará un día allí a su estatua, cuánto diéramos por ver sus ojos abiertos, ¿por qué si tantos que nada importaría que estuvieran abiertos o cerrados porque de ninguna forma ven, podrán estar muy abiertos pero sin luz, y la luz que puedan apagarla, aunque sea por un tiempo, sabemos muy bien que otros alumbrarán, cuánto podían haber alumbrado esos, pequeños, fijos, penetrantes ojos, pero de todas

maneras sabemos que alumbrarán y diremos, «Ahora es el viento, ahora es el Che peleando para siempre en el aire del mundo».

Este fragmento (con título escogido por la redacción de la revista) de una carta dirigida a Ángel Rama con fecha 23 de noviembre de 1967, fue incluido entre los testimonios de los «protagonistas» en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 11. Copia del original se conserva en el archivo de la Casa de las Américas.

RECORDANDO AL CHE

ARNALDO ORFILA REYNAL

No, no es fácil decir, escribir, lo que uno sabe que se tendría que decir. Pero ¿cómo no va a ser difícil alcanzar el sentido profundo de esa vida y esa muerte, al recordar nuestra falta de lucidez cuando lo vimos por vez primera y hablamos, discutimos con él como si hubiera sido uno de tantos; sin advertir la dimensión de ese ser que estaba ahí, sentado con humildad entre nosotros para compartir un examen intrascendente de la situación política continental? ¿Lo recuerdas, Raúl Roa? Fue una noche de octubre del 55, en aquella oficina insignificante del Paseo de la Reforma de la ciudad de México, cuando nos reunimos unos pocos para comentar acontecimientos menos dramáticos que los actuales. Entró, algo retrasado, y sin presentarse, sin decirnos tan solo que él no era uno de tantos, que él era el que estaba siendo y el que iba a ser, se acercó a nuestra rueda como con cierta timidez, un poco alejado, tal vez con la intención de no mezclarse en nuestro debate. Pero lo hizo, discrepamos, discutimos, él a veces con maliciosa gracia, con convicción siempre; y pasó la medianoche y nos separamos y lo dejamos ir sin saber que frente a nosotros había estado un ser distinto a todos.

Cinco años después, en mayo de 1960, fui a visitarlo a su despacho de Director del Banco Nacional de Cuba. Podrá resultar un recuerdo frívolo: ¿pero no es verdad que debe guardarse aquella imagen que advertí al abrirme él la puerta y descubrir que un Director de Banco me recibía en traje de fajina de guerrillero y con boina de comandante? No era ese un detalle insignificante, estoy seguro.

Le recordé nuestro encuentro y la discusión de cinco años antes, confesándole que me avergonzaba recordar que él, el joven lampiño que se iniciaba en la vida política, pudiera haber acertado en sus exámenes y sus diagnósticos, cuando yo, desde la altura de mis años, había visto todo tan

borroso que ni siquiera había advertido que él llegaría a ser el Che Guevara. Recordó tan precisamente aquel pequeño episodio –que debía haber desaparecido de su memoria cargada de la experiencia dramática de esos gloriosos cinco años– que me contestó riendo con esa alegría infantil que era tan frecuente en él: «No, usted se olvida... esa vez salimos 1 a 1, porque yo también me equivoqué: Ud. afirmaba que aquel futuro presidente argentino traicionaría a nuestro pueblo y yo todavía creía en él...».

Salí de ese encuentro con un extraño sentimiento de asombro, de emoción, de orgullo. Me llevaba conmigo su «Manual» histórico que aquí tengo: «a un difusor de la cultura, de un difusor de la guerrilla», me escribió para comprometerme. ¿Por qué salía orgulloso de ese contacto? ¿Cómo pude sentirme tan cerca de ese hombre –como nos ocurrió en aquella larga tarde inolvidable en que nos reunimos en casa de Roa, con su mujer y las nuestras– cuando en aquella noche primera no supe presentir siquiera al gran revolucionario que ahora estaba realizándose?

Su muerte, tan llena de grandeza y de significado, pareciera habérmelo acercado más, y aquí solo quiero hacer una confesión: fui toda mi vida un fervoroso creyente en el internacionalismo y jamás me sentí conmovido por sentimientos patrióticos. Ahora, en esta ya tan avanzada etapa de mi vida, la muerte del Che ha hecho renacer en mí un cierto orgullo nacionalista: la Argentina, derrotada desde tantas décadas; aquel país vacío de grandeza, de pronto le ofrece al mundo un ejemplar humano que no es fácil hallar entre los hombres de todas las tierras y de todos los tiempos. Aquella pobre patria nuestra se engrandece ahora, se purifica ahora de sus miserias, de su pequeña y oscura existencia contemporánea. La vida y la muerte del Che entrarán en nuestra historia, le darán una luz nueva y encenderán en ese pueblo alientos y esperanzas que han de salvar nuestro futuro.

Sé que no es esto lo que debía decir, pero solo he querido estar ahí, en la Casa, en reunión de amigos, para que hablemos sencillamente del Che.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 38-39. Fechado en México, en octubre de 1967.

EL CHE Y UN INSTANTE DE LA RENDICIÓN DE SANTA CLARA

Antonio Núñez Jiménez

En la mañana del día 1.º de enero de 1959, cuando todavía se desconocía la huida del tirano Batista, recibimos del Comandante de la Columna 8 «Ciro Redondo», la orden de presentarnos junto con el Capitán Rodríguez de la Vega en el cuartel Leoncio Vidal, principal baluarte de las fuerzas enemigas en el centro de Cuba, y exigir, en nombre del Ejército Rebelde, su rendición incondicional, lo cual hicimos penetrando en la fortaleza con una bandera blanca atada a la punta de un fusil. A continuación transcribimos parte de la página de nuestro Diario, correspondiente al día de la victoria.

Después de una discusión prolongada, en la que jugó tanto la evidencia de nuestra posición superior como la desmoralización del Ejército de la dictadura, los oficiales aceptaron rendirse cuando les anunciamos que estábamos dispuestos a permitirles –una vez entregadas las armas– que los soldados y oficiales con residencia en Santa Clara se fueran a sus casas, con un salvoconducto nuestro, a reserva de estudiar posteriormente sus expedientes para ver si algunos eran culpables de crímenes o torturas y que los demás fueran trasladados a Caibarién, desde donde embarcarían para sus respectivos lugares de residencia.

Cuando ya se iba a hacer efectivo el anuncio de la rendición, el comandante Fernández, a nombre de los oficiales allí congregados, solicitó que antes se le permitiera a él, como delegado de todos los oficiales, hablar personalmente con el Che. Tal vez todavía tenía la secreta esperanza de ganar algún tiempo. Nosotros, sabedores del desconocimiento de este oficial del carácter del Che, admitimos la postrera petición, reiterando que si a las doce y cuarto no se hacía efectiva la rendición, se reanudaría el fuego.

Los oficiales aprueban que sea el comandante Fernández el que nos acompañe.

Abandonamos el cuartel «Leoncio Vidal» entre gritos de la tropa oficial que casi unánimemente desea termine la batalla. El comandante Fernández camina entre los dos oficiales rebeldes que lo acompañamos. Los soldados enemigos abren la pesada puerta de hierro. Afuera nos espera el automóvil tripulado por el teniente Ríos. El pueblo que nos ve pasar da «vivas» a la Revolución y «muertes» y «abajos» a la tiranía. El alto oficial batistiano baja la cabeza como apenado ante la primera visión de un pueblo rebelde que da rienda suelta a sus genuinos sentimientos. El espectáculo es indescrip-

tible. Millares de hombres y mujeres del pueblo, muchos con banderas de Cuba y del 26 de Julio, gritan su entusiasmo enardecido. Y entre ese mar de pueblo atraviesa nuestro carro con su bandera de parlamento. La multitud coopera a abrir una brecha entre las propias masas y a veces tienen que retirar autos y camiones para poder llegar al edificio del Tercer Distrito del Ministerio de Obras Públicas, donde nos aguarda el Che.

Al llegar a la Comandancia Rebelde, penetramos con el oficial y en un pequeño cuarto lleno de fusiles y municiones capturados al enemigo nos encerramos el Che, Rodríguez de la Vega, el comandante Fernández y el que escribe.

El oficial del Ejército gubernamental intenta convencer al Che de que debe permitirse una prolongación de la tregua... que en La Habana se ha formado un gobierno provisional... que el General Cantillo..., etc., etc. El Che lo escucha sin inmutarse. Reclinado hacia atrás en una silla miraba fijamente al jefe enemigo. Se llevó un minúsculo cabo de tabaco a la boca, lo que tuvo que hacer casi con la punta de los dedos, al mismo tiempo que movió con dificultad su brazo enyesado. El humo del tabaco ascendió con lentitud cubriéndole parcialmente el rostro, sobre el que sobresalían los arcos superciliares.

«Mire, comandante, mis ayudantes ya hablaron por esta Comandancia. La cuestión es o rendición incondicional o fuego, pero fuego de verdad, sin ninguna tregua. Ya la ciudad está en nuestras manos...».

El oficial enemigo intenta balbucear algunas palabras acerca de prolongar la lucha. El Che abandona la calma y le dice:

«A las 12.30 doy la orden de reanudar el ataque con todas nuestras fuerzas y tomaremos el cuartel al precio que sea necesario. Ustedes serán responsables por la sangre derramada». Y seguidamente le espeta:

«Además, ustedes deben saber que hay posibilidades de que el Gobierno de los Estados Unidos intervenga militarmente en Cuba y si es así, el crimen de ustedes será mayor porque apoyarán a un invasor extranjero. Para esa oportunidad solo nos queda darles una pistola para que se suiciden, pues conociendo esto serían reos de alta traición a Cuba».

El comandante Fernández, al oír las palabras finales del Comandante Ernesto Guevara, pide reunirse nuevamente con el coronel Cándido Hernández y su Estado Mayor para conferenciar y dar contestación al planteamiento del Che antes de las 12.30 pm.

Volvemos a acompañar al comandante Fernández al cuartel «Leoncio Vidal».

Nueva reunión con los oficiales del Ejército enemigo. Fernández explica lo sucedido. Los oficiales se intranquilizan, conversan entre sí, se consultan.

Nosotros, callados. Solo hablamos cuando se hace un profundo silencio. «Señores, solo faltan diez minutos para el reinicio del fuego. Ya el comandante Guevara explicó que es la última oportunidad de salvar la vida antes de morir encerrados aquí combatiendo por una causa injusta y perdida».

El coronel Hernández opina que todo está perdido y que interpretando el sentimiento de sus oficiales se acoge a la rendición incondicional propuesta por el Che y que tiene confianza en el honor del mando revolucionario.

Al caer el municipio de Santa Clara en poder de la Revolución no solo se liberaba un territorio de 1128 km cuadrados con 142 176 habitantes, sino que con este histórico hecho, unido a los decisivos éxitos del Ejército Rebelde en Oriente, se liberaba la región central de Cuba, pues al rendirse el Tercer Distrito Militar que abarca toda la provincia de Las Villas, tácitamente se rindió todo lo que quedaba sin liberar en dicha provincia y más aún facilitó la rendición de toda la zona al occidente de la heroica ciudad.

El camino hacia la capital de la República quedaba despejado y Fidel ordenaba a la Columna 2, al mando del comandante Camilo Cienfuegos, marchar sobre el campamento militar de Columbia; y a la Columna 8, bajo el mando del comandante Ernesto Che Guevara, tomar la fortaleza de La Cabaña, en La Habana.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 39-41.

¿QUÉ PUEDO DECIR?

Enrique Oltuski

¿Qué puedo decir del Che que no hayan dicho? ¿Que he imaginado su muerte? Que he imaginado el cañadón de que hablaban los cables. ¿Con qué vegetación? Tupida, pero sin definir el contorno de las hojas ni la forma de los árboles. A ambos lados las lomas peladas, no muy altas, de laderas perpendiculares. ¿Haría frío, calor? Probablemente un frescor agradable bajo los árboles no muy corpulentos; un arroyo corriendo bajo las ramas; el suelo sin hierbas, cubierto de hojas que se pudren en la sombra. Hay un descampado donde la hierba es muy alta, hasta el pecho de un hombre. Es después del mediodía y la luz es intensa. Un grupo de hombres avanza por la estrecha pradera, hacia los árboles protectores. Y es de allí precisamente de donde parten las primeras ráfagas. Las balas atraviesan la carne y el dolor asoma al rostro bajo la barba rala. Distingo perfectamente la

cara, como si estuviese frente a mí. El ceño se frunce en profundos surcos, destacando aún más las protuberancias sobre las cejas. La nariz fina y las aletas distendidas. Los labios se estiran sobre los dientes, pálidos como en el rictus. El pelo oscuro, de reflejos castaños, asoma bajo la gorra. El cuerpo cae lentamente al suelo ante la consternación de los otros. En un primer momento no habrán sabido qué hacer, ante la magnitud del hecho. Después habrán tratado de avanzar hasta su cuerpo, brillando en sus ojos la esperanza de encontrarlo con vida. Imagino la expresión de cada uno de aquellos rostros. Llueven las balas y los cuerpos enardecidos chocan con una muralla de plomo. Van cayendo uno aquí, el otro allá y las caras indianas avanzan y se apoderan de él. ¡Pobres caras indianas que han muerto a su redentor! Ahora llegan los oficiales de tez blanca, de elegantes uniformes ceñidos. Hurgan en las ropas, manosean aquel cuerpo. ¡Aún late la vida! Descubren quién es. ¿Qué hacer? Piden instrucciones. Abre los ojos. Le hacen preguntas. Entre las caras indianas y españolas hay un hombre que viene del Norte. Él no contesta, en sus ojos la mirada irónica que bien recuerdo. Llega la orden de ultimarle. Han pasado horas. ¿En qué habrá pensado durante tanto tiempo? Mira el cañón que le apunta. La explosión, la nada. Un helicóptero transporta el cuerpo, el hombre del Norte dirigiendo. En el poblado esperan los curiosos, el general y los periodistas. Lo colocan sobre una tarima, el cuerpo desnudo excepto un breve pantalón hasta las rodillas. La cabeza algo levantada, los ojos abiertos, señal de que miró de frente a la muerte. Lo rodean todos y el dedo del general toca la carne aún caliente, mostrando algo. ¡Y luce tan desvalido! El soldado indio lo mira atontado. El general trata de lucir cínico. Las otras caras comprenden que el momento es excepcional. Los otros cuerpos yacen sobre el suelo, olvidados. ¡He visto antes esta escena!

¿Qué puedo decir del Che que no hayan dicho?

Que recuerdo aquella noche en que lo conocí a la luz de las hogueras.

Que en un tiempo fuimos enemigos y sin embargo yo lo admiraba.

Que después pedí trabajar precisamente con él.

Y un día puse mi mano sobre su hombro en señal de afecto y me dijo:

—¿Y esa confianza?

Y cayó mi mano.

Que pasaron los días y un día me dijo:

—¿Sabes? No eres tan hijo de puta como me habían dicho. Y reímos y ya fuimos amigos.

¿Qué puedo decir del Che que no hayan dicho?

Que una vez le pregunté:

—¿Nunca has sentido miedo?

Y me contestó:

–Un miedo atroz.

Que en pleno sectarismo y en su presencia un extremista atacó al 26 de Julio y después de pensarlo dos veces me atreví:

–Es cierto que no sabíamos nada de marxismo y que no pertenecíamos al Partido, pero quizás si gracias a eso fue que derrocamos a Batista.

Y me dio la razón.

Que cuando yo era un sectario a la inversa y atacaba injustamente a algún viejo comunista, el Che me situaba en mi lugar.

Que una vez alguien criticaba la falta de comida y él dijo que no era cierto, que en su casa se comía razonablemente.

–Quizás recibes una cuota adicional –le dije, medio en serio, medio en broma.

Al otro día nos llamó para decirnos:

–Era cierto, hasta ayer recibíamos una cuota adicional.

¿Qué puedo decir del Che que no hayan dicho? Que recuerdo las madrugadas en los portales del Ministerio de Industrias cuando bromeábamos esperando la hora de partir para el trabajo voluntario.

Que venía por las noches a Juceplán [Junta Central de Planificación] y después de las agotadoras reuniones jugaba una partida de ajedrez con los escoltas, mientras nosotros lo rodeábamos y él cantaba bajito y muy desentonado viejos tangos de su niñez.

Que al principio era muy estricto en eso de las mujeres pero que después terminó diciendo que no le cuidaba la portañuela a nadie. Que recuerdo la noche en que murió mi madre, cuando todavía no éramos muy amigos y los que sí lo habían sido me evitaban. Recuerdo, repito, que llegó en la madrugada a la funeraria y me puso la mano en el hombro, como yo a él aquella vez. Y estuvo hablando conmigo muchas horas hasta que ya fue de día.

Que después, cuando ya no trabajaba con él, seguía sintiendo el deseo de verlo y cada cierto tiempo iba a su oficina y hablábamos interminablemente. Manresa pedía café. Él se tiraba en el suelo, sobre la alfombra, fumando tabacos. Cuando el aire acondicionado estaba roto abría las ventanas y se quitaba la camisa. Arreglábamos el mundo.

–Bueno, vete, polaquito –me decía.

Pero éramos viejos noctámbulos y yo no me iba hasta que amanecía y bajábamos juntos en el elevador, él quejándose de que yo le hacía perder el tiempo.

¿Qué puedo decir del Che que no hayan dicho?

Que todavía no he podido reunir valor para ir a ver a Aleida y mirar a los muchachos.

Que cuando vi las fotos de Bolivia, él tirado sobre la tarima, con el torso desnudo, recordé las noches en que yacía igualmente sobre la alfombra de su oficina, en el Ministerio de Industrias, con una mirada que traspasaba las cosas, con un brillo en los ojos como reflejo de estrellas, de estrellas del Sur.

¿Qué puedo decir?

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 41-43.

UNA MADRUGADA DE FEBRERO

Carlos María Gutiérrez

Una madrugada de febrero, tiritando entre la niebla de la Sierra Maestra que envolvía los árboles quemados por el *napalm*, vi por primera vez a los guerrilleros del 26 de Julio. Era la columna del Che Guevara, retirándose del combate de Pino del Agua, una tropa entera y vital, con el fuego de la lucha todavía en los ojos y envuelta en una atmósfera de sacrificio y fervor revolucionario que hacía enmudecer con el respeto de quien está presenciando el paso de la historia. Después, en el campamento de La Mesa, hablé muchos días con el Che y comprobé de dónde copiaban sus soldados adolescentes aquella pureza y aquella verdad que les nimbaba la frente.

Han pasado muchos años desde los tiros que resonaban en la niebla de Pino del Agua y desde aquel sol de la Sierra Maestra. Esta semana he visto las fotografías terribles, que encienden los corazones revolucionarios con una promesa inextinguible de odio y victoria: el cadáver vejado, la frente todavía infantil, los ojos abiertos que continuarán mirándonos. Y de ese cuerpo yacente, martirizado y expuesto a la befa de sus asesinos, se desprendía aún la serenidad imponente de la verdad. Era la verdad de la existencia entera de Guevara, pero era también una verdad mayor, a la que el Che afilió su vida y su muerte: la verdad de una lucha que va dejando estos cadáveres por el camino solo para hacerlos vivir de otro modo. Esta muerte y su dolor que conmueve a todos los pueblos y a todos los hombres bien nacidos, anuncian que se acaba un mundo y nace otro.

En 1958, había un son en los labios de los guerrilleros de la Sierra Maestra: *quitate de la acera / mira que te tumbo / que aquí viene el Che*

Guevara / acabando con el mundo. Muerto o vivo, el Che Guevara viene acabando con el mundo.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 43-44. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, p. 94.

DESCARGA

Francisco Urondo

Estoy por entrar al cine Luxor, sobre la calle Lavalle: voy a ver una francesa que en su idioma original se llama Rey de corazón o de corazones y aquí la han rebautizado –imperativos comerciales– con un nombre absurdo que no me acuerdo bien cuál es. Me han hablado bien de este *film* y cuando salga opinaré, en efecto, que era muy lindo, que anda en esa línea de películas francesas como *Los visitantes de la noche* y alguna otra de esas; que el director, de Broca, es muy bueno y una serie de cosas por el estilo. Antes de someterme al tratamiento de boleteros y acomodadores, y disponerme a mirar el noticiero –donde ya sabemos las barbaridades que se pueden llegar a decir–, alcanzo a releer los titulares de la quinta, justo en la esquina del cine. Pero sigo de largo, porque esa noticia de que lo habían agarrado era un cuento de la semana pasada. Este chanta –chantapufi– de Barrientos, reflexiono, *play-boy* subdesarrollado, fanfarrón, como dijo el último *Nouvelle Observateur*, ese que sacó en tapa una foto suya, adelantándose en una semana a lo que harían prácticamente todas las publicaciones del mundo: ese que tenía el artículo donde se decían cosas tan justas como que él no es un quijote, como muchos piensan un poco sobradamente, sino que del quijote tiene el estilo y otra cosa son los objetivos de uno y de otro.

Entro finalmente al cine y tenían razón, la película es linda, no más: un grupo de locos se hacen cargo de la ciudad: son locos candorosos, como cronopios y ahora ocupan el lugar de la gente seria y así no tienen problemas, ni disputas, ni muertes se entienden, el amor los rige, alentado por la proposición del film, me vuelvo a casa caminando y me pongo a cocinar un guiso de lentejas que todos dicen que me sale muy rico: vienen amigos a comer, a despedir a otro amigo que se va a Francia a trabajar, porque aquí, de su país, prácticamente lo han echado a patadas, cuando vinieron estos últimos diciendo que iban a arreglar todo; nuestro amigo hablará otra lengua, enseñará allí lo que pudo enseñar aquí, nos extrañará y nosotros también, compañeros de mi vida. Melancólicamente, cariño–

samente condimento ese plato fuerte: pero tengo problemas para meterme en el asunto: me interrumpen, me llaman por teléfono porque la noticia va tomando cuerpo, que no alcanzó en ningún momento de la semana anterior. Puede ser una patraña mejor armada: una patraña para desalentar –personalmente prefiero la gente que se mueve sobre la esperanza y me repugnan quienes especulan con el desaliento. Dentro de pocos minutos empezará a llover.

Durante una semana lloverá ininterrumpidamente y los menos crédulos, o los no supersticiosos, pensarán que es una casualidad, una mera: que es un poco excepcional lo que está ocurriendo, pero fortuito. Los amigos van llegando cada vez más mojados, esta vez se largó en forma este tiempo de porquería. Pero las conjeturas, esta vez no son a la porteña, es decir no se habla de la humedad y las calamidades que desencadena: ni del hígado, esta vez se conjetura de otra manera; no hay serenidad, hay silencio, nadie levanta la voz aunque duden, porque realmente es raro que pudieran acorralarlo, por más mal que anduviera la cosa –andar mal, andaba, porque en los últimos tiempos habían dejado de atacar y cuando no se ataca; y si todo fuera un desastre tenía que haber manera de sacarlo de allí, era demasiado valioso para que una patrulla, o algo por el estilo. Claro que pudieron ser sorprendidos, las delaciones y esas cosas: pero todo tiene la facha de estar preparadito por la siniestra y torpe y poderosa y enferma mano de la CIA. Es imposible que tengan tanta suerte, o que las cosas estuvieran tan frágiles. Tan es así que al día siguiente nadie cree nada, aunque siga lloviendo: y las ilusiones son rescatadas y compro el diario y mojándome veo esas fotos. Dios santo. Nadie se llama para ver qué le parece, si no será mula: al rato, uno que otro dice que las de *La Prensa* son más que las de *La Razón*: la misma con esos ojos abiertos, rompiendo el porvenir y esa especie de sonrisa con la hora fuerte, pero muerta.

Bronca, mucha bronca: mucha rabia. Y una de esas tristezas que te lo *voglio dire*, con ganas de llorar o de gritar como un burro perdido en el medio de las sierras. Es mi hermano mayor, el único que me quedaba y ni siquiera puedo rebuznar en el medio de la calle empapada, con el lomo hecho sopa: es el único que me quedaba, después vienen los más chicos: sí, era el que le seguía. Lo seguíamos, mejor dicho: y no porque sí. No, no tiene nada que ver con un aventurero: usted no puede entender bien esto, usted vive en un país rico y yo me doy cuenta porque también este es un país bastante rico al lado de lo que son estas patrias latinoamericanas. Por eso me doy cuenta, porque estoy un poco en el medio –ni chicha, ni limonada– que usted no puede entender: yo un poco más porque tengo amigos que se tienen que mandar a mudar, sin ir más lejos y porque allí

la gente se muere de vieja y aquí nomás, en este país que no es de los peores, en Salta y seguramente en otras provincias, cada vez que pasa un minuto —creo que menos de un minuto— se muere un chico de enfermedades curables o sencillamente de hambre, y esto lo dice la Unicef o una de esas. De todas formas, aunque le resulte difícil hacerse la idea, tendría que preocuparle la cosa de ese asunto de la dignidad humana: por esa idea de hacer un hombre nuevo, como él se ha cansado de repetir.

No, no hay otros caminos: si quiere habrá muchas formas de andarlos, pero por las buenas no vamos a salir de perdedores. Subo a un taxi donde hablan de él, recién empiezan a conocerlo, a saber que se arriesgó y eso impresiona, a lo mejor empieza a dar conciencia: el chofer admite que podía haberse quedado allá tranquilamente y que sin embargo vino aquí y se la jugó. Recién te avivas, Che, pero no le digo nada: Cómo podía saber este muchacho de barrio meloneado por Meinas y Celtic y Bonavena y la vuelta del hombre, que él andaba por allí, como un liniera, fusil al hombro, peleando por unas ideas raras, imposibles dirán los profesionales, mientras su mundo se les deshace a sus pies. Es un compatriota, viejo: como Fangio, como Gardel, hasta como San Martín. Mejor que todos ellos juntos, querido. Que toda la historia y nuestras emancipaciones parciales, nuestras glorias aparentes y tangos llorones que vienen lamentando esta muerte como si aquellos compadres que inventaron la milonga hubieran sido víctimas de una sorda y melancólica premonición: aquellos cafiolos que ya tampoco están, porque todo está muerto y sigue lloviendo sobre la ciudad que se inunda, como Macondo, ese pueblo inventado por el Gabriel García Márquez, ese pueblo sobre el que llueve durante cuatro años seguidos —una garúa pasajera dijo, si esta garúa me moja, dijo, tiro el paraguas a la mierda— después de que los extranjeros manosearan y saquearan y envilecieran y asesinaran. O para mucho antes, cuando el famoso diluvio que no debió ser para tanto al lado de lo que nos está pasando, porque aquí la cosa no se arregla con salvar un casalito de cada especie: o entramos todos al arca o nos morimos ahogados. Pero todavía no nos ahogamos, empezamos a sufrir y reaparece una esperanza, asoma la cabeza con esa pertinacia que tiene la pobre aunque nadie la llame y sea inútil: pero tanto insiste que uno termina hablando de trucamiento de fotos, de que no lo vio la gente que lo había visto en vida, de que dónde diablos metieron, por qué razón esconden las huellas digitales y de todo lo que puede llegar a hablar un habitante de esta ciudad, cuando anda medio desesperado y se acoda en la mesa de un café incluso suburbano, de esos que ya comienzan a inundarse por las lluvias: Avellaneda, Lanús, pronunciando su nombre por primera vez y en plena evacuación de inundados, en pleno naufragio de sus casitas

propias, de sus propiedades privadas. Y viaja un hermano hasta el vecino país, país hermano donde nadie sabe dónde estaban metidos los mineros, ni los estudiantes, ni qué pasó con los dirigentes —más vale que las cosas no hayan sido como después se diría, más vale que las delaciones o las infidencias, o los descuidos o como quieran llamarle, no hayan ocurrido—: y el hermano llega no para averiguar todas estas cosas sino para saber simplemente si ese es realmente su hermano, para mirarlo por última vez y tirar sobre su cuerpo el primer puñado de tierra sometida.

Pero llega tarde, lo tienen de aquí para allá y finalmente le salen con eso de que no solo está enterrado sino incinerado y de aquí empezarán a creer las fantasías, ya que era imposible incinerarlo porque no había crematorios: de que lo habían intentado, pero infructuosamente, de que lo habían llevado aquí o allá, incluso a Estados Unidos: en fin, pasaba lo que pasó con el cuerpo de Evita que todavía andan diciendo cosas y descubriendo lugares. Pero con tantas contradicciones, todos sospechan que realmente su cuerpo sea ese que en pena andará por esos cerros, o por las entrañas del monstruo, y nadie cree y su hermana sonríe y hasta nos entusiasmos porque la esperanza, esa maldita, nos ha seducido otra vez y ya nadie cree, ni el taxista, ni los inundados, ni nosotros y Ovando que como si nada tuviera que ver con el asesinato, le comenta al propio hermano, por qué no se fue, como diciendo por qué nos obligó a esto que ahora nos acongoja, por qué no se fue, su hermano se pudo haber ido, como diciendo y nosotros ahora nos sentiríamos mucho mejor pero todavía nadie le cree, piensa que está embalsamando, que no responden sus palabras incluso a la sinceridad, al posible cansancio del asesino profesional, a su tedio sustentado en la pereza que le da reiterar monótonamente su tarea: aunque en particular esta gente sea la primera vez que lo hace, no importa, porque son herederos asesinos y hasta es posible que sinceramente lamentara tener que haberlo liquidado de mala manera y yo pienso que si él ha muerto así, nosotros, hombres de su generación, también terminaremos de mala manera, derrotados o con un balazo trapero y los ojos abiertos para llegar a mirar, como los gatos, en plena noche, en plena violencia, los primeros pasos del único mundo que admitimos. Y justamente esa noche todo hace pensar que no hay duda, que ya empezó la cosa, que nadie intente volverse atrás, porque es demasiado tarde, casi de madrugada y abrimos el diario fresquito, todavía con olor a tinta —ese olorcito que tanto seduce a la gente de mi profesión— y, para mayores detalles, en la segunda de *Clarín*, Debray declarando, extendiendo el primer certificado de defunción, porque por más mal que la haya pasado, no puede decir que está muerto si no tiene la certeza y me imagino a los enviados especiales, tan mundanos, tan acostumbrados a andar por allí, y

ahora llenos de polvo y calor y coyas que lo mira sin sonreír, sin saber qué tienen que hacer, si delatar o salvar, balbuceando, una vida triste, demasiado tiempo arrinconada. Esa noche no hay caso, no te podés dormir: alguien te agarra de la garganta, y no te deja respirar y querés gritar, como un burro, como un cóndor, como un pobre gato herido y no hay caso; tampoco se puede llorar, a lo mejor dar una trompada contra una pared o contra una puerta y romperte una mano o romper unos visillos de madera y los vecinos no tienen idea de por qué uno se ha puesto así y pasa una pareja por la calle y te miran y sigue lloviendo.

Al día siguiente mi mujer le pasa a mi hija un cuento de Cortázar; dentro de un rato vamos al puerto a despedir a ese amigo; el protagonista del cuento también se llama Ramón, como le decían ahora en Bolivia; había sacado el nombre del cuento donde él es el protagonista, como ahora también lo es de todas las conversaciones —no se puede hablar de otra cosa, parece mentira— de todos los sueños, de todos los sentidos, de todo lo que se ve y se toca y cuando leo el epígrafe donde dice eso de morir dignamente junto a un árbol estoy a punto de no aguantar y tampoco al día siguiente cuando escucho un disco en el que el otro dice que esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar. Y, no se sabe cómo, vuelve el hermano y el padre también dice y la esperanza es reflatada, porque a ese Ramón no le faltaban los molares que él ya no tenía; y tampoco los médicos hablaron de la herida de Playa Girón y las infelices ilusiones se reacomodan sobre un lecho de hojas quebradizas, porque justamente la muerte les sirve de sustento. Y ahora sí que sigue lloviendo y es domingo y teóricamente han pasado ocho días; después conoceremos el nombre de ese capitancito Gary Prado y las órdenes que él mismo impartía para que lo curaran, y ese cachetazo a ese coronel Selniche y después esa bala en el corazón y los testimonios de que no está herido de muerte que dieron los soldaditos Beno Giménez, Miguel Taboada, Julio y otro, que también vieron cómo el capitán disparaba su pistola y el forense Martínez Caso asegurando que tenía siete heridas de bala, cinco de ellas en las piernas, una en la garganta —cayó y el Willy lo cargó en hombros pero lo arrastraron y él quiso defenderse, pero se le trabó el arma— y la restante en el pectoral, debajo de la tetilla izquierda; este proyectil le atravesó el corazón y el pulmón. Usted cree que con esa herida pudo sobrevivir siquiera diez minutos, como dijeron. No, imposible, es una herida mortal; en fin, estaba muerto y asesinado; sigue lloviendo y es domingo y teóricamente, han pasado ocho días; hay ciento cincuenta mil refugiados, cien muertos habitantes de Buenos Aires, la Reina del Plata, la capital más grande del subdesarrollo y manejo un

Fiat 600 prestado y voy a casa de un amigo que tiene una radio transoceánica y, en una de esas, se puede escuchar el discurso de Fidel, a pesar de la tormenta. Manejo despacio, con prudencia, esta mañana amaneció muerta una tortuga que hacía un mes le había regalado a mi mujer y que es un bicho que se supone debe vivir más de trescientos años y que en realidad es un sobreviviente antediluviano; no se ve bien con esa cortina de agua, de tiempo, de porvenir muerto, cayendo sobre la ciudad y enciendo la radio del coche para ver si pasan algún informativo mientras vamos llegando, y dicen que ha admitido que esa muerte es tristemente verídica.

Ha corrido la suerte del agredido, aunque el agredido no corrió su suerte. Sigue vivito y coleando y ya escucho en esa radio tan potente detalles fatídicos entre descargas eléctricas, flotando en un éter contaminado y no queda más remedio que admitir y al día siguiente su hermana me dice que sí, que era su cuerpo, que ahora se daban cuenta de que no quería reconocerlo, que negaba la gran desgracia de América; su cuerpo de santo, porque yo no sé si lo conocíamos bien, me dice, pero le ha salido ese aspecto de santo que a lo mejor era necesario también para sacudir ese mundo postrado, aunque parezca un precio demasiado alto para terminar con el oficialismo de izquierda y los grupitos disidentes y paralizados y los focos aislados y empezar de una buena vez, antes que algunos pretendan desensillar y todo termine en lamentaciones, y nadie haya perfeccionado los errores, porque aquí no se trata de andar dejándose madrugar; veo el porvenir en el pleito de sus chicos y el de los míos y de tantos en esta tierra basureada. Ya no se le puede pedir órdenes a mi comandante; ya no anda para seguir contestando; ya ha dado su respuesta. Habrá que recordarla, o adivinarla o inventar los pasos de nuestro destino.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 23-27. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 102-105.

CHE Raúl Roa

La última vez que hablé con Che fue unos días antes de emproar quijotesca-mente hacia otras tierras del mundo que requerían su brazo, su pensamiento y su corazón. Departimos sobre variados temas y, especialmente, en torno a su reciente viaje por África y Asia y a su comparecencia en la Asamblea

General de las Naciones Unidas. Cada palabra suya efundía luz ardiente y un extraño júbilo asomaba a sus ojos inquietos y penetrantes. Mientras sorbía con moroso deleite el humo aromático de su tabaco, manoseaba la boina negra en que resplandecía la estrella obtenida a punta de arrestos, abnegaciones y hazañas. De súbito, se puso en pie y, con un efusivo apretón de manos, me dijo, a guisa de despedida: «Mañana salgo para Oriente a cortar caña un mes». «Eh ¿no vienes con nosotros?». «No; esta vez no». Y, con su aire sencillo, su andar característico y su respiración cortada, se marchó saludando a cuantos le salieron al paso en el jardín del Ministerio.

Fue esa la última vez que hablé con Che. Pero no podía sospechar que sería, asimismo, la última vez que lo viera. Supe, después, dónde estaba, y, aunque morir peleando es gaje del oficio de guerrillero, tampoco dudé de verlo retornar vivo y triunfante, como entró en La Habana al frente de su columna invasora, tras desafiar rigores, asechanzas y peligros. No solo lo creía invencible, sino, además, invulnerable, como me ocurre con Fidel. Hombre excepcionalmente dotado para las más nobles y arduas empresas, siempre pensé que sería también excepcional el destino de un revolucionario que aún tenía mucho que hacer en el mundo. Su siembra en los surcos heridos de nuestra América —entre el follaje caliente de la selva y el frío fulgor de la montaña— me sorprendió en las Naciones Unidas y me dejó anonadado. Horas tan amargas como esas he padecido pocas veces en mi vida revolucionaria. Puedo enumerarlas: las subsiguientes a la muerte de Julio Antonio Mella, de Rubén Martínez Villena, de Antonio Guiteras, de Pablo de la Torriente Brau y de Camilo Cienfuegos, combatientes de vanguardia desaparecidos a mitad de jornada. En cuanto a la prematura caída de Che, me resistí a admitirla en tanto Fidel no la confirmó en el más acongojado y enhiesto discurso que yo haya oído. Y no solo percibí entonces la magnitud de su significación para el pueblo cubano y los pueblos a que se había generosamente ofrendado, sino también me percaté de la hondura insondable del desgarramiento que entrañaba para sus familiares, amigos y compañeros.

Conocí a Che durante mi destierro en México, una noche en que fue a visitar a su compatriota Ricardo Rojo. Acababa de llegar de Guatemala, donde había ejercitado adversamente sus primeras armas revolucionarias y antimperialistas. Aún le obsedía el recuerdo pugnaz de la batalla trunca.

Parecía y era muy joven. Su imagen se me clavó en la retina: inteligencia lúcida, palidez ascética, respiración asmática, frente protuberante, cabellera tupida, talante seco, mentón enérgico, ademán sereno, mirada inquisitiva, pensamiento afilado, palabra reposada, sensorio vibrante, risa clara y como una irradiación de sueños magnos nimbándole la figura.

Empezaba a trabajar a la sazón en el Departamento de Alergia del Instituto de Cardiología. La plática se trenzó alrededor de Argentina, Guatemala y Cuba y de sus problemas como problema de América Latina. Ya Che había traspuesto el angosto horizonte de los «nacionalismos» criollos para transformarse en revolucionario continental. Nuestra América es la sobrepatria común y la lucha por su emancipación del dominio imperialista es una e indivisible. La vieja y nueva ruta de Bolívar, de San Martín, de Martí.

Su conocimiento de la dramática situación imperante en Cuba y de la estrategia revolucionaria planteada por Fidel Castro con su asalto al Cuartel Moncada, lo debía, en buena medida, a sus largas conversaciones en Guatemala con Níco López, sobreviviente de la audaz acción. El heroico episodio y la indoblegable determinación de Fidel de proseguir la contienda hasta coronarla le habían cimentado las convicciones y abierto nuevas perspectivas. Su posterior encuentro con aquel decide su total y definitiva incorporación a la Revolución Cubana y en los anales de la historia revolucionaria se inscribe un nombre tan breve como potencialmente henchido de resonancias descomunales: Che. Y en la Sierra Maestra, primer avatar de su biografía de revolucionario sin fronteras, encontraría Che su verdadero camino, el que ya había vislumbrado confusamente en sus andanzas por América Latina. Cronista de la epopeya que le cuenta entre sus protagonistas egregios, Che nos da su medida humana y su talla guerrillera al referir las proezas de otros y vertebrar el desarrollo de la campaña a su cargo, que rivaliza, en coraje y arrojo, con las de Antonio Maceo y Máximo Gómez. Las páginas que dedicó a la invasión simultánea de su columna y la de Camilo Cienfuegos, figuran ya, por su lenguaje directo, sobrio y expresivo, traspasado por un sutil *élan* poético, como modelo en el género. Su estilo inconfundible transparenta al hombre.

En el campo de la acción y de la teoría revolucionarias, el aporte de Che es sobremano valioso por su calado y alcance: ahí están, urgidos de colectarse, sus numerosos ensayos, artículos y discursos. Fue, a la par, consumado actor y teórico de la guerra de guerrillas; y, de fijo, un pensador profundo y vital que, a la luz de las peculiaridades del proceso revolucionario cubano, le insufló lozanía tonificante a la teoría marxista-leninista, aplicando sus concepciones creadoras a las múltiples y complejas tareas que se le confiaron. Entre sus méritos extraordinarios, sobresale el de haber sido uno de los arquitectos de la nueva sociedad socialista y comunista que edifica el pueblo cubano, sin darle cuartel al enemigo.

Che puede mostrarse a los intelectuales del Tercer Mundo como el arquetipo del intelectual revolucionario. Y, a todos los comunistas del mundo, como un comunista de cuerpo entero y, a la vez, como la más

alta expresión en nuestro tiempo del internacionalista proletario. Nada humano ni revolucionario, le fue ajeno. De ahí que sintiera, como propia, la causa revolucionaria de todos los pueblos y estuviese dispuesto a pelear y morir bajo sus banderas. Su carta de despedida a Fidel y su mensaje a la Tricontinental constituyen su más puro e incitante legado a los revolucionarios de todos los parajes, comprometidos a hacer su revolución como parte indisoluble de la revolución mundial. Y Che hizo, con sobrecogedora naturalidad, lo que predicaba, sirviéndole de epitafio sus propias palabras premonitorias, que son un acto de fe revolucionaria y una exhortación a la prosecución del combate:

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica.

En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Y, como dijera Fidel, hablando por todos, «millones de manos inspiradas en el ejemplo del Che se extenderán para empuñar las armas».

No me ha sido dable ahora escribir sobre Che lo que quisiera; lo haré pronto y largo, deteniéndome por sus hechos y sus dichos, que integran la síntesis palpitante de una de las vidas más limpias y perseguidas que se recuerden y, por ende, digna de imitación cotidiana. Este es solo un férvido tributo de admiración, cariño y respeto al revolucionario y al hombre, cuya presencia es llama perenne en la conciencia de los humildes y explotados de América Latina, África y Asia. La estremecedora repercusión de su holocausto anticipa su posteridad militante. Como todos los adalides revolucionarios caídos en el cumplimiento de su deber, una vida nueva —resurrecta en símbolo actuante y dirigente— se inicia para Che, personaje legendario de la revolución ya en marcha en los tres continentes que el imperialismo saquea, sojuzga y afrenta.

Si, como sentencia el poeta, «deja quien lleva y vive el que ha vivido», al ser físicamente aniquilado Che deja el reservorio inagotable de sus ideas, sentimientos y virtudes. Deja, en suma, su ejemplo. Y, porque solo «vive el que ha vivido» la presencia viva de Che será eterna en la historia y en

la vida, como primavera en constante renuevo. Codo con codo seguirá a nuestro lado, fulgiendo con destellos impares su estrella de comandante del pueblo, de apóstol de la revolución comunista, de forjador de victorias que ya se presienten, como lava que hierve en el subsuelo.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 99-101.

GUEVARA

Rodolfo Walsh

¿Por quién doblan las campanas? Doblan por nosotros. Me resulta imposible pensar en Guevara, desde esta lúgubre primavera de Buenos Aires, sin pensar en Hemingway, en Camilo, en Masetti, en Fabricio Ojeda, en toda esa maravillosa gente que era La Habana o pasaba por La Habana en el 59 y el 60. La nostalgia se codifica en un rosario de muertos y da un poco de vergüenza estar aquí sentado frente a una máquina de escribir, aun sabiendo que eso también es una especie de fatalidad, aun si uno pudiera consolarse con la idea de que es una fatalidad que sirve para algo.

Lo veo a Camilo, una mañana de domingo, volando bajo en un helicóptero sobre la playa de Coney Island, asomándose muerto de risa y la muchedumbre que gozaba con él desde abajo. Lo oigo al viejo Hemingway, en el aeropuerto de Rancho Boyeros, decir esas palabras penúltimas: «Vamos a ganar, nosotros los cubanos vamos a ganar». Y ante mi sorpresa: *I'm not a yankee, you know*.

Interminablemente veo a Masetti en las madrugadas de Prensa Latina, cuando ya se tomaba mate y se escuchaban unos tangos, pero el asunto que volvía era el de esa revolución tan necesaria, aunque hoy se presente tan dura, tan vestida con la sangre de la gente que uno admirado simplemente quiso.

Nunca sabíamos en Prensa Latina cuándo iba a venir el Che, simplemente caía sin anunciarse, y la única señal de su presencia en el edificio eran dos guajiritos con el glorioso uniforme de la sierra, uno se estacionaba junto al ascensor, otro ante la oficina de Masetti, metralleta al brazo. No sé exactamente por qué daban la impresión de que se harían matar por Guevara, y que cuando eso ocurriera no sería fácil.

Muchos tuvieron más suerte que yo, conversaron largamente con Guevara. Aunque no era imposible ni siquiera difícil yo me limité a escucharlo, dos o tres veces, cuando hablaba con Masetti. Había preguntas por hacer pero no daban ganas de interrumpir o quizá las preguntas quedaban contestadas antes de que uno las hiciera. Sentía lo que él cuenta que sintió al ver por única vez a Frank País: solo podría precisar en este momento que sus ojos mostraban enseguida el hombre poseído por una causa y que ese hombre era un ser superior. Yo leía sus artículos en *Verde Olivo*, lo escuchaba por TV: Parecía suficiente, porque Che Guevara era hombre sin desdoblamiento. Sus escritos hablaban con su voz, y su voz era la misma en el papel o entre dos mates en aquella oficina del Retiro Médico. Creo que los habaneros tardaron un poco en acostumbrarse a él, su humor frío y seco, tan porteño, debía caerles como un chubasco. Cuando lo entendieron, era uno de los hombres más queridos de Cuba.

De aquel humor se hacía la primera víctima. Que yo recuerde, ningún jefe de ejército, ningún general, ningún héroe se ha descrito a sí mismo huyendo en dos oportunidades. Del combate de Bueycito, donde se le trabó la ametralladora frente a un soldado enemigo que lo tiroteaba desde cerca, dice: «mi participación en aquel combate fue escasa y nada heroica, pues los pocos tiros los enfrenté con la parte posterior del cuerpo». Y refiriéndose a la sorpresa de Altos de Espinosa: «no hice nada más que una "retirada estratégica" a toda velocidad en aquel encuentro». Exageraba él estas cosas, cuando todos sabían lo que acaba de recordar Fidel, que lo difícil era sacarlo del lugar donde hubiera más peligro. Dominaba su vanidad como el asma. En esa renuncia a las últimas pasiones, estaba el germen del hombre nuevo de que hablaba.

Guevara no se proponía como un héroe: en todo caso, podía ser un héroe a la altura de todos. Pero esto, claro, no era cierto para los demás. Su altura era anonadante: resultaba más fácil a veces desistir que seguirlo, y lo mismo ocurría con Fidel y la gente de la Sierra. Esta exigencia podía ponernos en crisis, y esa crisis tiene ahora su forma definitiva, tras los episodios de Bolivia. Dicho más simplemente: nos cuesta a muchos eludir la vergüenza, no de estar vivos –porque no es el deseo de la muerte, es su contrario, la fuerza de la revolución–, sino de que Guevara haya muerto con tan pocos alrededor. Por supuesto, no sabíamos, oficialmente no sabíamos nada, pero algunos sospechábamos, temíamos. Fuimos lentos, ¿culpables? Inútil ya discutir la cosa, pero ese sentimiento que digo está, al menos para mí y tal vez sea un nuevo punto de partida.

El agente de la CIA que según la agencia Reuter codeó y panceó a cien periodistas que en Vallegrande pretendían ver el cadáver, dijo una frase en inglés: «*awright, get the hell out of here*».

Esta frase con su sello, su impronta, su marca criminal, queda propuesta para la historia. Y su necesaria réplica: alguien tarde o temprano se irá al carajo de este continente. No serán los que nacieron en él. No será la memoria del Che.

*Que ahora está desparramado en cien ciudades
entregado al camino de quienes no lo conocieron.*

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 44-45. Fechado en Buenos Aires, en octubre de 1967. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 106-107.

AQUEL POEMA

Roberto Fernández Retamar

Al principio no di mayor crédito al rumor, tantas veces propalado antes, sobre la muerte del Che. Pero cuando, unas horas después, vi llorar como una niña, inconsolablemente, a quien nunca hubiera pensado ver llorar así, y me di cuenta de que la noticia era cierta, me sentí, entre otras cosas, sobrante. Varias publicaciones me pidieron que escribiera sobre el Che, y, fuera de resumir una líneas viejas, nada pude hacer entonces. Ahora han pasado ya los días inmediatos a su muerte, ahora debo enviar a la imprenta este número, y no quiero que vaya sin unas líneas mías. Me referí tantas veces al Che, explícita o implícitamente, en los editoriales de esta revista, quizás escritos para que él los leyera en alguna parte; me he valido tanto de sus textos definitivos para tratar de entender y hacer entendibles aspectos de nuestra vida, que estas palabras de ahora no pueden menos que confundirse con aquellas. Incluso intenté, hace un año, una humilde presentación del pensamiento del Che, en el prólogo a una antología de textos suyos. Ya estaba entonces convencido de que el hombre que ahora acaba de morir no solo era un héroe, sino además, intelectualmente hablando, un genio. Como en el caso de Martí, su indudable hermano, corremos el riesgo de que la transparente e inabarcable grandeza de su sacrificio haga olvidar que en este ser bullían ideas deslumbrantes, que buscaban estructurarse coherentemente en una visión del mundo. En imagen de extraña

resonancia martiana dijo él mismo: «un poco más avanzado que el caos, tal vez en el primer o segundo día de la creación, tengo un mundo de ideas que chocan, se entrecruzan y, a veces, se organizan». Uno de los deberes de los intelectuales cubanos será trabajar con esos chispazos, desarrollarlos (nunca congelarlos, por favor), para diseñar las figuras armoniosas que él, muerto en plena juventud y asediado por mil trabajos y por una implacable exigencia de inmolación, no pudo aquietar. Me gustaría colaborar, aunque modestamente, a esta tarea. Pero, por supuesto, nada de ello puedo adelantar en estas líneas rápidas. Por otra parte, conversando con amigos extranjeros sobre cuestiones teóricas del proceso revolucionario, y mezclando en la conversación recuerdos personales, vimos qué importancia tenían, incluso para un observador requerido de ideas, los testimonios que los contemporáneos podemos ofrecer de este tiempo que no solo, como en el verso de Dante, «llamarán antiguo», sino sobre todo llamarán el de una de las más impresionantes revoluciones de la historia. Por eso prefiero ahora evocar algunos recuerdos del Che.

No fueron tantas como yo hubiera querido las ocasiones en que lo vi: varias, fugazmente, en 1959 (una vez para pedirle una crónica de su viaje de aquel año, con destino a la *Nueva Revista Cubana*); otra a finales de 1960, junto con Neruda; dos o tres veces en 1963, una de ellas junto a Nicolás Guillén, y algunas más ocasionales, en reuniones diversas. Pero la oportunidad de conversar larga y, en cierta forma, íntimamente con él, no vine a tenerla sino en marzo de 1965. Compartimos el avión que lo trajo a Cuba desde Praga, en vísperas de lo que iba a ser su espectacular salida de Cuba. El avión tuvo un desperfecto en el aeropuerto de Shannon, Irlanda, y estuve junto a él dos días, en que no había casi nada que hacer sino hablar y hablar. Algo de esas conversaciones conté en un artículo para la revista *Cuba*, en agosto de 1965. No voy a repetirme aquí, limitándome a dos o tres cosas que entonces no dije –y algunas de las cuales, sencillamente, no entendí entonces–. Pues en la fecha en que escribí aquel artículo, ignoraba yo que el Che había salido de Cuba, y por supuesto la misión que él mismo se había encomendado. Todavía no se había hecho pública su carta de despedida, que Fidel leería al pueblo el 3 de octubre de ese año. Por otra parte, en aquellas líneas me sentía obligado a vigilar cada adjetivo, porque es sabido que al Che le producía verdadero malestar la sombra siquiera de un halago. Y al mismo tiempo, la compañía de aquella criatura excepcional producía un sentimiento profundo de admiración, de admiración completa. No porque anduviera encaramado en los coturnos de la historia, sino precisamente por todo lo contrario: porque la historia,

que no es nunca ella misma «histórica», fuera esa sencilla y definitiva inmediatez. Otras veces, no siempre satisfecho, lo había visto irónico –con ese agresivo y pudoroso humor argentino que le sobrevivía en el fondo de un idioma ya muy limado de rioplateñismos–. Pero en esos días, lo que se me hizo más ostensible fue su cordialidad, y casi creo poder decir que su cariño. Al principio discutimos –cosa que a él le gustaba particularmente–, pero después desaparecieron las discusiones, sencillamente porque, aunque yo sabía bien cómo le gustaba que lo contradijeran, y acababa de experimentarlo, aquel hombre me había fascinado, literalmente. Comprendí entonces desde dentro la devoción que sentían por él sus hombres: los que estuvieron con él en el combate, pero también los que trabajaban junto a él en el Ministerio de Industrias. Alguna vez me había burlado de esa devoción, y ahora, como justo castigo, me acababa de pasar yo mismo, con armas y bagaje, a ese grupo. Como yo regresaba a La Habana prácticamente sin trabajo –después de una infortunada experiencia diplomática–pero–no en París–, empecé a pensar cómo podría trabajar con él. Una de las primeras discusiones versó sobre ese viaje mío a París. El Che volvía entusiasmado con África, y deploraba que los intelectuales cubanos no visitaran más ese continente al que tan vinculados estamos. Al saber que yo venía de París, me espetó riéndose que «era una mariconada que hubieras ido a París y no a África». Le contesté con otra palabra de esa preterida y sonora familia, y estuvimos un rato en ella. Al cabo me dijo que una de las cosas que sentía no haber hecho cuando muchacho era haber vivido y estudiado un tiempo en París. Pero eso era cosa del pasado. Se exaltaba ahora con África, e insistía en que le había sorprendido lo poco que nuestras cosas, incluso las más trascendentes intervenciones de Fidel, eran conocidas en aquellas tierras. Venía con la idea de que se creara una editorial en lenguas extranjeras, por lo pronto inglés y francés, para dar a conocer nuestros textos principales sobre todo en los países africanos y asiáticos; y, al mismo tiempo, hacer que aquí se imprimieran y divulgaran las principales obras políticas de esos países. Hablando de publicaciones, le mencioné lo conveniente que sería que Cuba contara con una revista donde se pudieran publicar textos polémicos que no comprometieran al gobierno ni al Partido. «Sí», dijo él con humor, «dirigida por un inconsciente». Me adelanté a asentir, entusiasmado: «Eso mismo, comandante», y nos reímos. Cuando, algún tiempo después de volver a Cuba, la compañera Haydee Santamaría me ofreció dirigir esta publicación, le escribí enseguida al Che para decirle que ya teníamos esa revista y que contaba, por supuesto, con la colaboración suya. Pero esa carta, que entregué personalmente a su secretario Manresa, junto

con otra, polémica, sobre *El socialismo y el hombre en Cuba*, no llegó ya a sus manos.

La segunda noche decidimos salir de aquel aeropuerto que ya nos sabíamos minuciosamente pulgada a pulgada, e ir al cercano pueblo de Shannon. Con otros compañeros (el capitán Osmany Cienfuegos, Arnol Rodríguez y Manresa) tomamos un ómnibus viejo, de dos pisos, y media hora después nos paseábamos por una calle provinciana. El glorioso uniforme de comandante del Ejército Rebelde que para cualquier cubano real es motivo de emoción, atravesaba la avenida sin que nadie reparara en él, como si se tratara de un uniforme de cartero. Se lo hice ver y creo que el Che, a pesar de que estaba impaciente por volver, agradecía un poco aquella inesperada (aunque bien precaria) vacación que voluntariamente no se hubiera concedido nunca. Unas horas antes me había hablado de su vida en los últimos años, sin un solo día de reposo, ya que los domingos los dedicaba al trabajo voluntario. Aquella noche, que me parecía que ya estaba yo recordando, paseamos riendo hasta dar, después de algunas averiguaciones infructuosas, con una modesta taberna donde tomamos cerveza sin que la gente se fijara apenas en nuestro idioma incomprensible. El Che sacó unas píldoras rojas, que todavía ahora no sé para qué eran –porque la explicación procaz que me dio era visiblemente inventada–, y las tomó con lo que le quedó de la cerveza: digo «lo que le quedó», porque Arnol, al moverse en la estrecha mesa en que estábamos, le viró el vaso y la cerveza le empapó el pantalón. El Che caminó así después, de vuelta al sitio donde debíamos tomar el ómnibus, asegurando que ya él era crecrido to y que la gente no iba a imaginarse otra cosa.

Me he preguntado muchas veces, por supuesto, si el Che tenía ya decidido salir de Cuba durante ese viaje. He tratado de recordar cada frase, cada gesto, sin avanzar mucho ni en un sentido ni en otro. Lo que sí me parece seguro es que una semana después de la fecha de llegada –15 de marzo de 1965–, había tomado esa decisión. Entonces no me di cuenta, pero las pocas cosas que me dijo o supe en esa ocasión iban a ser iluminadas por los hechos posteriores. Por dos razones fui a verlo entonces: la más visible y confesable, pedirle mi antología de poesía en lengua española de Onís, libro difícil de conseguir que no quería perder y que le había prestado para que leyera durante el viaje. El Che no pudo devolvérmelo cuando llegamos al aeropuerto, donde lo esperaban, por supuesto, Fidel, Dorticós y otros dirigentes revolucionarios. La otra razón era tantear la posibilidad de trabajar con él. «¿Pero en qué» (me iba yo preguntando) «no siendo yo un técnico?

Quizás en lo de los libros...». Por otra parte, no me parecía extraño que el Che fuera enviado en alguna misión oficial a Vietnam (no sé exactamente por qué pensaba esto) y me hubiera gustado ir con él. Habíamos hablado de lo importante que era que en esas delegaciones se incluyera también a escritores. Cuando llegué frente a su oficina, estaba allí con alguien, pero su secretario, Manresa, tenía el libro para mí. Al dármele, me dijo: «El comandante me hizo copiar un poema antes de devolverte el libro». «¿Cuál?», le pregunté. «Bueno, te lo voy a decir, pero no se lo comentes». Prometí ser discreto como una tumba discreta. Y me lo dijo. También me invitó a quedarme un rato con él. «El comandante está muy ocupado, pero no te vayas todavía». Me senté a recordar juntos las incidencias del viaje, y al poco rato se abrió la puerta del despacho y salieron Regino Boti y el Che. Nos saludamos. Boti dijo con su enorme risa: «Me voy. Los dejo entre poetas». El Che: «No, entre filósofos». En realidad lo que hicimos fue quedarnos de pie, casi sin decirnos nada. Ahora que lo escribo pienso que quizás estábamos como esos efusivos compañeros de barco que se han intercambiado tarjetas, fotos, recuerdos, intimidades, y al llegar a tierra vuelven a separarse con un saludo cortés. Habíamos andado peludos y ajados durante el viaje. Yo seguía así, pero el Che rezumaba pulcritud. A falta de tema más trascendente, empecé por ahí: «Veo que se ha pelado. Yo sigo peludo y cesante». Él: «Bueno, yo también estoy de más en el Ministerio». Acostumbrado a verlo cambiar de una a otra responsabilidad revolucionaria, no di mayor interés a esas palabras. Después de todo, éramos muchos los que creíamos que hacía tiempo que el Ministerio le venía estrecho. Dijo dos o tres frases más que o no tenían importancia o yo no entendí entonces, y volvimos a quedarnos en silencio. Decididamente, no era la mejor coyuntura para plantearle nada. Nos despedimos. Todavía hablé algo con Manresa, y al salir vi al Che de espaldas, caminando lenta, gravemente por un largo pasillo interior del Ministerio. Desde luego, estaba lejos de imaginar siquiera que esa iba a ser la última imagen que tendría de él.

Cuando bajaba en el ascensor, me pregunté, sin encontrar respuesta, por qué el Che le había pedido a Manresa que le copiara ese poema y que no me dijera nada. Era el «Farewell» de Neruda.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 46-48.

SOLAMENTE UN TESTIMONIO

María Rosa Oliver

«No lleve nada a Buenos Aires: ni un papel ni un libro ni siquiera esa muñequita», me aconsejó el comandante señalando con los ojos hacia el escritorio.

El joven jefe obligaba así a confiar en mi memoria –cansada y siempre más visual que auditiva– justamente cuando hubiera necesitado más que nunca que fuese un registrador de sonido. Reducida a rememorar surgen algunas frases sueltas que, espero, servirán como guiones, o puntos de apoyo, en el curso de dos conversaciones que solo podría reproducir sobre apuntes taquigráficos. Cuanto ha dejado escrito Ernesto Che Guevara, ayudará a completar su contenido. A seguir la línea de su pensamiento.

Vi por primera vez al comandante Guevara apostado junto a la puerta de la emisora de Radio Habana Cuba la noche en que Fidel Castro iba a informar a su pueblo del motivo y del resultado de su viaje a la Unión Soviética. Cierta timidez y el temor de ser inoportuna me impidieron ceder al impulso de acercarme a saludarlo, al igual que una hora más tarde me petrificaron en el momento en que Fidel Castro, terminada su exposición, pasó lentamente ante mí al salir de la sala. Ni pude tender la mano ni despegar los labios al hallarme en la presencia de quien desde una noche de fines de 1958, dio a dieciocho pueblos hermanos la certeza de que su suerte puede cambiar.

Pasados pocos días una de mis amigas de la Casa de las Américas me avisa por teléfono que el Che quería verme. Desde ese instante, hasta el que referiré después, me pregunto a qué se debe –descontada una actitud que admiro– la emoción que me embarga. Tres factores deberían mitigarla: el Che es argentino y calo demasiado fácilmente a mis compatriotas; es posiblemente uno de los varios niños que, treinta años atrás, vi jugando, entreverados y barullentos, en casa de una tía; el heroísmo con armas no ha sido el que más me ha exaltado.

El comandante está de pie en la puerta de su oficina. El cuerpo fuerte y bien proporcionado en su uniforme verde olivo se recorta a contraluz. Los lóbulos frontales salientes dan un aspecto levemente taurino a la cabeza de dios griego: de Zeus debido a la barba rala y el pelo, a pesar de corto, enrulado. Como la voz, el apretón de manos es suave y recio. Nos hace pasar a su despacho y allí quedamos solos.

Sentado frente a mí en el sofá, lo primero que me pregunta es si conozco a su madre. Ante mi negativa, responde: «Ella la conoce a usted: le oyó una

conferencia sobre China y le gustó mucho». «¿Por qué no me lo dijo?». «De esto hace doce años: debe habérselo dicho y usted no lo recuerda». Maldigo de nuevo mi mala memoria y como él, muy cortésmente, pretende seguir hablando de mí, le advierto que para eso no acabo de hacer un viaje que me llevó casi hasta el polo Norte. Sonríe, aspira su cigarro y queda callado. Le digo que por lo visto no tiene mucho que decirme, ni que preguntar: claro, abundan en Cuba los argentinos que puedan tenerlo al tanto... «Con esos argentinos por lo general no me entiendo. Y no sé cómo piensa usted». Al enterarlo de que yo tampoco me entiendo con ellos, y por qué, sonrío complacido: ya sabe cómo pienso. Se levanta, va hacia una mesa cubierta de publicaciones y, de espaldas, me dice: «Desde hace cinco años usted está perdiendo el tiempo» (cinco años, justamente el tiempo transcurrido desde la noche de verano rodeada de luciérnagas y sonora de grillos, en que por la radio oí proclamar la victoria que nos señalaba, sin que yo en ese instante lo advirtiera, un nuevo rumbo a seguir). Se vuelve hacia mí y pregunta si he leído algo de lo que él ha escrito. «Me gustaría saber qué le parece», agrega, entregándome un pequeño libro. Al agradecerle *Pasajes de la guerra revolucionaria* y la dedicatoria, le pregunto cómo debo llamarlo. «Como quiera, menos doctor». Han traído café y colocado la bandeja sobre la mesa baja, ante el sofá. Lo sirve con movimientos precisos, tan equilibrados y seguros que pienso en un cirujano haciendo una operación. Pero ni se me ocurriría llamarlo doctor: sé ya que solo podré llamarlo comandante y que, por primera vez en mi vida, pronunciaré sin asociaciones de ideas desagradables el término que indica un grado militar. Como estoy en La Habana invitada para actuar de jurado en un concurso literario, pasa a comentar lo malas que suelen ser las novelas con temas de la reciente revolución que considera falsas, estereotipadas y basadas en una errada tendencia didáctica que hace pasar por alto hechos dignos de ser contados. A ese propósito me relata con tal vivacidad, color y humorismo un episodio de la entrada de las fuerzas guerrilleras en la capital, que demuestro mi asombro de que él no lo haya escrito. «No tengo tiempo. Y si dispongo de tiempo hay que escribir sobre táctica... Le regalo el relato: escribalo usted». Prosigue hablando de la guerra revolucionaria, de la lucha en las sierras. Lo hace con calma, con matices juguetones, siempre dando primacía a las reacciones humanas, jamás poniéndose en primer lugar, recalcando mediante un detalle lo que significaba tener por jefe a Fidel, todo sin el menor asomo de énfasis o retórica. Al evocar convence más que quienes tratan de persuadir, y como se atiene a hechos concretos y a sus propias experiencias, con una llaneza inusitada y libre de la falsa modestia de los inmodestos, veo en él, deslumbrada, al antfigurón que, por serlo, redime

a una tierra enferma de figurones. De esta, su tierra natal y la mía, tiene las virtudes y no los vicios. Las virtudes que pueden dar un Martín Fierro; los vicios que hacen proliferar los viejos Viscacha. Lo pienso mientras él habla: decírselo no podría: todo elogio sonaría a frase hecha si dicho a quien no emplea ni una. Así no me refiero a él sino a Fidel Castro cuando le pregunto si conviene que los jefes se expongan tanto. Me responde que los que no están presentes en los momentos de peligro inspiran desconfianza y que por esto, a menudo, su gente deja de seguirlos. «Sea donde fuere, un revolucionario debe estar dispuesto a morir al instante», afirma, y me pregunta: «¿Usted cree que América Latina podrá liberarse sin insurrección armada?». Niego con la cabeza y siento opresión porque la violencia, que imagino en todos sus detalles, me horripila, pero, claro, otra violencia más solapada y cruel es ejercida diariamente contra una inmensa mayoría. Se trata de ponerle término a esta violencia. No necesita decírmelo: la idea de redención ha estado latente tras todas sus palabras, sus milagrosamente sencillas, profundas palabras. Quizás debido a su insólita naturalidad, quizá únicamente para divertirlo, le cuento de una amiga que, después de asistir a la conferencia de Punta del Este, se mostró muy sorprendida de que el Che Guevara tuviera tan buenos modales. «No los tengo, dígaselo a su amiga...». Una sonrisa socarrona pasa por su semblante y enseguida agrega, ya serio: «hay que librarse del complejo de origen... Yo lo he logrado». «¿Del de origen o del de clase? ¿De la clase para la cual usted es un traidor?». «Como usted», me responde, y ambos reímos. Hablamos a continuación de la burguesía de la Isla, particularmente del sector intelectual que ha comprendido la revolución y se ha integrado a su proceso. De ahí surge el tema del día: la controversia entre los que defienden la libertad de expresión y los que creen necesario atenerse al realismo socialista. Le digo que estoy con aquellos puesto que en el marxismo nada exige la implantación de una cultura hecha a molde. «Por supuesto», asiente, «pero si se trata de que el pueblo tiene derecho a ver lo que le gusta, entre *Viridiana* o un *western* elige el *western*. Yo también». Le digo que si el *western* es bueno a mí me gustan ambos, pero el tiempo apremia y prefiero aprovecharlo hablando de la burguesía que ata con hilos tan sutiles y tan difíciles de cortar. Le explico la fea reacción de la gente de mi barrio oligárquico cuando la caída de Perón. «La burguesía perdona más el despojo que la ofensa», me dice. Verdad, no lo había pensado. Recapacito y me digo que si otros lo hubiesen pensado a tiempo, y puesto el pensamiento en práctica, las cosas en mi país posiblemente habrían tomado un cariz distinto. Pero para que esto suceda la desesperación de un pueblo tiene que ser encauzada por un hombre con la integridad moral del que me habla. ¿Entre nosotros, y en el mundo, hay

muchos como él? Sé que no. Lo sé porque me ha bastado esa hora y media de conversación con él –y no continuamente sobre temas trascendentes– para tener la seguridad que tengo en ese instante –el instante al que me referí anteriormente–, la de que de todas las muchas personalidades que he tenido oportunidad de conocer en mi larga y viajada vida, en ninguna como en la suya se complementan con tal armonía y equilibrio, la inteligencia, el corazón y el carácter. Con esa impresión me despido del Comandante.

Y bajo esa impresión recorro parte de la Isla que él ha ayudado a liberar. Todo lleva el sello de la juventud valiente y honesta que la convirtió en el primer territorio libre de América. Veo los resultados de la campaña de alfabetización, veo los rostros con luz de alegría de los que se sienten ahora dueños de su tierra, veo el futuro en construcción y veo las sierras matrices de cuanto veo. Pasadas unas semanas, y ya próxima a mi partida, el comandante va a visitarme una noche al Habana Libre.

Como he leído su libro –cuyo estilo, le digo, me recuerda al mejor de Lucio V. Mansilla– él me relata otros aspectos de la lucha. Se refiere con trémula ternura e ilimitada admiración a Camilo Cienfuegos. «¡Tan lindo el sastrecito!»: exclama empleando, como el gaucho, la palabra «lindo» para designar todas las excelencias. De nuevo la extrema sensibilidad de ese hombre fuerte me deja absorta. Y más que no la oculte: «tras lo que dice Marx siento latir la misma palpitación que en Baudelaire», me dice. Y más tarde cuando, desde hace rato, el tema es nuestra tierra natal, se golpea una rodilla y me pide: «Bueno, por favor, no me hable más de la Argentina». «¿Por qué, si usted la quiere mucho?». «Por eso mismo». Recapacita y me advierte que él es más cordobés que porteño. Lo comprendo: la patria chica es el lugar en que ha transcurrido nuestra infancia y la otra, la grande, sobrepasa el medio continente. Me explica lo difícil que es, a veces, la solución práctica de ciertos problemas, y de cómo, al solucionarse unos, surgen otros imprevistos que es menester solucionar a su vez a tambor batiente. Me da pormenores, siempre sacando de la experiencia conclusiones útiles para la acción futura pero sin caer en el tono profesoral (de nada está más lejos, a pesar de ser argentino). A continuación comenta con gracia sutil las consecuencias de la aplicación de ciertas medidas moralizantes con algunas de las cuales no está de acuerdo. «Sí, ya sé que ha mandado fusilar» –murmuro contestando a una entre pregunta y afirmación suya–. Él prosigue: «es menos repugnante que hacer vigilar, perseguir, condenar por razones que solo atañen a la vida privada», dice haciendo con la mano un ademán serpentino que completa su pensamiento.

Acostumbrada a la dureza de los que se creen únicos poseedores de la virtud, la comprensión y la generosidad de este hombre austero y

sacrificado confirman mi sospecha de que la revolución irá más a fondo y echará raíces más hondas cuando al imprescindible marxismo lo complementen un nuevo humanismo. En el comandante Ernesto Che Guevara, se dan ya ambas dimensiones. De ahí su temor a que el «incentivo material» siga manteniendo al hombre enajenado. Lo oigo y me pregunto si no se adelanta a la historia: si la humanidad estará preparada a seguir a los como él: al hombre del futuro, el que, según lo prevé Teilhard de Chardin (basándose en datos exclusivamente científicos), será «más él mismo» en la medida en que se socialice. El que olvidado de su «yo» y por lo tanto libre de vanidad e inmune a halagos y honores se da a... Nada he dicho, pero él me contesta: «Mire, yo no soy para ser ni el más alto funcionario en el más revolucionario de los gobiernos: soy para tirar tiros donde se luche contra el imperialismo». Ha pensado en voz alta y no en vano. Para no ceder al enternecimiento le pregunto en broma: «¿Qué quiere, comandante, que yo también vaya a las sierras?». «Usted siga como hasta ahora, pero con cautela». Enseguida me da el consejo que cito al comienzo. Hemos conversado cuatro horas. Cuatro horas en las que mi primera impresión se ha confirmado con creces: la de estar en presencia del ser con mayor talla moral y grandeza de alma que jamás he conocido. ¿Qué puedo darle yo en cambio de esos dones, que si fuera creyente, llamaría «del cielo»? Nada salvo decirle lo que a nadie, nunca, me he sentido impulsada a decir: que desearía ser su madre.

Hoy sé mejor que aquella madrugada que si los niños que amamos –ceranos o distantes– llegan un día a ser hombres más libres, más dignos, más buenos, y por lo tanto más dichosos, se deberá en gran parte a que el comandante Ernesto Che Guevara fue lo que ha sido.

Casa de las Américas, no. 47, marzo-abril de 1968, pp. 91-94, aparecido en la sección «Testimonios». Fechado en Buenos Aires, noviembre de 1967. Republicado en el no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 95-98.

UNA ESCALA EN MI DIARIO: DONDE APARECE LA GLORIA

Pedro Mir

Conocí al Che Guevara a mediados de 1959. Estaba ya rodeado de un aura de leyenda que en este país no había conocido nadie más que Máximo

Gómez. Y no es poco decir donde, a través de las luchas históricas, se había destacado tanto brillante extranjero. En América Latina el trabajo de la Libertad ha sido siempre una tarea común. Y Cuba ha sido siempre una especie de taller latinoamericano y hasta mundial en gran escala. Por eso no es extraño que el camino de América entronque con esta faena cubana y que sus grandes héroes encabecen la gran epopeya del mundo nuevo. Sin embargo, la Historia, la exigente, exige su tributo. Ese tributo ha sido pagado con creces. Y con gallardía. Aunque no sin lágrimas.

Mi encuentro con el Che se debió a una circunstancia especial. Yo había escrito un libro afortunado en 1949, *Hay un país en el mundo*, en el cual configuraba cierto vaticinio para mi propio país. No tenía nada que ver con Cuba pero, por ese inexplicable destino de las palabras que tan bien conocieron los dadaístas, o quién sabe por qué extraña sustancia de las ideas, algunos vocablos, la Sierra, la marcha de oriente a occidente, la lucha por la tierra, encajaban verbalmente en la situación cubana con mucha mayor justeza que con la dominicana, en cuya geografía como tampoco en su historia, no se justificaba plenamente ese tratamiento. El libro había sido escrito en Cuba después de un hartazgo de experiencias cubanas profundamente impresionantes porque yo acababa de llegar al país. Pero mis versos eran versos nostálgicos y mi corazón sobrevolaba el Paso de los Vientos.

Fue mi amigo Wilfredo Rodríguez Cárdenas quien me introdujo. Wilfredo había sido un luchador destacado en la dura clandestinidad de La Habana y sus responsabilidades lo vinculaban muy estrechamente con el Che. Aquello que en mis versos tenía un alcance limitado y concreto le había parecido a Wilfredo un anuncio remoto de lo que luego ocurrió en Cuba. Me era difícil aceptarlo, pero mi amigo hablaba de la unidad del proceso histórico latinoamericano y me juraba que las fronteras eran un convencionalismo y a veces un atropello. Claro, para mí lo más importante era el Che y así llegamos a su despacho, sin que mi visita hubiese sido solicitada y menos anunciada. Allí se sentía el fragor de la epopeya. En los rostros, en el aroma de los rifles, en el trabajo de colmena. El Che se anunció con el tronido de las botas de campaña que parecían de un gigante moderno. Yo tenía la imagen subjetiva del intelectual asmático y delicado. Especie de lirio del combate. De llovizna de la victoria. Pero quien apareció daba por el contrario o tal vez por contraste una idea de corpulencia y de fuerza, de sanidad y de seguridad y de serenidad, que invadía el contorno y lo disparaba hacia el blanco definido. Wilfredo abrió el libro en la página indicada y se lo extendió al Che explicándole que había querido presentarme a él por el soplo augural que él encontraba en mis versos. Mi situación era sumamente incómoda.

Pensaba y repensaba yo las palabras con las que debía inclinarme ante sus hazañas. Temía, como ahora, tocar el tema sin la debida compostura verbal e histórica. El Che se acomodó en su asiento y pasó sus ojos por aquellas páginas, envuelto en el humo de su inmenso tabaco. Yo hubiera querido evadirme sin dar explicaciones. Pero en ese momento...

–Yo lo conozco a usted –me dijo.

–¿A mí? –respondí yo, olvidando la elegancia de mi proyectado discurso.

–Conocí su poesía y oí hablar mucho de usted en casa de una amiga común, doña Elenita de Horst, en Guatemala...

En efecto. Durante el gobierno de Árbenz yo conocí a esta dama generosa que me colmó de atenciones. Era la clásica hada buena de los cuentos. En su casa, una hermosa casa con un bello jardín donde el clima guatemalteco hacía fantasías eternamente primaverales, me reuní yo con intelectuales y recité mis versos. Su esposo, que era extranjero, asistía a aquella semibohemia revolucionaria sin entusiasmos pero sin reparos. Era gente de gran vestir, no solo en sus maneras, sino hasta en su pensamiento. El Che llegó a Guatemala después de mi partida en 1953. Y allí encontró él también la mano tendida y generosa, porque la casualidad no mide la estatura... Evocamos pues los comunes recuerdos y me anunció la visita próxima de Doña Elenita que vendría, un poco maternalmente, a ver a su antiguo huésped con el uniforme guerrillero. Luego, la conversación derivó hacia los acontecimientos dominicanos. Poco se sabía en aquellos momentos del destino de los expedicionarios del 14 de junio. Pero yo vi, en unos de esos silencios que el Che diseminaba por todo su rostro, que mis vaticinios, por aquel entonces, no se materializarían.

Acabo de ver, en una nota de la revista *Casa*,¹ que un antiguo revolucionario que se pasó a las filas de los enemigos, refiere que el encuentro entre el Comandante Guevara y el expresidente Árbenz fue reticente, debido a que Árbenz no se acordaba de él. Claro que se trata de una invención de menor alcurnia. Pero yo tengo un recuerdo que me vino a la imaginación al ver la mencionada nota. Doña Elenita me pidió por aquellos días una copia especial de mi *Contracanto a Walt Whitman*, que se editaba entonces, a fin de presentárselo personalmente a la esposa de Árbenz. Era un gesto noble más de esta generosa dama. Yo preparé con mis propias manos esta copia que llegó a su destino. Doña Elenita me informó que mi trabajo había sido acogido con gran cariño y que el propio Presidente lo había ponderado. Es claro que cuando me invitaron a una recepción en Palacio

¹ En la publicación original se remite a la nota 1 del texto «Guerrilla y revolución en el pensamiento del Che Guevara», en *Casa de las Américas*, no. 45, noviembre-diciembre de 1967, pp. 115-128. (*N. de la E.*)

yo me prometí un feliz intercambio de palabras con Árbenz. Pero ocurrió como en la anécdota del tirano paraguayo Luis Carlos López cuando visitó a Napoleón III con gran despliegue de caballos. Se trataba de una recepción popular en ocasión del aniversario de la Revolución y todo el pueblo asistía a ella. Yo estreché la mano del Presidente, que era entonces la figura más alta de nuestras luchas continentales, poniendo especial cuidado al pronunciar mi nombre. Pero el Presidente permaneció intocado y se volvió hacia el próximo huésped. Mi primer pensamiento se dirigió a las calidades del *Contracanto* aunque más tarde, más filosóficamente, comprendí que él nunca vio el libro ni oyó pronunciar el nombre de su autor. Todo había sido una amorosa leyenda de mi bienhechora. Y también una muestra más de sus preocupaciones maternas.

¡Quién sabe qué mensajes de reconocimiento por parte de Árbenz recibió el Che, que había abandonado su remota Argentina para darse entero a la lucha que libraba entonces Guatemala y que Árbenz nunca envió! Porque la generosidad tiene estos achaques y habrá ocasiones en que se considere que una palabra de estímulo puede mover montañas. El hecho fue que las montañas se movieron sin esas palabras. Pero no se puede descartar que desempeñaran su papel. Y claro, esto puede haber flotado en el encuentro a que se refiere el relato malintencionado que he mencionado.

Pero la Historia no se puede reducir a dimensiones tan microscópicas. Aquella llama que Árbenz contribuyó a iluminar en las calles guatemaltecas, fue recogida por el Che Guevara y plantada en los más recónditos puntos del Hemisferio. Todo lo demás es pura filfa. Y si algunos espíritus mediocres tratan de reducir su grandeza a dimensiones callejeras, el intento es ridículo. Porque en él, y precisamente para definir su grandeza, estamos representados, cuidados y engrandecidos los hombres modestos y sencillos de toda Latinoamérica. Y sus mujeres generosas.

Mi breve contacto con el Che Guevara me dio esa lección. No fui yo quien pronunció las loas. Fue él quien me hizo ascender a sus alturas. A su lado me sentí dignificado, reconocido, mecido por nubes de epopeya. Comprendí que él proyectaba a los demás su propia grandeza y los hacía participar de ella. Y cuando hace unas dolorosas semanas, conocí las circunstancias de su caída, uno de los hechos que más recónditamente repercutió en mi corazón, fue el de que a su lado, sucesivamente, habían caído varios hombres que se sacrificaron para rescatar su cuerpo. Es posible que estos hombres murieran antes que él si, como parece comprobado, el Che fue aniquilado posteriormente. De todos modos, lo que sí me parece hondamente significativo es que a su lado otros hombres grandes expresaron la grandeza del Che ofrendando limpiamente sus vidas. Y no creo

que haya un lenguaje que pueda reemplazar a este cuando se trata de un héroe universal.

Casa de las Américas, no. 47, marzo-abril de 1968, pp. 95-97. Publicado en la sección «Testimonios».

TESTIMONIO SOBRE ERNESTO

Alfonso Bauer Paiz

En Guatemala

Conocí a Ernesto en mi ciudad natal Guatemala, en la tarde de un día sábado, a finales de 1953 o principios de 1954. El encuentro ocurrió así. Una cuñada mía anunció, cierto día, su visita a nuestra casa (Challet Cabagüil, Villa de Guadalupe) en compañía de una amiga común, la economista peruana Hilda Gadea, quien estaba exiliada de su patria. Las acompañarían dos viajeros argentinos que estaban de paso en Guatemala, después de haber recorrido como andariegos el Continente de Sur a Norte. Efectivamente, un sábado por la tarde llegaron en compañía de los dos amigos sudamericanos. Uno de ellos era un joven médico que no tenía el aspecto de tal, sino más bien de estudiante inquieto y alegre, llamado Ernesto, y el otro, un abogado de nombre Ricardo.

Ernesto había manifestado a Hilda Gadea su deseo de conocerme. A la sazón ocupaba yo una posición relativamente importante en el gobierno y en la política de Guatemala. En la administración de Jacobo Árbenz desempeñaba el cargo de presidente-gerente del Banco Nacional Agrario, el cual me correspondió dirigir desde su fundación y, además, era miembro de la Comisión Política del Partido de la Revolución Guatemalteca (PRG).

Sin embargo, no dejó de extrañarme que siendo Ernesto médico se interesara por mí –abogado con aficiones de economista– y no por mis hermanos que como él eran médicos. Luego me di cuenta de que lo que él buscaba no era al profesional, sino al político.

Desde los primeros instantes de la charla se estableció entre nosotros dos una corriente de simpatía que hizo que al momento nos tratáramos de vos. El talante natural, sencillo, explícito, franco y jovial de Ernesto contrastaba con la pose doctoral que adoptara el otro visitante. La reunión

se animó no solo por la buena condición de conversador de Ernesto, sino también por la compañía estimulante de algunas bebidas espirituosas. Sin muchos preámbulos comenzó esa tarde una larga discusión sobre temas políticos de nuestra América, que se prolongó hasta bien avanzada la noche. Pasados tantos años es imposible recordar en detalle lo tratado en aquella ocasión, pero en términos generales puedo decir que los contertulios nos referimos, entre otras cosas, al peronismo, al aprismo y a las corrientes que le eran afines, como el movimiento de Acción Democrática venezolana, así como a la situación de Guatemala.

Para decirlo con absoluta honestidad histórica, el nivel de conciencia política de los tres varones participantes en aquel amistoso encuentro era el siguiente: Ricardo, un liberal afiliado al Partido Radical argentino; Ernesto y yo, aunque ya bastante influidos por la ideología del marxismo-leninismo, todavía conservábamos en nuestro pensamiento político ideas propias de tesis populistas tan en boga en los últimos años de la década de los años cuarenta y primeros de la década de los años cincuenta. Ello explica que en aquel desordenado diálogo que sosteníamos fueran citados con simpatía los nombres de personajes muy variados.

Recuerdo también que coincidíamos en señalar que Víctor Raúl Haya de la Torre, Rómulo Betancourt, José Figueres y otros adoptaban posiciones oportunistas cada vez más notorias que les conducían indefectiblemente a entregarse a los intereses de la política de Washington. Mientras Ricardo lanzaba denuos contra Perón, Ernesto no lo condenaba a ultranza, y señalaba aspectos positivos de su política, entre estos el enfrentamiento de Perón a la oligarquía ganadera argentina y al imperialismo yanqui. Con respecto al comunismo, observaba una conducta que en aquella época hubiera sido tildada por las agencias de información yanqui como la de un *fellow-traveller*, «un compañero de ruta». Por supuesto, era un definido antifascista.

Ernesto opinó sobre la situación de Guatemala: Jacobo Árbenz, en comparación con Arévalo, radicalizaba el progreso a través de la reforma agraria, lo que señalaba como positivo; pero veía con temor que la pluralidad de partidos que constituían el frente de fuerzas políticas, debido a sus rencillas internas y sectarismos, entorpecía la acción efectiva de las medidas revolucionarias del gobierno y debilitaba la unidad del pueblo en torno a la revolución.

La crítica suya era certera, pues a la sazón existía en Guatemala una especie de «unidad popular», parecida a la chilena de veinte años después, en la que participaban sectores del campesinado, de la clase obrera, de la pequeña burguesía y aun de la burguesía, distribuidos en seis partidos: Acción

Revolucionaria (PAR), de la Revolución de Guatemala (PRG), Renovación Nacional (PRN), Renovación Nacional Socialista (PRNS), Institucional Nacional (PIN) y Guatemalteco del Trabajo (PGT) o Comunista. En esa alianza el PGT, aunque minoritario, mantenía la hegemonía en las decisiones políticas en materia de reforma agraria, aspectos importantes de la economía, asuntos obreros y política internacional. La unidad era más aparente que real y ocurrían las divergencias y pequeñeces señaladas por Ernesto, quien, además, hacía hincapié en la amenaza del imperialismo yanqui, cuyo golpe ya se veía venir. Le preocupaba la desmedida confianza que los sectores políticos y gubernamentales tenían respecto a poder controlar la situación en un momento de crisis, pues a su juicio no había razones convincentes en qué fundarla. Creía que era necesario organizar la defensa popular y estar preparado para lo peor.

Ya de madrugada del domingo se despidieron las visitas. ¡Cómo imaginar que en esa velada el destino me había brindado la distinción más honrosa de mi existencia: hacerme amigo del hombre que por sus portentosas hazañas llegaría a ser, en nuestra época, el arquetipo del héroe, del revolucionario y del libertador! ¡¿Cómo poseer el don de la predicción e intuir en aquel Ernesto Guevara, muchacho, al Che, al Guerrillero Heroico?!

Le vi algunas veces más en Guatemala, aunque de manera fugaz, porque eran momentos muy agitados por las incursiones aéreas lanzadas por el imperialismo para hostilizar diariamente la capital. Quizá por equivocación, en un libro que escribió Hilda Gadea (*El Che, años decisivos*), ella relata que en las vísperas del derrocamiento de Árbenz, Ernesto me planteó la necesidad de armar al pueblo y que mi respuesta había sido la de que eso ya no era necesario porque Árbenz renunciaría. Nunca ocurrió esa conversación y menos pude yo anunciarle hecho tan funesto habiendo sido de los primeros sorprendidos al conocer la noticia a través de la cadena nacional de radio.²

En México

La primera vez que encontré a Ernesto en la ciudad de México donde ambos estábamos exiliados después de los sucesos de junio de 1954 ocurridos en Guatemala, fue en el parque Chapultepec. Iba él –cámara en ristre– en compañía de mi paisano Julio Cáceres (*El Patojo*). «¿Qué haces con esa

² Más datos sobre la vida del Che en Guatemala podrían aportarlos Marco Antonio Villamar, Mirna Torres, Jaime Diez Roisoto, Elena Leiva, que lo conocieron y trataron. El apellido del acompañante del Che el día de su visita a mi casa es Rojo, Ricardo Rojo.

cámara de turista?», le pregunté. «No es de turista», me respondió, «es con la que nos ganamos los pesos».

Recuerdo que le insté para que dejara aquella actividad y se dedicara al ejercicio de su profesión. Le prometí que hablaría con Salvador Piedrasanta, médico guatemalteco con buenas relaciones en México, para que resolviera su situación. Tengo entendido que este logró que se le contratara en un centro hospitalario adonde concurría no muy puntualmente, por las razones que después explicaré.

Ernesto seguía siendo el mismo joven sencillo, modesto y completamente ajeno a los prejuicios de clase social, con una personalidad muy segura de sí mismo y, por lo tanto, naturalmente indiferente a las convenciones burguesas.

Después le visitaría en su hogar (Nápoles 40, Colonia Juárez), es decir, el que había constituido con Hilda Gadea. Ahí traté a un Ernesto que me era desconocido. El papá feliz, cariñoso y complacido por el nacimiento de su primogénita: Hildita. Sin embargo, de esos goces tiernos y profundos disfrutaría por corto tiempo. Ya había sido presentado con el líder universitario Fidel Castro y entre ambos había nacido una amistad entrañable, basada en la confianza mutua, la pureza de ideales y la indoblegable voluntad de realizarlos.

En la cárcel

La prensa mexicana informó cierto día –posiblemente de marzo de 1956– de la captura de un grupo numeroso de revolucionarios cubanos que había sido sorprendido en plenas actividades de adiestramiento militar. Entre ellos, los hermanos Castros –Fidel y Raúl– y Ernesto.

Debo hacer otra rectificación. En el libro ya citado, Hilda Gadea relata un hecho cierto, pero confunde las circunstancias. Se trata de que ella escribe que habiéndole yo expuesto que había estudiado un recurso, mediante cuya interposición lograría la libertad de Ernesto, fuimos a verlo al presidio. Lo ocurrido fue así: ella me pidió la acompañara un domingo, por ser día de visita, a la cárcel de Schultz, donde estaban detenidos los revolucionarios cubanos, y tratara de convencer a Ernesto («que lo respeta mucho a usted», según sus propias palabras), para que permitiera que un pariente de él, acomodado e influyente, hiciera gestiones para obtener su libertad. Accedí inmediatamente y fuimos allá, Hilda, Marco Antonio Villamar –guatemalteco amigo común–, el pariente de Ernesto, cuyo nombre no recuerdo, y yo. Si bien no tuvimos dificultad para entrar a la cárcel (el

pariente permaneció afuera), el hablar con Ernesto se hacía casi imposible. Un mozallón enérgico, rodeado de una veintena de compañeros, les dirigía la palabra con vehemencia. Entre los espectadores estaba Ernesto, inmóvil, sujeto por la atención que prestaba al discurso del carismático orador.

–¡Es Fidel Castro, el líder del Moncada! –me dijeron al unísono Villamar e Hilda.

Sin embargo, temeroso de no poder cumplir el encargo que se me había dado ya que las manecillas del reloj avanzaban y la hora de visita podría pasar sin tener la oportunidad de hablar con Ernesto, en la medida que la prédica se prolongaba, la impaciencia me consumía. Al fin, aprovechando una pausa logramos arrancar a Ernesto del grupo. Cuando le explicamos que el dicho pariente suyo (un hombre de negocios vinculado con la industria cinematográfica) ofrecía mediar con un tío de Ernesto, que desempeñaba el cargo de embajador de la Argentina en Cuba, y quien desde esa alta posición podría gestionar con las autoridades mexicanas su liberación, Ernesto tajantemente dijo: «Hilda: aquí entré junto con los compañeros y junto con ellos he de salir. Nada quiero deberles a esos parientes». Y dirigiéndose a mí, agregó: «Poncho, de todas maneras, muchas gracias».

Salimos con las cajas destempladas, pero por considerarlo un deber de amistad, decidimos hablar con el pariente y rogarle su intervención. Eso sí, no le ocultamos la reacción categórica de Ernesto y, al conocerla, expresó: «¡Qué macana, este pibe es el *enfant terrible* de la familia. Pero ya le pasará!».

Un huésped ideal

Tal como lo había dicho Ernesto, sucedió: fueron puestos en libertad los integrantes del pelotón revolucionario, pero no por la gestión del pariente de Ernesto, sino gracias a efectivas y dispendiosas estratagemas de Fidel según supe después.

No pasó mucho tiempo sin que el amigo Guevara se viese implicado en nuevas actividades con el grupo de patriotas cubanos. Una noche de octubre o noviembre de 1956, Marco Antonio Villamar me fue a buscar para informarme que Ernesto necesitaba esconderse porque las autoridades mexicanas lo perseguían. Villamar no podía brindarle su casa por falta de espacio y recurría a mí para solucionar el caso. De más está decir que inmediatamente accedí y, a las pocas horas, llegó Guevara acompañado de dos cubanos a mi hogar situado en la Calle de Anaxágoras, esquina con la Diagonal San Antonio, del barrio Narvarte de la ciudad de México.

El aposento que pude ofrecerles fue el pequeño y modesto cuarto de las «gatas» (designación chusca que se les da a las trabajadoras domésticas en México), situado en la terraza del edificio de apartamentos. Mis huéspedes no fueron bien recibidos, desde luego que no por desatención nuestra, sino por su mala estrella. Los cacos hicieron de la suya esa noche en algunas de las habitaciones y la policía se hizo presente para investigar los hechos. Uno de los cubanos, de raza negra, a propuesta de Ernesto fue ocultado dentro de dos colchones, encima de los cuales se sentó el otro cubano. Habían decidido hacer esto porque pensaron que con los prejuicios raciales que desgraciadamente se dan en las sociedades burguesas, la torpeza de algún gendarme condujera a inculpar al compañero prieto. Ernesto fue quien salió de la pieza a recibir a los policías que, sin duda, bien impresionados por su rostro jovial y simpático, no desconfiaron de él y rehusaron entrar a la habitación a practicar el registro. «No, joven», le dijeron, «no se moleste usted, estamos seguros de que este hecho es obra del amante de alguna de las "gatas" que aquí sirven», y se despidieron.

Nunca supe el nombre de los dos amigos de Ernesto, pero en el libro citado de Hilda Gadea (aunque ella solo menciona a Ernesto y a un compañero más y, por consiguiente, omite al tercero) se relata que uno de ellos era el hoy comandante Calixto García. Al día siguiente, cuando volví de mi trabajo, encontré solo a Ernesto, pues sus dos amigos habían decidido cambiar de aires. En esas circunstancias, él me pidió un favor: apenas pasara el peligro de la persecución había dispuesto reintegrarse a sus actividades en el hospital donde laboraba ya que –según me dijo, mintiéndome–, debía hacer un largo recorrido de inspección por varios estados de México. Para ello necesitaría estuviesen en buenas condiciones un lote de medicinas que debían conservarse en el refrigerador. Las medicinas eran tantas que no cupieron y hubo necesidad de solicitar a otros guatemaltecos, vecinos y de mi confianza, que las conservaran en sus neveras.

Los días transcurrían y Ernesto iba ganándose el cariño de los míos por su carácter y simpatía. Era un huésped ideal. Nada pedía. No molestaba en nada. Incluso había que rogarle que bajara a comer con la familia. No es que fuese huraño, pero sin duda le preocupaba parecer importuno. A diferencia de los guatemaltecos que somos aficionados a los copetines, él era sobrio. Su debilidad era la hierba mate y siempre se le encontraba con la bombilla en la palma de la mano, bebiendo sorbo a sorbo, durante horas enteras. Tenía otra manía, igualmente arraigada: leía como un condenado.

(Abro este paréntesis porque lo considero necesario a fin de que se comprenda mejor el incidente a que me referiré después. Entre el grupo más activo de los exiliados guatemaltecos, salvo pocas excepciones como

Julio Cáceres y Marco Antonio Villamar, y el equipo de desterrados cubanos dirigidos por Fidel, no existían relaciones. A la sazón los desterrados guatemaltecos consideraban, dadas las condiciones internas de Guatemala, imposible organizar una rebelión armada. Favorecían, en cambio, las acciones políticas, las tareas de organización de masas y las de concientización, aunque se sabía que este era un camino no solo difícil, sino a largo plazo. Por otra parte, no comprendíamos cómo un dirigente de la talla del joven Fidel pudiese ir a los Estados Unidos, celebrar mítines en parques y lugares públicos y aún más: lograr importantes recaudaciones de fondos destinados a la financiación de la lucha contra Batista. Eso nos hacía pensar en que los norteamericanos no veían con malos ojos a su movimiento y nosotros, que todavía sentíamos la rabia de la impotencia y de la humillación, después de sufrir la intervención yanqui y sus crímenes, cegados como estábamos de odio hacia todo lo que se relacionara con los norteamericanos, no podíamos comprender las peculiaridades del proceso revolucionario cubano. ¡Nada menos olvidábamos a Martí, quien, predecesor de Fidel, también había peregrinado por «las entrañas del monstruo» antes de realizar la independencia de Cuba! También nos separaban las buenas relaciones que los cubanos mantenían con algunos militantes exiliados de Acción Democrática y del APRA, de los cuales los guatemaltecos estábamos ya muy distanciados).

El santo remedio y una visita inesperada

Paso, enseguida, a relatar el incidente anunciado. Una noche sesionábamos en la sala de mi apartamento varios miembros de la Unión Patriótica Guatemalteca (UPG), cuando alguien tocó el timbre de la puerta principal del edificio. Desde nuestro lugar de reunión (situado en la planta baja) vimos, a través del vidrio esmerilado de dicha puerta, la silueta de un hombre corpulento tocado con un sombrero abarquillado, del tipo que estaba muy en boga entre los diplomáticos. Pensamos que fuera Guillermo Toriello, excanciller durante el gobierno de Árbenz. Pedimos a mi esposa que fuese a ver quién era el visitante y mientras tanto continuamos la sesión a puerta cerrada.

Al rato, Ernesto me mandó a pedir, por intermedio de mi esposa, la última caja de medicinas que había recibido días antes y que permanecía en una esquina, cerca del patio. Entre cuatro personas, o más, apenas si podíamos mover aquella enorme caja. Recuerdo que hacíamos el esfuerzo Augusto Charnaud Mc Donald, Huberto Alvarado (quien fuera asesinado

en 1975 por el gobierno de Laugerud García, siendo secretario general del PGT en la clandestinidad), Víctor Manuel Gutiérrez (también comunista y exsecretario general de la CTG y, asimismo, asesinado por el gobierno militar de Enrique Peralta Azurdia en 1966) y yo. ¡Sin duda alguna –pensé– estas medicinas van a servir de santo remedio!

Ahora bien, la situación fue embarazosa para mí, porque mis compañeros se dieron cuenta de que estaba de alguna manera envuelto, a espaldas de mi organización, en alguna intentona armada, fácil de imaginar con quiénes, pues no era un secreto mi amistad con Ernesto Guevara. Sin embargo, tanto ellos como yo fuimos discretos. Ni ellos me reclamaron nada por el incidente ni yo les di ninguna explicación.

Después, a solas, mi esposa me contó que cuando ella había salido a abrir la puerta, en vez de aparecerse Toriello, fue un hombre desconocido y de acento caribe en el habla, quien de primas a primeras le preguntó: «¿Está Ernesto?». «Aquí no vive ningún Ernesto», respondió ella. Pero, él insistente, exclamó: «Sé que aquí está y voy a entrar», y acto continuo, poniendo el pie al lado de la banda de la puerta para evitar que le fuera cerrada, empujó y subió corriendo la escalinata hasta llegar a la buhardilla en que posaba Ernesto. ¡Así fue cómo mi hogar llegó a ser ungido, en tan poco tiempo, una vez más por la historia: el inopinado visitante era Fidel Castro!

Despedida a la francesa

A los pocos días de los sucesos que anteceden, recibo la preocupante noticia de la ausencia de Ernesto. No había bajado a desayunar, a almorzar ni a cenar. Inmediatamente subí a su aposento y lo encontré cerrado con candado puesto por fuera. Tuvimos que forzarlo y encontramos su habitación hecha un *pandemonium*: la cama sin hacer, la bombilla de mate por aquí, el reverbero por allá, su inhalador para el asma tirado por ahí, las prendas de vestir regadas acullá, y una media docena de libros abiertos, como si hubiesen sido objeto de lectura simultánea, entre ellos *El Estado y la revolución*, de Lenin, *El capital*, de Marx, un *Manual de cirugía de campaña* y –disculpas por la cita– el libro *Cómo opera el capital yanqui en Centroamérica*, que recientemente había escrito yo. Después de ver aquello estaba probado que el orden doméstico no era una virtud que Ernesto practicara.

Nos dimos cuenta de que había salido precipitadamente y, como no volviera, decidí avisar al día siguiente a Hilda de su desaparición. A ella hice entrega de sus escasas y modestas pertenencias, a las cuales aludió

Ernesto en una carta que dirigiera a Hilda en la que le decía: «mis cosas las dejé en la casa de Poncho».

A cambio de ese defecto venial, la discreción en todo sentido y especialmente en su acepción de exactitud para guardar secretos, era en él una cualidad que, como tantas otras que poseía, hicieron de su persona el más grande revolucionario de América. ¡Había pasado un par de semanas en nuestra intimidad y, jamás, ni por asomo, dejó escapar nada de los planes en los cuales estaba comprometido, ni mencionó a nadie por su nombre o de otra manera. Si a mí o a alguno de mi familia nos hubiese capturado la policía e interrogado, o atormentado, nada hubiésemos podido declarar, porque nada sabíamos que pudiera provenir de alguna ligereza suya. ¿Cómo no iban a triunfar en su lucha, combatientes de esa naturaleza!?

Un día lloramos a Ernesto. El cable daba la noticia del desembarco del *Granma*, pero también informaba que todos los participantes habían sido liquidados por la metralla del ejército batistiano. De Ernesto se decía que había muerto en un cañaverol.

En Cuba: el último abrazo

En julio de 1962 fuimos invitados a Cuba varios guatemaltecos revolucionarios amigos de la Revolución verde oliivo. Pasáramos las fiestas del 26 en la Isla. ¡Es de imaginar las ganas que tenía de volver a saludar a Ernesto, ahora convertido en el Che! No tuve necesidad de solicitarle audiencia, porque él, demostrando ser el mismo en la llanura que en la grandeza, sin anuncio previo, se presentó al Hotel Riviera a darnos la bienvenida a los guatemaltecos.

Cuando le ofrecí asiento en el sillón más cómodo de la alcoba, rehusó y se sentó familiarmente en la orilla de la cama. Conmigo estaba otro revolucionario guatemalteco, Julio Gómez Padilla, y los tres conversamos durante un par de horas.

Al escuchar el relato que le hicimos de nuestros esfuerzos por estructurar un partido de frente amplio y la posibilidad de participar en el proceso de futuras elecciones, recuerdo que exclamó: «¡Ay, Poncho, ustedes siguen con sus partiditos!». «¡La revolución... eso es lo que hay que hacer!», concluyó.

En esa oportunidad conversamos algo de la experiencia de la guerrilla cubana y mencionó como una de las causas principales de su éxito la capacidad de líder de Fidel. «Vos no te podés imaginar cómo es Fidel», me dijo. «Hay que estar cerca de él para darse cuenta de su personalidad, de su grandeza, de la disciplina que impone –no por la fuerza, sino por su poder de atracción–; en la guerrilla, cuando todos desfallecíamos de

fatiga, él nos levantaba el ánimo; es un hombre incansable, estudioso y reflexivo, pero acometedor; sus valores morales son inestimables, es un gran amigo, incapaz de abandonar a un compañero, aún en las peores circunstancias; su pensamiento constante es la Revolución. Por todo ello, Cuba llegará muy lejos, pese a las dificultades que se presenten, no solo por las grandes virtudes patrióticas de este pueblo, sino porque cuenta con un guía extraordinario: Fidel».

Al marcharse, nos abrazamos. No sabía que iba a ser por última vez.

Casa de las Américas, no. 104, septiembre-octubre de 1977, pp. 13-18.

EL CHE QUE CONOZCO

Juan Almeida

Luego de mi arribo a México D.F., en febrero de 1956, mi primer encuentro con el Che fue en el gimnasio en Bucareli No. 118 entre General Prim y Lucerna, donde asistíamos como parte de nuestro entrenamiento y preparación para la expedición del *Granma*. Él, médico argentino, exiliado también, venía de Guatemala. Asmático fuerte, con su inhalador en el bolsillo. Siempre vestido de traje color carmelita, afable, compartía con nosotros los ejercicios y los juegos. Después se marchaba para el hospital donde trabajaba.

Posteriormente lo encuentro en el rancho Santa Rosa, en Chalco, donde pasamos un entrenamiento más riguroso en contacto directo con un territorio agreste, donde él tenía las funciones de jefe de personal, sin que por ello fuera excluido de sus deberes de entrenamiento, las marchas, las guardias y la atención a los enfermos. Volvemos a compartir, presos, en la cárcel Miguel Schultz No. 27, acusados de violar las leyes migratorias de México y él amenazado con ser deportado a Argentina.

Hacemos juntos la travesía rumbo a Cuba en el yate *Granma*, donde lo veo atender a los afectados por el mareo cuando se lo permite el asma que lo ha atacado con fuerza.

A partir del desembarco en Las Coloradas, el 2 de diciembre, nuestra vida en común de guerrillero queda marcada por tres hechos trascendentales: cuando nos sorprenden en Alegría de Pío lo encuentro herido en el cuello y lo llevo conmigo hasta el rencuentro con Fidel en Cinco Palmas; en la emboscada a los soldados de la tiranía en Llanos del Infierno, el 22 de

enero de 1957, dio prueba de arrojo, valor y osadía al salir de la trinchera para ocupar el fusil y la canana de un soldado enemigo derribado, arma que después, previa consulta a Fidel, me entrega en gesto de delicadeza que a todos nos emocionó. Finalmente cuando, como médico, queda a cargo del cuidado de los que resultamos heridos en el combate de Uvero, el 28 de mayo de ese mismo año.

A estas vivencias pudiéramos añadir la emoción que sentimos cuando lo hicieron jefe de la Columna 4 y Fidel lo nombró Comandante, los graves e importantes momentos compartidos en el enfrentamiento a la ofensiva de la tiranía en julio y agosto de 1958 y la alegría al encontrarnos en Camagüey, el 5 de enero de 1959, derrotada ya la tiranía, cuando vengo con Fidel hacia La Habana.

Vinieron después los días, semanas y meses convulsos de la Revolución, organizando el nuevo Estado socialista, donde el Che desempeñó importantes misiones, hasta su salida definitiva hacia otras tierras del mundo, primero a África y después a Bolivia.

Junto a la admiración que siento ante sus cualidades como revolucionario, guerrero, dirigente y como persona, se ganó también mi más profundo sentimiento de amistad, compañerismo, hermandad, cariño más sincero y respeto.

Este es el Che que conozco, porque, como dijera Fidel, de Ernesto Guevara nunca se podrá hablar en pasado.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 5-6, en un espacio destinado a ofrecer testimonios de personas que conocieron al Che, a treinta años de su muerte. Fechado el 28 de octubre de 1996, este texto encabezó la sección de «Coprotagonistas» de la edición-homenaje como parte de una zona mayor de la revista que se llamó «Che siempre», y que, según anunció el texto editorial de aquella entrega, se repetiría como recordatorio permanente durante todo el año.

DESDE YARA

Harry Villegas

Yara, pueblo testigo de hechos históricos que marcan para siempre el destino o el camino a seguir por la ruta de la victoria, está ubicado en las inmediaciones de la Sierra Maestra, escenario de todo un bregar que pondría a Cuba en el lugar que hoy ocupa, libre e independiente. En Yara nació.

Con solo diecisiete años, tenía edad suficiente para juzgar que aquella vida que nos imponían era injusta, y pensé entonces que yo también debía hacer lo que muchos jóvenes habían decidido: cambiar el brutal sistema al que estábamos sometidos. Ya oía hablar de Fidel, de sus acciones, de su valentía, de su defender a los pobres para liberarlos de la miseria, y eso aumentó aún más mi decisión de incorporarme a la lucha y contribuir con algo, por poco que fuera, a apoyar sus acciones.

Comencé en el claudestinidad. Con otros muchachones del pueblo interrumpía el alumbrado eléctrico, pintábamos las paredes con frases en contra del gobierno. Esto trajo como consecuencia que me detuvieran tres o cuatro veces. Ya nos era muy difícil continuar así, pero no nos daban autorización para subir a la Sierra Maestra. Nos decían que debíamos mantenernos allí.

Un día, junto a otros compañeros, en una manifestación de indisciplina, hallándonos en un baile popular, dijimos: nos vamos para la Sierra. Y lo hicimos. Primero nos unimos a un grupo de escopeteros en el Valle del Cauto, después hicimos contacto con la tropa del Chino Figueredo, y cuando estábamos con ella, llegó el Che. Eso fue en Canabacoa. Ya el Che era leyenda, un símbolo. Me causó una impresión muy grande aquella figura desgarrada, montada en un burro, con un físico más bien débil, y en su cara una expresión que me recordaba a Cantinflas.

Tengo fresco en mi memoria ese día. Con su peculiar acento argentino y su mirada fija, sin vacilación, con firmeza, el Che me preguntó qué hacíamos allí, y nos dijo que teníamos que irnos. Pero insistimos y le respondimos que estábamos allí porque queríamos luchar por la libertad de Cuba, y que habíamos ido por decisión propia. Entonces me mira, ve mi fusil 22 y me dice: ¿Tú crees que con ese fusilito pueden hacer la guerra?; miren, bajen a su pueblo, que allí hay muchos soldados, vigílenlos, denles un palo y desármenlos, y vuelvan con un arma cada uno en sus manos.

La empresa resultó difícil, tuvimos varios tropiezos, pero no regresamos con las manos vacías. Pienso que el Che nos permitió quedarnos, más que por la calidad del armamento capturado, por la decisión que demostramos. Comencé como mensajero, luego fui con él para Minas del Frío, donde me acostumbré a los constantes bombardeos de la aviación batistiana.

Allí en Minas recibí la primera demostración del alto concepto que el Che tenía de la disciplina. La comida era escasa y un compañero inició una huelga de hambre. Yo estuve entre los cabecillas. Al llegar el Che, nos acusó de sedición, amenazó con fusilar al responsable, y a mí me castigó a tres días sin comer. Por suerte, llegó Fidel y suavizó el castigo.

No estuve exento de otros castigos. Todo lo que constituía indisciplina él lo castigaba severamente, porque sabía que la disciplina era un factor

determinante en la supervivencia de la guerrilla. Para él, era importante que no quedaran impunes el error o el delito cometidos. Concebía que la única vía para uno autoperfeccionarse era obligarlo a meditar sobre sus faltas. Además, empezaba por él, y con bastante crudeza.

Che luchaba con nosotros como si fuéramos sus hijos, tratando de formarnos en todos los sentidos. Nos criticaba y sancionaba cuando era necesario. Pero, siempre justo, tenía un alto concepto de la equidad, un altruismo sin límites, y esto hacía que lo admirara más, que me sintiera cada vez más comprometido con él.

Veía a los jóvenes como la arcilla fundamental de la Revolución. Por ello, en los ratos libres aprendíamos español, matemáticas; hacíamos lecturas de historia. Y nos fogueaba para hacernos más fuertes, nos exigía mucho. En cada acto estaban siempre presentes su sabiduría, su integridad, su valor y su lealtad a Fidel.

Triunfa la Revolución y continúo a su lado, como jefe de su escolta. De esto último, dicho sea de paso, me enteré de una forma que solo su sentido del humor permitía. Al llegar a La Habana, esta gran ciudad me asustó, y, ya en La Cabaña, yo miraba la ciudad desde el Cristo porque no me atrevía a salir. Entonces se aparece él un día y me dice que si yo, el jefe de su escolta, pensaba andar de vago sin trabajar; no, compañerito, eso solamente se logra en el capitalismo. Así me enteré del cargo. Me monté con él en el carro y al fin salí. Como miembro de su escolta, viví varios años junto a él y su familia.

Un día me dio la responsabilidad de pasar la Escuela de Administración y dirigir la Empresa Sanitarios Nacionales. Esto me obligaba a superarme técnica y culturalmente. Entonces me di cuenta de que yo cometía un error: pensar que por haber terminado la primaria y haber estudiado un poco en la Escuela de Comercio de Manzanillo, no necesitaba más. Y no era así. Recuerdo que siempre que iba a la zanca de su caballo con él, me preguntaba sobre ciertas cosas; por ejemplo, me señalaba una mata de café, de mango o de tabaco, y me preguntaba: ¿Qué cosa es eso? Al responderle, me decía: Se ve que eres graduado de la Universidad de Yara.

Era un estudioso incansable. Cuando hizo su viaje por Asia y África, dejó organizado el estudio de los miembros de su escolta. Castellanos y yo aprendimos a pilotear. Al regresar el Che, nos encontrábamos en el aeropuerto, y al primero a quien llamó fue al maestro. Le preguntó por nuestra superación. Como el maestro le respondió que no habíamos participado en clases, él en premio ascendió a todos los demás, y a Castellanos y a mí nos puso a sembrar. Hoy comprendo la importancia de superarse, y me arrepiento de no haber comprendido el ejemplo que el propio Che nos daba.

Para mí, entre los rasgos más importantes de la personalidad del Che, están su alta sensibilidad humana, su extraordinaria preocupación por el prójimo. Muestra de ello fue la lucha en el Congo. Realmente fue una gran experiencia. Era muy difícil comprender la psicología de los jefes africanos. Resultaba muy complejo entender a aquel pueblo que se encontraba en una mezcla de estadios sociales: desde las relaciones familiares de la comunidad primitiva hasta manifestaciones modernas.

Sin embargo, aun con el poco apoyo que recibimos y la inestabilidad de los jefes africanos, el Che, que no quería marcharse de allí, decidió que la solicitud de nuestra retirada fuera por escrito, para que el prestigio de Cuba quedara limpio. Pero, además, nos dolía dejar a los combatientes que nos habían acompañado. Para él fue inmensamente difícil, desde el punto de vista humano, y les pidió que ellos mismos escogieran quiénes vendrían a Cuba a estudiar, pues tendrían que ser unos veinte compañeros. Más no cabían en las lanchas. Sé cuánto dolor sintió al tomar esa decisión, porque, repito, su sensibilidad humana no le permitía ser de otra manera.

Su audacia es otro rasgo que siempre admiré en él. Era extremadamente audaz. Creo que una característica que lo diferenciaba de Camilo consistía en que era menos temerario, y esto lo dejó bien claro en su libro *La guerra de guerrillas*, donde sistematiza sus conceptos de guerra irregular. Estimaba que el combate solamente debía aceptarse cuando garantizara el éxito. Citemos un ejemplo, la batalla de Santa Clara, en la que el Che se graduó como estratega y se consolidó como líder militar. Fue contra las leyes de la guerra que establecen la superioridad numérica para el ataque. Calculó la sorpresa como factor de debilitamiento psicológico. Poniendo de manifiesto su audacia, entró primero a la ciudad, solo en compañía de Aleida, Parra y yo. Mientras avanzábamos, el pueblo salía a las calles y decía: Ahí viene el Che con tres mujeres. A Parra y a mí nos confundían porque teníamos el pelo largo.

En cuanto a mis ideas acerca del Che, podríamos estar hablando horas, pero creo que es justo esclarecer ahora algunas cosas. Una de ellas, que en estos momentos en nuestro país y sobre todo para la juventud resulta sumamente importante, es el factor disciplina y exigencia. En una oportunidad me encontraba en una Unidad Militar, en la que hacíamos una especie de intercambio acerca del Che. De pronto, un soldado me hace una pregunta, que por primera vez me hacían. Imagínense: qué defecto yo le había encontrado al Che. Y me argumentó diciendo que siempre había oído hablar de sus virtudes y nunca de sus defectos. Yo, sin vacilación, le contesté que, desde mi punto de vista, le podía señalar al Che un solo defecto: que era extraordinariamente exigente. Pero su exigencia siempre

perseguía un fin, y se basaba en la justicia, porque él no era capaz de exigirle a otro una tarea que no estuviera a su alcance cumplir. Y aunque pareciera contradictorio, ese defecto era su gran virtud. Creo que a nadie como a mí esa virtud suya, esa exigencia, me afectó directamente, por las reiteradas indisciplinas que yo cometía.

Tengo muchos ejemplos que poner de indisciplinas cometidas por las cuales recibí el rigor de sus castigos, pero ahora solo voy a poner este: durante la Invasión, el Che me tenía prohibido montar a caballo, y yo desobedecí su orden y monté en uno, pero tuve tan mala suerte que tropecé y, al tropezar, se me escapó un disparo. Yo ignoraba si él lo había oído o no, pero me presenté ante él, le conté lo sucedido y fui sancionado: automáticamente me mandó para el Pelotón de los Descamisados, donde me dieron una olla gigantesca, calderos, cantimploras y me los eché arriba, y a caminar. Como a los tres o cuatro días, me mandó a buscar y me reincorporé a la Columna. Hoy medito sobre las consecuencias que aquel acto de indisciplina pudo haberle ocasionado a la tropa. De haber habido soldados cerca, el disparo nos habría puesto en sus manos, porque podían dar con nosotros fácilmente y tendernos una emboscada.

Hace apenas un año, encontrándome en Argentina, en la Universidad de La Plata, alguien me hizo una pregunta similar a la de aquel soldado a quien me referí anteriormente, solo que la pregunta fue desde otro ángulo: si era verdad lo que afirman algunos detractores del Che que lo tildan de duro, autoritario y dictador. Mi respuesta no se hizo esperar. Le contesté que eso era una campaña difamatoria del imperialismo, una burda campaña para tratar de nublar la imagen, el ejemplo del Che, basándose en anécdotas narradas por los que estuvimos a su lado en la guerrilla dentro y fuera de Cuba, que con mucho orgullo las contamos por todo cuanto aprendimos de él.

A los allí presentes les recordé a Maceo, cuando dijo que donde estuviera la indisciplina, él nunca estaría; y a Martí, quien planteaba que no se mandan pueblos como se mandan ejércitos; y a Fidel, cuando en la introducción al *Diario del Che en Bolivia* expresó: «En el seno de un destacamento guerrillero esas críticas se tienen que producir incesantemente, sobre todo [...] cuando el menor descuido, o la más insignificante falta pueden resultar fatales y el jefe debe ser exhaustivamente exigente».

El Che, en esas condiciones, era un jefe militar, un conductor de tropas, y la disciplina tenía un alto sentido político para él. Concebía al guerrillero como un reformador social, pero no se puede convencer si no se está convencido, y esto llevaba al Che a la erradicación de sus defectos, de sus

errores, para poder cumplir con dignidad el cometido de cómo él concebía al revolucionario.

Reunía las virtudes que pueden definirse como la más cabal expresión de las cualidades de un revolucionario íntegro en su conducta. No se le encuentra una sola mancha. Por todas sus virtudes se le puede llamar, como dijera Fidel, modelo de revolucionario. Y esto explica en su justa medida por qué un día en Bolivia, precisamente mientras hacía un análisis de la disciplina de la guerrilla, nos dijo: «Este tipo de lucha nos da la oportunidad de graduarnos de revolucionario, el escalón más alto de la especie humana».

Incluido en *Casa de las Américas*, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 12-15, en el espacio que dentro de su entrega especial «Che siempre» la revista reservó a los «Coprotagonistas».

MI RENCUENTRO CON EL CHE EN ARGENTINA

Alberto Granado

Es innegable que después de la conmoción producida por el derrumbe de la URSS y los países socialistas del Este, se percibe que la humanidad, tras un período de reflujo, comienza a buscar un camino nuevo, algo que le permita salir de este caos de irracionalidad adonde la han llevado los poseedores del poder. Percibe que las fuerzas retrógradas la van conduciendo cada vez más hacia la miseria y la enajenación, y que el mundo unipolar es solo el campo de batalla donde se libra una lucha para acabar con todo lo que sea dignidad, solidaridad y fraternidad.

Sin embargo, las elites que des gobiernan a los diferentes países, entre otros la Argentina, parecen estar ajenas a estos cambios. Y es entonces que, para sorpresa de los poseedores del poder, de los dueños de los medios de comunicación, de los negadores de la importancia de las ideologías, aparecen la figura, la palabra y el ejemplo del mayor de los defensores de la necesidad e importancia de las utopías: Ernesto Che Guevara.

Es por eso que en estos momentos, dondequiera que se lleven a cabo actos en que se invocan sus ideas, su ejemplo o su trayectoria fulgurante se reúnen, sin diferencia de edades, sexo o partidos políticos, todas aquellas personas que están buscando ese nuevo camino, deseosas de conocer más sobre ese hombre del cual se puede decir, parafraseando a José Martí, que encarna en sí la dignidad de muchos miles de hombres.

Todo esto quedó demostrado en el masivo apoyo que en octubre de 1996 tuvieron las conferencias sobre el tema en la Federación de Box de Buenos Aires. Ese local destinado a actividades deportivas masivas resultó pequeño para contener al público que abarrotó las instalaciones, mientras otro número igual o mayor ocupaba la calle Castro Barros escuchando con fervor y unción las esclarecedoras palabras de los disertantes.

Igual sucedió con la conferencia que yo mismo impartí, y el debate posterior, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, y con la columna que el 8 de octubre, como una marcha triunfal *in crescendo*, llevó, precedida por las banderas argentina y cubana y la figura del Che, desde la Plaza del Congreso hasta la Facultad de Medicina, una placa que recordaba el paso del estudiante Ernesto Guevara de la Serna por las aulas de dicha institución.

Pero lo más impactante de toda esta adhesión se produjo el día 19 de octubre, cuando, gracias al tesonero esfuerzo del grupo Chao Bloqueo, encabezado por grandes amigos de la Revolución Cubana, Eladio González (*Toto*) y su compañera Irene de Cuba, se inauguró el Primer Museo Argentino sobre el Che Guevara.

Esa noche, en Buenos Aires, se vivió el climax de ese período de resurgimiento de las ideas del Guerrillero Heroico. Cientos y cientos de mujeres y hombres, en su mayoría jóvenes, se reunieron para observar cuadros, libros, recuerdos de amigos, de compañeros de lucha que hacían presente la figura del gran ciudadano del mundo, el latinoamericanista y sobre todo el argentino que es el Che Guevara, tras cuyo ejemplo gran parte del pueblo argentino, que ya ha dicho ¡basta!, comenzará a andar.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 32-33.

GUEVARA TE MIRA EN LAS NOCHES

Paco Ignacio Taibo II

I

Y te dice invariablemente:

–La estás cagando, che. ¿Cómo mierdas se te ocurre hacerme personaje de una biografía?

Y eso sucede los días más afortunados. Lo habitual es que se limite a soltarme una mirada burlona y medio cáustica.

Durante dos años, cuatro fotografías tuyas dominan las alturas de mi cuarto de trabajo colocadas en una cornisa. Durante el último temblor una de las fotografías se torció y el Che me miraba de lado. Lo dejé así un tiempo, ¿no se trataba de desacralizar al personaje? En las horas profundas de la noche, cuando en mi ciudad hasta los perros duermen y los borrachos se han ido a la cama, cuando el vecino rockero hace mucho que dejó de ensayar con la guitarra eléctrica, cuando se suman las horas a las horas y la historia progresa en la pantalla de la computadora, el Che me mira y no perdona.

¿Cómo me metí en esta trampa? Inocente, que no sabía que resulta prácticamente imposible atrapar el centro de un mito.

II

Revisé millares de fotos, en buena parte de ellas el comandante Guevara tenía las botas mal abrochadas. Pregunté aquí y allá, a sus amigos y asistentes. No me gustaban las explicaciones: que si era porque usaba los pantalones por dentro de las botas, que si en esa etapa de la guerrilla usaba tres pares de calcetines para el frío...

Las explicaciones eran contradictorias. Siendo ministro, o presidente del Banco Nacional, usando el pantalón por fuera y con un solo par de calcetines, las fotos reiteraban: los últimos ojales estaban sin abrochar.

Llego a la única conclusión posible. Un tipo que se abrocha mal las botas es que tiene mucha prisa por vivir.

III

No sabía que hacer una biografía era llegar tan cerca de la piel ajena. No sabía lo cerca de la locura que te pone el estar dos años obsesivamente encerrado con un personaje en el cuarto vacío, que lentamente se llena de detalles mientras la historia se fabrica.

El Che estaba dotado de un mecanismo de combustión interna que lo hacía vivir en el límite, mantenerse a prueba permanente, presionar un cuerpo gastado por la falta de sueño, el asma, las tensiones. Era el hombre que había hecho de la autodemanda un estilo vital. Y se quemaba en la lenta hoguera que había encendido en el centro de sí mismo. Se quemaba

y quemaba a los demás, forzando el ritmo, imponiendo tareas imposibles que dejaban de serlo cuando milagrosamente salían bien.

Aplaudía muy poco, tan poco como se premiaba a sí mismo. No solía premiar a sus colaboradores. Daba por hecho que en el cumplimiento de lo imposible estaba el premio. Y apretaba el ritmo, a pesar del asma, del agotamiento, de la debilidad. Lo mismo en las etapas guerrilleras de su vida que en los entrenamientos, en el Banco, en el Ministerio de Industrias, en el trabajo voluntario. Los que vivieron a su lado, lo hicieron siempre con la sensación de que eran unos privilegiados que tenían que pagar un costo personal altísimo por serlo. Y eran quemados en la hoguera.

Mientras escribía su biografía, sentía que el fuego me llegaba a los pies, aumentaba las horas de trabajo, unía las noches con los días. ¿Qué mierda era esto? ¿El método Stanislavski en la historia? Si no te metes en la piel del personaje, no entiendes; si no te acercas, no comprendes. El distanciamiento es un recurso de historiadores del medioevo. Y el Che quema, quema, acelera, obliga, impone...

IV

Si infancia es destino, no lo es de una manera simple. Para el historiador, el argumento convincente, quizá la prueba concluyente es la foto que muestra a Ernesto y al burrito. Es 1932, el personaje tiene cuatro años, se encuentra en la estancia de unos amigos de sus padres, en Caraguatay, Misiones. La foto está dominada por el burro, de ojos dormilones y semi-cerrados, inmóvil, sobre él, un Guevara con poncho y sombrero boliviano del que solo se adivinan los ojos y la media sonrisa, símbolo de placer. Muy erguido, transparentando su amor por los burros, los mulos, los caballos, los animales de cuatro patas que se puedan montar, Ernesto y el burro miran a la cámara. Ambos saben que son el personaje central.

Y si infancia es destino, veinticinco años más tarde y a mitad de un bombardeo, al frente de los rebeldes cubanos, llamados por sus enemigos «los mau-mau», el comandante de la Columna 4, un tal Guevara, conocido como el Che, avanzará montado en el burro Balansa, erguido, displicente, ocultando un terrible ataque de asma que lo tiene al borde del ahogo, y mirará a la cámara con esa misma actitud de perplejidad respecto a por qué es sujeto de la historia cuando el burro, quien también contemplará al objetivo, lo amerita más. Y en aquella primera foto de Caraguatay estará el origen de los providenciales mulos que aparecerán durante la invasión al occidente de la Isla cuando la Columna del Che está cercada por soldados

y aviones, y, desde luego, del mulo Armando, al que Zoila Rodríguez en memoria y amor al doctor Guevara atenderá «como si fuera un cristiano», y del camello que estrenó en las Pirámides de Egipto, incluso de aquel caballito boliviano al que tanto quiso y que terminó comiéndose. La foto de Misiones estará en el profundo germen de la leyenda que aún hoy se cuenta en Cochabamba, Bolivia: «En las noches, el Che Guevara, junto con el Coco Peredo, cabalga en unas mulas grandes, ¡bien grandes!, con sus máusers en las manos, y llegan a Peñones, Arenales y Lajas, a Los Sitanos, a Loma Larga y Piraymiri, hasta Vallegrande». O de la nueva versión de una canción mexicana agrarista, que dice: «Tres jinetes en el cielo, cabalgan con mucho brío, y esos tres jinetes son: Che, Zapata y Jaramillo».

V

Es fácil lidiar, pelear, trabajar sobre los mitos de otros, con los fantasmas de otros, pero ¿con los propios fantasmas, con los propios mitos? Trabajar sobre tu santo laico, el gran fantasma que te ha estado cuidando los sueños todos estos años, impidiendo que los miedos, la pesadilla de la barbarie mexicana, te destruya en la fragilidad de la noche...

Una regla: busca tanto como puedas, los personajes se cuentan en sus actos, no en sus palabras; sus palabras caminan con ellos. Es la manera en que reparte un caramelo, y no el discurso, la que da la clave, es cuando se queda dormido en el camión que cruza los Andes. Acumular anécdotas, todas, muchas, y ordenar; sobre todo, ordenar. Del orden sale el personaje tangible, el mito se diluye en la realidad-realidad.

No ocultar nada, no endulzar al personaje. Poco favor se le puede hacer al Che tapándole los errores, las carencias, los pésimos hábitos higiénicos, la historia de su única actuación como verdugo... Contar sin esconder.

VI

Cuentan que en la guerrilla nadie quería dormir a menos de diez metros de su hamaca, porque los olores de la guerra son potentes y el Che no se caracterizaba por sus hábitos higiénicos; cuentan que tenía una taza con agua al lado de su hamaca en las noches por si tenía que tomar de emergencia algún medicamento contra el asma, y que en las mañanas mojaba los dedos en la taza y se quitaba las lagañas mientras decía: «No abuses, Che, no abuses». Cuentan que en la adolescencia tenía una camisa de nylon y la llamaba la semana porque se la ponía el lunes y no se la quitaba, incluso

llegaba a bañarse con ella puesta. Cuentan que una vez en Costa Rica ganó una apuesta a sus amigos cuando dijo que, si se quitaba los calzoncillos, estos permanecerían de pie a causa de la mugre acumulada en los caminos.

VII

La calidad de un personaje no solo está dada por sus actos, también por las leyendas que en torno a su vida y su muerte se arman. En torno al comandante Guevara he topado con decenas de ellas, quizá la más sorprendente es aquella que cuenta la «maldición del Che»: en los quince años que siguieron a su muerte en el 67, bajo el signo de una serie de sorprendentes casualidades, sin duda atribuibles a que los personajes involucrados vivían en tiempos inciertos y al filo de la navaja, la mayoría de aquellos que tuvieron que ver con la captura, la orden del asesinato y la desaparición del cadáver de Ernesto Guevara, sufrieron extraños accidentes mortales en helicópteros o automóviles, fueron ajusticiados por los herederos de la guerrilla, deportados, se enfermaron misteriosamente, fueron tiroteados, victimados por grupos terroristas de la izquierda fantasmagórica o de la derecha más cavernícola, o asesinados a palos por sus propios excompañeros.

Como si el fantasma del Che retornara a pedir cuentas a sus asesinos, una sistemática ola de violencia fue tocando uno a uno a casi todos los participantes en los acontecimientos. No es pues sorprendente que este cúmulo de casualidades diera nacimiento a la leyenda de la «maldición del Che», que, según el rumor o la conseja popular, hubiera organizado desde el más allá la coordinación de esos accidentes, atentados y enfermedades.

Honorato Rojas, el campesino delator, fue ajusticiado de dos disparos en la cabeza por un grupo del renacido ELN; el presidente Barrientos, carbonizado al desplomarse el helicóptero en que viajaba; el teniente Eduardo Huerta, quien había sido el primer oficial que participó en su captura, fallecido en un accidente de automóvil; el teniente coronel Andrés Selich, muerto a palos en una sesión de «interrogatorio» realizada por agentes de seguridad militar cuando lo sorprendieron fraguando un golpe de Estado. El coronel Roberto Quintanilla quien, como jefe de Inteligencia del Ministerio del Interior, presenció la amputación de las manos del cadáver del Che para su posterior identificación, fue ajusticiado en Hamburgo en abril de 1971 por una militante del ELN. El agente de la CIA que identificó al Che y luego fotografió su diario, Félix Rodríguez, a su regreso a Miami comenzó a sufrir de asma, a pesar de que el asma suele manifestarse en la infancia y él no tenía antecedentes de haber padecido esa enfermedad.

El general Juan José Torres, quien, como jefe del Estado Mayor del Ejército boliviano suscribió la orden de ejecución, cayó asesinado de tres balazos en la cabeza por la ultraderechista Triple A en Buenos Aires. El general Joaquín Zenteno Anaya, cuando ejercía las funciones de embajador de Bolivia, fue ajusticiado a balazos en París por un efímero comando autonombrado Brigada Internacionalista Che Guevara, que nunca volvió a actuar después de esa operación. Gary Prado Salmón, el capitán que capturó al Che, sufrió a manos de uno de sus propios soldados una herida que le perforó los dos pulmones y le lesionó la columna vertebral, dejándolo parálítico. El ministro del Interior Antonio Arguedas terminó en la cárcel a causa del secuestro de un comerciante, tras haber sido tiroteado y bombardeado por desconocidos a fines de la década de los sesenta. Poco se sabe sobre el destino del suboficial Mario Terán, aunque en algunos periódicos se ha dicho que vaga alcoholizado por las calles de Cochabamba, perseguido en sus pesadillas por la imagen del Che, y que, al igual que el sargento Bernardino Huanca, ha tenido que someterse a frecuentes tratamientos psiquiátricos.

VIII

El icono pop, el *poster*, la camiseta, la imagen repetida millonariamente en la manta y la pared, se va quedando vacía, se va amarilleando con el paso del tiempo, va perdiendo contenido. Un fantasma que, muy a pesar de su humor cáustico y de sus reiteradas timideces, ha quedado preso en la parafernalia de la imagen y de las maquinarias inocentes o dolosas que se dedican a vaciar de contenido todo aquello que se les cruza a su paso, para volverlo camiseta, *souvenir*, taza de café, *poster* o fotografía destinados al consumo. Y esa es la condena de los que provocan la nostalgia: estar atrapados en los arcones del consumo, o en los reductos de la inocencia.

En la casa de mi amigo Teo Bruns, en Hamburgo, descubro un *poster* del Che que dice: «Tengo un *poster* de todos ustedes en mi casa. // Che».

Me encabrono ante la nobleza del *poster* y sin embargo lo aprecio como material de rebelión primaria. Colocado sabiamente por un adolescente en la puerta del baño, puede lograr que, si tiene un padre reaccionario, este se corte al afeitarse en las mañanas. En la puerta de entrada al cuarto sirve como maleficio para impedir la entrada de adultos indeseables. El Che, incluso en su imagen más *light*, sigue funcionando como advertencia, señalización de territorios liberados.

IX

La historia dice que el Che en el momento de ser capturado tenía un Rolex, pero el telegrafista de La Higuera, Cortez, vio cómo el coronel Selich le quitaba al Che su reloj aprovechando que estaba amarrado; y el agente de la CIA Félix Rodríguez narra cómo se hizo con el reloj del Che engañando a un soldado que se lo había quitado, y cómo se lo puso en la muñeca cuando ascendió al helicóptero en que abandonó el poblado de La Higuera, y en el proceso el Rolex Oster Perpetual se vuelve un Rolex GT Master. Pero el periodista hispano-mexicano Luis Suárez aseguraba que el Rolex del Che fue a dar a la mano del sargento Bernardino Huanca, quien se lo quitó al cadáver. Otras versiones hacen propietario del reloj al general Ovando, y otra más, la más fantástica, hace recorrer al reloj millares de kilómetros: del cadáver, al médico que hizo la autopsia; del médico, a su hijo, quien lo entregó como pago de una deuda en una cantina de la ciudad mexicana de Puebla.

He viajado hasta Puebla para ver el reloj del Che, y fui a la cantina equivocada.

X

El Che fue desde su primera juventud un aventurero vagabundo y romántico. Tragador de tierra ajena, paracaidista en territorios desconocidos, practicante de una ética de las emociones que mandaban sobre los límites oscuros de la razón.

La izquierda neanderthal de los años sesenta, con la que yo crecí, tenía esas palabras en el catálogo de las perversiones, eran nombres de «desviaciones pequeñoburguesas» (¿desviaciones de qué?, ¿caminos hacia dónde?), maldades y enfermedades. Recuperar al Che hoy es recuperar palabras como esas, recuperarlas en sus sentidos originales. Y junto a ellas, palabras como utópicos (aquel que cree en la utopía), informal (aquel que está en contra de los formalismos), irreverente (aquel que no hace reverencias ante el poder), igualitario (aquel que practica la igualdad en el reparto de los bienes y las miserias), imprudente (aquel cuyo lenguaje no mide consecuencias).

Palabras que asocio fuertemente a la imagen del Che que crece conforme escribo sobre él.

XI

Desmitificar para retornar al personaje posible, humanamente posible, con zonas de luz y zonas de sombra. La única manera es la anécdota encadenada, la coherencia que dan las historias pequeñas cuando se ponen en orden: el joven Guevara y sus amores platónicos con la Tita; el calzoncillo que mágicamente se mantenía en pie; las papas peladas para pagar la cuota de polizonte; el equipo de octava que entrenó en la Amazonia colombiana; la revolución desfigurada en Bolivia en los cincuenta; aquella primera vez en que le hablaron del asalto al Moncada y respondió: «Che, contáme una de vaqueros»; la mirada del observador ante el fracaso de la Revolución guatemalteca; el exilio permanente; el viaje eterno; el encuentro con Fidel; el Golfo de México y por qué no se valía dispararles a los delfines; el asma cuando se subía la loma, siempre el asma, haciendo que cada paso fuera una guerra de la voluntad; el primer hombre al que alfabetizó y al que poco después mataron; la diferencia entre tener un buen rifle y uno malo; su desconfianza de las ciudades; el mito del argentino en el mundo guajiro; los pájaros de la sierra; el descubrimiento de los puros; el rumor entre los soldados batistianos de que el Che no mataba a los prisioneros; el frío y el hambre; los combates preparados minuciosamente que siempre salían mal; la mágica marcha a través de media Cuba, que se volvió leyenda; el aprendizaje de la guerra relámpago; los tanques en Santa Clara; la primera visión de La Habana... y luego el billete de banco firmado Che, y el tiro que se le escapó y casi lo mata, y las interminables jornadas de trabajo voluntario y el reto de levantar de la nada una industria, y la América Latina en el horizonte, y África, y los juegos solitarios de ajedrez en Praga y Nancáhuazú, y la radio estropeada, y el combate en la cañada del Yuro, y las veinticuatro horas finales en la escuelita de La Higuera.

Desmitificar para involuntariamente remitificar.

El personaje. Entrañable Che.

¿Y por qué no? ¿Han probado a vivir sin mitos? ¿No son peores los amaneceres, más agrias las jornadas de trabajo, más triste el amor, más previsible el futuro?

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 70-75.

EL CHE CAMINA AL PRÓXIMO SIGLO

Volodia Teitelboim

Pasada la medianoche llegamos a su despacho en el Ministerio de Industrias. Saludó a su amigo Salvador Allende y a quienes lo acompañábamos con esa sonrisa leve del que no está hecho para bulliciosas exclamaciones. Porque era sutil, recatado y con cierto pudor que lo alejaba del gesto grandilocuente.

A un lado, el inhalador para combatir los ataques de asma. La Habana estaba en silencio. Él dijo que la noche era la hora mejor. Escribía un artículo y podía concentrarse pasado el alboroto del día.

Ninguna solemnidad. Ninguna frivolidad. Conversaba llanamente. Allende se había instalado en un rincón. Quería que escucháramos al Che, que dialogaba sin prisa y a ratos discutía. Discrepó de un joven admirador de la Revolución Cubana que veía el camino expedito.

Han transcurrido treinta años de su muerte y algunos más desde esa conversación nocturna. Para muchos jóvenes de nuestra América el Che continúa en la primera línea de fuego. Lo ven siempre de pie, erguido. Buscan su inspiración. Admiran en él la imagen del hombre necesario, aquel que cree en valores morales. A tal punto que, habiendo cumplido la primera fase de una gran revolución, no quiere seguir siendo ministro sino salir de nuevo al monte. Y lo hará aunque le cueste la vida.

Su lección de grandeza se hace aún más imprescindible en estos tiempos de intelectuales desencantados, insertos en el sistema y que alertan contra el peligro que personifican los «soñadores».

En medio de tanto mito de modernidad, más allá de los «yuppies» de la tecnocracia y la idolatría del mercado llamando a reverenciar el dinero como un fin en sí, se alzan seres humanos «profundamente humanos» como el Che. Para ellos la humanidad no está representada por una moneda, aunque toda una cúpula mundial se asiente sobre el principio de que el mundo gira alrededor del dinero. Por el contrario: piensan, comparten la vieja redundancia brechtiana de que el eje del hombre es la humanidad, que no puede ni debe renunciar a su dramática esencia, con todos sus problemas, sus necesidades, sus ansias, sus preguntas, sus sueños de justicia y dignidad, sus ganas de ser feliz.

Los tiempos son distintos y los procedimientos pueden ser diversos. Salvador Allende se enorgullecía de una dedicatoria que le escribió el Che:

«Buscamos la misma meta por caminos diferentes». La figura de ambos hoy está atravesando el puente que lleva al siglo XXI.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 76.

EN DEFENSA DEL ROMANTICISMO

Manuel Vázquez Montalbán

Septiembre de 1996, una manifestación de estudiantes argentinos rememoraba por las calles de Buenos Aires la oprobiosa *noche de los lápices*, el asesinato en 1976 de nueve escolares de enseñanza media perpetrado por la Junta Militar. En la esquina de Callao con Corrientes asistí a una concentración de masas que parecía venir del túnel del tiempo anterior al diluvio, anterior al holocausto de las izquierdas latinoamericanas perpetrado fríamente en el espacio de tiempo que media entre la caída de Goulart y los diferentes genocidios del Cono Sur. Miles de estudiantes bajo el lema ¡Venceremos! y los iconos del Che sobre sus cabezas, revestido Guevara de nuevo de su condición de referente romántico para una generación. Empleo la palabra romántico con el inmenso respeto que me merece el compromiso romántico de los luchadores sociales de los dos últimos siglos, algunos motivados por su conciencia de clase y otros llamados por hechos de conciencia tal como los asimiló el Che: las quiebras en la realidad que demuestran el desorden oculto por el orden establecido.

Como una pesadilla para el pensamiento único, para el mercado único, para la verdad única, para el gendarme único, el Che como sistema de señales de la insumisión, una provocación para los semiólogos y para la Santa Inquisición del integrismo neoliberal. No como un profeta de revoluciones inútiles sino como una desalienadora proclama del derecho a rechazar que entre lo viejo y lo nuevo solo se puede escoger lo inevitable y no lo necesario, la libertad fundamental de reivindicar lo necesario. Más allá de la metáfora, ante un milenio que quiere consagrar el papel del yo frente al nosotros como legitimación del derecho a la victoria y a la pernada del más fuerte, el ejemplo del Che apuesta por toda finalidad emancipatoria más allá incluso de la retórica revolucionaria convertida en el código obsoleto de lo que pudo haber sido y no fue. El Che es válido porque anticipó una actitud moral ante el conservadurismo de las derechas y las izquierdas,

y ante la evidencia de que hay que volver a aprehender qué mundo nos preparan y de que hay que volver a aprender a hablar para liberarnos de las palabras demasiado totales y absolutas demonizadas por el fracaso de la confusión. La gestualidad vivencial de Guevara recupera el derecho del yo a ser solidario sin pedir perdón por haber nacido.

La manifestación de estudiantes que presencié en Buenos Aires se celebraba pocos días después de que Sanguinetti hubiera reunido en Montevideo a un puñado de estadistas y sociólogos para intercomunicarse la perplejidad ante el fracaso de la revolución economicista basada en la alianza entre los militares locales y los máster de Chicago: los militares destruyen a los antagonistas y los economistas reconstruyen una sociedad hegemonizada por un millón de nuevos ricos y amalgamada por los actos reflejos de los terrores heredados. Ni siquiera por ese camino el sistema puede prometer no ya la felicidad, sino el crecimiento continuo según su propia lógica. Lo que fue evidencia a puerta cerrada, es evidencia en la geografía de todo el sistema. Cada vez que el imaginario del Ché se alza por encima del *skyline* de las multitudes, se rompen las conspiraciones del partido único, de la verdad única, del mercado único, del gendarme único y a los palanganeros del sistema se les escapa la risa. La risa histórica.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 77-78.

EL CHE EN MI MEMORIA

Juan José Dalton

El Che Guevara cambió la suerte de muchos jóvenes de mi generación. No lo conocí personalmente, pero mi vida ha tenido mucho que ver con él. Mi historia con él comenzó cuando Roque Dalton, mi padre, supo de su asesinato en Bolivia. Residíamos en Praga debido a que Dalton era funcionario del Partido Comunista Salvadoreño en la *Revista Internacional (Problemas de la Paz y el Socialismo)*, con sede en Checoslovaquia. El impacto y el dolor repercutieron en el seno familiar de manera especial. Y eso era parte de una gran contrariedad, porque los comunistas ortodoxos se guiaban por los dictados del Kremlin, que era contrario a los ímpetus del Che: hacer la revolución en todos lados.

Para muchos soviéticos y sus seguidores, el Che era un trotskista; por tanto, un enemigo. Al morir él, creyeron que había muerto el espíritu

guerrillero que estimuló el triunfo de la Revolución Cubana. Pero precisamente en el centro del Trópico, cercanos al lobo, en las narices del imperialismo yanqui, en la Cuba revolucionaria, todos los seguidores del Che tenían una cita. Allá fuimos a parar, pese a que nuestra madre deseaba que siguiéramos estudiando aunque le costara soportar el frío de la hermosísima Praga. En Cuba había un nido de rebeldes, como el nicaragüense Carlos Fonseca Amador, el guatemalteco Rolando Morán, tupamaros, montoneros, unos brasileños y unos colombianos simpatiquísimos que combinaban «muy dialécticamente» los debates ideológicos con el trago a tiempo, al calor de la rumba y de la naciente Nueva Trova.

Roque se sintió «como pez en el agua». En La Habana, mis hermanos y yo nos hicimos pioneros y nuestra consigna fue: «Pioneros por el Comunismo, seremos como el Che». Así que el Che nos llevó a Cuba porque Dalton rompió con sus detractores, y nos criamos bajo su imagen protectora.

Pasó un tiempo y Roque se fue a la guerra: a la más grande guerra latinoamericana en el país más pequeño del Continente. En la clandestinidad siguió haciendo poesía, a la que le dijo: «Perdóname por haberte ayudado a comprender / que no estás hecha solo de palabras». En su último libro, *Poemas clandestinos*, tiene al Che como un protagonista entrañable. «En vista de lo cual no le ha quedado al Che otro camino / que resucitar / y quedarse a la izquierda de los hombres / exigiéndoles que apresuren el paso por los siglos, de los siglos / Amén».

Dalton fue asesinado el 10 de mayo de 1975 –a los treinta y nueve años de edad, los mismos que el Che tenía cuando murió– por quienes se consideraban revolucionarios impecables, Alejandro Rivas Mira y Joaquín Villalobos, líderes del denominado Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), quienes lo acusaron de ser procubano, prosoviético y agente de la CIA. Sin embargo, se dijo que la CIA había recibido un importante servicio de quienes lo ejecutaron. Después de la tragedia, en muchos aspectos, se ha comparado a Roque Dalton con el Che Guevara.

Un día me tocó el turno de poner un grano de arena a la Revolución. En octubre de 1980 me fui a Nicaragua con otros compañeros salvadoreños que acabábamos de pasar un entrenamiento militar de nueve meses en Cuba. En Managua nuestros jefes nos dieron la orden de preparar a un contingente grande de salvadoreños, dos chilenos, un mexicano y una mexicana, dos argentinos, una alemana, una nicaragüense, un venezolano y un vasco explosivista con una historia increíble y cuya consigna política era un tanto irreverente pero indiscutible: «Es mejor tener buen humor que en el culo un tumor».

El batallón, que se instaló en las montañas de Estelí, se llamó Che Guevara. Además de instructor militar, fui el jefe del pelotón de exploración, es decir, el de la vanguardia, y por mi pequeña estatura, botas altas, pantalón *jean* y un sombrero en vez de gorra o boina, me apodaron El Vaquerito. Así le llamaban también al jefe de la vanguardia de la Columna 8 Ciro Redondo, con la que el Che liberó Santa Clara y aceleró la victoria revolucionaria en Cuba.

Lo de Vaquerito fue culpa del argentino Chacho. Aquel batallón tuvo entre sus miembros al escritor Geovani Galeas, víctima de una miopía aguda, y a un poeta exiliado ahora en Canadá, que se había puesto de seudónimo CGS (Combatiente Guerrillero Solo); otro tenía el seudónimo de Demon. La gran mayoría del batallón murió durante la guerra.

De Managua me trasladé a El Salvador, pero no en la idea original, que era transportarnos desde Nicaragua en barco, en avión y tirarnos con paracaídas, o romper montes y atravesar Honduras, si es que la Ofensiva Final de 1981 (la primera, por cierto) necesitaba refuerzos con urgencia. Como escribe Dalton padre: «¡Ah, cómo la fluencia de la vida nos es grata ahora, tan lejos estamos de los cielos ingratos del ayer!», y qué locos estábamos todos entonces.

Luego del gran fracaso de la ofensiva entré a El Salvador por las veredas de la frontera hondureño-salvadoreña en la zona norte de Chalatenango. La caminata fue mortal por aquellos cerros inhóspitos. Era marzo del 81. Me encontré con mi hermano, que trabajaba en la elaboración de mapas y comunicaciones. Yo pretendía hacer reportajes de prensa y tomar fotografías, pero inmediatamente me designaron a otra tarea: la formación de las Fuerzas Especiales Selectas (FES), de cuyo primer pelotón fui instructor político y físico. Aunque a mí mismo ahora todo me parezca un sueño. Uno de los jefes de la FES fue el rockero Carlos *El Tamba* Aragón, conocido en la guerrilla como el comandante Sebastián.

En un plan de contraofensiva guerrillera, el 17 de junio de aquel año resulté gravemente herido. Una bala de G-3 me atravesó por el lado izquierdo; me fracturó tres costillas y me perforó el pulmón. A los cuatro meses, aún convaleciente, fui capturado el 7 u 8 de octubre. Al Che años antes lo capturaron por esa misma fecha en Bolivia; la diferencia fue que él peleó hasta la última bala, y a mis compañeros y a mí nos encontraron dormidos por el agotamiento de varios días tratando de evadir los cercos militares. Tres fuimos el trofeo de los soldados que montaron una de las más fuertes ofensivas antiguerrilleras en Chalatenango.

Hoy, como el Che le decía a Fidel Castro en su carta de despedida, «todo tiene un tono menos dramático». Nuestro mito hizo posible que muchos de mis amigos y compañeros de las aulas y de los barrios habaneros ansiaran pelear y morir en aras del internacionalismo revolucionario en cualquier parte del mundo. Sin embargo, en la actualidad el Che es también una especie de moda, un adorno en la vestimenta, y lo que es peor, un estándar de promoción turística.

Hace poco un familiar, un joven que en la década pasada fue colaborador del ejército contrainsurgente salvadoreño, me enseñó una colección de objetos con la efigie del Che. El Che sirve ahora para las más disímiles causas. Es su rebeldía manifiesta en todo momento, su espíritu aventurero, su ansiedad de justicia, su inconformidad y su afán libertario, que rompe con todas las fronteras terrenales y no terrenales.

Mi generación, y quizás otras posteriores, recordarán la obra y la vida del guerrillero, del Quijote, del Cid, del Robin Hood del siglo xx. El desafío será grande, pero grato y noble a la hora de realizar y actualizar sus propuestas. En este mundo en que soñar y tener utopías se está convirtiendo para algunos en una mera acción mercantil, de compra y venta, dejar que el Che sea un producto más sería algo más que una infamia.

Casa de las Américas, no. 209, octubre-diciembre de 1997, pp. 84-86. Incluido en la sección «Che siempre».

RECIBIMOS AL CHE Y SUS COMPAÑEROS

Fidel Castro Ruz

Familiares de los compañeros caídos en combate,
invitados,
villaclareños, compatriotas:

Con emoción profunda vivimos uno de esos instantes que no suelen repetirse. No venimos a despedir al Che y sus heroicos compañeros. Venimos a recibirlos.

Veo al Che y a sus hombres como un refuerzo, como un destacamento de combatientes invencibles, que esta vez incluye no solo cubanos sino también latinoamericanos que llegan a luchar junto a nosotros y a escribir nuevas páginas de historia y de gloria. Veo además al Che como un gigante

moral que crece cada día, cuya imagen, cuya fuerza, cuya influencia se han multiplicado por toda la tierra.

¿Cómo podría caber bajo una lápida? ¿Cómo podría caber únicamente en nuestra querida pero pequeña Isla? Solo en el mundo con el cual soñó, para el cual vivió y por el cual luchó hay espacio suficiente para él.

Más grande será su figura cuanto más injusticia, más explotación, más desigualdad, más desempleo, más pobreza, hambre y miseria imperen en la sociedad humana.

Más se elevarán los valores que defendió cuanto más crezca el poder del imperialismo, el hegemonismo, la dominación y el intervencionismo, en detrimento de los derechos más sagrados de los pueblos, especialmente los pueblos débiles, atrasados y pobres que durante siglos fueron colonias de Occidente y fuentes de trabajo esclavo.

Más resaltará su profundo sentido humanista cuantos más abusos, más egoísmos, más enajenación; más discriminación de indios, minorías étnicas, mujeres, inmigrantes; cuantos más niños sean objeto de comercio sexual u obligados a trabajar en cifras que ascienden a cientos de millones; cuanta más ignorancia, más insalubridad, más inseguridad, más desamparo.

Más descollará su ejemplo de hombre puro, revolucionario y consecuente mientras más políticos corrompidos, demagogos e hipócritas existan en cualquier parte.

Más se admirará su valentía personal e integridad revolucionaria mientras más cobardes, oportunistas y traidores pueda haber sobre la tierra; más su voluntad de acero mientras más débiles sean otros para cumplir el deber; más su sentido del honor y la dignidad mientras más personas carezcan de un mínimo de pundonor humano; más su fe en el hombre mientras más escépticos; más su optimismo mientras más pesimistas; más su audacia mientras más vacilantes; más su austeridad, su espíritu de estudio y de trabajo, mientras más holgazanes despilfarren en lujos y ocios el producto del trabajo de los demás.

Che fue un verdadero comunista y hoy es ejemplo y paradigma de revolucionario y de comunista. Che fue maestro y forjador de hombres como él. Consecuente con sus actos, nunca dejó de hacer lo que predicaba, ni de exigirse a sí mismo más de lo que exigía a los demás.

Siempre que fue necesario un voluntario para una misión difícil, se ofrecía el primero, tanto en la guerra como en la paz. Sus grandes sueños los supeditó siempre a la disposición de entregar generosamente la vida. Nada para él era imposible, y lo imposible era capaz de hacerlo posible.

La invasión desde la Sierra Maestra a través de inmensos y desprotegidos llanos, y la toma de la ciudad de Santa Clara con unos pocos hombres, dan testimonio, entre otras acciones, de las proezas de que era capaz.

Sus ideas acerca de la revolución en su tierra de origen y en el resto de Suramérica, pese a enormes dificultades, eran posibles. De haberlas alcanzado, tal vez el mundo de hoy habría sido diferente. Vietnam demostró que podía lucharse contra las fuerzas intervencionistas del imperialismo y vencerlas. Los sandinistas vencieron contra uno de los más poderosos títeres de los Estados Unidos. Los revolucionarios salvadoreños estuvieron a punto de alcanzar la victoria. En África el *apartheid*, a pesar de que poseía armas nucleares, fue derrotado. China, gracias a la lucha heroica de sus obreros y campesinos, es hoy uno de los países con más perspectivas en el mundo. Hong Kong tuvo que ser devuelto después de ciento cincuenta años de ocupación, que se llevó a cabo para imponer a un inmenso país el comercio de drogas.

No todas las épocas ni todas las circunstancias requieren de los mismos métodos y las mismas tácticas. Pero nada podrá detener el curso de la historia, sus leyes objetivas tienen perenne validez. El Che se apoyó en esas leyes y tuvo una fe absoluta en el hombre. Muchas veces los grandes transformadores y revolucionarios de la humanidad no tuvieron el privilegio de ver realizados sus sueños tan pronto como lo esperaban o lo deseaban, pero más tarde o más temprano triunfaron.

Un combatiente puede morir, pero no sus ideas. ¿Qué hacía un hombre del gobierno de los Estados Unidos allí donde estaba herido y prisionero el Che? ¿Por qué creyeron que matándolo dejaba de existir como combatiente? Ahora no está en La Higuera, pero está en todas partes, dondequiera que hay una causa justa que defender. Los interesados en eliminarlo y desaparecerlo no eran capaces de comprender que su huella imborrable estaba ya en la historia y su mirada luminosa de profeta se convertiría en un símbolo para todos los pobres de este mundo, que son miles de millones. Jóvenes, niños, ancianos, hombres y mujeres que supieron de él, las personas honestas de toda la tierra, independientemente de su origen social, lo admiran.

Che está librando y ganando más batallas que nunca. ¡Gracias, Che, por tu historia, tu vida y tu ejemplo! ¡Gracias por venir a reforzarnos en esta difícil lucha que estamos librando hoy para salvar las ideas por las cuales tanto luchaste, para salvar la Revolución, la patria y las conquistas del socialismo, que es parte realizada de los grandes sueños que albergaste!

Para llevar a cabo esta enorme proeza, para derrotar los planes imperialistas contra Cuba, para resistir el bloqueo, para alcanzar la victoria, contamos contigo. Como ves, esta tierra que es tu tierra, este pueblo que es tu pueblo, esta revolución que es tu revolución, siguen enarbolando con honor y orgullo las banderas del socialismo.

¡Bienvenidos, compañeros heroicos del destacamento de refuerzo! ¡Las trincheras de ideas y de justicia que ustedes defenderán junto a nuestro pueblo, el enemigo no podrá conquistarlas jamás! ¡Y juntos seguiremos luchando por un mundo mejor!

¡Hasta la victoria siempre!

Palabras del compañero Fidel al recibir en Cuba los restos del Che Guevara y sus compañeros de lucha, publicadas en *Casa de las Américas*, no. 209, octubre-diciembre de 1997, pp. 87-88, en la sección «Che siempre», que durante todo ese año estuvo saliendo sistemáticamente en la revista.

SILVIO RODRÍGUEZ HABLA DEL CHE

Inicialmente yo no entendía muy bien el internacionalismo. Hasta los veinte años pensaba que era un gesto generoso, pero no estaba totalmente convencido de aquello de marcharse a ayudar a otro país, cuando en nuestra propia tierra faltaba tanto por hacer.

Solo unos pocos años antes, en nuestra más reciente etapa de liberación, luego de una dura travesía desde México hasta Cuba, un argentino había formado parte del núcleo que fundara el Ejército Rebelde. Ya en la Sierra Maestra había comandado la segunda columna guerrillera y había realizado la invasión desde el oriente hasta el occidente de Cuba, a la par del legendario Camilo Cienfuegos. Después había estado al frente de la toma de la importante ciudad de Santa Clara, acción que infligió una derrota significativa al ejército de la tiranía. Este argentino formó parte del Gobierno Revolucionario, fue presidente del Banco Nacional y Ministro de Industrias. Además, fundó una familia y tuvo varios hijos en Cuba. Pero todos sus cargos, incluso su amada familia, los dejó por ser capaz de sentir en su mejilla la bofetada dada a otra persona en otro lugar del mundo, según sus propias palabras.

Comprender la dimensión del sacrificio de este hombre, su idea del internacionalismo como acto supremo de solidaridad, como expresión máxima de la condición humana, movió mis convicciones.

En junio de 1967, cuando fui desmovilizado de mi servicio militar, aquel hombre al que sus compañeros cubanos habían apodado cariñosamente Che, ya se encontraba en Bolivia en otra experiencia internacionalista. Apenas le quedaban cuatro meses de vida.

Su muerte, en octubre, fue una conmoción en mi país, muy especialmente para los jóvenes de mi generación. Este hecho, que también tuvo repercusiones universales, terminó de fraguar un arquetipo humano que nos serviría como brújula durante años. Tanto fue así que desde entonces empezaron a salirme composiciones donde trataba de explicar los significados de su altruismo.

La primera de las canciones que compuse motivado por el Che fue *La era está pariendo un corazón* [...]. *Fusil contra fusil*, la segunda canción que escribí por Ernesto Guevara, la compuse solo unos minutos después que la primera [...]. *América, te hablo de Ernesto* se me apareció en 1972, muy cerca de aquí, en el primer país latinoamericano que visité. Era el Chile de otro hombre admirable: Salvador Allende, quien había llegado a la presidencia por la vía de las urnas. [...]. *Un hombre se levanta*, también llamada *Antesala de un tupamaro*, la hice para una serie de televisión que contaba las peripecias de la guerrilla urbana del Uruguay [...]. *La oveja negra* la compuse también en los setenta, en un período en que, por identidad continental, traté de usar ritmos de la música andina y del Cono Sur [...]. *Hombre* fue para conmemorar el xx aniversario de la caída del guerrillero. Era 1987 y cuando digo «Hombre y amigo, aún queda para estar contigo / Hombre sin templo, descendiéndome a mi ciudad tu ejemplo», estoy cantando frustraciones de una sociedad que un Hombre con mayúscula ayudó a fundar con un alto nivel de exigencia [...].

No hace mucho hice una *Tonada del albedrío* y la incluí en el último disco que he grabado. En ella retomo la todavía vigente idea del Che de que el socialismo no requiere intelectuales asalariados al pensamiento oficial [...].

Algunas de las ideas de este hombre fueron concebidas en un mundo que ha sufrido cambios. Pero su búsqueda de una dignidad humana plena sigue siendo un motor contemporáneo. Porque Ernesto Guevara no tuvo intereses mezquinos: fue un inconforme radical, un iconoclasta que puso su pellejo por delante para dar un sentido superior, más que a su propia vida, a la vida de todos. Por eso ha sido lucidez inspiradora de actos, poemas y canciones en muchos tiempos y lugares. Por eso aún los jóvenes del mundo lo llevan como emblema. Por eso los cubanos todavía andamos con su espíritu en actividades solidarias de la salud, la educación, la cultura, el deporte y la amistad entre los pueblos.

Con este título, este texto encabezó la sección «Al Pie de la Letra» en *Casa de las Américas*, no. 266, enero-marzo de 2012, pp. 154-155. En la nota que precedía a este documento se comentaba que son fragmentos de una intervención del cantautor cubano Silvio Rodríguez el 9 de noviembre de 2011 en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



Sobre Ernesto Che Guevara
Letras para el Che

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Fondo Editorial
Casa de las Américas

GUITARRA EN DUELO MAYOR

NICOLÁS GUILLÉN

I

*Soldadito de Bolivia,
soldadito boliviano,
armado vas de tu rifle,
que es un rifle americano,
que es un rifle americano,
soldadito de Bolivia,
que es un rifle americano.*

II

*Te lo dio el señor Barrientos,
soldadito boliviano,
regalo de mister Johnson
para matar a tu hermano,
para matar a tu hermano,
soldadito de Bolivia,
para matar a tu hermano.*

III

*¿No sabes quién es el muerto,
soldadito boliviano?
El muerto es el Che Guevara,
y era argentino y cubano,
y era argentino y cubano,
soldadito de Bolivia,
y era argentino y cubano.*

IV

*Él fue tu mejor amigo,
soldadito boliviano;
él fue tu amigo de a pobre
del Oriente al altiplano,
del Oriente al altiplano,
soldadito de Bolivia,
del Oriente al altiplano.*

V

*Está mi guitarra entera,
soldadito boliviano,
de luto, pero no llora,
aunque llorar es humano,
aunque llorar es humano,
soldadito de Bolivia,
aunque llorar es humano.*

VI

*No llora porque la hora,
soldadito boliviano,
no es de lágrima y pañuelo,
sino de machete en mano,
sino de machete en mano,
soldadito de Bolivia,
sino de machete en mano.*

VII

*Con el cobre que te paga,
soldadito boliviano,
que te vendes, que te compra
es lo que piensa el tirano,
es lo que piensa el tirano,
soldadito de Bolivia,
es lo que piensa el tirano.*

VIII

*Despierta, que ya es de día,
soldadito boliviano,
está en pie ya todo el mundo,
porque el sol salió temprano,
El muerto es el Che Guevara,
porque el sol salió temprano,
soldadito de Bolivia,
porque el sol salió temprano.*

IX

*Coge el camino derecho,
soldadito boliviano;
no es siempre camino fácil,
no es fácil siempre ni llano,
no es fácil siempre ni llano,
soldadito de Bolivia,
no es fácil siempre ni llano.*

X

*Pero aprenderás seguro,
soldadito boliviano,
que a un hermano no se mata,
que no se mata a un hermano,
que no se mata a un hermano,
soldadito de Bolivia,
que no se mata a un hermano.*

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 55-59.

CAMPESINO

LUIGI NONO

*campesino cubano con la boina roja
campesino vietnamita sonriente en la lucha victoriosa contra el triste
/ marine yanqui
negro de Watts de Detroit de Bambunda
tenso en la afirmación de la propia vida contra el asesino yanqui
condenados de la tierra
explotados duramente por el agente yanqui
en las minas de Bolivia de Cerdeña de España de Chile de
Bélgica de África
en los latifundios en las fábricas de Europa de Asia y de América
estudiantes intelectuales técnicos
de La Paz a Berlín de Roma a Lima de Córdoba a Tokio de Caracas
/ a Madrid
de San Francisco al Medio Oriente
en lucha diversa contra el chantaje tecnológico cultural yanqui
indios despojados por el colonialismo español y católico antes
ahora por el imperialismo yanqui
hombres de lucha encarcelados torturados masacrados
por la guardia civil por la policía criolla o yanqui
hombres sencillos que «tiemblan de indignación cada vez que se comete
/ una injusticia en el mundo»*

LA DURA REALIDAD DE ERNESTO CHE GUEVARA
*sobre todo guerrilleros maravillosos constructores de un mundo nuevo
/ de paz*

*en Venezuela en Bolivia en Guatemala en Colombia
en cada rincón y latitud del mundo*

donde se lucha serenamente por la libertad de los pueblos

LA SONRIENTE CONCIENCIA DEL COMPAÑERO ERNESTO CHE GUEVARA

EL CUERPO DEL COMANDANTE ERNESTO CHE GUEVARA

*pertenece a la Sierra Maestra a Los Andes a los arrozales vietnamitas
a las colinas argelinas a las florestas africanas a las llanuras a los campos
latinoamericanos a las minas a las fábricas a las universidades*

*al aire a la tierra a los ríos
donde quiera que se desarrolla la lucha contra el imperialismo yanqui
donde quiera que surjan nuevas guerrillas
donde quiera que la decisión es ¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!*

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 60.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CONSTERNADOS, RABIOSOS

MARIO BENEDETTI

*Así estamos
consternados
rabiosos
aunque esta muerte sea
uno de los absurdos previsibles*

*da vergüenza mirar
los cuadros
los sillones
las alfombras
sacar una botella del refrigerador
teclear las tres letras mundiales de tu nombre
en la rígida máquina
que nunca
nunca estuvo
con la cinta tan pálida*

*vergüenza tener frío
y arrimarse a la estufa como siempre
tener hambre y comer
esa cosa tan simple
abrir el tocadiscos y escuchar en silencio
sobre todo si es un cuarteto de Mozart*

*da vergüenza el confort
y el asma da vergüenza
cuando tú comandante estás cayendo
ametrallado
fabuloso
nítido
eres nuestra conciencia acribillada*

*dicen que te quemaron
con qué fuego
van a quemar las buenas
buenas nuevas
la irascible ternura
que trajiste y llevaste
con tu tos
con tu barro
dicen que incineraron
toda tu vocación
menos un dedo*

*basta para mostrarnos el camino
para acusar al monstruo y sus tizones
para apretar de nuevo los gatillos*

*así estamos
consternados
rabiosos*

*claro que con el tiempo la plumiza
consternación
se nos irá pasando
la rabia quedará
se hará más limpia*

*estás muerto
estás vivo
estás cayendo
estás nube
estás lluvia
estás estrella*

*donde estés
si es que estás
si estás llegando
aprovecha por fin
a respirar tranquilo
a llenarte de cielo los pulmones*

*donde estés
si es que estás
si estás llegando
será una pena que no exista Dios*

*pero habrá otros
claro que habrá otros
dignos de recibirte
comandante.*

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 61-62.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

PALABRAS AL CHE

LEOPOLDO MARECHAL

*Cuando se haya redimido este ya largo deshonor que gravita sobre
/ Latinoamérica;
Cuando esa gran vergüenza sea lavada con el buen jabón que da la
/ sangre de los héroes;
Cuando la libertad no sea entre nosotros un giro en dólares y una ilusión
/ tramposa,
Entonces, compañeros, se verá cómo un fénix puede resucitar
/ de su acostada ceniza.
Y no importa si el mismo sol alumbra por igual ahora la tumba de un
/ guerrillero recién caído
la espada estéril de los tristísimos generales.*

*¿De qué te indignas, hombre? ¿Por qué lloras, mujer?
¿No sabías que un héroe debe morir y muere, como llevado por su
/ hermoso viento?
El héroe fue una instancia que no sabía dormir
y un desvelo con la boca llena de clamor:
Un peligro, en suma, y una incomodidad irritante.
Por eso, cuando el héroe sucumbe, los malditos en acto se alegran de frente
y los benditos cautelosos se duelen de perfil.
¡Oh, Che, no soy yo quien ha de llorar sobre tu carne derrotada!
Porque otra vez contemplo una balanza ya puesta en equilibrio
/ por tu combate último.
Y frente a esa balanza, diré a tus enemigos y los nuestros:
«Han hecho ustedes un motor inmóvil de un guerrero movable».
Y ese motor inmóvil que alienta en Santa Cruz
Ya está organizando el ritmo de las futuras batallas.*

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 88.

ELEGÍA A ERNESTO CHE GUEVARA

ENRIQUE LIHN

*Las condiciones de la tragedia están dadas, y no faltan los héroes;
más bien ellos forman ahora un ejército regular,
un río subterráneo que se ramifica en los lugares estratégicos,
un árbol subterráneo cuyo follaje es la tierra
–tiempo de cosechar tantos muertos oscuros–,
y hay también el conductor de los héroes;
todos los héroes llevan a él como los pasos de una prueba de fuego;
una ecuación que despejara los hechos,
y el signo de igualdad entre el que inicia la marcha y quienes le siguen
/ guardando esa distancia
camino de la lógica y del azar entremezclados
«por el pantano cubierto de manglares».
Hay el hombre Ernesto Che Guevara cuyo nombre es legión pero
/ de hombres que avanzan a favor de la historia contra la muerte
/ y los suyos:
esos monstruos que resoplan a contracorriente bajo una bandera
/ insostenible,
impulsados por el sueño de la razón como las pirañas por el olor
/ de la sangre.*

*El médico de a bordo atormentado por el asma en la noche del Granma.
El sobreviviente –este fue su primer grado militar–, y antes de
/ elevarse al más alto rango, el de inmortal (en el sentido
/ rigurosamente histórico de la palabra),
el guerrillero de la alegre figura con su mulo émulo de las cabalgaduras
/ más célebres al que no se precisa anteponerle el en para hacerlo
/ avanzar, entre la vida y la muerte,
por las encruchilladas de los Andes:
un gajo vivo de la sierra, y el jinete montado literalmente en el macho.
«En su tipo inconfundible, muy erguido».
El poeta de qué circunstancias mayúsculas.
Che, qué manera de izar esta palabra con solo un pronombre personal
/ por asta*

y de multiplicarla
y de imprimirle un giro inesperado.

El Che Alegría de Pío vagando como un desastre por los acantilados
/ cercanos al Cabo Cruz
el Che batalla de Santa Clara penetrando a una ciudad de tanques
/ y cañones
o desangrándose en las quebradas del Yuro.

El Che sentado a su mesa de trabajo.
Al telar como obrero voluntario,
al tractor voluntario.
Ajedrecista artista de la guerra.
Alguien que firme el acta de la irreconciliación
mientras le cortan los dedos por orden de la Paz
a ese cadáver temible dueño de las Higueras donde ha instalado
/ post mortem su cuartel general,
y ninguna hora es exacta hay que ultimarle hay que cremarlo,
hay que volverlo a matar hasta que no le quede un hombre de vida,
«el alto mando militar da por terminada toda información relativa
/ a la muerte de Ernesto Che Guevara».
El general Barrientos: Por mi madre.
El general Ovando: Hijos de puta.
Los soldaditos: Por la gran puta.
Cómo ingeniárselas para enterrar un mito, y en un agujero de Bolivia
/ que cicatrice rápido:
le está doliendo al mundo este muerto imborrable.
El Che Asamblea General de las Naciones.
En pie de rayo que ilumina la selva de Washington hasta en sus menores
/ detalles, y con toda la selva en su contra:
cifras de expoliación cifras de intervención cifras de crímenes
/ persuasivos o violentos,
haciéndolas hablar para que hablen por sí solas.
Y la muerte probándose su cara en los salones de palacio
pero como un bufón la máscara del rey.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 89-90.

COSAS CONCRETAS

DAVID VIÑAS

*El que vivo enseñó,
difunto mueve.*

QUEVEDO.

*Sin arquear la voz ni las aletas,
diagramando un cuchicheo, Lú,
no un secreto ni tampoco terroncito,
sino mi Cuba, mi cubita, mi cubana.
Entendámonos:
no cielo, para pisada ni el moaré;
no arcángeles, mis turros,
jamás coimas (de mordiscos hablo), no almirantes,
porque la gente de allá cuenta por manos y sabor
no en catecismos.
si duele en Puerto Rico
que el hueso de ventana se corra y dé vindoba,
menos mal que en Venezuela
en los cars diminutivos
se hacen vaina, vainón y la charneta.
Nuestras imposibilidades, Bob,
mi humillación del cuerpo, la nefritis,
oh el puerto y mis envidias:
mulatas, y Granpá y varadero en 23 y 12.
Y cuando empezamos a sentir las conversaciones
(ma qué San Pablo; aquí: ni el viejo Gide)
las becas, mis putitos,
los Ann Arbor y los guiños,
cuidar la imagen, cutículas, parámetros y rentas.
(«A los gringos
se la metemos doblada, pibe.
Hay que avivarse»).Fijate:
hasta Dalmiro se trajo su delirio
no del pecho ni el karate
y desbarató vergüenza.
Hablo de la nuestra (la mía cuento)*

no Ayacucho ni nocau ni una serpiente.
Y César,
desgarrado y liberal, me consultaba
los pies entre ceniza
(no en tanto de su padre
como hacía ochenta millas);
ahí nomás el Paco
(no recuerdo si Noé)
apuntaba con bragueta y sobre el golfo.
Y cuando sentimos (siento; de mí; soy yo el que habla)
humillación (que es cuando
todo el cuerpo no separa)
aparece el Caballo.
Necesito ser preciso
y quite alarde:
era una noche, al patio,
con frisos, sicomoros
o algún vocablo de Lezama;
me acuerdo, me acordara y ya lo cultivo
(como a una mina en un zaguán
o a un insulto puntual y no adjetivo).
Yo lo miraba con cautela,
olía ron, dos mexicanos y un denso Larrañaga
(en general, me joden los jefes y grandes
son palabras de Malraux
como regatón, pertinente y quizá energía).
Pues bien, hay que decirlo:
me preocupaban mi edad y la gran manija.
Menos mal: trabaja y se empecina. Eso es todo.
No señor ni vulevú ni metafísica.
Si hasta en la plaza
si hasta San Martín con dorman y salida
se nos rescata entre «guerrilleros»:
el cura Hidalgo
y Camilo medio bizco y colombiano
y con Artigas, don José, nuestro uruguayo,
y Simón sin Chimborazo.
Ernesto. ¿Te acordás, mi Carlos?
Ernesto: tan argentino como vos y como yo,
mi Carlos.

*Lloramos. Lloré. Y sin tango.
Fuerte y guerrillero y saludable.
Así habló.
Era en la plaza. Con Che y mis trampas y Onganía
y algún zaino.
Pero no se engañen:
Buenos Aires ya no cuenta paredones
ni Arlt su Dios
ni en Macedonio de profeta
Ay, Claudia y Shell y gentilhombres
a medias víctimas y a medias todo.
(«Hay que vivir, David»). Y no en morirse.
No fiscal y menos archidiácono.
Al fin y al cabo
que sé yo del Ortega y las encuestas.*

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 91-93.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CONVERSACIONES

JUAN GELMAN

*soy de un país donde hace poco Carlos Molina
uruguayo anarquista y payador
fue detenido en
Bahía Blanca al sur del sur
frente al inmenso mar como se dice
fue detenido por la policía
Carlos Molina estaba
cantando hilando coplas
sobre el océano enorme los viajes
los monstruos del océano enorme
o coplas por ejemplo
sobre el caballo que se acuesta en la pampa
o sobre el cielo un suponer Carlos
Molina cantaba como siempre bellezas y dolores
cuando
de pronto el Che empezó a vivir a morir en su guitarra
y así
la policía lo detuvo*

*soy de un país donde se llora por el Che o en todo caso
se canta por el Che y
algunos están contentos con su muerte
«vieron» dicen «estaba equivocado la cosa
no es así» dicen y cómo carajo será la cosa no lo dicen o
prefieren recitar viejos versículos o
indicar señalar aconsejar mientras
los demás callan
miran al aire con los ojos perdidos*

*el comandante Guevara entró a la muerte
y allá andará según se dice*

*soy de un país donde costó creer que se moría y
muchos*

un servidor entre otros
se consolaba así:
«pero si él dice no hay que
pelear hasta morir hay que
pelear hasta vencer entonces no está muerto»
otros lloraban demasiado como quien
ha perdido a su padre y yo creo
que él no es nuestro padre y
con todo respeto creo que
está mal llorarlo así

soy de un país donde los enemigos no
pudieron depositar un solo insulto una sola
suciedad una sola pequeña porquería
sobre él y hasta algunos
lamentaron su muerte no
por bondad o
humanidad o pie
dad
sino porque esos viejos perros
o muertos con permiso sintieron por fin un enemigo que
valía la pena
que un rayo de peligro
entraba en escena y entonces
iban a poder morir en serio
a manos o a balas de verdad «y no
en brazos de esta especie de disolución
en que nos vamos disolviendo» como
dijo uno de grande apellido

soy de un país donde sucedieron o suceden
todas estas cosas y aun otras
como traiciones y maldades en excesiva cantidad
y el pueblo sufre y está ciego y naides
lo defiende y solo
el Che se puso de pie para eso

pero ahora
el comandante Guevara entró a la muerte
y allá andará según se dice

soy de un país complicadísimo
latinoeurocosmopoliurbano
criollojudipolacogalleguisitanoira
según dicen los textos y los textos qué dicen
pues dicen y
cómo dicen
así será la historia pero yo
les aseguro que no es cierto
de este país de fantasía
se fue Guevara una mañana y
otra mañana volvió y siempre
ha de volver a este país aunque no sea
mas que
para mirarnos un poco un gran poquito y
¿quién se habrá de aguantar?
¿quién habrá de aguantarle la mirada?

pero
ahora nomás
el comandante Guevara entró a la muerte
y allá andará según se dice

pregunto yo
¿quién habrá de aguantarle la mirada?
¿ustedes momias del partido comunista argentino?
ustedes lo dejaron caer
¿ustedes izquierdistas que sí que no?
ustedes lo dejaron caer
¿ustedes dueños de la verdad revelada?
ustedes lo dejaron caer
¿ustedes que miraron a China sin entender que
mirar a China en realidad
era mirar nuestro país?
ustedes lo dejaron caer
¿ustedes pequeñitos
teóricos del fuego por correo partidarios
de la violencia por teléfono o
del movimiento de masas metafísico?
ustedes lo dejaron caer
¿ustedes sacerdotes del foquismo y más nada?

ustedes lo dejaron caer
¿ustedes miembros del club
de grandes culos sentados en «lo real»?
ustedes lo dejaron caer
¿ustedes los que escupen
sobre la vida sin
advertir que en realidad están
escupiendo contra el gran viento de la historia?
ustedes lo dejaron caer
¿ustedes que no creen en la magia?
ustedes lo dejaron caer
soy de un país donde al comandante Guevara lo dejaron caer:
los militares los curas los homeópatas
los martilleros públicos
los refugiados españoles masoquistas judíos
los patrones y
los obreros también por ahora

«Qué hombre qué hombrazo» sin embargo
me dijo a mí un obrero pedro
se llamaba se llama tiene
mujer que no recibe
hijitos por nacer y el pedro
me decía «qué hombre qué hombrazo cómo
lo quiero» decía el albañil pensando
en su madre una puta
famosa en toda Córdoba y madre
de siete hijos que crió con amor
Pedro ya con mayúscula
cómo saludo tu rencor
cómo te beso al pie de tus fracasos!
«qué pelotas» me dijo Pedro un día hablándome del Che
de ciertos adminículos que hierven
bajo la paz conjetural
de este país cosmopolita

el comandante Guevara entró a la muerte
y allá andará según se dice

yo estoy escribiendo esto
porque la Casa de las Américas de Cuba

institución muy respetable
ha resuelto publicar un número especial
de su revista dedicada
a testimonios sobre el Che
ahora que lo han muerto
según dicen y Roberto
Fernández Retamar íntimo mío
pero más
pedazo mío que anda por ahí
por el Caribe formidable y
fosforecente y amatorio y conspicuo
Roberto como dije
ha creído necesario que yo
escriba algo sobre esto o tal vez algún otro
creyó que así debía ser y pidió
artículos poemas etcétera a
colaboradores que
se sentirán más miserables todavía
si eso fuera posible si eso
fuera posible en realidad

soy de un país donde te hago caso
Roberto pero
decime o dime por favor
¿qué me pedís o pides?
¿que escriba realmente?
te doy noticias de mi corazón nada más
¿alguno sabe en realidad
cuáles son las noticias de mi corazón?
¿alguno cree o creerá que
me he negado a llorar excepto
con mi mujer o con-
tigo Roberto ahora
que narro estas cuestiones
y sé que la tristeza como un perro
siempre siguió a los hombres molestándolos?

soy de un país donde es necesario
no amar sino matar
a la melancolía

y donde
no hay que confundir
el Che con la tristeza

o como dijo Fierro
hinchazón con gordura

Soy de un país donde yo mismo
lo dejé caer
y quién pagará esa cuenta
quién

pero
lo serio es que en verdad
el comandante Guevara entró a la muerte
y allá andará según se dice
bello
con piedras bajo el brazo

soy de un país donde ahora
Guevara ha de sufrir otras muertes
cada cual resolverá su muerte ahora:
el que se alegró ya es polvo miserable
el que lloró que reflexione
el que olvidó que olvide o que recuerde
y aquel que recordó solo tiene derecho a recordar
el comandante Guevara entró a la muerte por su
cuenta pero
ustedes
¿qué habrán de hacer con esa muerte?

pequeños míos
¿qué?

(como nadie se salva
entre paréntesis quiero
no por moción de estupideces posiblemente a mí
referidas
tampoco por piedad o
mera precaución

esas carnes podridas que no pueden
rezar a mediodía
quiero como repito
repetir una historia que no todos conocen y
de la cual hay algunos que
desconfían:
el poeta que escribe su poema
dejando en él la maravilla de
la vida y la muerte del comandante Guevara
ese porteño cordobés de mirada jodida
como de dios como de dioses
sorprendidos en medio de su milagro su
bota podrida por la selva del mundo
quiero decir que este poema o cosa
de la que hay que desconfiar
en la que hay que creer
no se termina en estas páginas
amable lector le ruego
que siga las noticias de los diarios
de la sip y sap –Sección Angustia Perimida por
/ ejemplo o
Son Ángeles Potentes
o
Sobran Algunos Policías– ruégole gran lector
que lea atentamente
líneas de sangre que se escriben cada día en Vietnam
y también en Bolivia qué joder
y también en la Argentina
caro lector yo le ruego que lea)

El comandante Guevara entró a la muerte
y allá andará según se dice
sé pocas cosas por ejemplo sé
que no debo llorar Ernesto
sé
que
de mí dependes ahora
te puedo sepultar con grandes lágrimas
pero en realidad no puedo

el poeta en realidad
se abstiene de llorar se abstiene
de escribir un poema sea
para la Casa de las Américas sea
para lo que sea el poeta
apenas si lloró en realidad
sigue mirando el mundo
sabe
algún día la belleza vendrá
pero no hoy que estás ausente
el poeta
apenas sabe vigilar
che
guevara

ahora deseo un gran silencio
que baje sobre mi corazón y lo abrigue
padre Guevara ¿qué será de tus hijos?

¿por qué te fuiste hermoso
sobre caballos de cantar?
¿quién habrá de juntarte otra vez?

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 94-100.

POEMA

IDEA VILARIÑO

*Digo que no murió
yo no lo creo
-no lo dejaron ver por el hermano
y tantas otras cosas-
y además
cómo morirse el Che
cuando quedaba
tanta tarea por hacer
cuando tenía
que recorrer la América Latina
hermoso como un rayo
incendiándola
como un rayo de amor
destruyendo y creando
destruyendo y creando como en Cuba.
Qué iba a morirse el Che
qué va a morirse.
Pero esa foto atroz
aquella bota
cómo partía el alma aquella bota
la sucia bota y norteamericana
señalando la herida con desprecio.
No hay que creerlo. Hubo
tantas contradicciones
-no lo dejaron ver por el hermano-
y lo dieron por muerto tantas veces.
Qué iba a morir el Che
Él nada menos
se iba a dejar cercar en ese valle
iba a salir a un claro
iba a quedarse a estarse allí a dejar
que le rompa las piernas la metralla.
Yo no voy a creerlo*

aunque lo llore Cuba
aunque haga duelo
toda Latinoamérica.
No hay que creerlo. Un día
un buen día dirán está en Brasil
o se alzarán en Colombia o Venezuela
a ayudar
a ayudarnos
y ese día
una ola de amor americano
moverá el continente
alzarán al Che de América
No creo que murió
no puedo creerlo
y no voy a creerlo
aunque lo afirme el mismo Fidel Castro.
Pero amigos
hermanos
no olvidarse
no olvidar nunca el rostro despreciado
el corazón más sucio que esa bota
ni la mano vendida
acordarse del rostro
de la mano
acordarse del nombre
acordarse de ahora para siempre
hasta que llegue el día
y cuando llegue
cuando suene la hora
acordarse del nombre y de la cara
de ese Teniente Prado.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 101-102.

PRIMERA CONJUGACIÓN

AMANDA BERENGUER

*Nos emocionó mucho recibir en aquel momento
una muda de ropa con iniciales bordadas
por las muchachas de Manzanillo.*

ERNESTO CHE GUEVARA

Digo pronuncio grito

y o a m o

*nadie me oye y hay gente está repleto
me miran sentados en las gradas
del viejo planeta atentos sin embargo
a mis movimientos
entonces ciegameamente exclamo*

t ú a m a s

*salta el ganador pisando
las cabezas los hombros de los perdedores
acerca a mí su pelo corto su aliento
a tabaco su cara enciende el anfiteatro
en sus ojos la representación
de Romeo y Julieta una pareja desnuda
arrancándose las frutas sobre un balcón
que da al vacío
se escucha exprimir naranjas y manzanas
de un huerto de Fra Angélico
apurán el espumoso jarabe
y desfallecen*

é l a m a

*ahora mis lugares confortables
de mullido silencio
las serenas playas donde a veces no estoy*

y mis perfumadas dosis de heroísmo
se conjugan las circunstancias singulares
del paraíso y sus secretos aledaños
se declina el fuego paralelo del frío
y sus terrores futuros
urgente encender la calefacción primigenia
se cita a la lujuria

n o s o t r o s a m a m o s

queremos la casa taller envolvente
el hijo crisálida hacemos el trabajo celular
los temibles libros contagiosos
ilustrados de excursiones al mañana
gestamos los amigos del alma sabiendo el peligro
subimos al coche al mundo descubierto
con sus briosos caballos de fuerza
nos acompañan hombres y mujeres luchando
entre matorrales minados o besándose a muerte
en ciudades abstractas
sentimos oscurecerse nos abrazamos
nos enrolamos bajo los árboles que cantan
un aire popular de regimiento ondeando un cielo
espeso de buitres bombarderos atención
es vuestra la culpa

v o s o t r o s a m á i s

ese mar acorazado de armas aceitadas
con el oro descompuesto esa lucha engangrenada
esa peste traga-hombres ese cuerpo aullante
esos corazones arrancados de cuajo
ardiendo en focos vengadores
a lo largo de las rutas desgajadas
por vosotros enemigos incendiarios carniceros
máquinas sedientas bestias afiebradas
pero no lo olvidéis

ellos aman

*ellos de verdad aquellos juntos compañeros
humillados envilecidos traicionados juntos
despojados conjurados y juntos perseguidos
juntos se levantan desafiantes inflamables
audaces libres de equipaje y de sosiego
incontables granos de un trigal en marcha
guerrilleros
juntos vencedores ellos aman.*

Esto fue escrito antes cuando en vida cuando el guerrillero cuando el Che sin nombre legendario y ahora aun después más viviente que nunca colocamos sobre él sobre su vida entera apretadamente una gavilla de lágrimas espigas rebeldes brotando sangre-tinta desde el banco de escuela desde el corazón del primer verbo y también un pequeño ramo un haz de yesca seca para continuar avivando esa sangre-tinta sobre la tierra tendida americana de esta mesa puesta con el pan múltiple y caliente de tu cuerpo y alma Ernesto Che Guevara el guerrillero un 8 de octubre de 1967.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 103-104.

ORACIÓN

LAURETTE SEJOURNÉ

*¿En qué fase de tu infancia fuiste marcado
por la fulminante visión del hombre como hacedor de su destino?
¿En qué momento viste la opacidad desgarrarse y aparecer el mensaje?
¿A qué edad supiste la fecha de tu inmolación
y tu valor universal de signo?
Muy pronto, sin duda. A la edad tierna de la espontaneidad jubilosa,
de esos impulsos que los adultos ignoran,
de esa pureza radiante
que fueron tuyos hasta en la muerte.*

*Profeta de un combativo amor al prójimo,
de un implacable juicio terrestre,
de la reencarnación en un compañero,
no estabas hecho para los lentos tránsitos,
para la paciente repetición de las tareas,
para los eternos recomienzos.*

*Visionario de los días por venir,
tu coincidencia con el mundo se logró solo
a través de unos pocos elegidos
y duró el instante de una victoria imperecedera.
Todas las cadenas rotas y abiertas todas las puertas,
la libertad era tu cifra y la llave de tu transparencia:
soberanía de elegir tu vida,
travesuras que a los mandarines azoran,
marcha alegre hacia el final previsto.*

*Calvario y Pasión de Vallegrande,
el escándalo de tu rostro presa de ojos impíos y de tu cuerpo sin sepultura
quemaron las últimas etapas:
tres días después de caído,
germinaba ya tu prodigioso ejemplo
y tu presencia era para siempre inmortal.*

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, p. 106.

CHE
MARGARET RANDALL

*che...
no es que yo quiera darte
pluma por pistola
pero el poeta eres tú.*

MIGUEL BARNET

*siendo cierta o no
siendo cierta tanto como en nosotros
una parte
 mide
ese gran fuego que surgió en ti
allí
 entonces
cuando apareciste
como otro hombre cualquiera
en casa*

*en tus manos, argentina
casi la prehistoria
los años en guatemala los años
en méxico
y los años
en la sierra
 fría
 húmeda
la medicina para tu asma
que no vino que no
aliviaba
los hombres, pocos, las armas, menos, más viejas,
allí*

*donde tú hiciste y peleaste y
lograste
donde tú hablaste, dijiste todo,
siempre*

recordado por taciturno
 intransitorio
esa clara honestidad

más allá de la regla
o cómo medir eso.

siendo cierta o no, ahora,
en nuestro estado marginal peleando
con nada
en nuestras manos, duda, la necesidad
de saber
cómo y adónde fuiste y si
hasta las palabras de la habana
la remplazan con la muerte, cierta,
el gran vacío dejado
incluso el mito

deja eso
o más de regreso

a tu historia para nosotros
donde cogiste una isla
y la imposibilidad
en tus manos
donde bajaste de esa montaña
en un mulo
donde caminaste a través de santa clara
subiste
bajaste, dejaste, saliste,
tomando cada hoja de hierba
y cada muerte
y cada nueva vida y cada promesa
completándola, el círculo,
en tus manos
lo que solo puede ser imaginado, hablado
por otros
como si no fuera suficiente
dejaste

frutos rechazados, la justa recompensa
del ritual
dejaste lo que hiciste y viviste
y por lo que no moriste

casi
allí,

donde creció

ante ti a causa de tus ojos
y días, noches
en los oscuros árboles, hermanos,
partiste hacia otras tierras
«mientras un hombre sea esclavo»
la cuestión de la necesidad
inversa
dirección solo buscada y dicha
por nosotros.

siendo cierta o no, tu muerte,
y entonces
siendo terriblemente

posiblemente
probablemente

irrevocablemente cierta
cuatro meses haciendo la certeza de ella
para ti, para nosotros
son los titulares y la falta de aliento
estirándose para vivir con la condena
en nuestras cabezas detrás de nuestros ojos
en nuestros fríos dedos

estirándose entre dos lugares
donde
tú todavía luchas
o todavía mueres
o muerto.
edad de hielo de vacío vacío abierto
herido en gracia
gracia

*dónde está la puerta, che,
ante el fuego
que viene
dónde está la puerta el gozne la ventana abierta
en ese lugar*

para sacarnos de aquí...

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 109-111. Fechado en México, 21 de octubre de 1967, y publicado en una traducción atribuida a O.A. [no pudimos determinar a quién corresponden las iniciales, *N. de la E.*]

Fondo Editorial
Casa de las Américas

POEMA DEL CHE

ANTHONY PHELPS

*Santuario de aves de presa incubación de rapaces
oh tierra de América en busca de un mesías
el compañero el camarada Che ha muerto*

*Caín Caín mi hermano envenenado
qué precio pones al crecimiento del hierro
el acero descifra el destino de la estrella
pero el Loco-de-las-piedras vuelve a decir su sueño de impalpables
palabras perdidas entregadas sin pie ni cabeza
a los cuatro vientos de la duración
Palabras de piedra y sin ribera*

*Sembré un ave en mi jardín
pájaro de fuego reptilíneo
Me acosté me lavé
me traicioné por una coma
y la varilla de los gatos bailaba alrededor de la cama
Kai kai la cabeza indagadora
encuentra mi vientre y bebe mis hilos
la mujer con manos de hoja canta su manzana
oh abertura del alcohol virgen*

*Me levanté me mordí
y me hice picar por una elipse
me paseé como un cuervo
con mi canto escondido
en el gran baile enmascarado de la herrumbre
donde la guitarra perfecta toca una tonada eléctrica
Pies de palanca y manos de trasmisión
mi cuerpo sosegado se hizo migajas en vocablos de hierro
en palabras maestras:*

*¡Ay, madre mía!
En la borrosa lejanía rueda el temporal
Siento subir la sangre a mis cabellos
La luna rubia y negra
juega a los escondidos con mi mano
pero la fresa se esconderá bajo la uña de la infancia
encontraré el camino de hojas y el olor de los bosques
en donde el miedo desaparece por la boca del sol*

*¡Ay, madre mía!
Vivo entre los parapetos de una mujer
pupila testigo del corazón del trigo
su cicatriz en hoja de viña
piensa más alto que el arcoiris
Mujer única en el bisel de la pasión
que teje el amor con sus manos de alba*

*Vivo en la geometría de una mujer
perla pescada en mar antiguo
y para no dormir ya bajo la lámpara de piedra de los hombres
liberé las mariposas de mi memoria
¡Ay, madre mía!
vivo en el espacio de una mujer
mi vida ya no desciende y se hace fuente alrededor de sus cabellos*

*Rehago su rostro vertical sobre mi puerta
con la astucia de Año Nuevo
al menor aliento su mejilla late contra mi corazón
y la noctámbula esperanza desata la liana de las aves*

*¡Ay, madre mía!
Hablo para tu sangre
para el mañana que nacerá sin remiendos y sin costuras
y del cual seremos los únicos responsables
¿Para quién la luna y para quién el sol
sino para ella mi mujer de manos como el trigo
boca de plata de cuentos infantiles?*

*¡Ay, madre mía!
Borrosa lejanía corona de virgen de corazón de paja*

mas cómo decir la estrella en la oreja de esta mujer
cuando las aves picotean nuestras palabras
¿Oyes el ruido de la bala que hace estallar el corazón de la fuente
como si el agua debiera perder para siempre
la amistad de los labios y las hojas?
¿Oyes la queja que inventa el cristal
para anunciar la muerte de un hombre
como si el camino hubiera perdido su ruta?
¡Ay, madre mía! Cómo decir a mi Mujer
el niño correo del espino albar regresó a su nacimiento
para velar el ave de nuestras cabezas
Cómo la lengua más lerda que memoria
¡La fuente de corazón estrellado se agotó
el compañero el camarada Che ha muerto!

Pero una muerte que decimos en todas las lenguas del mundo
no es la muerte
¡Ay, madre mía!
Ve a confiarlo a la vía láctea
a los trigales
a los pantanos
repítelo a los aires del viento
en los cañaverales
al fondo de las minas
ve a decirlo a los brazos de molino del horizonte
que ya no viviremos como eructos al margen
porque una bala en el corazón de mi hermano
le hizo más grande el corazón
¡Mira brillar su rostro
como la Estrella del Pastor sobre América!

Melodiosa memoria de mi Madre la de mano solar
entibiando el agua de mi baño
en este país de cera y de boca petrificada
una estrella salubre nos espera sobre el camino del vidriero
o la sangre del Che volverá a encontrar nuestras venas

Tierra de América nutrida con la sangre de Abel
el reacomodador de luna ya no juega a las muñecas
Doy a mi mujer un beso que crece con la luz

*y formaremos un puñado de hombres en memoria del Che
pues el miedo ha cambiado de hombro
el mal dicho del cuervo lunático
se corrige sobre un alcance nuevo
y el Poeta costurero del exilio
reanima los tiempos del verbo activo.*

Casa de las Américas, no. 104, septiembre-octubre de 1977, pp. 39-41. Traducción de Nancy Morejón.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

NUESTRO CHE

ANDREW SALKEY

Escrito para señalar el décimo aniversario de la muerte del Che.

*Sabemos cuánto esas azules montañas significaban para ti;
cuánto significábamos nosotros para ti, vivos en su promesa;
cuán alto continuaste tú ascendiendo para movilizarnos;
cuán lejos tú caíste, por habernos amado siempre.*

¡Encenderemos, pues, la luz moral
a través de la sombra material;
construiremos las casas de nuestra isla
en los riscos de las montañas!

*Sabemos cuán profundo tu sueño acribilló la pesadilla;
cuán hondo resonó el tañido del amor bajo la tierra;
cuán rápido viajó recorriendo las plantaciones;
cuán veloces los años se amontonaron como hojas de mate.*

¡Encenderemos, pues, la luz moral
a través de la sombra material;
construiremos las casas de nuestra isla
en los riscos de las montañas!

*Las cosas son más claras, ahora, en lo más alto de la escala;
las tempranas brumas desconcertantes se están desvaneciendo;
el contorno de los cortantes picos se muestra desde lejos;
la distancia de la ascensión no es ya ningún misterio.*

¡Encenderemos, pues, la luz moral
a través de la sombra material;
construiremos las casas de nuestra isla
en los riscos de las montañas!

*Desde donde nos encontramos, al pie de nuestras colinas,
las escarpadas cumbres ya parecen más fáciles de alcanzar.
Desde tu último viaje hacia lo hondo de la quebrada,
sabemos que debemos escalarlas, mañana, por tu causa.*

¡Encenderemos, pues, la luz moral
a través de la sombra material;
construiremos las casas de nuestra isla
en los riscos de las montañas!

Casa de las Américas, no. 104, septiembre-octubre de 1977, p. 43. Traducción de David Cherián.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

FUGACIDAD DE SU MUERTE

JORGE ENRIQUE ADOUM

*¿treinta años ya?
¿o sea que pudimos seguir sobrando treinta años en un mundo
/ en que no estaba él?
¿o sea que hay una generación que ha podido nacer crecer y engendrar
/ en un mundo en que desde hace treinta años falta él?
¿cómo concebir el mundo treinta años sin él?
¿américa sin él?
(si hasta les decíamos a los europeos que debe ser triste no ser
/ latinoamericano
porque él era la primera muestra de ese hombre futuro que américa
/ iba a parir un día
él era ese ser de carne que ya estaba en la leyenda o a la inversa
/ ese héroe de epopeya con el que hasta hacía poco
/ tomábamos un café
él hizo sentirse noble a nuestra américa sentirse digna cuando en cuba
/ era más américa que nunca
e íbamos por ahí orgullosos de haber nacido en el mismo continente
/ que él en la misma época
y de la admiración y el cariño de la humanidad cuando se hablaba
/ de cualquiera de sus hazañas
o de sus difíciles virtudes teníamos en cierto modo la pretensión
/ de que nos tocaba una parte...)
o sea que estamos nosotros sin el che después de que lo dejamos
/ al che sin nosotros
(se nos estaba convirtiendo peligrosamente en excusa
él hacía por nosotros lo que nosotros debíamos hacer
él hacía lo que sabíamos que había que hacer pero no hacíamos
lo que queríamos hacer pero no hicimos
lo que inevitablemente tenemos que hacer pero no hacemos
y estábamos satisfechos él lo hacía bien todo lo hacía bien
y lo dejamos solo comandante sin ejército
el ejército estábamos aplaudiendo desde lejos su hombría
admirando su entereza conmoviéndonos su integridad de varón...)*

tal vez por creerlo tan grande creímos que no hacía falta alguna
/ nuestra pequeñez a sus órdenes
y porque lo creíamos invulnerable nada hicimos para que esos indios
/ impenetrables
tuvieran una hendidura en la piedra del alma por donde pudiera entrarles
/ de una vez el futuro a aclarar las cosas de su tiniebla
nada hicimos jamás para que esa india con una hija enferma supiera
/ quién la estaba asesinando largamente y quién iba a salvarnos
ella recibió los cincuenta pesos que le dio el che y alguien lo delató
y nosotros lo traicionamos porque no estuvimos con él delante de él
/ junto a él detrás de él
cuando lo cercaron los militares y los lobos (lobos y lobos)

ahora es difícil creer que él haya podido morir un día
pero más difícil fue hace treinta años porque el mundo no podía
/ imaginar que la pequeña muerte de los hombres lo tocara
porque la muerte es tan poca cosa y un teniente prado es poca cosa
/ y un general ovando es bien poca cosa
(y nos aferrábamos a las mentiras de la estupidez armada a las
/ contradicciones de la infamia
tratando de encontrar en ellas el indicio de que estaba vivo
volviéndonos súbitamente expertos en lógica como si los gorilas
/ tuvieran nuestra lógica
expertos en trucaje de fotografías analizando su barba temiendo
/ que fuera él pero hablando del cristo de mantegna y de
/ esculturas del barroco...)
cuando fidel dijo que había muerto
bajamos la cabeza y juntamos el montoncito de recuerdos como
/ hacemos cada vez que alguien muere como para recomponerlo
para que nos lo devolvieran completo
sin huecos sus pulmones y su vientre
íntegros sus huesos que dijeron habían quebrado para meterlo en un tarro
íntacta su piel que dijeron habían quemado para que su tumba
/ no se convirtiera en lugar de peregrinación
pero carajo dije
si no hay un solo matorral de américa donde no lo hubieran matado
no hay un solo sitio que no fuera su tumba de combatiente y mártir
y nos sentimos miserables con un poco de culpa por su soledad
pero enorgulleciéndonos otra vez por esa bofetada final que en nombre
/ de todos nosotros dio a todos los coroneles en la cara de selnicho

y llenándonos de odio más del que un ser humano puede soportar
contra ese barrientos híbrido de gorila y G.I. que se frotaba las manos
y contra nuestra propia ¿qué? ¿cobardía dogma comodidad mutilación?
y entonces solo entonces quisimos haber estado en valle grande
haber muerto junto a él
mejor en lugar de él...

alguien dijo ese día que el gran barbudo de la isla del caribe se había
/ quedado solo
no carajo dije
él esta allí con diez millones de compañeros que lo aman y los
/ revolucionarios del mundo que lo admiran
los que estamos solos y ya sin excusa somos nosotros
los que siempre hemos estado solos porque hemos querido estar solos
/ viciosamente solos
ocupados con nuestra domesticidad hablablablando de la revolución
/ antes de irnos a beber o a dormir
y los otros que ya ni siquiera hablan de revolución
y no se trató ya de haber muerto en su lugar sino de juntar nuestras
/ soledades y nuestras pequeñeces para remplazarlo entre todos
ya no de haber estado en su lugar sino de ir a su lugar
nosotros por lo menos los que no nos habíamos podrido...
y mucho tiempo después hasta en las aldeas remotas de asia y de áfrica
/ vimos a campesinos discutir sus problemas agrarios en torno
/ a una mesa sobre la tierra bajo la bandera de su país y un
/ estandarte con la imagen del hombre de la estrella en la frente
y en las paredes de nuestras ciudades pintada la imagen sucesiva
/ del hombre de la estrella en la frente
y a las adolescentes que no lo conocieron llevar en el pecho sobre
/ los pechos la imagen del hombre de la estrella en la frente...

de pronto vino la perrada de la historia
atónitos entramos en algo como una vacancia ideológica cuando
/ de pronto nadie supo nada ni creyó ya en nada
y en lugar de aborrecernos y de odiarnos como si lloráramos
/ por nuestra impotencia
anduve preguntando qué se hizo en qué recodo desde la entraña de américa
se nos perdió el hombre nuevo que esperábamos y por cuyo advenimiento
/ algunos dieron su vida

qué se hizo desde cuando lo abandonamos con su guerrilla
/ fantasma en la selva qué se hizo cuando el neoliberalismo
/ se convirtió en la «única forma universal de gobierno»
/ con la díscola excepción de cuba
cuando porque lo mataron creyeron que había muerto y anunciaron
/ «el fin de la historia»
como si ya todos pensáramos igual con la indócil excepción de chiapas
/ y de cuba

pero yo sé sabemos que la historia no puede terminar antes de que
/ regrese el hombre nuevo que él anunció trayéndolo consigo
como la más bella utopía de américa
y por eso lo espero para poder seguir vivo
y poder seguir esperando lo que viene

entonces che ¿hasta la victoria siempre?

Publicado en *Casa de las Américas*, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 16-18. Según la nota de la publicación original, se glosa el artículo «El Che sin nosotros», *OCLAE*, La Habana, no. 14, febrero de 1968.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CHE 1997

MARIO BENEDETTI

*Lo han cubierto de afiches / de pancartas
de voces en los muros
de agravios retroactivos
de honores a destiempo*

*lo han transformado en pieza de consumo
en memoria trivial
en ayer sin retorno
en rabia embalsamada*

*han decidido usarlo como epílogo
como última thule de la inocencia vana
como añejo arquetipo de santo o satanás*

*y quizás han resuelto que la única forma
de desprenderse de él
o dejarlo al garete
es vaciarlo de lumbre
convertirlo en un héroe
de mármol o de yeso
y por lo tanto inmóvil
o mejor como mito
o silueta o fantasma
del pasado pisado*

*sin embargo los ojos incerrables del che
miran como si no pudieran no mirar
asombrados tal vez de que el mundo no entienda
que treinta años después sigue bregando
dulce y tenaz por la dicha del hombre*

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 23.

NACIMIENTO DE UNA REPÚBLICA

ALFONSO SASTRE

*Esto ocurrió cuando alzóse la vida
Esto ocurrió cuando el fuego era rojo
Esto ocurrió en la mañana del alba
Esto ocurrió en el fulgor de la muerte
Esto ocurrió cuando dijose basta
Esto ocurrió cuando echamos a andar
Esto ocurrió cuando Ernesto Guevara
alzó un arma de fuego que ya nunca se extingue
(Y esto ocurrió en el reinado del Dólar
emperador de las barbas de sangre).*

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, p. 69. Fechado en Hondarribia, el 21 de noviembre de 1996.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CHUVIA

CHIQUI VICIOSO

*Che
hoy es tu aniversario
y Bol-vimos
donde aún no se ha secado
La Higuera
«Él nos dijo que podíamos
vivir decentemente
nos mostró la casa grande
y nos prometió la luz
la escuela, la salud
y el agua»
«Las guaguas le dicen San Ernesto
y San Ernesto le dice mi mujer
cuando se ahoga
y le prende velas»
...Y los Andes con sus garras
aferrándose a lo verde
a la guerrilla humedad de estos lares
«En San Pablo
yo para darle las gracias
por haberme curado
le pregunté su nombre y dijo
lo que importa no es el nombre
sino la huella del hombre
cuando pasa»
...Y las lomas desnudas empinándose
para alcanzar la negra sombra
de las blancas nubes

«A Guatemala llegó en los 50
y vino a inscribirse como guardia
que le diera un rifle me pidió
yo le di una carabina*

creyendo que sabía tirar y preguntó
¿Cómo es que esto funciona?»
...Y el ocre un muro de silencio
sudor y orina
y el ocre una infinita llanura
de cuadrados de fango
«En Bolivia quiso inscribirse como médico
de las minas de estaño
en ese tiempo se había promulgado
la Ley de la Reforma Agraria
y Ernesto estaba impresionado
con las marchas de antorchas de los mineros
con sus rifles de piripao
esos mismos mineros que en el 67
hicieron una recolecta para ayudarlo
y que hasta hoy no se perdonan
...ni perdonan»
...Y el ocre una cárcel
en este reino altibajo de la papa
la papalina, la quinua, el singane
...Y el ocre un valle de monolitos vivientes
donde sol(o) y (sol)a la llama habita
Taladro, pala, pico
«tambor que dejó de ser tambor
para convertirse en azada
sin que el hombre haya cosechado
una sola espiga feliz»
según los poemitas que se mandaba
en el sermón, en la arenga, en el discurso
aquel que insistió en no ser esclavo
ni siquiera de la palabra
«Putearé a los mexicanos
por no haberme dejado especializar
como cirujano para curar estas heridas»
«Y los putearé por no haberme dejado
mejorar el tiro»
...También los habrá puteado
por no haberle advertido que en el Granma
había que tener Dramamina

Por todas partes América
por todas partes el molino de viento
por todas partes su amante y amada
esclavizada Dulcinea
Por todas partes él
que no era ni soldado
ni médico ni poeta
solo un asmático que pulió su voluntad
con deleite de artista
Hoy un polvo gris
se asienta sobre la piel del Ecuador
sobre las alcantarillas secas
de las favelas de Río
sobre las calles pintadas de blanco
«como en las islas griegas»
de los ranchos de Caracas
Se han secado las flores
de los rituales de mayo
cuando cantábamos el Ave María
bajo arcos de azucenas
gladiolos, rosas y azahares
y en el Valle de la Luna
la tierra se ha escapado hacia adentro
dejando solo entrever
sus puños de cascajo
Poco a poco Machu Picchu se deshace
por la dinamita con que se construye
el último hotel para turistas
fetos de llamas esperan su entierro
para alimentar la Pacha Mama
y ya nadie coloca galaxias
de incienso en las escaleras
de las casas nuevas para evitar
que la muerte cobre su tributo
Una nube de polvo o ceniza se desplaza
... lagarto... Oyá
polvo que sale de la selva
y cubre del molino las aspas

*Polvo contra polvo
ceniza contra ceniza
Che hoy es tu aniversario
y en La Paz
ha caído una llovizna.*

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 79-82.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Sobre Ernesto Che Guevara
Che íntimo



Fondo Editorial
Casa de las Américas

DE *EVOCACIÓN*

ALEIDA MARCH

Una tarde tomé en mis manos una grabadora para ir desgranando los recuerdos que de pronto me asaltaban. Quise, pero no pude... Hablé sobre esto con mi amiga y colaboradora María del Carmen Ariet.

Era mucha el agua que había pasado bajo mis puentes. Trabajaba en la creación del Centro de Estudios Che Guevara. Ella y yo habíamos archivado poco a poco documentos, fotografías, cartas, poesías y otros objetos personales. A partir de ahí, cada vez con más fuerza, pensábamos que teníamos un camino largo por recorrer hasta lograr o casi lograr todas las aspiraciones que anhelamos, y así fue como empezamos a editar cuidadosamente la obra del Che.

Queríamos que las nuevas generaciones lo conocieran, los jóvenes lo hicieran cercano a ellos; no solo como símbolo, sino como hombre vivo que desde temprana edad soñó y que luego hizo realidad esos sueños con espíritu creador.

A medida que crece el Centro, donde no solo aspiramos a estudiar su pensamiento, su obra, su vida, pretendemos trabajar con la comunidad que nos rodea para fomentar en ella una de sus cualidades más importantes, su ética, y que se conozca aquello por lo que luchó: un mundo más justo.

Hace unos años el señor Cecconi, delicado y persistente, se me acercó en varias ocasiones, quería que yo aceptara escribir un guion –él realmente se empeñaba en realizar una película–, pero aquella idea no me entusiasmó, sin embargo, casi convencida, pensé que, sobre todo, se lo debía a mis hijos y empecé a dejar constancia de mis recuerdos. Empecé entonces a garabatear lo vivido.

En *Evocación* están mis remembranzas, no tengo vocación de escritora, volqué en blanco y negro mis recuerdos más queridos, espero que los que lean mis notas aprecien cuánto esfuerzo y dejación hice de mis cartas, mis poesías que hasta ahora guardaba dentro, muy dentro de mí...

La Habana, 26 de abril de 2007

VIII

Existen circunstancias en las que las palabras pierden su significado y no sabemos o no podemos explicar la exacta dimensión de lo que nos está ocurriendo. Así me encontraba en el momento de la despedida, la primera de otras que parecerían definitivas. Entonces no sabía que me esperaban encuentros similares, y que siempre me dejarían esa sensación extraña, en que, por encima de cualquier razón, mis instintos primarios trataban de preservarlo, a pesar de que sobradamente conocía que la situación era irreversible. Por eso asimilarlo me costaba tanto, aceptarlo me resultaba muy difícil.

Ahora que intento recordar lo acontecido –lo que como una especie de ostra enquistada me había prometido no contar nunca–, tengo la misma impresión y me asaltan los mismos temores de aquellos días, en los que me aferraba a lo que ya no sería igual.

Cuando nos despedimos suponíamos que la comunicación iba a demorar, lo que por suerte no sucedió. Sobre todo en los primeros tiempos pudimos escribirnos con bastante asiduidad, y de esa forma se aminoró la enorme carga de incertidumbre que permanentemente me acompañaba. Nos valíamos de muchos compañeros en función de emisarios que llevaban y traían las cartas: Osmany Cienfuegos, José Ramón Machado Ventura, Ulises Estrada, Oscar Fernández Mell, Emilio Aragonés, entre otros que pasaban o permanecían en el campamento del Che, en cumplimiento de diversas tareas.

Por el contenido de las cartas, que conservo como parte de mis pertenencias más preciadas, podía comprender que no solo yo me estaba poniendo a prueba, sino que para el Che la separación resultaba extraordinariamente dura y muy difícil. En esto tengo que darle total razón porque al menos yo contaba con el consuelo y la compañía de nuestros hijos, testimonio constante de nuestro amor.

Pasados los años, releendo una vez más las cartas que me envió desde esas lejanas tierras del Congo, puedo medir el enorme sacrificio que significó para el Che dejarnos atrás y, por sobre todas las cosas, la descomunal grandeza de su entrega sin límites a la lucha por alcanzar un mundo más justo y equitativo. En la primera carta enviada sus palabras y su estilo sintetizan mucho mejor que si decidiera explicarlo yo:

Mi única en el mundo:

(Se lo pedí prestado al viejo Hickmet)

¿Qué milagro has hecho con mi pobre y viejo caparazón ya no me interesa el abrazo real y sueño con las concavidades en que me acomodabas y en tu olor y en tus caricias toscas y guajiras?

Esto es otra Sierra Maestra pero sin el sabor de la construcción ni, todavía al menos, la satisfacción de sentirlo mío.

Todo transcurre con un ritmo lento, como si la guerra fuera una cosa para pasado mañana. Por ahora, tu temor de que me maten es tan infundado como tus celos.

Mi trabajo se compone de la enseñanza de francés en varias clases al día, aprendizaje de swahili y medicina. Dentro de unos días comenzaré un trabajo serio, pero de entrenamiento. Una especie de Minas del Frío, de la guerra; no la que visitamos juntos.

Dale un beso cuidadoso a cada crío (también a Hildita).

Sácate una foto con todos ellos y mándala. No muy grande y otra chiquita. Aprende francés, más que enfermería y quíereme.

Un largo beso, como de reencuentro.

Te quiere

Tatu

Con ese seudónimo que significa «el tres», siguiendo la numeración en swahili y que siempre empleó durante el tiempo que permaneció en África, nos mantuvimos en contacto.

En esa larga espera, centré mi atención esencialmente en los niños, que aún eran muy pequeños, además de seguir atendiendo algunas tareas de la FMC, aunque no como profesional, porque en esa lucha conmigo misma, en el fondo no quería sentirme atada a ninguna responsabilidad que me impidiera en un futuro unirme de nuevo con el Che, cuando las circunstancias lo permitieran.

Esa adaptación no deseada se rebelaba de forma constante, lo que obligaba al Che a pedirme siempre que no me desesperara, a insistir en que estudiara francés para poder comunicarme mejor si llegaba al Congo. En realidad, aunque trataba de llenar los espacios de la mejor manera, no me encontraba preparada para asimilar lo que me estaba ocurriendo; tenía que pasar un tiempo prudencial para organizar de nuevo mi vida y

mi futuro en el que siempre incluía al Che, muy lejos de vislumbrar lo que sucedería a la postre.

En el transcurso de su estancia en el Congo, conoció del fallecimiento de su mamá, suceso que le produjo una amarga tristeza pues estaban unidos por un entrañable cariño. Me hizo saber su angustia en una carta, en la que expresaba la esperanza de «que no haya sufrido físicamente y que no haya tenido casi tiempo de pensar en mí».

A la memoria de su madre escribió uno de sus más conmovedores relatos, *La piedra*, en el que dejó volcados sus sentimientos más profundos. Al evocarla, expresó: «la necesidad física de que aparezca mi madre y yo recline mi cabeza en su regazo magro y ella me diga: "mi viejo", con una ternura seca y plena y sentir en el pelo su mano desmañada, acariciándome a saltos, como un muñeco de cuerda, como si la ternura le saliera por los ojos y la voz [...]. No es necesario pedirle perdón; ella lo comprende todo; uno lo sabe cuando escucha ese "mi viejo" [...]».

Ese era el hombre que, a pesar de su aparente severidad, yo conocía en sus fibras más íntimas, por eso siempre fui consciente del tremendo esfuerzo que hacía para llevar adelante sus proyectos más nobles y puros. A veces tuvo que mostrarse firme, convincente y amoroso a la vez, y mostrarse tal cual yo sabía que era, ante mi insistencia de encontrarnos:

No me chantajeas. No puedes venir aquí ahora ni dentro de tres meses. Dentro de un año será otra cosa y veremos. Hay que analizar bien eso. Lo imprescindible es que cuando vengas no seas «la señora» sino la combatiente, y para eso debes prepararte, al menos en francés [...].

Así ha pasado una buena parte de mi vida; teniendo que refrenar el cariño por otras consideraciones y la gente creyendo que trata con un monstruo mecánico. Ayúdame ahora, Aleida, sé fuerte y no me plantees problemas que no se pueden resolver. Cuando nos casamos sabías quién era yo. Cumple tu parte de deber para que el camino sea más llevadero, que es muy largo aún.

Quiéreme, apasionadamente, pero comprensivamente, mi camino está trazado, nada me detendrá sino la muerte. No sientas lástima de ti; embiste la vida y véncela, y algunos tramos del camino los haremos juntos. Lo que llevo por dentro no es ninguna despreocupada sed de aventuras y lo que conlleva, yo lo sé; tú debías adivinarlo [...].

Educa a los niños. No los malcrías, no los mimes demasiado, sobre todo a Camilo. No pienses en abandonarlos porque no es justo. Son parte nuestra.

Te abraza con un abrazo largo y dulce, tu

Tatu

¿Fui lo suficientemente fuerte como me pedía el Che? No lo sé a ciencia cierta. Unas veces me creía Dulcinea y otras Sancho Panza, ambos deseosos de seguir al Quijote de los tiempos modernos con el que me había tocado compartir, y que, semejante al personaje cervantino, rebosaba ternura, pero no dudaba en enfrentar a los nuevos molinos, de diferentes texturas pero con propósitos similares.

Esperaba, quizás no muy pacientemente, aunque con resignación, el tiempo adecuado para unirme a él. Mientras tanto, los acontecimientos en el Congo se precipitaban y auguraban un desenlace que no era el esperado en los primeros tiempos de la contienda. A pesar de esto, el Che continuaba organizando las fuerzas y las acciones y mantenía sus costumbres como prueba de la disciplina y tesón que mostró a lo largo de su vida. Incrementó el número de lecturas, como siempre hacía, muy abarcadoras y cada vez más profundas. Es extraordinario cómo en medio de tantas dificultades, de lo inhóspito del lugar y con la conciencia clara sobre lo que se avecinaba, seguía sus estudios de filosofía y otras materias que le sirvieran para desarrollar proyectos teóricos válidos para el futuro del socialismo en el Tercer Mundo. El listado de los libros que me pedía, constantemente, habla por sí mismo de su dedicación y su vocación literaria. Junto a los títulos, en ocasiones, ponía algunas especificaciones entre paréntesis:

Himnos triunfales, de Píndaro
Tragedias, de Esquilo
Dramas y tragedias, de Sófocles
Dramas y tragedias, de Eurípides
Comedias completas, de Aristófanes
Los nueve libros de la historia, de Herodoto
Historia griega, de Jenofonte
Discursos políticos, de Demóstenes
Diálogos, de Platón
La república, de Platón

La política, de Aristóteles (este especialmente)
Vidas paralelas, de Plutarco
Don Quijote de la Mancha
Teatro completo, de Racine
La divina comedia, de Dante
Orlando furioso, de Ariosto
Fausto, de Goethe
Obras completas, de Shakespeare
Ejercicios de geometría analítica (del santuario)

A pesar del esfuerzo, la lucha en el Congo llegó a su fin y sobre lo acontecido recibí una carta del Che escrita el 28 de noviembre de 1965, cuando ya se encontraba en Tanzania. En ella exponía no solo los hechos, sino también su estado de ánimo y el futuro de sus acciones, tratando una vez más de hacerme entender lo difícil que sería nuestro reencuentro. Creo que solo una persona como el Che, con su capacidad analítica y sus férreas convicciones, podía llegar a vislumbrar los acontecimientos que se avecinaban, los que sentía como parte de su propia naturaleza:

Mi querida:

Alcancé la otra carta que te mandaba. Todo se precipitó en forma contraria a las esperanzas. El desenlace te lo puede contar Osmany; solo te diré que mi tropa, de la que me sentía orgulloso y seguro los primeros días, se fue diluyendo, o mejor dicho, reblandeciendo como manteca en la sartén y se me escapó de la mano. Volví, por el camino de la derrota, con un ejército de sombras. Ya todo ha pasado y viene la etapa final de mi viaje y la definitiva; solo me acompañarán ahora un puñado de elegidos con estrellas en la frente (las martianas, no las de comandante).

La separación promete ser larga, tenía la esperanza de poder verte en el tránsito de lo que parecía una guerra larga, pero no fue posible. Ahora habrá entre nosotros una cantidad de tierra hostil y hasta las noticias encarecerán. No te puedo ver antes porque hay que evitar toda posibilidad de ser detectado; en el monte me siento seguro, con mi arma en la mano, pero no es mi elemento el deambular clandestino y tengo que extremar las precauciones.

Ahora viene la etapa verdaderamente difícil para todos y hay que prepararse a soportarla; espero que sepas hacerlo. Tienes que soportar tu cruz con entusiasmo revolucionario. Si llego a destino, cuando lo sepan,

harán todo por ahogar la cosa en germen y las medidas profilácticas de aislamiento se harán más rígidas. Siempre encontraré la manera de hacerte llegar unas líneas, pero si no se puede no pienses lo peor; en el punto de destino seré fuerte otra vez, a pesar de la diferencia de medios que tendré al principio.

Me cuesta escribir; o son los detalles técnicos que no deben interesar, o los recuerdos de toda la vida pasada que tardará en volver. Porque has de saber que soy una mezcla de aventurero y burgués, con una apetencia de hogar terrible pero con ansias de realizar lo soñado. Cuando estaba en mi burocrática cueva soñaba con hacer lo que empecé a hacer; y ahora, y en el resto del camino, soñaré contigo y los muchachos que van creciendo inexorablemente. Qué imagen extraña deben hacerse de mí y qué difícil será que algún día me quieran como padre y no como el monstruo lejano y venerado, porque será una obligación hacerlo.

Cuando arranque te dejaré unos libros y notas, guárdalos. Me he acostumbrado tanto a leer y estudiar que es una segunda naturaleza y hace más grande el contraste con mi aventurerismo.

Como siempre, te había hecho un versito y, como siempre, lo rompí. Cada vez soy mejor crítico y no quiero que me pasen accidentes como los de la otra vez.

Ahora, que estoy encarcelado, sin enemigos en las cercanías ni entuertos a la vista, la necesidad de ti se hace virulenta y también fisiológica y no siempre pueden calmarlas Karl Marx o Vladimir Ilich.

Dale el beso especial a la cumpleañera; no le mando nada porque es mejor desaparecer totalmente. Te vi de poses en una tribuna, estás de lo más bien, casi como en los días felices de Santa Clara. Yo también me aproximé a ese ideal, pero ahora vuelvo a ser el insignificante Sansón Pelao.

Educa a los niños. Siempre me preocupan los hombres, sobre todo, e insístete al viejo para que los visite. Dale un abrazo a los buenos viejos que tienes por allí y recibe el tuyo, no el último pero con todo el cariño y la desesperación como si lo fuera. Un beso.

Ramón

En esa fecha, Fidel, que siempre estaba al tanto de nuestra familia, me invitó a participar en el acto de la primera graduación de médicos realizada

después del triunfo de la Revolución. Tuvo lugar en el Turquino, la elevación montañosa más alta de nuestro país, situada en la histórica Sierra Maestra, en la antigua provincia de Oriente.

La simbología del lugar era muy fuerte y todas las efemérides importantes culminaban allí después de pasar por la prueba de subir cinco picos de la Sierra, como constancia de nuestra voluntad y para rememorar una página de nuestra historia más reciente. Al poco rato de llegar, vimos venir a Sergio del Valle, quien había sido ayudante y médico de la Columna 2 comandada por Camilo Cienfuegos, por aquel entonces jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. El objetivo de la visita era informarle a Fidel de la retirada de las tropas comandadas por el Che en el Congo –lo que después el Che me explicó con más detalles en la carta–. También los pormenores de lo acontecido fueron narrados en los *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, relatos que escribe mientras permanece en Tanzania, utilizando su Diario de campaña, costumbre muy personal y que tenía como antecedente los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, donde narra la lucha guerrillera en Cuba.

Desde el momento en que se conoció la retirada de las tropas en el Congo, tuve el consentimiento de Fidel para encontrarme con el Che. Una vez más mediaba entre nosotros, solo que esta vez yo confiaba en que no encontraría la misma resistencia de cuando se opuso a que yo viajara para integrarme al grupo que efectuaba el recorrido por los países del Pacto de Bandung.

¿Estaría de acuerdo? Por las circunstancias parecía que no, pero para mi regocijo me equivoqué. Tuve la confirmación de mi viaje a Tanzania en diciembre, lo que me hizo extraordinariamente feliz, en uno de los fines de años más esperados de mi vida ante la inminencia de la partida.

Enero de 1966 llegó con mucha fuerza. No me acordé de los razonamientos del Che ni de su labor persuasiva, nada me detenía y al parecer la decisión de encontrarnos no le resultó inapropiada, aunque creo que yo lo hubiera hecho sin medir las consecuencias. Alrededor del 15 de enero, no puedo precisar del todo, efectué el viaje, haciendo escala en Praga, donde dormí en un apartamento que tiempo después sería utilizado por el Che y otros compañeros, mientras se realizaban los preparativos para su definitivo viaje hacia la América Latina. En un próximo encuentro en Praga, también nos quedamos en ese apartamento.

El trayecto lo realicé en compañía de Juan Carretero (Ariel), compañero que pertenecía al Departamento América, dirigido por el legendario combatiente Manuel Piñeiro, uno de los pilares en la coordinación y los

vínculos con los movimientos revolucionarios en nuestro Continente. De Praga pasamos a El Cairo y de ahí a Tanzania.

Allí me aguardaba el Che, convertido en un personaje casi desconocido para mí, afeitado y vestido sin el inseparable uniforme verde olivo que siempre llevaba en Cuba. Llegué muy nerviosa, en un mar de dudas y con una incógnita mayor que la esfinge que había dejado atrás en El Cairo. Sin embargo, ese estado desapareció de inmediato, al darme cuenta de que era él, y que ya estábamos juntos de nuevo.

Para realizar el viaje me habían hecho algunos cambios: llevaba una peluca de cabellos negros y creo que unos espejuelos que en aquella época todavía no tenía que usar, y que me daban un aire de persona mayor; de esa manera nos enfrentamos: con imágenes diferentes, pero, en esencia, los mismos.

Creo que fue lo soñado por nosotros durante mucho tiempo; íbamos a estar completamente solos y así sucedió. El encierro voluntario era absoluto por razones de seguridad, lo que no nos importó para nada, yo diría que más bien nos alegró. La ciudad la vi a mi llegada y cuando partí, solo tuve ojos y oídos para absorber y dar lo que fuimos capaces de entregarnos, no hacía falta más.

El lugar escogido no era muy agradable, pero ni en eso reparábamos; solamente existía nuestra dicha. Era una sala-comedor convertida en un lugar para estudiar y conversar y para dormir; una habitación con un baño interior. Ahí el Che revelaba las fotografías que él mismo tomaba con una camarita más profesional, algunas de las cuales tengo en mi poder como constancia de esos irrepetibles días. Hasta puedo decir que instauramos algunos hábitos ya conocidos: después del desayuno yo leía, siempre bajo la guía acostumbrada del Che, y él leía o escribía. En ese tiempo comenzó a impartirme clases de francés. ¡Lo había logrado!

Durante esos días, también grabó en su voz unos cuentos para los niños, que a mi regreso les entregué como uno de los tesoros más preciados que su padre les reservaba. Le escribió también una carta a Fidel y me pidió que se la hiciera llegar –recuerdo que eran comentarios sobre la lucha del movimiento de liberación en Guatemala.

Conversamos sobre muchos temas, me acuerdo de sus reflexiones sobre el contenido de su carta de despedida leída por Fidel y de que insistía mucho en la importancia que tenía para él. Nunca olvidaré lo diáfano que fue cuando me expresó su convicción de que donde quiera que fuera a luchar después del Congo, incluso allí, su grito de guerra sería siempre el de su revolución, la Revolución Cubana: «Hasta la victoria, siempre Patria o Muerte».

[No debe extrañarse el lector ante la presencia de una coma fuera de lugar o que se interprete como un error de mi parte, tampoco pretendo que se cambie el sentido de una frase que ha devenido en grito de rebeldía y esperanza para lo más noble de nuestros pueblos. Decidida a compartir algunos detalles que han dejado honda huella en mí, no puedo dejar de detenerme en este y transmitirles la fuerza con la que expresó lo que en realidad quiso decir y cuánto lamentó su error al poner la coma donde no debía; lo que quería dar a entender era que cualquiera que fuesen las circunstancias donde se encontrara siempre actuaría al llamado de ¡Patria o Muerte!].

Claro que no todo era seriedad, también en tono de broma recordábamos algún que otro acontecimiento simpático de nuestras vidas y, por supuesto, aclarábamos equívocos o malos entendidos, intrascendentes o no, pero de igual importancia, algo así como un «recuento necesario».

Al fin pudimos aclarar el caso de la secretaria que me encontré cuando comencé a trabajar en el INRA, en el ya lejano 1959, y que él siempre supuso que yo le había pedido que se marchara, porque su trabajo no era necesario al ocuparme yo de sus asuntos personales.

Cada vez que tratábamos el tema le negaba mi participación en ese hecho, pero ese día, después de seis años, lo reconocí y de una vez por todas le aclaré que no había sido por celos o porque pensara mal de la muchacha, sino porque estaba segura de que desde el punto de vista político no se encontraba a la altura de lo que debía ser una secretaria para él; en pocas palabras, que no era confiable. En definitiva salí de ese «malentendido» y el Che se sintió satisfecho al estar seguro de que nunca se había equivocado sobre mi participación en esa decisión.

Hablábamos también de amigos comunes, de lo sucedido a mi amiga, Lolita Rosell, a la que me unían lazos de afecto muy fuertes, desde los tiempos de la lucha clandestina en mi provincia, en el Movimiento 26 de Julio. Después del triunfo, Lolita se incorporó al trabajo y fue designada presidenta de la FMC en Las Villas. Mientras se desempeñaba en esas funciones, se encontró en dificultades, como consecuencia de los errores que se cometieron en la época del sectarismo en nuestro país en los primeros años de los sesenta; a tal punto, que le solicitó una reunión al Che, a la que este accedió con la condición de que estuvieran presentes el organizador del Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS), Emilio Aragonés; el jefe del Ejército en la provincia, William Gálvez, y un miembro de la dirección del antiguo PSP, el compañero Manuel Luzardo, en aquel momento ministro de Comercio Interior.

Del resultado de esa reunión, mientras el Che estuvo en Cuba, nunca me enteré, al considerarlo confidencial. Solo conocía lo que mi amiga me

había contado. Sabía que había quedado satisfecha porque había podido decir todo lo que pensaba, pero en Tanzania fue que conocí por el Che más detalles y lo valiente que se había comportado Lolita. Según el Che, la voz cantante siempre fue la de ella, al explicar los errores de la política que se estaba siguiendo y sus preocupaciones por lo que pudiera acarrear respecto a la integridad de la Revolución. Después de esa reunión, Lolita vino para La Habana, a propuesta del Che, y como prueba de su confianza, la puso a trabajar en el recién creado Ministerio de la Industria Azucarera.

Los planes a ejecutar por el Che apremiaban, ya que a pesar de lo ocurrido en el Congo, no cejaba en su empeño de comenzar la lucha en el punto que había sido por siempre su ideal, como fiel continuador de las ideas de Bolívar y Martí, la América nuestra.

No recuerdo con exactitud la fecha en que salió para Praga o quizás mi mente se rehusó a retenerla; creo que fue en la primera quincena de marzo. Yo quedé una vez más sola, en lo que nos había servido de refugio cómplice. Triste, por supuesto; ni siquiera las lecturas me servían de consuelo. A pesar de las recomendaciones del Che, apenas si alcanzaba a entender parte de lo que leía. Quizás debía haber escrito mis impresiones, pero tampoco lo hice.

En mi abatimiento, pensaba nuevamente que era la separación definitiva o por lo menos que pasarían unos cuantos años para encontrarnos en paisajes y entornos diferentes. Sabía que tenía que acostumbrarme y convivir con la sensación perenne de que era la última vez. Casi moría cada vez que eso sucedía y, sin embargo, como ave fénix, volvía a renacer borrando los temores y recuperando mi optimismo cuando me encontraba con el Che. No sé cuántas veces cumplí con su recomendación de que debía ser fuerte y no sé cuántas veces más tenía la sensación de la frustración y el final.

Sabía de antemano que mi futuro estaría siempre lleno de inquietudes, de sobresaltos. Esta vez habíamos experimentado tanta quietud y placer al encontrarnos juntos, que al pensar en lo que vendría –consciente de lo tremendo que sería al no poder saber nada el uno del otro–, me llenaba de una zozobra permanente. Por lo menos en el Congo pudimos comunicarnos mensualmente, pero ahora la duda punzante no acababa, ¿cómo podría saber de él? Nada era ni sería igual.

Con esa incertidumbre regresé a Cuba, después de haber permanecido aproximadamente mes y medio. Esta vez, de El Cairo fui a Moscú en compañía de Oscar Fernández Padilla, a quien le habían dado la tarea de acompañarme.

A pesar de la pugna interior de mis sentimientos, el rencuentro con mis hijos, la satisfacción de entregarles la cinta con los cuentos grabados por

su papá y la tranquilidad de estar entre los míos me devolvió un poco de la paz que tanto necesitaba.

Pasados unos días, pude comprender que los dos vivíamos momentos muy difíciles, cuando recibí una llamada para recoger en las oficinas de Fidel una pequeña libreta que me enviaba el Che con apuntes personales. En uno de ellos que tituló «Envío» se puede medir su estado de ánimo y la certeza que tenía en ese entonces de que no nos volveríamos a ver en largo tiempo:

Amor: ha llegado el momento de enviarte un adiós que sabe a campo santo (a hojarasca, a algo lejano y en desuso, cuando menos). Quisiera hacerlo con esas cifras que no llegan al margen y suelen llamarse poesía, pero fracasé; tengo tantas cosas íntimas para tu oído que ya la palabra se hace carcelero, cuanto más esos algoritmos esquivos que se solazan en quebrar mi onda. No sirvo para el noble oficio de poeta. No es que no tenga cosas dulces. Si supieras las que hay arremolinadas en mi interior. ¡Pero es tan largo, ensortijado y estrecho el caracol que las contiene, que salen cansadas del viaje, malhumoradas, esquivas, y las más dulces son tan frágiles! Quedan trizadas en el trayecto, vibraciones dispersas, nada más [...].

Carezco de conductor, tendría que desintegrarme para decírtelo de una vez. Utilicemos las palabras con un sentido cotidiano y fotografiemos el instante.

[...] Así te quiero, con recuerdo de café amargo en cada mañana sin nombre y con el sabor a carne limpia del hoyuelo de tu rodilla, un tabaco de ceniza equilibrista, y un refunfuño incoherente defendiendo la impoluta almohada [...].

Así te quiero; mirando los niños como una escalera sin historia (allí te sufro porque no me pertenecen sus avatares), con una punzada de honda en los costados, un quehacer apostrofando al ocio desde el caracol [...].

Ahora será un adiós verdadero; el fango me ha envejecido cinco años; solo resta el último salto, el definitivo.

Se acabaron los cantos de sirena y los combates interiores; se levanta la cinta para mi última carrera. La velocidad será tanta que huirá todo grito. Se acabó el pasado; soy un futuro en camino.

No me llames, no te oiría; solo puedo rumiarte en los días de sol, bajo la renovada caricia de las balas [...].

Lanzaré una mirada en espiral, como la postrera vuelta del perro al descansar, y los tocaré con la vista, uno a uno y todos juntos.

Si sientes algún día la violencia impositiva de una mirada, no te vuelvas, no rompas el conjuro, continúa colando mi café y déjame vivirte para siempre en el perenne instante.

En medio de esa cotidianidad placentera que nos proporciona lo siempre amado, hubo tiempo para un adiós no definitivo. Una vez más la vida me sonrió y en el mes de abril de 1966 pude encontrarme de nuevo con el Che, a pesar de sus dudas y mis constantes reclamos, los que ya había detenido por medio de una carta, sin fecha, que me escribiera: «Dos letras. No es verdad que no quiera verte ni que huyera [...]. Vine para impulsar las cosas y ya se han impulsado algo; no creí bueno que vinieras porque podrían detectarte (checos o enemigos), porque se notaría nuevamente tu ausencia en Cuba, porque cuesta plata y porque me afloja las patas. Si Fidel quiere que vengas, que los pese él (los factores que pueden interesarle) y decida [...]».

Fue Praga la ciudad encantada. No importa que no pudiéramos disfrutarla a plenitud porque debíamos mantener una disciplina estricta y el mayor secreto. A nosotros nos bastaba poder estar juntos.

En esa bella ciudad vivimos en dos sitios: el primero era un departamento que ya conocía porque lo había utilizado en tránsito a mi viaje a Tanzania. El lugar era bastante reducido, pues solo contaba con una sala-habitación y un baño que se empleaba, además, para otros fines: cocina y lavado de ropas. Aquí permanecíamos los días entre semana.

El otro lugar era una casa de campo más amplia y agradable, aunque no puedo describirla con exactitud. En la vivienda habitaba la dueña con su hija, que tenía retraso mental. Esta señora era quien nos cocinaba. Convivíamos con algunos de los combatientes que después marcharían con el Che a Bolivia: Alberto Fernández Montes de Oca (*Pacho*), Harry Villegas (*Pombo*) y Carlos Coello (*Tuma*), entre otros que nos visitaban por razones de trabajo.

Por las noches, para entretenernos, jugábamos canasta en sesiones no muy afortunadas para mí, pues no era muy ducha en ese juego, y era el Che quien me ayudaba a ganar. Tengo que decir que siempre fue así; cada vez que me encontraba en aprietos salía en mi auxilio. Así sucedía en las prácticas de tiro que realizábamos; se ponía detrás de mí para rectificarme la posición, y nunca permitió que saliera mal ante cualquier situación en que me ponían a prueba; en eso, como en todo lo demás, me hacía sentir su cariño y apoyo.

En esas sesiones de tiro, al único que le lograba ganar era a Coello, increíblemente mucho menos diestro en la materia que yo, pues la habilidad no le hacía falta para nada en esos momentos. Todos disfrutábamos sus bromas y su eterna simpatía y se lo reciprocábamos con nuestro incondicional afecto. Por eso, cuando conversábamos, en esos días que también fueron de mucha alegría, en tono de guasa yo le decía que iba a ocupar su sitio en la futura contienda, y lo recalaba para ver si me tenían en cuenta.

Durante el día, a veces, si el tiempo lo permitía, salíamos a caminar por un bosque de pinos muy cercano a la casa y por las noches, al finalizar el fin de semana, regresábamos a la ciudad con José Luis Ojalvo, el compañero que nos atendía en Praga.

Alguna que otra vez rompíamos la disciplina y nos escapábamos. En una de esas contadas ocasiones, recuerdo que fuimos a comer a un restaurante cercano al departamento. Allí nos sucedió algo simpático: por lo general pedíamos bistec de res y ese pedido lo hacía el Che tratando de pronunciarlo lo más parecido al checo, pero un día, confiados en su dominio del francés, decidimos comer algo distinto y cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos al camarero traernos sendos platos de *bistec anglisqui*, igual a los acostumbrados. Nos reímos muchísimo con el francés tan perfecto del camarero, ¡éramos tan felices! No tengo que decir lo mucho que disfrutamos esas escapadas a solas, incluida la que hicimos al estadio para presenciar un juego de fútbol.

Con un poco de nostalgia viene a mi mente un paseo campestre que hicimos y en el que a nuestro regreso visitamos una especie de motel pequeño, muy acogedor. Allí, como siempre, soñamos un poco e hicimos planes para volver en otra ocasión, lo que no ocurrió, porque de «algún lugar» nos llegó la información de que podían detectarlo. Eso nos cortó las alas, porque bajo ninguna circunstancia podíamos poner en riesgo lo que se estaba preparando: era demasiado lo que se ponía en juego. Una vez más posponíamos nuestros pequeños placeres y, por esa razón, tampoco pudimos ver Karlovy Vary, lugar que el Che quería que visitáramos juntos.

A finales de mayo, inesperadamente se recibió la noticia de un posible ataque a Cuba por parte de los Estados Unidos, como consecuencia del asesinato de uno de nuestros soldados, encargados de vigilar la Base Naval de Guantánamo, territorio usurpado por los norteamericanos desde nuestra mal llamada independencia en 1902.

Ante la gravedad de la situación, el Che adelantó la fecha de mi partida, que habíamos dispuesto para después del 2 de junio, fecha de nuestro aniversario de bodas. Mentiría si digo que deseaba volver, pero las razones eran muy fuertes, tenía que estar al lado de los niños y cumplir con mi

deber. Por otra parte, el Che había tomado la determinación de que en caso de un ataque enemigo regresaría a Cuba para luchar junto a su pueblo.

Un día antes y sin que él lo supiera, salí a las tiendas y le compré unos yugos –término usado en Cuba para llamar a una especie de broches que se colocan en los puños de las camisas de vestir–. Eran pequeños, pero sabía que siempre los llevaría con él y creo que así lo hizo. Nunca los recuperé y estoy segura de que alguien los conserva como botín de guerra.

A su regreso a Cuba, en julio de 1966, para su entrenamiento, fue cuando se enteró de que había sido yo quien se los había regalado. Ese fue otro momento de singular regocijo, porque a pesar de las muchas lágrimas derramadas en el tiempo transcurrido, los momentos de felicidad compartidos nada ni nadie puede borrarlos ni arrebatármelos.

El retorno no estaba dentro del cálculo de probabilidades inmediatas pensadas por el Che; sin embargo, fue de nuevo la persuasión de Fidel más fuerte que su reticencia. Una carta memorable le escribió a Praga, en que le proponía que viniera para completar la fase final del entrenamiento, y le garantizaba, por su parte, total discreción:

Querido Ramón:

Los acontecimientos han ido delante de mis proyectos de carta [...].

Sin embargo, me parece que, dada la delicada e inquietante situación en que te encuentras ahí, debes, de todas formas, considerar la conveniencia de darte un salto hasta aquí.

Tengo muy en cuenta que tú eres particularmente renuente a considerar cualquier alternativa que incluso poner un pie en Cuba, como no sea en el muy excepcional caso mencionado arriba. Eso, sin embargo, analizado fría y objetivamente, obstaculiza tus propósitos; algo peor, los pone en riesgos; dificulta extraordinariamente las tareas prácticas a realizar; lejos de acelerar, retrasa la realización de los planes y te somete, además, a una espera innecesariamente angustiosa, incierta, impaciente.

Y todo eso, ¿por qué? No media ninguna cuestión de principios, de honor o de moral revolucionaria que te impida hacer un uso eficaz y cabal de las facilidades con que realmente puedes contar para cumplir tus objetivos.

Hacer uso de las ventajas que objetivamente significan poder entrar y salir de aquí, coordinar, planear, seleccionar y entrenar cuadros y hacer desde aquí todo lo que con tanto trabajo solo deficientemente puedes realizar desde ahí u otro punto similar, no significa ningún fraude,

ninguna mentira, ningún engaño al pueblo cubano o al mundo. Ni hoy, ni mañana, ni nunca nadie podría considerarlo una falta, y menos que nadie tú ante tu propia conciencia. Lo que sí sería una falta grave, imperdonable, es hacer las cosas mal pudiéndolas hacer bien. Tener un fracaso cuando existen todas las probabilidades del éxito [...].

Espero no te produzcan fastidio y preocupación estas líneas. Sé que si las analizas serenamente me darás la razón con la honestidad que te caracteriza. Pero aunque tomes otra decisión absolutamente distinta, no me sentiré por eso defraudado. Te las escribo con entrañable afecto y la más profunda y sincera admiración a tu lúcida y noble inteligencia, tu intachable conducta y tu inquebrantable carácter de revolucionario íntegro, y al hecho de que puedes ver las cosas de otra forma no variará un ápice esos sentimientos ni entibiará lo más mínimo nuestra cooperación [...].

Tanta prueba de lealtad y respeto confirma lo que para mí ha sido siempre la expresión de una unión entrañable, puesta a prueba en muy difíciles condiciones; unión que, a contrapelo de calumnias y mentiras, ha resistido el tiempo y quedará para la historia como la amistad sin límites de dos guerreros, dos hombres ineludibles.

Casa de las Américas, no. 249, octubre-diciembre de 2007, pp. 73-84. Incluido en la sección «Che siempre», son fragmentos del libro *Evocación*, de Aleida March, editado ese año por la Casa de las Américas.



Sobre Ernesto Che Guevara
Pensar al Che

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CHE GUEVARA, CAPITÁN DEL PUEBLO

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

Fui a escuchar al comandante Guevara en la plaza Cadenas de la Universidad de La Habana. Hablaría sobre *El papel de la Universidad en el desarrollo económico de Cuba*, tópico que coincidía con el principal objeto de mi viaje a ese país. Empero, más me acució, determinándome a afrontar la posibilidad de permanecer en pie varias horas, el interés por observar y estudiar a este prócer de la Revolución, sobre quien se ha formado ya una leyenda. Era excelente oportunidad para explicarme en alguna forma el hecho, perceptible desde mi llegada a Cuba, de que el movimiento popular de liberación está vigorizado por un *élan* religioso o lo he sentido así, y declaro que no me noto capaz de explicarlo por simple razonamiento sin acudir a un lenguaje que no me es extraño aunque agradable. Un lenguaje alegórico.

Al presentarse en público iluminado por concentrados focos de luz, la asamblea prorrumpió en un aplauso efusivo que evidenció el fervor que Guevara ha despertado en los jóvenes. Lo escuché con intensa atención, en actitud crítica, para captar en sus palabras y en sus gestos lo que pudiera haber de escénico, ya que la prensa asalariada lo presenta, lo mismo que a Fidel Castro, como a un mistagogo demagógico. Tengo alguna experiencia de esa clase de histriones de la democracia, producto aborigen de nuestras tierras, y cierta pericia de sus artilugios. Mi posición era, pues, de simpatía desconfiada.

Habló con elocución tranquila, sin ademanes ni patetismos en la inflexión de la voz, sin énfasis ni recursos oratorios. Habló con dominio del tema y con seguridad de sí. No se dirigió a un auditorio sino a una familia numerosa: llano, con dignidad. Dijo primeramente cuál era la situación de las industrias nacionales, mantenidas en estado de dependencia con respecto a la producción primaria de azúcar, tal como conviene que sea a los países capitalistas que así estancaron a Cuba en condición de país subdesarrollado. Se refirió asimismo a la falta de técnicos para desarrollar otras actividades que esas del monocultivo, sobre cuyas bases iniciar la liberación del mercado fabril extranjero, y entró en el tema de la función que tuvo la Universidad con respecto a las necesidades de la nación y el pueblo, y de cuál ha sido el provecho que ambos obtuvieron de la enseñanza

que a los egresados costeó el erario público. Declaró la necesidad urgente de coordinar esa enseñanza universitaria de los tres institutos nacionales con la acción del gobierno revolucionario, empeñado en colocarla al nivel de otras actividades sociales que se les van adelantando.

Pronto lo escuché con unción más que con curiosidad, lo confieso, y lo admiré en su actitud de tribuno de la plebe, docto y circunspecto como un patricio. La palabra engarza perfectamente en la persona; por lo que dice se sabe lo que es. Exteriormente su figura es la de un personaje bíblico que viste uniforme de fajinas en vez de túnica; el cabello y la barba intensos encuadrándole un rostro de adolescente fatigado, los hombros altos y el torso aplanado, sin ninguna robustez corporal, y sin embargo, resistente y poseedor de fuerza comunicativa, de dominio sobre los demás. En todo da la impresión de poder más que de fuerza.

He leído después su discurso y he advertido que la fría letra impresa conservaba el influjo suasorio de su voz, y que, efectivamente, como él lo dijo con simple convicción, los dirigentes del movimiento revolucionario «son, sin discusión de ninguna clase, los líderes del pueblo», y que «representan para los amos poderosos todo lo que hay de absurdo, de negativo, de irreverente y de convulso en esta América que ellos desprecian, pero que representan, por otro lado, para la gran masa del pueblo americano (del americano nuestro, del que empieza al sur del río Bravo) todo lo que hay de noble, todo lo que hay de sincero y combativo en estos pueblos llamados despectivamente «mestizos». Verdad fundamental, inciso de un credo efectivamente revolucionario expresado en pocas palabras, pues desprecio tanto como codicia es lo que hay en los dominadores de los indefensos. En la voz de este hombre resuena otra voz más fuerte que habla por su boca, y esto es lo que indigna a los que usan de la palabra para embaucar y difamar. La voz del pueblo –*vox Dei*– pocas veces se oye sino por altoparlantes estridentes, y entonces no es la voz de Dios sino de los megáfonos. ¿Cómo no comprender que la Revolución Cubana es la de los macabeos, y que renueva el lema de su caudillo, de que «quien combate a los tiranos sirve a Dios»? Si han llevado consigo, no tras de sí como los jefes de regimiento, a poblaciones enteras que abandonaron sus hogares por un albur dudoso en que la muerte era lo cierto; si hombres, mujeres y hasta niños han combatido, afrontando los más crueles sacrificios y penalidades, es porque ese pueblo enfervorizado posee la fe que puede trasladar montañas, meter la montaña en la ciudad, como lo han demostrado los hombres y los hechos increíbles.

Guevara es testimonio de que estamos en presencia de hechos y de seres nuevos, que se apartan de los caminos de recua (pavimentados, por

supuesto) y abren una brecha en el monte por donde iban los esclavos fugitivos y los animales acosados. Hechos y seres que revelan a los ojos más escépticos la existencia de un carisma histórico, cualquiera sea el nombre que se le dé, cualquiera sea la fórmula con que se le exprese.

Este argentino que es ya americano más que cubano, ha encontrado lejos de su patria, como Jonás, la patria en que cumplir con un gran deber de humanidad. Aquella noche nos dio la explicación, al referirse a la vocación como impulso de liberación en busca de sí en quien está cautivo. (Él se refirió a la vocación, sin darle el sentido que para mí tiene de destino). Su profesión es la de devolver la salud y defender la vida de los demás; y esto es lo que no constituyó en él una profesión sino un destino, al proyectarse en dimensiones continentales. Un saber terapéutico personal se convirtió en una potestad salutífera mundial. Así Albert Schweitzer.

Me preguntaba yo, oyéndolo: ¿Por qué este cubano tan auténtico, este peregrino no habla mi lenguaje de hombre que todavía está retenido por cadenas impalpables; por qué todos los cubanos saben que, positivamente, nació en Cuba? Comprendo que se le obedezca y se le ame como a quien dejó patria y familia para unirse a los suyos, a quien de lejanas tierras vino para cumplir un deber humano tan grande como era el de redimir a una de las naciones más castigadas de la familia hispánica. Aquí estaba su patria porque aquí estaba su deber. Nuestra patria está donde es necesario que estemos, nuestros hermanos están donde los encontramos esperándonos. Cuba es el hogar de los desterrados, la casa solariega de los huérfanos.

Guevara es un símbolo en su persona y en su vida; representa al hombre liberado tanto como al libertador. Nos enseña que antes que nada debemos liberarnos de nosotros mismos y servir a un ideal y no a un dogma. Hombres así (me dicen que nacieron y se multiplicaron en la guerra) retrotraen la historia industrial a la historia humana; de la noción de la guerra entre naciones venales que defienden intereses mercenarios saltamos a la mitología, a la guerra de los ángeles contra los demonios, de la luz contra las tinieblas, a la concepción de «la historia como hazaña de la libertad» (Croce). ¿No fueron derrotados tácticamente de escuela y ejércitos motorizados por la fe y la voluntad de vencer al mal? El lema de la bandera victoriosa, ¿no era «vergüenza contra dinero»? *In hoc signo vinces*. ¿Qué intereses defendían los labradores, los nietos de los esclavos de las plantaciones de caña, sino alcanzar para ellos y sus hijos, y para nosotros, una vida honrada de paz y de bienestar? ¿Es que están vencidos hoy, cuando se les incendian implacablemente los cañaverales, o es que están matándose entre sí de rabia, como alacranes con picadura? ¿No se ha realizado el prodigio de un pueblo entero que se levanta de su abatimiento y mira a sus enemigos con altivez y dignidad? ¿Con quiénes estamos nosotros?

Nunca, hasta los días trágicos que viví en Cuba, entendí sino como blasfemia que se llamara santo «al Señor Dios de los ejércitos»; pero lo comprendí al contemplar la humildad llena de fuerza de un capitán del pueblo, y al pueblo que es su tropa. Asediado por atentados y sabotajes comprendí que se está librando en el mundo la batalla contra los falsos ídolos; la de los pueblos irredentos contra los déspotas satánicos que mienten y asesinan. Así debieron ser los patriarcas, los jueces y los caudillos, así los profetas, así los héroes de la independencia americana antes de engalanarse con entorchados y charreteras.

Este hombre pálido, de semblante doliente, que abandonó las filas de la marina de guerra para alistarse en las falanges del pueblo, con los campesinos y obreros contra los militares corrompidos, dejó el uniforme de los mercaderes de la patria para combatir por los débiles y los vencidos, transformándolos en poderosos y triunfantes. Ha sido para mí, cansado y lejos de la patria, un bien reconstituyente platicar más tarde con a quien puedo también yo nombrar Che Guevara. ¿De qué conversamos? De Argentina, de personas, lugares y cosas que ambos conocimos y que están donde estaban. Los dos conservamos de allá una bandera no mancillada que podemos desplegar en cualquier parte. Che Guevara me trasmite la sensación de que también yo puedo hacer algo por mis hermanos y mis hijos desconocidos dondequiera que me lleve el destino.

El escritorio está atestado de papeles; sobre una mesita hay un mate con bombilla, especie de amuleto que únicamente conmueve a los iniciados. Rubén Darío le llamó «calumet de la paz», porque se bebe en común. Es símbolo de la amistad. El mate, que indefectiblemente nos acompaña cuando hemos partido, es lo último que conserva para el paladar el sabor de la tierra nativa. Nos reconocemos sin habernos conocido. Dialogamos como si bebiéramos mate. No hay ningún desnivel entre su altura y mi pequeñez. Estamos juntos, codo con codo, platicando de igual a igual, pues la condición humana oblitera a todas las otras. En su compañía descanso. Insensiblemente el diálogo toma cariz confidencial y sin advertirlo nos hallamos cambiándonos recuerdos como prendas de amistad. Oigo a un hombre de ingénita sinceridad, llano y transparente, que cautiva entregándose y que inspira seguridad. Guevara olvidó cuánto aprendió y sabe y vive de nuevo una vida que no le pertenece. Ojalá pueda yo hacer lo mismo.

Che Guevara le llama el pueblo que ignora que en guaraní quiere decir «mi» Guevara. Es del pueblo, efectivamente, y se ha recuperado entregándose a él. Huyendo, como Jonás, ha cumplido un deber imperativo. La mano que lo conduce es visible en el camino que anda.

Me ayuda a incorporarme y paternalmente, él que puede ser mi hijo, me conduce del brazo como si cumpliera conmigo su misión de amparar y guiar. Así nos despedimos y no nos separamos. Lo miro fijo para no olvidarlo; abarco toda su faz de Judas Macabeo, y siento en mi brazo una energía que me hace sentirme más libre y más resuelto. Comprendo que debo contar, lo mejor que pueda y en la forma más fiel, lo que me ha sido revelado. Cumpliré ese deber hasta el fin. Le digo: «En sus manos hay muchas vidas, y también usted está en otras manos». Las manos del buen Dios, a quienes sirven, sépanlo o no, cuantos combaten a los tiranos.

Publicado en *Casa de las Américas*, no. 33 (noviembre-diciembre de 1965, pp. 78-81), como parte de un homenaje a Ezequiel Martínez Estrada. El texto fechado originalmente en 1960 fue tomado de *En Cuba y al servicio de la revolución cubana*, 1963.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CHE: ENCARNACIÓN DEL HOMBRE NUEVO

MANUEL GALICH

*...a educar, instruir y formar hombres universalmente desarrollados y
universalmente preparados, hombres que lo sabrán hacer todo.
Hacia eso marcha, debe marchar y llegará el comunismo,
mas únicamente dentro de muchos años.*

LENIN

1. Su amor a la «humanidad viviente»

«Acabo estas notas en viaje por el África, animado del deseo de cumplir, aunque tardíamente, mi promesa», escribió el comandante Che Guevara, al encabezar su respuesta al director del semanario *Marcha*, de Montevideo, Carlos Quijano. Y, casi al final de esa respuesta, estas otras líneas: «Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando».

Obviamente, solo se trataba de contestar algunas cuestiones que Quijano habría planteado a Guevara sobre el proceso de la Revolución Cubana. Y es evidente que las respuestas no fueron preparadas en la tranquilidad de un gabinete de trabajo, entre la meditación, la consulta y la elaboración cuidadosa del texto, sino en los pocos momentos libres, quizá solo los del vuelo en avión de una ciudad a otra, durante la gira por gran parte del Tercer Mundo, en 1965. De allí el calificativo de «balbuceante» que el propio Guevara dio a su carta a Quijano.

Sin embargo, del pensamiento y de la pluma del gran revolucionario latinoamericano no podía salir nada balbuceante, aunque él, excesivamente autocrítico, severo y objetivo, empleara el término, quizá para dar a entender no solo las circunstancias apremiantes y mutables dentro de las cuales había sido escrita la carta, sino también —es una conjetura— el hecho de que ese documento solo contenía ideas en germen que él se propondría ahondar, desarrollar y ampliar más tarde. Esto es lo que se piensa al considerar cómo, en tan pocas páginas, condensó un caudal tan denso de ideas políticas y filosóficas, que obligan a volver sobre ellas, una y otra vez, para penetrar su sentido profundo.

Porque *El socialismo y el hombre en Cuba*, como después se llamó y como es conocida la carta a Quijano, es, por una parte, el recuento breve o, mejor dicho, el severo análisis de las condiciones en que se ha desarrollado

la Revolución en Cuba, desde las luchas iniciales contra la tiranía hasta las ingentes tareas de la construcción del socialismo; y, por otra, la visión maravillosa de lo que será el hombre del mañana, en la nueva sociedad comunista, dueño de sí mismo y no enajenado a otros, como en el capitalismo. Pero ya aquí, el propio desarrollo dialéctico del pensamiento de Guevara trasciende lo histórico concreto del hombre de la Cuba revolucionaria y amplía su visión al hombre universal, integrado con todos los otros hombres en una gran colectividad armónica y solidaria llamada humanidad.

Cuando Guevara nos analiza la función del individuo en los primeros momentos de la guerra revolucionaria; el proceso de proletarización del pensamiento de los que libraban esa guerra; el papel, la importancia y la razón de ser de la vanguardia revolucionaria respecto a la masa; la incorporación posterior de esta en el proceso, su función cada vez más decisiva y la estrecha interrelación —dialéctica la llama Guevara— entre ella y el dirigente —en el caso de Cuba, Fidel Castro—, en cuanto intérprete cabal de las aspiraciones colectivas, y tantos otros aspectos del desarrollo revolucionario, lo hace con la veracidad y la autoridad de quien fue uno de los primeros comandantes de las guerrillas, orientador ideológico de la masa y depositario de primerísimas responsabilidades en el gobierno que asumió la tarea de rehacer —casi podríamos decir que *ex novo*— la sociedad cubana. Pero también cuando va formando, a través de sus consideraciones críticas sobre lo que es y lo que debe ser, la imagen del hombre nuevo y esta surge esplendorosa, magnífica, uno comprueba que está frente a una posibilidad, frente a algo que ha sido ya realidad, no ante una utopía, ni ante una concepción del ser humano lleno de adornos llamados «derechos», posible solo en el plano de las abstracciones, como el que surgió de la filosofía liberal del siglo XVIII. Y se piensa así, porque la existencia del comandante Guevara fue un ascenso constante, una búsqueda ininterrumpida hacia ese perfeccionamiento del hombre nuevo. En otras palabras, él fue verdadera encarnación de esa imagen humana que surge de las páginas de *El socialismo y el hombre en Cuba*. Porque el comandante Guevara, hombre de excepción, no criticó nunca lo que no hubiera hecho antes, y no enunció postulados que inmediatamente no ejemplificara con sus hechos. Por eso es aquí el lugar —creo yo— de transcribir una página cuyo valor extraordinario está, ciertamente, en su vigor revolucionario, en la fuerza aleccionadora de su contenido; pero lo está mucho más en el hecho de haber sido rubricada con la propia sangre de quien la escribió. Es esta:

El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la

muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestro enemigo irreconciliable, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber, pero también es una necesidad revolucionaria.

¿No es esa una síntesis impresionante de lo que fue la vida y también la muerte del comandante Guevara? ¿No es este el principio, la convicción, la fe que dictó al comandante Guevara su carta al comandante Fidel Castro y lo que guió sus pasos desde que salió de Cuba hasta su gloriosa caída en Bolivia? Ni los más romos, ni los más insidiosos, ni los más frenéticos enemigos de la Revolución han podido empañar la inmaculada calidad revolucionaria de Guevara, ni han logrado mistificar las motivaciones superiores —en un plano ético— de sus acciones. Nadie ha osado desconocer que su existencia de guerrero tenaz tuvo una innegable ejemplaridad y obedeció fielmente a esta norma escrita junto a la página que he copiado arriba: «Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización». No por otra causa dio su vida el comandante Guevara sino por «ese amor a la humanidad viviente».

2. En la construcción del socialismo

La imagen del hombre nuevo es lo que hay que alcanzar, es hacia donde debe marchar la sociedad revolucionaria en transformación. Pero el punto de partida es otro y no puede dejar de ser ese: es todavía la vieja sociedad en vía de desaparición, pero tenaz en sus remanentes. Puede haberse barrido a las clases de aquella vieja sociedad, como tales; pero es imposible que no subsistan los seres humanos, cuyos conceptos y valores les fueron inculcados en tal sociedad o los recibieron heredados de ella. Y aquí no se trata del contrarrevolucionario, elemento consciente que sueña con el retorno del régimen caído, por afán de rescate de sus intereses o simplemente por deformación dogmática e incapacidad definitiva para abrirse a toda renovación. No. Se trata, al contrario, del mismo que fue víctima como clase y como individuo de la vieja sociedad, que, precisamente por eso, va a la zaga del todo social, al cual todavía no puede dejar de consi-

derar como si fuera el mismo de antes: aquel frente y contra el cual debe colocarse para sobrevivir. Se trata también del que acepta el cambio o, más todavía, se incorpora a él con entusiasmo, con fe, con el mejor afán de formar parte del proceso transformador, pero en quien pesan, consciente o inconscientemente, hábitos y conceptos heredados, que limitan su acción y velan su concepción del hecho revolucionario. Es a ese elemento humano, «actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo», al que el comandante Guevara sitúa como «cualidad de no hecho, de producto no acabado».

En esto, como en tantas otras cosas, uno puede hallar cómo coinciden dos pensamientos revolucionarios, cuando nacen de hombres superiores que han pasado por sus respectivas experiencias, también revolucionarias. Es decir, cómo de esas experiencias pueden derivarse principios o tesis que, junto con su nueva validez doctrinaria, tienen otra de carácter universal. Así, sobre el tema del punto de partida en la construcción del socialismo, Lenin decía: «Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo no con un material humano fantástico ni especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni que decir tiene que esto es muy difícil, pero cualquier otro modo de abordar el problema es tan poco serio que no merece la pena hablar de ello».

El comandante Guevara, al situar al individuo dentro de la construcción del socialismo, expresa: «La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no solo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este período de transición, con persistencia de las relaciones mercantiles».

Pero esa realidad ineludible —la aceptación del material humano heredado del capitalismo para emprender la construcción del socialismo— no debe confundir, al grado de conducir a un error, contra el cual advierte el comandante Guevara: persistir en la quimera de realizar el socialismo sobre las mismas bases, «armas melladas», que nos ha legado el capitalismo, es decir la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera. Porque todo ello mantendría a la sociedad girando sobre un elemento perturbador: el lucro. Lo cual es indicio de que, aunque se hable de socialización de los medios de producción, de la supresión de la explotación del hombre por el hombre, de la eliminación de los privilegios de clase y de otras conquistas verdaderas en el orden formal,

¹ *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo. Obras escogidas*, t. 3, Moscú, Editorial Progreso.

queda en la conciencia de los individuos aquel resorte capaz de moverlos insensiblemente hacia actitudes capitalistas. Es decir, el individuo puede ser un ente actuante exteriormente como socialista. Pero su conciencia no estará todavía apta para el advenimiento de la sociedad comunista. En otras palabras, no podrá ser un hombre nuevo.

Este pensamiento nos sitúa inmediatamente frente a otra de las apasionantes cuestiones planteadas por esta obra sin precedentes que realizan las masas cubanas, conducidas por su partido y su excepcional dirigencia, de cuya inmensa columna —en palabras del propio Guevara— es Fidel Castro la cabeza, o sea la construcción del socialismo, en un país hasta poco antes semicolonizado por el imperialismo, víctima —grado más o grado menos— del subdesarrollo común a los pueblos de América Latina, África y Asia, y, en este caso particular, en las inmediaciones, en lo que el imperialismo había considerado sus propios umbrales.

Se trata de cómo movilizar a las masas en la construcción de la nueva sociedad, de cuál debe ser el elemento motriz de esa movilización. La respuesta dada por el comandante Guevara a esa cuestión lo coloca radicalmente del otro lado del paralelo, fuera de toda concesión al campo capitalista. En el lado de una nueva ética social o, más bien, de la sola ética social posible, siempre negada por la competencia mercantil —de mayor o menor grado— a que obliga el solo hecho de vivir o sobrevivir en una sociedad capitalista, ya se vendan objetos, o pensamientos o fuerza de trabajo o conciencias, o enseñanzas o creaciones artísticas o descubrimientos científicos. Para el comandante Guevara, pues, el instrumento de movilización de las masas «debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social».

3. El hombre liberado de su enajenación

Entendemos que es al hecho necesario de tener que vender para sobrevivir, una parte de sí mismo o algo que es producto de sí mismo, como relación fundamental e imperativa de la sociedad capitalista, a lo que el comandante Guevara llama «enajenación». Y de esta es precisamente de la que el hombre se libera por la revolución. Desde luego, es en orden al trabajo en donde la cuestión se plantea más compleja y es en ese orden donde la conciencia del hombre debe experimentar los cambios más profundos. Se entiende, del hombre todavía no formado dentro de la nueva sociedad, del hombre material humano de la construcción del socialismo, en el concepto de Lenin. La cuestión queda así resuelta por Guevara:

el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es solo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida en común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Tal es, dicho con sus propias palabras, la última y más importante ambición revolucionaria: ver al hombre liberado de su enajenación:

Pero mientras se alcanza esa plena liberación, mientras se llega a la nueva sociedad, mientras se está en la etapa de transición de lo caduco a lo futuro, es necesario que una generación, por lo menos, asuma la responsabilidad de esa transición dura, difícil, llena de sacrificios. «El individuo de nuestro país» —dice el comandante Guevara— «sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio, época en que la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa». Es aquí donde el heroísmo entra a ser condición del hombre revolucionario. Pero, en el concepto de Guevara, el heroísmo cobra una nueva dimensión de permanencia. Él evoca, con admiración, los hechos heroicos de sus compañeros de la Sierra Maestra, de «la primera época heroica, en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber». No es necesario decir aquí que el más heroico en ese enfrentamiento de la responsabilidad y el peligro lo fue siempre el propio comandante Guevara. Nadie pudo haberlo dicho mejor, ni con más grandeza, ni con palabra que mejor honrara la memoria del compañero físicamente desaparecido, que el comandante Fidel Castro.

Esa heroísmo es el que Guevara quiere ver convertido en virtud permanente del hombre del futuro. Él vislumbró a ese hombre cuando vio los actos de heroísmo de los combatientes de la Sierra Maestra o durante la Crisis de Octubre o en los días del ciclón Flora o, agrego, en mil ocasiones más. «Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica, es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico», concreta. Y esa será, indudablemente, la tarea fundamental de todo proceso revolucionario, en su etapa de transición y mientras no

haya desaparecido de la tierra el último imperialismo, el último capitalismo voraz; mientras los pueblos en autotransformación se vean abocados a la necesidad de sobrevivir, tanto a las agresiones armadas, como a los cercos económicos, a los intentos de asfixia. Solo sobre la base de una decisión heroica, como actitud en la vida cotidiana, sobrevivirá la Revolución y se realizará a sí misma.

Estas son algunas —no todas— de las reflexiones que, en mi espíritu, provocó la lectura de *El socialismo y el hombre en Cuba*. Pero ni las escritas, ni muchas más, serían bastantes para presumir ni siquiera de simple glosa del caudal ideológico contenido en la «balbuceante» carta del comandante Guevara al director del semanario *Marcha*. Mucho, muchísimo menos esto pretende ser una exposición, ni una aproximación al pensamiento político y filosófico revolucionario del más grande latinoamericano de nuestro siglo. Apenas, tal vez, estas notas solo sean una manera de rendir homenaje, conforme a nuestros alcances, a quien es ya el más alto símbolo de la gran rebelión de los pueblos oprimidos del mundo, contra sus opresores históricos.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 140-143. El texto reseña la carta del Che a Carlos Quijano, intelectual uruguayo que dirigió el semanario *Marcha*. El documento es conocido con el título *El socialismo y el hombre en Cuba*. Ver este documento en pp. 96-110.

EL SOCIALISMO Y EL CHE

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

A las tres semanas de la heroica muerte del Che Guevara es difícil sustraerse al dolor y la ira, y reflexionar serenamente sobre el significado del pensamiento y la acción de este dirigente revolucionario ejemplar.

Mucho se ha escrito estos días sobre él en todas partes, desde los más diversos ángulos y en los más variados tonos. Toda una gama de retratos y semblanzas han cobrado forma: desde el trazado con la mano ardiente y dolorida del partidario hasta el pergeñado por quienes, lejos de las posiciones revolucionarias del Che o, incluso, opuestos a ellas, han adoptado una actitud de respeto. La figura del Che emerge de la tierra boliviana en la que fue víctima de una verdadera cacería internacional, más limpia y cristalina que nunca; tanto, que ni hurgando con la lupa más potente y aviesa se podrían encontrar puntos oscuros en ella. Solo el feroz enemigo –exterior e interior–, que implacablemente fue labrando su muerte, ha podido solazarse con su muerte, pero teniendo que reprimir la expresión pública de sus más turbios sentimientos y dejarlos ocultos, en el fondo más bajo de su alma, sin poder sacarlos a la luz. Por ello no puede extrañarnos que los propios verdugos del Che rindan un repulsivo homenaje de «respeto» al hombre que –tal es la expresión del verdugo mayor– «fue fiel a sus ideales». Tan ejemplar ha sido la vida y la muerte del Che, tan limpia su palabra y tan consecuente con ella en su acción que no hay nadie que pueda atreverse hoy a tratar de empañar públicamente su incomparable grandeza.

En estos días de dolor hemos removido algunos recuerdos personales. Se relacionan con una mañana de comienzos de 1964 en que tuvimos el privilegio de poder conversar durante horas con el Che. Ante un grupo de escritores latinoamericanos del que formaba yo parte, el Che fue deteniéndose con lucidez y pasión en los grandes problemas que le inquietaban entonces y que, desde el poder revolucionario o fuera de él por voluntad propia, no debían dejar de preocuparle hasta el momento de su muerte: el estímulo moral en la formación de la conciencia socialista durante la construcción del socialismo, el verdadero sentido del internacionalismo proletario, el papel de la lucha armada y, particularmente, de la guerrilla como elemento organizador y catalizador en el proceso revolucionario, etcétera. Y

todo esto expuesto no de un modo especulativo o abstracto sino ilustrado con las lecciones de la propia realidad y con sus experiencias personales. Era de ver la inteligencia y el poder suasorio con que el Che respondía a preguntas, aclaraba puntos dudosos y replicaba a las objeciones que le hacía, sobre todo, el único escritor europeo entre nosotros. Las palabras agudas del Che brotaban precisas y, en ocasiones, cortantes, llenas a su vez de expresividad y de cierta socarronería porteña. No todos quedaron convencidos con los argumentos del Che, o al menos no lo fueron en el mismo grado, pero todos quedaron deslumbrados, fuertemente impresionados por aquella personalidad excepcional, y convencidos de que habían estado escuchando a un dirigente excepcional en el que se fundían –y se fundirían siempre cualquiera que fuese el precio que tuviera que pagar por ello– la palabra y la acción.

En estos días también, a la vez que avivaba estos recuerdos y repasaba mentalmente los grandes hitos de su trayectoria ejemplar, tan íntimamente vinculada a la Revolución Cubana, he releído algunos escritos suyos, particularmente el titulado *El socialismo y el hombre en Cuba*. Se trata de las aportaciones teóricas más valiosas que pueden encontrarse actualmente sobre la concepción marxista del hombre. En este estudio, inspirado por la propia *praxis* de la construcción del socialismo en Cuba, como en tantas ocasiones, el Che se aparta de los caminos trillados, y aborda con certera visión una serie de problemas vitales: las relaciones entre el individuo y las masas, y, a su vez, entre estas y los dirigentes; el papel de los estímulos morales en relación con el desarrollo de la conciencia social; el trabajo como deber social; la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica, como pilares de la construcción socialista; el rechazo de toda camisa de fuerza a la expresión artística del nuevo hombre; el papel del individuo, del dirigente y del revolucionario de vanguardia a la cabeza del pueblo; el internacionalismo como deber revolucionario, etcétera.

Hemos leído y releído este extraordinario trabajo, pequeña obra maestra del marxismo. Leyéndola, podemos darnos cuenta de hasta qué punto el Che se hallaba ligado al verdadero marxismo; es decir, a un marxismo vivo, creador, atento al pulso de la realidad. Hay en ese trabajo una vigorosa savia humanista, la misma que nutrió siempre el pensamiento de Marx. Por otra parte, el tema del hombre –tan susceptible de alimentar toda suerte de idealismos, utopismos y romanticismos– está tratado con el rigor y la concreción que exige un verdadero análisis marxista. No se habla aquí del hombre en general, sino del hombre en la sociedad socialista y, además, en las condiciones concretas que la construcción de esta sociedad ofrece en Cuba. Basta leer este trabajo para comprender cuán consciente e íntima-

mente la figura portentosa del Che se halla vinculada al socialismo. Y en un hombre en el que pensamiento y acción constituyen una unidad indisoluble, sus actos, su conducta –particularmente la de estos últimos años– y su terrible final se inscriben necesariamente en un contexto socialista.

En muchos comentarios de estos días se subraya, sobre todo, la imagen del Che como un héroe de leyenda en el que se conjugan las virtudes y proezas que, en el pasado, suelen darse en los héroes que han luchado y caído por un mundo mejor. El Che aparece formando parte de esa caída de hombres abnegados y decididos que, en todos los tiempos y bajo las más diversas banderas, se han sacrificado por una causa. Todo esto no deja de ser cierto. El Che comparte los rasgos más señeros de los grandes combatientes que se han hecho eco de las aspiraciones de las capas y clases oprimidas en un momento histórico determinado: valor ilimitado, espíritu de sacrificio, capacidad combativa, etcétera; en pocas palabras, entrega total, incondicionada, a una causa justa y a la misión a cumplir en ella. En este sentido, el Che ocupará para siempre un lugar merecido entre los grandes libertadores que a lo largo de la historia han luchado, se han sacrificado y han caído por la liberación de los pueblos. Y puede ocupar ese lugar tanto más dignamente cuanto que, en el cumplimiento de las grandes tareas combativas, el Che ha tenido que vencer, en primer lugar, la resistencia tenaz de sus pulmones enfermos, y ha luchado (en Cuba, primero; después, en Bolivia) con los recursos materiales y humanos más exigüos.

Pero al subrayar –lo que es justo– los rasgos que el Che comparte con los grandes combatientes del pasado, y destacar las virtudes que lo hermanan con ellos, hay que destacar también –y con más fuerza aún– lo que hay en él de héroe y dirigente de nuestro tiempo, de jefe revolucionario moderno, forjado en la revolución socialista cubana, de jefe dotado de una elevada conciencia socialista –tan claramente expresada en el trabajo antes citado–. Es esta conciencia la que lo lleva, dando muestras del más puro espíritu internacionalista, a proseguir la lucha –ya coronada victoriosamente en Cuba– en otras tierras, como parte de una lucha total que solo podría terminar con la destrucción del imperialismo y la instauración a escala universal del socialismo.

Al emprender nuevas acciones en medio de las condiciones más difíciles y duras, el Che y sus compañeros no estaban ciertamente en un lecho de rosas, pero tampoco estaban en el lecho de la desesperación. Por otro lado, para un verdadero revolucionario no puede haber lugar para la desesperación. No lo hubo para Fidel, el Che y sus minúsculas fuerzas al desembarcar del *Granma*. En su nueva empresa revolucionaria, el Che sabía muy bien que lo que nace es siempre más fuerte que lo que está condenado a

morir, pese a los reveses locales y temporales. Los revolucionarios –débiles al comienzo– son siempre superiores al enemigo; primero, moralmente; después, real y efectivamente. El Che dijo esto muchas veces y hoy no hay ninguna razón para olvidarlo.

Muchos héroes del pasado lucharon también en circunstancias sumamente desfavorables y su muerte se nos presenta hoy –conociendo ya las posibilidades e imposibilidades de su lucha– como un acontecimiento trágico. La tragedia anidaba en la naturaleza misma del combate que libraban, ya que este entrañaba una contradicción insoluble: entre la necesidad histórica que impulsaba a la lucha y la imposibilidad histórica de coronarla victoriosamente. La muerte del héroe era la expresión de una falta de condiciones históricas de la que él mismo no tenía conciencia. En este sentido, Marx ha hablado de la tragedia histórica, revolucionaria. En una lucha de este género, los héroes caen trágicamente, y son, por ello, trágicos.

Tomando en cuenta cierto aire de familia del Che con los héroes del pasado, cabe esta pregunta: ¿no será también él un héroe trágico? Es cierto que el Che ha iniciado su lucha en condiciones sumamente difíciles, en medio de una terrible desproporción de sus fuerzas con respecto al enemigo. Esta circunstancia, al ser absolutizada ha llevado a algunos a ver en su lucha una lucha trágica, y a hacer de él –por analogía con otros héroes históricos del pasado– un héroe trágico. Su muerte sería la expresión de una condición desesperada –sin salida–; es decir, la expresión de una contradicción real, insoluble, entre una voluntad titánica de combatir y una impotencia real. Sin embargo, esta caracterización no toma en cuenta que tal contradicción –considerada en una estrategia global, y no a un nivel limitado (local o temporal)– no existe en nuestra época, como lo demuestra la propia experiencia revolucionaria real de estos cincuenta años. Por otro lado, esta supuesta impotencia no puede fundarse en la desproporción local o temporal de las fuerzas revolucionarias, ya que en las condiciones peculiares actuales ella es inevitable al comienzo del proceso revolucionario. La muerte y la derrota local o temporal se hallan inscritas como una probabilidad en el proceso revolucionario que se inicia; pero no inscritas fatalmente. Por ello, en esas condiciones la lucha y la muerte no tienen un carácter trágico. El Che Guevara es el héroe revolucionario, consciente de las posibilidades y dificultades de la lucha, y no el héroe desesperado, trágico, que se debate en la oscuridad, tratando de realizar lo imposible.

Su práctica revolucionaria se apoya en un conocimiento de la realidad y no en patrones escolásticos. Es un revolucionario consciente: no un soñador, un rebelde a ultranza y, menos aún, un aventurero en sentido estrecho, aunque por otro lado toda revolución, como toda verdadera creación, tiene

algo de incierto, imprevisible y, por tanto, de aventura. Ahora bien, si lo que define al verdadero revolucionario de nuestro tiempo –al marxista leninista– es la vinculación estrecha entre la teoría y la práctica, entre el pensamiento y la acción, el Che es de la estirpe de ellos, es decir de los que elevándose tanto sobre el utopismo como sobre el empirismo, luchan conforme a un proyecto que surge y se nutre de la propia realidad. Por ello, nadie como él ha subrayado en estos años el papel de la conciencia o, más exactamente, de la acción consciente no solo en el proceso revolucionario sino en la construcción de la nueva sociedad. El Che, por esta razón, ha sido un fiel exponente de una política revolucionaria realista que no tiene nada que ver con un romanticismo idealista ni tampoco con el realismo a todo trance que degenera en el oportunismo o en una política sin principios.

El Che ha luchado y ha caído en las condiciones más duras y difíciles. La muerte le llegó no como el resultado de una necesidad implacable o de una lucha trágica, desesperada y sin salida, sino como una posibilidad realizada con la que él contó en un momento dado y a la que hubo de mirar fríamente a la cara. Su muerte terriblemente dolorosa es –de ahí su ejemplaridad suma– la del dirigente revolucionario que, después de medir conscientemente las posibilidades históricas, contribuye a realizarlas a través de una lucha organizada, dura y larga, y no en acciones fugaces, espontáneas y desesperadas. Es la muerte del revolucionario que muere consciente de que la historia no se escribe en un solo día ni en varias jornadas, sino en un largo proceso –que la propia lucha contribuye a acortar– en el que se entretajan victorias y derrotas antes de llegar a la victoria final.

La lección de la vida y la muerte del Che confirman, una vez más, que la historia la hacen los propios hombres, y que la revolución solo pueden hacerla ellos si se elevan de la condición de mero efecto de una estructura social a sujetos conscientes de la historia. Y, en este terreno, el Che, con su palabra y su acción, con su vida y su muerte, deja un testimonio ejemplar de lo que puede hacer el hombre, en nuestros tiempos, cuando está impregnado de una verdadera conciencia socialista. Por ello, el Che es inconcebible sin el socialismo. Pero, a su vez, el socialismo de Marx y de Lenin es inconcebible sin el Che.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 149-151. Fechado en México, en octubre de 1967.

APUNTES PARA EL CHE ESCRITOR

GRAZIELLA POGOLOTTI

Se puede honrar a Martí citando sus frases, frases bonitas, frases perfectas, y además, y sobre todo, frases justas. Pero se puede y se debe honrar a Martí en la forma en que él quería que se le hiciera, cuando decía a pleno pulmón: «La mejor manera de decir es hacer».

ERNESTO GUEVARA

Cuando volvemos a leer sus escritos, nos parece seguir escuchando su voz, una voz que nos ha acompañado en todo este proceso revolucionario, que ha sido acicate y estímulo. Acicate para rendir siempre un esfuerzo mayor. Estímulo, porque a la vez que demandaba disciplina y sacrificio, abría en cada una de sus intervenciones nuevas perspectivas, invitaba al descubrimiento de una problemática insospechada. Su palabra ha significado siempre una sacudida, una reacción contra el adocenamiento y el conformismo. Quien hablaba como visionario del hombre nuevo, había sabido construir en sí mismo una primera versión de ese ideal. La palabra y la acción, la pasión intelectual de conocimiento y el trabajo práctico, el fervor y la solidaridad, la plena realización del ser y el total espíritu de sacrificio. Un genio ha pasado entre nosotros, y a pesar de la admiración que siempre se le tributó, solamente ahora empezamos a valorar verdaderamente su grandeza. Algún día, cuando se proceda a la edición y ordenamiento de sus papeles –artículos, discursos, ensayos, correspondencia– podrá iniciarse el indispensable estudio sobre el estilo literario de Ernesto Guevara. Quiso emplear siempre la palabra justa, o mejor, la palabra necesaria. Supo hacerlo con voz propia, que lo convirtió en uno de los mejores prosistas de nuestra lengua. Sin oropel, sin innecesaria adjetivación, carne y espíritu, palabra y acción, verbo y pensamiento forman una sola cosa, están íntimamente unidos.

Por lo regular, el ensayista moderno disimula en inteligente artificio, la estructura dominante en el desarrollo de su exposición. En el caso del Che sucede todo lo contrario. Restallantes, imperiosas, las frases se suceden unas a otras y exhiben, como la nervadura de una catedral gótica, la armazón que sostiene el desarrollo conceptual. Así sucede con *La guerra de guerrillas*, así con *El socialismo y el hombre en Cuba*, donde el mecanismo dialéctico va conduciendo de un eslabón a otro, hasta desembocar en la síntesis final, visión proyectada hacia el futuro. La misma apasionada lucidez que preside la existencia toda del Che Guevara se encuentra en su estilo literario. La palabra es expresión límpida de un pensamiento. En la

frase, muchas veces breve, ejerce su dominio absoluto el verbo, vale decir, la acción.

La guerra de guerrillas quiso ser solamente un manual destinado en un principio al ejército rebelde cubano. Como tal, está dominado por el propósito primordial de la claridad expositiva. Ninguna incidental que pueda perturbar la solidez del desarrollo estrictamente lógico del pensamiento. La idea está sujeta a la necesidad imperativa que impone la acción. De ahí los verbos que acuden con frecuencia: *es, tendrá, debe, hay*. Y los apotegmas: «El soldado guerrillero debe ser un asceta». ¹ En esta íntima interrelación, en ese núcleo unitario esencial que determina la acción y la escritura del Che, no puede olvidarse que estilo y existencia nacen de una misma concepción ética. Por eso su vida y su obra se sitúan en la línea de Martí, en la de los grandes reformadores de todos los tiempos, que han sabido asimismo dejarnos páginas admirables. Pero sucede que *La guerra de guerrillas* no es un manual como otros. No está congelado en fórmulas porque ha nacido de la experiencia misma del autor y ese aliento vital se respira a lo largo de toda la obra. Procede por definiciones. ¿Qué es un guerrillero? «Es un reformador social que empuña las armas respondiendo a la protesta airada del pueblo contra sus opresores y que lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria». ²

Precisión absoluta en la que se advierte tanto la relación del guerrillero con su pueblo («hermanos desarmados»), como el significado ético y económico de la opresión («oprobio y miseria»). Este manual nos enseña a fabricar armas con medios de fortuna, a organizar los abastecimientos, a establecer una táctica militar, pero tras el detalle minucioso, el apéndice se abre a amplias perspectivas futuras, en las que se percibe ya el tono, la concepción, el ritmo que habrá de animar su discurso de 1964 en las Naciones Unidas:

Por una simple ley de gravitación, la pequeña isla de los ciento catorce mil kilómetros cuadrados y seis millones y medio de habitantes, asume la dirección de la lucha anticolonial en América [...] Cuba conoce los ejemplos anteriores, conoce las caídas y las dificultades, pero conoce también que está en el amanecer de una nueva era del mundo [...] Asia y África se dieron la mano en Bandung, Asia y África vienen a darse

¹ Ernesto Guevara: *La guerra de guerrillas*, La Habana [Departamento de Instrucción del MINFAR], 1960, p. 34.

² Ídem, p. 13.

la mano con la América colonial e indígena, a través de Cuba, aquí en La Habana.³

En párrafos como estos, como cuando encara las medidas a tomar en caso de agresión a Cuba, el manual cede paso a la visión épica.

Pasajes de la guerra revolucionaria establece un contrapunto con *La guerra de guerrillas*. Es el relato de la experiencia práctica de la que habrá de derivarse la teoría. Significativamente, se inicia con una derrota y concluye en el momento de la sedentarización de la guerrilla en la Sierra Maestra. Formado por la reunión de relatos que fueron publicados en la revista *Verde Olivo*, el libro tiene, sin embargo, una sólida unidad de concepción. Es como una saga narrada en voz baja por el combatiente en un alto, a la orilla de un camino. «El soldado guerrillero debe ser un asceta», había dicho. «La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario», afirmará más tarde en *El socialismo y el hombre en Cuba*. En estas historias de guerra, los combates no son lo más importante. El autor renuncia a lo heroico para tomar la medida del hombre. El sacrificio, el hambre, las penurias, el cansancio, las debilidades de unos, las traiciones de otros son constantes en un relato que no abandona el propósito aleccionador. Importa sobre todo la paulatina toma de conciencia del campesino analfabeto que se incorpora a filas, el duro aprendizaje del hombre de ciudad. Por eso, ciertas palabras –marcha, a paso lento, cansón, caminando– puntean y establecen el nexo interno entre uno y otro relato. Muchos compañeros van cayendo a lo largo de la ruta. El narrador toma nota, casi sin comentario, sin sensiblería. Como el aviador de Saint-Exupéry estos personajes comprueban que, movido por la idea, el ser humano resiste más que cualquier animal. Aquí, sin embargo, lo que importa no es la lucha por la propia supervivencia individual, sino la fusión de los hombres en un común esfuerzo solidario, la integración en un solo grupo de quienes proceden de clases y sectores diferentes, la paulatina transformación de las relaciones con el campesino de la Sierra. En abril de 1957 termina la primera parte del libro:

Nosotros seguimos nuestro lento camino por la cresta de la Maestra o sus laderas: haciendo contactos, explorando nuevas regiones y difundiendo la llama revolucionaria y la leyenda de nuestra tropa de barbudos por otras regiones de la Sierra. El nuevo espíritu se comunicaba a la Maestra. Los campesinos venían sin tanto temor a saludarnos, y nosotros no temíamos la presencia campesina, puesto que nuestra fuerza relativa había aumentado considerablemente y nos sentíamos

³ Ídem, p. 132.

más seguros contra cualquier sorpresa del ejército batistiano y más amigos de nuestros guajiros.⁴

La experiencia de Guevara, médico de los campesinos («Es que las gentes en la Sierra brotan silvestres y sin cuidado y se desgastan rápidamente en un trajín sin recompensa»),⁵ señala la transformación de la guerra de liberación en revolución social.

La intensa tarea del Che gobernante deja, junto a la labor desplegada y la elaboración de sus obras fundamentales, una larga serie de discursos. Aquí también son dos los registros empleados. El tono familiar de las reuniones con los trabajadores, dicho sin énfasis, donde predomina siempre el deseo de claridad, la preocupación por el desarrollo de la conciencia. El propósito siempre es didáctico y crítico. Breves, concisos, directos. La frase muchas veces tajante, sobre todo en la respuesta. Siempre hay en ellos una verdadera lección de genuino anticonformismo revolucionario, la temprana advertencia de errores y peligros, la actitud vigilante frente al acomodamiento y al burocratismo, a la repetición mecánica de consignas. En las grandes tribunas internacionales, el tono cambia.

Aquí es el profeta de los pueblos subdesarrollados, que estremece tanto por la riqueza conceptual –en medio de la huería retórica que abunda en esos encuentros– como por el ritmo de la frase misma. Resumen de su obra anterior, de su experiencia de guerrillero y de gobernante, síntesis de su pensamiento, visión de futuro, *El socialismo y el hombre en Cuba* resulta al propio tiempo ejemplo del modo de escribir de Che Guevara. Nunca antes el esqueleto de la obra se había mostrado con tanta desnudez. No se trata ya de una concepción silogística, como sucede todavía en *La guerra de guerrillas*, donde los principios expuestos en la página inicial se desarrollan después hasta sus últimas consecuencias. Ahora avanza en espiral, siguiendo el movimiento de la dialéctica interna del discurso: individuo y masa, presente y pasado, fuerzas que coexisten y se contraponen, para desembocar en el que ha devenido uno de los problemas teóricos centrales de la Revolución Cubana, la creación del hombre nuevo. Sin paréntesis ni digresiones, los conceptos se suceden respondiendo a una imperiosa necesidad interna, apremiante, casi impaciente, como lo indica la frecuente anteposición de los verbos. Práctica y teoría andan siempre juntas. En los relatos, la concepción teórica preside la concepción misma de la obra, pues no hay gratuidad alguna en sus recuerdos de guerra. En cambio, por

⁴ Ernesto Guevara: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, La Habana [Edición Unión], 1963, p. 62.

⁵ Ídem, p. 65.

debajo de los trabajos teóricos fluye siempre, como una corriente vital, la experiencia del hombre. En uno y otro caso, su prosa está dominada por la presencia del verbo, no por la de los nombres abstractos.

En *El socialismo y el hombre en Cuba* cristaliza el pensamiento de Ernesto Guevara gobernante. Pensamiento y estilo constituyen aquí, como en toda su obra, una unidad irreductible, pareja y semejante a la que se deriva del vínculo entre elaboración intelectual y existencia. Cristalización y anuncio de la etapa siguiente, puesto que el aliento que corre a lo largo de sus páginas, la visión de futuro, el sentido que cobra el internacionalismo proletario («deber pero también necesidad revolucionaria»),⁶ sitúan este ensayo que toma la forma de una carta junto a los documentos postreros de su existencia de luchador, la carta de despedida a Fidel, la que dirigió a sus padres y la que envió a la revista *Tricontinental*.

Como en todo escritor verdadero la obra realizada resulta, al cabo, entre muchas otras cosas, una forma de autobiografía. Rara vez han estado tan estrechamente unidas existencia y escritura como en el caso de Ernesto Guevara. La apretada estructura de sus trabajos, la audacia del pensamiento que escapa siempre a los esquemas preestablecidos, el tableteo impaciente e imperioso de las frases y los conceptos revelan desde el principio su característica lucidez apasionada. Pero a medida que la experiencia vital se va haciendo más ancha, en lugar de expresar amargura ante los inevitables desengaños, se hace más incontenible una ternura que al principio había tratado de disimular con pudor. Ya estaba presente, desde luego, en los *Pasajes de la guerra revolucionaria* ante la caída de un compañero, en el descubrimiento del dolor y la miseria de los campesinos, en la suave ironía frente a algún pequeño descalabro. Quiere entonces rehuir la sensiblería, el patetismo, las palabras altisonantes, para reflejar sobre todo la experiencia inmediata de los hombres, porque «de sacrificios ciegos y de sacrificios no retribuidos, también se hizo la revolución». Pero esa cercanía a los hombres de carne y hueso y no al concepto abstracto de lo humano es lo que va abriendo poco a poco el cauce al sentimiento, a medida que la experiencia se enriquece:

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor [...] Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; este debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo [...] Los dirigentes de la Revolución tienen hijos

⁶ Ernesto Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba*, La Habana [Verde Olivo], 1965, p. 55. Ver en este volumen, pp. 96-110.

que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre, mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella [...] Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.⁷

Muy pronto habría de sentir nuevamente «el costillar de Rocinante» bajo los talones y dueño de una voluntad pulida «con delectación de artista»,⁸ marcha hacia nuevas empresas guerrilleras. Este argentino que los cubanos hemos hecho nuestro, que recorrió el Continente y conoció la tragedia de Guatemala, que libra su último combate en Bolivia, que recoge la herencia de Bolívar y la de Martí, recupera sin proponérselo la unidad de la lengua. No se trata solamente de los localismos.

Ya sucede con frecuencia, al leer un texto de autor latinoamericano, que sorprende el uso de un término para nosotros poco frecuente, el empleo de determinado matiz en una palabra, una forma sintáctica. Visionario del siglo XXI, hombre metido de lleno en la acción de su tiempo, el Che Guevara utiliza una lengua clásica y actual, directa, libre de casticismo, pero igualmente válida en cualquier país de América Latina.

Quiso ser médico y soldado. Dos modos de acercarse al hombre. Convirtió su existencia en destino y la realizó plenamente en ejemplar solidaridad. Creía haber renunciado con ello a su vocación de escritor, pero, como los grandes personajes de la conquista, sabía escribir con su espada mejor que muchos escribas de oficio. Quizás en un futuro, cuando la edición de sus obras que todos esperamos nos entregue el conjunto, incluida la correspondencia de la que apenas hemos podido conocer unas cuantas páginas públicas, alguien se atreva, lupa en mano, a desentrañar su estilo. En este momento no podríamos hacerlo. Es muy pronto. Apenas, tímidamente, expresar la admiración y la gratitud. Porque en buena medida le debemos lo que hoy podemos hacer, los horizontes que ahora se vislumbran. Porque ha dado razones eficaces a la fe en el hombre, en nuestro propio destino.

Casa de las Américas, no. 46, enero-febrero de 1968, pp. 152-154.

⁷ Ídem, pp. 53-54.

⁸ Carta de despedida a sus padres. Reproducida en *Casa de las Américas*, no. 44, septiembre-octubre de 1967. Ver en este volumen, p. 25.

LA LITERATURA EN LA VIDA DE UN REVOLUCIONARIO (PARA UN RETRATO DE ERNESTO CHE GUEVARA)

VERA KUTEISCHIKOVA Y LEV OSPOVAT

Hace años, en Bolivia, uno de los países más pobres y atrasados de la América Latina, situado en los abruptos contrafuertes de la cordillera de los Andes, ocurrieron acontecimientos que atrajeron la atención del mundo entero. Se sucedían los últimos combates encarnizados del puñado de guerrilleros comandados por el Che Guevara contra las tropas que los perseguían. El final sobrevino en octubre de 1967: casi todos los participantes de la guerrilla murieron; herido, el Che fue capturado y asesinado. Tratando, en cierta medida, de liquidar las señas materiales de su vida los enemigos han contribuido a su gloria póstuma.

Rara vez ha ocurrido que una figura histórica y real se convierta tan instantáneamente en leyenda. Leyenda, ante todo, en el sentido genésico de la palabra: la del revolucionario que cae por la libertad de su pueblo, y se hace una figura legendaria en la conciencia de este. Para millones de latinoamericanos, el Che es hoy un héroe vivo que participa en la lucha. Pero, además, la leyenda del Che ha empezado a adquirir otros contornos, no solo heroicos, sino también, por así decir, demoníacos: juzgada por los ideólogos extremistas de izquierda, la imagen del Che ha comenzado a tener aspecto de símbolo del terror y de la violencia total. En decenas de libros y miles de artículos escritos sobre Guevara después de su muerte, se pueden encontrar las más opuestas concepciones de su suerte: desde la historia del «cruel aventurero», hasta el mito del «Cristo del siglo XX». La figura del Che se ha encontrado en el centro de los más agudos conflictos no solo ideológicos sino también filosóficos morales, y por eso a menudo se han tergiversado los rasgos reales de este revolucionario. Mientras tanto la actividad y la hazaña de Guevara no pueden comprenderse si no se conoce cómo se formaron sus ideas y su carácter humano en las condiciones históricas concretas de la América Latina.

Guevara entró en la historia de la América Latina en un momento en que este Continente se había convertido en arena de violentos estallidos sociales, en campo de una alta tensión donde nacían y se verificaban en la práctica las nuevas formas de la acción revolucionaria.

El camino de Guevara es el de la transformación del individualista rebelde, en práctico de la lucha revolucionaria. Este camino fue marcado por intensas búsquedas, victorias y errores. En el presente artículo no vamos a tocar la estrategia revolucionaria del Che Guevara, pues ya ha sido caracterizada en otros trabajos publicados en nuestro país. Además, muchos aspectos filosófico-morales complejos de la actividad revolucionaria del Che Guevara exigen un examen aparte. Nuestra tarea es otra: presentar la trayectoria histórica del Che Guevara desde el punto de vista del papel que desempeñó la literatura en la formación de su personalidad.

Nacido en Argentina, uno de los países de la América Latina comparativamente ricos, en el seno de una familia bastante acomodada, Ernesto Guevara poseía desde la infancia un carácter independiente, y manifestaba ironía y sensatez respecto del medio que lo circundaba. Luchaba a su manera con su afeción, el asma, realizando un intensivo trabajo físico, en contra de las reglas. Siendo aún estudiante de Medicina, viajó dos veces por la América Latina con sus compañeros. Sin tener dinero, pero poseyendo de sobra valor y sed de aventuras, no solo vieron mucho, sino que también pasaron mucho. Recordemos aunque solo sea su práctica de médico en un leprosoario peruano, donde durante varios meses le estuvieron prestando ayuda a la gente que padecía de la incurable y terrible enfermedad. Es posible que en aquel momento lo inspirara el ejemplo de Albert Schweitzer. Sin embargo, los impulsos interiores de Guevara lo llevarían a la búsqueda de otro campo en que aplicar sus fuerzas. Esta búsqueda concluiría en Guatemala, adonde llegaría Guevara por segunda vez en 1954, el mismo año en que el pueblo de un pequeño país que se había decidido a realizar la reforma agraria era objeto de la agresión por parte de los Estados Unidos. Es entonces cuando el joven médico toma una decisión de vital importancia: elige la profesión de revolucionario.

Después de llegar a México, conoce a Fidel Castro y se incorpora a su grupo que se preparaba para desembarcar en Cuba; el objetivo de esta expedición era derrocar a la tiranía de Batista. Junto con Fidel, el Che atraviesa todo el camino de una guerra de guerrillas de dos años en la Sierra Maestra y después de la victoria se entrega al proceso de formación de la nueva sociedad. Abandona Cuba seis años después, para repetir la experiencia de la Sierra Maestra en otro país de la América Latina: Bolivia.

Como quiera que se valore el resultado de la campaña de Bolivia, la propia muerte del Che le dio a su vida un sentido completo y puso al descubierto con extrema claridad los rasgos extraordinarios de su personalidad. Hacía falta la singular conjunción de la devoción concienzuda y la abnegación ascética, de la firmeza de voluntad y la inspiración creadora, para que su vida se convirtiera en leyenda. Para el Che Guevara era característica, en

grado sumo, la autorganización consciente de su propia suerte, la formación orientada de su carácter. Sobre esto habló lacónicamente en una ocasión su compañera de lucha Haydee Santamaría, «Tú creaste algo único, tú te creaste a ti mismo». Pero en este proceso de «autocreación» desempeñaron un papel esencial no solo los factores ideológicos, sino también los éticos y, como veremos más adelante, los estéticos.

Los hombres que conocieron de cerca al Che han señalado un rasgo característico de él: su imaginación precozmente despierta y muy desarrollada. De él ha dicho el escritor mexicano Enmanuel Carballo: «Desde el principio el Che podía reunir cualidades que nos parecen polares e incompatibles: el realismo y la fantasía. Podía elevarse por encima de la realidad, porque poseía imaginación; y podía convertir el sueño en vida pues sabía que, en todos los casos, la realidad los hombres la necesitan más que todo para transformar los más nobles ideales».

Al hablar del papel de la imaginación en el desarrollo de la formación de la personalidad del Che, consideramos esta palabra no solo en el sentido generalmente aceptado, sino también como una categoría propiamente filosófica, como una cualidad de la conciencia humana que es la condición esencial de toda creación histórica y, ante todo, revolucionaria. El proyecto de Fidel Castro de desembarcar en Cuba con los patriotas que se encontraban fuera del país, para que de un puñado de guerrilleros surgiera un ejército insurgente capaz de derrocar la tiranía, fue un ejemplo de imaginación revolucionaria. Por eso este proyecto se apoderó del Che, lo que correspondía a sus impulsos interiores y a la aspiración de realizar «lo imposible». Más tarde diría que a Fidel lo «unía la inclinación romántica a las aventuras y la idea de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro».

Es muy significativo que el Che viera la autoeducación como un proceso de creación, semejante al que experimentan los hombres de arte. En la última carta a sus padres, algo así como un testamento, escribió: «Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados». La palabra «artista» también la utilizará después Fidel Castro para caracterizar la esencia secreta del Che; en su discurso de despedida del 18 de octubre de 1967, lo llamará «artista de la guerra de guerrillas».

A esta cualidad esencial de la personalidad del Che está ligado, en gran medida, el papel que desempeñó en su vida la literatura. Arma de autoeducación, la literatura, además, era para él campo de aplicación de sus propias fuerzas. Las obras del Che, en las cuales plasmó su experiencia humana y revolucionaria, en su momento ejercieron influencia en muchos

escritores de la América Latina. En resumen, él mismo se convirtió en ese héroe que salió directamente de la vida para las páginas de la literatura. Sin suponer que en un artículo se pueda agotar este tema, aunque sea aproximadamente queremos interpretar en estas notas algunos de sus aspectos esenciales.

El amor por la literatura se despertó temprano en el Che. En los relatos del padre, publicados después de su muerte, se enumeran los libros que leía en la infancia. Al lado de Jack London, Dumas, Julio Verne, lecturas habituales de la juventud, estaban los clásicos españoles y rusos, y los novelistas latinoamericanos de los años treinta. Pero le gustaba particularmente la poesía. Habiendo estudiado con la ayuda de la madre el francés, comenzó a leer en el original a Baudelaire, que fue su poeta preferido. Sus coetáneos recuerdan que le gustaba declamar las poesías de Miguel Hernández, García Lorca, Antonio Machado y Pablo Neruda. El amor por la poesía lo llevó consigo toda la vida: cuando partió para Bolivia, se llevó una libreta con los poemas que prefería, copiados por su propia mano.

El Che leía siempre y dondequiera. Su amigo Granado, con quien viajó por la América Latina, contaba que en Perú, en la ciudad de Cuzco, habiendo descubierto una biblioteca, se sumergió en la lectura de libros de Historia y Arqueología. En México se empleó de vendedor de libros de la editorial Fondo de Cultura Económica y, después, de guardián de una exposición de libros, con el solo fin de poder leer sin obstáculos. Allí mismo, en vísperas de partir con los tripulantes del *Granma*, le compró a su compañero Carlos Bermúdez dos libros: *Reportaje al pie de la horca*, de Fucik, y *La joven guardia*, de Fadeev. Los libros eran para el Che partícipes directos de su propia vida, de lo cual dan pruebas muchas confesiones suyas.

Al describir el primer combate difícil por el que tuvieron que atravesar los miembros de la tripulación del *Granma*, después de haber desembarcado en las costas cubanas en diciembre de 1956, combate en que fue herido el Che, este recuerda así su estado:

quedé tendido; disparé un proyectil hacia el monte siguiendo el mismo oscuro impulso del herido. Inmediatamente me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol, se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo.¹

¹ Evidentemente, se trata del cuento «La hoguera».

Estos recuerdos son interesantes porque demuestran cuán fuerte era la inclinación del Che a la interpretación metafórica de la vida, pues no lo abandonó incluso en un momento tan crítico.

Durante la guerra de guerrillas de dos años en la Sierra Maestra, el Che, que soportaba todos los sufrimientos de la guerra con el doble valor que le exigía la lucha contra los ataques de asma, no dejaba de leer apasionadamente. «Mientras los demás, agotados por el cansancio, se tendían a dormir, él se ponía a leer»; este es uno de los muchos testimonios de testigos presenciales. Hay otro análogo: «El Che leía por la mañana temprano, al amanecer, y tarde en la noche, al lado de la hoguera». En la recopilación de memorias *El Che en la Sierra Maestra*, hay una parte característica, «La mochila con libros»; este detalle en la vida del Che les saltaba a todos a la vista. «Había que comer fuerte para cargar esa mochila», recuerda chistosamente el mensajero de Guevara.

A los periodistas que comenzaban a llegar a la Sierra Maestra los asombraba la diversidad de intereses de lector del comandante guerrillero: Marx, Sartre, Merleau-Ponty, Valle-Inclán, Toynbee, Beauvoir. Por entonces había tenido una amplia difusión una fotografía del Che que correspondía a su parada forzosa en El Hombrito: sorprendido por un ataque de asma, está acostado abriendo el libro de Emil Ludwig *Goethe*.

Si reuniéramos todos los recuerdos que existen sobre el Che en la Sierra Maestra, se pudiera componer una larga lista de libros –de la que también formaría parte Lenin– que leía y se los contaba a los soldados y campesinos. Pero, posiblemente, el testimonio de la vieja campesina Chana Pérez, caracteriza al Guevara lector más expresivamente que toda esta lista de libros:

Ese cristiano siempre traía libros; no tenían láminas, nada más que palabras. Yo pensaba: madre mía, ¿qué es lo que lee este hombre? A veces me paro por detrás de él a ver si entiendo, pero son unos libros y revistas que nada más que hablan de política y de guerra. Puede ser que allí hubiera también novelas y libros de cuentos, pero no entendía mucho, no soy muy lectora y la vista la tengo muy mala. Nada más que recuerdo que los libros eran rojos, azules y verdes. Nunca dejaba la mochila con los libros. También recuerdo que cuando cogía un libro en las manos se ponía tan tranquilo, como si estuviera medio ausente, y la cara se le ponía bondadosa, como si estuviera en otro mundo. Y pensar que haya cristianos que se vuelven tan locos por los libros.

La lectura era para el Che un trabajo creador en el más exacto sentido de la palabra. Las imágenes artísticas y, particularmente, poéticas, no

solo ejercían en él una influencia estética e ideológico-moral; eran también elaboradas por su propia conciencia, se hacían parte de su propia vida espiritual.

Entre los poetas allegados a Guevara, hay que mencionar ante todo a José Martí. Apóstol de la Revolución Cubana y poeta que trazó los nuevos caminos de la poesía latinoamericana, él era para el Che el más alto modelo de la fusión del revolucionario y del artista. Guevara incesantemente difundía la tesis de José Martí: «Hacer es la mejor manera de decir». A Guevara también le eran próximos y queridos los altos principios éticos de José Martí, quien no solo fue el ideólogo de la liberación social del pueblo, sino también de su renacimiento moral: «Todo hombre debe sentir en su mejilla el golpe dado en la mejilla de otro hombre». Esta frase Guevara la repetiría en más de una ocasión en sus discursos y artículos.

Para Guevara era muy importante y próxima otra idea que José Martí formuló a fines del siglo XIX: la idea de la solidaridad continental de los pueblos latinoamericanos. Esta idea José Martí la planteó en un momento en que comenzó a manifestarse palpablemente la amenaza de expansión imperialista de los Estados Unidos en los países de la América Latina. Pero las fuentes de la unidad de estos países Martí la encontró mucho antes, en la época en que los indios de América ofrecían tenaz resistencia a los conquistadores españoles. Martí les recordaba a sus contemporáneos aquellos días lejanos en que los aztecas, en las penumbras de la noche, encendían las hogueras, cuya luz iluminaba claramente el cielo. «Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz», así definió aforísticamente José Martí la tarea de la lucha irreconciliable contra los colonizadores norteamericanos a fines del siglo pasado. Estas palabras las repitió el Che, tomándolas como epígrafe para su última obra: el «Mensaje a los pueblos del mundo» a través de la *Tricontinental*, que fuera leído en La Habana, en la conferencia de la Tricontinental en junio de 1967.

El Che Guevara escribió y habló varias veces sobre la necesidad histórica de la unidad de los pueblos latinoamericanos, valiéndose frecuentemente para ello de otras asociaciones poéticas como, por ejemplo, el aforismo sobre el papel de la amistad fraterna del famoso poema argentino *Martín Fierro* de José Hernández: «Si los hermanos se pelean, los extraños los devoran». Pero para él, la más alta realización artística de esta idea fue la epopeya poética *Canto general*, de Pablo Neruda, cuyos versos Guevara conocía y le gustaban desde la adolescencia. Granada, su compañero de viaje, recordaba que al subir a las montañas de los Andes, donde se conservaban las ruinas de la antigua civilización india, el Che citaba de memoria los versos de Neruda «Las alturas de Machu-Picchu», una de las

partes del *Canto general*. El viaje de Neruda a Machu-Picchu desempeñó en su tiempo un papel decisivo en la cristalización del proyecto artístico del *Canto general*; precisamente aquí el poeta percibió por primera vez la majestuosidad y la fuerza viva de la herencia indígena de América como una de las bases de su unidad. Al cabo de diez años, el joven Guevara repitió ese viaje. Posiblemente, con las vivencias estético-emocionales del Che está ligada su primera frase sobre la necesidad de realizar la revolución en la América Latina.

El *Canto general* llegó a ser para el Che uno de los libros más significativos e importantes; hay varios testimonios de que lo leía en la Sierra Maestra y, según palabras de la campesina Lina Garcés, les hablaba de Neruda a los habitantes del lugar que estaban vinculados con los guerrilleros.

También había otros motivos en la particular afición de Guevara por la poesía de Neruda. Cuando con veintidós años el Che llegó a Chile en 1951, con seguridad sabía del reciente duelo del poeta con el dictador González Videla. Obligado a esconderse, Neruda ha hablado de sus vagabundeos en el poema «El fugitivo» que más tarde formó parte del *Canto general*. Este poema es un ejemplo de cómo la propia vida se transforma en creación poética y cómo el diario lírico del poeta que ha pasado por circunstancias excepcionales es capaz de encerrar en sí el drama de todo el pueblo. En ese momento llamaban a Neruda «conciencia de América Latina». Dos décadas después la conciencia de la América Latina se llamaría Guevara, quien, construyendo creadoramente su vida de revolucionario, buscaba en Neruda la anticipación poética de su suerte. Con uno de sus primeros poemas, «Farewell», copiado por él mismo en una libreta, el Che se dirigió a Bolivia.

El interés por los problemas éticos de la revolución, que se manifestó particularmente en los últimos años de la vida de Guevara, encontró su expresión culminante en el ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965). El tema central de este ensayo es el problema de la formación del hombre nuevo en la nueva sociedad. A esto dedicó Guevara su discurso del 15 de agosto de 1964, apelando de nuevo a la imagen artística creada esta vez por el gran poeta de España, León Felipe.

Las últimas décadas de su vida, Felipe las pasó en el exilio en México, donde el Che conoció por primera vez sus poemas. Representante de la brillante pléyade de poetas españoles del siglo xx, contemporáneo de Jiménez, Machado y García Lorca, Felipe expresó en su poesía la violenta tensión de lucha de dos fuerzas: las de la oscuridad y la luz, y las de la libertad y la esclavitud. Conociendo la afición del Che por sus poemas, Felipe le envió a La Habana su libro con una dedicatoria. Resultó que el primer comentario de Guevara sobre los poemas de León Felipe que había recibido

fue su discurso ante los obreros premiados en la emulación. Desarrollando la idea sobre el nacimiento del hombre nuevo en la nueva sociedad, sobre una nueva actitud hacia el trabajo, cita de memoria los versos de Felipe:

*Pero el hombre es un niño laborioso y estúpido
que ha convertido el trabajo en una sudorosa jornada,
convirtió el palo del tambor en una azada y en vez de
tocar sobre la tierra una canción de júbilo, se puso a cavar...*

Quería citarles estas palabras –continuaba diciendo el Che en su discurso– porque nosotros podíamos decirle hoy a ese gran poeta desesperado que viniera a Cuba, que viera cómo el hombre, después de pasar todas las etapas de la enajenación capitalista, y después de considerarse una bestia de carga uncida al yugo del explotador, ha encontrado su ruta y ha encontrado el camino del juego. Hoy en nuestra Cuba el trabajo adquiere cada vez más una significación nueva, se hace con una alegría nueva.

En la carta que el Che le envió a León Felipe después de esa intervención (21-VIII-1964), encontramos confesiones que completan considerablemente la idea sobre el papel que desempeñó la poesía en la vida del Che:

Maestro: Hace ya varios años, al tomar el poder la Revolución, recibí su último libro, dedicado por usted.

Nunca se lo agradecí, pero siempre lo tuve muy presente. Tal vez le interese saber que uno de los dos o tres libros que tengo en mi cabecera es *El ciervo*; pocas veces puedo leerlo porque todavía en Cuba dormir, dejar el tiempo sin llenar con algo o descansar, simplemente, es un pecado de lesa dirigencia.

El otro día asistí a un acto de gran significación para mí. La sala estaba atestada de obreros entusiastas y había un clima de hombre nuevo en el ambiente. Me afloró una gota del poeta fracasado que llevo dentro y recurrí a usted, para polemizar a la distancia. Es mi homenaje; le ruego que así lo interprete.

La primera confesión es que el Che se llama «poeta frustrado». Se sabe que en realidad escribía versos, por el poema «Canto a Fidel», escrito en honor a la hazaña de la tripulación del *Granma*. El Che nunca se había decidido a publicarlo y se disgustó cuando, a pesar de su voluntad, este poema apareció en la revista *Verde Olivo*.

Otra confesión es que el libro *El ciervo*, de León Felipe, a Guevara le gustaba particularmente. Su imagen central es simbólica: el ciervo perseguido es el propio hombre perseguido y oprimido en todo el curso de la historia, que lucha infructuosa e incesantemente por seguir siendo hombre.

El cineasta italiano G. Toti, que en una ocasión conversó con Guevara, buscó en este poema la clave que le permitiera comprender su personalidad:

De nuevo leí *El ciervo* y encontré la explicación de la afición del Che por la alegoría desesperada que contiene este poema: es simbólica y profética. Él hubiera querido realizar lo que ya había realizado el ciervo eternamente perseguido [...] pero para enfrentar a todos sus perseguidores con todos los hombres del planeta [...] El Che hubiera querido escribir su mejor poema, que pudiéramos leer, si todos continuáramos escribiendo ese poema con sus manos y las nuestras.

En más de una ocasión nos encontramos con que la vida de Guevara la comprenden sus contemporáneos precisamente dentro de esta clave poética. Y si tal interpretación de su suerte tiene, como parece, sus fundamentos, se hace comprensible también el papel de otra imagen artística extremadamente importante para el Che: la imagen de don Quijote. Él mismo hacía mención de esto indirectamente. Para el Che Guevara hombre que, entusiasmado por el sueño, construía su vida de revolucionario, don Quijote era la máxima realización de la hazaña humana. Y aquí, ya con otro motivo, queremos recordar las palabras de León Felipe quien, hablando sobre la finalidad del poeta, hizo su interpretación, muy contemporánea y armoniosa con Guevara, de la imagen inmortal de Cervantes:

El poeta no es el que juega hábilmente con pequeñas imágenes verbales, sino al que el despierto espíritu de Prometeo coloca como promotor de grandes metáforas: sociales, humanas, históricas, interestelares. Don Quijote es un poeta de esta clase. Él se diferencia de los poetas comunes del mundo en que quiere escribir sus versos no con la agudeza de la lanza [...] Allí donde está presente la fantasía, surge inevitablemente la voluntad. Y la metáfora poética se vierte entonces en una gran metáfora social.

Estas líneas de León Felipe pudieran ser un epígrafe para la vida del Che. La imaginación que alimentó su poderosa voluntad durante toda la vida, lo cual notó una vez la vieja Chana cuando veía a ese «cristiano que se vuelve tan loco por los libros», hizo de él, en realidad, un promotor

de «grandes metáforas». Soñador incansable, buscador de nuevos caminos y medios de lucha por la liberación de la humanidad, Guevara aprehendió la imagen de don Quijote en la clave de una elevada poesía. Como un eco directo de las palabras del poeta español, resuenan las propias palabras del Che. En la carta a sus padres, dirigida en vísperas de partir para Bolivia, medio en broma se identifica con el caballero andante de Cervantes: «Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo [...] Muchos me dirán aventurero, y lo soy, solo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades».

Es característico que esa misma imagen surge indirectamente en otra carta enviada desde Bolivia: «A través del polvo, al aire los cascos de Rocinante, con la lanza en la mano, preparado a lanzarme sobre los gigantes enemigos que me persiguen, me apresto a enviarles este mensaje casi telepático».

La energía creadora del Che y su capacidad de hacer trabajar la imaginación en la práctica revolucionaria se combinaban orgánicamente en él con rasgos que no eran realmente «quijotescos» como la sobriedad, el humor popular (en modo alguno característico del Caballero de la Triste Figura, sino más bien de su escudero) y el arte de valorar críticamente no solo a los demás, sino también a sí mismo. Su severa fidelidad a los hechos se manifestó con toda su fuerza cuando tomó la pluma para plasmar hechos de los que había sido testigo o participante.

La necesidad de apuntar lo visto y lo vivido se manifestó temprano en él. Según el testimonio de un compañero de su juventud, José Aguilar, ya después de regresar de su primer viaje por la América, comenzó a escribir un diario. Esta costumbre la conservó hasta el último día de su vida. En la Sierra Maestra y en Bolivia llevaba un diario a la vista de los compañeros; más tarde esto lo recordarían como su más innata afición. Fidel Castro dice:

Era costumbre del Che en su vida guerrillera anotar cuidadosamente en un diario personal sus observaciones de cada día. En las largas marchas por terrenos abruptos y difíciles, en medio de los bosques húmedos, cuando las filas de los hombres, siempre encorvados por el peso de las mochilas, las municiones y las armas, se detenían un instante a descansar, o la columna recibía la orden de alto para acampar al final de la fatigosa jornada, se veía al Che como cariñosamente lo bautizaron desde el principio los cubanos extraer una pequeña libreta y con su letra menuda y casi ilegible de médico, escribir sus notas.

Guevara no se consideraba escritor, y no solo por la modestia que lo caracterizaba («El título de escritor es para mí lo más sagrado del mundo» –le confesó en una carta al prosista argentino Ernesto Sábato),² sino porque tomaba la pluma, por regla general, con un solo fin: expresar los hechos con la mayor exactitud posible. Mientras más importante era el papel que desempeñaba en su actividad la imaginación, con más tenacidad trataba de rehuir, en la medida de lo posible, la participación de la imaginación cuando plasmaba su actividad en la palabra. Aún en vida, convertido en leyenda personificada, no permitía en sus obras nada inventado.

Exhortando a los participantes de combates y jornadas en la Sierra Maestra a apuntar lo vivido, insistía: «Solo pedimos que sea estrictamente veraz el narrador; que nunca, para aclarar una posición personal o magnificarla o para simular haber estado en algún lugar, diga algo incorrecto». Esta exigencia el Che se la hacía constantemente a sí mismo.

Sin embargo, a pesar de esto, y posiblemente gracias a esto, se puede decir que Guevara hizo su aporte a la prosa latinoamericana. En la actualidad, cuando entre lo literario y lo extraliterario existe una correlación cada vez más activa, los descubrimientos estéticos se realizan a veces en los géneros «limítrofes» intermedios. Y muchas páginas de la herencia literaria del Che, que no solo poseen el valor de documentos históricos, sino también humano, llevan en sí el caudal de la generalización artística. Aquí surgen y en parte se realizan nuevas posibilidades de investigación de la vida interior de un hombre en momentos que exigen de él la máxima tensión de fuerzas físicas y espirituales.

El hombre en la revolución, el hombre en la lucha de liberación, es un tema que en sí no es nuevo para la literatura latinoamericana. Pero la suerte del Che, que fue uno de los líderes y, al mismo tiempo, un combatiente de la guerra de guerrillas, su ideólogo y cronista, dotado además de una susceptibilidad de puro pintor, de un agudo interés por lo concreto y lo particular, es una suerte extraordinaria. De ahí la particular amplitud y la originalidad de su concepción de la realidad revolucionaria, su peculiar perspicacia. En los hechos, al parecer protocolares, anotados por él, brota un profundo sentido humano; el testimonio documental resulta capaz de rivalizar con la comprensión metafórica de la vida.

Una nueva cualidad se descubre ya en los apuntes diarios que, como se ha dicho, Guevara escribió desde la juventud hasta la muerte. Mientras, solo se ha publicado la parte final de estos apuntes: el famoso *Diario de Bolivia*, comenzado en noviembre de 1966 e interrumpido el 8 de octubre

² La mencionada carta a Sábato se puede leer en este mismo volumen, pp. 20-23. [N. de la E.].

de 1967, dos días antes de su muerte. En el prólogo para la primera edición del diario, Fidel Castro escribe: «Esta vez, gracias a aquel invariable hábito suyo de ir anotando los principales hechos de cada día, podemos disponer de una información pormenorizada, rigurosamente exacta e inapreciable de aquellos heroicos meses finales de su vida en Bolivia».

Hallado en la mochila de Guevara, el diario cayó en manos de los enemigos, pero cierto tiempo después sus fotocopias fueron enviadas a Cuba. Allí el diario fue leído y editado, y posteriormente traducido a veintidós idiomas.

Es difícil sobrestimar la importancia histórica del *Diario de Bolivia*, pues al mismo tiempo posee una fuerza sorprendente de influencia emocional. Elaborando teóricamente «la estrategia de la guerra de guerrillas», el Che, en Bolivia, la realizó en la práctica, y su diario contiene un análisis sin compromiso de esta experiencia práctica. La empresa heroica no se coronó con el éxito. Los apuntes lacónicos hablan de cuán vanos fueron los esfuerzos de los guerrilleros por ganarse el apoyo de la población, sin lo cual era imposible la victoria. Estampada sencilla y diligentemente, surge ante nosotros una colisión trágica.

En el campo de visión de Guevara están tanto el grupo en general como cada uno de los combatientes. Le interesa particularmente la conducta de los hombres en las situaciones críticas. Son extraordinariamente fidedignas las observaciones psicológicas de las cuales el propio autor es objeto frecuentemente.

He aquí el apunte del 3 de junio de 1967: «[...] a las 17 pasó un camión del ejército, el mismo de ayer, con dos soldaditos envueltos en frazadas en la cama del vehículo. No tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido para detenerlos, lo dejamos pasar». En la historia del grupo guerrillero, este episodio no desempeña un papel sustancial. Pero completa esencialmente el rasgo humano del revolucionario.

Guevara no se justifica («no tuve coraje»), pero tampoco se arrepiente; simplemente narra: así fue. Y esta narración desmiente convincentemente las afirmaciones de los que quisieran presentar al Che como un ciego fanático, convencido de su infalibilidad.

Hay otro apunte, hecho el 8 de agosto de 1967, cuando ya la guerrilla marchaba hacia la muerte. Agotado por el asma y el cansancio, exasperado por la terquedad del caballo en que cabalgaba, el Che le larga una cuchillada por el cuello. Por la noche, al hacer un alto, reúne a todos los compañeros y les dirige las siguientes palabras:

Estamos en una situación difícil [...] yo soy una piltrafa humana y el episodio de la yegüita prueba que en algunos momentos he llegado

a perder el control; eso se modificará, pero la situación debe pesar exactamente sobre todos y quien no se sienta capaz de sobrellevarla debe decirlo. Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombre; los que no puedan alcanzar ninguno de estos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha.

Guevara sometió a una severa prueba su sueño del hombre nuevo que forma la revolución. Pudo extraer, incluso, de su propia debilidad una lección para sus compañeros. En la fidelidad a la verdad, por amarga que fuera, se manifiesta su tono revolucionario, la firmeza de su carácter. En esto radica una de las lecciones políticas, artísticas y humanas más importantes del *Diario de Bolivia*.

Un mayor grado de organización artística del material de la vida caracteriza al libro de Guevara *Pasajes de la guerra revolucionaria*, que se publicó en 1963 y narra los acontecimientos que condujeron al derrocamiento de la dictadura de Batista y al triunfo de la revolución popular en Cuba. Están basados en apuntes diarios que, como resultado de haber sido sometidos a la elaboración del autor, se convirtieron en una obra lograda. «No son consideraciones intelectuales las únicas que mueven al Che a escribirlo, por otra parte, en esa admirable prosa suya, seca y coloquial. Digamos la verdad: es también el artista quien lo escribe [...] los *Pasajes*... son el cuerpo mismo de esa acción, con los seres humanos heroicos o vacilantes, sublimes o mezquinos y siempre verdaderos». Así ha valorado este libro el poeta cubano Roberto Fernández Retamar. Sobre los méritos artísticos de la prosa «coloquial» de los «pasajes» de Guevara ha escrito también su compatriota, la destacada escritora María Rosa Oliver.

Vale la pena agregar que los *Pasajes de la guerra revolucionaria* son la historia de la formación de la personalidad del autor, de su transformación de rebelde espontáneo en uno de los líderes e ideólogos de la Revolución Cubana. Como reconoció el propio Che, solo la experiencia de la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra lo llevó a la idea de ligar la lucha contra la tiranía política con las transformaciones radicales de toda la sociedad: «La idea de la reforma agraria adquirió entonces claridad, y la relación con el pueblo se transformó, de premisa teórica, en una parte integrante importantísima de nuestra conciencia».

El libro de Guevara está escrito cuidadosamente, sin patetismo y sin exaltación alguna. El autor es objetivo, incluso seco. La guerra de guerrillas

en su descripción es, ante todo, trabajo agotador, privaciones, tensión constante de las fuerzas físicas y espirituales. Del heroísmo y la devoción se habla poco, pero, no obstante, son convincentes el sentimiento y la conciencia de que los guerrilleros son verdaderos héroes. Ello se percibe por la forma en que estos hombres superan con valor el hambre, la sed, el cansancio, por la forma en que se conducen en las emboscadas, choques y combates interminables.

Uno de los primeros pasajes es «Alegría de Pío». Así se llama el lugar donde, el 5 de diciembre de 1956 los revolucionarios que habían desembarcado del *Granma* por una costa cenagosa recibieron el fuego de las tropas gubernamentales. De los ochenta y dos compañeros de Fidel, quedaron doce, incluyendo al propio Che. Narrando estos trágicos acontecimientos, el autor se limita conscientemente al círculo de observaciones personales directas; el cuadro del combate se presenta tal y como quedó plasmado en su turbada conciencia.

Y he aquí que él, médico del grupo que traía la mochila con medicamentos, se convierte, inesperadamente para sí, en combatiente, cuando uno de los compañeros desesperado le lanza a las piernas una caja de balas.

Esa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas; las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas.

Herido en el pecho y la garganta, lee su condena en los ojos del compañero más próximo, se dispone a morir con dignidad, recuerda el cuento de Jack London. Al mismo tiempo no solo sigue disparando, sino que también oye cómo «alguien, arrodillado, gritaba que había que rendirse, detrás se oyó la voz (después supe que era Camilo Cienfuegos el que había gritado): "Aquí nadie se rinde", y después una palabrota». Una mirada tenaz lo detiene «en medio de escenas a veces dantescas y a veces grotescas, como la de un corpulento combatiente que quería esconderse detrás de una caña, y otro que pedía silencio en medio de la batahola tremenda de los tiros, sin saberse bien para qué».

De estos detalles dispersos, al parecer, no sale simplemente un cuadro del combate irrefutable en su autenticidad, visto por los ojos de un novato no fogueado aún. Queda fijado a fondo el estado de un hombre que se somete a una dura prueba y la soporta.

En el artículo «El papel del documento en la organización de la integridad artística», P. Palievski se detiene en semejante situación, cuando en el papel de autor del documento interviene la personalidad creadora. En este caso, escribe, «el hecho emplea la mejor de las posibilidades para que germine: la conciencia del artista que se halla en circunstancias excepcionales de la vida que, por lo general, son difíciles». La justeza de esta afirmación se revela, particularmente, en el ejemplo del pasaje de «Alegoría de Pío», y también en el de una serie de otros pasajes del libro del Che sobre la guerra revolucionaria, donde el hecho con frecuencia llega a la altura de imagen artística.

En la medida en que se desarrolla la historia de la guerrilla, en que se convierte en ejército rebelde y obtiene victorias, ante el autor del libro se plantean cada vez con mayor agudeza los problemas del plano ético: la actitud hacia los desertores y prisioneros, hacia los traidores y merodeadores, hacia el enemigo herido e infractores de la disciplina. Las situaciones concretas lo hacen pensar en los problemas de la culpabilidad objetiva y subjetiva del soldado, del miedo, el valor y la conciencia. La dura realidad de la guerra revolucionaria pone a prueba y verifica a los hombres; a esta verificación y sus resultados, el Che les prestaba particular atención reconstituyendo, sin simplificar, los casos más complejos y difíciles.

Entre los personajes episódicos pintados por el Che, se recuerda al campesino Eutimio, a cuya sombría suerte se han dedicado expresivas páginas. Como guía voluntario de los guerrilleros, este hombre al principio les sirvió fielmente. Sin embargo, cuando cayó prisionero del enemigo, se volvió traidor, y por diez mil dólares aceptó matar a Fidel Castro. Eutimio volvió a la guerrilla, donde como antes le tenían confianza. Una de las noches frías se acostó junto a Fidel bajo la misma frazada, con un revólver escondido, pero no se decidió a matarlo. «Toda la noche, una buena parte de la Revolución de Cuba estuvo pendiente de los vericuetos mentales, de las sumas y restas de valor y miedo, de terror y, tal vez, de escrúpulos de conciencia, de ambiciones de poder y de dinero de un traidor; pero por suerte para nosotros, la suma de factores de inhibición fue mayor y llegó el día siguiente sin que ocurriera nada».

Por fin, Eutimio fue descubierto: le encontraron un revólver, granadas y un pase extendido por un oficial batistiano,

cayó de rodillas ante Fidel, y simplemente pidió que lo mataran. Dijo que sabía que merecía la muerte. En aquel momento parecía haber envejecido, en sus sienes se veía un buen número de canas, cosa que nunca había notado antes. Este momento era de una tensión extraordinaria. Fidel le increpó duramente su traición y Eutimio quería solamente que

lo mataran, reconociendo su falta [...] Se le preguntó si quería algo y él contestó que sí, que quería que la Revolución, o mejor dicho, que nosotros, nos ocupáramos de sus hijos.

La Revolución cumplió.

Uno de los pasajes más logrados del libro en el aspecto artístico es «El cachorro asesinado». Su contenido es sencillo: un cachorro que anda con el grupo puede delatar con su ladrido a los guerrilleros, y Guevara, sin vacilar, da la orden de ahorcarlo. Tiempo después, al hacer un alto en una finca abandonada, se acercó a los guerrilleros que descansaban a los acordes de la guitarra el perro de la finca: «quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca, con algo de reproche, aunque observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado».

La crueldad a que obligan las condiciones de la lucha debe ser entendida y sentida, debe dejar una huella en el alma incluso si se trata de un perro porque de otro modo los soldados dejarían de ser hombres.

Pasajes de la guerra revolucionaria ha entrado a la literatura latinoamericana como una obra de importancia artística y documental, como un modelo de la experiencia revolucionaria que ha quedado plasmada en la palabra. «En el estilo inconfundible de este libro –ha dicho el destacado escritor cubano Raúl Roa– se ha manifestado completamente su creador».

La imagen del Che Guevara se ha convertido ya desde hace tiempo en patrimonio de la prosa y la poesía contemporáneas de la América Latina. Su figura legendaria no solo está presente en los cientos de poesías y poemas creados por los más grandes poetas del Continente, sino también en importantes obras en prosa como el cuento de Julio Cortázar «Reunión» y la novela del escritor boliviano Renato Prada Oropeza *Los fundadores del alba*. Pero este es un tema específico que se sale de los marcos del presente artículo.

Casa de las Américas, no. 104, septiembre-octubre de 1977, pp. 24-34. Originalmente publicada en la revista *Literatura extranjera*, Moscú, no. 11, 1971. Traducción de Roberto Romani V.

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE ERNESTO CHE GUEVARA

CARLOS TABLADA PÉREZ

Introducción

Toda revolución socialista se encuentra ante el doble problema de lograr el perfeccionamiento de los sistemas de dirección y gestión económica y administrativa, por una parte, y la educación comunista de los trabajadores como factor de mejoramiento de la sociedad socialista, en desarrollo y desarrollada, por otra.

Este trabajo persigue el objetivo de exponer sistematizadamente el pensamiento económico del Che Guevara, su surgimiento y desarrollo. Muestra cómo el pensamiento del Che se inscribe en la más pura tradición revolucionaria del marxismo-leninismo, su fidelidad a los principios de la doctrina marxista-leninista; el Che constituye un fiel continuador del pensamiento leninista.

Los ideólogos burgueses, conocedores de la fuerza comunista de su figura, de su ejemplo y de sus éxitos, han pretendido desvirtuarlo de mil modos. Uno de estos métodos ha consistido en tergiversar su pensamiento, ocultarlo, desnaturalizarlo y tratar de contraponerlo al pensamiento marxista-leninista.

Fidel Castro declaró: «los escritos del Che, el pensamiento político y revolucionario del Che, tendrán un valor permanente en el proceso revolucionario cubano y en el proceso revolucionario en América Latina [...] Che llevó las ideas del marxismo-leninismo a su expresión más fresca, más pura, más revolucionaria».¹ Para muchos estudiosos de la Revolución Cubana, existe la confusión, sana en unos y en otros mal intencionada, de identificar el período 1966-1970 de errores en la conducción de la economía interna, con el Sistema Presupuestario de Financiamiento creado por Che.

En el *Informe del Comité Central* presentado por Fidel al I Congreso del Partido Comunista de Cuba, el Comandante en Jefe, con la honestidad que lo caracteriza, dejó aclarado lo anterior.

La actualidad del tema está dada por la imperiosa necesidad del análisis de la sociedad socialista, su perfeccionamiento y la erradicación de sus fallas

¹ Fidel Castro Ruz: *Discurso pronunciado en la velada solemne en memoria del Comandante Ernesto Che Guevara de la Serna*. Plaza de la Revolución, La Habana, 18 de octubre de 1967.

y deficiencias, con vistas a acelerar su desarrollo y ponerla a la altura de las exigencias de sus necesidades sociales y sus deberes internacionalistas. En este contexto, el pensamiento de Ernesto Che Guevara tiene vigencia y aplicación práctica presente y futura en la dirección y la gestión de la economía de los países socialistas.

El pensamiento económico-político-ideológico de Che Guevara refleja el resultado de su investigación acerca de las soluciones, dentro de los principios socialistas y con fórmulas socialistas, a los problemas concretos de la implantación del régimen socialista en Cuba y a las fallas que se presentan en el mismo.

Prácticamente en todos los países socialistas se someten a examen los sistemas y métodos de dirección de la economía y las relaciones que se derivan de ellos.

El sistema socialista es muy joven y se construye bajo el cerco y el ataque del sistema capitalista y el peso de siglos de dicho sistema. Lo hacen hombres que tienen que salir del cieno burgués, como lo señalaba Carlos Marx, y que en el camino van adquiriendo la experiencia, la ideología y la cultura necesaria para optimizar su gestión.

Por otra parte, como señalara Fidel Castro, los hombres, por errores subjetivos en la construcción de la nueva sociedad, chocamos con dificultades y podemos empezar a inventar de nuevo el capitalismo. De lo que se trata es de superar los idealismos, extremismos, dogmatismos, comprender en toda su dimensión la importancia de la conjugación dialéctica de la inviolabilidad de las leyes generales que rigen la formación económico social comunista, del aprovechamiento de las experiencias de los países socialistas hermanos. Ignorarlas es caer en brazos del idealismo y del voluntarismo. No prestar atención a las características concretas nacionales o de una región es hundirse en el desconocimiento dogmático antidialéctico.

El pensamiento de Che constituye un rico manantial de ideas y soluciones, de fórmulas socialistas para la construcción de la nueva sociedad.

El campo de esta investigación lo constituyen la obra y la acción de Che en su labor de dirigente de entidades económicas de Cuba en el período comprendido desde 1959 a 1965. Sus escritos teóricos, declaraciones a la prensa, discursos, entrevistas, notas de libros de estudios, actas, grabaciones, reuniones, misiones gubernamentales, etcétera, encuentran su carácter creador en un estilo genuinamente revolucionario y en su condición de fiel continuador del pensamiento marxista-leninista.

La actividad de Che en Cuba fue multifacética: médico, guerrillero, Comandante, Presidente del Banco Nacional de Cuba, Ministro de Industrias, jefe de delegaciones comerciales y delegaciones diplomáticas, representante

de nuestros pueblos latinoamericanos en eventos internacionales, jefe de regiones militares, escritor, teórico militar y de la política económica y de la economía política en el período de transición.

La actividad práctica y teórica de Che en el proceso de eliminación del capitalismo y de la creación del régimen socialista en Cuba lo llevó a concebir y desarrollar el Sistema Presupuestario de Financiamiento; sistema que está formado a su vez por los subsistemas de planificación, organización y normación del trabajo, contabilidad y costos, finanzas, precios, control y supervisión, mecanismos de incentivación, política de cuadros, capacitación, desarrollo científico-técnico, informática, estadísticas, dirección y participación de los trabajadores, entre otros.

Al introducirse en el mundo de la organización y la gestión, Che trató otros asuntos: la lucha contra el burocratismo, el establecimiento de las instituciones económicas y las relaciones entre ellas, las relaciones entre el Partido y el Estado, las relaciones entre la administración y el sindicato, la utilización del principio del centralismo democrático, los estudios socio-sicológicos de la organización y la gestión, la computación y los métodos económico-matemáticos y la empresa socialista.

Algunos de los problemas y subsistemas enunciados los desarrollaremos o esbozaremos en el presente estudio. La exposición de todos los subsistemas y problemas abordados por Che requiere la labor de un equipo de investigación. En resumen, muestra algunos de los aportes de Che en el pensamiento económico-político-ideológico durante el período de transición hacia el socialismo y el comunismo.

Che fue el principal impulsor de la implantación en Cuba de la planificación, de los métodos de control y supervisión, de un sistema de formación de cuadros para la economía que es digno de estudio. Che coadyuvó a la implantación del sistema socialista de producción en la economía cubana.

Che dirigió la industria cubana en los primeros años y llevó a la práctica de forma brillante la organización de la misma bajo los principios de dirección socialista, aplicándola hasta el nivel del establecimiento o unidad de producción más insignificante.

Che enseñó a los obreros y a los cuadros de dirección el modo de gestión socialista, aplicando las ideas que Fidel tenía al respecto.

Los imperialistas yanquis hicieron lo indecible por despojarnos de todo el personal científico y técnico, de todos los dirigentes y trabajadores administrativos de la industria. Bajo la dirección de Che, los obreros aprendieron a conocer, administrar, dirigir la industria y mitigar el bloqueo, impidiendo la paralización de aquella. En este período, la producción industrial cubana

experimentó un crecimiento sostenido y se sentaron las bases del desarrollo industrial socialista.

La ausencia de otros trabajos de investigación marxista sobre este tema específico convocó nuestro esfuerzo. Ello obligó –quizás en beneficio de evitar influencias interpretativas– a basarnos exclusivamente en ese manantial de inapreciable valor que constituyen las fuentes primarias, así como en las intervenciones de Fidel y otros dirigentes. Asimismo revisamos una amplia –casi universal– muestra de la bibliografía nacional y extranjera publicada sobre Che, pero, repetimos, en la que el tema de su pensamiento económico social en la primera fase de transición al comunismo es tratado de modo colateral. En segundo lugar, se intenta exponer el origen y desarrollo del Sistema Presupuestario de Financiamiento que, como veremos, fue el modo en que la economía cubana, y particularmente la industria, comenzó el proceso de socialización. En tercer lugar, se devela y se hace explícita la identidad del pensamiento de Che con el de Fidel, su semejanza de principios y objetivos. En cuarto lugar, se demuestra que la obra de Che constituye un aporte invaluable en toda su dimensión para el desarrollo teórico y práctico de la formación económico-social comunista.

Aspiramos a que el presente trabajo contribuya a la divulgación del pensamiento y la obra de Che, y estimule a otros investigadores a abordar el tema y enriquecerlo.

Este es nuestro más puro homenaje a la memoria de Che y de los que combatieron a su lado.

Sistema de dirección económica y sus categorías

Unos de los grandes méritos teóricos de Che radica en haber realizado la síntesis, en sus trabajos sobre el período de transición, de dos elementos que en la teoría de Marx y Engels, en la estructuración de su obra, aparecen indisolublemente ligados, como un todo único: la producción económica y la producción y reproducción de las relaciones sociales en que se produce la primera; esto es, las relaciones económicas y el resto de las relaciones sociales que los hombres establecen en el proceso de producción y fuera de este. Aquellas adquieren vida en la teoría de Marx y Engels cuando son estimadas como elementos de una totalidad (la formación social) y fueron separadas por los teóricos burgueses y la socialdemocracia de la II Internacional. Fueron vueltas a unir por Lenin en medio de las situaciones del primer poder proletario, y separadas por algunos teóricos contemporáneos.

Del divorcio de estos dos elementos desde la época de la II Internacional resulta la desnaturalización más brutal a la que fue sometida la teoría de Marx y Engels. Constituye el retorno a posiciones filosóficas premarxistas; lo que da origen a la desunión entre teoría y práctica revolucionarias, las que, una sin la otra, pierden su fuerza revolucionaria y sus potencialidades.

La originalidad de Che descansa, entre otras cosas, en el hecho de haber defendido estos y otros importantes principios del marxismo-leninismo en la teoría económica del período de transición al comunismo a partir de las nuevas variables presentes, derivadas del sistema socioeconómico político que le tocó vivir.

Che sentó las bases para una teoría del período de transición al comunismo cuyo sistema de dirección económica sustenta la posibilidad de edificar la nueva sociedad en un país subdesarrollado por caminos legítimamente revolucionarios. Este sistema considera que la palanca fundamental de la construcción del socialismo en la sociedad humana debía ser la de los estímulos morales, «sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social».²

Modelo que permite, a su vez, desarrollar constantemente la propia teoría, como única vía para crear una ciencia marxista-leninista del período de transición útil a cada práctica revolucionaria.

Su quehacer revolucionario en las distintas y multifacéticas tareas que como constructor hubo de desempeñar, unido a su incisivo espíritu crítico, su profundo y original pensamiento, lo llevó no solo a pensar la revolución en la que él –como miembro de la vanguardia– tenía una destacada participación, sino a aportar sus elementos en la construcción de la sociedad comunista. Esto implicaba poseer y cultivar un alto espíritu crítico para evitar errores que obstaculizarían el rápido proceso de creación y desarrollo de nuevas relaciones humanas. La apología, por poner solo un ejemplo, podría devenir freno del proceso revolucionario.

Desgraciadamente, a los ojos de la mayoría de nuestro pueblo, y a los míos propios, llega más la apologética de un sistema que el análisis científico de él. Esto no nos ayuda en el trabajo de esclarecimiento, y todo nuestro esfuerzo está destinado a invitar a pensar, a abordar el marxismo con la seriedad que esta gigantesca doctrina merece.³

² Ernesto Che Guevara: «El socialismo y el hombre en Cuba» en *Che en la Revolución Cubana*, 7 t., La Habana [Ministerio de la Industria Azucarera], 1966, t. I, p. 273. Las citas son de esa edición, salvo que se indique lo contrario. Ver en este libro en pp. 96-110 [N. de la E.].

³ Ernesto Che Guevara: «Carta a José Mederos», 26 de febrero de 1964, ob. cit., t. I, p. 441. Algún tiempo después, en 1965, Che afirmaría: «Si a esto se agrega el escolasticismo que

Desde muy temprano Che había tomado conciencia de uno de los hechos teóricos más angustiosos de su época: el estancamiento del pensamiento marxista divulgado.⁴

La Revolución Cubana representa un momento crucial en la historia del pensamiento marxista-leninista. Momento en que el marxismo-leninismo echó, definitivamente, raíces en nuestra América, al entroncar, coherentemente, con las mejores tradiciones revolucionarias. Lo que de forma peyorativa denominan los imperialistas *castrismo* es, en efecto, una etapa –vital, por cierto– en el desarrollo de la teoría y la práctica marxista-leninista.

Si Lenin rescató las ideas revolucionarias del ceno reformista socialdemócrata, Fidel Castro revitalizó el marxismo-leninismo y lo desarrolló de acuerdo con las peculiaridades y exigencias de la revolución latinoamericana. Y pudo hacerlo porque la Revolución Cubana, mera apertura de la revolución continental, fue desde el Moncada «rebelión contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios», como caracterizara Che aquella épica gesta.⁵

Che fue el más brillante y genial modelo de esa escuela de pensamiento y acción revolucionarios, en muchas de cuyas formulaciones y pasajes participó primero, para suscribirlas luego con su sangre. Y Che sería por ello, como Fidel, como Lenin, un profundo crítico de los dogmas y desviaciones que abrían grietas por las que el enemigo de clase pretendía infiltrarse.

Che comprendió la necesidad del análisis crítico en la construcción del socialismo y el comunismo, por lo que se dio a la profundización en el estudio de la teoría revolucionaria, como necesidad insoslayable para

ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance». Ob. cit., t. I, p. 278.

⁴ El Comandante Fidel Castro, en su discurso pronunciado en conmemoración del Día Internacional del Trabajo, el 1 de mayo de 1966, afirmaba: «Podría decirse que si bien la técnica industrial, la ciencia en general se ha desarrollado de un modo increíble, la ciencia social está todavía bastante subdesarrollada. Y oímos fórmulas, leemos manuales, pero nada enseña tanto como una revolución que a la vez que hay que saber apreciar y valorar en toda su importancia la experiencia de los demás pueblos, cada pueblo ha de esforzarse no en copiar sino en dar su aporte a esa ciencia subdesarrollada como son las ciencias políticas y sociales. // Nosotros vamos desarrollando nuestras ideas. Entendemos que las ideas marxistas-leninistas requieren un incesante desarrollo; entendemos que un cierto estancamiento se ha producido en este campo, y vemos incluso que a veces se aceptan, bastante universalmente, fórmulas que en nuestra opinión se pueden apartar de la esencia del marxismo-leninismo».

⁵ Ernesto Che Guevara: *El diario del Che en Bolivia*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, p. 206. Anotado el 26 de julio.

preservarla de las desviaciones teóricas, ideológicas y políticas, y hacer de su desarrollo un arma para la construcción práctica de la nueva sociedad.

El espíritu que impregnaba las despiadadas críticas de Marx a la tendencia apologética de la ciencia burguesa guiaría la asunción del marxismo-leninismo por los revolucionarios cubanos: «Se debe ser marxista con la misma naturalidad con la que se es "newtoniano" en Física, o "pasteuriano" en Biología».⁶

¿Cuál es la economía política de la transición? ¿Existe tal economía política con una especificidad propia? ¿Necesariamente se debe formular una economía política del período de transición? En caso afirmativo, ¿sobreviviría al período de transición o desaparecería en la sociedad comunista, siendo sustituida por una suerte de «tecnología social»? ¿Qué políticas económicas adoptar? ¿Qué relación guardan estas con la economía política del período de transición? ¿Cómo se organiza el nuevo orden? Estas y otras interrogantes hervían en los cerebros de los jóvenes revolucionarios que en vano buscaban la obra en que aparecieran contestadas. Buscaron en los clásicos.⁷

En Marx, sin embargo, como veremos, tampoco encontrarían la «Economía Política de la Transición», pero sí las indicaciones del dirigente del proletariado mundial sobre el condicionamiento histórico de todo pensamiento. Marx los alertaba al mismo tiempo sobre dos aspectos:

1. Su objeto de estudio siempre fue «el régimen capitalista de producción y las relaciones de producción y circulación que a él corresponden»⁸ con vistas a realizar la revolución comunista.

2. El presente explica el pasado, pero no siempre hay que conocer el pasado para comprender el presente.⁹

⁶ Ernesto Che Guevara: «Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana», ob. cit., t. I, p. 353.

⁷ Es conveniente puntualizar que esta búsqueda de Marx en Cuba tuvo motivaciones diferentes que la europea. Allá se trataba de una vuelta al Marx joven, en quien algunos creyeron encontrar las especulaciones antropológicas con que justificar el retorno a viejas posiciones humanistas como vía de escape a las simplificaciones teóricas de algunos manuales y monografías.

⁸ Carlos Marx: *El capital*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1962. Prólogo a la primera edición, t. I, p. XXII. El subrayado es de Marx.

⁹ «La sociedad burguesa constituye la organización histórica de la producción más desarrollada y más diversificada. Las categorías que expresan las relaciones de esta sociedad y aseguran la comprensión de sus estructuras, nos permiten al mismo tiempo entender la estructura y las relaciones de producción de todas las sociedades pasadas, sobre cuyas ruinas se halla edificada la sociedad burguesa, la cual conserva ciertos vestigios de las primeras, mientras que algunas virtualidades, al desarrollarse, han tomado en ella todo su sentido. La anatomía del hombre da la clave de la anatomía del mono. Las

Así, la idea de la especificidad del nuevo régimen se perfilaba cada vez con mayor nitidez.

La cuestión resultaba clara: la instauración de la dictadura del proletariado expresa un viraje, no solo en la historia sino en la forma de hacer la historia. Por primera vez, el hombre asume conscientemente la tarea de la organización social. Con la posibilidad de decisión sobre los niveles económico-políticos, se convierte en arquitecto de su destino. Hasta ese momento, la sociedad escindida y disparada en distintas direcciones, sin conciencia de las fuerzas que entraban en juego en el devenir histórico, había sido en gran medida juguete de estas.¹⁰

La sociedad producía una historia aparentemente incoherente y contradictoria como ella misma, en la que las fuerzas económicas, entonces ajenas a toda conciencia, se imponían como leyes suprahumanas y eran, por ello, la única pista posible para que la ciencia social desembrollara aquel lío y sacara sus primeras conclusiones.¹¹ Para apropiarse de su existencia,

virtualidades que anuncian una forma superior en las especies animales inferiores no pueden comprenderse sino cuando la forma superior misma es finalmente conocida. Así es como la economía burguesa nos da la clave de la economía antigua, etc. Pero de ningún modo a la manera de los economistas que borran todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas sociales. Se puede comprender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta del suelo; pero no es necesario identificarlo. Por lo demás, como la sociedad burguesa representa una forma antagónica de la evolución, ciertas relaciones pertenecientes a sociedades anteriores no se encuentran en ella sino enteramente debilitadas e incluso disfrazadas; este es el caso de la propiedad comunal. Por consiguiente, si bien las categorías de la economía burguesa son válidas para todas las otras formas sociales, ello no es cierto sino *en un sentido totalmente determinante* (lat.). Pueden contenerlas en una forma desarrollada, debilitada, caricaturizada, etc., pero la diferencia sigue siendo esencial». Carlos Marx: *Fundamentos de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1970, t. I, p. 42. El subrayado es de Marx.

¹⁰ Una imagen exacta de esta forma «ciega» de hacer historia nos la brindan Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*: «Las relaciones burguesas de producción y cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto, tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros». Marx-Engels: *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1971, t. I, p. 25.

¹¹ Las tendencias y regularidades que en los distintos niveles caracterizan al régimen capitalista solo fueron captadas y explicadas racionalmente con la aparición de la Economía Política como ciencia social. Aún entonces la apologética de la ciencia burguesa impidió detectar muchos de sus rasgos significativos. El marxismo, como conciencia crítica de la realidad capitalista, logró en gran medida aprehenderla finalmente. Es obvio que el conocimiento de la problemática social no era un factor suficiente –aunque sí importante– para su sujeción a la voluntad humana. Conocer el significado de la plusvalía no elimina, *per se*, su existencia; se precisa barrer con las estructuras que la originan.

las fuerzas revolucionarias encontraron dos instrumentos: la revolución y la dictadura del proletariado. Con el primero derrocarían al gobierno burgués, con el segundo destruirían su Estado, o sustituirían y someterían a las fuerzas sociales a su arbitrio, iniciando una nueva forma de hacer historia: el proyecto revolucionario se expresaba ahora a través del Plan. A la conciencia de la realidad se le sumaba el poder de decisión sobre ella.

En esta situación, ¿cuáles son los elementos de la posible teoría?

Todo indica que las decisiones que se toman centralmente sobre la realidad social van organizando los distintos elementos que la integran, de cuya disposición final podrá copiar el pensamiento científico sus regularidades y tendencias más significativas. Pero estas tendencias ya no se «impondrán con férrea necesidad» sobre los hombres, puesto que han sido, de hecho, el fruto de su acción consciente, y continúan dependiendo de ella.

De esta primera conclusión se deducía un corolario: cada proceso de transición al comunismo –si bien enmarcado en la semejanza que le otorgan sus premisas (dictadura del proletariado, socialización de los medios de producción, etcétera) y objetivos (creación de la sociedad comunista)– reviste una especificidad incuestionable que brota de las decisiones particulares que las distintas direcciones políticas toman como respuesta a los problemas que le sugieren sus diferentes realidades.

Las implicaciones metodológicas de este descubrimiento eran grandes. Por un lado, quedaba al desnudo un peligro: la importación de respuestas extrapoladas a los problemas reales que había que enfrentar. Por otro lado, quedaba claro que los problemas que cada proceso revolucionario ha debido afrontar se relacionan íntimamente con el marco histórico en el que ha tenido lugar, y debe ser captado como *experiencia* en esa dimensión.

Había, pues, que estructurar un modelo de construcción comunista que respondiera a las leyes generales que rigen el período de transición, a las regularidades de la revolución y de la construcción socialista formuladas en la Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas en 1957, y a las características socioeconómicas, ideológicas y culturales de la Revolución Cubana en 1968. Se trataba, por tanto, de formular una concepción general del modo en que se realizaría la transición al comunismo, por lo que el modelo debía ser integral, esto es, debía abarcar todos los niveles (económico, político, jurídico, ideológico, etcétera) de la formación social, de modo coherente. Tal modelo debía tender, además, a generar la conciencia de su provisionalidad: es un instrumento que requiere de su renovación constante para revolucionar la realidad.

En su formulación, la ideología establece las metas, y la ciencia puntualiza las posibilidades de alcanzarlas y estructura las vías de hacerlo. Nadie puede hacer ciencia de lo inexistente; por ello, la ideología y la conciencia de lo que se quiere superar desempeña un papel importante.

Para Che, «el sistema presupuestario es parte de una concepción general del desarrollo de la construcción del socialismo y debe ser estudiado en su conjunto».¹²

La racionalidad del modelo económico debía, pues, estar en consecuencia con la racionalidad social del modelo, y no a la inversa. Dicho de otro modo, la racionalidad social requiere la economía como premisa, pero esta no expresa la racionalidad social *per se*. No se trata aquí de la cantidad y calidad de bienes materiales elaborados sino del modo en que se producen, y las relaciones sociales que se desprenden de dicha manera de producir.

La concepción general en la que se formularía el modelo quedaba sintetizada en la respuesta tajante de Che a una pregunta periodística.

El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alienación. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor «interés individual» y provecho, de las motivaciones psicológicas.

Marx se preocupaba tanto de los hechos económicos como de su traducción en la mente.

Él llamaba eso un «hecho de conciencia». Si el comunismo descuida los hechos de conciencia, puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria.¹³

En esta certera negación conceptual, Che fijaba el objetivo estratégico, y con este, la concepción general de nuestra transición.

Así quedaba establecido el objetivo último de todo esfuerzo: la estructuración social que provocara el condicionamiento óptimo para el *tipo* de «naturaleza humana» al que se aspiraba. El *hombre nuevo* que surgiría como resultado del intento revolucionario y del condicionamiento inherente a las estructuras creadas por él mismo, se apropiaría de su misma existencia al

¹² Ernesto Che Guevara: «Reuniones bimestrales del Ministerio de Industrias en las que participaban los directores de empresas, los delegados provinciales y los viceministros», ob. cit., t. VI, p. 387. El subrayado es del autor del artículo.

¹³ Entrevista con Jean Daniel en Argelia, titulada «La profecía del Che» y recogida del texto publicado en Buenos Aires, en el año 1964, por Editorial Escorpión. Publicada por primera vez en *L'Express*, el 25 de julio de 1963. Ob. cit., t. IV, pp. 469-470.

dominar las fuerzas que antes le imponían su destino y que ahora dominaría y dirigiría; la dirección de los procesos sociales se haría consciente y masiva; la masa se elevaría al nivel de la actual vanguardia y a escalones aún más altos;¹⁴ el poder no sería solamente popular: sería el poder del pueblo. Che tenía confianza en la capacidad de autotransformación humana.

Marx y Engels expresaron en *La ideología alemana* lo siguiente:

que tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesario una transformación en masa de los hombres, que solo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución; y que, por consiguiente, la revolución no solo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.¹⁵

Che pensaba que la transformación de la conciencia humana debía de empezarse en la primera fase del período de transición del capitalismo al comunismo. Él era del criterio de que la nueva conciencia social no se obtendría como un resultado final de una primera etapa de desarrollo de la base material y técnica, de la eficiencia económica.

Che entendía que la creación de la nueva conciencia social requería el mismo esfuerzo que el que dedicamos al desarrollo de la base material del socialismo. Y veía en la conciencia un elemento activo, una fuerza material, un motor de desarrollo de la base material y técnica. No concebía que pudiera relegarse a un segundo plano la conciencia, y cuidaba de que los métodos y los medios a utilizar para lograr el fin no fueran a alejarlo o desnaturalizarlo.

Che no idealizaba a los hombres, ni a las clases, ni a la masa. Conocía bien teórica y prácticamente sus aspiraciones, sus anhelos, su psicología, su ideología y la «herencia» que arrastraba de la sociedad capitalista. Tenía

¹⁴ «Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educadas para el comunismo». Ernesto Che Guevara: «El socialismo y el hombre en Cuba», ob. cit., t. I, p. 282.

¹⁵ Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana*, La Habana, Edición Revolucionaria, 1966, p. 78. El subrayado es del autor del artículo.

presente el sentido histórico de todo pensamiento y conducta, y era fiel a los principios marxista-leninistas en la interpretación que hacía al respecto.¹⁶

La sociedad socialista hay que construirla con los hombres que luchan por salir del cieno burgués, pero no sometiéndose a sus motivaciones pasadas. Hay que conjugar lo viejo y lo nuevo de forma dialéctica.

Para Che no son idénticos los conceptos siguientes: base material y riqueza económica, desarrollo de las fuerzas productivas y desarrollo de la producción,¹⁷ relaciones sociales de producción y relaciones económicas, producción y reproducción de la vida material y producción y reproducción de bienes de consumo. Es por ello que la riqueza de las categorías marxistas, que desbordan el elemento económico para brindar una visión compleja e inteligible de la realidad, no es reductible a conceptos económicos cuyos equivalentes pueden hallarse fácilmente en cualquier historia del pensamiento económico burgués. Son las relaciones sociales de producción las que condicionan la conciencia social de una época, y no las relaciones puramente económicas. Che creía que la equiparación de conceptos diversos como los anteriormente mencionados puede conducir a la formulación de modelos de construcción socialista que no incluyen el elemento político-ideológico y que, por referirse exclusivamente al nivel económico, olvidan la importancia de los factores superestructurales.

Entendía que si se seguía esta lógica de pensamiento, la primera fase del comunismo se podía identificar como una etapa de transformaciones económicas, o, para ser más exacto, de desarrollo económico, de la cual surgirían de forma natural, en la segunda etapa, las nuevas formas de conciencia social. Y esta manera de abordar el problema de la transición podía indicar que la base y la superestructura son fenómenos independientes que pueden ser abordados en etapas diferenciadas o, al menos, que el segundo es un elemento pasivo. Coincidió con Marx en el sentido «de que, por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que

¹⁶ En 1845, con sus «Tesis sobre Feuerbach», Marx rebasaba esta noción antropológica y falsa del ser humano. En la sexta tesis afirmaba cortésmente: «Feuerbach resuelve la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es en su realidad el conjunto de las relaciones sociales. Feuerbach, quien no entra en la crítica de esta esencia real, se ve, por tanto, obligado a: 1. prescindir del proceso histórico plasmando el sentimiento religioso de por sí y presuponiendo un individuo humano abstracto, aislado, 2. la esencia solo puede concebirse, por tanto, de un modo "genérico" como una generalidad interna, muda, que une de un modo natural, a los individuos». El subrayado es del autor del artículo.

¹⁷ «De todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria». Carlos Marx: *Miseria de la Filosofía*, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, pp. 171-172.

este hace a las circunstancias». ¹⁸ Y en el ordenamiento de factores que hace Marx en su *Crítica del Programa de Gotha* para caracterizar el comunismo:

En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; *cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva.* ¹⁹

Como se puede apreciar, el factor «riqueza colectiva» está antecedido por toda una serie de elementos que la condicionan, entre los cuales y, precediéndolo directamente, se sitúa «el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos».

Che pensó en lo que se entiende por racionalidad económica; comprobó cómo esta siempre gira sobre los conceptos de eficiencia, productividad, utilidad máxima, decisión óptima, beneficio, etcétera, y se percató de que falta, sin embargo, la pregunta: ¿cuál es el objetivo que se persigue con que los elementos económicos se comporten de tal forma? Si se trata simplemente del *desarrollo económico*, entonces no importarían los *métodos* que se emplearon con ese fin, ya que este se identifica con la racionalidad social. No es lo mismo si se entiende que la sociedad persigue objetivos superiores y más complejos que el desarrollo del nivel económico. De esta forma de razonar se desprendería que entre esos objetivos de mayor alcance y la gestión económica existe una vinculación orgánica que se relaciona con la pregunta: ¿en qué forma han de comportarse los elementos económicos para lograr los objetivos que la sociedad persigue en su conjunto?

Así quedaría delimitado el papel de la racionalidad económica que aparecería como uno de los elementos a través de los cuales se establece la racionalidad social, a la cual se subordina.

No se trata, pues, de una opción inocente entre una u otra posición teórica que pudiera resultar de nuestro agrado; la dimensión real del problema se capta al tomar conciencia de que la opción implica de inmediato la estructuración del conjunto de relaciones materiales ideológicas que

¹⁸ Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana. 1845-1846*, ob. cit., p. 39. El subrayado es de Marx y Engels.

¹⁹ Carlos Marx: «Crítica del Programa de Gotha», en *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, p. 335. El subrayado es del autor del artículo.

sellarán la producción de la vida y la conciencia futura. No basta, por tanto, con que la propiedad de los medios de producción sea estatal para suscribir la afirmación socialista de un régimen de producción.

Había que ver, pues, las formas en que está estructurado el aparato de dirección estatal, el carácter de los incentivos empleados, las formas mismas de propiedad que coexistan o no, y su extensión (social o cooperativa, por ejemplo), la existencia y acción del mercado y/o del plan, según sea el caso, la existencia o no de una vasta producción mercantil, etcétera, elementos que configuran un determinado modo de producción, un determinado modo de actividad, un determinado modo de manifestar su vida los individuos, cuya formación ideológica brotará continuamente de tal estructura.

Che pensaba que los avances, estancamientos o retrocesos operados en el plano ideológico no pueden explicarse de manera simplista a partir del mejor o peor trabajo político y de educación ideológica que se haya realizado. Aquellos se hallan condicionados por ese conjunto de relaciones materiales al que nos referimos.

La formación de generaciones que trascienden los egoísmos y ambiciones que movieron al hombre en las sociedades de clase no puede coincidir y complementarse con el principio del interés material directo como palanca *fundamental* impulsora de la construcción de la sociedad nueva. Che insistía en la necesidad de tener presente algunos asertos esenciales del marxismo: aquellos de la coincidencia de la producción de la vida y la conciencia, de las relaciones entre la base y la superestructura, de la «coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana».

Che prevenía contra el peligroso sendero del pragmatismo ante estas realidades, por lo que la búsqueda de los parámetros de nuestra transición seguía siendo para él una necesidad vital.

Uno de los principales méritos teóricos de Che es, sin duda, su comprensión de las complejas relaciones entre la base y la superestructura durante la transición (socialismo).

En *La ideología alemana*, primer genial escrito conjunto de Marx y Engels, había quedado develado el modo en que las relaciones materiales (estructura), y dentro de estas particularmente las económicas, sobredeterminaban, condicionaban, las relaciones ideológicas (superestructura) propias de aquellas. Este descubrimiento, de cardinal importancia, hacía posible la aparición de una genuina ciencia social: el materialismo histórico.

Resulta curioso, sin embargo, que en la bibliografía llegada a manos del Che sobre la transición, publicada en las más diversas latitudes y con variadas procedencias ideológicas, no se aborde claramente la cuestión

del modo en que la nueva organización económica de la sociedad y la remodelación de las relaciones sociales en general condicionan las formas de conciencia social.

En la bibliografía a la que nos referimos predominan dos tipos de aproximación al problema:

1ro. La instauración de la dictadura del proletariado garantiza *per se* la aparición progresiva de la conciencia comunista.

2do. La cuestión económica es tratada de modo independiente de las formas superestructurales que la acompañan.

Ambas concepciones expresan una incompreensión de la medular tesis marxista-leninista sobre la base y la superestructura sociales, y pueden ser fuentes de graves errores no solo de orden teórico, sino también –y principalmente– de carácter práctico.

En el primer caso, hay que comenzar por decir que «dictadura del proletariado» es una abstracción, síntesis de muchas otras, que expresa un fenómeno objetivo compuesto por multitud de aspectos. Por ello no hay que identificar el triunfo revolucionario con la instauración de la dictadura revolucionaria en su forma más compleja y acabada. El triunfo permite la iniciación del proceso de instauración progresiva de esa dictadura, proceso que tiene sus etapas y que sin duda tiene que concentrar su esfuerzo principal en la lucha contra los elementos contrarrevolucionarios y la consolidación del poder revolucionario en su primera fase.

La dictadura del proletariado, tal y como fue concebida por los clásicos del marxismo, era el proceso mediante el cual, una vez tomado el poder, se liquidarían las relaciones sociales de producción que caracterizan al capitalismo, sustituyéndolas por otras de nuevo tipo (comunistas).

En ese sentido sí puede decirse que la dictadura proletaria *implica* la formación de la conciencia comunista. Pero se trata de una implicación *programática*, de una meta a ser alcanzada.

Ahora bien, la cuestión de si se alcanza o no, si se logra en un plazo más breve o más largo, depende de la práctica misma de dicha dictadura, de la visión política de sus líderes, de las posibilidades reales endógenas y exógenas que se les presenten para su realización, y de muchos otros factores.

De todo ello se desprende una enseñanza: el triunfo revolucionario inicial abre la *posibilidad* del cambio social, pero no es una garantía *per se* de este. La vanguardia deberá promover de modo dirigido y consciente la creación de las estructuras que permitan generar la actitud comunista en las nuevas generaciones, y no abandonar a la espontaneidad este delicado proceso.

En relación con la segunda concepción a la que hacíamos referencia, aquella que tiende a abordar las cuestiones de la economía de la transición de modo independiente, desvinculadas de los aspectos superestructurales, es preciso subrayar que Che afirmaba que la misma tiende a provocar peligrosos errores conceptuales y prácticos.

Existe la tendencia entre algunos economistas a tratar de modo técnico, académico, los asuntos que competen a su campo de estudio, procurando dejar a un lado las consideraciones de orden político, ideológico o filosófico por considerar que la inclusión de tales elementos reduce y/o vicia el nivel de cientificidad de sus aseveraciones teóricas. Se trata de una posición falsa y equivocada en cualquier caso, pero cuando además el asunto analizado es precisamente la economía socialista (de transición), tal actitud es fuente de numerosos errores de consecuencias incalculables.

Esta actitud explica la existencia de una bibliografía sobre la economía de la transición en la que los problemas de orden político e ideológico y el juego de relaciones complejas de la base y la superestructura en esa etapa son dejadas al margen de toda consideración.

Como aseverara Che, es precisamente esa actitud la que hace posible el peligro de que «los árboles impidan ver el bosque», y que persiguiendo el desarrollo económico se haga uso indiscriminado de las «armas melladas» que nos legara el capitalismo, solo para descubrir más tarde que las nuevas formas y *estructuras* económicas establecidas han hecho su trabajo de zapa sobre la conciencia. En suma, es esa actitud tecnocrática, administrativista la que, por una ausencia total de análisis de la problemática base-superestructura en el tránsito, abre ancho cauce al revisionismo en el terreno teórico y a la contrarrevolución en el práctico, de modo consciente e inconsciente, propóngaselo o no el autor.

La forma en que cada una de las nuevas estructuras económicas e instituciones repercute, se expresa y condiciona las motivaciones del hombre corriente, resulta un aspecto vital que debe ser estudiado en cualquier ensayo sobre el período de transición.

Esta comprensión del fenómeno base-superestructura en esa etapa le permitía a Che asumir una posición revolucionaria en relación con la economía socialista en la que la racionalidad económica *per se* no aparecía como indicador seguro de la transformación revolucionaria.

Sucede en ocasiones que en el análisis de determinadas causas de tensiones o anomalías ocurridas de modo ocasional, y que pueden estar vinculadas a la actividad enemiga o ser aprovechadas por esta, se utiliza un punto de vista estrechamente superestructural, y se les achaca a métodos

políticos erróneos, falta de relación orgánica entre el gobierno y la masa, mal trabajo político partidario, etcétera.

En ningún momento se incluye el análisis de la *estructura económica* de esa sociedad, la que aparece «más allá de toda sospecha» por su declarado carácter socialista. Sin embargo, resulta claro que dicha estructura es el resultado de acciones humanas tan conscientes como la puesta en marcha de un programa de instrucción política, y que es, por tanto, factible que posea defectos, deficiencias, o desviaciones debidos a errores y malas interpretaciones por parte de los seres humanos que la crearon: defectos y deficiencias que en modo alguno son inherentes al carácter socialista de la economía, y que es preciso detectar y corregir para hacer más saludable esta y la sociedad en general. Es más, de existir tales deficiencias o defectos en la estructura económica, ellos afectan toda la superestructura, y dentro de ella el propio trabajo político, en tanto resulta la base condicionadora de la conciencia social de esta etapa.

Che pensaba que la perpetuación y el desarrollo de las leyes y categorías económicas del capitalismo prolongan las relaciones sociales de producción burguesas, y con ellas los hábitos de pensamiento y motivaciones de la sociedad capitalista, aunque ahora el fenómeno se ha metamorfoseado bajo formas socialistas.

No se trata tampoco de que un vulgar economicismo nos lleve a achacar a la estructura económica la causa de cualquier anomalía en el terreno superestructural, pero sí de que aquella, en tanto base, no solo no debe colocarse «al margen de toda sospecha» cuando algo ocurre, sino que debe ser «el primer sospechoso» a ser «interrogado».

Sin embargo, en muchas ocasiones el debate no ha transitado de modo consecuente ese camino de análisis integral y riguroso. Por lo general el planteo o replanteo del problema se produce al detectarse una crisis en el funcionamiento de la economía, y por ello la discusión tiende inevitablemente a girar en torno a la eficiencia económica y a apoyarse en la conciencia de la necesidad de optar por un nuevo modelo de dirección económica que sea capaz de alcanzar aquella, superando así al que prevaleció hasta entonces. Sin embargo, no se trata aquí de un monopolio o Estado capitalista, sino de una revolución, que persigue como objetivo estratégico supremo el establecimiento de un nuevo orden de relaciones humanas: las comunistas. Por ello, la discusión tiene en este caso profundas y complejas implicaciones que trascienden el campo económico y que precisan de un delicado, detallado y comprensivo examen.

Sin embargo, repetimos, la bibliografía a la que hicimos referencia, que nos informa sobre los debates de este tipo ocurridos en diversos momentos

históricos, tiende en su casi totalidad a concentrarse en los aspectos técnicos y administrativos del problema y a omitir la dimensión sociopolítica de las opciones debatidas. Esto acarrea a su vez nuevos defectos en los análisis futuros, ya que la legitimidad, validez u operatividad del sistema de dirección aplicado se mide en términos estrictos de eficiencia económica, y todas las investigaciones que se realizan para comprobar lo acertado o no de la opción tomada se centran en el análisis de los índices de eficiencia económica.

El peligro que entraña esta deficiencia metodológica consiste en que, de verse afectada negativamente la superestructura por las relaciones económicas existentes, y de no ser además analizado este elemento en cualquier posterior debate sobre una posible transformación del mismo, la posibilidad de que se establezca una dinámica de progresivas regresiones en la conciencia social se acrecienta de modo dramático.

A esta relación dialéctica era a la que hacía alusión Che al recalcar que los mecanismos de la economía de mercado y el uso indiscriminado e irreflexivo del incentivo material directo como propulsor de la producción tendían a adquirir fisonomía propia e imponer su dinámica independiente en el conjunto de las relaciones sociales. A tal posibilidad era a la que se refería también Lenin cuando después de implantada la necesaria Nueva Política Económica clamaba por dar término al repliegue y pasar nuevamente a la ofensiva contra el capitalismo. Desgraciadamente, no vivió lo bastante como para elaborar la estrategia y la táctica del repliegue y de la ofensiva.²⁰

Era preciso, por tanto, un modelo para la transición con el cual transformar las estructuras capitalistas y avanzar hacia formas de conciencia y producción comunistas.

La primera dificultad saltó de inmediato: ¿cómo elaborar una teoría sobre una *transición-no-realizada*? ¿Cómo ejecutar el análisis científico de un objeto inexistente? La solución sería darse a la transformación práctica de las circunstancias *dentro de una concepción general* de los fines perseguidos. De esta manera, las realizaciones prácticas tendrían una coherencia

²⁰ Che pensaba, al igual que Lenin, que la NEP constituyó un paso atrás. No hay que olvidar que Lenin la comparó a la Paz de Brest-Litovsk. Las circunstancias en que se desarrollaba la gloriosa Revolución de los Soviets eran muy complejas. La decisión era sumamente difícil. La lectura de los últimos escritos y pronunciamientos del líder de la Revolución nos permite percatarnos de las dudas que lo invadían. No resulta arriesgado pensar que de haber vivido algunos años más hubiera corregido sus efectos más retrógrados, entre ellos el gran caballo de Troya de la nueva sociedad: el interés material directo como palanca económica. Che pensaba que la NEP no se crea contra la pequeña producción mercantil, sino más bien como exigencia de ella.

interna dada por la concepción en la que se enmarcaban y adquirirían por tanto el nivel de un sistema²¹ cuyo modelo²² sería establecido por tal concepción general, que funcionaría como premisa teórica, en la que se producirían los reajustes necesarios a partir de la información recibida en la retroalimentación del modelo.

Mientras, la concepción general del modelo fijaba su objetivo estratégico: la configuración de un nuevo modo de producción, de un conjunto de relaciones sociales esencialmente antagónico del capitalista; en suma, el cambio de las circunstancias y la coincidente transformación de los hombres en comunistas, antípodas del *homo economicus* de las sociedades de clases, en particular del régimen capitalista, de un país subdesarrollado como Cuba.

No se trata aquí del romanticismo revolucionario que sueña con paraísos utópicos: es evidente que el objetivo estratégico de la primera sociedad construida en forma consciente ha de ser, precisamente, el desarrollo de la conciencia.

Por otro lado, es cierto que el hombre nuevo no puede ser exactamente definido, pero es perfectamente claro cómo *no queremos que sea*. Así el hombre nuevo es la antípoda del *homo economicus* de la «prehistoria de la humanidad», como definiera Marx este largo camino de miserias y luchas por darle al mundo una nueva faz. Por esta razón, de lo que se trata es de detectar las estructuras que engendran los egoísmos y ambiciones humanas, para barrerlas, suplantándolas por nuevas instituciones y mecanismos sociales capaces de moldear las generaciones venideras en sentido diferente.

Una vez más: no es romanticismo, sino la comprensión marxista-leninista de que el ser social determina la conciencia social y de que la transformación de ambos solo puede resolverse en la práctica, y en forma coincidente.

Una vez fijada la meta, se precisaba evaluar las posibilidades de alcanzarla, esto es, el conjunto de elementos que objetivamente condicionaban

²¹ Utilizaremos y entenderemos un sistema como «un conjunto de elementos, propiedades y relaciones que perteneciendo a la realidad objetiva, representa para el investigador el objeto de su estudio o análisis. Un sistema es un todo, y como tal es capaz de poseer propiedades o resultados; que no es posible hallar en sus componentes vistos en forma aislada. Todo este complejo de elementos, propiedades, relaciones y resultados se produce en determinadas condiciones de espacio y tiempo». Orlando Borrego: «Acerca de los problemas del perfeccionamiento de la dirección económica en Cuba», Tesis de Candidato a Doctor en Ciencias Económicas, Moscú, 1979.

²² Entendemos por modelo el ordenamiento del pensamiento que enseña el funcionamiento y ulterior desarrollo del objeto de estudio, en nuestro caso, la economía del país. La modelación es el factor de enlace entre la realidad y la teoría, de donde, un modelo es una representación de un sistema.

la voluntad de transformación revolucionaria estableciendo el marco probabilístico de su acción *en aquel momento*. Estos factores objetivos establecían, pues, los límites y posibilidades iniciales de la actividad revolucionaria, que, reconociendo desde un principio esta realidad objetiva, la transformaría, apoyándose en los elementos de ella que le resultaban favorables, con lo que hacía mayor tal marco probabilístico. Se trataba, por tanto, de la adopción de la más genuina posición marxista ante la falsa dicotomía «determinista-voluntarista». El hombre, en efecto, se encuentra siempre en una situación *histórica* dada, en cuya creación no participó directamente, sino que «hereda» de las generaciones que lo precedieron; tales son las condiciones *objetivas* que *enfrenta* de manera ajena a su voluntad y que condicionan en cada momento su acción; pero precisamente *es su acción la que, moviéndose en ese marco probabilístico, lo transforma, creando una nueva situación objetiva en la que se le abren opciones y posibilidades*.

Por esta razón, el modelo transicional que realiza Che esquivo felizmente los polos de la dicotomía mencionada: no es voluntarista, porque está concebido sobre el estricto conocimiento de la realidad objetiva que tendría que enfrentar al observar las leyes que rigen la formación económico-social comunista y de las experiencias de los países socialistas hermanos; no es determinista, porque el modelo no está concebido para *adecuarse* a esa realidad, sino para transformarla.

¿Y cuál era la fisonomía de la realidad cubana a principios de la década del sesenta?

Un país de agricultura atrasada y monoprodutora, y de escasa industria; con notable retraso tecnológico y bajos índices de productividad; incapaz de autoabastecerse; de economía abierta; con absoluta dependencia del comercio exterior, pero sin flota mercante; con una fuerza laboral poco calificada, nutrida por escasos técnicos e ingenieros; sin fuentes energéticas y sin una organización de los recursos hidráulicos que permitiera a la agricultura –pilar básico de la economía nacional– enfrentar los fenómenos temporales y climáticos; con necesidades sociales de todo tipo, que se habían acumulado durante décadas, y con un grave problema de desempleo pendiente de solución. Además, éramos una neocolonia.

Cuba también era un país pequeño con una aceptable red vial si la comparamos con la de otros países latinoamericanos en aquel momento, con una notable red de comunicaciones que iban desde el télex hasta el teléfono, pasando por el radio, la microonda, el cable, el telégrafo y la televisión;²³ donde algunas corporaciones extranjeras habían implantado

²³ Durante la década de los cincuenta las compañías norteamericanas tomaron a Cuba como campo experimental donde poner a prueba sus últimas innovaciones en materia

las últimas innovaciones técnicas en lo que a contabilidad, organización y dirección de la producción y control económico se refiere.²⁴

Por otro lado, la Revolución Cubana se inauguraba en un momento histórico singular: coincidía con la existencia de un ya poderoso campo socialista cuya consolidación económica, militar y política era notoria e incuestionable, y con un desarrollo inusitado de la ciencia y la tecnología mundial, en particular el de la cibernética, la electrónica y la informática, muy importante a los efectos de la organización económica. He aquí, pues, un hecho vital de nuestra realidad objetiva: Cuba no estaba sola, como la Rusia bolchevique.

Este conjunto de factores indicaba la posibilidad y la necesidad de construir un modelo de dirección de la economía que, apoyándose en la experiencia de los países socialistas, en el sistema de comunicaciones existente, en la magnitud geográfica de la nación y en los últimos adelantos de las técnicas económicas de análisis, control y organización de la producción, centralizase la gestión administrativa, lo que, contando con indicadores adecuados, permitiría el paso a la consolidación de una economía planificada.

Resulta conveniente destacar que las exigencias de Che no eran fruto de un extremismo dogmático, ni del temor al «contagio» capitalista. Al mismo tiempo que denunciaba con vehemencia los peligros implícitos en el intento por parte de algunos economistas de entender la economía socialista mediante las categorías de la economía política del capitalismo, señalaba la posibilidad de apoderarse de las últimas adquisiciones técnico-económicas capitalistas en materia de control, organización y contabilidad de las empresas y la producción. Así, refiriéndose a estos sistemas de control, afirmaba:

nos decía que no íbamos a inventar nada nuevo, que esa era la contabilidad de los monopolios, y es verdad, tiene mucha similitud con la contabilidad de los monopolios, pero nadie puede negar que los mo-

de comunicaciones, lo que determinó un crecimiento desproporcionado de estas en comparación con cualquier país latinoamericano e incluso –proporcionalmente– con los propios Estados Unidos, donde en ocasiones nunca llegaron a aplicarse sistemas de comunicaciones instalados en Cuba.

²⁴ En su artículo «Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento», Che transcribe una larga cita del economista Oscar Lange en la que este hace un inventario de las últimas adquisiciones técnico-económicas del capitalismo de Estado para agregar de inmediato: «Es de hacer notar que Cuba no había efectuado su tránsito, ni siquiera iniciado su Revolución cuando esto se escribía. Muchos de los adelantos técnicos que Lange describe existían en Cuba».

nopolios tienen un sistema de control muy eficiente y los centavitos los cuidan mucho, los centavos y las técnicas de determinación de los costos son muy rigurosos.

Entonces lo importante no es quién inventó el sistema, en definitiva el sistema de contabilidad que se aplica en la Unión Soviética también lo inventó el capitalismo, ahora, al aplicarse en la Unión Soviética, ya no interesa quién lo inventó [...] Exactamente en ese mismo sentido está el problema del control, el problema del cálculo presupuestario.²⁵

Sin embargo, cuando se trataba de la utilización de categorías de la economía política del capitalismo, tales como el mercado, el interés, el estímulo material directo, el beneficio, Che pensaba que no se puede construir el socialismo con elementos del capitalismo sin cambiarle al primero realmente la significación. Transitar esa vía nos puede producir un sistema híbrido que obligue a nuevas concesiones a las palancas económicas y, por ende, a un retroceso.

En este sentido es de recalcar también la insistencia de Che en que no se empleasen términos tomados de la economía política capitalista para describir o expresar los fenómenos de la transición, no solo por la confusión que esto implica en el análisis, sino porque el empleo de tales categorías va configurando una lógica en la que el pensamiento marxista queda desnaturalizado.

El problema, pues, no era nada sencillo. Se trataba de la estructuración de las formas específicas de nuestra transición en momentos en que no existía siquiera una teoría desarrollada sobre el período sino solamente el arsenal de las experiencias previas de los otros países del campo socialista.

Concepto marxista de la política como expresión concentrada de la economía y su importancia para la dirección de la economía en el socialismo

La construcción del modelo al que hemos hecho referencia debería vincularse orgánicamente con la concepción general que de la especificidad de nuestra transición tenía la dirección revolucionaria, de manera que pudiera inscribirse coherentemente en ella, para funcionar de esa forma como uno

²⁵ Ernesto Che Guevara: «Reuniones bimestrales», ob. cit., t. VI, pp. 421-422.

de sus mecanismos. Esto es, el sistema de dirección de la economía que se sugería debería contribuir, de manera esencial, al objetivo estratégico perseguido: la estructuración de un nuevo orden social y la formación de un nuevo tipo de hombre: el comunista.

La relación coherente entre el subsistema de funcionamiento económico y el sistema de dirección socialista era vital para garantizar que la batalla contra la miseria implicara la simultánea creación de la nueva conciencia comunista. La medida en que el modelo de funcionamiento económico propuesto (Sistema Presupuestario de Financiamiento) contribuyera al logro de los objetivos estratégicos enmarcados en la concepción general de nuestra transición, indicaría su capacidad para armonizar la racionalidad social y la economía.

El Sistema Presupuestario de Financiamiento, considerado como un modelo de funcionamiento de la economía socialista, debería, pues, demostrar su éxito en dos terrenos: desde el punto de vista técnico, debería mostrar su capacidad para realizar la gestión administrativa de manera eficiente; desde el punto de vista estructural, debería integrarse de manera tal que cumpliera con los requisitos político-ideológicos del período de transición en que se insertaba, impulsando, de manera esencial, la transformación comunista del conjunto de las relaciones sociales. Sus éxitos en el campo económico garantizaban la posibilidad de construcción del nuevo orden, pero la manera en que tales éxitos se lograban tenía una importancia esencial: ella condicionaba la remodelación social que se pretendía. En otras palabras: los éxitos económicos serían realmente tales en la medida en que, tanto por sus resultados finales como por la *manera* en que fueron logrados, implicaran un impulso decisivo a la formación de relaciones sociales comunistas y, por tanto, de nuevas formas de conciencia social.

De aquí un hecho importante a tener en cuenta: la efectividad del Sistema Presupuestario no se evalúa exclusivamente por la optimización de los recursos a su alcance, ni por el monto cuantitativo de los beneficios y utilidades obtenidos por sus empresas, sino además por su capacidad para optimizar la gestión económica en *función* del desarrollo de la educación comunista, por su capacidad para armonizar los objetivos estratégicos y tácticos, sociales y económicos; en suma: por su capacidad para armonizar la racionalidad social y la económica.

Como economista revolucionario, Che no perdía de vista ni un instante que la racionalidad económica *per se* no podía ser en el socialismo el indicador de la racionalidad social: la formación de un nuevo tipo de relación humana habría de ser el objetivo central de todo esfuerzo, y los demás

factores serían positivos o negativos en la medida en que contribuyeran a acelerarlo o alejarlo. De otro modo se corría el gravísimo riesgo de que la necesidad de trascender la miseria acumulada durante siglos llevara a la vanguardia revolucionaria a situar el éxito productivo como la única meta central, perdiendo de vista la razón de ser de la Revolución. La persecución de logros puramente económicos podría llevar en tal caso a la aplicación de métodos que, aunque resultaran económicamente exitosos a corto plazo, podrían hipotecar el futuro revolucionario, por el progresivo deterioro del proceso de concientización. Nadie como Che para describir este fenómeno.

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social, y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo, por un lado, y la habitual fuga de capitales hacia países «civilizados», por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificio. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica, y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entre tanto, la base adaptada ha hecho su labor de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.²⁶

Y, una vez más, puntualizaba:

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad.²⁷

²⁶ Ernesto Che Guevara: «El socialismo y el hombre en Cuba», ob. cit., t. I, p. 273.

²⁷ *Ibid.*, pp. 282-283.

La racionalidad económica, por tanto, se expresaba para Che en la óptima utilización posible de los recursos en función del desarrollo multilateral de la sociedad y de la educación comunista.

No se trata de que la construcción comunista sea compatible con la quiebra económica, sino de que la eficiencia de la gestión administrativa en el socialismo no puede medirse *exclusivamente* por el monto de valores creados, sino por la medida en que las estructuras de funcionamiento económico contribuyen a aproximar la sociedad nueva, mediante la transformación de los hombres, ahora condicionados socialmente en un sentido comunista, a partir, precisamente, de tales estructuras.

El peso que respectivamente tienen los logros económicos y aquellos obtenidos en el proceso de concientización en relación con el comunismo quedan claramente fijados por Che.

Sí, el socialismo no es una sociedad de beneficencia, no es un régimen utópico, basado en la bondad del hombre como hombre. El socialismo es un régimen *al que se llega históricamente*, y que tiene como base la socialización de los bienes fundamentales de producción y la distribución equitativa de todas las riquezas de la sociedad, dentro de un marco en el cual haya producción de tipo socialista.²⁸ En nuestra posición, *el comunismo es un fenómeno de conciencia y no solamente un fenómeno de producción*; y que no se puede llegar al comunismo por la simple acumulación mecánica de cantidades de productos puestos a disposición del pueblo. Ahí se llegará a algo, naturalmente, de alguna forma especial de socialismo. A eso que está definido por Marx como comunismo y lo que se aspira en general como comunismo, a eso no se puede llegar si el hombre no es consciente. Es decir, si no tiene una conciencia nueva frente a la sociedad.²⁹

La concepción antes expuesta es posible sintetizarla apretadamente en la frase que a continuación transcribimos, dicha por Che en su discurso pronunciado en homenaje a obreros destacados y trabajadores de la RDA, el 21 de agosto de 1962: «productividad, más producción, conciencia, esa es la síntesis sobre la que se puede formar la sociedad nueva».³⁰

²⁸ Ernesto Che Guevara: «Discurso pronunciado en el acto de presentación de los miembros del PURS [Partido Unificado de la Revolución Socialista] de la textilera Ariguanabo», ob. cit., t. IV, p. 389. El subrayado es del autor del artículo.

²⁹ Ernesto Che Guevara: «Reuniones bimestrales», ob. cit., t. VI, p. 423. El subrayado es del autor del artículo.

³⁰ Ernesto Che Guevara: «Discurso pronunciado en homenaje a obreros que superaron la producción y a trabajadores de la RDA», ob. cit., t. IV, p. 249.

Resulta en extremo importante el esclarecimiento de esta cuestión, pues el revisionismo en las teorías sobre la transición, a veces encubierto bajo fórmulas tecnocráticas asociadas con teorías que utilizan sociólogos burgueses con el fin de argumentar la caducidad del marxismo-leninismo, tiene su base en la separación de los elementos económicos y político-ideológicos, y en la primacía que en dichas teorías adquiere la formulación de los modelos de funcionamiento económico cuyo objetivo central es la optimización de los beneficios y en la que la razón de ser de la revolución queda francamente al margen del debate. «Ocupémonos de optimizar el crecimiento económico, que lo otro vendrá después», es su consigna; y así intentan introducir de contrabando la fruta podrida del capitalismo. Bastaría con analizar las motivaciones del ciudadano común de la «sociedad de consumo» norteamericana para comprender que opulencia y conciencia comunista no guardan una relación automática.

El 4 de abril de 1982, en la clausura del IV Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas, Fidel expresaba:

porque el marxismo-leninismo tiene que continuar desarrollándose en la práctica de todos los días en su sentido revolucionario, y veremos si hay revolución que retrocede si se aplican correctamente los principios del marxismo-leninismo, y si se aplican creadoramente y, sobre todo, si se aplica el principio de aplicar los principios. Porque luego surgen los problemitas, cuando no se aplican correctamente los principios que tanto explotan los enemigos del socialismo, que tanto explotan los capitalistas para tratar de darle oxígeno a un sistema decrepito, inhumano y prehistórico. Pero esa parte nos corresponde a nosotros, los revolucionarios. Porque es fácil equivocarse, y muchas veces se cometen equivocaciones, y las equivocaciones son el resultado de falta de análisis serio, profundo, resultado de falta de análisis colectivo, que es uno de los principios fundamentales también del marxismo-leninismo [...]. A mi juicio, el desarrollo de la sociedad comunista es algo en que el crecimiento de las riquezas y de la base material tiene que ir aparejado con la conciencia, porque puede ocurrir, incluso, que crezcan las riquezas y bajen las conciencias [...] y tengo la convicción de que no es solo la riqueza o el desarrollo de la base material lo que va a crear una conciencia ni mucho menos. Hay países con mucha más riqueza que nosotros, hay algunos. No quiero hacer comparaciones de ninguna clase, no es correcto. Pero hay experiencias de países revolucionarios donde la riqueza avanzó más que la conciencia, y después vienen, incluso, problemas de contrarrevoluciones y cosas por el estilo. Puede haber,

quizás, sin mucha riqueza mucha conciencia [...] Hay que buscar fórmulas socialistas a los problemas y no fórmulas capitalistas, porque no nos damos cuenta y empiezan a corroernos, empiezan a contaminarnos.

Con clara conciencia de estos problemas, Che seleccionaba cuidadosamente los elementos que integrarían el sistema presupuestario de dirección de la economía, sus formas institucionales, sus mecanismos de control y motivación, etcétera: a noventa millas de las costas imperialistas, el socialismo cubano no se podía dar el lujo de no ver el bosque y errar el camino.

Surgimiento del Sistema Presupuestario de Financiamiento

Las bases del Sistema Presupuestario de Financiamiento surgieron inicialmente como un conjunto de medidas prácticas (centralización de fondos bancarios de las empresas, etcétera) ante problemas concretos del sector industrial (empresas con recursos financieros sobrantes y otras sin ellos, por ejemplo). En ese momento, la Revolución enfrentaba aún problemas sociales como el desempleo. Estas bases evolucionaron progresivamente hasta formar un cuerpo coherente de consideraciones políticas y económicas cuya formulación teórica comenzó a perfilarse precisamente alrededor de los años 1962-1963, y cuya aplicación práctica quedó restringida al sector industrial.

El 7 de octubre de 1959 Fidel anunciaba la designación de Che para ocupar el cargo de Jefe del Departamento de Industrias del Instituto Nacional de Reforma Agraria.³¹

Che, desde la epopeya de la Sierra Maestra, había mostrado su espíritu constructor. Con el fin de resolver los problemas de abastecimientos del Ejército Rebelde, creó diversos talleres como la armería, la sastrería, la panadería, el de calzado, la tasajera, el de tabacos y cigarros, etcétera. Al triunfo, al ser nombrado Jefe de la Fortaleza de La Cabaña, en La Habana, manifestó igual inclinación.

³¹ La creación del Departamento de Industrias del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) se oficializa por la Resolución no. 94 del 21 de noviembre de 1959. El 26 de noviembre de ese mismo año, el Consejo de Ministros nombra a Che presidente del Banco Nacional. Esta nueva responsabilidad no le impide la atención del Departamento de Industrias y demás responsabilidades que se le van asignando.

El Departamento de Industrias se creaba para dar respuesta al desarrollo industrial que la Reforma Agraria generaba. También, en la práctica, pasó a administrar una serie de industrias y pequeños talleres, «chinchales», que provenían, algunos, de las intervenciones dictadas porque sus propietarios, representantes del viejo régimen, se habían enriquecido a costa del erario público; otras, porque sus dueños los habían abandonado al marchar hacia el extranjero o por conflictos laborales.

En los primeros meses de la Revolución, el peso de las industrias y fábricas que atendía el Departamento fue creciendo. En la medida en que avanzó la Revolución y se produjo la ola de intervenciones y nacionalizaciones en la segunda mitad de 1960, aquel alcanzó más del 60 % del total del sector industrial, y en 1961 llegó a más del 70 %.

El Sistema Presupuestario de Financiamiento fue el modo en que se organizó y funcionó la economía estatal cubana en el sector industrial en una fase tan temprana de la revolución socialista. Los antecedentes del Sistema Presupuestario de Financiamiento están en esta etapa en el Departamento de Industrias del INRA.

Muchas de las fábricas y pequeños «chinchales» que pasaron a ser administrados por el Departamento carecían de fondos para comprar las materias primas y materiales, y para pagar a los trabajadores. Algunas de ellas eran necesarias por su tipo de producción, otras lo eran en menor medida.

En ese momento se tomó la decisión de unir los fondos de todas las fábricas y «chinchales» en un fondo centralizado en el que todos los establecimientos depositaban sus ingresos y del que extraían los recursos programados para su gestión, de acuerdo con un presupuesto. De este modo se contribuía a no aumentar el desempleo que aún padecíamos en esa fecha, y a que la sociedad continuara recibiendo los productos que fabricaban, aunque no todos los talleres fueran rentables en ese instante.

Che llevó a cabo una política encaminada a fundir los «chinchales», a crear talleres mayores donde se pudiera introducir la técnica, a aumentar la productividad y disminuir los costos. El personal que resultaba excedente lo reubicaba en la rama de la producción que lo requería; a los que no tenían ubicación les pagaba para que elevaran su calificación técnica y cultural. Defendió por encima de todo que no existieran plazas ficticias. En una reunión que tuvo el 16 de marzo de 1962, sostenía:

¿qué es mejor para el Estado: mantener la ineficiencia absurda de todas nuestras industrias en el día de hoy, para que todo el mundo esté

trabajando y reciba un subsidio disfrazado, o aumentar la productividad al máximo y recoger todos los excedentes de trabajo, que reciban un salario también por estudiar y por capacitarse ya como trabajo central, hacer del trabajo central de ellos la capacitación? Es una interrogante que nosotros la hemos resuelto diciéndonos que es mucho más útil para el país aumentar la productividad del trabajo, no solamente el trabajo más intenso de cada obrero, sino fundamentalmente mediante la racionalización del trabajo y, en algunos casos, mediante la mecanización.³²

La sección de finanzas, contabilidad y presupuestos del Departamento de Industrias administraba el fondo centralizado. Para esto, estableció los presupuestos y un programa de ejecución, acorde con un plan anual. Le correspondieron también a este Departamento los primeros pasos que se dieron en nuestro país en la planificación.

El Banco Nacional era el depositario del fondo centralizado. El Departamento le enviaba copia de los presupuestos de las unidades, y las agencias bancarias no efectuaban pagos superiores a lo estipulado en el presupuesto.³³

En el mes de febrero de 1961 el Gobierno Revolucionario aprobó varias leyes referentes a la estructura político-económica del país. Entre estas estaba la creación del Ministerio de Industrias, y se designó a Che para la jefatura de este nuevo organismo.³⁴

Otros aspectos

A continuación se enumeran, de forma sintética por las necesidades del presente resumen, otros aspectos del pensamiento económico de Che:

1. El Sistema Presupuestario fue el modo en que se organizó la economía cubana en el sector industrial en una fase muy temprana de la revolución socialista.

³² Ernesto Che Guevara: «Discurso pronunciado en una reunión con los directores y jefes de capacitación de las empresas consolidadas y secretarios de educación y de trabajo de los veinticinco sindicatos nacionales de industrias», ob. cit., t. IV, pp. 105-106.

³³ En *Nuestra Industria. Revista Económica*, editada por el Ministerio de Industrias, se expone, en los artículos de diversos compañeros, el funcionamiento contable-financiero del Sistema.

³⁴ El Departamento de Industrias del INRA se disolvió. Las otras leyes eran la nueva ley del Banco Nacional de Cuba, en la que se centralizaba el sistema bancario; la ley orgánica del Ministerio de Hacienda y la ley orgánica de la Junta Central de Planificación.

2. Che, para la conformación del Sistema, se basó en:

- las técnicas contables avanzadas que permitían un mayor control y una eficiente dirección centralizada en los estudios y aplicación de los métodos de centralización y descentralización que efectuaba el monopolio,
- las técnicas de computación aplicadas a la economía y a la dirección; los métodos matemáticos aplicados a la economía,
- las técnicas de programación y control de la producción,
- las técnicas del presupuesto como instrumento de planificación y control por medio de las finanzas,
- las técnicas de control económico por métodos administrativos, la experiencia de los países socialistas.

3. La planificación debe calificarse como la primera posibilidad humana de regir las fuerzas económicas; constituye el elemento que caracteriza y define en su conjunto el período de transición y la sociedad comunista.

Che pensaba que el plan no se debe reducir a una noción económica. Hacerlo es deformarlo *a priori* y limitar sus posibilidades. El plan, para Che, abarca más bien el conjunto de las relaciones *materiales* (en la acepción que del término da Marx). Por esa razón, la planificación debe contemplar y conjugar dos elementos:

- a) la creación de las bases para el desarrollo económico de la nueva sociedad, su regulación y control,
- b) la creación de un nuevo tipo de relaciones humanas, del hombre nuevo.

La eficacia del plan no la podemos enjuiciar solamente por la optimización de la gestión económica y, por ende, por los bienes económicos que posea la sociedad, ni por las ganancias obtenidas en el proceso productivo. Su eficacia estriba en su potencialidad para optimizar la gestión económica en función del objetivo que se persigue: la sociedad comunista. Vale decir, en la medida en que logre que el aparato económico cree la base material de la nueva sociedad y al mismo tiempo coadyuve a la transformación de los hábitos y valores de los hombres que participan en el proceso productivo y ayude a crear e inculcar los nuevos valores comunistas.

4. Negación de la vigencia rectora de la ley del valor en el período de transición al comunismo.

Distinción entre admitir la existencia en el período de transición de una serie de fuerzas, de relaciones capitalistas que obligadamente han subsistido, de las que la ley del valor pudiera dar explicación, dado su carácter de ley económica, esto es, de expresión de tendencias, que es la posición de Che, o, por el contrario, afirmar la posibilidad de utilizar de forma consciente en la gestión económica la ley del valor y demás categorías que implica su uso.

La caracterización del período de transición al comunismo, ni aun en sus primeros momentos tiene que venir dada por la ley del valor y demás categorías mercantiles que su uso conlleva. Rechazo a la concepción que no solo preconiza la utilización de la ley del valor y de las relaciones monetario-mercantiles en el sector estatal en el período de transición, sino que además afirma la necesidad de desarrollar dichas relaciones capitalistas como vehículo para alcanzar la sociedad comunista.

El libre juego de la ley del valor, en el período de transición al comunismo, implica la imposibilidad de reestructurar las relaciones sociales en su esencia, al perpetuarse «el cordón umbilical» que une al hombre enajenado con la sociedad, y conduce, cuando más, a la aparición de un sistema híbrido donde el cambio trascendental de la naturaleza social del hombre y de la sociedad no llegará a producirse.

5. Un aspecto no menos importante que los abordados hasta ahora lo constituye la relación que ha de existir entre la planificación y las categorías y los mecanismos a través de los cuales ella ha de expresarse.

La posición de Che en este aspecto es la siguiente: el hecho de que subsista producción mercantil en el período de transición durante un determinado tiempo no implica que el plan deba usar mecanismos capitalistas para su funcionamiento y expresarse a través de categorías capitalistas.

¿Por qué *desarrollar*? Entendemos que durante cierto tiempo se mantengan las categorías del capitalismo y que este término no puede determinarse de antemano, pero las características del período de transición son las de una sociedad que liquida sus viejas ataduras para ingresar rápidamente a la nueva etapa. La tendencia debe ser, en nuestro concepto, a liquidar lo más vigorosamente posible las categorías antiguas entre las que se incluye el mercado, el dinero y, por tanto, la palanca del interés material o, por mejor decir, las condiciones que provocan la existencia de las mismas. Lo contrario haría suponer que la tarea de la construcción del socialismo en una sociedad atrasada es algo así como un accidente histórico y que sus dirigentes, para subsanar el *error*, deben dedicarse a la consolidación de todas las categorías inherentes a la sociedad intermedia, quedando solo la distribución del ingreso de acuerdo al trabajo y la tendencia a liquidar la explotación del hombre por el hombre como fundamentos de una nueva sociedad, lo que luce insuficiente por sí solo como factor del desarrollo del gigantesco cambio de conciencia necesario para poder afrontar el tránsito, cambio que deberá operarse por la acción multifacética de todas las nuevas relaciones, la educación y la moral socialista, con la concepción

individualista que el estímulo material directo ejerce sobre la conciencia frenando el desarrollo del hombre como ser social.³⁵

6. El dinero constituye un producto de las relaciones mercantiles y, por tanto, expresa determinadas relaciones de producción. Es, por ello, una categoría social, históricamente condicionada por dichas relaciones. No es posible destruir en un solo día las relaciones mercantiles; estas están presentes en el período de transición. Su presencia será más o menos larga según el ritmo de desarrollo de las nuevas relaciones de producción y según la política que se adopte hacia ellas, pero en todo caso son relaciones que deben ser combatidas. La tendencia debe ser la de que se vayan extinguiendo hasta su total desaparición.

De las cinco funciones que la forma dinero posee en toda producción mercantil, según el estudio de Marx, solo dos de ellas deben existir en el período de transición. Estas son, a saber, el dinero aritmético, esto es, medida de valores, y el dinero como medio de circulación y/o distribución entre el Estado y los pequeños propietarios privados que aún subsistan y el pueblo consumidor. La convicción de Che de que el dinero funcione como dinero aritmético viene avalada, entre otras cosas, por el desarrollo de las técnicas más modernas en lo que a organización, control de dirección y análisis económicos ha desarrollado el sistema imperialista.

7. El Sistema Presupuestario de Financiamiento le otorga a las finanzas un contenido y un papel distinto. Las finanzas dejan de ser el mecanismo mediante el cual se controla, dirige, analiza y organiza la economía. La compulsión financiera se sustituye por una compulsión técnico-administrativa.

El Sistema Presupuestario de Financiamiento concibe a las empresas como parte de un todo, de una gran empresa: el Estado; ninguna empresa puede, ni necesita, tener fondos propios. Las empresas pueden tener en el Banco cuentas separadas para la extracción y el depósito.

8. El sistema bancario está llamado a desaparecer a largo plazo en el período de transición al comunismo. Sobrevivirá durante el período en que perduren las relaciones mercantiles porque «está condicionado a las relaciones mercantiles de producción, por elevado que sea su tipo».³⁶

El que el Sistema Presupuestario de Financiamiento sea partidario de la centralización, no entraña que sea el banco, precisamente, el que asuma la máxima responsabilidad de la contabilidad y el control del Estado, ni que dicte la política económica de la nación.

³⁵ Ernesto Che Guevara: «Sobre el Sistema Presupuestario de Financiamiento», ob. cit., t. I, p. 199. Los subrayados son de Che.

³⁶ Ernesto Che Guevara: «La banca, el crédito y el socialismo», ob. cit., t. I, p. 215.

9. Bajo el Sistema Presupuestario de Financiamiento el banco no tiene como función la concesión de créditos, menos aún la de obtener dividendos por concepto de interés. Cuando el banco cobra determinado interés a las empresas estatales –el que lo haga de acuerdo con un plan y no surja la tasa de interés de forma espontánea como sucede en el capitalismo no altera en lo más mínimo nuestro razonamiento–, por los fondos suministrados a estas, está cobrando por el uso de un dinero que no le pertenece, función típica de la banca privada.

Los bancos socialistas efectúan una operación fetichista cuando prestan dinero a interés. Prestan el dinero de otra empresa y, en última instancia, es el trabajador el que efectivamente da crédito.

10. Partiendo de los presupuestos explicados en los acápites anteriores, Che hace su incursión en los mecanismos de formación de los precios. Le resulta de inmediato evidente que al estipular los precios, los mecanismos de control de mercado buscan la coincidencia entre la oferta y la demanda en cada unidad o mercancía, dejando incluso un margen de utilidad para la empresa. De hecho, el plan se doblega, en esta concepción, a la ley del valor y no a la inversa. El mercado, por tanto, sigue operando con la incomodidad propia de un capitalismo concurrencial que fuera víctima de la intromisión estatal en su gestión administrativa. En un sistema centralizado se podrían plantear otras soluciones.

El Sistema Presupuestario de Financiamiento no tiene entre sus métodos el estímulo de la producción mediante el precio, lo cual haría una economía de mercado.

11. Che fue pionero en la denuncia de la injusticia que entraña el intercambio desigual. Fue el promotor de la revisión del orden económico internacional. Expuso en esta primera etapa de la Revolución Cubana estos aspectos del pensamiento de Fidel que se desarrollan y maduran plenamente en la actualidad con sus planteamientos sobre la deuda externa y el nuevo orden económico internacional.

12. Che comprendía que la nueva conciencia era el resultado de un proceso progresivo de transformación de las estructuras sociales de las que inevitablemente surge aquella, y que por tanto las posibilidades de transformar al hombre estaban dadas más que por llamados a la conciencia, por la transformación de las relaciones sociales de producción y la correcta selección de las palancas motivadoras de su acción. Para ello Che articuló un sistema basado, entre otros, en los pilares siguientes:

- Sistema Salarial
- Estímulos
- Emulación

13. El sistema salarial debía tener por base el principio del pago con arreglo a la cantidad y calidad del trabajo, y potenciar los valores comunistas que iban surgiendo en el proceso revolucionario, potenciar la utilización de los estímulos morales y que la política salarial adoptada hiciera uso de los estímulos materiales heredados del capitalismo aún vigentes, de modo tal que no produjera un desarrollo de estos, sino todo lo contrario.

El sistema elaborado por Che, conjuntamente con el Ministerio del Trabajo, resolvía el caos salarial heredado del capitalismo y acrecentado en los primeros tres años del triunfo revolucionario. Aplicaba los principios marxistas-leninistas y se desplegaba dentro de las fórmulas socialistas. El sistema salarial creado por Che sufrió una serie de modificaciones posteriores a abril de 1965 que, unidas a la no observancia de algunas de sus estipulaciones, dieron al traste con aquel.

14. El estímulo constituye un subsistema del Sistema Presupuestario de Financiamiento desarrollado por Che que se desconoce, confunde o identifica con la etapa ulterior a su partida. Podemos sintetizar algunos de sus aspectos esenciales del modo siguiente:

–La búsqueda de mecanismos de incentiación que difieran de los empleados por el capitalismo está dada por la comprensión de que el socialismo es no solo un hecho económico sino también un hecho de conciencia.

El interés personal debe ser reflejo del interés social, basarse en aquel para movilizar la producción es retroceder ante las dificultades, darle alas a la ideología capitalista.

–La lenta y compleja transformación ideológica plantea durante un tiempo la contradicción «producción *versus* conciencia». Es en este periodo cuando el peso de los hábitos de pensamiento inculcados por el capitalismo (ambición individual, egoísmo, etcétera) influye negativamente en el esfuerzo productivo. El cambio de propiedad, o la supresión de esta, se produce en un instante; la adecuación mental al nuevo estado de cosas requiere de un proceso más largo.

–Sin embargo, tiene que haber una utilización inteligente y cualitativamente balanceada del estímulo material y del estímulo moral. El proceso debe tender más a la extinción del estímulo material que a su supresión. La enunciación de una política de incentiación moral no implica la negación total del estímulo material. Se trata de ir reduciendo –más a través de un intenso trabajo ideológico que de disposiciones burocráticas– el campo de acción de aquel.

-Durante determinado período tenemos que emplear los estímulos materiales. Se trata de buscar las variantes menos nocivas de estos e incluso aquellas que coadyuven a su autoanulación. Che estudió las posibles variantes y aplicó algunas de ellas.

Resulta necesario durante la transición una inteligente y revolucionaria combinación de estímulos morales y materiales.

15. Che consideraba la emulación socialista como un elemento fundamental dentro de la estructura de todo el sistema. A la competencia generada por la ley del valor, Che contraponía la competencia fraternal basada en la camaradería socialista que propiciaba la emulación.

Che fue uno de los primeros promotores de la emulación socialista en nuestra patria. Encontró en la emulación el vehículo idóneo para la vinculación del sistema con las masas.

16. En el trabajo cotidiano Che no separaba el trabajo técnico de dirección económica de la labor de formación política e ideológica de las masas.

17. «Sin control no podemos construir el socialismo».³⁷

En los consejos de dirección del Ministerio de Industrias, en las empresas, en las visitas periódicas a las unidades de producción, en las reuniones con los sindicatos y los trabajadores, Che no perdía la oportunidad para insistir en la importancia de la organización, el control y la gestión.

18. Che fue el principal impulsor de la implantación de la planificación, el artífice de los métodos de control y supervisión, el creador de un sistema de formación de cuadros para la economía que es digno de estudio.

Che dirigió la industria y facilitó en aquella la implantación del sistema socialista de producción. Fue él quien hizo realidad que la industria cubana se organizara bajo los principios de dirección socialista, aplicándolos hasta el nivel de establecimiento o unidad de producción más insignificante.

Che enseñó a los obreros y a los cuadros de dirección el modo de gestión socialista, aplicando brillantemente las ideas que Fidel tenía al respecto.

Este texto es un resumen del libro homónimo que obtuvo en 1987 el Premio extraordinario Ernesto Che Guevara (compartido) otorgado por la Casa de las Américas y el Centro de Estudios sobre América. Fue publicado en *Casa de las Américas*, no. 163, julio-agosto de 1987, pp. 3-24.

³⁷ Ernesto Che Guevara: «Discurso pronunciado en la entrega de Certificados de Trabajo Comunista», ob. cit., t. V, p. 227.

A VEINTE AÑOS DE LA MUERTE DEL CHE

FIDEL CASTRO RUZ

Compañeras y compañeros:

Hace casi veinte años, el 18 de octubre de 1967, nos reunimos en la Plaza de la Revolución, ante una enorme multitud, para rendir homenaje al compañero Ernesto Che Guevara. Fueron aquellos días muy amargos, muy duros, en que se recibían las noticias de los acontecimientos allá por Vado del Yeso, en la Quebrada del Yuro, donde informaban las agencias cablegráficas que el Che había caído en combate.

No tardamos mucho tiempo en percatarnos de que aquellas noticias eran absolutamente fidedignas, por cuanto incluso aparecieron informaciones y fotos que hacían incuestionable la realidad del hecho. Durante varios días se recibieron noticias, hasta que ya, con todos aquellos elementos, aunque sin que se supieran muchos de los detalles que se conocen hoy, tuvo lugar aquella gran concentración de masas, aquel acto tan solemne en que le rendíamos postrer tributo al compañero caído.

Han pasado desde entonces casi veinte años, hoy 8 de octubre, lo que esta vez estamos conmemorando es el día, precisamente, en que cayó en combate. Según los informes fidedignos, que hoy se poseen, en realidad, lo asesinaron al día siguiente, después que lo hicieron prisionero, por encontrarse desarmado y además herido; su arma había sido anulada en el combate. Por eso ha quedado ya como una tradición que sea el 8 de octubre el día en que se conmemore el aniversario de aquel dramático hecho.

Pasó el primer año, pasaron los cinco primeros años, diez años, quince años, veinte años, y se hacía necesario en esta señalada ocasión efectuar un acto, o mejor dicho, se hacía necesario recordar, en toda su dimensión histórica, aquel hecho y, sobre todo, al principal protagonista de aquel hecho; así de una manera natural, no muy pensada, no muy deliberada, de una manera espontánea, todos los sectores, todo el pueblo ha estado recordando durante los últimos meses aquella fecha. Y se podía conmemorar este XX aniversario con cosas solemnes como las que hemos visto aquí hoy: el toque de silencio, el himno, el magnífico poema de Nicolás Guillén, que escuchamos hoy con el mismo acento, con la misma voz con que lo escuchamos hace veinte años.

Se podría tratar de hacer aquí un discurso también muy solemne, muy grandilocuente, tal vez escrito, en estos tiempos en que, en realidad, el gran cúmulo de trabajo apenas deja un minuto libre no ya para escribir un discurso, sino, incluso, para meditar con más profundidad sobre todos aquellos acontecimientos y sobre las cosas que aquí podrían decirse.

Por eso quiero más bien en este acto recordar al Che reflexionando con ustedes, porque he reflexionado, he reflexionado mucho en torno al Che.

En un reportaje parte del cual salió ayer publicado en nuestro país, respondiendo a las preguntas de un periodista italiano que me tuvo casi dieciséis horas consecutivas frente a las cámaras de televisión, más que de televisión de cine, porque en su interés de buscar una calidad superior a la imagen de todo lo que hacía no utilizó el video casete, que a veces tiene un rollo que dura dos horas, sino la cámara de cine, cambiando la película cada veinte o veinticinco minutos, y así fue bastante fatigosa aquella entrevista –algo que teníamos que haber hecho en tres días fue necesario hacerlo en un día, porque no hubo más tiempo, tuvo lugar un domingo, comenzó antes del mediodía y terminó alrededor de las cinco de la mañana siguiente– más de cien preguntas; entre los diversos y variados temas, el periodista tenía mucho interés en hablar del Che, y fue ya entre las tres y las cuatro de la mañana cuando realmente se abordó aquel tema, yo hice el correspondiente esfuerzo para ir satisfaciendo cada una de las preguntas, y, por cierto, de manera especial, hice un esfuerzo para sintetizar los recuerdos que tenía del Che.

Le conté algo que me ocurría, que pienso que le ocurra también a muchos compañeros, relacionado con la perenne permanencia del Che. Hay que tener en cuenta las relaciones peculiares con el Che, el afecto, los vínculos fraternales de compañerismo, la lucha unida durante casi doce años, desde el momento en que lo conocimos en México hasta el final, una etapa rica en acontecimientos históricos, algunos de los cuales han sido revelados por primera vez en estos días.

Fue una historia llena de episodios heroicos, de hechos gloriosos, desde que el Che se unió a nosotros para la expedición del *Granma*: el desembarco, los reveses, los días más difíciles, la reanudación de la lucha en las montañas, la reconstrucción de un ejército a partir, prácticamente, de la nada; los primeros combates y las últimas batallas.

Todo aquel período impactante que siguió al triunfo, las primeras leyes revolucionarias, en que supimos ser absolutamente fieles a los compromisos que hicimos con el pueblo y llevamos a cabo un cambio realmente radical en la vida del país, aquellos episodios que se sucedían unos tras otros como fueron: el inicio de la hostilidad imperialista, el bloqueo, las campañas de

calumnias contra la Revolución apenas empezamos a hacer justicia a los criminales y a los esbirros que habían asesinado a miles de nuestros compatriotas, el bloqueo económico, la invasión de Girón, la proclamación del carácter socialista de la Revolución, la lucha contra los mercenarios, la Crisis de Octubre, los primeros pasos en la construcción del socialismo cuando no había nada, ni experiencias, ni cuadros, ni ingenieros, ni economistas, ni técnicos apenas; cuando nos quedamos, incluso, casi sin médicos, porque se habían marchado tres mil de los seis mil que había en el país; la primera y segunda Declaración de La Habana, el inicio del aislamiento impuesto a nuestra patria, la ruptura colectiva de relaciones diplomáticas, la ruptura de relaciones diplomáticas por parte de todos los gobiernos latinoamericanos y Cuba, a excepción de México; un período en el que, en medio de todo aquel conjunto de acontecimientos, fue también necesario organizar la economía del país, período relativamente breve, pero fecundo, lleno de hechos y de acontecimientos inolvidables.

Es preciso tener en cuenta aquella persistencia del Che en cumplir con un viejo anhelo, una vieja idea, la de regresar hacia América del Sur, hacia su patria, para hacer la revolución, a partir de toda la experiencia adquirida en nuestro país; la forma, incluso, clandestina en que tiene que organizarse su salida, el barraje de calumnias contra la Revolución; cuando se dijo que había conflictos, diferencias con el Che, que el Che había desaparecido; hasta se habló, incluso, de que el Che había sido asesinado por divisiones en el seno de la Revolución, mientras la Revolución, firme y ecuánime, soportaba y soportaba la feroz embestida porque por encima de la irritación y la amargura que podían producir aquellas campañas, lo importante era que el Che pudiera cumplir sus objetivos, lo importante era preservar su seguridad y la de los compatriotas que lo acompañaban en sus históricas misiones.

Explicué en la referida entrevista cuáles eran los orígenes de aquella idea, cómo él había planteado en el momento en que se unió a nosotros una sola condición: que una vez finalizada la Revolución, cuando él quisiera regresar a Suramérica, no surgiera ninguna conveniencia de Estado o razón de Estado que interfiriera en ese anhelo, que no se le prohibiera hacer eso. Se le respondió que sí, que podría hacerlo, que lo apoyaríamos; compromiso alguna que otra vez recordado por él, hasta que llegó el momento en que él creía que debía ya partir.

No solo se cumplió la promesa de acceder a su partida sino también se le ayudó en todo lo que fue posible a llevar a cabo ese empeño.

Se trató, incluso, de dilatar un poco el momento; se le dieron otras tareas que habrían de enriquecer su experiencia guerrillera y se trataba de

crear el mínimo de condiciones para que él no tuviera que pasar la etapa más difícil, de los primeros días en la organización de un movimiento guerrillero, algo que nosotros conocíamos perfectamente bien por nuestra propia experiencia.

Valorábamos el talento, la experiencia y la figura del Che, un cuadro para grandes tareas estratégicas y que tal vez sería más apropiado que otros compañeros llevaran a cabo aquella primera tarea de organización, y que él se incorporara en un período más avanzado del proceso. Esto tiene que ver, incluso, con la práctica que seguimos durante la guerra de preservar a los cuadros a medida que se destacaban, para misiones cada vez más importantes, cada vez más estratégicas. No eran muchos los hombres con que contábamos, los cuadros experimentados, y a medida que se iban destacando no los enviábamos con una escuadra, a una emboscada, todos los días, sino que les asignábamos otras responsabilidades más importantes y acordes, realmente, con su capacidad y su experiencia.

Así, recuerdo que en los días de la última ofensiva de Batista en la Sierra Maestra contra nuestras combativas pero reducidas fuerzas, a los cuadros más experimentados no los situamos en las primeras trincheras, sino que les encomendamos otras tareas de dirección estratégicas, preservándolos, precisamente, para nuestra fulminante contraofensiva. No tenía ya sentido situar al Che, a Camilo o a otros compañeros que habían participado en numerosos combates al frente de una escuadra, sino que los preservábamos para dirigir después columnas que iban a cumplir arriesgadas misiones de gran trascendencia y, entonces, sí los enviábamos al territorio enemigo, con toda la responsabilidad y con todos los riesgos, como cuando se inició la invasión de Las Villas por Camilo y el Che, una misión extraordinariamente difícil, que requería hombres de enorme experiencia y autoridad, como jefes de aquellas columnas, capaces de llegar a la meta.

Siguiendo esa lógica, tal vez habría sido mejor, con vistas a los objetivos que se perseguían, que se hubiese cumplido ese mismo principio, y él se hubiese incorporado más adelante. No había, realmente, tanta necesidad de que él hiciera toda la tarea desde el principio. Pero él estaba impaciente, realmente muy impaciente. Algunos compañeros argentinos habían muerto en los primeros esfuerzos realizados por él años antes, entre ellos, Ricardo Massetti, fundador de Prensa Latina: él recordaba mucho eso, y estaba, realmente, impaciente por realizar con su participación personal aquella tarea, y como siempre respetamos los compromisos, sus puntos de vista, pues siempre existieron relaciones de absoluta confianza, de absoluta hermandad, independientemente de nuestras ideas sobre cuál sería el

momento ideal para que él se incorporara, le dimos en consecuencia toda la ayuda y todas las facilidades para que iniciara aquella lucha.

Después vinieron las noticias de los primeros combates y las comunicaciones quedaron totalmente interrumpidas; en una fase precoz de la organización de aquel movimiento guerrillero, el enemigo lo pudo detectar, y se inició una etapa que duró muchos meses, en que las noticias que se recibían eran casi exclusivamente las que venían por los cables internacionales, cables que había que interpretar, tarea en la que nuestra Revolución ha adquirido ya una gran experiencia para conocer cuándo una noticia puede ser fidedigna o es una noticia inventada, una noticia falsa.

Recuerdo, por ejemplo, cuando llegó por cable público la noticia de la muerte del grupo de Joaquín, el compañero Vilo Acuña, su nombre real, y nosotros la analizamos, yo llegué de inmediato a la convicción de que era verídica, y esa veracidad emanaba de la forma en que según se explicaba había sido liquidado aquel grupo, cruzando un río. Por nuestra experiencia guerrillera, por todo lo que habíamos vivido, nosotros sabíamos cómo se podía liquidar a un pequeño grupo de guerrilleros, las pocas y excepcionales formas en que tal grupo podía ser liquidado, y cuando allí se explicaba que un campesino había hecho contacto con el Ejército, que había informado en detalles noticias sobre ubicación e intenciones del grupo buscando un paso de río, cómo el Ejército se había emboscado en la orilla opuesta del río en el paso indicado por el propio campesino a los guerrilleros y la forma en que dispararon sobre estos en medio del cruce, la explicación ofrecida no admitía dudas; porque suponiendo que los inventores de partes falsos, lo cual hicieron muchas veces, trataran de hacerlo una vez más, era imposible admitir en ellos, tan burdos por lo general en sus mentiras, suficiente inteligencia y suficiente experiencia para inventar las circunstancias exactas en que únicamente se podía liquidar a ese grupo. Llegamos por ello a la convicción de que aquella noticia era verídica.

Largos años de experiencia revolucionaria nos habían enseñado a descifrar los cables, discernir entre la verdad y la mentira en cada uno de los acontecimientos, tomando en cuenta desde luego también otros elementos de juicio. Pero ese era el tipo de noticias que teníamos sobre la situación hasta que vinieron las noticias de la muerte del Che.

Nosotros teníamos esperanzas –como hemos explicado– de que aun cuando quedaban veinte hombres, aun cuando las circunstancias eran muy difíciles, todavía quedaban posibilidades al movimiento guerrillero.

Ellos se encaminaban hacia una zona donde había sectores campesinos organizados, donde algunos cuadros bolivianos que se habían destacado

tenían influencia, y hasta ese momento, casi al final, se mantenían las posibilidades de que el movimiento se consolidara y se desarrollara.

Pero fueron en fin tan peculiares las circunstancias de nuestras relaciones con el Che, la historia casi irreal de la breve pero intensa epopeya vivida en nuestros primeros años de la revolución, habituados a convertir lo imposible en posible, que yo le explicaba al periodista mencionado que uno experimentaba la permanente impresión de que el Che no había muerto, que el Che seguía viviendo. Por tratarse de una personalidad tan ejemplar, tan inolvidable, tan familiar, era difícil resignarse a la idea de la muerte física, y a veces soñaba –todos soñamos con episodios relacionados con nuestra vida y nuestras luchas– que veíamos al Che, que el Che regresaba, que el Che estaba vivo, ¡cuántas veces!, le decía. Y le referí esos sentimientos que uno raras veces cuenta, lo que da también idea del impacto de la personalidad del Che, e idea también del grado tan alto en que el Che está vivo realmente, casi como si su presencia fuera física, con sus ideas, con sus hechos, con sus ejemplos, con todas las cosas que creó, esa vigencia de su figura y el respeto hacia él no solo en la América Latina, sino en Europa y en todas partes del mundo. Como habíamos pronosticado aquel 18 de octubre, hace veinte años, se convirtió en un símbolo de todas las personas oprimidas, de todas las personas explotadas, de todos los patriotas, de todos los demócratas, de todos los revolucionarios; en un símbolo permanente e invencible.

Por todos esos factores, por esa vigencia real que tiene hoy mismo, en el ánimo de todos nosotros a pesar de que han transcurrido veinte años, cuando escuchamos el poema, cuando escuchamos el himno o cuando escuchamos el toque de silencio, cuando abrimos nuestra prensa y vemos las fotos del Che en cada una de las etapas, su imagen, tan conocida en todo el mundo –porque hay que decir que el Che tenía no solo todas las virtudes, y todas las cualidades humanas y morales para ser un símbolo, sino que el Che tenía, además, la estampa del símbolo, la imagen del símbolo: su mirada, la franqueza y la fuerza de su mirada; su rostro, que refleja carácter, una determinación para la acción incontenible a la vez que una gran inteligencia y una gran pureza–, cuando vemos los poemas que se han escrito, los episodios que se cuentan y las historias que se repiten, palpamos esa realidad de la vigencia del Che, de la presencia del Che. No tiene nada de extraño si uno, no solo en la vida de cada día palpa su presencia, sino hasta en sueños se imagina que el Che está vivo, que el Che está actuando y que su muerte no existió nunca. Al fin y al cabo debemos sacar la convicción a todos los efectos en la vida de nuestra revolución de que el Che no murió nunca y que el Che, en la realidad de los hechos, vive

más que nunca, está más presente que nunca, influye más que nunca, y es un adversario del imperialismo más poderoso que nunca.

Aquellos que desaparecieron su cadáver para evitar que fuera símbolo; aquellos que, siguiendo la orientación y los métodos de sus amos imperiales, no quisieron que quedara una sola huella, se encuentran con que, aunque no haya tumba conocida, aunque no haya restos, aunque no haya cadáver, existe, sin embargo, un temible adversario del imperio, un símbolo, una fuerza, una presencia que no podrán ver jamás destruida. Ellos demostraron su debilidad y su cobardía cuando desaparecieron al Che, porque demostraron también su miedo al ejemplo y al símbolo. No quisieron que los campesinos explotados, los obreros, los estudiantes, los intelectuales, los demócratas, los progresistas, los patriotas de este hemisferio tuvieran un lugar donde ir a rendir tributo al Che. Y hoy, en el mundo de hoy, en que no se les rinde tributo a los restos del Che en un lugar específico, se les rinde tributo en todas partes.

Hoy no se le rinde tributo al Che una vez al año, ni una vez cada cinco, diez, quince, veinte años; hoy se le rinde homenaje al Che todos los años, todos los meses, todos los días, en todas partes, en una fábrica, en una escuela, en una unidad militar, en el seno de un hogar, entre los niños, entre los pioneros, que quién puede calcular cuántos millones de veces han dicho, en estos veinte años: «¡Pioneros por el comunismo, seremos como el Che!».

Este solo hecho que acabo de mencionar, esa sola idea, ese solo hábito por sí solo constituye una presencia permanente y grandiosa del Che. Y creo que no solo nuestros pioneros, no solo nuestros niños, creo que todos los niños de este hemisferio, todos los niños del mundo podrían repetir esa misma consigna: «¡Pioneros por el comunismo, seremos como el Che!».

Es que realmente no puede haber un símbolo superior, no puede haber una imagen mejor, no puede haber una idea más precisa, para buscar un modelo de hombre revolucionario, y para buscar un modelo de hombre comunista. Expreso esto porque tengo la más profunda convicción, la he tenido siempre y la tengo hoy, igual o más que cuando hablé aquel 18 de octubre y preguntaba cómo querían que fueran nuestros combatientes, nuestros revolucionarios, nuestros militantes, nuestros hijos, y dije que queríamos que fueran como el Che, porque el Che es la personificación, es la imagen de ese hombre nuevo, es la imagen de ese ser humano si se quiere hablar de la sociedad comunista; si vamos a proponernos realmente construir, no ya el socialismo, sino las etapas más avanzadas del socialismo, si la humanidad no va a renunciar a la hermosa y extraordinaria idea de vivir algún día en la sociedad comunista.

Si hace falta un paradigma, si hace falta un modelo, si hace falta un ejemplo a imitar para llegar a esos tan elevados objetivos, son imprescindibles hombres como el Che, hombres y mujeres que lo imiten, que sean como él, que piensen como él, que actúen como él y se comporten como él en el cumplimiento del deber en cada cosa, en cada detalle, en cada actividad; en su espíritu de trabajo, en su hábito de enseñar y educar con el ejemplo; en el espíritu de ser el primero en todo, el primer voluntario para las tareas más difíciles, las más duras, las más abnegadas, el individuo que se entrega en cuerpo y alma a una causa, el individuo que se entrega en cuerpo y alma a los demás, el individuo verdaderamente solidario, el individuo que no abandona jamás a un compañero, el individuo austero; el individuo sin una sola mancha, sin una sola contradicción entre lo que hace y lo que dice, entre lo que practica y lo que proclama: el hombre de acción y de pensamiento que simboliza el Che.

Constituye para nuestro país un honor y un gran privilegio haber contado entre sus hijos, aunque no hubiera nacido en esta tierra, ¡entre sus hijos!, porque se ganó el derecho a considerarse y ser considerado hijo de nuestra patria, es un honor y un privilegio para nuestro pueblo, para nuestro país, para nuestra historia, para nuestra Revolución, haber contado entre sus filas con un hombre verdaderamente excepcional como el Che.

Y no es que piense que los hombres excepcionales son escasos, no es que piense que en las grandes masas no haya hombres y mujeres excepcionales por cientos, por miles, e incluso por millones. Lo dije ya una vez cuando en aquella amarga circunstancia de la desaparición de Camilo, al hacer la historia de cómo surgió Camilo, dije: «en el pueblo hay muchos Camilo». Podría decir también: en nuestro pueblo, en los pueblos de América Latina y en los pueblos del mundo hay muchos Che.

Pero, ¿por qué los llamamos hombres excepcionales? Porque, realmente, en el mundo en que vivieron, en las circunstancias que vivieron, tuvieron la posibilidad y la oportunidad de demostrar todo lo que el hombre con su generosidad y su solidaridad es capaz de sí. Y es que, verdaderamente, pocas veces se dan las circunstancias ideales en que el hombre tiene la oportunidad de expresarse y de reflejar todo lo que lleva dentro, como la tuvo el Che.

Claro está que en las masas hay incontables hombres y mujeres que como resultado, entre otras cosas, del ejemplo de otros hombres, de ciertos valores que se han ido creando, son capaces del heroísmo, incluso de un tipo de heroísmo que yo admiro mucho, el heroísmo silencioso, el heroísmo anónimo, la virtud silenciosa, la virtud anónima. Pero siendo extraño, raro, que se pueda dar todo ese conjunto de circunstancias que produzcan una

figura como la del Che, que hoy es un símbolo para todo el mundo y será cada vez un símbolo mayor, es un gran honor y un privilegio que esa figura haya nacido del seno de nuestra Revolución.

Y como una prueba de lo que anteriormente decía acerca de la presencia y vigencia del Che, yo podría preguntar: ¿Habría un momento más oportuno para recordar al Che con toda fuerza, con el más profundo sentimiento de reconocimiento y de gratitud que una fecha como esta, un aniversario como este? ¿Habría algún momento mejor que este, en pleno proceso de rectificación?

¿Y qué estamos rectificando? Estamos rectificando precisamente todas aquellas cosas –y son muchas– que se apartaron del espíritu revolucionario, de la creación revolucionaria, de la virtud revolucionaria, del esfuerzo revolucionario, de la responsabilidad revolucionaria, que se apartaron del espíritu de solidaridad entre los hombres. Estamos rectificando todo tipo de chapucerías y de mediocridades que eran precisamente la negación de las ideas del Che, del pensamiento revolucionario del Che, del estilo del Che, del espíritu del Che y del ejemplo del Che.

Creo, realmente, lo digo con toda satisfacción, que si el Che estuviera sentado aquí en esta silla, se sentiría, realmente, jubiloso, se sentiría feliz de lo que estamos haciendo en estos tiempos; como se habría sentido muy desgraciado en ese período incierto, en ese período bochornoso en que aquí empezaron a prevalecer una serie de criterios, de mecanismos y de vicios en la construcción del socialismo, que habrían constituido motivo de profunda, de terrible amargura para el Che.

Por ejemplo, el trabajo voluntario, que fue una creación del Che, y una de las mejores cosas que nos legó en su paso por nuestra patria y en su participación en nuestra Revolución decaía cada vez más y más; ya era casi un formalismo, en ocasión de una fecha tal y más cual, un domingo, un correcorre en ocasiones para hacer cosas desorganizadas, y prevalecía cada vez más el criterio burocrático, el criterio tecnocrático de que el trabajo voluntario no era cosa fundamental ni esencial; la idea prácticamente, de que el trabajo voluntario fuera una especie de tontería y perdedera del tiempo, que los problemas había que resolverlos con horas extra, con más y más horas extra, mientras ni siquiera se aprovechaba de una forma correcta la jornada laboral; ya habíamos caído en el pantano del burocratismo, de las plantillas infladas, de las normas anacrónicas, de la trampa, de la mentira; habíamos caído en un montón de vicios que, realmente, habrían horrorizado al Che, porque si al Che le hubiesen dicho que algún día en la Revolución Cubana iban a existir unas empresas que por ser rentables robaban, se habría horrorizado; que unas empresas que por ser

rentables y repartir premios, no sé cuántas cosas, y primas, vendían los materiales con que tenían que construir y los cobraban como si hubieran construido, el Che se habría horrorizado. Y les digo que pasó en los quince municipios de la capital de la república, con las quince empresas de mantenimiento de la vivienda para citar solo algunas. Aparecían produciendo ocho mil pesos al año, y cuando se acabó el relajo y se puso fin a todo eso, aparecían produciendo cuatro mil o menos, entonces ya no eran rentables; eran rentables solo robando.

Si al Che le hubieran dicho que aparecerían unas empresas en que, para cumplir y sobrecumplir fraudulentamente el plan asignaban al mes de diciembre la producción del mes de enero, el Che se habría horrorizado.

Si al Che le hubieran dicho que había unas empresas que cumplían el plan y repartían premios por cumplir el plan en valores, pero no en surtido, y que se dedicaban a hacer las cosas que les daban más valores y no hacían aquellas que les daban menor ganancia, aunque unas sin otras no sirvieran para nada, el Che se habría horrorizado.

Si al Che le hubieran dicho que iban a aparecer unas normas tan flojas, tan blandengues y tan inmorales que, en ciertas ocasiones, la totalidad casi de los trabajadores las cumplían dos veces, y tres veces, el Che se habría horrorizado.

Si le hubieran dicho que el dinero se iba a empezar a convertir en el instrumento principal, la fundamental motivación del hombre, él, que tanto advirtió contra eso, se habría horrorizado; que las jornadas no se cumplían y aparecían los millones de horas extra; que la mentalidad de nuestros trabajadores se estaba corrompiendo, y que los hombres iban teniendo cada vez más un signo de peso en el cerebro, el Che se habría horrorizado, porque él sabía que por esos caminos tan trillados del capitalismo no se podía marchar hacia el comunismo, que por esos caminos un día habría que olvidar toda idea de solidaridad humana e incluso de internacionalismo; que por aquellos caminos no se marcharía jamás hacia un hombre y una sociedad nuevos.

Si al Che le hubieran dicho que un día se pagarían primas y más primas, y primas de todas clases, sin que aquello tuviera que ver con la producción, el Che se habría horrorizado.

Si hubiese visto un día un conjunto de empresas, plagadas de capitalistas de pacotilla –como les llamamos nosotros–, que se ponen a jugar con el capitalismo, que empiezan a razonar y a actuar como capitalistas, olvidándose del país, olvidándose del pueblo, olvidándose de la calidad, porque la calidad no importaba para nada, sino el montón de dinero que ganara con aquella vinculación; y que un día se iba a vincular no ya solo

el trabajo manual, que tiene cierta lógica, como cortar caña y otras numerosas actividades manuales y físicas, sino que hasta el trabajo intelectual se iba a vincular; que hasta los trabajadores de la radio y la televisión iban a terminar vinculados, y que aquí terminaría por ese camino hasta el cirujano vinculado, sacándole tripas a cualquiera para ganar el doble y el triple, digo la verdad, el Che se habría horrorizado, porque esos caminos no conducirán jamás al comunismo, esos caminos conducen a todos los vicios y a todas las enajenaciones del capitalismo. Esos caminos –repito–, y el Che lo sabía muy bien, no conducirían jamás a la construcción de un verdadero socialismo, como etapa previa y de tránsito hacia el comunismo.

Pero no se imaginen al Che una persona ilusa, una persona idealista, una persona desconocedora de las realidades; el Che comprendía y tomaba en cuenta las realidades. Pero el Che creía en el hombre, y si no se cree en el hombre, si se piensa que el hombre es un animalito incorregible, capaz de caminar solo si le ponen hierba delante, si le ponen una zanahoria o le dan con un garrote, quien así piense, quien así crea, no será jamás revolucionario; quien así piense, quien así crea, no será jamás socialista; quien así piense, quien así crea, no será jamás comunista.

Y nuestra propia Revolución es un ejemplo de lo que significa la fe en el hombre, porque nuestra propia Revolución surge de cero, surge de la nada; no se tenía un arma, no se tenía un centavo, no eran siquiera conocidos los hombres que empezaron aquella lucha, y frente a todo aquel poderío, frente a los cientos de millones de pesos, frente a las decenas de miles de soldados, porque nosotros creíamos en el hombre, la Revolución fue posible. No solo fue posible la victoria, fue posible enfrentarse al imperio, llegar hasta aquí y estar acercándose la Revolución al veintinueve aniversario de su triunfo. ¿Cómo podía haber sido posible esto sin la fe en el hombre?

Y el Che tenía una gran fe en el hombre. A la vez que era realista, el Che no rechazaba los estímulos materiales, los consideraba necesarios en la etapa de tránsito, en la construcción del socialismo; pero el Che le daba un peso importante, y cada vez mayor, al factor conciencia, al factor moral.

Sería sin embargo una caricatura del Che imaginarse que no era realista y no conocía las realidades de la sociedad y del hombre recién sumidos en el seno del capitalismo, pero al Che se le conoce fundamentalmente como hombre de acción, como soldado, como jefe, como militar, como guerrillero, como individuo ejemplar, que era primero en todo, que nunca le pedía a los demás algo que no fuera capaz de hacer él primero; como modelo de hombre virtuoso, honrado, puro, valiente, solidario, todo ese conjunto de virtudes por las cuales lo recordamos y lo conocemos.

El Che era un hombre de pensamiento muy profundo, y el Che tuvo una excepcional posibilidad durante los primeros años de la Revolución de profundizar en aspectos muy importantes de la construcción del socialismo porque, por sus cualidades, cada vez que hacía falta un hombre para un cargo importante, ahí estaba el Che; era, realmente, multifacético, y cualquier tarea que se le asignara la cumplía con una seriedad y una responsabilidad total.

Estuvo en el INRA, al frente de unas pocas industrias a cargo de esa institución cuando todavía no se habían nacionalizado las industrias fundamentales y solo había un grupo de fábricas intervenidas; estuvo en el Banco Nacional, otra de las responsabilidades que desempeñó, y estuvo al frente del Ministerio de Industrias, cuando se creó este organismo; se habían nacionalizado ya casi todas las fábricas, había que organizar todo aquello, había que mantener la producción, y el Che se vio ante aquella tarea, como se vio ante otras muchas, la tomó con una consagración total, le dedicaba día, noche, sábado y domingo, todas las horas y se propuso realmente resolver trascendentes problemas. Fue cuando se enfrentó a la tarea de aplicar a la organización de la producción los principios del marxismo-leninismo, tal como él lo entendía, tal como él lo veía. Estuvo años en eso, habló mucho, escribió mucho sobre todos aquellos temas y realmente llegó a desarrollar una teoría bastante elaborada y muy profunda sobre la forma en que, a su juicio, se debía construir el socialismo y marchar hacia la sociedad comunista.

Recientemente se hizo una compilación de todas estas ideas y un economista escribió una obra por la cual recibió un premio en la Casa de las Américas, que tiene el mérito de haber recopilado, estudiado y presentado en un libro la esencia de las ideas económicas del Che, recogidas de muchos de sus materiales hablados o escritos, artículos y discursos sobre cuestión tan decisiva para la construcción del socialismo. La obra se titula *El pensamiento económico del Che*. Es tal el espacio que se ha destinado a recordar otras cualidades, que ese aspecto –pienso yo– es bastante ignorado en nuestro país. Y Che tenía ideas verdaderamente profundas, valientes, audaces, que se apartaban de muchos caminos trillados.

Pero en esencia, ¡en esencia!, el Che era radicalmente opuesto a utilizar y desarrollar las leyes y las categorías económicas del capitalismo en la construcción del socialismo; y planteaba algo en que hemos insistido muchas veces, que la construcción del socialismo y del comunismo no es solo una cuestión de producir riquezas y distribuir riquezas, sino es también una cuestión de educación y de conciencia. Era terminantemente opuesto al uso

de esas categorías que han sido trasladadas del capitalismo al socialismo, como instrumentos de la construcción de la nueva sociedad.

Algunas ideas del Che en cierto momento fueron mal interpretadas, e incluso mal aplicadas. Ciertamente nunca se intentó llevarlas seriamente a la práctica, y en determinado momento se fueron imponiendo ideas que eran diametralmente opuestas al pensamiento económico del Che.

No es esta la ocasión de profundizar sobre el tema; me interesa, especialmente, expresar una idea: hoy, en este XX aniversario de la muerte del Che; hoy, en medio del profundo proceso de rectificación en que estamos enfrascados y comprendiendo cabalmente que rectificación no significa extremismo, que rectificación no puede significar idealismo; que rectificación no puede implicar, bajo ningún concepto, falta de realismo; que rectificación incluso no puede implicar cambios abruptos. Partiendo de que rectificación significa –como he dicho– buscar soluciones nuevas a problemas viejos, rectificar muchas tendencias negativas que venían desarrollándose; que rectificación implica hacer un uso más correcto del sistema y los mecanismos con que contamos ahora, un sistema de dirección y planificación de la economía que, como decíamos en la reunión con las empresas, era un caballo, un penco, cojo, con muchas mataduras, y que estábamos untándole mercurio cromo, recetándole medicinas, entablillándole una pata, arreglando en fin al penco, arreglando el caballo; lo que procedía ahora era seguir con ese caballo, sabiendo los vicios del caballo, los peligros del caballo, las patadas del caballo, los corcoveos del caballo, y tratar de llevar ese caballo por nuestro camino y no que vayamos por dondequiera marchar el caballo. Hemos planteado: ¡tomemos las riendas!

Estas cosas son muy serias, muy complicadas, y en esto no se puede estar dando bandazos, ni se pueden realizar aventuras de ninguna clase. De algo vale la experiencia de tantos años, que unos cuantos de nosotros tenemos el privilegio de haber vivido en un proceso revolucionario. Y por eso ahora decimos: no se puede estar cumpliendo el plan en valores, hay que cumplir el plan en surtidos. ¡Lo exigimos terminantemente y el que no lo cumpla vuelva de donde esté, porque no tiene otra alternativa! Decimos: las obras hay que empezarlas y terminarlas rápido, que no vuelva jamás a suceder lo que nos pasó a causa de los resabios del penco: aquello de que se hacían movimientos de tierra y se ponían unas columnas porque valía mucho, y jamás se terminaba un edificio porque valía poco, aquellas tendencias a decir «cumplir en valores, pero no terminé una sola obra», con lo cual hemos estado enterrando cientos de millones, miles de millones, y no se terminaba nada. ¡Catorce años para construir un hotel!; catorce años enterrando cabillas, arena, piedra, cemento, goma, combustible, fuerza de

trabajo, antes de que entrara un solo centavo en el país por la utilización del hotel. ¡Once años en terminar nuestro hospital aquí en Pinar del Río!; es verdad que al fin se terminó, y se terminó con calidad, pero cosas de ese tipo no deben volver a ocurrir jamás.

Las microbrigadas, que fueron destruidas en nombre de tales mecanismos, están surgiendo de sus cenizas como el ave fénix y demostrando lo que significa ese movimiento de masas, lo que significa ese camino revolucionario de resolver problemas que los teóricos, los tecnócratas, los que no creen en el hombre y los que creen en los métodos del mercachiflismo, habían frenado y habían desbaratado. Así iban conduciéndonos a situaciones críticas, y en la capital, donde surgieron una vez –porque duele pensar que hace más de quince años se había encontrado una excelente solución a un vital problema–, en pleno apogeo fueron destruidas. Así, no había ya ni fuerza para construir viviendas en la capital; los problemas acumulándose, decenas de miles de viviendas apuntaladas y con riesgos de derrumbarse y sacrificar vidas.

Ahora resurgieron las microbrigadas, hay ya más de veinte mil microbrigadistas en la capital, y no están en contradicción con el pencho, no están en contradicción con el Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, sencillamente porque la fábrica o centro de trabajo que los envió les paga, pero el Estado le reintegra a la fábrica o al centro de trabajo en cuestión lo que paga por ese salario del microbrigadista; solo que el microbrigadista allí trabajaba cinco o seis horas y aquí trabaja diez, once y doce horas, trabaja por dos hombres, trabaja por tres hombres y la empresa ahorra. Nuestro capitalista de pacotilla no puede decir que le estamos arruinando su empresa; puede decir, por el contrario «están ayudando a la empresa, estoy haciendo la producción con treinta, cuarenta, cincuenta hombres menos, gasto menos salario»; puede decir: «voy a ser rentable, o voy a ser menos irrentable; voy a repartir más premios y primas. Puesto que ahora reduzco el gasto en salario». Racionaliza, consigue viviendas para el colectivo de los trabajadores y el trabajador está más satisfecho porque tiene la vivienda; construye obras sociales, escuelas especiales, policlínicos, círculos infantiles para los hijos de las mujeres trabajadoras, para la familia; en fin, tantas cosas extraordinariamente útiles como se están haciendo hoy, y el Estado impulsa todas esas obras sin gastar un centavo más en salario. ¡Esos sí son milagros!

Podría preguntarles a los mercachifleros, a los capitalistas de pacotilla, a los que tienen fe ciega en los mecanismos y en las categorías del capitalismo: ¿Podrían ustedes obrar ese milagro? ¿Podrían ustedes llegar a construir veinte mil viviendas en la capital sin un centavo más de salario?

¿Podrían construir cincuenta círculos en un año sin un centavo más de salario?, cuando antes había planificado solo cinco en el quinquenio y no se construían, y cuando diecinueve mil quinientas madres esperaban por el círculo, que no se sabe cuándo llegaría, porque al ritmo en que se alcanzaría esa capacidad de matrícula, ¡necesitaríamos cien años!, fecha para la cual se habrían muerto hace rato, y por suerte, todos los tecnócratas, capitalistas de pacotilla y burócratas que obstruyen la construcción del socialismo; se habrían muerto, el círculo número cien no lo habrían conocido jamás. Los trabajadores de la capital, en dos años, van a tener los cien círculos; y los trabajadores de toda la Isla, en tres años, van a tener los trescientos y tantos que necesitan, y van a elevar la capacidad de matrícula en los círculos a setenta u ochenta mil, fácilmente, sencillamente, sin gastar un centavo más de salario, sin importar fuerza de trabajo; porque a ese paso, con las plantillas infladas por todas partes, terminaban trayendo fuerza de trabajo de Jamaica, de Haití, de algunas islas del Caribe, de algún lugar del mundo; a eso era adonde único podían parar.

Hoy se demuestra que en la capital se podría movilizar uno de cada ocho trabajadores, estoy seguro; sería innecesario, porque no habría suficiente material para darles tareas a cien mil habaneros trabajando, y trabajando cada uno como tres. Estamos viendo ya ejemplos impresionantes de proezas de trabajo, y eso se logra con métodos de masa, con métodos revolucionarios, con métodos comunistas, combinando el interés de las personas que tienen necesidades con el interés de las fábricas y con el interés de toda la sociedad.

No quiero convertirme en juez de las diversas teorías, aunque tengo mis teorías, y sé las cosas en que creo y en las que no creo ni puedo creer. En el mundo se discuten hoy mucho estas cuestiones. Yo solo pido modestamente, en medio de este proceso de rectificación, en medio de este proceso y de esta lucha –en que vamos a seguir como les explicábamos: con el penco, mientras el penco camine, si camina, y mientras no podamos echar a un lado el penco y sustituirlo por un caballo mejor, pues pienso que nada es bueno si se hace con precipitación, sin análisis y meditación profunda– yo lo que pido modestamente, en este XX aniversario, es que el pensamiento económico del Che se conozca; se conozca aquí, se conozca en la América Latina, se conozca en el mundo: en el mundo capitalista desarrollado, en el Tercer Mundo, y en el mundo socialista. ¡Que también se conozca allí!, que del mismo modo que nosotros leemos muchos textos de todas clases y muchos manuales, también en el campo socialista se conozca el pensamiento económico del Che. ¡Que se conozca! No digo que se adopte, nosotros no tenemos que inmiscuirnos en eso; cada cual

debe adoptar el pensamiento, la teoría, la tesis que considere más adecuada, la que más le convenga, a juicio de cada país. ¡Respeto de manera absoluta el derecho de cada cual a aplicar el método o el sistema que considere conveniente, lo respeto de manera cabal! Pido, simplemente, que en un país culto, en un mundo culto, en un mundo donde las ideas se debaten, el pensamiento económico del Che se conozca. En especial que nuestros estudiantes de economía de los que tenemos tantos y que leen toda clase de folletos, de manuales, de teorías, de categorías capitalistas y de leyes capitalistas, se dignen, para enriquecer su cultura, a conocer el pensamiento económico del Che.

Porque sería una incultura creer que hay un solo modo de hacer las cosas y que tiene que ser ese solo modo; por la práctica concreta en determinado tiempo y circunstancias históricas; lo que pido, lo que me limito a pedir es un poco de más cultura, consistente en conocer otros puntos de vista, puntos de vista tan respetados, tan dignos y tan coherentes como los puntos de vista del Che.

No concibo que nuestros futuros economistas, que nuestras futuras generaciones actúen y vivan, y se desarrollen como otra especie de animalito, en este caso el mulo, que tiene solo las orejas que le ponen delante para que no pueda mirar a los lados; mulo además, con la hierba y la zanahoria delante como única motivación, sino que lean, que no se intoxiquen solo de determinadas ideas, sino que vean otras ideas, analicen y mediten.

Porque si estuviéramos conversando con el Che y le dijéramos: «mira, nos ha pasado todo esto» –todas esas cosas que yo estuve reflejando anteriormente, que nos pasó con las construcciones, en la agricultura y en la industria, con los surtidos, con la calidad, con todo eso, el Che habría dicho: «yo lo dije, ¡yo lo dije!»; el Che habría dicho: «yo lo advertí, les está pasando precisamente lo que yo creía que les iba a pasar», porque así ha sido, sencillamente.

Quiero que nuestro pueblo sea un pueblo de ideas, de nociones, de conceptos; que analice esas ideas, las medite, si quiere, las discuta. Considero que estas son cosas esenciales.

Puede haber algunas de las ideas del Che muy asociadas al momento inicial de la revolución como el relacionado con su criterio de que cuando se sobrecumplía una norma, el salario no sobrepasara los ingresos que le correspondería a la escala inmediata superior, porque él quería que el trabajador estudiara, y él asociaba su concepción a la idea de que la gente entonces con muy bajos niveles culturales y técnicos se superara. Hoy tenemos un pueblo mucho más preparado, más culto. Se podría discutir si debe ser igual a la escala superior, o a mayores escalas; se podrían

discutir aspectos y cuestiones que se asocian más a nuestras realidades de un pueblo mucho más culto, de un pueblo con mucha mejor preparación técnica, aun cuando no se debe renunciar jamás a la idea de una constante superación cultural y técnica.

Pero hay muchas ideas del Che que son de una vigencia absoluta y total, ideas sin las cuales estoy convencido de que no se puede construir el comunismo, como aquella idea de que el hombre no debe ser corrompido, de que el hombre no debe ser enajenado, aquella idea de que sin la conciencia, y solo produciendo riquezas, no se podrá construir el socialismo como sociedad superior y no se podrá construir jamás el comunismo.

Pienso que muchas de las ideas del Che, ¡muchas de las ideas del Che!, tienen una gran vigencia; si hubiéramos conocido, si conociéramos el pensamiento económico del Che, estaríamos cien veces más alertas, incluso, para conducir el caballo, y cuando el caballo quiera torcer a la derecha o a la izquierda, donde quiera torcer el caballo –aunque sin duda en este caso se trataba de un caballo derechista–, darle un buen halón de freno al caballo y situarlo en su camino, y cuando el caballo no quiera caminar, darle un buen espuelazo.

Creo que un jinete, vale decir un economista, vale decir un cuadro del Partido, vale decir un cuadro administrativo armado de las ideas del Che, sería más capaz de conducir el caballo por el camino correcto.

El solo conocimiento de su pensamiento, el solo conocimiento de sus ideas, le permitiría poder decir: voy mal por aquí, voy mal por allá, esto es una consecuencia de esto, una consecuencia de lo otro, en tanto el sistema y los mecanismos para construir el socialismo y el comunismo, realmente se desarrollen, realmente se perfeccionen, y lo digo, porque tengo la más profunda convicción que si se ignora ese pensamiento difícilmente se pueda llegar muy lejos, difícilmente se pueda llegar al socialismo verdadero; al socialismo verdaderamente revolucionario, al socialismo con socialistas, al socialismo y al comunismo con comunistas. Estoy absolutamente convencido de que ignorar esas ideas sería un crimen, eso es lo que nosotros planteamos.

Tenemos suficiente experiencia para saber cómo hacer las cosas, y en las ideas del Che, en el pensamiento del Che hay principios valiosísimos, de un valor inmenso, que rebasan simplemente ese marco que muchos puedan tener de la imagen del Che como un hombre valiente, heroico, puro; del Che como un santo por sus virtudes, y un mártir por su desinterés y heroísmo sino del Che como revolucionario, del Che como pensador, del Che como hombre de doctrina, como hombre de grandes ideas que con

una gran consecuencia fue capaz de elaborar instrumentos, principios que, sin duda, son esenciales en el camino revolucionario.

Los capitalistas se sienten muy felices cuando se les empieza a hablar de renta, de ganancia, de interés, de primas, de superprimas; cuando se les empieza a hablar de mercados, de oferta y de demanda, como elementos reguladores de la producción y promotores de la calidad, la eficiencia y todas esas cosas, porque dicen: eso es lo mío, esa es mi filosofía, esa es mi doctrina y son felices del énfasis que el socialismo pueda poner en ellos, porque saben que son aspectos esenciales de la teoría, de las leyes y de las categorías del capitalismo. A nosotros mismos nos critican unos cuantos capitalistas; tratan de hacer pensar que no hay realismo en los revolucionarios cubanos, que hay que irse detrás de todos los señuelos del capitalismo y nos enfilan por ello los cañones, pero ya veremos adónde llegamos, incluso con el penco lleno de mataduras, pero bien conducido el penco, mientras no tengamos nada mejor que el penco; veremos adónde llegamos en este proceso de rectificación con los pasos que estamos dando hoy.

Y por eso, en este XX aniversario, es que hago una apelación a nuestros militantes, a nuestros jóvenes, a nuestros estudiantes, a nuestros economistas, para que estudien y ¡conozcan el pensamiento político y el pensamiento económico del Che!

El Che es una figura de un prestigio enorme: el Che es una figura que tendrá una ascendencia cada vez mayor. ¡Ah!, y, desde luego, los frustrados y los que se atreven a combatir las ideas del Che, o a utilizar determinados calificativos con el Che, o a presentarlo como un iluso, como alguien irreal, no merecen el respeto de los revolucionarios; por eso es que nosotros queremos que nuestros jóvenes tengan ese instrumento, tengan esa arma en la mano, aunque no fuera por ahora más que para decir: no siga este camino errado previsto por el Che, aunque no fuera más que para enriquecer nuestra cultura; aunque no fuera más que para obligarnos a meditar; aunque no fuera más que para profundizar en nuestro pensamiento revolucionario.

Creo, sinceramente, que más que el acto, más que las cosas formales, más que los honores, lo que estamos haciendo con los hechos es realmente el mejor homenaje que podemos rendirle al Che. Este espíritu de trabajo que se empieza a ver en tantas partes y del cual esta provincia tiene numerosos ejemplos; esos trabajadores que allá en Viñales trabajan doce y catorce horas, haciendo micropresas, empezándolas y terminándolas unas detrás de otras, y haciéndolas con un gasto equivalente a la mitad de su valor, con lo cual pudiera hablarse de que en comparación con otras obras, si fuéramos a utilizar un término capitalista, aunque el Che era opuesto, incluso, al uso de terminología capitalista para analizar las cuestiones del

socialismo, si fuéramos a usar el término de rentabilidad, podríamos decir que aquellos hombres de la brigada de construcción de micropresas que están en Viñales, tienen más de un ciento por ciento de rentabilidad, ¡más de un ciento por ciento de rentabilidad!

¡Ah!, porque algo a lo que el Che le prestó atención absoluta, total, preminente, fue a la contabilidad, al análisis de los gastos, al análisis de los costos, centavo a centavo. Che no concebía la construcción del socialismo y el manejo de la economía sin la organización adecuada, el control eficiente y la contabilidad estricta de cada centavo. Che no concebía el desarrollo sin la elevación de la productividad del trabajo. Che, incluso, estudiaba matemática para aplicar fórmulas matemáticas al control de la economía y fórmulas matemáticas para medir la eficiencia de la economía. Che, algo más, soñó con la computación aplicada al manejo de la economía, como cosa esencial, fundamental, decisiva para medir la eficiencia en el socialismo.

Y esos hombres que mencionaba han hecho un aporte; por cada peso que cuesta, producen dos pesos; por cada millón de gastos, producen dos millones. Ellos, y los que están trabajando en la presa Guamá, los que están trabajando en el canal, los que están trabajando en la autopista hacia Pinar del Río, los que van a trabajar en la presa del Patate, los que han empezado a trabajar en vías y en la red de agua de la ciudad, hay una serie de colectivos de trabajadores que están llevando a cabo verdaderas proezas; como hombres de vergüenza, hombres de honor, hombres disciplinados, hombres leales al trabajo, están laborando con una enorme productividad.

En días recientes, nos reunimos con un grupo de constructores de una avenida en la capital, que son todos militantes del Partido, o de la Juventud, u obreros destacados, alrededor de doscientos hombres, de esos hombres a los que en vez de vincularlos –y no digo que la vinculación sea negativa, hay una serie de actividades en que es absolutamente correcta la vinculación–, como estos hombres andan en camiones y máquinas potentes, no les tenemos que decir: «trabajen más», más bien les tenemos que decir: «trabajen menos». Es mucho lo que están haciendo hombres como ellos, es demasiado a veces el esfuerzo, hombres a los que tenemos a veces que decirles: «trabajen menos», hombres a los que tendríamos que decirles: «den menos viajes», porque ustedes, yendo a la velocidad que deben ir, no pueden dar veinticinco viajes de camión con material de mejoramiento, sino veinte, pues no queremos que se maten. Y lo que nos interesa no es solo lo que hagan, sino la calidad con que lo hagan. Y les decimos: nos interesa mucho más la calidad que la cantidad; la cantidad sin la calidad es botar los recursos, botar el trabajo, botar los materiales.

La voluntad hidráulica que murió –pudiéramos decir– en esos días bochornosos, en ese período bochornoso en que no se terminaba nada, se está recuperando, y en la recuperación de la voluntad hidráulica marcha a la vanguardia la provincia de Pinar del Río.

Con el mismo espíritu están trabajando las brigadas de camino en las montañas de Pinar del Río, y con el mismo espíritu se extiende por todo el país este propósito de rescatar la voluntad hidráulica, y la voluntad de hacer caminos y carreteras, mejorar la eficiencia de nuestra economía, de nuestras fábricas, de nuestra agricultura, de nuestros centros hospitalarios, de nuestras escuelas, de llevar adelante con energía el desarrollo económico y social del país.

Afortunadamente, en estos años se ha creado un enorme caudal de personas con elevado nivel técnico, un caudal de conocimientos, de experiencias, de técnicos de nivel universitario, de técnicos de nivel medio. Lo que tenemos hoy cómo se compara con lo que teníamos aquellos primeros años de la Revolución. Cuando el Che estaba al frente del Ministerio de Industrias, cuántos ingenieros tenía el país, cuántos técnicos, cuántos proyectistas, cuántos investigadores, cuántos científicos. Hoy debemos tener alrededor de veinte veces lo que teníamos entonces, quizás más. Si él hubiera dispuesto de la experiencia colectiva de todos esos cuadros de que disponemos hoy, cuánto no habría imaginado que podía hacerse.

Si analizamos solo en el sector de la medicina, teníamos entonces tres mil médicos, y hoy tenemos veintiocho mil. Hoy cada año, en nuestras veintiuna facultades, graduamos tantos médicos como los que quedaron en nuestro país. ¡Qué privilegio, qué potencia, qué fuerza! Y a partir del año que viene estaremos graduando más médicos cada año que los que quedaron en nuestro país. ¿Podremos o no podremos hacer ahora en el campo de la salud pública lo que nos propongamos hacer? ¡Y qué médicos, que van al campo, que van a las montañas, que van a Nicaragua, que van a Angola, que van a Mozambique, que van a Etiopía, que van a Vietnam, que van a Kampuchea, que van al fin del mundo! ¡Esos son los médicos que ha ido formando la Revolución!

Estoy seguro de que el Che se sentiría orgulloso no de las chapuceras que se han hecho, con tanto mercachiflismo, se sentiría orgulloso del nivel cultural que tiene hoy nuestro pueblo, del nivel técnico; de nuestros maestros que fueron a Nicaragua y en número de cien mil se llegaron a ofrecer a ir a Nicaragua; se sentiría orgulloso de nuestros médicos dispuestos a ir a cualquier parte del mundo, de nuestros técnicos, ¡de nuestros cientos de miles de compatriotas que han cumplido misiones internacionalistas!

Estoy seguro de que el Che se sentiría orgulloso de ese espíritu, como nos sentimos todos; pero lo que hemos creado con la cabeza y con el corazón, no podemos permitir que se desbarate con los pies. De eso se trata, y de que con todos estos recursos que hemos creado, con toda esta fuerza, podamos avanzar y podamos aprovechar todas las posibilidades del socialismo, todas las posibilidades de la Revolución, para mover al hombre y marchar adelante. Quiero saber si los capitalistas tienen ese tipo de hombre como el que hemos mencionado aquí.

Como internacionalistas o como trabajadores hay que verlos; hay que reunirse con ellos para ver cómo sienten, cómo piensan, para conocer lo enamorados que están de su tarea, y no es por vicio de trabajar que actúan así, sino por la necesidad de recuperar el tiempo perdido: tiempo perdido en los años de Revolución, tiempo perdido durante casi sesenta años de república neocolonizada; tiempo perdido en siglos de colonialismo. ¡Tenemos que recuperarlo!, y no hay otra forma de recuperarlo que trabajando duro, no esperar cien años para hacer cien círculos en la capital si realmente con nuestro trabajo lo podemos hacer en dos; no esperar cien años para hacer trescientos cincuenta en todo el país si, realmente, con nuestro trabajo los podemos hacer en tres; no hay que esperar cien años para resolver el problema de la vivienda si con nuestro trabajo, nuestra piedra, nuestra arena, nuestros materiales, nuestro cemento producido, incluso, con nuestro petróleo, y nuestro acero producido por nuestros trabajadores, podemos hacerlo en unos pocos años.

Como decía esta tarde en el acto del hospital, el año 2000 está a la vuelta; tenemos que proponernos ambiciosas metas para el año 2000, no para el año 3000, ni para el año 2100 o para el año 2050, y al que nos venga a sugerir tales cosas, decirle: «tú podrás conformarte, ¡nosotros no!, a los que nos ha tocado la misión histórica de crear un país nuevo, una sociedad nueva; a los que nos ha tocado la misión histórica de hacer una Revolución y de desarrollar el país; a los que nos ha tocado el honor y el privilegio, no solo de llevar a cabo el desarrollo, sino de llevar a cabo un desarrollo socialista y de trabajar por una sociedad más humana, una sociedad superior». A los que nos vengán alentando a la holgazanería y a la frivolidad, les vamos a decir: «vamos a vivir incluso más que tú, no solo mejor que tú, o lo que se viviría si la gente fuera como tú; vamos a vivir más años que tú y vamos a ser más saludables que tú, porque tú, con tu holgazanería, vas a ser un sedentario, un obeso, vas a padecer de problemas cardíacos, problemas circulatorios y todo tipo de calamidades, porque el trabajo no daña la salud, el trabajo ayuda a la salud, protege la salud, el trabajo hizo al hombre».

De modo que a estos hombres que están haciendo proezas tenemos que convertirlos en modelos; diríamos que estos hombres están cumpliendo la consigna de: «¡Seremos como el Che!». Trabajan como trabajó el Che, trabajan como trabajaría el Che.

Cuando se discutía dónde celebrar el acto, había muchos posibles lugares: podía ser en la capital, en la Plaza de la Revolución; podía ser en una provincia; podía ser en muchos de los centros o fábricas en que los trabajadores querían ponerles el nombre del Che. Analizamos, meditamos, y pensamos en esta nueva fábrica, en esta importante fábrica, orgullo de Pinar del Río, orgullo del país, ejemplo de lo que pueden hacer el progreso, el estudio, la educación, cuando en esta provincia hace pocos años tan olvidada y atrasada han sido capaces sus jóvenes trabajadores de manejar una industria tan compleja y tan sofisticada. Baste decir que los salones donde se imprimen esos circuitos tienen diez veces más limpieza que un salón de operaciones, para poderlos hacer con la calidad requerida. Qué complejas construcciones, qué obra fue necesario hacer, con qué calidad, qué equipamiento y qué trabajo maravilloso están haciendo allí los pinareños.

Cuando nosotros vinimos de visita y la recorrimos, nos llevamos una impresión inolvidable que transmitimos a muchos compañeros, que transmitimos a los compañeros del Comité Central, lo que estaban haciendo en esta fábrica, lo que estaban haciendo en la industria mecánica, industria que también se desarrolla a gran ritmo; lo que estaban haciendo en las construcciones. Veíamos el porvenir de esta industria, como productora de componentes, de tecnología de vanguardia, que va a tener una incidencia enorme en el desarrollo, una incidencia enorme en la productividad, una incidencia enorme en la automatización de los procesos productivos. Cuando vimos la excelente fábrica que poseían, cuando vimos las ideas que se elaboran y se ejecutan en torno a esta fábrica, que llegará a ser un gran combinado de miles y miles de obreros, orgullo de la provincia y orgullo del país, que en los próximos cinco años recibirá inversiones por valor de más de cien millones de pesos para convertir esta industria en un gigante. Y cuando supimos que sus trabajadores querían que esta fábrica llevara el nombre del Che, que tanto se preocupó por la electrónica, por la computación, por las matemáticas, la dirección de nuestro Partido decidió que fuese aquí el acto de recordación del XX aniversario de la caída del Che, y que esta fábrica lleve el glorioso y querido nombre de Ernesto Che Guevara; sé que sus obreros, sus jóvenes trabajadores, sus decenas y decenas de ingenieros, sus cientos de técnicos sabrán honrar ese nombre y sabrán trabajar como hay que trabajar. Y cuando hablamos de trabajo no quiere decir que trabajo solo sea trabajar catorce horas, doce o diez,

muchas veces determinado trabajo, en jornadas de ocho horas, bien realizado es una proeza; y hemos visto compañeros y compañeras, sobre todo muchas compañeras, haciendo microsoldaduras, un trabajo duro, un trabajo verdaderamente tenso, que requiere un rigor, una atención y una concentración tremenda. Hemos visto y casi no nos imaginamos, cómo pueden estar ocho horas realizando esa tarea compañeras que hacen hasta cinco mil microsoldaduras en una jornada.

No piensen que creemos, compañeras y compañeros, que solo trabajando doce o catorce horas resolvemos los problemas. Hay actividades en que no se pueden trabajar doce ni catorce horas; hay actividades en que, incluso, ocho horas pueden ser muchas. Y esperamos que un día todas las jornadas no sean iguales; esperamos, incluso, que en ciertas actividades, si tenemos fuerza de trabajo suficiente –y la tendremos si somos racionales en su empleo–, podamos establecer, en ciertas actividades, turnos de seis horas.

Lo que quiero decir es que ser dignos del ejemplo y del nombre del Che es también saber aprovechar la jornada laboral con adecuada intensidad, velar por la calidad, aplicar el multioficio, evitar los excesos de plantillas, trabajar organizadamente, desarrollar la conciencia.

Yo estoy seguro de que el colectivo de esta fábrica sabrá ser acreedor al honor de que el combinado lleve el nombre del Che, como estamos seguros de que esta provincia ha sido acreedora y será acreedora a que este aniversario se haya celebrado aquí.

Si algo nos faltara por decir esta noche, es que pese a las dificultades; pese a que contamos con menos recursos en divisas convertibles que nunca, por factores que ya hemos explicado; pese a la sequía; pese al recrudecimiento del bloqueo imperialista, a medida que veo cómo reacciona el pueblo, a medida que veo cómo surgen más y más posibilidades, nos sentimos seguros, nos sentimos optimistas, y experimentamos la más profunda convicción de que todo lo que nos proponíamos hacer ¡lo haremos! ¡Y lo haremos con el pueblo, lo haremos con las masas, lo haremos con los principios; lo haremos con la vergüenza y el honor de cada uno de nuestros militantes, de nuestros trabajadores, de nuestros jóvenes, de nuestros campesinos, de nuestros intelectuales!

Y digo así, con satisfacción, hoy, que estamos rindiéndole al Che el honor que merece, el tributo que merece; ¡y si él vive más que nunca, la patria vivirá también más que nunca! ¡Si él es un adversario más poderoso que nunca frente al imperialismo, la patria será también más fuerte que nunca frente a ese mismo imperialismo y frente a su podrida ideología! ¡Y si un día escogimos el camino de la Revolución, de la Revolución socialista, el camino del comunismo, de la construcción del comunismo, hoy estamos

más orgullosos de haber escogido ese camino, porque solo ese camino es capaz de crear hombres como el Che, es capaz de forjar un pueblo de millones de hombres y mujeres capaces de ser como el Che!

Como decía Martí: ¡Si hay hombres sin decoro, hay hombres que llevan en sí el decoro de muchos hombres! Podríamos añadir: hay hombres que llevan en sí el decoro del mundo, ¡y ese hombre es el Che!

¡Patria o muerte!

¡Venceremos!

Casa de las Américas, no. 165, noviembre-diciembre de 1987 (encarte). Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en el acto central por el XX aniversario de la caída en combate del Comandante Ernesto Che Guevara, efectuado en la ciudad de Pinar del Río el día 8 de octubre de 1987.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

EL CHE Y EL SOCIALISMO DE HOY

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

Entre enero de 1989 –fecha en que se escribió la «Introducción» de este libro– y julio de 1992 no median tres años y medio, sino acontecimientos y mudanzas sociales de tal densidad que solo pueden compararse con los acumulados en las décadas de los años cuarenta y cincuenta. Entonces fueron el apogeo y la caída del nazismo, la presencia soviética y norteamericana en el centro de Europa, el reconocimiento del fin del capitalismo en siete países europeos y en parte de Alemania, y la conformidad con su continuidad en Grecia, Italia, Austria y el resto de Europa. Fue el predominio abierto de los Estados Unidos en el mundo capitalista, fueron la «contención» y la Guerra Fría –geopolítica de posguerra más que enfrentamiento de dos regímenes sociales–, el final (incompleto) del colonialismo y la expansión adolescente del neocolonialismo. Fueron el triunfo de la revolución en China, la victoria vietnamita en Dien Bien Phu, la guerra de liberación en Argelia, el triunfo de la Revolución Cubana. Fueron la reconstrucción de posguerra de la URSS, el XX Congreso del PCUS, el gobierno de Jruschov y la salida soviética al cosmos y a los mares del mundo.

Hoy ese mundo ha sido sacudido, vaciado de sentido, cambiado por gigantescas conmociones. Todo el sistema europeo oriental, y el sistema político de dos bloques contrapuestos que duró cuatro décadas, desaparecieron. La bipolaridad fue desmontada en un tiempo brevísimo, y los Estados Unidos emergieron como única potencia de alcance mundial que impone su poderío militar, ideológico y económico, pese a que en este último campo la Europa Occidental y Japón le llevan cierta ventaja. El fin de la URSS es asombroso: no existe otro ejemplo histórico de eliminación completa de un Estado poderoso de un escenario internacional en pugna sin que medie una guerra. La madurez del imperialismo, incubada por procesos económicos e ideológicos durante esas décadas, se muestra ahora desnuda y soberbia. Su democracia, su mercado, su poder, sus mecanismos económicos de dominación, su paz, su manera despiadada de vivir, su orden mundial aparecen como vencedores, deseables o inevitables –según quien juzgue o a quienes se dirija el mensaje–, contra los cuales parece absurdo pretender levantarse.

El quebranto, el desprestigio y el desaliento que han sufrido los ideales del socialismo difícilmente podrían exagerarse. Arrastrados por aquellos hechos, los esfuerzos por el desarrollo y las luchas de liberación de los pueblos del Tercer Mundo, o siquiera las aspiraciones más modestas de sobrevivencia y trato justo, de soberanía de sus Estados, dan la impresión de no tener cabida hoy, ni en el futuro cercano.

Aquellos años cuarenta-cincuenta, los años de la adolescencia y la juventud de Ernesto Guevara, fueron los de su formación como revolucionario. En 1959 ya era el Che. Estos años sombríos que vivimos ahora pretenden decretar también el olvido de su pensamiento. Sería ese olvido parte del cierre de una época: aquella en que se creyó que el ser humano puede ser algo más que un animal egoísta, que la acción organizada masiva puede convertir en realidad proyectos de liberación y de perfectibilidad de sociedades e individuos, y que el desarrollo de los países del Tercer Mundo es posible.

He preferido añadir este «Prólogo» y no sustituir con él a la «Introducción», por dos razones. Primero, porque estimo que ella cumple todavía las funciones que tenía respecto al libro, y porque sigo estimando procedentes sus planteamientos principales. Si algunos asertos perdieron vigencia, o resultaron erróneos, otros expresan realidades o necesidades que se han vuelto más acuciantes. Segundo, porque la «Introducción» muestra los límites del pensamiento –y también, en este caso, los de mis circunstancias como cubano– producido hasta 1989, límites que ahora se ven muy claramente, como se ve la urgencia de trascenderlos.

Este texto no pretende demasiado, pero al menos quiere situar algunos problemas e ideas desde hoy y con la vista puesta en el futuro.

Comienzo por lo más molesto, el brevísimo acápite 4 de la «Introducción», en lo referido a la perestroika. El escaso tratamiento del tema, y las tímidas alusiones a si ella se adecuaba demasiado al capitalismo y a sus patrones de conducta –reiteradas en algunos otros lugares del libro, pero en conjunto realmente insuficientes– testimonian una inconsecuencia, porque toda la obra implica una crítica muy fuerte y sistemática a la degeneración de las prácticas y el pensamiento de transición socialistas en la URSS y en el conjunto del llamado socialismo real desde décadas atrás, e implica una posición que sostiene la imposibilidad de que por una vía como la seguida en la Europa oriental se pudiera pasar efectivamente al socialismo. En cuanto al proceso mismo de la perestroika, aunque en enero de 1989 todavía provocaba muchas confusiones y alentaba a cierto número de esperanzados en que renovarían al socialismo, no me encontraba yo entre ellos.

Dejemos a un lado las circunstancias personales. A inicios de 1989 transcurría la fase final de una época que marcó al siglo xx; a lo largo de

ella, la influencia ideológica y el peso general de la URSS fueron decisivos para el socialismo en el mundo. Única referencia práctica de poder estatal de orientación comunista durante décadas, protagonista de la primera revolución anticapitalista triunfante desde la Comuna de 1871, patria del más destacado dirigente revolucionario marxista, la URSS fue líder de una red de partidos políticos casi mundial e impactó a millones de personas en todos los confines. La magnífica epopeya antifascista que escribió su pueblo renovó el prestigio soviético, aunque ya entonces la revolución nacida en 1917 había sido herida de muerte por una fracción en el poder. Después de la victoria llegó al cénit su poderío estatal, en controversia mundial con el estadounidense, y fue rectora de un grupo de países, pero resultó incapaz de recuperar y profundizar el movimiento socialista soviético que le había dado origen.

La ineptitud que terminaría imponiéndose a todos sus logros fue la de generar una nueva cultura que constituyera el medio radicalmente diferente a la cultura de la dominación, medio imprescindible para las transformaciones de las instituciones, las relaciones y las personas, que en un largo proceso participativo debían hacer realidad la transición socialista. Esa carencia básica (que privó a la URSS de un cemento eficaz para el complejo étnico y de nacionalidades en que estaba llamada a convertirse) se extendió al bloque de países tan diversos que lideró, y les impidió avanzar hacia una comunidad de sociedades socialistas. A pesar del papel mundial que llegó a desempeñar, no pudo llegar a constituir un foco atractivo para los oprimidos del resto del mundo.

Todo terminó en menos de tres años. El desastre repentino, las formas escandalosas en que dirigentes, ideólogos y funcionarios abandonaron sin el menor decoro los ideales que proclamaban hasta ayer y destruyeron las instituciones y el conjunto del sistema, el final sin resistencias ni gestos ejemplares, la amplia participación de círculos dirigentes del sistema previo en los nuevos regímenes políticos y económicos, empeñados en restablecer el capitalismo, hacen más difíciles los análisis socialistas de lo sucedido. Sin embargo, es indispensable conocer y valorar ese proceso, independientemente del abrumador sistema totalitario de formación de opinión pública que predomina hoy en el mundo. Llamo la atención sobre la necesidad de que tengamos interpretaciones nuestras, desde la América Latina, de las experiencias del llamado socialismo real y sus consecuencias.

El poder posrevolucionario que rigió durante décadas en la URSS y los países del bloque euroriental intentó desarrollar un socialismo de las fuerzas productivas, y fue derrotado por el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo mundial. El Estado todopoderoso en que degeneraron las

ideas de Marx, Engels y Lenin acerca del Estado como instrumento de la revolución socialista asfixió progresivamente, en la práctica, a la sociedad, hizo permanente el poder de un grupo y repartió privilegios por estamentos. Estado y sociedad fueron descomponiéndose de modo tan crónico y paulatino que parecía algo natural, y el sistema terminó corroído hasta la médula. La razón de Estado que se impuso en la actuación internacional se fue vaciando también de determinaciones y argumentos de estrategia mundial revolucionaria; la geopolítica de enfrentamiento con los Estados Unidos persistió aparentemente, pero su rápido deterioro fue una de las señales anunciadoras de la crisis definitiva.

La caída del sistema no se produjo mediante revoluciones populares. Es obvio que el rechazo a aquel orden se manifestó y generalizó cuando los diques fueron quitados, y que en ciertos movimientos y algunas nuevas instituciones existía un rico potencial favorable al menos a renovaciones con participación popular. Lo extraordinario entonces es cómo se logró conjurar esa posibilidad de que los pueblos tomaran la conducción en medio de cambios tan trascendentales, y se conformaran –así es hasta ahora, al menos– con los papeles que les han asignado los elementos que promovieron y controlaron los cambios, elementos provenientes muchas veces de las estructuras del sistema anterior. Las mayores confusiones, los enfrentamientos étnicos y nacionalistas, algunas luchas parciales, poco interés por la política, ingenuas aspiraciones son el cuadro de las actitudes más generalizadas. Es paradigmático el desarme ideológico y moral, la castración de iniciativas a escala de las mayorías que consiguió ese régimen que refería su legitimidad al proyecto social más ambicioso de la historia: la utopía comunista, la lucha solidaria mundial de los oprimidos contra el capitalismo, la creación de sociedades nuevas basadas en el predominio de los vínculos de solidaridad, la teoría marxista.

La abominación del pasado revolucionario y la negación de toda virtud a la época vivida fuera del sistema capitalista han sido completas. El imperialismo, abrumado por tantas victorias inesperadas, ha terminado por sacar el mayor provecho posible, poniendo en marcha una gigantesca operación para expropiar la esperanza de que cualquier rebeldía o cualquier cambio en beneficio de los pueblos sea posible, o siquiera pensable, y para exaltar desenfrenadamente la ideología neoliberal que hoy exhibe su sistema o solo las ideas y la literatura del socialismo real, execradas incluso por los que las usufructuaban, han sido condenadas: se pretende que el marxismo todo es obsoleto, y que sus temas y sus juicios ya no interesan. Por extensión, se presume lo mismo para todo pensamiento revolucionario.

En realidad, en la América Latina está en trance de comenzar una nueva etapa histórica. El pensamiento comprometido con las causas populares tendrá que ser capaz de independizarse de la hegemonía ideológica y cultural del capitalismo, y de oponerse a ella, para ser válido y eficaz. Lo mismo deberán hacer las organizaciones políticas y sociales populares y los que pretendan conducirlos, aunque cada medio tiene sus especificidades. En el largo proceso que comienza, la idea del socialismo desempeñará un papel creciente. Por ello es indispensable fundamentar su deslinde con respecto al socialismo que ha existido, o ha reclamado serlo, recuperar críticamente la herencia acumulada de experiencias, sentimientos y teorías socialistas, la herencia universal y sobre todo la latinoamericana, y elaborar una alternativa socialista propia como parte de las nuevas corrientes revolucionarias que se desarrollarán en el Continente.

Para todos esos fines siguen siendo válidos y útiles la acción, el pensamiento y el legado y todo del Che. Su crítica al socialismo de la Europa oriental –el que Suslov bautizaría «real»– se dirige a lo central de su régimen y a lo fundamental de sus consecuencias. En el marco político de su militancia y sus responsabilidades dentro de la primera revolución socialista autóctona sucedida en Occidente, vinculada progresivamente desde el poder con los regímenes del socialismo existentes en el mundo, el Che asume una actitud ante el socialismo y el marxismo, produce un cuerpo de pensamiento sobre la transición socialista y propone un tipo de relaciones entre las prácticas políticas y la actividad teórica y doctrinaria que resultan, en los tres casos, antitéticos del socialismo real.

El Che no pretende ser original, sino un actor en la universalización del marxismo de Marx y de Lenin desde la revolución socialista latinoamericana, aunque no es un adaptador sino un creador; no es un crítico constreñido al ejercicio intelectual, sino un protagonista de una «construcción» socialista; no es hostil al socialismo soviético por formación previa, y sostiene amplias relaciones con el mundo europeo oriental desde una posición de prestigio y de poder y con motivaciones internacionalistas. Estas tres características cuyas dan más peso y procedencia a su crítica del socialismo euroriental, y lo hacen más asequible y atractivo para los que tienen convicciones socialistas o consideran al socialismo indispensable para alcanzar la liberación. También dieron un carácter profundamente herético a su crítica, y volvieron al Che peligroso, repudiado, objeto de ataques, tergiversaciones y olvido.

Son admirables la profundidad y la riqueza de la crítica del Che, elaborada hace treinta años, cuando la estudiamos a la luz de los acontecimientos recientes. En la Europa oriental se produjo la comprobación práctica de que, tal como él creyó, los regímenes de «socialismo de mercado», en todas

sus variantes prácticas, terminan por ser inviables. Y de que las sociedades que esos regímenes promovieron no eran de transición socialista, sino de estancamiento en una «etapa intermedia» permanente en la cual los mecanismos del sistema disfrazaban la degeneración y abandono de los valores revolucionarios originales, la dominación de un grupo, los callejones sin salida del régimen económico, la inexistencia del internacionalismo victimado por la razón de Estado y los intereses mezquinos, la marginación de las mayorías respecto a la participación en la política y la economía, el estrangulamiento de la sociedad civil. El Che, como es lógico, tuvo que evolucionar él mismo para lograr su comprensión crítica, frente a una multitud de factores que tendían a impedirle esa comprensión. La lucidez, el rigor, la trascendencia a que obligó a su pensamiento en relación con sus circunstancias, la extrema consecuencia con que procedió, son ejemplares.

No intentaré sintetizar aquí lo que de aquella crítica del Che se expone a lo largo del libro. Lo que quiero resaltar es que esa crítica es resultado (y forma parte) de una concepción determinada del marxismo y del socialismo, una filosofía de la praxis que articula su concepción sobre la lucha por el socialismo y el comunismo desde el poder con el movimiento revolucionario y antimperialista mundial, la transición socialista concebida como una vinculación entre el proyecto comunista y el combate cotidiano por realizarlo, que privilegia la acción consciente, masiva y organizada como creadora de nuevas realidades en los individuos y en la sociedad en transición, que elabora reglas de conducta, relaciones e instituciones que sean eficaces en la contienda entre la promoción de vínculos de solidaridad y los vínculos mercantiles, el individualismo y el subdesarrollo existentes, contienda que caracteriza a toda la transición. Una concepción que vincula de manera íntima y compleja, la política, la ética y la economía, la educación con aquellas y con la coerción, el poder y la vanguardia con el servicio al pueblo, la promoción de la satisfacción y la autorrealización de los individuos con la lucha social.

El pensamiento del Che surge en la cresta de una ola. En los años sesenta se levantó una contraposición gigantesca, nacida del mundo mismo de los años cuarenta y cincuenta evocado al inicio de este texto, pero que por el camino de buscarle sus últimas consecuencias llegó a negar a aquel mundo de la posguerra. El entonces recién bautizado Tercer Mundo se tomó en serio a sí mismo, creó instrumentos de coordinación de sus actuaciones internacionales y comenzó a presionar por su desarrollo. La universalización subordinante del capitalismo se desniveló a causa de las revoluciones en numerosos países de Asia, África y la América Latina, y del ambiente de rebeldía que ellas crearon. Ya no el comercio de lo exótico a

lo Gauguin, sino las imágenes de Vietnam, fueron la pintura del Oriente. En las ciudades del capitalismo central apareció la protesta, que a veces llegó a retar al orden mismo que se había tenido por intangible. Los Estados Unidos fueron sacudidos por el crimen de Dallas, la lucha por los derechos civiles, la revolución en Cuba y en la América Latina, la rebelión negra, la oposición a la guerra de Vietnam, Watergate. Los apóstoles, las ideas, la acusación diaria de tanta miseria mezclada con sangre que llegaban desde el Tercer Mundo impresionaron a millones de personas en el mundo desarrollado. El sistema y el modo de vida del imperialismo sufrieron grandes impactos de deslegitimación, y hasta la renovación musical que se produjo se tiñó de protesta.

Mas no fue solo el mundo del capitalismo el retado. Los años sesenta implicaron a la vez el desafío que desnudó al primitivismo, la debilidad y las mezquindades del mundo levantado en nombre del socialismo. Los maniqueísmos de «izquierda contra derecha», con su soberbia y su distribución de premios y castigos, la geopolítica disfrazada, la manipulación, el reformismo como política y el dogmatismo como ideología dominante hicieron crisis o cayeron en bancarrota ante los ojos y las necesidades de los países, las multitudes y los nuevos revolucionarios. Se exigió consecuencia a la esperanza abierta por el XX Congreso del PCUS y se rechazó la detención y la involución de aquel proceso. El monolitismo se hizo pedazos. La revolución cultural maoísta en China conmovió por todas partes, y muchos la acogieron según sus necesidades y ausencias, sus insuficiencias, errores y estrecho nacionalismo constituyeron un golpe muy duro para el socialismo promovido desde el Tercer Mundo. Numerosas voces nuevas recuperaban a Marx y a la tradición marxista revolucionaria, sacaban a discusión la teoría y las experiencias históricas, incluidos Lenin y la revolución bolchevique, elaboraban ideas, preguntaban y opinaban acerca de la naturaleza del socialismo, sus caminos eficaces y sus tergiversaciones, sus reglas y obligaciones. La utopía comunista como un más allá posible, y la necesidad de aproximarla mediante la acción, reverdecieron en nuevos medios y territorios.

La Cuba revolucionaria fue una protagonista de todo aquel reto bifronte. Al revés de lo que se creía sobre las dimensiones de espacio y tiempo, triunfó y se sostuvo en el momento y el lugar menos indicados para unos y otros. Fue percibida como un prodigio de la voluntad, y su manera de condensar y realizar el proyecto histórico de liberación de una nación, su socialismo surgido fuera del existente y del movimiento comunista internacional, la juventud de sus protagonistas, la novedad de su lenguaje, la radicalidad decidida de sus medidas, su popularidad sin límites, el enfrentamiento

intransigente al imperialismo, su vocación internacionalista marcaron su originalidad y la convirtieron en un paradigma revolucionario y un imán de los que actuaban en favor de la liberación en el mundo o la deseaban. Tan fuerte era el desafío implicado en ella, que llevó a los Estados Unidos y la URSS al momento más grave de la rivalidad que los opuso durante cuarenta años: la inminencia de guerra nuclear durante la Crisis de Octubre de 1962. En esos que el Che llamaría «días luminosos y tristes» ambas potencias –y con ellas el mundo– conocieron la disposición absoluta del pueblo cubano a arrostrarlo todo por su soberanía y su revolución.

Cuba fue una convocatoria revolucionaria para la América Latina, el continente más evolucionado del Tercer Mundo, y el más contradictorio. En la América Latina terminaba entonces una etapa, y comenzaba otra, en la cual la dominación capitalista sufrió transformaciones muy notables en las formaciones económicas, el Estado, la sociedad civil, las ideologías. Las clases dominantes de los países latinoamericanos actuaron precisamente para mantener su hegemonía y adecuarse ventajosamente a cambios inevitables, dictados por el desarrollo del sistema capitalista mundial, aunque esto implicaba el creciente control estadounidense sobre sus países y todas las características y consecuencias de lo que ahora llamamos transnacionalización. Tales clases se identificaron, por tanto, con el imperialismo, y actuaron contra sus pueblos, mediante modelos represivos a gran escala que aseguraran el orden durante los cambios, manteniendo e incrementando los niveles de explotación y de marginalización, y evitando o enfrentando la organización de las protestas y rebeldías, y las revoluciones de liberación.

La represión predominó, pese a los grandes esfuerzos reformistas, porque la protesta tenía causas muy graves y la revolución se había puesto a la orden del día. La nueva rebelión fue más allá, a partir de la acumulación de cultura revolucionaria de la historia latinoamericana anterior, y generalizó los objetivos más radicales: la liberación nacional contra el capitalismo. Oponerse a sus clases dominantes llevó a muchos a identificar y condenar tanto al imperialismo como al reformismo. Fue una feliz coincidencia la de la Revolución Cubana y este ciclo revolucionario que abarcó al Continente: ambos se influyeron y fecundaron mutuamente.

La revolución fue la carta de presentación de la América Latina ante el mundo. Revolución de los hechos: guerrillas, muchedumbres enardecidas, el pueblo cubano en el poder; revolución de las conciencias: herejías políticas e ideológicas, teoría de la dependencia, teología de la liberación, pensamiento social comprometido; renovación de los lenguajes, desde la Plaza de la Revolución de La Habana hasta la literatura y el arte. El Che encarnó y constituyó la síntesis de aquel desafío latinoamericano. Por eso

la apoteosis que siguió a su sacrificio fue excepcional, y por eso fue tan corta en el tiempo. Pues todos los poderes que habían sido tan combatidos coincidieron en procurar el olvido del Che cuando iba terminando la ola levantada en los años sesenta. El orden de lo establecido volvió a predominar, en unos casos reconociendo cambios y avances irreversibles; en otros, asesinando, aplastando y dispersando a los agentes y simpatizantes de los cambios.

Después se ha desplegado un nuevo mensaje de moderación, de renuncia a todo sueño, de apología de la concertación, como parte del esfuerzo por legitimar la dominación. La figura del Che puede ser, a lo sumo, tolerada por este orden si se limita a ser uno entre tantos ídolos cuya veneración certifica la diversidad acotada por el poder, que es en realidad una función de la dominación. El ejemplo y el pensamiento del Che son, por el contrario, inaceptables para aquel poder, porque siguen siendo absolutamente subversivos y útiles en la actualidad.

El país donde se escribió este libro estaba envuelto, desde mediados de los ochenta, en un proceso político e ideológico –la llamada rectificación– que tenía entre sus objetivos uno central: apartar a Cuba del cauce de «socialismo real» en que había caído durante los últimos quince años, un cauce tan contradictorio con lo esencial de su revolución y de muchas de sus prácticas, desde su inicio e incluso durante esos mismos años. No se ha reconocido suficientemente la sagacidad política de este movimiento precoz que, pese a insuficiencias y altibajos, se adelantó casi un quinquenio a combatir el mal que acabaría con el sistema euroriental. Esa sagacidad era hija de los valores y la vitalidad de una revolución que continuó siéndolo pese a las deformaciones y errores acumulados.

La rectificación pretendió avanzar en sus objetivos en el marco de unas relaciones económicas internacionales en que la URSS y su campo eran determinantes para un pequeño país que se vio obligado a mantener su estructura económica muy dependiente de los vínculos exteriores. En realidad, la rectificación era también una prevención frente al paulatino deterioro de los vínculos económicos con la Europa oriental que era esperable, y se propuso recuperar y profundizar las fuerzas propias económicas mediante el predominio del factor subjetivo, cambios profundos y radicales en la actividad económica, dominio popular del socialismo sobre la economía e ideología y cultura correspondientes, más eficiencia, más diversidad de vínculos, más autosuficiencia. La constante adversa principal constituida por la agresividad y el bloqueo norteamericanos continuó, como ocurre hasta hoy; la coyuntura provocó resultados negativos en 1987, y en lo interno el proceso resultó insuficiente para sus objetivos económicos.

Por otra parte, en vez de sufrir un deterioro paulatino, los vínculos con la Europa oriental se desplomaron en apenas dos años. El comercio exterior de Cuba descendió en su valor a menos de la mitad entre diciembre de 1989 y diciembre de 1991; la alimentación de la población y el funcionamiento mismo de la economía quedaron comprometidos duramente al cesar de manera brusca la otra parte de cumplir sus compromisos. La situación es más grave si se recuerda que los convenios a largo plazo daban a la estructura económica y a los esfuerzos cubanos una orientación, características y objetivos profundamente ligados a aquellos vínculos. Se derrumbaron el abastecimiento de combustibles, de materias primas, de alimentos, que nos eran fundamentales; se derrumbaron los mercados de nuestras producciones principales; el sistema de precios y de pagos se acabó, dejándonos casi inermes frente al mercado y las finanzas mundiales del capitalismo transnacional actual. La seguridad nacional está amenazada de varias maneras, y el enemigo histórico de la nación cubana ha acrecentado súbitamente sus posibilidades contra ella, al quedar como única superpotencia en un mundo que se tornó unipolar.

No puedo examinar aquí los temas de la Cuba actual y sus perspectivas, tratados sintéticamente en el acápite segundo de la «Introducción», tan importantes sin embargo para la alternativa socialista latinoamericana y para el análisis de la vigencia del pensamiento del Che.¹ Apuntaré al menos que el socialismo cubano enfrenta un triple reto: de sobrevivencia de su población en niveles decorosos, y de su soberanía nacional y su régimen socialista, ante una coyuntura muy adversa; de viabilidad de la estructura y la estrategia económicas que pretende mantener y desarrollar, ante el cúmulo de dificultades y enemigos que tiene y tendrá; y de naturaleza del sistema que emergerá de la continuidad y las transformaciones de estructura económica que están en curso, de la evolución política, de las luchas más o menos duras y largas a que sea obligado el país, de los contextos y adecuaciones internacionales.

La caída del sistema de la Europa oriental hizo resaltar el acierto de la rectificación cubana como vía socialista, y mostró de manera dramática

¹ He tratado esos temas cubanos en numerosos textos escritos en los últimos cinco años. Entre ellos: *Desafíos del socialismo cubano*, México, 1988 (hay edición argentina: *Rectificación y profundización del socialismo en Cuba*, Buenos Aires, 1989); «El socialismo cubano: perspectivas y desafíos» y «Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia», en *Cuadernos de Nuestra América*, no. 15 y 17, de 1990 y 1991 (en Argentina, *Crítica de Nuestro Tiempo*, no. 1 y 2, Buenos Aires 1991 y 1992); «Cuba, un socialismo latinoamericano» en el Seminario *Integración y desarrollo alternativo en América Latina*, del Foro de São Paulo, Lima, 1992.

el abismo existente entre ambos. La permanencia del régimen cubano, por su parte, evidenció su arraigo popular, su capacidad de resistencia y su especificidad. Pero también ha arrojado más luz sobre los graves efectos negativos que trajo a Cuba la asimilación al «socialismo real», complicados con los defectos propios antiguos y recientes, a veces hijos de virtudes revolucionarias o de otras filiaciones. Y la situación tan difícil que se ha creado conspira contra la profundización de la participación y el control popular socialistas como centro y motor de la actividad de la sociedad en la etapa crucial que estamos viviendo. Es indispensable identificar bien las disyuntivas, ese ejercicio siempre tan arduo y riesgoso, para poder resolver las fundamentales, y resolverlas con éxito.

Cuba permanece socialista, y su existencia, su rebeldía, su antimperialismo, sus valores, su cultura revolucionaria, la manera de vivir de su gente constituyen la prueba latinoamericana de que el socialismo es posible: allí está. Referido a la utopía de una sociedad basada en la solidaridad, la liberación y la realización plena de la persona, el régimen cubano es muy insuficiente y defectuoso; esa realidad es más visible ahora que el desastre del socialismo real hace más lúcidos a los verdaderos partidarios del socialismo. Pero tanto por la ambición de sus objetivos como por sus logros, por la tensión permanente que mantiene entre el poder y el proyecto, por su capacidad autocrítica y su vocación internacionalista, Cuba es una formidable experiencia socialista. Si exceptuamos la de los enemigos abiertos de toda experiencia de poder popular, la crítica que exige a Cuba adecuarse a la hegemonía del capitalismo por el camino de las «reformas» es, en el mejor de los casos, ingenua; o es prenda de respetabilidad en quienes buscan ser aceptados por el sistema político burgués como izquierda permitida. La solidaridad sin condiciones de quienes defienden con Cuba la alternativa y la utopía socialistas para sus propios países, es un recordatorio permanente a los cubanos de la necesidad de profundizar el socialismo participativo, precisamente para fortalecerlo en las nuevas y complejas situaciones creadas, y para cumplir así lo que en su lucha antimperialista a finales del siglo pasado Martí llamó «el deber de Cuba en América», y hoy implica además seguir siendo el ejemplo de un socialismo verdadero y posible.

En un movimiento inteligente, el socialismo parece haberse replegado hacia la utopía, buscando nueva fuerza en ella para avanzar. La América Latina ofrece condiciones excepcionales para ese movimiento. El carácter excluyente, marginalizante, antinacional de su capitalismo, los callejones sin salida para las mayorías en que este ha sido colocado por la transnacionalización, la miseria estructural creciente, las cesiones de soberanía

no son contrastados desde el sistema político e ideológico. Los políticos en el poder o en torno a él y los que dominan la formación de opinión pública predicán las virtudes abstractas del liberalismo, la atomización de la gente enfrentada por el egoísmo, las asociaciones que resulten inocuas o tributarias de la hegemonía del sistema, el conformismo y la inacción. La mezquina democracia de los años ochenta está fatigada, huérfana de frutos sociales y criadora de monstruos políticos o de aburridos traspasos de cargos y promesas.

El campo popular ha padecido una prolongada crisis de proyectos, de relación entre lo social y lo político, de estrategia, de organización eficaz y atinada, crisis agravada por las consecuencias del final del socialismo real. Pero también es cierto que el campo popular ha acumulado cultura política, organizaciones sociales y desarrollo de sus capacidades y su sensibilidad, un potencial inmenso que no existía hace treinta años y que permite a millones de personas reconocer situaciones y sus responsables, y también autoidentificarse. Si es acertada la idea de que va a comenzar una nueva etapa histórica en el continente, la utopía socialista ha de ser un instrumento decisivo para proyectar las visiones, el entusiasmo y las conductas mucho más allá de lo que aportan los magros instrumentos del presente.

En los esfuerzos, las ideas, los sentimientos, las organizaciones y las luchas actuales están los gérmenes de los movimientos y cambios futuros. Sin embargo, el futuro permanece bloqueado por un muro que parece infranqueable: la hegemonía de las clases dominantes, asistida por mecanismos externos de hegemonía, que provee la justificación de lo existente y el repertorio de acciones y cambios posibles dentro del sistema; y frente a aquella, la disgregación y la falta de autoconfianza en su autonomía de los dominados.

No me referiré a las debilidades, características y condicionamientos de ambos campos, mucho menos haré predicciones sobre las tendencias de sus conflictos y el porvenir. Arriesgo empero el comentario de que solo mediante un parto formidable la América Latina podrá producir una actividad y un pensamiento capaces de romper con la esencia de los sistemas de dominación vigentes y sus terribles consecuencias sociales. Las motivaciones y los conductores de esos eventos aportarán los modos y proporciones en que se combinen y manifiesten las necesidades, anhelos, acumulaciones nacionales y de otros tipos que se desatarán. Creo que si se producen acontecimientos como estos, se parecerán mucho a una nueva cruzada, y muy poco a un triunfo de la razón democrática.

El pensamiento del Che no solo es valioso para el deslinde imprescindible del socialismo que queremos, respecto al que ha existido, ni como parte

relevante de la herencia que hay que recuperar. Lo trascendente de su pensamiento en la actualidad es que avanzó muchísimo en la elaboración de una alternativa realmente socialista desde la América Latina y el Tercer Mundo, desde una revolución anticapitalista de liberación verdadera, desde los ideales comunistas occidentales trasmutados en organización político-militar de masas en rebelión que pasan de la enajenación mercantil colonial a la creatividad liberadora y al poder. Esa concepción del Che de la transición socialista –que este libro trata de exponer– enfrenta todos los problemas principales desde una posición revolucionaria que brinda coherencia a cada actuación o juicio, y mediante una teoría, una determinada posición marxista que tiene sus ideas claves, su método, su aparato conceptual, su objetivo respecto a las transformaciones de las realidades sociales y de los individuos.

La concepción comunista de la transición socialista que elaborara, ese marxismo del Che, articula la utopía, los principios, la estrategia, los procedimientos, el mundo del individuo con los de las instancias sociales en que se ve envuelto, las tensiones fundamentales que existen entre el poder y el proyecto, entre el interés de las personas, las comunidades, los Estados, y los avances que deben ir registrando los vínculos de solidaridad –a todos los niveles de relaciones, desde las interpersonales hasta las internacionales– para que pueda hablarse de manera realista de sacrificios y deberes, de satisfacciones como productos de la actividad social, de carisma y entrega en lugar de dominio y mando, de esperanza cierta en el mejoramiento humano y social, de una moral, de educación de las conductas para la liberación, de internacionalismo, de socialismo.

Ese pensamiento del Che, irreductible como su vida a la manipulación, sigue siendo –no dudo en repetirlo– una fuente decisiva, por su valor, para orientar la lucha práctica actual por el socialismo de los revolucionarios cubanos, latinoamericanos en general y muchos otros en el mundo.

Prólogo a la edición argentina de *Che, el socialismo y el comunismo*. Incluido en *Casa de las Américas* (no. 189, octubre-diciembre de 1992, pp. 111-120) como homenaje al Comandante Ernesto Che Guevara, a veinticinco años de su caída. El texto apareció fechado en La Habana, julio-agosto de 1992.

EL CHE: UNA CULTURA DE LIBERACIÓN

ARMANDO HART DÁVALOS

Desde los históricos acontecimientos en Quebrada del Yuro, el comandante Che Guevara se convirtió en un mito de la justicia universal entre los hombres y de la solidaridad entre los pueblos. Lejos de extinguirse con los años, crece y crecerá más aún hacia el futuro.

Haber gozado de su entrañable amistad es un honor al que no se renuncia sin caer en la ignominia. Para cumplir cabalmente con el deber de serle fiel nos planteamos como exigencia científica y cultural descubrir las raíces sociales y económicas del paradigma que representa. Así podremos encontrar los nuevos caminos del socialismo.

Esto solo puede comprenderse a partir de un concepto integral y universal de cultura. Ella conforma el proceder revolucionario del autor de *La guerra de guerrillas*. Y se trata de una cultura de liberación. Se subestima el valor de la cultura cuando se aborda como exclusiva labor intelectual ajena a las exigencias de la práctica, o se le enfoca al modo relajante y superficial que paraliza la acción y distrae todo empeño de rigor. Disminuye su alcance y riqueza si se la identifica exclusivamente con propósitos de conciliación. La de liberación no es conciliadora. Promueve la búsqueda democrática del equilibrio. Equilibrar no es conciliar. Martí señaló que la aspiración al equilibrio normaba todos los actos de su vida, y preparó y desató en las específicas condiciones de Cuba de finales del pasado siglo la guerra «necesaria, humanitaria y breve» iniciada en 1895. El concepto martiano de la guerra de independencia de Cuba tiene un basamento cultural.

En el trasfondo del quehacer de Guevara está la cultura latinoamericana que estimula y orienta hacia la acción emancipadora de nuestros pueblos, y a forjar «la República moral en América» marcada por el móvil ideológico de la utopía universal del hombre. Si a la América del Norte el pensamiento pragmático le ha impedido arribar a una idea tan abarcadora de la cultura, en la del Sur del Río Grande germinan como aspiración la integración y la síntesis universal de los valores culturales. La cúspide de este pensar está en José Martí.

Las formas de acción escogidas por el Che para la realización de este ideal son, obviamente, muy diferentes de las que debemos adoptar hoy, pero la esencia de su pensamiento tiene vigencia creciente. Su pensar y su actuar revolucionarios se movieron en dos planos interrelacionados: el

de la gesta liberadora de la América Latina y el Tercer Mundo todo, y el de sus empeños como constructor de una sociedad socialista.

Emociona recordar que el entonces senador y luego presidente Salvador Allende se trasladó desde Santiago de Chile a la frontera con Bolivia para recoger a los últimos combatientes internacionalistas que tuvieron que salir de ese país tras la tragedia. Cualesquiera que fueran los caminos entrecruzados del futuro, las semillas del Che y del Presidente mártir estarán presentes en los sucesos de la historia de América.

La lección principal y dolorosamente adquirida en estos años se halla en que la disyuntiva no era entre caminos pacíficos o violentos. El asunto es más sutil. Allende y el Che son dos símbolos superiores de esta sutileza. El entrecruzamiento de sus concepciones de lucha es la enseñanza más importante que estos dos hombres dejaron para la historia americana. El futuro dirá cómo se produce esta articulación, y ha de ser desde luego infinitamente complejo, y adecuado a cada situación particular; pero en los dos símbolos se expresa una voluntad de transformación social en América que esta objetivamente necesita. En las formas complejas que se presenten en la vida, el enlace de las concepciones de lucha que tuvieron el Presidente mártir y el Guerrillero Heroico revela una síntesis política a la que nuestra América no puede renunciar. Las dos imágenes muestran lo más alto del espíritu ético de la cultura política de América en la segunda mitad del siglo xx.

Apreciemos ahora el segundo plano del pensar del Che.

En la década de los sesenta no se escucharon sus advertencias por quienes estaban obligados a hacerlo, no se oyeron los consejos de Fidel, expresados en su discurso ante los dramáticos sucesos de Checoslovaquia en 1968. Dijo entonces nuestro Comandante que algo había andado mal en el socialismo o cuando ocurrieron aquellas cosas. El socialismo europeo se había hecho tan «real» que acabó perdiendo, en los años ochenta y principios de los noventa, toda realidad.

Debemos estudiar el sentido más radical de las ideas que se revelan en la Segunda Declaración de La Habana, en *El socialismo y el hombre en Cuba* y en el «Mensaje a la Tricontinental» de 1966.

Precisamente en la idea del Che acerca del papel central que desempeñan los factores éticos y morales en la historia, y en la búsqueda que emprendió con respecto a caminos eficaces hacia la sociedad socialista, están claves esenciales para entender los dramáticos procesos ocurridos en la Europa del Este y en la URSS.

La insuficiencia o limitación cultural, y especialmente ética, impidieron al «socialismo real» cohesionar a los pueblos en lo interno y combatir eficazmente en lo externo a los enemigos irreconciliables de la liberación humana.

Un gran déficit de la edad moderna, cuyo punto más elevado está en el pensamiento socialista, se encuentra en el hecho de que no reconoció en todas sus consecuencias que la vida espiritual del hombre se halla en el sistema nervioso central de las civilizaciones.

Mientras no se aborde con rigor científico el tema de la ética, y en general de la superestructura y, por tanto, de la cultura, no se hallarán las vías eficaces para marchar hacia adelante en favor de la Revolución y el socialismo. Para alcanzar una política eficaz en defensa de los explotados hay que descifrar, en primer lugar, el tema de la moral y su papel en la lucha revolucionaria.

El comandante Ernesto Che Guevara es una señal de las mejores tradiciones éticas del siglo xx y se proyecta con esa luz hacia la próxima centuria. Fue el primero que habló de la necesidad de forjar al hombre del siglo xxi. Hoy, cuando este siglo se aproxima, nos percatamos de que arribamos a él en medio de la más profunda crisis ética de la historia de la civilización occidental. Desde los tiempos de la caída del Imperio romano no se observaba una situación similar.

La evolución ulterior de la historia podría conducir a mediano y largo plazo a un colapso de proporciones incalculables si no se toma conciencia y no se actúa sobre presupuestos de una política basada en una cultura ética profundamente humanista.

Mucho se ha hablado de forma retórica y superficial acerca del humanismo. Sin embargo, la civilización podría sucumbir en sus propias redes si no retoma y asume la herencia espiritual de quienes a lo largo de los siglos poseyeron sensibilidad, imaginación y talento para soñar, es decir, si no se exalta y afianza el espíritu que alentó a los grandes creadores desde Prometeo hasta Ernesto Che Guevara.

El reto de estos años finiseculares está en demostrar con una síntesis de cultura universal el valor científico de la moral y de los móviles ideales en el curso real de la historia humana. Y es precisamente esa síntesis lo que se halla en la esencia de la vida y el ejemplo del Guerrillero Heroico. Sus ideas éticas fueron tildadas de idealismo filosófico y de subjetivismo por quienes, situados en la superficie de la realidad, no acertaron a penetrar en sus esencias. No pudieron, no quisieron, no les interesó entender que, como señalaba Hegel, tan real era la monarquía francesa del siglo xvii como la Revolución que se gestaba entonces. Tampoco pudieron comprender (ni mucho menos extraer consecuencias de ella) la afirmación martiana de que en política lo real es lo que no se ve, porque no fueron capaces de sentir con una cosmovisión universal lo que sí asumió nuestro Apóstol cuando echó su suerte con los pobres de la tierra.

No se trata para mí de escribir o narrar lo ocurrido, ello es oficio de historiadores, sino de reflexionar sobre las enseñanzas del derrumbe a partir de las esencias presentes y vivas en el Che, que son las de Fidel y la Revolución Cubana. Esta es la lección que debemos extraer.

La Revolución Cubana triunfante en enero de 1959 significó la unidad del pensamiento materialista dialéctico y el más profundo sentido del humanismo en nuestra América. La síntesis que el Che representa nos puede conducir a conclusiones certeras en los más diversos campos de la filosofía, la cultura y la acción revolucionaria.

El comandante Guevara, al asumir los valores espirituales de nuestra América y elevarlos con su talento, heroicidad y decisión al plano más alto, se convirtió en uno de los símbolos éticos más elevados de la historia de las civilizaciones.

El Che y mi generación revolucionaria asimilamos las verdades que paso a paso fueron descubriendo los hombres y que culminaron con la exaltación de la razón y la inteligencia humana. Asimismo, conservaron y desarrollaron el sentido de la lucha y la esperanza en un mundo más justo que permanecía viva en la tradición espiritual de nuestra América. De igual forma, encontraron un método de investigación y una guía para la acción liberadora en Marx, Engels y Lenin.

El Che Guevara aprendió el marxismo-leninismo de modo autodidacta y en medio del combate político y social, que es la única forma de asimilarlo radicalmente. Apoyado en su ética personal y en su apasionada solidaridad humana, expresa ante nuestros ojos la aspiración de encontrar los nexos entre ciencia y conciencia que pueden hallarse en la articulación del pensamiento revolucionario de Europa y de América y el ideal tercermundista de Ho Chi Min.

En las tradiciones latinoamericanas no se presentó el antagonismo entre la ética y los principios y métodos científicos. El Che dejó huellas imperecederas en el pensamiento político y social universal de la segunda mitad del siglo xx. En cuanto pensador, exaltó la necesidad del rigor científico en el análisis de los hechos políticos, sociales, económicos e históricos. En cuanto hombre de ética, destacó la necesidad de enseñar con su propio ejemplo, y forjarse a sí mismo un carácter y un temperamento para encarar con valor a sus enemigos. Por eso, en sus horas finales, cuando se vio sin ningún recurso de defensa frente a sus captores, lanzó su última orden de combate: ¡Disparen, que van a matar a un hombre!

No hay ningún reproche científico al subrayar que en las entrañas de su ejemplo se gesta el espectro victorioso de sus ideas. No ha terminado la prehistoria. Está por comenzar la historia.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 7-10. Incluido en la sección «Coprotagonistas».

MI IMAGEN DEL CHE

ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

Pronto se cumplirán treinta años del crimen que acabó con su vida. Y recordar con tal motivo al comandante Ernesto Che Guevara no es un mero acto ritual, sino un deber, un compromiso, y algo que yo hago con sincera admiración.

En otras ocasiones me ocupé de examinar brevemente ciertos aspectos de su obra excepcional. Esta vez me limitaré a dar cuenta de la imagen que conservo de él, formada a partir de la lectura de muchos de sus escritos y acaso, sobre todo, de algunas conversaciones. Porque debo decir que, si bien no le conocí de cerca, tuve el privilegio de charlar con él y de oírlo pensar en voz alta en una media docena de informales y largos encuentros que nunca olvidaré.

En una mesa redonda en el Palacio de las Convenciones de La Habana, en la que me tocó participar hace ya nueve años, comenté que

si algo caracteriza al pensamiento y la obra [del Che] es [...] su profunda comprensión del carácter dialéctico del proceso histórico. Este es el eje de su pensamiento, lo que le permite entender las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre relaciones económicas y otras relaciones sociales, entre base y superestructura, entre leyes y realidades concretas [...] entre teoría y práctica, entre estrategia y táctica, entre incentivos morales y materiales, y entre líneas de acción verdaderamente revolucionarias y posiciones no revolucionarias. A esa comprensión obedece que un hombre tan práctico [...] tan capaz de «ascender a lo concreto», y para quien la acción es lo que más cuenta, sea a la vez un intelectual tan serio y un dirigente con un pensamiento tan profundo y creador, que desde la práctica misma, y a partir de hechos que él conoce a fondo, se interese en la teoría y en las cuestiones abstractas.¹

¹ Alonso Aguilar Monteverde: «La concepción económica del Che Guevara», *Estrategia. Revista de Análisis Político*, México, D.F., no. 79, enero-febrero de 1988, p. 41.

Recordé ese aspecto de su formación, de su actitud ante la historia y la vida misma, y de su personalidad y su carácter, porque fue de los que más me impresionaron. A él atribuyo la frescura y profundidad de su pensamiento, y a la vez su independencia. Si alguien nunca vio la historia de manera lineal y como si el progreso estuviese garantizado por leyes que operarían, en lo fundamental, del mismo modo y un tanto mecánicamente en las más diversas condiciones, fue él. Por eso, aunque pienso que el dramático colapso del sistema socialista europeo y la desaparición de la Unión Soviética le habrían afectado grandemente, a la vez estoy seguro de que los habría asimilado, los habría superado y en el nuevo e inesperado escenario seguiría en pie de lucha, convencido de que ese no es el fin de la historia, y pensando y actuando como un verdadero revolucionario.

Guevara no tuvo frente al socialismo una posición convencional o apologetica. Le preocupaban sus fallas y confiaba en que, con la participación de los trabajadores y una línea genuinamente revolucionaria, podrían corregirse. Pensaba que, si bien el nuevo sistema social había logrado avances indiscutibles en ciertos campos, en otros sus realizaciones eran todavía modestas e insuficientes. Veía al socialismo desde una actitud crítica, rechazaba el esquematismo y el dogmatismo de los manuales y estaba convencido de que, lejos de que el socialismo en Cuba, y en general en nuestra América, pudiera ser copia del «modelo soviético» o de lo que otros pueblos hicieran, tendría que ser, como pensara Mariátegui, «creación heroica».

Sería imposible recordar en unas cuantas líneas lo que caracterizó al comandante Guevara, y aun con más tiempo y espacio, seguramente el que esto escribe no sería quien con mayor autoridad podría hacerlo. Pero algunos de sus rasgos, que en mí causaron profunda impresión, fueron estos:

–*Su espíritu crítico y autocrítico.* Al respecto sentí que –no importaba qué asunto se abordara, incluyendo cuestiones que él mismo planteaba– todo debía examinarse en forma rigurosa y estricta. Al preguntarle alguna vez sobre cómo iban las cosas en Cuba, recuerdo que de una manera inesperada y escueta respondió: «Mal, muy mal». Oyéndole, pronto me di cuenta de que había avances innegables, pero comprendí a la vez que lo que a él más le interesaba no era hablar de los éxitos, sino de las insuficiencias, posibles errores y fallas que ponían en peligro el proceso, y de los que debía cobrarse plena conciencia. Cuando se refería, en particular, a lo que él hacía o dirigía, lejos de caer en cualquier triunfalismo, subrayaba las dificultades, los problemas y las limitaciones que era preciso superar.

–*Su antidogmatismo y su antisectarismo.* Uno sentía que, para él, la verdad no era algo prestablecido, rígido e intocable, sino más bien el fruto del examen crítico y del conocimiento cabal de realidades siempre cambiantes. Su marxismo era profundamente humanista, un marxismo «con alma», ajeno a las generalidades e interesado siempre en el análisis concreto de la realidad concreta. Y aunque fue muy exigente, sobre todo consigo mismo, no menospreciaba a quienes, desde diversas posiciones, y aun discrepando de él, pudieran aportar algo a la revolución.

–*Su genuino latinoamericanismo.* Sin dejar de ser argentino, Guevara recorrió desde muy joven varios de nuestros pueblos y se identificó con sus problemas y luchas. Conoció de cerca México y estuvo en Guatemala y otros países. Se hizo un distinguido revolucionario e incluso un alto funcionario del gobierno cubano, y en verdad fue un ciudadano de América. Esta fue su patria grande, en ella vivió y murió como un verdadero internacionalista.

–*Su modestia y su honradez excepcionales.* A propósito de su modestia, al recordar anecdóticamente en una ocasión los días de la Sierra Maestra, relató con humor las dificultades a las que cotidianamente tenían que enfrentarse. Y al comentar un compañero mexicano que él no habría tenido el valor necesario para vivir esa experiencia, Guevara dijo: «No crea usted. El valor se adquiere. Al principio todos sentíamos miedo; pero lo fuimos venciendo y pronto aprendimos que la bala que oíamos zumbiar, no nos tocaría». En cuanto a su honradez ejemplar, uno la advertía en su respeto a ciertos valores y principios, en su generosidad, su humanismo, su lealtad, su espíritu de sacrificio y su entrega total a la causa de la revolución. Su decisión misma de incorporarse a la Revolución Cubana, aparte de la simpatía y confianza hacia Fidel, obedeció a que pensó «que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro».²

«A riesgo de parecer ridículo», escribía «que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor». «Todos los días hay que luchar por que ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización».³

A propósito de su espíritu de sacrificio, sorprende y hasta conmueve su actitud tan íntegra y la responsabilidad y alegría que revela. Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio. Nuestro sacrificio es consciente, cuota para pagar la libertad

² Ernesto Che Guevara: «Una Revolución que comienza», *Pensamiento Crítico*, La Habana, no. 6, julio de 1967, p. 1.

³ *El socialismo y el hombre en Cuba*, La Habana, 1965, pp. 53 y 54. Las citas que siguen son del mismo texto pp. 52, 24, 53, 55 y 58, respectivamente. Ver en pp. 96-110 [*N. de la E.*].

que construimos. «El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio».

–*Su respeto a los trabajadores, al ciudadano común y corriente, y, a la vez, su comprensión del papel del individuo y la masa, y la relación de esta con los dirigentes.* Guevara consideraba que la iniciativa, el esfuerzo, la participación de los trabajadores son esenciales, y que por ello debe comprenderse el papel del individuo y de la masa. «Lo difícil de entender, para quien no viva la experiencia de la Revolución, es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto del individuos, se interrelaciona con los dirigentes».

Guevara no cayó en el error, frecuente quizás en otras experiencias socialistas, de menospreciar lo individual y no entender su relación con el interés colectivo. Y si bien su moral fue muy estricta, siempre pensó que la revolución debe lograr que «el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad».

–*Su convencimiento de que la organización es fundamental.* Acaso por la naturaleza de los temas que conversé con él, tengo la impresión de que, en general, no le satisfacía el nivel de organización logrado en la economía y en la vida cubana de los primeros años de la Revolución. Sin menospreciar los avances y convencido de que, desde luego, importaba tener la razón y hacer resueltamente lo que se hacía, reiteraba a menudo que aquello era solo el inicio, el punto de partida de un proceso en el que el nivel de organización tendría que elevarse grandemente, lo que sobre todo en un país subdesarrollado era, sin embargo, particularmente difícil.

–*A manera de resumen yo diría que, para el Che, el socialismo reclamaba y a la vez gestaría un nuevo tipo de hombre.* Un hombre capaz de interesarse genuinamente y aun de sacrificarse por los demás. La revolución no era para él un recetario ni un asunto de fórmulas librescas. «La revolución», decía, «se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario». «El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI; nosotros mismos». «Nos forjaremos en la acción cotidiana, creando un hombre nuevo».

Nadie podría decir que tales palabras eran solo buenos deseos, ilusiones e idealizaciones. Tan no era utópico pensar en ese nuevo tipo de hombre, que el Che mismo lo fue. La revolución y a la vez su entrega total a ella lo hicieron posible. Que cometió errores e incurrió en fallas, desde luego. Entre otros, algunos le atribuyeron que subestimaba los estímulos materiales y

tendía a favorecer una centralización excesiva, ambas cuestiones, por cierto, de gran complejidad sobre todo en la primera fase de una transformación revolucionaria.

Pero, con todo, Guevara fue en mi opinión un exponente del nuevo tipo de hombre que él buscaba, un tipo de hombre que sin dejar de ser un ser humano, era mejor, más generoso, capaz de hacer más por otros y de una elevada estatura moral y excepcional conciencia política.

Al menos así es como yo recuerdo al Che.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 19-22.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

CHE GUEVARA, HOMBRE DEL SIGLO XXI

MICHAEL LÖWY

Muchos lo llaman «el último revolucionario del siglo xx». ¿Y si el Che fuera el precursor de las revoluciones del siglo xxi?

Los años pasan, las modas cambian, a los modernismos suceden los posmodernismos, las dictaduras son remplazadas por las democraduras, el keynesianismo por el neoliberalismo, el muro de Berlín por el muro del dinero. Pero el mensaje del Che Guevara, treinta años después, es una antorcha que sigue quemando en este oscuro y frío final de siglo.

En sus «Tesis sobre el concepto de historia», Walter Benjamin –el pensador marxista judío-alemán que se suicidó en 1940 para no caer en las manos de la Gestapo– escribía que la memoria de los antepasados vencidos y asesinados es una de las más profundas fuentes de inspiración de la acción revolucionaria de los oprimidos. Ernesto Guevara –junto con José Martí, Emiliano Zapata, Augusto César Sandino y Farabundo Martí– es una de estas víctimas que cayeron de pie, peleando con las armas en la mano, y que se han vuelto para siempre semilla del futuro en la tierra latinoamericana, estrellas en el cielo de la esperanza popular, carbones ardientes bajo las cenizas del desencanto.

El Che no fue solamente un combatiente heroico, sino también un pensador revolucionario, el portador de un proyecto político y moral, de un conjunto de ideas y valores por las cuales luchó y murió. El hilo rojo que le da a sus opciones políticas e ideológicas su coherencia, su color, su temperatura, es un profundo y auténtico humanismo revolucionario. Para el Che, el verdadero comunista, el verdadero revolucionario, es aquel que considera siempre los grandes problemas de la humanidad como sus problemas personales. Enemigo mortal del capitalismo y del imperialismo –pero también de los burócratas que no piensan sino en imitar el sistema de producción mercantil–, Ernesto Guevara soñaba con un mundo de justicia y libertad en el cual el hombre deje de ser un lobo para los otros hombres. El ser humano de esta nueva sociedad, que el Che llamaba «el hombre nuevo» o «el hombre del siglo xxi», sería el individuo que ha roto las cadenas de la enajenación, y que se relaciona con los demás con lazos de solidaridad real, de fraternidad universal concreta.

Hay una frase de Martí que el Che citaba con frecuencia en sus discursos y en la cual veía «la bandera de la dignidad humana»: «Todo hombre verdadero debe sentir en la mejilla el golpe dado a cualquier mejilla de hombre». La lucha por esta dignidad es el principio ético que va a inspirar Ernesto Guevara en todas sus acciones, desde la batalla de Santa Clara hasta la última tentativa desesperada en las montañas de Bolivia. Tiene tal vez su origen en el *Don Quijote*, obra que el Che leía en la Sierra Maestra, en los «cursos de literatura» que daba a los reclutas campesinos de la guerrilla, y héroe con el cual se identificaba, irónicamente, en la última carta a sus padres. Pero ni por eso es ajena al marxismo. ¿No ha escrito el propio Marx: «El proletariado necesita de su dignidad más todavía que de su pan»? («El comunismo del Observador Renano», septiembre de 1847).

8 de octubre del 1967: fecha que quedará para siempre en el calendario milenar de la marcha de la humanidad oprimida hacia su autoemancipación. Las balas pueden asesinar a un combatiente de la libertad pero no sus ideales. Estos sobrevivirán, siempre y cuando germinen en la conciencia de las generaciones que retoman la lucha. Es lo que han descubierto, para su rabia y decepción, los miserables que mataron a Rosa Luxemburgo, a León Trotski, a Emiliano Zapata y al Che Guevara.

El mundo de hoy, después del fin del llamado «socialismo real» y el triunfo de la globalización capitalista, el mundo de la idolatría del mercado y de la religión neoliberal, parece que está a muchos años-luz de la época en la que luchó y soñó Ernesto Guevara. Pero, para los que no creen en el seudohegeliano «fin de la historia», ni en la eterna perennidad de la explotación capitalista; para los que rechazan las monstruosas injusticias sociales generadas por este sistema, y la marginalización de los pueblos del Sur por el «nuevo orden mundial», el mensaje humanista y revolucionario del Che es, hoy más que nunca, una ventanilla abierta hacia el futuro.

Su estrella seguirá iluminando, en el siglo XXI, los combates por la justicia y la fraternidad.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 50-51.

EL CHE EN NUESTRO MUNDO HOY

JAIME MEJÍA DUQUE

«Unos, quieren demonizarlo; y otros, banalizarlo...». Estas palabras de Roberto Fernández Retamar puntualizan bien, sin duda, el hecho histórico-político, por cierto de muy vasto alcance en nuestro tiempo, que identifica al proceso de *absorción* de la legendaria imagen del Che Guevara (la de su rostro mismo, en aquella imagen tan inspirada con que el fotógrafo cubano lo sorprendiera en el entierro de las víctimas del sabotaje a «La Coubre») por los aparatos ideológico-publicitarios del Sistema Mundial, bajo la especie de un mito excéntrico (en su doble sentido: como originado en la «periferia» y como representativo únicamente de «el ideal»).

La globalización que venimos presenciando conlleva una mayor eficiencia en dicho metabolismo banalizador, al que ya de alguna manera se había referido Marx en el comienzo de *El 18 Brumario*. Las implicaciones múltiples y concordantes, en lo ético y en lo político, que este proceso tiene, subsumidas finalmente en la cotidianidad capitalista desde los días del «68» francés, han sido confinadas por la corriente trivializadora de los «medios» en los reductos o guetos contestatarios –bohemios y estudiantiles– de las grandes ciudades. Allí encontraremos, más o menos entronizada, la efigie heroica del Che, con su mirada voluntariosa y abismada bajo la boina de miliciano eterno y eternamente joven, decorando las pobres paredes junto con el afiche –simétricamente emblemático– de Marilyn Monroe... La heroicidad con su halo de tragedia, por un lado; y por el otro, el Eros de la Inocencia inmolada en los altares del mercantilismo «hollywoodense».

Se trata, en últimas, de los modos como la sociedad oficial en cada época distorsiona y usa en su provecho (en nuestro caso, el de la libertad convertida en humorada) el sentido de ciertos futurismos cuyas connotaciones verdaderamente revolucionarias se ven así disueltas y esfumadas hacia el limbo de las «causas nobles». Lo que por debajo de esa calígne ideal sigue rigiendo es el reino de lo pragmático, que es como decir el imperio de la enajenación y el engaño, la injusticia y el despojo, universalmente consentidos.

II

A menudo se empieza por aniquilar físicamente al portador de la idea; y, en todo caso, se conspirará intensamente para neutralizar su influencia. El avance de las tecnologías publicitarias ha permitido refinar los métodos. Y si, a pesar de todo, la persona y las ideas del maldito han ganado consenso entre la juventud y algún otro sector popular, a tal punto que ya no resultaría sensato reprimirlos, se procederá entonces a idealizar la imagen del rebelde abstrayéndola de lo que la ligaba con lo necesario y objetivo de los cambios, para despojarla de su virulencia originaria y «culturizarla» a ultranza. Una especie de lirismo tendencioso irá trasmutando de este modo en decorativo y simbólico lo que era y seguirá siendo de suyo el enérgico llamado a una conciencia más alta, a una solidaridad más generosa, a una liberación fundamental. He ahí la metodología de la frivolidad. Sin embargo, si a esta se la coloca en una perspectiva más leal y más seria, se verá que apenas encubre el drama de un gran malogramiento: el del todavía posible y deseable proyecto de un mundo más justo, más digno, más humano.

En el umbral de ese nuevo mundo, por más remoto que pudiera parecerse actualmente, se yergue viva, rotunda, conminatoria, la figura del Che.

En el otro extremo de la desfiguración ideológica, se tiene a un Che demonizado. Ante la mirada de esa derecha tensa y belicosa, fundamentalista, el Che sería la encarnación del Mal. Es el Otro. Pero, por ello mismo, sigue siendo también nosotros. Lo es porque en lo esencial se confunde con nuestros íntimos anhelos de modificar radicalmente la Vida para que el hombre sea alguna vez lo que debe ser. No hay nada más valedero ni más lícito que esta vieja ambición.

III

Durante estas tres décadas vertiginosas, corridas desde cuando el Che –herido ya en combate– fue asesinado en Bolivia, hubo tiempo suficiente para muchas desgracias. Lo hubo, por ejemplo, para que de aquel maravilloso entusiasmo que duró cerca de veinte años se viniese a parar en la presente apatía. También lo hubo para que las heroicas guerrillas surgidas en los países pobres bajo el impulso de las grandiosas gestas de Vietnam y de Cuba, se precipitaran finalmente en la descomposición más lamentable. Ciertamente hay que admitir ahora, con los ojos bien abiertos,

que el ciclo de las revoluciones a sangre y fuego, tan fecundas antaño en determinadas coyunturas, ha pasado al archivo de la Historia. Al expirar el siglo xx, la célebre «partera» parece haberse convertido en ciego agente de la Contrafinalidad.

El propio Che sería hoy muy capaz de reconocer el fenómeno con plena valentía intelectual. Y comprendería que esta nueva situación tampoco es totalmente imputable a los revolucionarios mismos, cuya abnegación ha venido siendo, lustro a lustro, rubricada con la muerte.

Es, apenas, el movimiento de la historia, de la peripecia social en su conjunto –en lo nacional y en lo internacional–; es la dialéctica inmanente a los procesos, la causa de lo que estamos soportando. Es decir, el resultado no previsto de la suma de las acciones de los hombres. Lo cual demuestra, además, esta verdad sin adornos: que aún está lejano el día en que haya de cumplirse la formidable previsión de Marx, en el sentido de que los hombres conducirán conscientemente su historia.

Entre tanto, nada de lo hasta aquí acontecido invalida en su meollo la idea libertaria y colectivista que, desde Marx y Engels hasta Fidel y el Che, no ha dejado de ser una sola verdad. Porque, con todo y su impetuosa globalización, con todo y sus deslumbrantes conquistas tecnológicas, el capitalismo continúa exhibiendo su rampante destructividad, en lo ético, lo económico, lo ecológico, en toda la extensión y la variedad de la convivencia humana.

El mensaje y el paradigma del Che y de la Revolución Cubana seguirán incólumes, más allá de las alternativas estrictamente instrumentales. Ese ejemplo de coraje, de dignidad y de altruismo se ha consolidado como patrimonio de todos los pueblos. Finalmente, y cualesquiera que sean los avatares actuales, en la maraña de la Historia nuevas vías habrá que discernir –so pena de aniquilar la vida en el planeta– para realizar este único sueño.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 52-54.

EL DIARIO DE BOLIVIA

TUNUNA MERCADO

Para Jesús Abascal

Nunca habría imaginado en octubre de 1967 que alguna vez escribiría el nombre del Che en la página deslizante de una pantalla cuyo destino sería Cuba y cuya transmisión comenzaría en el momento en que el dedo sobre una tecla trasladara esas líneas a otra pantalla tan remota como inasible. No porque su figura de mártir lo alejara de mí o porque su sacralización me exigiera una respuesta devota, sino por el contrario: en esos años el Che estaba cerca, daba la impresión de que era un familiar que había avanzado más allá de las expectativas de un grupo, como un hermano mayor. Su hermana Celia era amiga de todos nosotros, de Paco Urondo, de Noé Jitrik. Yo me sentía orgullosa de poder nombrarla y también habría de emocionarme conocer a Ernesto padre en su casa de la calle Melo en Buenos Aires, así como años después a Hildita, así siempre en diminutivo, o a los hermanos más jóvenes y Ana María Erra en La Habana. Mucho antes, el nombre de Celia madre, una de las fundadoras del Movimiento de Liberación Nacional –donde se agrupaba un amplio sector de la izquierda argentina– había estado en nuestras bocas y habíamos reconocido su lucha política –y su lucha personal con la enfermedad que causó finalmente su muerte–. Más remotamente aún, en Córdoba, mi padre había sido profesor del Che en la escuela secundaria, y muchos amigos nuestros, los Roca, los Pinto, habían frecuentado a la familia Guevara en Alta Gracia, mítica ciudad que tenía el aura de exilio español con que la habían privilegiado los legendarios Falla y Aguilar. Reforma Universitaria, Guerra de España, Guerra Mundial, lucha contra el fascismo, eran el fondo de la vida de esa gente, de su vocación socialista, de su permanente y natural relación con la política.

No hay nadie que no recuerde el momento en el que se enteró de la muerte del Che. Una muerte así muestra como ninguna la fuerza de la idea rilkeana de la muerte propia. Moríamos de su muerte y nunca el amor estaría tan fundido con la muerte como entonces. Cuando sucedió, durante un tiempo, acaso solo unas horas, se sostuvo la idea de que él no había muerto, que sus ojos en la fotografía estaban vivos, aunque, mirándolos bien, se veía que tenían esa nube huidiza de los cuerpos que han dejado de ser. Fue Celia Guevara quien primero nos lo dijo. Un mediodía llegó a nuestro departamento con esa certeza. Lo que ella venía a decirnos trastornaba

su vida y cambiaba nuestra historia. El duelo comenzaba y se prolongaría. Tres días después nos íbamos a Francia y en el puerto de Santos, en Brasil, donde el barco se detuvo, *L'Espresso* italiano traía al Che en la portada. Esos años que viviríamos en Europa estuvo esa imagen pegada a la pared, como habría de estarlo en las casas de decenas de miles de gentes que habían mirado alguna vez a través de esos ojos y compartido de distintas formas sus deseos. Recuerdo que un profesor que enseñaba en nuestra misma universidad en Francia, paradójicamente comunista de partido, cuando vio esa foto dijo, amenazante, creyéndose premonitorio: «Ustedes mismos van a arrancar a Guevara», así pronunciaba el nombre, «ya van a ver». No sé qué fue de aquel llamado Fausto, ni en qué caída del socialismo habrá estado para arrancar los iconos o derribar las estatuas que reverenciaba.

Aquí, junto al teclado, en un atril imaginario, he puesto el diario de Bolivia. Es una primera edición en rústica del Instituto del Libro, de La Habana, 1968, «Año del Guerrillero Heroico», con prólogo de Fidel Castro. La foto del Che en trazos negros transparenta unas pinceladas anchas de verde; es un negro trágico, pero que en el diseño se quiso transparente, como si esa cara de ojos entrecerrados con la estrella en la frente iniciara un largo viaje de trascendencia, histórico o transhistórico, visionario e incorruptible. En la contraportada, formando parte del mismo fondo, un fragmento del mapa de la «región donde se desarrollaron los principales combates hasta el 8 de oct. 1967», nombres cuya resonancia es al mismo tiempo auditiva y semántica: Río Seco, La Cruz, Espino, Tres Cabezas, Higuera, Nancahuazú o Nancahuaso, Muyupampa, Quebrada del Yuro. Las líneas seguidas para marcar las carreteras, los guiones en línea recta para señalar caminos en buen estado, las ondas que dicen el agua de los ríos y la estrella de cinco puntas en los lugares del combate; Chile, Argentina, Paraguay en las fronteras de ese país ahora central sobre el mapa precario que ningún ciberatlas admitiría pero que sirvió para una guerra. Debajo de esa cubierta, sobre blanco, la firma, las tres letras que escribiré cada dos, tres líneas, el nombre del Che, con su brevedad paradójicamente tan extensa por su significación.

He leído nuevamente, casi treinta años después, el diario de guerra del Che como si estuviera escuchando un intenso solo, de un instrumento bajo y grave, o en bajo continuo, ese tono de escritura concebida como despojo, es decir, sin otra estrategia que la de señalar los hitos cotidianos de una campaña, y defendida de cualquier veleidad propiamente literaria que pudiera adulterar el objetivo. Para lograr ese efecto de desposesión hay que haber escrito con la certeza de que la escritura era en la circunstancia tan pertinente e indispensable como cualquier otro acto de vida o de

supervivencia; hay que haber asumido esa necesidad con el mismo criterio con que se prevé el resguardo de los alimentos y la provisión de las armas de un ejército y, por eso mismo, haber escrito con esa economía básica de la carencia y la reserva. Cuando así se escribe, el caudal de la lengua se somete a un ascetismo del sentimiento; no puede haber despilfarro porque hay privación –paradójicamente en exceso de la subjetividad y, correlativamente, una conciencia tan aguda del poder de esa palabra escrita como para dejarla desnuda y fáctica, sin adjetivos, sin metáforas, en la pura soledad del enunciado. Hay que haber aprendido a distinguir la índole del acto que se caligrafía sobre el papel: efímero por la inmediatez de lo que se puntúa, pero con la noción de futuro que lo ha desencadenado; estar seguro del orden testamentario que la decisión de llevar un diario confiere a los hechos, y saber elegir las densidades con que se cargará o diluirá un relato que se pretende documento, aunque se ignoren los alcances de su épica.

Estas suposiciones tendrían en qué sustentarse si se piensa en la obra teórica y política del Che, en sus escritos antes de llegar al diario, ese extremo último en el que escritura y guerra revolucionaria se unen por una decisión radical: poner en el cuerpo la mayor concentración de inteligencia para la defensa y el ataque; disponerse a la delimitación del espacio en el que se va a permanecer, en el que se va a acechar, el campo que se va a circunscribir y desde el que se va a desplegar una estrategia; fijar la posición que como internacional se ocupa en el mundo, el sitio desde donde se va a irradiar lo que por elección sustantiva se considera lo fundamental, es decir, la guerra revolucionaria.

Es inquietante la fusión de ese escribir solitario del Che en las hojas de una agenda, en la ocasión en alemán, con la búsqueda de una posición para observar al enemigo, atisbar al presunto cómplice y armar la emboscada. Dienstag, Donnerstag, Freitag, Mittwoch; Fastnacht, un 7 Februar, día de Carnaval, dato en el que el Che no ha de haber reparado; un calendario a la izquierda que anticipa el año siguiente y cada día marcado hora por hora, en una fragmentación como si fuera reloj, que la escritura de Che respeta porque hay que aprovechar todo el papel; eso sí, la medición estricta de la altura que la expedición va alcanzando en cada hito dice tanto sobre las posiciones como el texto o los mapas: subir, bajar, alcanzar puntos más altos, luego descender y tal vez ver esos puntos desde abajo con la impresión de que se ha superado una marca anterior.

El diario es un objeto acompañante que absorbe todo, ávido por ser la sombra que atiende o vela sobre el que escribe, segunda conciencia que a su vez está consciente de que la realidad no puede registrarse día a día, que nunca se puede decir todo lo que sucede, voraz diario y voraz realidad.

Carga y descarga, el diario siempre deja algo para después, como si en su acontecer fueran a producirse todavía otros estallidos y no dejara de aumentar el acopio de alimentos, de parque, de circunstancias, de decisiones, de escrituras invisibles, de enfermos, de errores, de animales, de nombres a descifrar, de hechos a concatenar en el lugar y en el mundo; diario como las cuevas hondas que guardan el botín o las excavaciones casi al ras del suelo para cubrir con tierra a los caídos.

Más adelante, en esa marcha de días, y de noches, el esquema de una encrucijada, un plano con tres opciones: Lagunilla, Muyupampa o Tiku-cha. Los caminos son tres líneas de puntos que terminan en flechas y las flechas son como deseos que tocan los nombres, llegan a ellos sorteando los peligros o enfrentándolos en esa otra encrucijada *patria o muerte* que está detrás, en la retaguardia-resaca o adelante en la vanguardia más allá. Es cuestión de abrirse paso, de hacer camino, atravesar el río, subir y bajar, «jugar montaña». Y en cada alto, duplicar la topografía en el texto.

La hoja también se abre paso: el mensaje llega y el mensaje va. La respuesta del mundo –llámese La Habana, La Paz, Partido, Campesinos, Líderes Obreros– tiene que legitimar el emplazamiento de uno, dos, tres frentes de guerra y es por ese sendero, de mano en mano, que se puede subir, bajar o llegar ganando terreno, región, país, continente. «El presunto cañón muere en unos acantilados, pero logramos un nervio por donde subir», dice el Che valiéndose de su lenguaje médico. Es que el territorio, como la página de agenda alemana –¿acaso Tania la guerrillera se la trajo al incorporarse al grupo?–, es un cuerpo surcado por vías que hay que desbrozar o desmalezar. El machete no perdona; tampoco perdona el bisturí crítico que se ha impuesto el Che, mutilando acaso reverberaciones de la lengua que podrían haber amenizado o incluso aligerado su boletín militar, como quien corta montaña, o aparta una piedra para que el manantial brote y refresque. El Che no se lo permite. Anota, en varios días desde el 7 de noviembre de 1966: 11 de febrero *cumpleaños del viejo (67)*; febrero 15 *cumpleaños de Hildita (11)*; febrero 18 *cumpleaños de Josefina (33)*; febrero 24 *cumpleaños de Ernestico (2)*; 18 de mayo *Roberto – Juan Martin*; 13 de junio *Celita (4?)*; 6 de septiembre *Benigno*; 17 de septiembre *Pablito*; octubre 2 *Antonio*. Son sus fechas familiares, que la cursiva separa del diario, livianas pero profundas por la alusión personal que el nombre destaca; breves pero con la capacidad de desencadenar relatos hacia un futuro cuya incertidumbre no parecía comprometer los afectos. Sin embargo, ninguna lamentación frente a la precariedad, ninguna queja por la pérdida que acarrea el combate: solamente su consideración por escrito, el balance.

De pronto, un día, el 25 de abril: «Día negro». El desastre es objetivamente militar: «Rolando estaba herido; lo trajeron al poco rato ya exangüe y murió cuando se empezaba a pasarle plasma [...] Hemos perdido el mejor hombre de la guerrilla». Y entonces, justo allí, en ese punto que compromete el afecto hasta desgarrarlo, luego de evocarlo como compañero en Cuba, no puede sustraerse. Solamente el texto literario puede esta vez hacer la mediación, entre la profecía revolucionaria y el poema: «de su muerte oscura solo cabe decir, para un hipotético futuro que pudiera cristalizar *Tu cadáver pequeño de capitán valiente ha extendido en lo inmenso su metálica forma*». Escribía sobre sí mismo.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 56-59.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

EL CHE: HOY MÁS QUE AYER

GIANNI MINÀ

Hace más de dos años, en noviembre de 1994, durante la manifestación en Roma contra la ley financiera que decretó el ocaso del gobierno del neoliberalista Berlusconi, no había por las calles de la capital solamente un millón de ciudadanos italianos, sino también decenas de millares de banderas y de pancartas con la imagen de Ernesto Che Guevara, médico argentino que, después de haber participado junto a Fidel Castro en la Revolución Cubana, había intentado, entre 1966 y 1967, una sublevación en Bolivia y sucesivamente en todo el continente latinoamericano contra las dictaduras, el hambre, las democracias secuestradas, la explotación y los sufrimientos.

Las mismas banderas las había hecho ondear en París un millón de estudiantes que obligaron al gobierno de Balladur a retirar y después reformar la ley sobre la escuela privada que había resquebrajado una antigua conquista libertaria, laica y democrática de la sociedad francesa.

Y las mismas imágenes las había propuesto la televisión en la primavera del 95, desde ciudad México, donde millares de estudiantes pedían el fin de las operaciones militares contra los indios mayas de Chiapas (sublevados ochenta años después de la Revolución Mexicana, aún pidiendo en vano «la tierra para los campesinos»). Los estudiantes se concentraron en la plaza del Zócalo, proponiendo no solo la imagen, enmascarada con el pasamontañas, del subcomandante Marcos (portavoz de los rebeldes), sino centenares de banderitas con el rostro absorto del Che Guevara.

Aquellas banderas, aquellos ritos, los bellísimos versos de Carlos Puebla –«de tu querida presencia, / Comandante Che Guevara»– han regresado a la plaza romana de San Giovanni el Primero de Mayo del 96 para un concierto de música rock auspiciado por las tres más importantes organizaciones sindicales italianas, y en el cual participó más de medio millón de jóvenes. Y el mismo escenario se ha animado en Río o en Madrid, en París o en Berlín, durante varias manifestaciones de significado social, antirracial o de rechazo a la injusticia.

Evidentemente, es una elección simbólica que ha devenido sentimiento común de todos los olvidados de la tierra, o de los que sienten sus derechos ignorados o pisoteados, o que no aceptan las ofensas y las discriminaciones

que se les hacen a otros seres humanos. Una elección fruto del gesto, el 9 de octubre de 1967, del sargento de los *rangers* bolivianos, Mario Terán, al cual se le había encargado dar el golpe de gracia al revolucionario Ernesto Guevara –capturado herido– en la escuela de La Higuera, un pueblito de Bolivia. Mario Terán había sido sacado a suerte, y la primera vez que entró en la habitación para cumplir las órdenes se retiró turbado después de encontrarse con la mirada del Che. Después de oír las burlas de sus colegas y de darse coraje con una botella de alcohol, volvió a entrar y ultimó con una ráfaga de metralleta, disparada por la espalda, sin mirarle la cara a su víctima, al médico argentino que soñaba con la liberación de la gente como él.

La orden de asesinar al guerrillero argentino había venido de Félix Rodríguez, alias Max Gómez, entonces «terminal» de la CIA en Bolivia y aún activo recientemente en operaciones sucias en Centro y Sudamérica. Aquella ejecución, de la cual Rodríguez se jactara con cinismo en un libro, debía resolver, en teoría, el problema de un continente. Por eso el cadáver del Che se hizo desaparecer, y después –como se ha sabido en fecha cercana, por las revelaciones del entonces capitán Mario Vargas– «destruido» por un bulldócer y mezclado en una colada de alquitrán en un trecho de la autovía que el tercer batallón Pando del cuerpo militar de ingenieros comandado por el entonces teniente coronel Andrés Selich, estaba construyendo de Vallegrande a Lagunillas. Una autovía que nunca se ha terminado.

Se había hecho esta cruel elección, porque se temía que la tumba del Che, en la América Latina, podía convertirse en un lugar de culto, y estaban convencidos de que hacerla desaparecer solucionaría toda subversión. Pero se sabe que se puede matar a los hombres, no las ideas. Es así que Che Guevara renace de inmediato, convirtiéndose en el símbolo de reafirmación no solo de los oprimidos de un continente que veintisiete años después de su muerte es más indigente que entonces, sino también de todos los que en el mundo soñaban y sueñan, como él, con una sociedad más solidaria, no esclava solo del beneficio propio, una sociedad de «hombres nuevos», como el mismo Guevara la definía.

¿Por qué ha nacido esta identificación con el Che Guevara y sus valores? ¿Y por qué se mantiene en cada esquina del mundo en que vivimos, en teoría muy alejado de las esperanzas y de los sueños de este hombre? Una mañana de octubre de 1992, después de que millares de jóvenes pero también desocupados de las villas miserias, los *slums* (como los definía *The News*, el diario de los estadounidenses en ciudad México), habían desfilado, enarbolando retratos del Che en una manifestación organizada para recordar la masacre de estudiantes del 2 de octubre del 68 en la Plaza de las

Tres Culturas, en Tlatelolco, Oleg Darusenkov, embajador ruso en México durante la era gorbachoviana, y ahora devenido vicepresidente de Televisa, la multinacional hegemónica de la televisión para Centro y Sudamérica, trató de responder esas interrogantes:

Yo creo que cada cierto tiempo debe nacer un Jesucristo, y estoy convencido de que, a su modo, Che Guevara ha sido un Jesucristo. No se sorprenda de que sea yo, ateo y exresponsable de la política, en la América Latina, del Sóviet Supremo, el que le haga esta afirmación. Es que nuestra vida, cada día, es tan angustiada, gris, a menudo mortificada, a veces reprimida, que si de cuando en cuando no surgiese un Ernesto Che Guevara para hacernos esperar, para hacernos soñar un mundo de ideales, nuestra existencia sería un accidente demasiado miserable, casi inútil.

El español de Darusenkov era perfecto, salpicado de un ligero acento caribeño. Oleg fue uno de los primeros soviéticos que trabajaron en Cuba, y el primero en colaborar con el Che en los planes de desarrollo del Ministerio de Industrias cuando en 1961, por su rigor, después de haber sido nombrado Presidente del Banco Nacional, al Che se le había confiado también el organismo más delicado para el desarrollo económico de Cuba.

La Revolución que había triunfado después de menos de cuatro años de guerra contra el dictador Fulgencio Batista había lanzado una simple reforma agraria y no se había decidido aún por el camino del socialismo. Pero habían bastado la expropiación de posesiones de algunos mañosos y la nacionalización de algunos bienes de la *United Fruit*, la potente multinacional de los Estados Unidos en la América Latina, para decretar la demonización de Cuba, el bloqueo económico (increíblemente en vigor aún en nuestros días) y favorecer quizás el inevitable acercamiento de la Revolución hacia los soviéticos.

Aquella mañana Darusenkov me dijo:

No sé cuánto les haya beneficiado a los cubanos aquella elección obligada, o cuánto les haya costado. Lo cierto es que han podido sobrevivir. Pero el Che también vio antes que los demás los riesgos de este matrimonio forzado, y por ello fue, desde los inicios, muy riguroso al defender orgullosamente los intereses cubanos, y quizás también crítico contra nosotros, como cuando en Argel pronunció la famosa frase según la cual si se establece cierto tipo de relaciones económicas entre los países atrasados y los socialistas, estos últimos «son, en cierta manera,

cómplices de la explotación imperial». Su rectitud moral, sin embargo, nos conquistaba hasta cuando nuestras opiniones o nuestros intereses divergían. Es una figura, un símbolo que el capitalismo, ni ahora, que parece haber vencido, podrá borrar.

Las teorías del Che sobre la guerra de guerrillas y sobre la inevitabilidad de que en la América subdesarrollada la lucha por el rescate de los pueblos fuera la lucha armada, han sido, según muchos expertos, desmentidas por la historia. Pero es legítimo dudar si doscientos millones de los cuatrocientos millones de latinoamericanos, veintisiete años después del paso de las ideas del Che, viven aún por debajo del umbral de la pobreza, mientras Cuba, todavía ahora, por su diversidad, por sus ideas (lo impagable y deshonesto de las tasas de intereses de la deuda externa de los países del Tercer Mundo, el rechazo al modelo único de desarrollo propuesto por los organismos internacionales, que no solo extirpa las raíces de los pueblos, sino que no atenúa la marginación de ellos, y la esperanza y la unidad de los países latinoamericanos en nombre de Simón Bolívar), es, como en la época de Che Guevara, un fastidio, un mal ejemplo de subversión entonces armada, ahora política.

Quizás Cuba, sin habérselo propuesto, paga el precio de haberse convertido, durante los años sesenta y setenta, en un laboratorio de nuevas ideas políticas, prerrogativa que desde siempre estaba reservada a naciones poderosas, con una gran historia a cuestas, como Inglaterra o Alemania, Francia o España, Rusia o los Estados Unidos. Nunca este papel había sido concedido a un pequeño país, por añadidura una isla del Caribe.

La culpa de todo esto era de una revolución hecha por intelectuales y no solo por guerrilleros. Quizás por esto, en una época de crisis de valores como la nuestra, la personalidad más romántica de la Revolución Cubana, Ernesto Che Guevara, es asumida como símbolo de los que no quieren alinearse a un mundo donde pocos hombres deciden por todos en nombre de un valor único, el mercado.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 60-62. Traducción del italiano de Alicia Llerena.

BREVE MEDITACIÓN SOBRE UN RETRATO DE CHE GUEVARA

JOSÉ SARAMAGO

No importa qué retrato. Uno cualquiera: serio, sonriendo, arma en mano, con Fidel o sin Fidel, diciendo un discurso en las Naciones Unidas, o muerto, con el torso desnudo y ojos entreabiertos, como si del otro lado de la vida todavía quisiera acompañar el rastro del mundo que tuvo que dejar, como si no se resignase a ignorar para siempre los caminos de las infinitas criaturas que estaban por nacer. Sobre cada una de estas imágenes se podría reflexionar profusamente, de un modo lírico o de un modo dramático, con la objetividad prosaica del historiador o simplemente como quien se dispone a hablar del amigo que descubre haber perdido porque no lo llegó a conocer...

Al Portugal infeliz y amordazado de Salazar y de Caetano llegó un día el retrato clandestino de Ernesto Che Guevara, el más célebre de todos, aquel hecho con manchas fuertes de negro y rojo, que se convirtió en la imagen universal de los sueños revolucionarios del mundo, promesa de victorias a tal punto fértiles que nunca habrían de degenerar en rutinas ni en escepticismos, antes darían lugar a otros muchos triunfos, el del bien sobre el mal, el de lo justo sobre lo inicuo, el de la libertad sobre la necesidad. Enmarcado o fijo a la pared por medios precarios, ese retrato estuvo presente en debates políticos apasionados en la tierra portuguesa, exaltó argumentos, atenuó desánimos, arrulló esperanzas. Fue visto como un Cristo que hubiese descendido de la cruz para descrucificar a la humanidad, como un ser dotado de poderes absolutos que fuera capaz de extraer de una piedra el agua con que se mataría toda la sed, y de transformar esa misma agua en el vino con que se bebería el esplendor de la vida. Y todo esto era cierto porque el retrato de Che Guevara fue, a los ojos de millones de personas, el retrato de la dignidad suprema del ser humano.

Pero fue también usado como adorno incongruente en muchas casas de la pequeña y de la media burguesía intelectual portuguesa, para cuyos integrantes las ideologías políticas de afirmación socialista no pasaban de un mero capricho coyuntural, forma supuestamente arriesgada de ocupar ocios mentales, frivolidad mundana que no pudo resistir al primer choque

de la realidad, cuando los hechos vinieron a exigir el cumplimiento de las palabras. Entonces, el retrato del Che Guevara, testimonio, primero, de tantos inflamados anuncios de compromiso y de acción futura, juez, ahora, del miedo encubierto, de la renuncia cobarde o de la traición abierta, fue retirado de las paredes, escondido, en la mejor hipótesis, en el fondo de un armario, o radicalmente destruido, como se quisiera hacer con algo que hubiese sido motivo de vergüenza.

Una de las lecciones políticas más instructivas, en los tiempos de hoy, sería saber lo que piensan de sí mismos esos millares y millares de hombres y mujeres que en todo el mundo tuvieron algún día el retrato de Che Guevara a la cabecera de la cama, o en frente de la mesa de trabajo, o en la sala donde recibían a los amigos, y que ahora sonríen por haber creído o fingido creer. Algunos dirían que la vida cambió, que Che Guevara, al perder su guerra, nos hizo perder la nuestra, y por tanto era inútil echarse a llorar, como un niño a quien se le ha derramado la leche. Otros confesarían que se dejaron envolver por una moda del tiempo, la misma que hizo crecer barbas y alargar las melenas, como si la revolución fuera una cuestión de peluqueros. Los más honestos reconocerían que el corazón les duele, que sienten en él el movimiento perpetuo de un remordimiento, como si su verdadera vida hubiese suspendido el curso y ahora les preguntase, obsesivamente, adónde piensan ir sin ideales ni esperanza, sin una idea de futuro que dé algún sentido al presente.

Che Guevara, si tal se puede decir, ya existía antes de haber nacido, Che Guevara, si tal se puede afirmar, continuó existiendo después de haber muerto. Porque Che Guevara es solo el otro nombre de lo que hay de más justo y digno en el espíritu humano. Lo que tantas veces vive adormecido dentro de nosotros. Lo que debemos despertar para conocer y conocernos, para agregar el paso humilde de cada uno al camino de todos.

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 67-68.

EL CHE Y EL HOMBRE NUEVO

LEOPOLDO ZEA

Hace treinta años, en 1967, se dio la noticia de la muerte del Che Guevara en las selvas bolivianas. Autoinmolación de un guerrero, más que un guerrillero, para el nacimiento del hombre nuevo. Su noble rostro y su cuerpo yacente recordaban a un Cristo. Anticipo del hombre nuevo en el que todos los individuos de la tierra, con su ineludible diversidad, personalidad, se sintiesen reflejados. No el hombre masa, sin nombre, sin rostro, sino el hombre concreto que en su diversidad se reconozca en los otros. De este hombre habló muchas veces el Che, como de un hombre concreto, tan concreto como lo era él mismo. En la revolución puesta en marcha en una región del mundo, en Cuba, dice el Che que «el hombre era el factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependían el triunfo o el fracaso del hecho encomendado». Individuo concreto entre individuos concretos, dispuestos a luchar e incluso a morir por la realización del hombre nuevo que cada uno de ellos llevaba dentro de sí.

En 1968, un año después, multitud de jóvenes se lanzaron a las calles en Europa, la América Latina y la sajona para reclamar el surgimiento de este hombre nuevo y la sociedad del mismo. Movimientos que en poco tiempo fueron absorbidos por el sistema mediante la Guerra Sucia. Guerra por la que cada uno de los bloques enfrentados en la Guerra Fría imponía el orden interno adecuado a sus intereses. El Che Guevara no alcanzó a ver el final de la Guerra Fría en 1989. Final que hizo aflorar como algo natural ese hombre nuevo y la posible sociedad que había anticipado el guerrero. El Che no vio el triste final del socialismo real que él también había enfrentado y la resistencia del capitalismo salvaje a seguir el mismo fin. Terminaba la Guerra Fría y se ampliaba la Guerra Sucia.

El enemigo a enfrentar no era ya el socialismo, sino la posibilidad del hombre nuevo y la sociedad que este pudiese crear. Guerra Sucia por la que todos los valores del hombre nuevo y la sociedad que este podría realizar fueran negados. Entre ellos el individuo, del que habla el Che, el héroe individualizado, específico, con nombre y apellido. El Cristo que daba su sangre para que no la tuvieran que derramar los otros. Por el contrario, se crearon héroes cibernéticos, sin rostros, sin nombre, sin apellido, presentados como

Cristos armados que ofrecían la sangre de los que tenían que ser redimidos. La Guerra Sucia para impedir lo que estaba aflorando en 1989 y que el Che había anticipado. En su lugar, Guerra Sucia dividiendo a los hombres por sus etnias y culturas, en estancos semejantes a las reservas que los creadores del sistema que se declaraba triunfante habían levantado. Otra vez la vuelta al darwinismo, en donde las especificidades dividían a los hombres en beneficio de unos cuantos. La supuesta defensa de la identidad de los llamados indígenas para que no se mezclasen y corrompiesen con quienes les habían impuesto dominio.

El hombre nuevo del que habló el Che Guevara sería el hombre capaz de reconocerse a sí mismo en los hombres. «Lo importante», dice Ernesto Che Guevara, «es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma». El socialismo en el que pensaba el Che sería el que construyesen individuos que, sin dejar de serlo, se sintiesen prolongados en los otros, sus semejantes. «El socialismo es joven», agrega, «y tiene errores. Los revolucionarios carecemos muchas veces de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales».

Desenajenarse de lo convencional sería lo importante para la creación del hombre nuevo. Nuevo, no porque negase sus orígenes, sino asumiéndolos para superarlos. La revolución misma no puede ser una meta semejante porque se anquilosan sus posibilidades. La revolución es algo que ha de hacerse, forjarse, día a día, enfrentando las diversas circunstancias que puedan impedirla. «La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario». Hablando de la experiencia revolucionaria en la Sierra Maestra, dice el Che: «Fue la primera época heroica, en la cual se disputaba por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. En la actualidad de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro».

Para el Che Guevara no hay masa, aunque habla de masa. No de la masa como algo uniforme para ser modelada, de acuerdo con la mente de su manipulador. No hay, no debe haber manipulador, amasador. La masa humana es algo multifacético, integrador de individualidades con rostro, nombre y apellido; que no se borrará a sí mismo si no suman sus esfuerzos en el logro de algo común. El Che Guevara se anticipaba así a la globalización que se inicia en 1989, y va anulando la impuesta por las diversas formas de imperialismos. Por el contrario, se trata de un mundo

integrado en su totalidad por la humanidad en sus múltiples, diversas expresiones étnicas y culturales.

«Lo difícil de entender», dice el Che, «para quien no viva la experiencia de la Revolución es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez, la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes». Los individuos que forman la masa no actúan mecánicamente, sino que antes comprenden a los individuos que responsabilizan por el logro de la nueva sociedad. Nada escapa al dominio de la comprensión, nada que la enajene, ningún verticalismo, sino una relación horizontal de comprensión y acción que haga imposible toda forma de elitismo.

El Che Guevara confiesa algo que pudiera parecer ridículo: «que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad». Hay «que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolarismos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización». «El hombre del siglo *xxi* es el que debemos crear aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada». Sin embargo, «la reacción contra el hombre del siglo *xix* nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo *xx*, no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo». «El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo *xxi*: nosotros mismos».

Estamos ya en los albores del siglo *xxi*, y el hombre nuevo que el Che imaginó y del que con su vida fue anticipo está allí, cada vez más real, acosado por la resistencia de fuerzas manipuladoras que se niegan a desaparecer: tanto el socialismo real como el capitalismo salvaje, empeñado aún en la Guerra Sucia que impida el surgimiento de lo que ya no puede ser evitado. Lo que parecía utopía hace treinta años, se va haciendo realidad. La realidad que posibilitarán individuos como Ernesto Che Guevara, que nunca pretendió manipular ni ser manipulado, sino encarnar en su personalidad la de los otros. «La personalidad», escribió, «juega el papel de movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta».

Casa de las Américas, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 83-85.

SOBRE PASAJES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

*Usa entonces mi mano una vez más, hermano mío,
de nada les habrá valido matarte y esconderte
con sus torpes astucias.
Toma, escribe: lo que me quede por decir y por hacer
lo diré y lo haré siempre contigo a mi lado.
Solo así tendrá sentido seguir viviendo.*

JULIO CORTÁZAR: «MENSAJE AL HERMANO»*

Era costumbre del Che en su vida guerrillera anotar cuidadosamente en un diario personal sus observaciones de cada día. En las largas marchas por terrenos abruptos y difíciles, en medio de los bosques húmedos, cuando las filas de los hombres, siempre encorvados por el peso de las mochilas, las municiones y las armas, se detenían un instante a descansar, o la columna recibía la orden de alto para acampar al final de fatigosa jornada, se veía al Che –como cariñosamente lo bautizaron desde el principio los cubanos– extraer una pequeña libreta y, con su «letra menuda y casi ilegible de médico, escribir sus notas. [...] Lo que pudo conservar de esos apuntes le sirvió luego para escribir magníficas narraciones históricas de la guerra revolucionaria en Cuba [...]»¹

Las que en estas palabras, tras evocar su génesis, Fidel llamó «magníficas narraciones» son, por supuesto, estos *Pasajes de la guerra revolucionaria* que la Casa de las Américas publica como parte de nuestro homenaje al Che en el trigésimo aniversario de su caída. Para esta edición, la más completa de la obra hasta ahora, hemos contado con el generoso auxilio de Aleida March, a cuyo cuidado se encuentra el Archivo personal del Che. Ella no solo nos transmitió valiosas sugerencias, sino que a partir del ejemplar en que el Che hizo modificaciones a la primera edición, las ha incorporado a la actual.²

* El texto de Julio Cortázar citado al inicio de este artículo aparece también en este volumen, pp. 117-118.

¹ Fidel Castro: «Una introducción necesaria» a Ernesto Che Guevara: *Diario en Bolivia, Obras 1957-1967*, t. I, La Habana, Casa de las Américas, 1970, p. 437.

² La primera edición de esta obra (que abarcó desde «Prólogo» y «Alegría de Pío» hasta «El combate de El Hombrito» y «El Patojo») se terminó de imprimir en La Habana, por

La gran mayoría de estos textos apareció inicialmente a partir de febrero de 1961, en forma de crónicas (por lo general con el título colectivo *Pasajes de nuestra guerra revolucionaria*), en la revista del Ejército, *Verde Olivo*, donde el Che dio a conocer también muchos otros materiales suyos. A mediados de 1962, Nicolás Guillén y yo lo visitamos, a nombre de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, con el fin de obtener su autorización para recoger las crónicas ya publicadas en un libro que editaría la Unión. Cuando le informamos de nuestro propósito, el Che estuvo de

las Ediciones Unión, el 8 de mayo de 1963. Pero entre la visita que a mediados de 1962 Nicolás Guillén y yo le hicimos al Che para pedirle que nos permitiera hacer el libro, y su publicación inicial (y también, como era previsible, después de tal publicación), el Che siguió dando a conocer en *Verde Olivo*, hasta noviembre de 1964, otras crónicas sobre la guerra. Ellas (y algunas anteriores) se recogieron en la que vino a ser la segunda edición de la obra, que apareció en el séptimo y último tomo (*Pensamiento guerrillero*) de *El Che en la Revolución Cubana*. La importante compilación así llamada, de tirada sumamente restringida, acopió materiales del Che producidos por él en relación con el proceso revolucionario de Cuba hasta que en 1965 salió del país a pelear en «otras tierras del mundo». Aunque la compilación no ofreció indicaciones, se imprimió en La Habana en 1966 por el Ministerio del Azúcar. Lleva un breve prólogo de Orlando Borrego Díaz, quien estaba entonces al frente de tal Ministerio y había acompañado al Che desde los tiempos de la guerra en el Escambray hasta los del Ministerio de Industrias. A los textos recogidos en la primera edición, esta añadió otros (no solo aparecidos inicialmente en *Verde Olivo*, sino algunos en *Humanismo*), pero no incluyó «El combate de Mar Verde». Una tercera edición del libro vio la luz en el volumen *Obra revolucionaria*, del Che, que a instancias de Haydee Santamaría preparé con destino a la Editorial Era, de México, en 1966, aunque su impresión solo concluyó poco después de la caída del Che: el 30 de noviembre de 1967. Para la realización de esta tarea me fue de gran valor la ayuda recibida en la Biblioteca Nacional José Martí por Israel Echevarría. Además, en una dilatada conversación que accidentalmente tuve con el Che en marzo de 1965, y que por el honor que fue para mí he mencionado en otras ocasiones, él me comunicó algunas ideas que había ido desarrollando sobre la estructura del libro. Por ejemplo, que el trabajo sobre «El Patojo» no era un «Pasaje», sino la semblanza de un compañero, y que en todo caso debía ir en un «Apéndice». Creí interpretar tales ideas, y proceder por analogía, cuando ordené el libro, incluyéndole además otros materiales, en el volumen mexicano nombrado. Y fui algo más lejos al compilar las *Obras 1957-1967* del Che en dos tomos que la Casa de las Américas terminó de publicar uno el 18, y otro el 23 de julio de 1970. La de esas *Obras* iba a quedar como la forma establecida del libro, con un enriquecimiento que le aportaron Juan J. Soto y Pedro Álvarez Tabío, editores de los *Pasajes* dentro de los *Escritos y discursos del Che*, tomo 2 (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, septiembre de 1972), al añadir varias cartas del Che relativas al tema: cartas también aparecidas en las mencionadas *Obras*, pero que sin duda es conveniente ver en relación con los *Pasajes*... Ese criterio me ha llevado a sumar ahora otras cartas del Che relativas al tema de este libro. Como ya se hizo en la edición de Era y en la de *Obras*, los materiales están ordenados según la cronología de los hechos a que se refieren. Y en esta nueva ocasión, se indica cuándo aparecieron todas las crónicas por primera vez.

acuerdo.³ Hablamos después de otras cosas, y de repente, para mi sorpresa, Guillén sacó un modelo de ingreso en la Uneac, se lo dio, y le pidió que lo llenara. El Che, no obstante admirar mucho a Nicolás, rehusó llenarlo, diciéndole que no se consideraba escritor. Tercié en la conversación explicándole que seguramente Nicolás no pensaba al hacerle la solicitud en sus versos, que al parecer el propio Che no apreciaba demasiado, sino en textos como los que nos habían llevado allí, y donde él se revelaba un evidente escritor, si bien no un escritor al uso. Pero tampoco mi argumentación lo hizo variar de criterio.

No era un comentario de circunstancia el que le di a conocer. Mi opinión sobre esas crónicas la expuse en artículo a propósito de «La creación artística en la Cuba revolucionaria» que publiqué poco después de aquel encuentro. Como todavía no se había hecho habitual la denominación «testimonio», utilicé otra, «reportaje», teniendo en cuenta obras sin duda conocidas por el Che, como *México insurgente* y *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed; y al Sartre (también conocido por el Che) que, al final de su famosa presentación de *Les Temps Modernes*, dijera:

La capacidad de captar intuitiva e instantáneamente los significados y la habilidad para reagrupar estos en forma que se ofrezcan al lector conjuntos sintéticos inmediatamente descifrables constituyen las cualidades más necesarias en un repórter y también las que reclamamos a todos nuestros colaboradores. Sabemos, por otra parte, que entre las pocas obras de nuestra época que tienen garantizada la supervivencia, se encuentran varios reportajes [...].⁴

He aquí lo que escribí en aquel artículo de 1962:

[...] es lógico que la inmediatez del hecho histórico pueda ser captada sobre todo por el género literario que de ello vive: el reportaje [...] un escritor de primer orden en su línea ha ido dando a conocer ya sus

³ Como resultado de ese acuerdo, el Che dio su título definitivo al libro, revisó las planas últimas y se las devolvió a Guillén añadiéndole al final unas líneas humorísticas. Conservé durante un tiempo esas planas, hasta que las entregué a Haydee Santamaría con destino al Museo de la Revolución. Sin embargo, supe después que el 16 de junio de 1964 el Che había escrito a Ezequiel Vieta: «Nunca quise que [el libro] se publicara fragmentario, pero no me hicieron caso [...] Espero que algún día pueda comentar la historia completa de esos dos años de verdadera epopeya que tuve la suerte de vivir». Según se dice en la nota, ediciones sucesivas recogieron los nuevos textos del Che.

⁴ Jean Paul Sartre: *¿Qué es la literatura?*, trad. de Aurora Bernárdez, Buenos Aires, Losada, 1950, p. 23.

experiencias: Ernesto Che Guevara. No solo en *La guerra de guerrillas*, cuyo valor literario suele pasarse por alto: también en las crónicas de la guerra que ha ido publicando en revistas y diarios, y que la Unión de Escritores y Artistas editará en forma de libro. Hay allí una nueva literatura, caracterizada por su despreocupación de toda moda literaria, y su apego escueto, y por lo mismo conmovedor, al hecho real.⁵

Al incluir esta obra en la colección que la Casa de las Américas dedica a los clásicos de la literatura latinoamericana, ratificamos que para nosotros tal es la jerarquía de aquella. Desde su aparición, la consideramos «entre las pocas obras de nuestra época que tienen garantizada la supervivencia». Los años transcurridos desde entonces, a pesar de inevitables cambios de paradigmas, no nos han hecho variar ese criterio.

Voy a detenerme en la condición de escritor que no fue ajena al Che. En carta a Ernesto Sábato de 12 de abril de 1960, le comunicó que en la época en que leyó el ingenioso y alfabético libro de este *Uno y el Universo* (Buenos Aires, 1945), «para mí era lo más sagrado del mundo [...] el título de escritor». La natural desacralización de ese título que el Che iba a experimentar no le impidió, entre otros hechos, la deferencia de su trato a Sábato en dicha carta. Lo que creció en el Che fue el énfasis en lo político al enjuiciar de modo ríspido a «la intelectualidad», como se puso de manifiesto en esa carta a Sábato; y también en la que un lustro después envió a Carlos Quijano y sería conocida como *El socialismo y el hombre en Cuba*: en esta última, habló de «intelectuales y artistas». Pero aquel énfasis suyo en la perspectiva política no fue óbice para que objetara a fondo, en *El socialismo y el hombre en Cuba*, al realismo socialista, esa nefasta caricatura nacida de una politización forzada, de lo que el propio Che llamó allí «el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista», «un dogmatismo exagerado».⁶

Por otra parte, el Che, quien desde muy temprano, ávido de saber y aventura, fue lector voraz y omnívoro así como viajero impenitente,⁷ escribió versos, cartas, diarios, relatos de viajes, narraciones, artículos, notas críticas,

⁵ Roberto Fernández Retamar: «La creación artística en la Cuba revolucionaria», «La cultura en México», *Siempre!*, México, 8 de agosto de 1962.

⁶ Ver Adolfo Sánchez Vázquez: «El Che y el arte», *Casa de las Américas*. no. 169, julio-agosto de 1988.

⁷ Ver al respecto dos libros que el padre del Che, Ernesto Guevara Lynch, confeccionó con comentarios suyos e importantes documentos del propio Che: *Mi hijo el Che* (Barcelona, Planeta, 1981) y *Aquí va un soldado de América* (Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1987).

semblanzas, ensayos; pronunció discursos, participó en paneles, concedió entrevistas. En todas estas ocasiones se manifestó como un intelectual informado y complejo, y reveló una indudable voluntad de estilo, si vale usar la ya no frecuente expresión. Fue por tanto, también, un escritor.⁸

Un singular ejemplo de su conciencia de escritor la ofrece su relación con los versos. Frecuentó a numerosos poetas, desde clásicos hasta modernos como José Hernández, Baudelaire, Martí, Darío, Machado, León Felipe, García Lorca, Guillén, Hikmet, Vallejo, Neruda, Otero Silva, Miguel Hernández, Mir y muchos más. Las huellas de algunos son perceptibles en sus propios poemas, la mayoría hechos en su juventud pero que de modo espaciado siguió produciendo hasta sus últimos días, y son aún parcialmente conocidos. Tenía una sensibilidad en carne viva para la poesía. Lo que da valor especial al hecho de que no diera a publicar ningún verso suyo: con la excepción de los del «Canto a Fidel», enviados a la prensa por manos amigas (lo que no le satisfizo), todos los que se le conocen aparecieron póstumamente. Es imposible no ver en esto una manifestación de su rigurosa autocrítica: el 21 de agosto de 1964 le escribió a León Felipe «del poeta fracasado que llevo dentro». En efecto, sus versos no son lo más logrado de su obra literaria: si bien, junto con la compasión revolucionaria, la exigencia moral y la sed de justicia, la visión poética estuvo en el centro de su obra, de su vida.

Cuando el Che publicó estos *Pasajes*, ya se conocía buena parte de su producción verbal. No solo era el autor de textos que anunciaban *La guerra de guerrillas* (1960), y de ese mismo libro, cuya evidente finalidad ancilar no borra por obligación sus rasgos literarios; también, de artículos y discursos variados. En ellos, a la función utilitaria la acompañaba con frecuencia un *pathos* no por sobrio menos real, trenzado en su obra con una agudeza analítica y un humor irónico que habrían de encontrar más fortuna entre sus comentaristas que aquel *pathos*.

La manera como el Che redactó los *Pasajes* es reveladora de su trabajo literario. En las líneas iniciales del prólogo evocé cómo un testigo de excepción lo presentó, durante sus días cubanos bélicos, tomando notas apresuradas en su *Diario*, al calor de los acontecimientos inmediatos: notas sobre las que escribiría más tarde sus narraciones. Solía grabar estas últimas,

⁸ Ver entre otros: Graziella Pogolotti: «Apuntes para el Che escritor», *Casa de las Américas*, no. 46, enero-febrero de 1968; Vera Kuteischikova y Lev Ospovat: «La literatura en la vida de un revolucionario. (Para un retrato de Ernesto Che Guevara)», *Casa de las Américas*, no. 104, septiembre-octubre de 1977 [incluidos también en este volumen]; José Antonio Portuondo: «Notas preliminares sobre el Che escritor», *Capítulos de literatura cubana*, La Habana, 1981.

hacerlas transcribir y retocar luego las transcripciones (no es extraño que ellas conservaran la calidad de lo oral). Se piensa en la conocida observación de Wordsworth según la cual la poesía es la emoción recordada en tranquilidad. El hombre de acción inextricablemente unido al intelectual dejaba constancia, como en ráfagas, de los hechos vividos; el escritor, el artista (aunque no solo él), a partir de esas ráfagas, elaboraba luego sus piezas. Martí, «supremo varón literario» al decir de Alfonso Reyes, ofreció el caso excepcional de un *Diario de campaña* de impresionante hermosura en su versión prístina.

Con escasísimas excepciones, quienes leímos en su aparición inicial aquellos *Pasajes* ignorábamos que no era la primera vez que el Che procedía de manera similar; y, por razones obvias, todos ignorábamos que no sería la última. La aparición en 1992 de un libro que mucho antes de los *Pasajes* el Che había preparado casi en su integridad (no se ha encontrado la parte final), echó nueva luz sobre su proceder literario. Tal libro se editó en La Habana y Madrid, prologado por Cintio Vitier, con el título *Notas de viaje (tomado de su Archivo personal)*: título que obviamente no se debe al Che. Se trata de una evocación de su primer viaje por nuestra América, entre diciembre de 1951 y agosto de 1952, junto con su amigo Alberto Granado, quien publicó su versión en *Con el Che por Sudamérica* (La Habana, 1986). También en aquella oportunidad el Che fue tomando cotidianamente apuntes sobre los acontecimientos de su vida, ya bien inquieta aunque todavía no guerrillera. Y al preparar una obra sobre el viaje, dio nueva forma a dichos apuntes.⁹ Así, por ejemplo, explicó: «El personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra argentina, el que las ordena y pule, "yo", no soy yo, por lo menos no soy el mismo yo interior. Ese vagar sin rumbo por nuestra "Mayúscula América" me ha cambiado más de lo que creí» (pp. 17-18). Y más adelante: «ahora, a más de un año de aquellas notas...» (p. 64). El hecho, pues, de basarse en notas tomadas de prisa, y darles luego nueva forma mediante el procedimiento literario de ordenarlas y pulirlas, se reveló en esa obra diez años antes de los *Pasajes*, como observó Vitier. El volumen juvenil no tiene aún la consistencia de estos últimos, lo que acaso determinó en el Che que la aparición de aquel fuera al cabo póstuma, al igual que la de sus versos. Tampoco quien lo hizo era todavía el Guevara maduro: aunque ya le complacía que lo llamaran «che» (véanse las páginas 46, 76, 102). Pero el estilo del hombre, como el hombre mismo, estaban más que en agraz en esa obra temprana.

⁹ No pocos de esos apuntes iniciales aparecieron en el libro de Guevara Lynch *Mi hijo el Che* (citado en la nota 6). Por dicho libro se sabe que desde adolescente el Che solía llevar diarios de sus viajes, y cuadernos de apuntes de sus lecturas.

Guevara elaboraría después otra muestra de esta vertiente de su faena: el libro *Pasajes de la guerra revolucionaria. El Congo*, escrito por él a partir del *Diario* que llevara cuando en 1965 se trasladó al país africano para participar en su lucha. El título no puede indicar de modo más elocuente el vínculo que el Che estableció entre esta obra y la que había publicado en 1963 sobre su experiencia guerrillera cubana. Y no me refiero solo a vínculos estilísticos. Tal título común apunta a su concepción de la guerra revolucionaria (así, en singular) como un deber antimperialista de liberación que atañe a los condenados de la Tierra en su conjunto («crear dos, tres... muchos Vietnam es la consigna», proclamó en su «Mensaje a la Tricontinental»), lo que puso nuevamente de manifiesto al ir a pelear a Bolivia.¹⁰ Si bien los *Pasajes* del Che relativos al Congo no han sido publicados aún en su totalidad, ya se conocen muchas páginas suyas, citadas en un libro sobre sus experiencias en aquel país.¹¹

En consecuencia, es necesario reconocer la importancia, dentro de la producción intelectual del Che, del tipo de obra que encarnan sus primeros *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Hace tres décadas expuse que no eran consideraciones intelectuales las únicas que movían al Che a escribirlo, en esa magnífica prosa suya, seca y coloquial. Era *también* el artista quien lo escribía. Allí no se generalizaba, sino se ponía la mano, la memoria sobre lo concreto. Pues si se trataba de mostrar la guerra revolucionaria como realmente era, con su violencia, su grandeza, su dolor y su constante afrontamiento de vida y muerte, se trataba sobre todo de subrayar siempre los principios que la animaban, así como la transformación que iban experimentando en su interior los seres humanos, al contacto profundo de unos y otros, contacto que iba fusionando a ciudadanos y serranos. Y al relacionar a este libro con el anterior suyo, *La guerra de guerrillas*, consideré que mientras este era una guía para la acción, su osamenta, los *Pasajes* eran el cuerpo mismo de esa acción, con los seres humanos individualizados, heroicos o vacilantes, sublimes o mezquinos: y siempre verdaderos. Para el Che fue básico ese vínculo entre teoría y práctica. Así como no es posible justipreciar su obra teórica sin tomar en cuenta el esencial humanismo del autor, revelado también en su sensibilidad artística, tampoco es posible calibrar la obra suya en que es más perceptible esa sensibilidad si

¹⁰ No parece aventurado pensar que, de haberle sido posible, el Che, a partir del *Diario* que llevó en este país, hubiera escrito un tercer tomo de *Pasajes de la guerra revolucionaria*.

¹¹ Paco Ignacio Taibo II, Froilán Escobar y Félix Guerra: *El año en que estuvimos en ninguna parte. (La guerrilla africana de Ernesto Che Guevara)*, Buenos Aires, Editorial Colihue, 1994.

la separamos del cuerpo de ideas por las cuales vivió y murió. Una y otra son el anverso y el reverso de una unidad indestructible en él.

En conferencia que en 1964 María Rosa Oliver ofreció en la Casa de las Américas sobre «La literatura de testimonio»¹² (y que quizá pesó en que un lustro después la institución acordara convocar, por vez primera en la historia, a un premio de testimonio),¹³ aquella afirmó:

En la Argentina ha habido [...] un lenguaje escrito que no difería del hablado por una persona culta, y este lenguaje sencillo y coloquial fue el que adoptaron los que escribían únicamente con la finalidad de dar testimonio. Y justamente es la falta de pretensiones literarias la que ha conservado lozano como ninguno el estilo de Lucio V. Mansilla, en *Una excursión a los indios ranqueles*, y la que hace lucir como escritas hoy algunas páginas de la historia argentina, de Vicente López.

Y de inmediato añadió esta curiosa observación:

Diré también, para ser justa, que en estos días me hallé sumida de manera inesperada en esa prosa inconfundiblemente característica de ciertos, de contadísimos argentinos nacidos en hogares terratenientes, al leer los *Pasajes de la guerra revolucionaria* de Ernesto Che Guevara. Espero que él, que ha contribuido tan magníficamente a que la Revolución entregue la tierra a quienes la trabajan, me perdonará lo de «terrateniente».

Varias cosas deben ser dichas a propósito de estas palabras inteligentes y alguna vez risueñas. En primer lugar, ellas obligan a recordar los vínculos de Guevara con la Argentina, vínculos sobre los que todavía hay cosas que averiguar. El Che (vocablo que por sí solo es revelador) partió del país donde nació, con veinticinco años: muchos más de los que tenía cuando fue desterrado de Cuba Martí, a quien no obstante su ecumenismo es imposible ver desvinculado de su país natal. Y aunque tras su primer viaje por tierras latinoamericanas el Che escribiera que «ese vagar sin rumbo por nuestra "Mayúscula América" me ha cambiado más de lo que creí», lo que indudablemente fue cierto; y aunque él iba a cambiar todavía más

¹² María Rosa Oliver: «La literatura de testimonio», *Casa de las Américas*, no. 27, diciembre de 1964, pp. 3-11.

¹³ Ver Jorge Fornet: «La Casa de las Américas y la "creación" del género testimonio»; y Ángel Rama y otros: «Conversación en torno al testimonio» (1969), *Casa de las Américas*, no. 200, julio-septiembre de 1995.

de resultados de otras experiencias, se impone saber cómo era, cómo había sido formado aquel que cambió, y qué permaneció vivo de su formación inicial a través de sus intensos avatares. Algo se ha dicho sobre esto. Por ejemplo, Michael Löwy conjeturó que Aníbal Ponce pudo haber influido en la concepción humanista del Che.¹⁴ Y se han añadido otros aportes.¹⁵ Pero, como dije, hay aún cosas que averiguar. Si en su aludida carta a Sábato le confesó «que pertenezco, a pesar de todo, a la tierra donde nací y que aún soy capaz de sentir profundamente todas sus alegrías, todas sus esperanzas y también sus decepciones», cuando el 9 de agosto de 1961, en conferencia de prensa ofrecida en Montevideo, se le preguntó por su nacionalidad, el Che respondió: «Tengo el sustrato cultural de la Argentina y me siento tan cubano como el que más, y soy capaz de sentir en mí el hambre y los sufrimientos de cualquier pueblo de América, fundamentalmente, pero además de cualquier pueblo del mundo». Ese irrenunciable sustrato cultural y esa nueva nacionalidad conquistada (no solo la cubana, sino la americana y aun la de los pobres de la tierra todos) se revelarán siempre, fecundándose mutuamente, en su obra madura: por ejemplo, en el mensaje que dirigió a los argentinos con quienes en 1962 se reunió en La Habana para celebrar el 25 de mayo.

En segundo lugar, hay que matizar las líneas de Oliver, aclarando que no era que el lenguaje al que ella se refirió tuviese «falta de pretensiones literarias», sino que sus aspiraciones literarias eran distintas de las hegemónicas en su circunstancia, las cuales, como suele ocurrir, reclamaban para sí, allí y entonces, el ser consideradas dueñas exclusivas o privilegiadas de la literariedad; y que la prosa desembarazada que ella comentó no implicaba que sus autores hubiesen nacido por obligación en hogares terratenientes: no nació en uno de ellos, para poner un ejemplo mayor, Sarmiento, cuya soberbia escritura contribuyó a que el Che lo llamara «uno de esos meteoros que cruzan de vez en cuando la faz de un pueblo para perderse en el recodo del camino pero dejando siempre el recuerdo de su destello».¹⁶ Sin embargo, las matizaciones hechas no niegan validez a lo dicho por María Rosa.

Jorge Luis Borges había opinado en 1941 que en Argentina «el siglo diecinueve produjo una excelente prosa, una escritura apenas modificada de su lenguaje oral; el siglo veinte parece haber olvidado ese arte, que perdura

¹⁴ Michael Löwy: *La pensée de Che Guevara*, París, Maspero, 1970, p. 19.

¹⁵ Por ejemplo, además de los libros de Guevara Lynch mencionados en la nota 6, ver Claudia Korol: *El Che y los argentinos*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, 1988.

¹⁶ Ernesto Guevara: «Apuntes de lecturas», *Casa de las Américas*, no. 184, julio-septiembre de 1991, p. 20. Se incluye también en el presente volumen, pp. 39-61.

en muchas páginas de Sarmiento, de López, de Eduardo Wilde». ¹⁷ Cuatro años antes, en el prólogo a la *Antología clásica de la literatura argentina* que el propio Borges seleccionó junto con Pedro Henríquez Ureña (Buenos Aires, 1937), ya se leía que los autores argentinos nombrados y otros del siglo XIX, a raíz de la Revolución de Mayo, «tenían que poner a prueba sus teorías en la acción; tenían que vivir la filosofía que profesaran; la literatura intervenía en las contiendas políticas. Eso da a la obra de aquellos escritores [...] extraordinaria fuerza vital».

Esta última cita ¿no hace pensar en la obra literaria del Che? Respondamos al grande y desesperanzado Borges que el siglo XX de su país, como supo detectar María Rosa Oliver, no había olvidado ese arte, patente en Guevara. Y este no careció de coterráneos que en su siglo lo precedieran o acompañaran en la producción de una escritura «de extraordinaria fuerza vital». Baste recordar a rioplatenses como Quiroga (ya sabemos que uruguayo), Arlt, Martínez Estrada o, sobre todo, el Rodolfo Walsh de obras como *Operación Masacre* (Buenos Aires, 1957), esa «novela sin ficción» anterior a la de Truman Capote *A sangre fría*. En la excelente entrega que la revista *Nuevo Texto Crítico* dedicó al autor de *¿Quién mató a Rosendo?*, cuando David Viñas trazó las líneas diacrónica y sincrónica en que consideraba que debía situarse a Walsh, tales líneas implicaban también al Che, llamado por Viñas, en su artículo, «emergente generacional». ¹⁸

Solo que el Che alcanzó a hacer del ya vasto horizonte sanmartiniano un horizonte mundial. Debido a ello, también los cubanos podemos considerarlo (y así hacemos) dentro de una literatura y un pensamiento que él asumió, con pasión y lucidez, de Martí a Fidel, pasando por Guillén, Carpentier, Roa, Pablo de la Torriente y muchos otros. Por ejemplo, Diana Iznaga Beira escribió:

Desde el punto de vista literario, y ciñéndonos a su obra testimonial, Ernesto Guevara se incorpora a una de las más significativas corrientes de nuestra literatura [la cubana], aquella que surge y se desarrolla en campaña, en lucha y como parte de ese combate por la independencia y la soberanía nacionales. En este sentido, Che revitaliza el género, lo actualiza y promueve su desarrollo al publicar sus *Pasajes de la guerra*

¹⁷ Jorge Luis Borges: «Prólogo» a *Antología poética argentina*, compilada por JLB, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, Buenos Aires, 1941, p. 11.

¹⁸ David Viñas: «Rodolfo Walsh, el ajedrez y la guerra», *Nuevo Texto Crítico*, no. 12-13, julio 1993-junio 1994, p. 19. El número, coordinado por Jorge Lafforgue, incluye entre otros trabajos valiosos una inteligente defensa hecha por Ricardo Piglia de la compleja obra de Walsh.

revolucionaria, en tanto su *Diario en Bolivia* pertenece a la vertiente más inmediata, íntima y sincera de la literatura de campaña entre cuyos textos máximos, por su calidad estética, se encuentra el diario de José Martí, con el cual se eslabona de manera directa.¹⁹

Pero más allá tanto de su innegable sustrato cultural argentino como de su no menos innegable condición ulterior de cubano, para valorar su obra, en cualquiera de sus manifestaciones, hay que remitirla a aquel horizonte mundial. Lo que al Che se le debe en ejemplo, en acción, en ideas, es hartos sabido. Sin ánimo polémico alguno, concluiré reiterando, al frente de esta edición de sus primeros *Pasajes*, que él fue también el Che Guevara de nuestra literatura.²⁰

Prólogo a la edición de *Pasajes de la guerra revolucionaria*, de Ernesto Che Guevara, que la Casa de las Américas incluyó en su Colección Literatura Latinoamericana. Publicado en *Casa de las Américas*, no. 206, enero-marzo de 1997, pp. 108-114, fechado en La Habana el 27 de diciembre de 1996.

¹⁹ Diana Iznaga Beira: «Che Guevara y la literatura de testimonio», *Universidad de La Habana*, no. 232, mayo-agosto de 1988, p. 164.

²⁰ Me han sido muy útiles la Bibliografía cubana del comandante Ernesto Che Guevara compilada por Araceli y Josefina García Carranza (La Habana, 1987), y su complemento aún inédito, así como la ayuda prestada por la primera, de la Biblioteca Nacional José Martí.

EL CHE DEL SIGLO XXI

ORLANDO BORREGO DÍAZ

En la era de la globalización, y a solo un trienio del fin de siglo, cierta literatura burguesa contemporánea ha encontrado un sitio privilegiado para exponer la multifacética imagen de los grandes promotores de la sociedad de consumo. Se trata de los que han dado en llamarse «hombres de éxito». El campo de acción de estos gurús de la «civilización» resulta muy amplio. Sus aportes al dinámico proceso de cambio actual abarcan materias tan variadas como la tecnología, la cultura, la política, la economía y, sobre todo, las actividades empresariales.

Este último segmento cuenta en su inventario con un selectivo grupo de personajes «exitosos», especialmente en Europa y los Estados Unidos. La lista curricular pudiera iniciarse con Lee Iacocca, quien entre sus hazañas espectaculares a partir de los años sesenta, en la esfera del *management*, cuenta con el éxito de hacer «reflotar» la Chrysler, poco después de haber sido declarada en franca bancarrota en la década de los setenta.

Más adelante, Jan Carlson, al frente de las Líneas Aéreas Escandinavas, revolucionó la bibliografía sobre *management* con su ya famoso libro *El momento de la verdad*. Entre las curiosidades de Carlson está la de haber demostrado que, durante un año, diez millones de clientes se pusieron en contacto con aproximadamente cinco empleados de SAS, y este contacto duró quince segundos cada vez. Por tanto, SAS había incidido en la mente de sus clientes cincuenta millones de veces al año, quince segundos cada vez. Según el autor, estos cincuenta millones de «momentos de la verdad» serían los determinantes para el éxito o el fracaso de la compañía. Como fruto de su investigación, concluyó que el líder debe delegar autoridad a los empleados de primera línea para que respondan a las necesidades individuales de los clientes. Distribuyendo la responsabilidad de esta manera, las compañías pueden maximizar los momentos de la verdad, multiplicando la cantidad de clientes, y, por tanto, asegurar su gran ventaja competitiva.

Completan el inventario de estos autores, entre otros, algunos muy renombrados, como Peter Drucker y Tom Peters. En el caso de Drucker, puede hablarse de alguien que para muchos ha formado una cierta «escuela». Ha servido a varias empresas norteamericanas, investigado el éxito empresarial japonés y, por último, incursionado en la economía a escala

global, analizando la época poskeynesiana, y ha estudiado lo acaecido a partir del sorpresivo derrumbe de la Unión Soviética y los demás países socialistas de Europa del Este. Peters se cuestiona todo, y es uno de los más fervientes propulsores de un nuevo metabolismo en la Dirección. «Hacia el abandono literal de las convenciones» es su lema predilecto para alcanzar el éxito empresarial en un mundo marcado por el cambio y la más feroz competitividad.

Por otra parte, y en sentido opuesto, las últimas cuatro décadas del siglo han conocido de otras personalidades cuyos aportes a las grandes transformaciones sociales han conmovido a amplios sectores humanos a escala mundial. Entre esas personalidades, y solo para recordar las más cercanas, es justo mencionar a Fidel Castro y al Che Guevara. Paradójicamente, a ninguno de los dos la bibliografía burguesa ya señalada los ha calificado como hombres de éxito. Para ellos, el calificativo más benigno y generalizado es el de idealistas, y para ser más «amistosos», al Che se le tilda por uno que otro autor como un «revolucionario romántico».

Contrario al discurso de estos autores, el Che incluía en su ética el reconocimiento oportuno a cualquier logro en el campo científico, sin importarle su procedencia, siempre que aquel pudiera significar algo útil para el progreso de la humanidad. No existe «contaminación ideológica» cuando se trata de reconocer, e incluso de aprovechar, los logros científicos de la sociedad capitalista, que son frutos del avance humano en su proceso de desarrollo hacia una sociedad superior. Precisamente, cuando en 1961 Iacocca publicó uno de sus primeros artículos sobre el desarrollo de los cuadros directivos, el Che no solo lo leyó con interés, sino que lo llevó a debate en el Consejo de Dirección del Ministerio de Industrias, y luego instruyó que se publicara en la revista *Nuestra Industria Económica*. Aunque de acuerdo con las reglas de la época no siempre retribuíamos los derechos de autor, tampoco el Che optó por cobrarle nada a Iacocca por propagandizar su trabajo sobre los cuadros y por utilizarlo como material de estudio en nuestro programa de formación de dirigentes socialistas.

El acervo cultural del Che tomaba anchura y profundidad en la misma medida en que estudiaba cuanto texto especializado caía en sus manos. Arte, cultura, economía, ciencia y tecnología eran objeto de su búsqueda escrutadora, como elementos para retroalimentar su proyecto de perfección humana, siempre orientada a la formación del hombre nuevo. En 1962, y como referencia interesante sobre su sensibilidad hacia la cultura universal, seleccionó entre sus lecturas la fantasía novelesca *El año 2000* (1888), del autor estadounidense Edward Bellamy (1850-1898). Esa obra traspasaba los tiempos, y algunos de sus enfoques coincidían con ideas a las cuales el Che

había arribado como resultado de sus estudios científicos. La novela produjo un gran impacto en la opinión pública norteamericana, y se dice que su autor alcanzó cierto liderazgo político dentro del reformismo utópico que representaba. El personaje central de la obra nació en la ciudad de Boston, y el propio autor alerta: «en 1857 y no en 1957», para que nadie se llame a equivocación. La visión que Bellamy ofrece puede resumirse como sigue: al finalizar el siglo XIX, la civilización en su forma actual no existía, pero los elementos que contribuyeron a su desarrollo ya se gestaban. Por otra parte, todo se mantenía igual en cuanto a la ancestral estratificación de la sociedad, que el autor veía dividida en cuatro clases: ricos, pobres, instruidos e ignorantes. Su imagen sobre la sociedad de entonces era comparable a la de una fantástica diligencia imperial a la que estaban uncidas masas enormes de seres humanos, que la arrastraban penosamente por un camino montañoso y empinado. «El conductor era el hambre»; el paso del vehículo, muy lento. Los mejores y más cómodos puestos de la diligencia eran para los ricos, quienes trataban de asegurárselos para toda la vida.

Por supuesto, aquella gente pensaba nada más en sí misma, y su placer se tornaba intolerable al compararlo con sus hermanas y hermanos agobiados bajo el arnés, donde el peso excesivo hacía más penosa su existencia. La diferencia entre el placer y el sacrificio más atroz radicaba solo en las riquezas de los privilegiados y la miseria de los pobres. Los que viajaban en la diligencia se consideraban hechos de una «pasta especial superior», seres más elevados, que a justo título tenían el derecho de ser arrastrados.

El protagonista de la novela padecía de insomnio y se mandó a construir un dormitorio subterráneo donde no penetraba el menor ruido. Julian West, que así se llamaba el personaje, un buen día se hizo dormir mediante el hipnotismo y logró despertar en el Boston del año 2000. Mucho le costó volver a sus cabales, frente a nuevos habitantes, en una residencia distinta de la original y con una sociedad transformada en todos los sentidos. La solución a los grandes sufrimientos de los que arrastraban la diligencia había llegado como consecuencia de la evolución industrial, cuyo proceso no podía terminar de otra manera.

Se comprende que un período de transición como aquel estuviera pleotórico de agitación, pero ante las tendencias de las fuerzas que se habían desatado, era de suponer que la esperanza, y no el temor, prevaleciera en el pueblo. La gran acumulación y la concentración del capital fueron eliminando las pequeñas empresas, y el trabajo individual, que bajo el yugo del pequeño patrón tenía su importancia, vio reducida su significación frente al impetuoso desarrollo de la gran empresa que surgía por todas partes.

En el postrer decenio de aquel siglo, los negocios pequeños que aún quedaban eran como débiles restos de una época pasada. La transición avanzó de forma irreversible, ya que los intentos por restaurar el antiguo orden de cosas, de ser ello posible, significaba la vuelta a los días de la diligencia. La acumulación y la concentración del capital fueron por último reconocidas en su verdadero significado, como un proceso que solo necesitaba completar su evolución lógica para darle un dorado porvenir a la humanidad. Finalmente, se evidenció que la producción y el comercio, de los cuales dependía la existencia del pueblo, no podían confiarse a manos privadas que los manejaran en beneficio propio y no en razón de los intereses sagrados de la comunidad. Resuelto el problema de la propiedad y puestos todos los medios de producción en manos del pueblo, se transformó el concepto del trabajo y, mediante un proceso gradual y consciente, se llegó a la convicción de *asumir el trabajo como un deber social de cada ciudadano*.

Aquí el Che encuentra un primer elemento interesante al leer *El año 2000*. Su minucioso estudio del marxismo –desde los cuadernos filosóficos de Marx, siguiendo con *El capital*, y culminando con Lenin y toda la experiencia precedente acerca de la práctica del socialismo– lo había llevado a esta convicción: solo por medio del *desarrollo de la conciencia del individuo*, potenciando la educación ideológica, y utilizando como palanca fundamental los estímulos morales, sin subestimar los materiales, se podría arribar a la nueva sociedad, cuyo objetivo fundamental sería el desarrollo al máximo de las fuerzas productivas junto a la obtención de un *hombre nuevo*, cualitativamente distinto del anterior, y cuyos intereses individuales fuesen coincidentes con los de la humanidad en su conjunto.

El Che también había llegado a la conclusión de que la producción socialista solo alcanzaría su verdadera eficiencia cuando los productores fueran capaces de producir con la variedad suficiente, al más bajo costo y con la máxima calidad:

Sin olvidar, claro está, que el ser humano, razón de ser de nuestra Revolución y nuestros afanes, no puede reducirse a una mera fórmula y sus necesidades serán cada vez más complejas, desbordando la simple satisfacción de las necesidades materiales. Las distintas ramas de la producción se irán automatizando, aumentando inmensamente la productividad del trabajo, y el tiempo libre será dedicado a tareas culturales, deportivas, científicas, en su más alto grado y *el trabajo será una necesidad social*.

Julian West, por su parte, se encuentra una sociedad del 2000 en la que, al predominar la propiedad estatal, han desaparecido los comerciantes y los banqueros. Este tipo de propiedad se ha impuesto a escala mundial. Hoy día, nos explica, no existe nada que se pueda comprar y vender, puesto que la circulación de las mercancías está organizada de otra manera. En cuanto a los banqueros, desde que no existe el dinero sus funciones carecen de objetivos. El comercio existió y el dinero fue necesario, por la sencilla razón de que los medios de producción estaban en manos particulares y, en consecuencia, actualmente no tienen motivos de existir. En cuanto la nación llegó a ser el único productor de toda clase de mercancías, no hubo necesidad de transacciones entre particulares. El comercio entre empresas fue remplazado por un sistema de distribución donde la moneda, como intermediaria, desaparece porque ya no se le necesita.

El genio novelesco se había nutrido con el pensamiento de Carlos Marx, quien por esa época escribía desde Londres para el *New York Tribune* y recién lograba culminar su obra cumbre: *El capital*. El Che, gracias a su talento y persistencia investigativa, arribaría a novedosas conclusiones sobre las funciones del dinero, antes de leer *El año 2000*. En su artículo «La banca, el crédito y el socialismo» expresa: «Nosotros consideramos que el sistema de crédito bancario y la compraventa mercantil dentro de la esfera estatal, cuando se usa el Sistema Presupuestario, son innecesarios». Más adelante plantea: «Es necesario tener en cuenta que todas estas categorías surgen como consecuencia de la consideración individualizada de patrimonios independientes y solo conservan su forma a manera de instrumentos para controlar la economía nacional, ya que la propiedad de hecho es de todo el pueblo»; y continúa: «Esta ficción que llega a dominar la mente de los hombres, como lo demuestra el artículo que contestamos,¹ se elimina con la aplicación del Sistema Presupuestario».

El señor West constata que en el año 2000 se han eliminado las transacciones mercantiles entre productores y consumidores, surgiendo ¡las tarjetas de créditos!, que no responden a una cosa tangible, sino que sirven como *simbolo algebraico* para comparar el valor de los productos entre sí.² De acuerdo con los principios predominantes en el 2000, el hecho de comprar y vender, bajo cualquiera de sus aspectos, es antisocial, significa el egoísmo en perjuicio del prójimo. Para el Che, no debe existir compraventa mercantil dentro del sector estatal:

¹ Se refiere a una polémica sobre el tema.

² La primera tarjeta de crédito, *Diner's Club*, fue introducida en el mercado en 1952.

nuestra concepción, que no está implantada sino en determinadas ramas de la economía, considera el producto como un largo proceso de flujo interno durante el transcurso de todos los pasos que debe dar el sector socialista hasta su transformación en mercancías, lo que ocurre solamente cuando hay un traspaso de propiedad. Este traspaso se realiza en el momento en que sale del sector estatal y pasa a ser propiedad de algún usuario.

Pero veamos lo que plantea Peter Drucker en uno de sus últimos libros, publicado en 1996, con su *Visión de la administración, la organización basada en la información, la economía y la sociedad*, cuando dice:

De igual modo, la planta irlandesa de una compañía farmacéutica no «vende nada». Despacha productos químicos intermedios a las plantas de productos terminados de la empresa, situadas en diecinueve países a ambos lados del Atlántico, carga «un precio de transferencia» que es puro convencionalismo contable y tiene tanto que ver con impuestos como con costos de producción.

Los empresarios cubanos de hoy tendrán que convenir en que el Che se anticipó en treinta y cinco años a una realidad del mundo empresarial capitalista que bien pudiera ser aplicable hoy en nuestro caso, «sin contaminación ideológica», en las transacciones entre empresas del Estado, y aunque vivimos situaciones excepcionales, dentro de un proceso de transformaciones y ajustes organizativos nuevos, al menos pudiera admitirse que cargar márgenes de ganancias artificiales a través de los precios en estas transacciones, resulta un hecho que nada tiene que ver con la verdadera eficiencia que debe lograr un productor socialista. Si las propias empresas capitalistas no caen en esa ficción, como es el caso de la compañía farmacéutica citada por Drucker, queda demostrado que para una empresa socialista tal invención es aún más dañina, sin contar las deformaciones que en términos contables y de análisis económico genera ese procedimiento.

Retomando *El año 2000* de Bellamy, este nos ofrece al final de su obra la siguiente predicción: «En lugar de la espantosa desesperación del siglo XIX, y de su profundo pesimismo respecto a la humanidad futura, la vivificante idea de la centuria presente es la de un entusiasta concepto de las oportunidades que nos ofrece nuestra existencia terrenal y las ilimitadas posibilidades de la naturaleza humana»; y termina: «Con una lágrima por el tenebroso pasado, nos volvemos hacia el futuro deslumbrante, y,

velando nuestra mirada, sigamos hacia adelante. Ha comenzado el estío. La humanidad dejó de ser crisálida. El cielo le abre sus puertas».

La espléndida fantasía del genio novelesco saltó de la plétora al vacío. El optimismo colosal no logró despejar el mar de contradicciones de la sociedad capitalista en su proceso histórico hacia el porvenir, ni la posibilidad de avances y retrocesos en el desarrollo de la humanidad antes de finalizar el siglo xx. Por el camino surgiría el socialismo en varios países del mundo, alcanzando dimensiones como la de contar con una gran potencia en la Unión Soviética frente al imperio del capitalismo. Luego vendría el derrumbe de esa gran potencia junto con el de otros países socialistas europeos.

En América, y a solo noventa millas de los Estados Unidos del año 2000 que soñara Bellamy, queda una pequeña isla que iza la bandera de la sociedad del futuro y deja de «ser crisálida» para alcanzar su liberación definitiva. En el enclave imperialista del capitalismo la situación es muy distinta de la descrita en la novela de Bellamy para el año 2000. A principios de 1995 el presidente Clinton era ignorado por los medios informativos de la mayor potencia imperialista del orbe. Dirigiéndose un día a los periodistas, sintió la necesidad de recordarles que aún existía y que contaba en la política de su país («*I am still relevant*»). Al día siguiente de haber pronunciado esa frase, el 19 de abril, la explosión de un edificio en Oklahoma, que causó la muerte a ciento setenta y seis personas, provocó un significativo cambio en la situación.

Para numerosos ciudadanos esa tragedia no dejaba de estar vinculada con los excesos de un discurso político que hacía patente su resentimiento hacia el sistema de gobierno reinante en su país. Los sospechosos aparecen como miembros de unas nebulosas milicias ciudadanas que consideran al gobierno federal una amenaza para los derechos y las libertades de los «ciudadanos comunes». El caso Waco en 1992, después de un asedio de dos meses, culminó con el asalto al lugar donde se había hecho fuerte una secta extremista antigubernamental, causando ochenta y seis muertos, entre ellos diecisiete niños. Mediante antorchas y homilias incendiarias, un ambiente impregnado de odio y paranoia denunciaba una «conspiración internacional» de la que el gobierno de los Estados Unidos se había convertido en instrumento contra el pueblo y los «ideales americanos».

La bomba de Oklahoma, que explotó a los dos años justos de los sucesos de Waco, ha puesto de relieve el verdadero panorama de la sociedad estadounidense del año 2000. En el campo administrativo y un poco más adelante de estas conmociones el presidente de los Estados Unidos aceptó el principio de equilibrar el presupuesto de la nación, a la par que reduciría los impuestos para el horizonte del 2002, pero lo que no se sabía era de

dónde sacar los doscientos mil millones de dólares anuales hasta ese año. Se preconizó entonces el cierre total de las secretarías de Comercio, Energía y Educación, la reducción drástica de la ayuda social, la eliminación de anteriores programas federales, desde la ayuda a la agricultura hasta las subvenciones a los círculos de negocios. Pero aún más graves fueron las «promesas» republicanas de hacer recortes en esas ventajas adquiridas que los estadounidenses denominan *entitlement* (prestaciones que el gobierno se había comprometido a facilitar a los ciudadanos), particularmente en los programas de Medicare (seguro de enfermedad para la tercera edad) y de Medicaid (ayuda médica a los más desfavorecidos). En pocas palabras, el Presidente se hallaba en condiciones de presentarse como el nuevo conductor de la «diligencia imperial», frenando las tenebrosas maniobras republicanas y prometiendo preservar para la ciudadanía algunas conquistas sociales.

En lugar del Boston de *El año 2000*, las ciudades norteamericanas presentan las grietas más perceptibles del entorno urbano como totalidad social: acumulación de parados, miles de gentes sin viviendas, minorías desheredadas, los estragos de la droga, un contraste violento con los asentamientos de los multimillonarios blancos y prósperos. Alrededor de estas *edge cities* se parapetan las *gated cities*, encerrándose sobre sí mismas. Como colofón, en octubre y diciembre de 1995, al no llegar los bandos políticos a un entendimiento acerca de los presupuestos, el Estado tuvo que tomar la iniciativa: ochocientos mil funcionarios considerados no esenciales para la seguridad del país se quedaron en sus casas, primero una semana y luego tres, porque el Gobierno ya no tenía autoridad para pagarles.

En la otra cara de la palestra internacional, en la atmósfera de opacidad de la Rusia palaciega, después del derrumbe del socialismo en ese país, el responsable de la administración presidencial reveló que se sentía bajo vigilancia, y que en su despacho prefería contestar por escrito a las preguntas de sus visitas. El portavoz del Presidente, también separado de su cargo, se despachó a su gusto con múltiples revelaciones acerca de las peculiares costumbres del Kremlin, haciendo amplios comentarios sobre la lucha de clanes que allí se ha entronizado.

Dentro de la persistente inestabilidad económica y social de Rusia, se destacó asimismo el incremento de la criminalidad en todos los terrenos, particularmente en el político-financiero. Prosiguieron los asesinatos de banqueros, fue muerto a tiros el médico personal del Primer Ministro, y el Vicealcalde de Moscú se libró por muy poco de la muerte. En medio de esta situación, el Fondo Monetario Internacional se mostró «pródigo», otorgándole a Rusia mil doscientos millones de dólares, pero la escasa

recaudación de impuestos, más una corrupción que gangrena la economía del país, incidieron catastróficamente en unos presupuestos de frágil equilibrio. El círculo ruso se va cerrando con una generación que muestra sin tapujos su desaprobación hacia el mundo político que la rodea. El Kremlin, mientras tanto, vive sumido en una atmósfera de fin de reinado ante la grave enfermedad del Presidente, bajo el oscuro manto de las conspiraciones sucesorias.

Sobre otros países del antiguo bloque socialista, un cable de la agencia DPA fechado el 21 de abril de 1997 resulta ilustrativo:

La situación de los niños y jóvenes en los países del exbloque oriental se ha deteriorado de manera dramática a causa del aumento de la pobreza y el derrumbe de las estructuras estatales y sociales en estos estados, constata un informe presentado hoy en Bonn por el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef). Pese a la caída de los índices de natalidad desde 1989, cerca de un millón de niños vive en orfanatos e instituciones públicas, indica el Unicef, en base a información recabada en dieciocho países de la Europa Oriental y de la extinta Unión Soviética. Agrega que el número de niños de la calle ha crecido sensiblemente, como también la tasa de suicidios entre los jóvenes. A ello se suma la propagación cada vez más frecuente de las enfermedades de la pobreza como la difteria y la tuberculosis, dice el informe. Entre las causas de este deterioro, el Unicef destaca que la transición de la economía dirigida a la economía de mercado ha empujado a millones de familias a la pobreza y la desocupación. Únicamente en Rusia dos tercios de las familias con niños pequeños viven en la pobreza. También la criminalidad infantil ha aumentado considerablemente, informa el Unicef. En Rusia, el número de asesinatos jóvenes casi se ha triplicado, y en Lituania es cerca de seis veces mayor que a fines del 80. El índice de suicidios también estuvo a punto de duplicarse.

A treinta años de la muerte del Che, cuando su figura toma dimensiones más altas que nunca tanto en Cuba como en otros países, su profundidad visionaria asombra a los seres honestos del mundo y deja perplejos a muchos escépticos. Entre sus más geniales predicciones, y que en su momento pudo constituir una herejía para algunos, contamos con su afirmación sobre el regreso al capitalismo de los países del campo socialista europeo. En fecha tan temprana como en 1965, meses después de su partida de Cuba hacia otras tierras del mundo, dejaría escrita para la posteridad su histórica sentencia (hasta hoy inédita):

Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la Nueva Política Económica (NEP) han calado tan hondo en la vida de la URSS que han marcado con su signo toda esta etapa, y sus resultados son desalentadores: la superestructura capitalista fue influenciando cada vez más en forma más marcada las relaciones de producción, y los conflictos provocados por la hibridación que significó la NEP se están resolviendo hoy a favor de la superestructura; *jse está regresando al capitalismo!* [énfasis de OBD].

Han pasado treinta y dos años desde esta sentencia del Che y los revolucionarios cubanos se aprestan a rendirle su merecido homenaje junto a sus compañeros caídos en la guerrilla boliviana. Biógrafos, periodistas, cineastas de todas las tendencias y nacionalidades se dedican febrilmente a mostrar en sus obras la extraordinaria y abarcadora personalidad del Che junto a los rasgos incomparables de un arquetipo humano que hoy sirve de paradigma para las nuevas generaciones del mundo.

Pero los sofisticados sistemas de información permiten obviamente dar cabida a obras dignas y a otras que ni por asomo pueden calificarse de tales. Así, acaba de publicarse una biografía del Che que causa repulsión por el raquitismo ético, vivencial y literario de su autor: el título *La vida en rojo*, con biliosa y deleznable escritura, en cantinfleas genuflexiones intenta confundir a los lectores aplicando la terapia del autoengaño.³ Su falta de ética llega al extremo de ofender a la inteligencia popular que pudiera cuestionarse la procedencia de las fuentes de información utilizadas con tal objetivo. En ese caso, el lector carecería de oficio y experiencia historiográfica e investigativa, y cuidado con pensar que el autor tuvo acceso privilegiado a los archivos de la CIA o de quien fuera, en los Estados Unidos. Es como si la terapéutica aplicada a cierto sentido de culpa, oculto pero predominante en la siquis del que escribe, se pudiera convertir en el remedio maravilloso para darle veracidad a sus testimonios.

Por suerte, en nuestro mundo ya no se toleran tan fácilmente las disonancias de estas lecturas, y cuando alguna información es inconsistente con las sanas convicciones humanas, la psicología social se encarga de rechazarlas. Hoy lo que impera es la virtuosidad analítica de la gran mayoría de los lectores en busca de nuevos valores que enaltecen por su calidad y su contenido. Una nueva visión hace que se premie el pensamiento creativo ponderando lo verdadero y negando lo que desinforma y confunde. Por esos senderos marchan los hombres y las mujeres que se

³ El libro aludido, del mexicano Jorge Castañeda, apareció reseñado en el número 209 de la revista y el texto puede leerse en este volumen, pp. 490-496. [*N. de la E.*].

orientan y se reafirman en las edificantes y generosas ideas por las que luchó y murió el Che Guevara.

En Cuba, país bloqueado desde hace más de treinta años por el imperialismo norteamericano, la capacidad de resistencia de su pueblo, encabezado por Fidel Castro, el indiscutible maestro y compañero entrañable del Che, da muestras de lo que es capaz de hacer el hombre nuevo que él ayudara a formar y a enaltecer. Sus enseñanzas representan el mayor acicate en la lucha histórica que hoy desarrolla nuestro pueblo como expresión de uno de los ejemplos más luminosos para el futuro de la América Latina y del mundo.

Entre las grandes batallas que tiene que librar la Revolución Cubana se sitúa en primer lugar la del desarrollo de su economía por todas las vías posibles. Para ello Cuba ha tenido que realizar cambios incuestionables y adaptaciones capaces de permitirle una salida a la situación más difícil de su historia como nación, sin renunciar a las más importantes conquistas alcanzadas para beneficio de su pueblo. Dentro de esas complejidades, el legado histórico del Che, su creatividad y la profundidad de su pensamiento constituyen baluartes excepcionales en la ineludible lucha de Cuba por salvar su Revolución y su independencia nacional.

Muchas son las facetas del pensamiento visionario del Che que mantienen vigencia. Lacónicamente, puede afirmarse que por su esencia y su profundidad fue capaz de visualizar el año 2000, tanto en los rasgos principales del desarrollo histórico concreto, como en sus problemas globales, sus contradicciones, tendencias y aspiraciones. Sus reflexiones, fruto del rigor científico de sus estudios, de la fuerza creadora de su imaginación y de su valentía personal para expresarlas en la oportunidad requerida, han sido confirmadas.

Por todo ello, hoy se estudia el pensamiento universal del Che, con el sentido creativo que estos nuevos tiempos reclaman, y que Cuba y otros países necesitan para su desarrollo. La nueva ola de modernidad en que se inserta indefectiblemente la sociedad cubana, sin renunciar a sus logros revolucionarios fundamentales, encuentra en el pensamiento del Che una valiosa fuente de inspiración.

Varios son los campos donde converge el abarcador pensamiento del Che con los adelantos contemporáneos. La revolución científico-técnica como alternativa para el desarrollo de la civilización ha dado paso a una era del conocimiento en la cual se combinan e interrelacionan de manera inseparable, entre otros elementos, el desarrollo impetuoso de la informática, el *marketing*, la formación de directivos, la psicología aplicada a la dirección, el enfoque participativo, la efectividad del desarrollo económico

basada en los costos de producción, la administración por objetivos y, como imperativo de un movimiento social que potencia la rehumanización del hombre a escala universal, la necesidad de una nueva ética, que permita el florecimiento de la personalidad humana preconizada por el Che y que representó uno de sus mayores anhelos en el camino hacia el objetivo promisorio de crear el hombre nuevo.

Sus geniales proyecciones sobre la ciencia de dirección pueden comprenderse con más claridad cuando se constata su infatigable voluntad para estudiar todo lo fundamental acerca de los antecedentes y la evolución de dicha ciencia. Profundizó en los valiosos aportes de Lenin en ese campo, luego estudió a Taylor y a Henry Fayol. Incursionó en la escuela de las relaciones interpersonales y prestó especial atención a la llamada Escuela Matemática, que enfocaba la dirección y particularmente las decisiones, utilizando en su apoyo los métodos económicos matemáticos y los sistemas automatizados. Acerca de esta última escuela quedan referencias y apreciaciones en sus escritos sobre los estudios desarrollados por Oskar Lange y otros autores. De la Escuela Clásica extrajo conclusiones útiles en su intento por sustituir el empirismo de la práctica de dirección por principios relacionados con esta función y con la organización. Percibió la necesidad de establecer normas para los procesos productivos y de dirección. De Taylor retomó aspectos importantes sobre el análisis del trabajo con cronometraje, el establecimiento de normas basadas en el rendimiento, y de salario diferenciado a partir de las normas, desechando el aspecto inhumano que Taylor había introducido para obtener rendimientos irracionales.

Muchos futurólogos tendrían que reconocer actualmente los aciertos del Che acerca del desarrollo de la computación electrónica y de la revolución que esta produciría en el ámbito de la informática. Recién creado el Ministerio de Industrias, y cuando el volumen de fábricas nacionalizadas comenzaba a convertir la dirección en un problema complejo, el Che se dedicó personalmente, junto a un equipo de expertos, a buscar una solución tecnológica para los sistemas de información.

En esa época no se hablaba casi de la automatización de los sistemas informativos. Cuba contaba en las principales empresas del país con una bien instalada red de máquinas IBM de tarjetas perforadas. Entre ellas se destacaban la Compañía de Teléfonos, la Compañía de Electricidad, las subsidiarias del consorcio estadounidense *Procter and Gamble*, las refinerías de petróleo, y otras. El término más utilizado era el de la mecanización de los sistemas de información. Bajo las orientaciones del Che se diseñó un programa de racionalización de equipos que permitió mecanizar a una

escala más amplia el sistema empresarial e integrar un sistema mecanizado a nivel central del Ministerio. Luego, con un sentido claro de las prioridades, él mismo seleccionó un número determinado de empresas, que en su conjunto representaban aproximadamente el 60 % de la producción industrial del país.

Para este conjunto se diseñó un sistema de indicadores que facilitaba análisis de nivel de producción, surtido, costos, inventarios y otros índices fundamentales. Así se instituyó el control semanal de la industria, que con la presidencia del ministro, los viceministros ramales y los directores de empresas, propició el análisis permanente de toda la gestión del sistema. Al mismo tiempo, el Che fijó su vista en el futuro de los sistemas de computación electrónica, convencido de la gran revolución que significarían para el desarrollo técnico y científico del porvenir. Impulsó personalmente la instalación y la explotación de la primera unidad computacional introducida en Cuba, una máquina UNIVAC adquirida hacía poco en los Estados Unidos.

A esas alturas, el Che soñaba con la posibilidad de integrar a escala de todo el país un sistema de computación electrónica que, interconectando las principales unidades productivas, hiciera posible controlar nacionalmente desde un centro, y en tiempo real, la gestión empresarial del Ministerio. Al vislumbrar las potencialidades de la computación y de sus aplicaciones a nivel técnico y científico con las operaciones contables y los procesos productivos, el Che sintió la necesidad apremiante de adquirir conocimientos en contabilidad y en matemáticas aplicadas. Fue así que comenzó, primero, los estudios intensivos de las matemáticas superiores. El doctor Salvador Vilaseca, su profesor en esta materia, relataría posteriormente que, llegado un momento, le confesó al Che que su papel docente había concluido al transmitirle todos los conocimientos matemáticos a su alcance. Entonces el Che lo invitó a continuar juntos adentrándose en los estudios de programación lineal e investigación de operaciones.

Pasada una etapa, el Che se dio a la búsqueda de un buen profesor de contabilidad. La persona seleccionada fue Harold Anders, un contador público de reconocida calificación en Cuba, y graduado de Ciencias Comerciales en la Universidad de La Habana. Los colaboradores del Che lo recuerdan en sus largas sesiones nocturnas dedicado al estudio de la contabilidad, hasta que llegó a dominar la materia. Posteriormente siguió estudiando costos y complementó el conocimiento de estas técnicas, que lo calificó como un acucioso analista a la hora de discutir los balances económicos a que periódicamente se sometían las distintas empresas y los institutos del Ministerio.

Hoy, en los umbrales del 2000, la ciencia de dirección ha llegado a la conclusión de que el aprendizaje individual representa la etapa más avanzada de renovación para cualquier directivo que pretenda ser eficaz en su labor, y un atributo esencial del liderazgo en el proceso de cambio que vive el mundo contemporáneo. El Che enfatizaba que solo a través de la superación y la actualización sistemáticas podría el dirigente incrementar su reserva de conocimientos y promover un creciente nivel de competencia y eficacia para abordar los complejos problemas de la dirección en beneficio de toda la sociedad.

En su artículo «El cuadro, columna vertebral de la Revolución» expresaba:

El cuadro, pues, es un creador, es un dirigente de alta estatura, un técnico de buen nivel político, que puede, razonando dialécticamente, llevar adelante su sector de producción o desarrollar a la masa desde su puesto de dirección. // Este ejemplar humano, aparentemente rodeado de virtudes difíciles de alcanzar, está, sin embargo, presente en el pueblo de Cuba y nos lo encontramos día a día. Lo esencial es aprovechar todas las oportunidades que hay para desarrollarlo al máximo, para educarlo, para sacar de cada personalidad el mayor provecho y convertirlo en el valor más útil para la nación.

Educación y desarrollo significaban que el individuo que ocupara un cargo de dirección debía someterse a un perfeccionamiento constante, y en el caso de un dirigente revolucionario esta obligación adquiría un mayor significado por su compromiso político ante el pueblo. En un Consejo de Dirección, insistía:

El problema de ser revolucionario, compañeros, no vamos a decir de ser revolucionarios, de la actitud revolucionaria, es también un problema como correr cien metros: se puede ser corredor de los cien metros o tirador de pistola o jugador de ajedrez, como se puede tener ideas revolucionarias y ser revolucionario. Ahora bien, si no se practica todos los días, pues uno pierde estado y en vez de correr los cien metros en diez segundos y décimas empieza a correrlos en once y después en doce. Nosotros por falta de práctica de los principios revolucionarios que nos corresponden a nuestros niveles perdemos estado revolucionario, empezamos a coexistir con el error, a tender a hacer interpretaciones del porqué no hay, en vez de solucionar el porqué no hay. // El sistema que nosotros hemos defendido desde aquí como un sistema avanzado

que puede dar enormes resultados, el del desarrollo de la conciencia socialista, exige *dirección de alta conciencia* [énfasis de OBD].

Retomando otra faceta, quizás un tanto desconocida del Che visionario del 2000, resulta apasionante analizar retrospectivamente su concepción sobre las necesidades sociales y la forma de satisfacerlas. En los primeros años de la década del sesenta, ni la economía a escala mundial ni los sistemas de comercialización se habían apropiado de la palabra *marketing*. En Cuba existía un incuestionable adelanto en la publicidad comercial, casi siempre al servicio de las empresas capitalistas y en buena medida con una influencia importada de los Estados Unidos, que imponían sus patrones de propaganda en la época del despegue de la sociedad de consumo.

El proyecto revolucionario consideraba entre sus grandes anhelos el de satisfacer las necesidades del pueblo a una escala superior, pero en correspondencia con una calidad de vida acorde con los valores y la cultura de una sociedad socialista, donde la equidad y el bienestar económico marcharan al unísono con nuevos patrones educativos en el consumo de la población. Para el Che, el tema de la distribución representaba un problema complejo, en cuyo tratamiento no podía ignorarse el componente sociológico. Por otra parte, se hacía necesario aprovechar los adelantos de los sistemas de información y publicidad existentes, sin subestimar los conocimientos de un crecido número de especialistas en ese campo, que con su labor reconocida habían hecho famosas a ciertas entidades publicitarias en Cuba.

Uno de los primeros pasos dados por el Che fue interrelacionarse con los más conocidos publicistas y diseñadores cubanos, y pedirles su colaboración para organizar el *marketing* de la industria socialista de los años sesenta, con la diferencia de que la creación del departamento constituido para estos fines adoptó el nombre de Estudio de Productos. El Che siempre fue cuidadoso en el aspecto semántico de las denominaciones organizacionales, y a menudo repetía: «En el nuevo sistema de dirección que estamos desarrollando debemos tener cuidado con las palabras que adoptamos, porque luego ellas se convierten en categorías *per se*», y aunque la palabra *marketing* no era utilizada con el contenido actual, él se decidió por aprobar la denominación Estudio de Productos para el departamento recién creado, cuyas expectativas rebasaban los estrechos límites de un enfoque cuantitativo del consumo.

Al Departamento se le asignaron importantes responsabilidades desde el punto de vista cualitativo para satisfacer la demanda de la población, haciendo énfasis en el desarrollo de una cultura de consumo con aspiraciones mucho más amplias. Con el diseño del producto se comenzaba la

lucha por la calidad. Prácticamente todos los atributos que hoy se le otorgan al *marketing* del 2000, con acepciones diferentes y con una orientación productiva interna en función de los intereses sociales, constituían responsabilidades del Departamento de Estudio de Productos y de sus especialistas.

La promoción y la publicidad no fueron desconocidas como elementos fundamentales de información y orientación, tanto para los productores como para el pueblo en general. El Ministerio de Industrias publicaba dos revistas: *Nuestra Industria Económica* y *Nuestra Industria Tecnológica*, que le servían de soporte a su sistema de divulgación. También los medios informativos reservaron su espacio para los *slogans* que pudieran incidir en la mentalidad popular y en su educación hacia el consumo. El crítico más representativo y mordaz acerca de las producciones industriales que no alcanzaban los parámetros exigidos era el propio ministro de Industrias, el Che. Intensa fue su lucha por alcanzar una producción competitiva a escala internacional y que fuera capaz de satisfacer el consumo en el país. Precisamente durante la preparación del análisis de un grupo de productos destinados al consumo interno emitió la bien conocida frase, de plena actualidad para el 2000: «La calidad es el respeto al pueblo».

Sobre los costos de producción y su importancia determinante para medir nacionalmente la eficiencia del productor socialista en relación con los precios del mercado mundial, escribió varios trabajos cuya incuestionable vigencia asombra hoy a muchos lectores.

En «Consideraciones sobre los costos de producción como base del análisis económico en las empresas sujetas al Sistema Presupuestario», sostuvo:

Cuando todos los productos actúan de acuerdo con precios que tienen una cierta relación interna entre sí, distinta a la relación de esos productos en el mercado mundial capitalista, se va creando una nueva relación de precios que no tiene parangón con la mundial y este es uno de los problemas más serios planteados a la economía socialista. // Por ello planteamos que no deben desligarse de ninguna manera la estructura general de los precios internos y la de los precios de mercado externo; bien entendido que estos precios se refieren solamente a la esfera socialista, donde cumplen las funciones fundamentales de *dinero aritmético*, es decir, de forma de medición. // Si se tomaran los precios de los artículos fundamentales de la economía y, basados en ellos, por cálculos aproximados se establecieran los demás, se llegaría a un nivel histórico ponderado de los precios del mercado mundial que permitiría medir automáticamente la eficiencia relativa de todas las ramas de la economía en el mercado mundial. // *El costo* sería el que realmente

daría el índice de la gestión de la empresa. En el precio se reflejaría, en este caso, el análisis automático de la rentabilidad en relación con los precios mundiales. Para ello hay que trabajar más seriamente en estos problemas que todavía son tratados de forma esquemática y sin un profundo análisis. // Es necesario elaborar todo un *Sistema de análisis de costos* que premie sistemáticamente y castigue con igual perseverancia los triunfos y las derrotas en lucha por rebajarlos. // Es preciso también elaborar normas de consumo de materias primas, de gastos indirectos, de productos en proceso, de inventarios de materias primas y de productos terminados. // Hay que sistematizar el control de inventarios y hacer un trabajo económico preciso sobre todos los índices en un constante proceso de renovación.

En la ya citada obra *La administración...*, Drucker define lo que él llama *los cinco pecados mortales de los negocios*.

Entre esos pecados señala el de fijar mal el precio de un producto cobrando lo que resista el mercado, y agrega que esta es una política tan equivocada que no puede admitirse aun cuando el producto esté protegido por una patente. El análisis plantea que lo único acertado es trabajar con los costos hasta fijarlos basados en los precios del mercado. Si algunas marcas automovilísticas japonesas lograron sacar del mercado de los Estados Unidos a los fabricantes alemanes de automóviles de lujo, fue como resultado de su política de fijar los costos basándose en los precios. Se ha confirmado que empezar con los precios y luego ir rebajando los costos es más trabajoso inicialmente, pero al final lo es mucho menos que empezar mal y luego perder años reajustando los costos, y siempre será más beneficioso que perder un mercado.

Si esto es lo que piensan los estudiosos de la economía capitalista en el 2000, como una de las vías principales para la obtención de altos beneficios por los consorcios más poderosos del mundo globalizado, entonces se torna más claro el análisis visionario del Che para el caso de una economía socializada, donde los principales medios de producción pertenecen al pueblo y donde las posibilidades de diseñar una política de precios sobre bases científicas puede representar una de las grandes ventajas del sistema a escala global. En el caso de Cuba, tal visión ha sido confirmada en los últimos años ante la realidad de una economía que ha sido obligada a utilizar al máximo todas sus reservas posibles para lograr la mayor eficiencia en el uso de sus recursos.

Varias son las ramas de la economía donde se han encontrado extraordinarias reservas que han permitido elevar la productividad rebajando los

costos, y obteniendo mayores beneficios en un mercado internacional, cuya inelasticidad impone un esquema de precios, que bajo la intensa competitividad imperante se convierte en camisa de fuerza para los productos de los países subdesarrollados. El esfuerzo racionalizador en la esfera productiva y de los servicios ha comenzado, lo que indica que las predicciones del Che en la batalla por rebajar los costos aún encuentran un amplio campo de aplicación. La reducción de plantillas, el ahorro de materias primas y materiales, las innovaciones tecnológicas y la sustitución de importaciones, para solo señalar algunos factores fundamentales de la producción, dan una idea acerca de las grandes potencialidades que aún debemos explotar en el camino hacia una gestión económica de más alta efectividad competitiva.

A todo ello se suma el amplio trabajo que aún es necesario realizar en la atención y el desarrollo de los recursos humanos como elemento básico de nuestro avance económico y social. Sobre ese elemento también pueden retomarse muchas ideas del Che que resultan perceptibles por su actualidad.

El programa desplegado por él en la capacitación de dirigentes y trabajadores en los primeros años de la Revolución se ha reconocido como uno de sus logros más destacados al frente del Ministerio de Industrias. Dirigió una verdadera revolución educativa y formadora, desde la creación de la primera Escuela de Administradores para las empresas socialistas, hasta la organización a nivel nacional de una amplia red de escuelas para la capacitación de obreros y de mandos intermedios. Su ejemplo personal en la autoformación y en la renovación de conocimientos constituyó un acicate de primer orden para el impulso al vasto programa de capacitación que él guio.

En los umbrales del 2000, y cuando el conocimiento se ha convertido en el recurso clave, distinto de cualquiera de los recursos clave tradicionales, el pensamiento del Che renace como un reclamo para nuestros dirigentes, trabajadores y pueblo en general. Hoy se admite con más fuerza que nunca que el conocimiento se vuelve obsoleto a una mayor velocidad que en los tiempos precedentes. Las predicciones para el año 2000 acerca de las ventajas competitivas basadas en conocimientos, sea a escala de un país, de una industria, de una institución formadora o de un individuo, radican en que esas ventajas están sometidas a un constante desafío ante la presencia de competidores totalmente nuevos.

Por tal razón, las más conocidas personalidades formadoras en el mundo coinciden en afirmar que el *aprendizaje* no se puede suspender a ninguna edad. *Aprendizaje de toda la vida* son palabras de moda, y no se considera una hipérbole afirmar que el aprendizaje será el requisito indispensable para

todo trabajador de conocimientos. La escuela ya no se considera un lugar para formar adolescentes y esperar el momento en que salgan a trabajar. Estas instituciones se interrelacionan cada día más con las organizaciones empleadoras en la mayoría de los países del mundo, y especialmente en los más desarrollados.

Pero también las escuelas y la educación general se han ido convirtiendo en cuestiones políticas centrales. En este contexto, Cuba cuenta con indiscutibles ventajas frente a otros países del mundo. La obra educativa impulsada por Fidel y el Che a partir de los primeros años de la Revolución, garantizó que la capacitación masiva se convirtiera en prioridad central del programa revolucionario. Pocos políticos como ellos se proyectaron en un horizonte de tan promisorias perspectivas. En su artículo «Tareas industriales de la Revolución en los años venideros», escrito a fines de 1961, el Che se anticipaba con esta proyección de futuro:

Tenemos escalones que pasar para lograr nuestro objetivo; cursos de seguimiento para los obreros recién alfabetizados; cursos de superación por radio y televisión para llevar a todos los obreros a sexto grado; el mínimo técnico para todos los obreros; convertir en obreros especializados a los que tengan alguna base cultural, y en técnicos a obreros especializados; desarrollar cursos en las unidades de producción; elevar la capacidad técnica y cultural de los administradores; investigar cuáles son las carreras universitarias más importantes para las industrias y cuál el número de profesionales necesarios y proponer su creación y desarrollo, como paso final; desarrollar una tecnología propia basada en el estudio y aprovechamiento de nuestras riquezas por nuestros científicos.

El componente sociopsicológico en la capacitación y en el desarrollo de los recursos humanos en general representó una preocupación del Che desde los inicios de estos programas. A partir de 1961 decidió la creación del Departamento de Psicología del Ministerio de Industrias, con cuyo empeño colaboró un reconocido grupo de profesionales en la especialidad. Los trabajos de investigación de ese Departamento representaron un elemento de gran valor científico en la selección y evaluación de dirigentes, y sirvieron también de soporte y orientación para los planes de capacitación y para las escuelas organizadas con esos fines. En conjunción con esos esfuerzos debe resaltarse la visión anticipada del Che sobre el enfoque participativo en la dirección, cuando aún no se habían desarrollado las técnicas de trabajo en grupo que últimamente son bien conocidas.

Algunos han dicho que el Che fue un hombre duro a la hora de ejercer el mando como dirigente administrativo, y sobre el particular se hacen varias interpretaciones. Los que colaboramos con él siempre lo reconocimos y lo recordamos como el gran ejemplo de jefe y compañero. Su imagen no fue la del hombre blando que sigue y se amolda al criterio de los demás sin análisis crítico frente a los problemas y las decisiones. Siempre fue el motor y el líder afable, con profesionalidad, y que sabía llevar a feliz destino los objetivos de la organización.

Este tipo de dirección dio lugar a otro logro visionario suyo que a las alturas del 2000 se ha perfeccionado de forma intensiva: la Administración por Objetivos (APO). Él usó otra denominación, pero el contenido era el mismo que hoy se utiliza en la bibliografía especializada sobre el tema. Le llamó Administración por Tareas Fundamentales (ATF). Al respecto se marcaban metas según las prioridades establecidas por el sistema. Cada tarea era debidamente fundamentada, se calculaban los recursos para el cumplimiento de cada objetivo, se definían los responsables y se elaboraba el Plan de Acción. Culminado ese proceso, se era riguroso y exigente en el cumplimiento de dicho Plan, estimulando y premiando a los que cumplían con eficiencia, y penalizando a los que, por negligencia, dejadez o deficiente organización, no lo hacían.

Las tareas fundamentales se sustentaban en la discusión colectiva para su análisis y evaluación. Estableció el concepto de decisión y responsabilidad únicas, lo cual garantizaba una dirección central con un sujeto de autoridad claramente definido, al que se le podía exigir por los resultados de su gestión. La gran revolución educativa llevada a cabo en el país, los aportes del Che a la capacitación, así como los métodos y las técnicas introducidas por él de forma creadora en la dirección, han dejado sus frutos para la posteridad.

Pero en la era del conocimiento que hoy vivimos, la revolución educativa no ha terminado, y muchas ideas del Che mantienen su actualidad a una escala cualitativa aún superior. En los últimos veinte años se ha demostrado que muchos países que producían sus manufacturas con bajos salarios, aun cuando lo combinan con alta productividad, ya no ofrecen una ventaja competitiva para basar en ella una economía de avanzada a nivel mundial. Se reconoce, entonces, que el mismo proceso aplicado a conocimientos avanzados, sea en ingeniería, en investigación, o en técnicas de dirección, puede conducir a resultados superiores en un tiempo más corto. Así como el Che no reconocía fronteras para el conocimiento, el mundo de hoy solo reconoce «el conocimiento internacional» cuando se trata de cualquier país obligadamente insertado en el entorno competitivo del año 2000.

A treinta años de la desaparición física del Che, nos encontramos en un mundo donde el diccionario a escala universal se ha enriquecido con una nueva terminología: *neoliberalismo, globalización, management, marketing, multimedia, internet, autopistas de información*. Al final del laberinto, y como para dar luz artificial a un surrealismo tecnológico que ya confunde incluso a los más entendidos, hace su aparición intangible la realidad virtual.

Casi atribuladas por el entorno que las rodea, las masas desposeídas rechazan las fuerzas inerciales del globalismo que pretende adormecerlas y confundirlas en su avalancha tecnicista. Frente a esas fuerzas de inercia reaparece la figura del Che marcando el rumbo del siglo XXI con el brillo de su mirada y el fuego inextinguible de su optimismo revolucionario. Entretanto, un nuevo reclamo aparece como premisa impostergable del próximo siglo: *la necesidad de una ética nueva*, que rescate valores e introduzca los nuevos que el propio conocimiento y el desarrollo del hombre contemporáneo exigen. Ya proliferan las cátedras de ética en múltiples universidades del mundo, y abundan los académicos dedicados a la enseñanza de esta materia, considerada por todos como complemento indispensable de los más diversos programas educativos.

Pero la ética, como cualquier otro conocimiento del progreso universal, debe reconocer paradigmas, y su enseñanza no puede dejarse al arbitrio y a la espontaneidad de programas educativos que respondan a intereses contrapuestos con la propia ética de la sociedad a que aspiran los hombres y mujeres más progresistas del mundo del 2000. Para los cubanos de ahora y de las nuevas generaciones se atesoran los paradigmas humanos de un conjunto de revolucionarios que han sido el modelo a seguir para los jóvenes del futuro.

Uno de esos paradigmas, no solo para Cuba, sino también para otros pueblos, es el Che, calificado por Fidel como hombre sin máculas, y más recientemente, en frase simbólica, «adivino» del futuro, para destacar la extraordinaria visión de su gran compañero de luchas por el progreso de la humanidad.

Para rendirle homenaje y seguir su ejemplo, en los momentos en que Cuba lucha por consolidar sus valores precedentes e introduce los nuevos que los tiempos actuales reclaman, el Estado cubano ha elaborado su propio *Código de ética* para los cuadros revolucionarios de hoy y del futuro. El prototipo del dirigente cubano encuentra en el Che, asesinado en La Higuera, pero vivo por su pensamiento y su accionar revolucionarios, su más auténtico modelo: honestidad a toda prueba, inteligencia, capacidad de sacrificio, lealtad, honradez, liderazgo, creatividad, modestia, espíritu

investigativo, de superación y de lucha por la perfección humana son atributos de un ejemplar humano que fue capaz de «forjar una voluntad con delectación de artista», como él mismo expresara en una de sus cartas más conmovedoras.

Ese modelo superior representa el tesoro a preservar y la enseñanza a cultivar en nuestros cuadros, en nuestros jóvenes, en nuestros científicos, en los combatientes que aseguran la defensa de la patria y en todo nuestro pueblo, que tantas muestras de sacrificios y abnegación está dando ante el mundo controvertido que se aproxima al 2000. Pero ese modelo es el que trata de cambiar el escritor de *La vida en rojo*, con sus malsanas desfiguraciones. Las engañas del escritor aludido pudieran explicarse por su adaptación a movimientos activos similares dentro de la mercadotecnia por él utilizada.

A diferencia de este autor, no pocos académicos de diferentes líneas de pensamiento conocieron al Che personalmente e intercambiaron con él sus puntos de vistas. Algunos hasta polemizaron con él acerca de determinados enfoques, tanto teóricos como prácticos, sobre la dirección económica, y todos, aunque con ciertas ideas controversiales con las del Che, lo reconocieron como un hombre con profundos conocimientos económicos y que contaba con un amplio acervo en el campo filosófico y en otras materias. Por todo ello mueve a risa cuando el escritor de las genuflexiones cantinflescas pretende presentar al Che sin conocimientos técnicos sobre economía y en un entorno internacional donde no puede vencer con sus ideas. Tal vulgaridad se corresponde con los intereses que defiende o con los dividendos que recibe por parte del amo protector quien se cotiza a precios muy competitivos. Con razón subestima la información procedente de fuentes cubanas, irrefutables para desmentir sus elucubraciones.

Entre otras afirmaciones corrosivas también hace causa común con los que se han dedicado últimamente a utilizar la escritura o el lenguaje ponzoñoso para referirse a las relaciones históricas entre el Che y Fidel. Cualquier persona bien intencionada y que cuente con información auténtica conoce que desde México hasta Bolivia la relación Che-Fidel siempre fue la misma, sellada por la calidad humana de ambas personalidades, y por las ideas revolucionarias que la consolidaron.

Que han existido y aún existen discusiones entre los revolucionarios, nadie lo discute. De lo contrario, como decía el Che, «se crearían las condiciones para el dogmatismo más senil». El análisis crítico, la polémica y la discusión quizás constituyan una de las grandes fortalezas del proceso revolucionario cubano, pero ese proceso siempre ha mantenido la *unidad*

como principio para lograr los mismos objetivos. Los propios escritos del Che, los discursos de Fidel y todas sus comparecencias públicas así lo atestiguan, desde el Moncada hasta el presente. Cuando el Che partió de Cuba hacia el Congo en 1965 escribió su histórica carta de despedida, que luego dio a la publicidad Fidel cuando se consideró que era oportuno para la seguridad del Che y como información necesaria para el pueblo cubano y para el mundo. Quienes conocieron al Che saben de su honestidad y de la veracidad de lo expresado en la carta de despedida.

De todas formas, y en particular para aquellas personas que solo poseen informaciones parciales o tergiversadas, bien vale ofrecer un nuevo elemento, hasta ahora no revelado sobre la trayectoria del Che y sobre cómo pensaba hasta el final de su vida. Al concluir la campaña del Congo, el autor de este artículo tuvo la oportunidad de leer un trabajo publicado en México por la escritora Sol Arguedas, quien a título propio se consideraba admiradora del Che, pero cuestionaba varias de sus ideas y también la veracidad de lo expresado en su carta de despedida. En aquella oportunidad me sentí obligado a contestarle a Sol Arguedas, y lo hice a título personal, solicitándole no hacer pública la respuesta y utilizarla solamente para complementar sus investigaciones.

Coincidió la redacción de la respuesta con la llegada del Che a Cuba después de su ya conocido periplo Tanzania-Checoslovaquia-La Habana, y de inmediato le presenté el borrador de la carta para que me hiciera las observaciones que considerara pertinentes. Luego de una paciente y acuciosa lectura, como era su costumbre, hizo modificaciones en varios aspectos de la carta, todas de su puño y letra. El original permanece en mi poder con el carácter inédito que ha mantenido hasta el presente. Entre otras observaciones y correcciones, agregé al final de la carta a Sol Arguedas un párrafo que, por razones obvias, en aquel momento él no podía firmar. He aquí lo escrito por el Che, en presencia del firmante, poco antes de su salida para Bolivia:

Quizás algún día el Che muera en un campo de batalla o emerja en una revolución triunfante; se percatará entonces de la autenticidad de su carta de despedida y de su identificación total con la Revolución Cubana y su Jefe. Pero estos dos acontecimientos contrapuestos de la disyuntiva por él planteada pueden tardar mucho (esperemos que no ocurra el primero) y en atención a ello me permito hacerle llegar estas líneas.

Pido excusas a Sol Arguedas por romper el silencio de mi carta después de treinta y un años, seguro de que estará de acuerdo conmigo en

que resulta necesario para los lectores mexicanos y para todos aquellos que puedan ser confundidos con las tergiversaciones actuales.

Para los optimistas, para los convencidos, para los que no se venden, para los que no se sientan a descansar de pena, existe un solo Che del siglo XXI, el que se proyecta con su acerada voluntad desde un fragmento de sus lecturas preferidas:

*Rey de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.*

Casa de las Américas, no. 208, julio-septiembre de 1997, pp. 94-108. Incluido en la sección «Che siempre». Fechado en La Habana, en mayo de 1997.

EL CHE SIGUE COMBATIENDO

RICARDO ALARCÓN

Che sigue combatiendo, y constituye una amenaza real que provoca el temor de los opresores. Lo prueban los copiosos textos que tratan de tergiversar su vida, falsificar su pensamiento y mellar el filo acerado de su imagen.

Un libro recién publicado muestra detalladamente cómo la CIA, el FBI y otras agencias imperialistas seguían paso a paso la vida del Che, aun antes del desembarco del *Granma*, y cómo se ocuparon también de distorsionarla a través de una prensa que se disfraza de libre. Algún día serán publicados otros documentos que mostrarán la continua y sistemática persecución que le hace el imperialismo, desde La Higuera hasta hoy, y la que seguramente le seguirá haciendo en el futuro.

En el libro aludido, Michael Ratner revela un dato que demuestra cómo el Che vive verdaderamente, y no solo en los corazones de los jóvenes y en los puños de los explotados. En 1988 la región boliviana donde él combatió era considerada todavía por las autoridades como zona de seguridad. Más de veinte años después, una nueva generación de militares parecía aún vigilante ante los desplazamientos guerrilleros por los alrededores del río Ñancahuazú.

¿Cómo asumir al Che hoy?, ¿cuál es su legado para el siglo que ya casi comienza?, nos preguntamos los revolucionarios, quienes luchamos por transformar el mundo y creemos en el mejoramiento humano. Cuando lo hacemos, su imagen y su recuerdo se multiplican por el mundo, su rostro aparece en los pechos de jóvenes que no lo conocieron, en sus protestas lo levantan masas desposeídas que no pudieron leer sus textos fundamentales, cada vez más deviene símbolo que anima la rebeldía, da vida a la esperanza y alcanza la dimensión de la leyenda.

Coloquios como este pueden contribuir a la necesaria búsqueda colectiva que irá encontrando las respuestas indispensables, y sobre todo –no podría ser de otro modo siendo Ernesto Guevara el centro de atención– caminos para convertirlas en acciones concretas.

Además de su enorme contribución como combatiente y jefe guerrillero, y desde importantes responsabilidades en el Gobierno Revolucionario, el Che nos dejó una obra intelectual de sorprendente anchura y profundidad,

especialmente si tomamos en cuenta que fue producida en pocos años por un joven dirigente comprometido a fondo con el torbellino de los acontecimientos en el período más intenso de nuestra vida como pueblo. El querido compañero Salvador Vilaseca, aquí presente, nos recuerda, además, cómo el Che estudió matemática, y dedicó muchas horas también a estudiar economía y otras cuestiones de la filosofía y la cultura, constituyendo, en su empeño sistemático por ampliar sus conocimientos, un ejemplo para todos. En ensayos, artículos, cartas, discursos, conferencias y otras intervenciones públicas, abordó los problemas que afrontaba entonces la Revolución, y dio un aporte inestimable a la lucha política concreta y a la formación de la conciencia revolucionaria de los cubanos. Todas las amenazas y las conjuras agresivas del imperialismo en aquella etapa fueron objeto de su análisis incisivo y su denuncia esclarecedora.

Pero si estuvo atento a los peligros que acechaban desde el exterior, supo también dedicarle su pensamiento a las cuestiones específicas de la construcción económica y la actividad sindical, a la formación del Partido y sus métodos y estilo de trabajo, y a la misión especial que corresponde a las organizaciones juveniles, entre otros temas importantes. Para los obreros, para los estudiantes y los jóvenes, para los cuadros políticos y administrativos dejó un valioso caudal de reflexiones que conservan hoy plena vigencia, si dejamos a un lado, como es obvio, sus aspectos coyunturales.

Sorprende que en el fragor de aquellos años encontrara tiempo para escribir sobre su experiencia guerrillera en Cuba, legando a las generaciones posteriores un precioso testimonio que enriquece nuestra memoria histórica. Pero lo que asombraría a otros era para él algo natural y necesario. Preservar aquellas vivencias era indispensable para el propósito, que llevó a cabo con riguroso empeño, de sintetizar la experiencia de la insurrección cubana y elaborar su teoría sobre la guerra de guerrillas. Allí, en el desarrollo concreto de la lucha armada, cuando todo dependía de cada combatiente individualizado y de su disposición a entregar la vida, descubrió los gérmenes del hombre nuevo.

Su labor intelectual tendría un carácter internacionalista que prefigura desde el primer texto sus futuras acciones en el Congo y Bolivia. En diversos foros internacionales desenmascaró la inicua explotación imperialista, y supo articular de modo coherente una teoría para la liberación del Tercer Mundo en la cual no faltó la justa crítica a quienes, a pesar de su proclamada filiación socialista, no practicaban la solidaridad como un deber.

En su examen de los problemas de la construcción del socialismo, reflejado en memorable polémica, y en otros trabajos fundamentales, su pensamiento alcanzó hondura mayor y llegó a anticipar el futuro. ¿Quién

pudo imaginar a comienzos de los años sesenta que del socialismo europeo resurgiría un capitalismo brutal? ¿Quién fue capaz de desentrañar la raíz del mal y exponerla además con honradez y coraje?

En el combate que el imperialismo no deja de librar contra el Che, encontramos la máxima prueba de su supervivencia y de la victoria de su mensaje. Se nos quiere presentar a Ernesto Guevara como símbolo de una etapa superada, como algo del pasado. En la euforia que siguió al derrumbe de la Unión Soviética, la academia imperialista –que ha sumado a otros, porque el fenómeno de la clonación existía en el plano de la ideología mucho antes de su descubrimiento en los laboratorios– ha querido hacer creer que el fracaso de aquel modelo significaba la muerte del ideal socialista, y que detendría para siempre el movimiento de los trabajadores para conquistarlo.

El Che, sin dudas, compartiría nuestra amargura ante el grave revés que aquel hecho ha acarreado para pueblos que hoy sufren en carne propia la experiencia del capitalismo real, y apreciaría sus negativas consecuencias para la Revolución Cubana y para la liberación del Tercer Mundo. Su pena sería más profunda, semejante a la del sabio que previó lo que inevitablemente habría de ocurrir, a la del mesías que anunció el desastre y alumbró el camino que pudo haberlo evitado. Él, que ya había advertido lo difícil que sería «vencer al capitalismo con sus propios fetiches» dejó esta definición esencial: «no puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construido el socialismo, como de índole mundial en relación con todos los pueblos que sufren la opresión imperialista».

Más honda y auténtica sería su pesadumbre porque él, que supo elucidar teóricamente el problema, fue capaz de predicar con el ejemplo tanto «en la sociedad en que se construye», con su austeridad, con su total consagración al quehacer revolucionario, con su incorporación real, sencilla y callada al trabajo voluntario, como «en relación con todos los pueblos que sufren la opresión imperialista», tal como probaría, del modo más elocuente, pocos meses después. Pero antes de remprender su ruta guerrillera precisaría en una de sus obras más divulgadas su preocupación ante los desafíos del socialismo naciente:

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras de recorrer

una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entretanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

Su pensamiento creador y verdaderamente marxista le permitió vislumbrar el destino de aquella experiencia y descubrir el origen de su fracaso cuando los propios teóricos del anticomunismo la consideraban inmutable y el dogmatismo predominante en la izquierda nublaba el criterio. No era, por cierto, el hombre nuevo quien había sido derrotado, sino la «quimera de realizar el socialismo» sin contar con él. Tampoco había triunfado el capitalismo a escala planetaria sobre las fuerzas del socialismo y la liberación nacional. Obtuvo sí una victoria transitoria ante la falta de un accionar consecuente y unido de esas fuerzas, que fueron incapaces de aprovechar un balance internacional que les era favorable; faltó, en resumen, la multiplicación del ejemplo heroico del Che y la aplicación de sus ideas por el conjunto del movimiento revolucionario.

Los dramáticos acontecimientos de los años recientes no significan la derrota del Che, sino su vindicación. Por eso el Che vive, por eso se agiganta, se reproduce y avanza, por eso crece el temor de los enemigos. Su concepto humanista, renovador, ético del socialismo nutrió el proceso revolucionario cubano y ha estado presente a lo largo de él, compitiendo, desde luego, con manifestaciones tropicales del «socialismo real» y en medio de la confrontación más abarcadora que ha tenido siempre con el imperialismo. Incluso en momentos en que concepciones erróneas y tendencias negativas predominaron en la dirección y gestión de la economía, el legado del Che pervivió entre nosotros, se mantuvo incólume en la política exterior y alcanzó niveles extraordinarios con las misiones internacionalistas que propagaron su ejemplo a escala de masas.

El proceso de rectificación de errores y tendencias negativas convocado por Fidel Castro en 1986 reanimó el espíritu revolucionario, dio nuevo impulso a la participación popular, confirmó la justeza de las ideas y las enseñanzas de Ernesto Guevara. Antes de que se hiciera visible el curso hacia la bancarrota del socialismo real, los revolucionarios cubanos, inspirados por el Che, profundizábamos la lucha contra sus causas, atacábamos la raíz del mal.

La autenticidad de la Revolución Cubana, fruto exclusivo de nuestra propia historia, resultado de las luchas y sacrificios de los cubanos; su carácter genuinamente independiente, y la sabia, consecuente y firme

conducción de su máximo dirigente, explican por qué aquellos elementos nocivos no llegaron a adquirir la dimensión incontrolable que condujo a la disolución de la experiencia europea.

La Revolución Cubana no sucumbió, como anunciaron, hace ya varios años, los corifeos y alcahuetes del Imperio. Supo resistir las terribles consecuencias que para el país significó la súbita desaparición de sus mercados, la pérdida total de créditos y financiamiento externo, la drástica reducción de suministros petroleros, de materias primas y otros insumos vitales. Supo hacerlo y comenzar incluso a recuperarse económicamente, aunque al golpe sufrido por la disolución de la URSS se han sumado la intensificación y la ampliación de la guerra económica que nos impone Washington.

¿Qué significa hoy el Che para Cuba y los cubanos? ¿Cómo incorporarlo a la realidad presente y a nuestras perspectivas y aspiraciones? ¿Qué misión le corresponde a él, hijo de nuestro pueblo, y uno de sus más preclaros dirigentes, en la etapa compleja, difícil y decisiva que ahora transitamos? ¿Qué hacer con su pasión revolucionaria, su militancia irreductible, su pensamiento creador?

Ante todo, afirmemos lo obvio. Está con nosotros aquí y ahora, peleando encarnizadamente por salvar su obra y sus sueños de constructor. En las peculiares circunstancias de este período, cuando para salvar nuestro socialismo, el único socialismo posible en Cuba hoy, nos hemos visto obligados a hacer concesiones, hemos tenido que introducir en nuestra sociedad factores indeseados, ajenos a sus valores, el Che nos es más necesario que nunca. Porque los cambios inevitables en nuestra sociedad y la arremetida ofensiva imperialista introducen nuevos ingredientes, a veces más sutiles y sinuosos, en la lucha ideológica, el pensamiento del Che nos resulta imprescindible. Debemos asumir su ideario y convertirlo en guía indispensable de los trabajadores, los estudiantes, el profesorado y todo el pueblo. Cuando el veneno del egoísmo individualista nos amenaza desde adentro, cuando algunos se doblegan o vacilan, tenemos que reproducir en la conducta de la vanguardia y extender a la sociedad su ejemplo intachable. Tenemos que cultivar la solidaridad como norma de vida cotidiana.

Con la intervención sistemática de los colectivos obreros y sus sindicatos es imperioso realizar el máximo esfuerzo en la recuperación económica, ahorrar recursos, incrementar la productividad y la eficiencia, especialmente en el sector estatal, combatir la indisciplina y fortalecer la cohesión y la unión entre todos los revolucionarios y patriotas.

Robustecer el papel del Partido, perfeccionar nuestro sistema democrático y la labor de las organizaciones de masas y del conjunto de nuestra sociedad civil socialista, desarrollar consecuentemente la participación y

el control popular. A más socialismo, en el plano político-ideológico, a socialismo heroico, creador y cubano es a lo que nos convoca, en esta hora de prueba, el Guerrillero invencible.

«Seremos como el Che», proclaman nuestros niños. Esta no es solo una hermosa frase. Ella cifra una estrategia y una esperanza. La Patria se salvará; la Revolución vencerá, nuestro socialismo perdurará y será mejor y más verdadero si somos capaces, como pueblo, de ser como él, de luchar y vivir como él.

Hace treinta y cinco años, «en los días luminosos y tristes» de la Crisis de Octubre, cuando sobre Cuba se cernía la amenaza del exterminio total, Ernesto Guevara nos dejó este mensaje que vale para hoy y para siempre: «Desde aquí, desde su trinchera solitaria de vanguardia, nuestro pueblo hace oír su voz. No es el canto de cisne de una revolución en derrota, es un himno revolucionario destinado a eternizarse en los labios de los combatientes de América. Tiene resonancias de historia».

Desde aquí, desde su trinchera inexpugnable, digámosle otra vez: Hasta la victoria siempre.

Palabras pronunciadas en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 1 de octubre de 1997, en la inauguración del Coloquio internacional *Sobre el Che*. Publicadas en *Casa de las Américas*, no. 209, octubre-diciembre de 1997, pp. 65-68, como parte de la sección «Che siempre» que se mantuvo durante el año 1997 en todas las ediciones de la revista, como tributo por los treinta años de la muerte del Che.

CHE GUEVARA Y EL VALOR DE LA FUERZA SUBJETIVA

BELARMINO ELGUETA

Pocos pensadores u hombres de acción latinoamericanos han puesto de relieve tan profundamente el valor de la fuerza subjetiva en los procesos revolucionarios como Ernesto Guevara. Es, sin duda, su principal legado. Por eso los pueblos de la América Latina lo recuerdan treinta años después de su muerte; sin sospechar siquiera que *che* significa *mi* en lengua guaraní, reconocen en él a uno de los suyos, a un titán surgido de sus entrañas laceradas por la sobrexplotación de oligarquías todavía dominantes. El interés por Guevara se ha expresado actualmente en la publicación de nuevos libros sobre su vida y su obra, así como en la filmación de diversas películas relativas al tema. Además, partidos populares, organizaciones sociales y grandes multitudes han reafirmado su adhesión al socialismo en los homenajes al Che.

Para ser fieles a su pensamiento y a su acción, hoy, al rendirle homenaje, corresponde extenderlo también a los centenares de miles de muertos, desaparecidos y torturados desde el comienzo de la Revolución Cubana hasta ahora. A nuestros héroes y mártires. A los caídos en la lucha por el socialismo en las ciudades y selvas de la América Latina frente a la acción despiadada del terrorismo de Estado, ejercida por dictaduras reaccionarias que constituyen la última línea de resistencia de las sociedades capitalistas sustentadas por el imperialismo. El recuerdo del Che tiene, por eso, un valor colectivo en el que se funde el héroe con la masa en la creación de la historia. De la historia actual de este pueblo-continente.

En los últimos treinta años se ha considerado a Guevara desde distintas perspectivas y diversos enfoques, atendiendo al variado contenido de su mensaje. Por mi parte, quiero hacerlo ahora desde un punto de vista político, en el sentido más amplio de este concepto, examinando especialmente su aporte a la revolución latinoamericana, para intentar una evaluación de su herencia actual. Para eso, es necesario partir de las condiciones que configuraban la situación conflictiva de los años sesenta, a fin de ver si los objetivos planteados entonces tienen vigencia hoy.

No obstante, por razones de tiempo y espacio, no podré hacer un análisis pormenorizado de un tema tan amplio, sino que apenas procuraré exponer algunas reflexiones generales, que permitan rescatar la imagen de

ese hombre excepcional. Para tal efecto, me referiré a su relación con el proceso revolucionario cubano en el marco de la lucha continental, a las fuentes de su pensamiento político, a su formación marxista, a la manera como abordó los desafíos de la transición, a su concepto del humanismo socialista, a su redefinición de los deberes del internacionalismo y, por último, a la actualidad de su mensaje en el presente de la América Latina.

La revolución socialista en Cuba

La primera cuestión que debo considerar es, pues, la relación del Che con la Revolución Cubana, atendiendo a que él, en cuanto protagonista de este proceso, se desarrolló en dicho país –pero manteniendo una concepción continental de la lucha por el socialismo–, y allí se le recuerda como a uno de sus propios héroes. Esta última circunstancia llevó a Ezequiel Martínez Estrada a preguntarse: «¿Por qué este cubano tan auténtico, este peregrino no habla mi lenguaje de hombre, que todavía está retenido por cadenas impalpables; por qué todos los cubanos saben que, positivamente, nació en Cuba?».

En esta pregunta que se hace a sí mismo el escritor argentino, después de escuchar al Che en la Plaza Cadenas de la Universidad de La Habana, quizás se encuentre la clave de la personalidad de ese hombre. Desde luego, porque, de acuerdo con su concepción ecuménica de la revolución, donde está su deber, está su patria, y Cuba –la última de las colonias en independizarse de España, y primer país en superar el dominio del imperialismo estadounidense– constituyó el escenario de su epopeya. Enseguida, porque este comportamiento solo se presenta en hombres que, a la vez que se liberan, se convierten en libertadores. Bolívar en el siglo pasado y Guevara en el presente son paradigmas de tal proceso de toma de conciencia y de ejecutoria revolucionaria, en el mismo contorno geográfico.

En tal sentido la gesta cubana representa el acontecimiento político más relevante del siglo xx en la América Latina, no solo por la profunda transformación social de ese país, sino, sobre todo, por las persistentes repercusiones que su ejemplo ha tenido hasta ahora en la región y –más allá de sus fronteras– en los países del Tercer Mundo. Se trata de un proceso revolucionario que rescata los valores de liberación humana del socialismo marxista, difundido durante un siglo en nuestro escenario histórico, desde Juan B. Justo pasando por Salvador Allende, y que se enmarca en la genial concepción de Lenin sobre la autonomía de la situación revolucionaria, contenida en sus «Tesis sobre la cuestión colonial».

En este crisol es que se fundan las aspiraciones e ideales de todo un continente, donde surgió tal protagonista, encarnando en su deslumbrante personalidad la conciencia social y la fuerza subjetiva de las masas. En poco más de una década, participó en la lucha de la Sierra Maestra, intervino en los primeros seis años de la transformación socialista en Cuba, difundió esta experiencia en todos los puntos cardinales, replanteó la actualidad de grandes desafíos políticos esbozados desde antes en nuestros países pero al margen de una práctica revolucionaria real, como la que él reafirmó con su ejemplo en diversos frentes de combate hasta su muerte en Bolivia, en la suprema concordancia entre el discurso y la acción.

Guevara no es, pues, ni un forjador de sueños imposibles ni meramente un moralista interesado en modificar las normas éticas de su tiempo con el ejemplo. Tampoco solo un romántico aventurero, como suelen admirarlo muchos. Quizás tuvo de todo eso, pero fue por encima de ello el arquetipo del revolucionario latinoamericano del presente siglo, entendido este concepto no como modelo ideal, creado por la imaginación, como quisiéramos que fuese, sino en tanto producto de la realidad misma, de la cual, condicionada por la fuerza subjetiva, surgen los revolucionarios. Pero si él fue fruto de la realidad, conviene preguntarse cuál era esta cuando él se asomó a la historia. Sin duda, estaba condicionada por la evolución de Argentina y, en general, del conjunto de los países latinoamericanos que conoció en su periplo por el Continente.

Para convertirse en el héroe que todos admiramos, el Che se nutrió de las fuerzas telúricas y de la herencia cultural de su medio en el sentido señalado por Marx, esto es, la existencia determina la conciencia. En efecto, para saber por qué un hombre liberado se convierte en libertador hay que buscar sus raíces más recónditas, el ambiente en que se formó, las corrientes de pensamiento y las vivencias que conformaron su personalidad. Para comprender al hombre hay que escudriñar sus circunstancias, y las del Che fueron varias y ricas por provenir de un país, como Argentina, donde entran en fusión, en su proceso nacional, ideas y fuerzas sociales cambiantes en el marco del desarrollo continental.

El Che nació en 1928 en Rosario, Argentina. En este país vivió su infancia y su juventud, aprendió las primeras letras y se graduó de médico. Asimiló las experiencias de un país rural que tendía a convertirse en urbano, de una economía agropecuaria que avanzaba hacia la industrialización. Proceso que a su vez, en la primera mitad de este siglo, dio lugar a cambios en las correlaciones de clases y a mutaciones políticas, expresadas en la explosión populista que va de Irigoyen a Perón y se interrumpió por la intervención de las fuerzas armadas con una violencia salvaje. Esta sobrecarga de

acontecimientos gravitó –acaso sin tomar él clara conciencia de ello– en la formación de su pensamiento y también de su carácter.

Las fuentes del marxismo latinoamericano

En relación con la herencia cultural que condicionó el pensamiento y la acción de Guevara, conviene considerar, como segundo tema, las fuentes del marxismo latinoamericano. En ese sentido, el peso de la historia y de la cultura nacionales gravitó en su espíritu. Pero, además, aspiró el aire purificador de las corrientes teórico-políticas preexistentes en la América Latina, que orientaron las luchas de los trabajadores desde fines de la centuria pasada. Ningún latinoamericano comprometido con estas luchas, en el tiempo del Che, ignoraba la influencia de las ideas marxistas provenientes de tres fuentes conexas: el socialismo rioplatense, el leninismo, y el pensamiento de urdimbre latinoamericana de Mariátegui, todas ellas vinculadas a la historia del movimiento obrero continental.

El socialismo de inspiración marxista se difundió en los países del Río de la Plata a través de las clases obreras urbanas provenientes de la inmigración europea –principalmente italiana y española–, abriéndose camino en pugna con la corriente anarquista –del mismo origen metropolitano– hasta imponerse en definitiva. Los sectores más conscientes lucharon para que los trabajadores se dieran una organización política propia. Pero los partidos socialistas así surgidos no realizaron una verdadera acción revolucionaria, precisamente por carecer de una teoría apropiada. El modelo de esta corriente reformista fue la socialdemocracia alemana anterior a la Primera Guerra Mundial, que había proyectado sus ideas a Italia y España.

No obstante, en Argentina surgió entonces un pensador excepcional –Juan B. Justo–, en torno a quien se desarrolló el Partido Socialista de este país. Figura importante en la II Internacional, intentó fundar la acción socialista a partir de la lucha de clases y en la perspectiva de la democratización nacional. Por lo mismo, ese partido se definía como la dirección política de la clase trabajadora en cuanto esta debía asumir la hegemonía en la transformación de la sociedad. Pese a dicha definición básica, al igual que la socialdemocracia europea, no contó con una estrategia de poder.

La Revolución Rusa de 1917 produjo, por su parte, un impacto deslumbrante en la América Latina. En el socialismo argentino hubo hombres, como José Ingenieros, que vieron en ella, al revés de la socialdemocracia europea, la «buena nueva» que se esperaba desde el tiempo de Marx, del mismo modo que, más tarde, otro viejo socialista, Alfredo L. Palacios,

reconociera a la Revolución Cubana como la avanzada de la revolución latinoamericana. La victoria de Octubre había replanteado la conquista del poder como una tarea actual y previa a la transición socialista, superando una larga controversia desarrollada en la socialdemocracia. Así, el leninismo, con su fuerte impronta, se proyectó en nuestro Continente como una praxis teórica que confiaba en la fuerza subjetiva de las masas, conducidas por un partido de nuevo tipo.

Pero el leninismo no solo tuvo este atractivo, sino que además afirmó lo que en Marx fue únicamente un esbozo: el carácter específico de los procesos revolucionarios en los países atrasados, derivado de la naturaleza del desarrollo histórico de estos. La autonomía de la situación revolucionaria de dichos países estaba contenida en las «Tesis sobre la cuestión colonial», aprobadas en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, bajo los auspicios del propio Lenin, y cancelaba la subordinación de la lucha en ellos al triunfo del proletariado en los países metropolitanos. No obstante, esta apertura del leninismo en el ámbito ideológico no permitió el desarrollo de una teoría y una práctica específicamente latinoamericanas en el marco del marxismo, por la supeditación del movimiento comunista mundial a los requerimientos de la política de la Unión Soviética, supeditación impuesta por el estalinismo. Aquella tarea le corresponderá a Mariátegui, al margen de la Internacional y de los partidos comunistas.

Al final de su rica vida intelectual, Marx se había planteado, aunque sin resolverla plenamente, la duda acerca de si era posible aplicar los presupuestos teóricos fundamentales de su teoría a países europeos atrasados, como Rusia y Polonia. La idea de que la revolución socialista sería el resultado de la maduración de la sociedad capitalista, Lenin la había superado por su parte, con la hipótesis de que dicha maduración debía entenderse a nivel histórico-mundial del capitalismo. Mariátegui dio otro paso decisivo al hacer una interpretación antidogmática del marxismo, aplicándolo a una realidad distinta de la europea, y con características específicas, como es la de la América Latina.

Muerto Lenin, su lúcida concepción de la autonomía de la situación revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales fue desarrollada en Asia por Mao, extrayendo sus consecuencias estratégicas, tarea a la que en la América Latina también dedicará su esfuerzo intelectual Mariátegui, quien cuestionó los supuestos en que se basaba la visión tradicional del marxismo. Para ello puso en el debate nuevos temas como el carácter del desarrollo económico en los países dependientes, el proceso de constitución como naciones, la imposibilidad histórica de una revolución democrático-burguesa debido a la supeditación de las burguesías internas

al imperialismo, las relaciones entre los procesos de democratización radical y la transformación social (que ya habían preocupado a Justo), las fuerzas motrices de la revolución y el carácter socialista de esta.

El desarrollo económico y social de esta región es –según el pensador peruano– diferente del europeo, y así uno y otro no se vinculan por una relación entre avance y atraso, sino por una interdependencia conflictiva, que requeriría ser definida en su especificidad para extraer conclusiones estratégicas. La redefinición de la naturaleza de las formaciones económico-sociales implica a su vez un cambio en la caracterización de las clases y de los sujetos sociales de la revolución, extendiendo su énfasis particular hacia los temas de las masas, de los elementos ideológicos y culturales, de los factores subjetivos. Todo ello se enmarca en su interés por la formación del bloque histórico capaz de desarrollar a la nación vinculada al programa socialista.

La muerte prematura de Mariátegui en 1930 detuvo este proceso teórico (el desarrollo del marxismo latinoamericano) que él inaugurara con tanto brío, hasta que la Revolución Cubana –treinta años después– replanteó a través de su práctica política algunos de los temas fundamentales esbozados por aquel. En este encuentro histórico destaca la presencia del Che, quien retomó el hilo conductor del proceso teórico que viene del socialismo rioplatense, pasa por el leninismo y culmina con Mariátegui. Es la teorización incesante de varias generaciones socialistas de la América Latina.

Las temáticas planteadas por el Che

La tercera cuestión que es necesario dilucidar para evaluar el legado político del Che se refiere a su formación marxista. En este sentido, por la brevedad de su vida, no debe buscarse en él un sistema de doctrina: su pensamiento se desarrolló al calor de los hechos en los que fue protagonista, por lo cual creció en un contexto de extraordinario dinamismo. Esta circunstancia explica la riqueza de sus ideas, pero también excluye la consideración, con rigor teórico, de la existencia del *guevarismo*, hay que ver en él, más bien, a un marxista latinoamericano. No dogmático, sino creativo.

El Che replantea, a la luz de la experiencia cubana, un conjunto de temas que desde hacía tiempo habían estado presentes en el debate marxista y que parten de considerar a la revolución como un proceso continuo, el cual comprende dos fases indisolublemente unidas: la conquista del poder y la transición socialista. Además, este proceso lo concibe en el marco

de la *actualidad* de la lucha por el socialismo, como lo formularon los revolucionarios rusos a comienzos de siglo. Ello explica la dimensión del tiempo histórico, la urgencia –como se ha señalado muchas veces– para enfrentar el cambio revolucionario, y explica también la conversión de los revolucionarios profesionales en guerrilleros.

Estas cuestiones atrajeron la atención y dominaron el debate y la acción de los socialistas latinoamericanos a partir de la década de los sesenta. Sin el propósito de agotarlas, cabe referirse a algunas de ellas, por la continuidad y el desarrollo que representan respecto a la preocupación de sus antecesores. La autonomía de la situación revolucionaria en los países dependientes, la lucha por la conquista del poder, la vía armada en esa lucha, el frente de trabajadores en cuanto sujeto de la transformación social, el partido como fuerza dirigente, el carácter socialista de la revolución, la naturaleza y los problemas de la transición en los países atrasados, y la importancia de la fuerza moral son, entre otros, aspectos replanteados por Guevara como presupuestos del proceso revolucionario en este Continente. Una breve recapitulación de algunos puntos de su pensamiento corroborará lo dicho.

La primera de las ideas básicas sobre la lucha por la conquista del poder que corresponde destacar es la concepción de la autonomía de la situación revolucionaria en los países atrasados y dependientes, sin supeditación por tanto a la victoria del proletariado en los países centrales del capitalismo, como se había considerado durante mucho tiempo, problema planteado en su oportunidad por Lenin. Este carácter específico del proceso revolucionario en aquellos países se deriva a su vez –como lo señalara Mariátegui– de la naturaleza de su desarrollo, particularmente en los de la América Latina, distinto por completo de la de los países europeos. Esta idea impregna todo el pensamiento del Che, quien extrae de ella las conclusiones estratégicas correspondientes.

A partir de tal punto de vista, él considera a las burguesías internas en alianza político-social con los grandes terratenientes, constituyendo así las oligarquías dominantes, coligadas con el imperialismo, con solo contradicciones secundarias. En semejantes circunstancias, la revolución democrático-burguesa concebida en los términos europeos es imposible, por la condición conservadora de aquellas. Su posición es categórica a la luz de la experiencia vivida por él. «La revolución cubana», dice en «Guerra de guerrillas: un método», «ha dado el campanazo de alarma», y agrega que «las burguesías nacionales se han unido al imperialismo norteamericano en su gran mayoría, y deben correr la misma suerte que este en cada país».

De la experiencia cubana, proyectó el carácter socialista de la revolución a todo el Continente. Este pensamiento quedó fijado en el «Mensaje

a la Tricontinental», considerado como su testamento político, en el cual afirmó que la liberación real de los pueblos se convertirá en una revolución socialista. «Las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo –si alguna vez la tuvieron– y solo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución». Para él, la revolución tiene un carácter continuo, en cuyo desarrollo se pasa de las tareas democráticas a las tareas socialistas, de la lucha contra el imperialismo a la lucha contra las burguesías internas. Tales concepciones de Guevara encuentran sus raíces latinoamericanas en Mariátegui.

De igual manera, la conquista del poder como condición previa para iniciar la transición socialista está en la base del pensamiento guevariano. Es una cuestión de principios que estuvo presente también en la discusión de la socialdemocracia europea de fines del siglo pasado y que la escindió entre ortodoxia y revisionismo, revolución y reforma. Principio que Lenin extrajo de su medio teórico para proyectarlo en su dimensión práctica a través de la Revolución Rusa, pasando a constituir una condición *sine qua non* de las luchas por el socialismo. Guevara tomó una posición clara al respecto. «Si no se alcanza el poder», afirmó, «todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar las soluciones que se necesitan, por más avanzadas que puedan parecer». La experiencia chilena de 1970-1973 corroboró esta afirmación.

La estrategia de conquista del poder trajo a la discusión el tema de las tácticas. El Che fue teórico y práctico de la lucha armada. No obstante, al mismo tiempo sostuvo que la revolución no depende de una sola táctica, si bien ella debe ser claramente definida, y supone una opción en los períodos de aguda lucha de clases y en las situaciones revolucionarias:

Los revolucionarios no pueden prever de antemano todas las variantes tácticas que pueden presentarse en el curso de la lucha [...] Sería un error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el programa revolucionario de un proceso electoral dado, del mismo modo que sería imperdonable limitarse tan solo a lo electoral y no ver los otros medios de lucha –incluso la lucha armada– para obtener el poder.

Esta es una visión *realista* del empleo y la combinación de distintas tácticas, según las circunstancias históricas y la disposición de las masas. La Revolución Cubana es uno de esos caminos, por lo que ella –según el Che– «ha mostrado una experiencia que no quiere ser única para América, pero que es un reflejo de una forma de llegar al poder [...] Cada país y cada

partido dentro de su país debe buscar las fórmulas de lucha que la experiencia histórica aconseja». La Revolución Nicaragüense, que el Guerrillero Heroico no podía ver, confirmó el camino cubano y la constatación de que en la lucha por el poder los únicos procesos victoriosos, por encima de la terrible resistencia de las burguesías internas coligadas con el imperialismo, son los que han seguido esa vía. Aun con todos los repliegues y retrocesos que han experimentado después de la conquista del Estado.

Este hecho irrecusable no invalida, sin embargo, su concepción sobre la *viabilidad* de diversas tácticas; tampoco el sometimiento por las armas de movimientos de masas tan amplios, como el de la Unidad Popular de Chile en el período 1970-1973. Siempre será posible, cuando no haya otros caminos abiertos, *iniciar* un proceso revolucionario a partir de una victoria en las urnas, a condición de prepararse para enfrentar por todos los medios la contrarrevolución, porque esta *nunca* es pacífica ni legal. La vía no es, pues, garantía de triunfo, pero su definición oportuna constituye un requerimiento insoslayable de la lucha de los pueblos.

El proceso revolucionario cubano –en que participó el Che– puso a prueba también la alianza en cuanto sujeto histórico de aquel, en los términos planteados en Rusia por Lenin y en la América Latina por Mariátegui, pero con su lógica interna y dinámicas propias. Es un hecho conocido que su fuerza motriz residió primero en los campesinos y después en la clase obrera, por la sencilla razón de que la insurrección armada se inició en la Sierra, donde se establecieron los sobrevivientes del *Granma* bajo la conducción de Fidel Castro. Pero también porque Cuba, debido a su atrasado capitalismo dependiente, no tenía un proletariado significativo, con una nítida conciencia de clase que le permitiera comprender el sentido del proceso revolucionario desde su comienzo. Tal situación preocupó al Che hasta el punto de que la puso en términos de disyuntiva durante los primeros años de la transición: o la clase obrera entiende sus deberes y la revolución triunfa, o no los comprende y en tal caso se encamina hacia la derrota. En definitiva, el proceso revolucionario se sustentó en un amplio *frente de trabajadores* que, tomando como base la alianza obrero-campesina, la superaba.

Con la temática anterior se relacionan estrechamente la importancia y la función de la vanguardia. En la lucha por la conquista del poder en Cuba no estuvo presente la intervención dirigente de ninguno de los partidos obreros tradicionales, y la responsabilidad de aquella correspondió principalmente al Movimiento 26 de Julio y a otros grupos similares, circunstancia determinante para que se abriera un debate generalizado sobre la cuestión del partido. En Cuba este se forjó después de la conquista

del poder, contribuyendo el Che activamente a ese proceso, en la perspectiva señalada por Mariátegui de que el partido, antes que un *presupuesto* de las luchas populares, sería el *resultado* de ellas, es decir, un requerimiento para consolidar el poder y avanzar en la transición socialista.

Las masas hicieron suyo, en efecto, el proyecto revolucionario que llevó al Ejército Rebelde al poder, y reclamaron su participación protagónica en el proceso de transición. Entonces se hizo sentir la necesidad del partido, como órgano dirigente de la Revolución, tarea a la que se vinculó el Che con entusiasmo. Así nació el *nuevo* Partido Comunista cubano. La discusión en torno a las modalidades de la organización revolucionaria –de cuadros o de masas– fue integrada por él en una sola concepción. En una fase inicial privilegia la primera modalidad, en la que los mejores luchadores tendrán a su cargo la responsabilidad de asumir las tareas de la transición; luego se pasaría a una segunda fase, cuando las masas estén preparadas para mirar con confianza hacia el comunismo.

Los desafíos de la transición

La cuarta cuestión que es necesario examinar se refiere a la enseñanza de que la revolución no se agota con la conquista del poder, sino que se prolonga y profundiza en la transición socialista, tanto o más importante que la fase anterior. Guevara se ocupó de los problemas de la transición a la luz de sus propias concepciones teóricas, para lo cual partió, como lo advierte en su ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba*, de la constatación de que este país, en el comienzo de su proceso revolucionario, no se encontraba frente a un período de transición *puro*, como lo definiera Marx en *Crítica al Programa de Gotha*, sino en una fase no prevista por él, esto es, la construcción socialista en una sociedad atrasada. Tal situación hacía necesaria la elaboración de una teoría económica y política de mayor alcance acerca de la transición, y que exigía a su vez investigar las características y modalidades del desarrollo de Cuba y en general de la América Latina.

La posición del Che en esta materia suscitó un debate teórico en los años sesenta, tanto en el interior de Cuba como en otros países, sobre la correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. En realidad, esta discusión es tan antigua como el marxismo. Desde el revisionismo de principios de siglo hasta el reformismo de hoy, se ha proyectado la idea de que es imposible una revolución socialista en países atrasados, conforme al argumento de que fuerzas productivas de bajo nivel de desarrollo no podrían dar lugar a nuevas relaciones sociales

de producción. La respuesta la proporcionó Lenin, durante su tiempo, en el sentido de que dicha contradicción debe considerarse a escala del sistema capitalista mundial y no solo de la situación particular de uno de sus eslabones.

Desde la perspectiva de hoy, Rusia en 1917 y Cuba en 1959 son ejemplos de países en los que se impulsó el desarrollo de unas fuerzas productivas atrasadas y simultáneamente se generaron nuevas relaciones sociales de producción. El Che sostuvo, por eso, que en Cuba se había iniciado una revolución socialista, no obstante el retraso de las fuerzas productivas, lo que le confería validez a las nuevas relaciones sociales de producción. De acuerdo con su formación teórica, puntualizó que Marx no había considerado la posibilidad de que se pudiera realizar la transición en países atrasados, ni Lenin tuvo el tiempo suficiente para profundizar el estudio de los problemas económicos de ese período, en la marcha hacia el comunismo, por lo que constituía un deber abordar esta problemática. El derrumbe de la Unión Soviética y el retorno al capitalismo han puesto de actualidad dicho tema, considerando *todos* los factores que condicionan este proceso.

Él sostuvo que en todos los procesos medios de desarrollo de la sociedad, las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción marchan unidas, pero hay momentos en que las últimas no son estrictamente reflejo del desarrollo de las primeras. ¿Cuáles son esos momentos? El mismo Che los señala de manera explícita: «En los momentos de ascenso de una sociedad que avanza sobre la anterior para romperla y en los momentos de ruptura de la vieja sociedad, cuando la nueva, cuyas relaciones de producción serían implantadas, lucha por consolidarse y destrozarse la antigua superestructura». En tales circunstancias históricas pueden generarse *desfases*, tanto en un sentido como en otro, en avance o en retroceso de las relaciones de producción con respecto a las fuerzas productivas.

El Che no pudo, por falta de tiempo, profundizar en el análisis teórico del período de transición. Pero sí abordó los problemas prácticos e inmediatos de este proceso. La Revolución Cubana debió enfrentar, en efecto, la fase de transición socialista con toda su problemática. Esta comienza por el concepto mismo de transición y los rasgos fundamentales que la definen, lo cual abre la consideración de una diversidad de aspectos importantes, entre los cuales habría que mencionar el sentido de la construcción socialista y su relación con el estado final de la sociedad comunista, la coexistencia de elementos de distintos sistemas sociales como factor definitorio del período y de la lucha constante que ello supone, las condiciones materiales objetivas que permiten sustentar un proceso de transición, el grado de desarrollo de la

base material en su punto de partida y las formas que, en correspondencia con él, tienden a asumir las transformaciones revolucionarias.

La transición, si bien queda definida por la diversidad de cuestiones que reclaman la decisión y la acción de la directiva política del proceso revolucionario, tiene necesariamente que incorporar también el examen de las respuestas que asumen las fuerzas antagónicas con el propósito de impedir la continuidad exitosa del proceso de tránsito. De hecho, todas las experiencias históricas han debido conocer los distintos grados de intensidad de esa réplica reaccionaria en la que con el objetivo y la fuerza de dominación imperialista se conjugan –también en proporciones variables– intereses y fuerzas internas, manifestadas en acciones de *desestabilización*, que van del hostigamiento económico a la agresión militar. Así sucedió en Cuba y en Nicaragua, con distintos resultados.

Constituye un aspecto clave de la transición y de las estrategias correspondientes el papel que desempeñan en ellas las diferentes clases y capas sociales. Es un tema en el que están comprendidas las políticas de alianza (entre proletarios y campesinos, entre ellos y la pequeña burguesía e incluso otros sectores de la burguesía interna), la significación de la hegemonía del proletariado, los problemas de la dimensión relativa de la clase obrera, particularmente con referencia a los países subdesarrollados, y sus consecuencias respecto de las tareas de transformación, las conductas de los intelectuales y los técnicos, y el papel de las universidades en su relación con los desafíos de la transición.

La consideración a su vez de las conductas sociales, de las demandas y expectativas, oposiciones y rechazos de los distintos sectores sociales, lleva a los tópicos de la democracia, del poder popular y de la participación social en las fases de transición. Las cuestiones de atención y debate más extendidos en esta materia comprenden, entre otras, las relativas a la función del Estado, al papel del partido como fuerza dirigente y sus relaciones con la base social, a las posibilidades del pluripartidismo durante dicha fase.

Desde diversos ángulos, el problema del Estado –su concepción, el papel que se le atribuye, las relaciones entre el aparato administrativo y la organización político-partidaria– se constituye en otro ámbito muy importante de discusión y análisis. En particular, surgen en este sentido los temas del carácter de clases del Estado y su proyección en las condiciones de transición, el significado y los entendimientos del concepto de «capitalismo de Estado», las relaciones entre Estado y partido, instituciones sociales y de masas.

La organización del trabajo y de la economía representa otra área destacada de preocupaciones. Así sucedió con los urgentes requerimientos

de poner en práctica las nuevas formas de organización del trabajo, para asegurar el rápido aumento de la productividad como sustentación material de las transformaciones sociales. Un capítulo muy relevante, dentro de ese ámbito más amplio, se refiere a las conductas obreras y la política de remuneraciones, la disciplina y las normas en el trabajo, el papel de los estímulos materiales y los incentivos morales, los sistemas de salarios.

Forman parte también de esa temática general las cuestiones relativas a la organización y la dirección económicas, a los criterios, instancias y procedimientos de decisión, a las funciones que se atribuyen a la planificación. Asimismo, cabe señalar la posibilidad de identificar algunas *leyes generales* del paso al socialismo y la necesidad de reconocer los elementos singulares de cada proceso, la articulación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y los cambios en las relaciones sociales de producción. Debe considerarse también la organización de la sociedad, que se conforma a partir de la disposición del poder político y la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, algunos aspectos claves en la estrategia de la transición, incluidas las definiciones respecto de la institucionalidad que se hereda.

Son muchos más los problemas de la transición, según la experiencia histórica. Tocaba muy directamente, por ejemplo, a las decisiones que debían tomarse y a sus implicaciones y condicionamientos. Entre ellos, la ponderación de los criterios políticos en las conductas sociales, la velocidad mayor o menor de las transformaciones económicas según el grado de consolidación del poder político, el enfrentamiento y la relación entre las áreas socializadas y las áreas privadas prevaecientes. Era de interés considerar también las consecuencias de las contradicciones entre los nuevos rasgos de la distribución del ingreso y la estructura productiva heredada, las demandas a corto plazo.

De otra parte, en la configuración de las estructuras productivas que supone la transición adquieren una jerarquía especialmente importante los problemas de la relación entre la agricultura y la industria, entre la economía rural y la economía urbana. En un sentido más general, entre campo y ciudad. En ello quedan comprendidos problemas propiamente económicos (cómo se sitúan uno y otro sectores en la generación y en la asignación de los excedentes, qué prioridades y relaciones de proporcionalidad entre ellos se definen, cómo se organiza cada uno en su interior) y problemas sociales y políticos fundamentales (referidos principalmente a los términos de la relación obrero-campesina).

A tales problemas internos se agregan la dimensión supranacional y los condicionamientos externos que revisten un peso decisivo. En ella se

plantean numerosas cuestiones sobre los términos del «relacionamiento exterior», la medida en que las transformaciones internas suponen cambios correspondientes en las relaciones económicas externas, interrogantes acerca de la velocidad y la extensión de esos cambios en la articulación exterior. Hasta dónde los procesos de tránsito tienen que sustentarse fundamentalmente en las propias fuerzas, o en las posibilidades y modalidades de inserción en una división socialista internacional del trabajo. Esto último era válido cuando existía el campo socialista.

Con toda su vastedad, lo anterior no agota las problemáticas de la transición. No obstante, solo es pertinente agregar como cierre de este sumario que otra área de consideraciones tiene que ver con los términos de vigencia y aplicabilidad de determinadas leyes y categorías económicas en ese período, y las consecuencias correspondientes en los planos más concretos de los sistemas y políticas de dirección económica. La preocupación es explicable en tanto la propia naturaleza de la transición supone una fase en la que fueron cuestionadas las «racionalidades» del pasado capitalista y en la que todavía no imperan las del futuro socialista. Por lo que se abren las interrogantes sobre el grado de vigencia de las relaciones monetario-mercantiles, de las categorías mercancía, precio, salario, ganancia, y de la ley del valor en su sentido más general. De todo lo anterior, es decir, de los desafíos de la transición, se preocupó el Che como miembro del gobierno revolucionario de Cuba.

El humanismo socialista

Conjuntamente con aquellos desafíos, hay que señalar, en quinto lugar, el rescate que hace Guevara del humanismo marxista, después de la perversión de este concepto durante el estalinismo. El humanismo, en cuanto concepción que afirma el *valor del ser humano* y tiene por objeto, en los límites de una época histórica determinada, la satisfacción de sus necesidades vitales y de sus aspiraciones de libertad, permea todo el pensamiento del Che. En esta perspectiva, desarrolló su idea del *hombre nuevo*, negación del hombre alienado de la sociedad capitalista, que supera la emancipación política y parcial del liberalismo por la emancipación humana y total del socialismo.

De acuerdo con esa concepción del humanismo socialista, Guevara afirma –en *El socialismo y el hombre en Cuba*– que durante la transición «hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que

luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización».

Nadie puso tanto interés como él en los problemas de la conciencia individual y colectiva durante el proceso de construcción del socialismo, hasta el punto de considerar que «la última y más importante ambición revolucionaria es ver al hombre liberado de su enajenación».

Este concepto del humanismo socialista se relaciona íntimamente en el pensamiento guevariano con el ámbito del trabajo, en el cual reclama un desarrollo más amplio y profundo de la conciencia social, que solo se puede alcanzar acentuando la participación consciente en la dirección y la producción. Pero también debía ligarse esta participación a la necesidad de la educación técnica e ideológica, de modo que los trabajadores comprendan que estos procesos son interdependientes y cómo avanzan paralelos. «Así», agrega el Che, el hombre «logrará total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación».

Tal aspiración «se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte», lo que exige un cambio cualitativo en el universo del trabajo. En efecto, «para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía-hombre deja de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social». Seguidamente, proyecta una perspectiva luminosa:

El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía el requerimiento de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

En este marco ideológico, la primera revolución socialista de la América Latina tuvo que enfrentar en el curso de 1962 la normación del trabajo y la formulación de un sistema salarial, que se inspiraba en la elevación de los niveles cultural y técnico de los trabajadores en concordancia con el desarrollo de la economía nacional y al unísono con la formación de la conciencia social de las masas. El Che fue uno de los artífices de este sistema. La Revolución Cubana no pretendió (ni podía hacerlo) terminar

con el sistema salarial porque este nace con el capitalismo y no se extingue siquiera en la etapa socialista, sino en la sociedad comunista.

El nuevo sistema se regía, en síntesis, por ciertos principios que el Che contribuyó a definir. La retribución se establecía conforme a la cantidad y la calidad del trabajo, al determinar los distintos grados de complejidad de las actividades, así como a la calificación de las ocupaciones y de los trabajadores, la que dependía a su vez del nivel de preparación de estos últimos y, por consiguiente, de su capacitación. Por su parte, el salario a tiempo y con primas tenía un límite, que consistía en que no podía igualar la remuneración del escalón superior, por lo que, para lograrlo, los trabajadores tenían que capacitarse y ascender en su calificación.

Esta normación estaba dirigida, por último, tanto al desarrollo de la economía y en general de la base material y técnica, como también a la creación de la conciencia social de los trabajadores, la que permitía avanzar en la transición socialista. Su implantación se hizo gradualmente, a partir de 1963, y experimentó con el tiempo una evolución con desmedro de la coherencia inicial.

Este ámbito del trabajo está vinculado a la discusión sobre los incentivos o estímulos, tema que para el Che tenía una doble connotación: el aumento de la productividad en el período de transición y la creación del hombre nuevo al unísono con las modificaciones de las condiciones sociales. En el primer caso, el aumento de la productividad se alcanza principalmente –sin perjuicio de la mecanización– por el mayor rendimiento de cada quien a través de la organización del trabajo, armónicamente y de modo que el incentivo material desempeñe un papel secundario. En el segundo caso, la emulación constituye la base fundamental del desarrollo de la conciencia socialista. La problemática de los estímulos no es, por eso, solo una cuestión práctica de política económica, relacionada con la controversia sobre los sistemas de gestión financiera, sino también un tópico cargado de implicaciones morales y políticas.

El tema de los incentivos en el trabajo es recurrente en el pensamiento del Che, destacándose la inmensa *fuera política* de los de carácter moral. Pero también hay que tomar en cuenta los de índole material, apropiados al período de transición. Ambos deben aplicarse, durante un largo tiempo, con la conciencia de que solo los primeros son los que contribuyen a cambiar al hombre y con él a la sociedad, en tanto que los segundos llevan consigo el riesgo de conducir a ciertas capas de burócratas y tecnócratas a una competencia por el enriquecimiento individual, y a un economicismo generalizado.

El estímulo material es un *vestigio* de la antigua sociedad, que se refleja en la mente de los trabajadores como un rezago social, que es necesario remover por la praxis revolucionaria. No se trata, pues, de negarlo, porque sería como negar la realidad palpante en la conciencia humana, sino de definir su papel en el período de transición, y adaptado a las nuevas condiciones sociales.

Hay que establecer un *equilibrio* por eso, entre los estímulos materiales y los morales. Los primeros son necesarios porque *se sale* de una sociedad basada en el interés individual, en competencia de unos con otros, y los segundos aparecen como indispensables porque *se comienza* a edificar una nueva sociedad, fundada en el interés colectivo, en la cooperación de unos con otros. El interés material estará, por eso, presente durante un tiempo en el proceso de transición socialista, pero los revolucionarios tendrán que desarrollar el deber moral, superando la contradicción *producción-conciencia*, en una lucha en la que los hombres se sacrifican en el presente para generar el mundo del futuro.

En *El socialismo y el hombre en Cuba* el Che estableció además la estrecha relación del tema de los estímulos con el del *trabajo voluntario*, no solo desde el punto de vista de su interés económico sino sobre todo como escuela de formación del hombre nuevo, del hombre comunista. Destacó su importancia como vínculo real entre el trabajo manual y el intelectual, como expresión de alegría y libertad, como trabajo no enajenado, como germen del trabajo en la nueva sociedad, en la que «el hombre realmente alcanza su plena condición humana, cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía». La revolución es, pues, un proceso de creación, de cambio social y humano, de desarrollo de la técnica, por lo que el Che afirma que «para construir el comunismo, simultáneamente con la base material, hay que hacer al hombre nuevo». Tarea no de algunos años, sino de una época entera.

Nueva dimensión del internacionalismo

Como sexta preocupación del Che debo mencionar la nueva dimensión que dio al internacionalismo a partir de la autonomía de la situación revolucionaria de los países coloniales y semicoloniales. Él identificó a los países subdesarrollados y dependientes con los países coloniales y semicoloniales, de que hablara Lenin al comienzo de siglo, al desarrollar la teoría del imperialismo. «Somos países», dice el Che refiriéndose a los latinoamericanos, «de economía distorsionada por la acción imperial que

ha desarrollado anormalmente las ramas industriales o agrícolas necesarias para complementar su compleja economía». Asimismo, en la *Conferencia mundial de comercio y desarrollo de las Naciones Unidas*, celebrada en Ginebra en 1964, llamó la atención sobre la transferencia de recursos económicos hacia los países industrializados.

En esa oportunidad dio la voz de alarma también sobre el endeudamiento externo, y propuso la moratoria o suspensión de pagos. Con perspicacia histórica sostuvo:

Resulta inconcebible que los países subdesarrollados que sufren las enormes pérdidas del deterioro de los términos del intercambio, que a través de la sangría permanente de las remesas de utilidades han amortizado con creces el valor de las inversiones de las potencias imperialistas, tengan que afrontar la carga creciente del endeudamiento y de su amortización, mientras se desconocen sus más justas demandas.

Hace más de un cuarto de siglo que el Che percibió la escalada de la deuda externa y su conversión en un mecanismo perverso de explotación de nuestros países, denunció la acción nefasta del Fondo Monetario Internacional y propuso la suspensión de «todos los pagos por concepto de dividendos, intereses y amortizaciones», hasta que los precios de los productos que exportan los países subdesarrollados alcancen un nivel justo.

Al mismo tiempo que la denuncia de la explotación imperialista, hizo, en el *Seminario económico de solidaridad afroasiática*, celebrado en Argel en 1965, una invocación a la solidaridad de los países socialistas con los que luchan por su liberación:

No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una nueva actitud fraternal, frente a la humanidad, tanto de índole individual, en la sociedad en que se construye o está construyendo el socialismo, como de índole mundial en relación con todos los pueblos que sufren la opresión imperialista.

Se trata de una nueva dimensión del internacionalismo revolucionario en la conquista del poder y en la transición. La lucha revolucionaria en la América Latina no siempre ha contado con esa solidaridad, y aun así ha triunfado en Cuba primero y en Nicaragua después. Pero la defensa y la consolidación de esas victorias *iniciales* requieren, como condición indispensable, la ayuda internacional. En el caso de Cuba, sus relaciones con la Unión Soviética y en general con el campo socialista se formularon

desde el comienzo en términos políticos, de *solidaridad* entre naciones guiadas por similares principios. El asedio imperialista mediante programas de desestabilización y actos abiertos de guerra obligó a Cuba a modificar radicalmente el relacionamiento exterior de su economía, canalizando casi todo su intercambio hacia la Unión Soviética y demás países socialistas, con los problemas que este proceso trajo consigo. Después de la caída de la Unión Soviética, ha tenido que reorientar sus relaciones económicas hacia otros países, excepto los Estados Unidos.

No obstante el apoyo recibido de la URSS, el Che planteó con crudeza su oposición al *intercambio desigual*. No solo entre los países atrasados y los países de capitalismo avanzado, sino especialmente entre los primeros –cuando estos inician su lucha por sacudir las relaciones de dependencia y se encaminan hacia su liberación social– y los de socialismo avanzado. Desde el punto de vista de la ética socialista no es posible –afirma el Che– impulsar entre ellos un comercio de «beneficio mutuo», basado en el intercambio desigual, esto es, en término de relaciones en constante deterioro de los precios de las materias primas frente al incremento también constante de los productos manufacturados en el mercado mundial.

Su posición al respecto es inequívoca a la vez que profética: «¿Cómo puede significar "beneficio mutuo" vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente?». Su respuesta es terminante: «Si establecemos este tipo de relación entre los dos grupos de naciones debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial». Por el contrario, cree firmemente que estos últimos países tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países capitalistas explotadores, al tiempo que tomar conciencia de que el desarrollo de los países que comienzan sus procesos revolucionarios debe «costar a los países socialistas». Tal vocación internacionalista lo convierte en un combatiente de la revolución mundial.

Actualidad del mensaje del Che

La séptima y última cuestión que corresponde mencionar es la vigencia del mensaje de Guevara. En las postrimerías de la década de los noventa, es legítimo plantearse –como se ha hecho a menudo– si tienen actualidad sus concepciones revolucionarias en la América Latina, considerando el

cuadro general de la situación económica, social y política del Continente. Para mí, la respuesta es afirmativa, independientemente de la capacidad para impulsar sus concepciones en cada uno de nuestros países. Porque todos los problemas estructurales que existían en la década de los setenta subsisten, agravados ahora por una crisis –la cual explota por las áreas más importantes: México, Venezuela, Brasil y Argentina– que, sin transformaciones profundas en el sentido señalado por el socialismo, no tendrá una solución acorde con las aspiraciones de las masas. Chile, que experimentó exactamente la misma crisis en la década de los ochenta, presenta hoy el más alto crecimiento del producto interno bruto, pero (conjuntamente con Brasil) al precio del mayor atraso social de la América Latina, lo que supone la más desigual distribución del ingreso y el robo de la previsión social de los trabajadores, ya que ahora los empleadores no cotizan para las jubilaciones, excepto en el caso de los militares, que son los únicos privilegiados en la herencia de la dictadura.

Los datos de esta crisis son acuciantes, y cada día que pasa toman mayor conciencia de ella los pueblos. El desarrollo económico de estos se detuvo por años, y en algunos países el crecimiento del producto solo representó alcanzar niveles del pasado. Las condiciones básicas de vida de extensas capas sociales han retrocedido a las de hace diez o veinte años. Se ha acumulado una deuda externa impagable, gran parte de la cual se ha «fugado» al exterior y cuyo servicio tiende a perpetuar una sangría de recursos, sin cuya disponibilidad no podrán abrirse nuevas dinámicas de crecimiento. Se han enajenado activos nacionales para amortizar la deuda. Entre tanto, las desigualdades sociales han alcanzado dimensiones extremas, hasta hacerse no solo política y socialmente intolerables, sino también improrrogables como sustentación de cualquier forma de crecimiento económico con desarrollo social.

Pero eso no es todo. Durante dos décadas, las burguesías internas, asociadas al imperialismo, han dispuesto del poder *absoluto*, sin contrapeso alguno, mediante dictaduras militares y gobiernos civiles reaccionarios: esas mismas burguesías a las cuales Mariátegui primero y Guevara después les negaron capacidad histórica para conducir a nuestros países hacia un desarrollo similar al que sus congéneres impulsaron en Europa. En medio de un capitalismo salvaje, han impulsado una concentración de la riqueza sin precedente en el marco de la transnacionalización de la economía, mediante políticas neoliberales o monetaristas que se presentaron como panacea, con el resultado más desastroso para los trabajadores, que sufren desocupación y pérdida del poder adquisitivo de los salarios reales de quienes tienen empleo, extendiéndose cada vez más la marginalidad y

la pobreza. La llamada «deuda social», acumulada por años a causa de las políticas de ajuste, nunca se pagó a los trabajadores.

Una situación tan crítica como esta justifica –más que en la década de los sesenta– la radicalización de las luchas del movimiento popular, en cuyo proceso tienen vigencia las ideas del Che, entendidas no restringidamente, solo como lucha guerrillera, sino en un sentido más amplio, como *voluntad de poder* de un movimiento revolucionario resuelto a enfrentar la conquista del Estado burgués y remplazado por otro que asegure la transición socialista por los medios más apropiados. Tal es al menos un desafío, cuyo éxito no puede asegurarse de antemano, pero que está inscrito en la herencia profética del Che, quien dijo: «No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado. Lo definitivo es la decisión que madura día a día, la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario; la certeza de su posibilidad». En esa vigilia se encuentra la América Latina hoy. La herencia del Che, por tanto, está vigente, y sus ideas y su ejemplo se revalúan en su patria grande.

En la propia Cuba, maduras ya las condiciones que marcaron la culminación de los procesos que la convirtieron en la primera nación socialista de la América Latina, el ejercicio constante de la autocrítica –que compromete al pueblo y a sus dirigentes– ha hecho una evaluación de la fase cumplida en lo que ha tenido de éxitos y dificultades, de aciertos y equivocaciones. En esa reconsideración cobra otra vez plena vigencia el pensamiento del Che, lo que fueron sus advertencias, su ponderación de las fuerzas subjetivas, su convocatoria constante a la formación del hombre nuevo. Ello quedó establecido en reiterados balances públicos, así como en los cambios incorporados en la economía cubana para enfrentar el bloqueo y la agresión imperialistas, y el derrumbe de la Unión Soviética, en la década de los noventa.

Esta evaluación autocrítica ha estado acompañada por la imagen tutelar del hombre que tanto confiara en los valores morales de los pueblos para realizar la revolución. El propio Fidel Castro lo ha reconocido al afirmar que siempre había admirado y visto con gran simpatía aquellas ideas con que el Che enfrentó los problemas de la transición. Esta admiración se acrecienta cada vez que recuerda «su gran visión, la gran capacidad de prever, porque ninguno de nosotros había pasado por esta experiencia», agregando que con la muerte de aquel como que la teoría no siguió desarrollándose en Cuba. Conceptos que ha repetido una y otra vez.

El liderazgo de la Revolución Cubana tiene presente en su proceso autocrítico las ideas del Che. En efecto, muchas de las tendencias negativas sur-

gidas en la sociedad cubana fueron previstas por él, como el economicismo, el enriquecimiento individual, el culto a la espontaneidad, la insuficiencia del trabajo político e ideológico, el tecnocratismo, el burocratismo y otras prácticas que mediatizaron y corrompieron a muchos cuadros, trayendo consigo ineficiencia en el aparato productivo. Más todavía: la memoria del Che se alzó como el ángel guardián de la Revolución Cubana en el criterio de que el socialismo es un proceso consciente y que solo puede avanzar en la transición mediante la fuerza moral y en la medida en que se vaya formando el hombre nuevo, el hombre capaz de soñar y vivir en el comunismo. En la década de los noventa, cada paso de la Revolución Cubana sigue encontrando su inspiración en las enseñanzas del Che.

La herencia del Che, aun en sus manifestaciones más extremas, como la guerra revolucionaria, tampoco ha sido negada por la realidad histórica. Veinte años después de la Revolución Cubana, cuando muchos pensaban y decían que no se repetiría una nueva victoria de las masas *subversivas* en la América Latina, por las «excepcionalidades» que habrían rodeado dicho proceso, el sandinismo conquistó el poder por las armas en Nicaragua y comenzó a recorrer su propia transición. Camino que siguieron El Salvador y Guatemala, donde el movimiento revolucionario enfrentó con guerra de guerrillas durante décadas a la burguesía interna, sostenida por el imperialismo estadounidense. A los escépticos, que ahora dicen que este proceso solo puede darse en Centroamérica, donde se acordó la paz, cabría preguntarles por qué no en otros países donde subsisten sociedades vetustas, caracterizadas por desigualdades sociales inconcebibles en vísperas del siglo XXI, y que solo se sostienen por la violencia institucionalizada, como Colombia y Perú.

Cualesquiera que sean las vías de acceso al poder, las naciones latinoamericanas se encuentran enfrentadas en suma a retos históricos de la mayor trascendencia. Constatados los límites de los que fueron sus patrones básicos de crecimiento en las últimas décadas, deberán definir estrategias y caminos distintos para su desarrollo económico y social. En este sentido, sus destinos habrán de forjarse en el marco de grandes transformaciones sociales, que a su vez enfrentarán problemas de naturaleza similar a los recorridos por sociedades como la cubana, en circunstancias históricas diferentes. Las contribuciones del Che, en esta perspectiva, cumplen la función de haber iniciado en la América Latina el análisis riguroso de un amplio conjunto de cuestiones que proyectan una visión general de los procesos revolucionarios en sociedades como las nuestras.

La tarea es ardua y difícil. El futuro de la América Latina no puede ser solo fruto de los requerimientos objetivos de la realidad presente. El papel

de los factores subjetivos, sobre los cuales el Che puso siempre tanto acento, resultará fundamental. Será preciso derrotar el inmenso peso actual de una ideología esencialmente conservadora, tomar conciencia sobre los límites estrechos de los reformismos, recobrar confianza en un destino superior para los pueblos latinoamericanos, levantar las banderas de la utopía socialista, más realista –por audaz que sea– que el sueño imposible de los intereses reaccionarios de que todo siga igual que en el pasado. Para esta tarea heroica convocan las ideas y la ejecutoria del Che, de este hombre extraordinario que fue capaz de decir no a la situación circundante y luchar contra la corriente, como lo hacen los héroes.

Casa de las Américas, no. 209, octubre-diciembre de 1997, pp. 70-83. Incluido en la sección «Che siempre» que se mantuvo en la revista durante todo el año, como homenaje al Che, a treinta años de su caída en Bolivia.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

EL MISTERIO DEL CHE FRENTE A LOS DESARMADORES DE LA UTOPIA

CLAUDIA KOROL

La vida en rojo..., libro en el cual el escritor mexicano Jorge Castañeda prometía realizar el verdadero relato de las tramas íntima y pública de la vida del Che, y de su proyección en la historia, pudo haberse constituido en una obra importante para quienes, desde una u otra perspectiva política o ideológica, estamos interesados en su conocimiento. A su favor, el autor tenía el haber accedido a importantes archivos: entre ellos los de la CIA, la KGB y los ingleses. Contó con valioso material inédito, como las cartas del Che a su primera novia, Chichina Ferreyra, y con numerosos testimonios recogidos en distintos puntos del planeta, gracias a un sólido respaldo financiero. Tenía a su favor, también, la proximidad (y al mismo tiempo la distancia necesaria), cultural y generacional, de los principales hechos que marcaron la historia latinoamericana en esta segunda mitad del siglo xx. Todo esto permitió suponer que realizaría una certera aproximación a las claves de un fenómeno recurrente, como es el de la vigencia y la multiplicación de la imagen de quien encarna en este tiempo un paradigma particularmente fuerte contra el desarme de las utopías.

En este preciso lugar se atascó el autor, que no pudo salirse de sí mismo y de su acendrada convicción sobre la inviabilidad de toda propuesta que desafíe al modelo de integración en el sistema (basado paradójicamente en la exclusión de las mayorías). En ningún momento, a pesar de la riqueza de fuentes a las que recurrió, el libro logra descifrar las principales motivaciones que condujeron al joven argentino Ernesto Guevara a iniciar y luego a continuar ininterrumpidamente un camino de compromiso social y político transformador, que lo convirtió, con el paso del tiempo, en una representación, firme por antonomasia, de todas las nobles rebeldías.

Tal vez incidió en el pobre resultado de la investigación el exagerado crédito que Castañeda otorga a versiones provenientes de los desertores de la Revolución Cubana, o a las intrigas de quienes, como Ricardo Rojo, usufructúan el título de «amigo» (que nunca fuera confirmado en la vida real del Che) para promocionar un libro plagado de inexactitudes significativas. (Por dar solo un ejemplo, en la descripción que hace Rojo de la guerrilla de

Masetti recurre a la «información» que proveyó la conocida fuerza represiva de la Gendarmería Argentina, en desmedro de la *información* que surge de sus verdaderos protagonistas).

Al realizar esta crítica, parto de la premisa de que en ningún caso es sencillo escribir una biografía que logre retratar fielmente a un ser humano. Significa interpretar su subjetividad, sus deseos, sus prácticas, sus ideales, sus frustraciones, sus formas de entender el mundo y de vivir en consonancia. Se necesita una gran dosis de humildad para comprender al otro, descendiéndose de las creencias, las perspectivas y la subjetividad propias.

El libro de Jorge Castañeda no logra sortear los límites de sus específicas concepciones del mundo, antagónicamente contrarias a las del hombre que pretende retratar. En *La vida en rojo*, a fuerza de sus particulares interpretaciones, el Che se convierte, cada vez más, en un extraño. Va desapareciendo en una maraña contradictoria de comentarios, destinados a demostrar lo que Castañeda intenta hacer que resalte desde los primeros párrafos del libro: la pérdida de vigencia de la figura, del ejemplo, de las ideas del Che. A poco de empezar su relato, Castañeda escribe:

Las ideas del Che, su vida, su obra, incluso su ejemplo, pertenecen a otra etapa de la historia moderna, y como tales difícilmente recobrarán algún día su actualidad. Las principales tesis teóricas y políticas vinculadas al Che –la lucha armada y el foco guerrillero, la creación del hombre nuevo, la primacía de los estímulos morales, el internacionalismo combatiente y solidario– carecen virtualmente de vigencia. La revolución cubana –su mayor triunfo, su verdadero éxito– agoniza, o solo sobrevive gracias al rechazo de buena parte de la herencia ideológica de Guevara.

Y más adelante:

El Che le entregó a un par de generaciones de las Américas la herramienta para creer y el ardor que nutre la audacia. Pero Ernesto Guevara también es responsable por la cuota de sangre y de vidas que se tuvo que pagar... Su muerte le permitirá ignorar cómo y por qué tantos universitarios de la emergente clase media de la región marcharon al matadero con toda inocencia. Pero sus errores constituyen culpas que pertenecen por lo menos parcialmente a su pasivo, deudas que se deben por lo menos en parte cargar a su cuenta. No fue el único responsable de los despropósitos guerrilleros de la izquierda latinoamericana, pero fue uno de los responsables.

A partir de estos conceptos, Castañeda fue alejándose de la biografía para describir la vida del Che, en un libro donde, ya a partir de la fotografía de la tapa en adelante, se intenta mostrar a un Che derrotado, frustrado. El autor está convencido, como afirma en las primeras páginas, de que «el otro Guevara, cuya furia y depresión no le cabían en la expresión o en el gesto, difícilmente se hubiera convertido en el emblema del heroísmo y la abnegación».

Castañeda busca adivinar los momentos oscuros del héroe, en los que el abatimiento puede con su genio, en los que la derrota opaca cualquier instante de gloria, y en los que su motivación la constituyen oscuras tendencias a la muerte, a la huida, un sempiterno rechazo a las ambivalencias, y no sus profundas convicciones ideológicas, su gran dosis de entrega a la humanidad, y la posibilidad de vincular enteramente su vida a un proyecto colectivo.

En la misma línea argumental interpreta, con una alarmante superficialidad, cercana por momentos a los peores guiones de telenovelas, la vida afectiva del Che. Maltrata sin escrúpulos a los seres más queridos del Che, adjudicando a este sentimiento que no conciden con lo que aún sus más acendrados enemigos han reconocido: su personalidad profundamente sensible y humanitaria. Da la impresión de que no logró comprender al Che, ni a la generación que unió sus destinos a la búsqueda de transformación de las condiciones de vida no solo individuales sino del conjunto de la humanidad. Y sustituye esta falta de comprensión con un enfoque sicologista vulgar, despojado de toda conexión con la historia.

Más que para dar a conocer al Che, el libro le sirve a Castañeda como plataforma para continuar propagando algunas de las tesis políticas e ideológicas sostenidas previamente en *La utopía desarmada* (1993), como son:

1) La lucha revolucionaria ha caducado. Lo que queda es aceptar el orden actual e integrarse a él, procurando algunas reformas que atenúen las aristas más agresivas de este sistema.

2) La solidaridad es un valor sepultado en el pasado. Lo que hoy manda es la cultura del egoísmo, de la explotación, del individualismo. Intentar recrear las prácticas solidarias es, desde esta visión, un gesto nostálgico. (En tales términos se refiere al subcomandante Marcos y a los zapatistas).

3) En relación con la Revolución Cubana, Castañeda se esmera en reiterar algunas tesis sumamente divulgadas por los enemigos de ella: su agotamiento como proceso revolucionario y su retorno al capitalismo; su caracterización como estalinismo; el enfrentamiento del Che con Fidel y con el rumbo de la Revolución Cubana, el supuesto abandono del Che en Bolivia por parte de los dirigentes de esa Revolución.

Al mismo tiempo, Castañeda evita cuidadosamente señalar quiénes son los verdaderos responsables de las dificultades que sufre la Revolución. Resulta sorprendente que quien pasó varios años intentando conocer al Che, no logre establecer, aunque sea a título de mención, la responsabilidad de la política imperialista de los Estados Unidos en el bloqueo sistemático y la agresión a la Revolución en la cual el Che dejó *lo más puro de sus esfuerzos de constructor, y lo más querido entre sus seres queridos*.

Atribuir su salida de Cuba al supuesto enfrentamiento con la Revolución Cubana, significa desconocer que, contrariamente a la caracterización trazada por Castañeda, una de las facetas más atractivas de esa Revolución ha sido la capacidad para desafiar al dogmatismo y para discutir, incluso públicamente en algunos casos, las diferencias, tanto en lo que se refiere a las diversas estrategias de construcción del proyecto revolucionario como al análisis y a la erradicación de sus errores. En esa perspectiva se inscriben los debates protagonizados por el Che en el marco de la Revolución Cubana.

Castañeda pretende oscurecer las razones de la partida del Che a otras tierras del mundo, sin reconocer que esta fue la continuación, en la práctica, de lo que el Guerrillero Heroico proclamó en todos sus mensajes desde el triunfo revolucionario: el carácter internacionalista de la lucha. Con su vida sostuvo la convicción de que la transformación social no podía detenerse ante las fronteras geográficas, sino que necesariamente debía expandirse como revolución continental y mundial. Era la práctica concreta de una teoría de la revolución, y también una forma de solidaridad con Cuba, primer territorio libre en América, y con Vietnam, en el proclamado intento de multiplicar su ejemplo dos, tres y más veces.

Frente a la acusación directa o indirecta del presunto abandono del Che en Bolivia por parte de la dirigencia cubana, el politólogo mexicano parece desconocer la práctica internacionalista consecuente de la Revolución, que no solo no se detuvo cuando el Che partió hacia otras tierras, sino que continuó acrecentándose y llegó a inscribirse casi como una proeza colectiva en acciones multitudinarias de solidaridad como las que se llevaron a cabo en apoyo de Nicaragua y de Angola, para mencionar solo dos experiencias.

Pero enfrentar la figura del Che con la de Fidel, o con la Revolución Cubana, no es inocente: es una acción política destinada a reforzar el aislamiento de la Revolución Cubana, restándole, en el marco de la contrarrevolución mundial, la solidaridad y el apoyo que surgen de la identidad e incluso de la hermandad que unió a ambos líderes revolucionarios.

4) Desafiando el sentido común, Castañeda intenta responsabilizar al Che por el genocidio que las clases dominantes han realizado en nuestro

Continente, apoyadas y asistidas por la CIA y por el gobierno estadounidense. Penalizar a las víctimas es una de las maniobras elaboradas por el sistema con el objetivo de castigar preventivamente todo intento de lucha. Responsabilizar al Che por la muerte de miles de jóvenes en nuestro Continente, es ocultar a los verdaderos responsables de estos crímenes. Contra todo lo dicho por Castañeda, quienes vincularon sus vidas a un proyecto de emancipación del ser humano abrieron con su sacrificio la posibilidad que hoy tenemos de pensar que no estamos condenados a vivir como esclavos.

5) El desarme de la utopía. Retomando la línea argumental de su libro anterior, Castañeda sataniza las prácticas revolucionarias que recurrieron a la violencia como camino para enfrentar las dictaduras sangrientas y para resolver la conquista de un poder para el pueblo, desalojando a las fuerzas que apelaron al terrorismo de Estado y al genocidio para defender sus privilegios. Atribuye esta elección a las supuestas deformaciones elitistas y militaristas de la concepción del Che –basadas en una interpretación equivocada de la Revolución Cubana–, y, al mismo tiempo, al voluntarismo y la omnipotencia que caracterizaron, según Castañeda, a la generación del setenta. En esta interpretación, Castañeda caricaturiza la estrategia del Che, reduciéndola a concepciones foquistas, y a la vez falsea la realidad con afirmaciones de este cariz: «siempre partió de un criterio: bastaba desear algo para que sucediera. No existía límite inamovible ni obstáculo insuperable para la voluntad».

De tal manera, desvirtúa el enfoque guevarista sobre el papel de la subjetividad, es decir, el lugar de la conciencia y de las convicciones, de una nueva moral, en el tránsito histórico. Castañeda, más allá de su pretendido *aggiornamento*, repite desde la derecha los argumentos deterministas y economicistas de la vieja izquierda, que rendían culto a las correlaciones de fuerza dadas en la sociedad. Por el contrario, el núcleo del pensamiento del Che lo constituye el papel del hombre en la creación histórica. No se trata de una exaltación irracional de la voluntad, sino de una profunda comprensión de que la lucha por el socialismo no depende de la maduración, en el seno de la vieja sociedad, del conjunto de las contradicciones entre su base económica y su superestructura, ni del desarrollo de una forma de producción correspondiente a un período superior de la organización social, sino que este cambio se produce por la actividad práctica de los hombres, por su acción consciente. El socialismo no germina en el seno de la vieja sociedad, sino que solo podrá construirse después de la conquista del poder político por parte de las clases revolucionarias. Destinar todos los esfuerzos a organizar a los hombres y mujeres para la lucha por el poder político, es tarea de los revolucionarios. Encontrar los mejores caminos para

ganar sus conciencias y sus corazones será el arte de los revolucionarios, más que su ciencia.

En esta búsqueda vale la pena analizar, históricamente, el resultado de las experiencias que pretendieron transformar las relaciones de poder en la sociedad por una vía pacífica. Siendo tal vez la más dramática la experiencia chilena, existen muchas otras que, aun sin adquirir su radicalidad, se vieron frustradas por la acción violenta de las clases dominantes, que defendieron con toda la fuerza represiva sus privilegios. Muchas propuestas terminaron claudicando, concediendo y negándose a sí mismas como opciones transformadoras, y otras fueron ahogadas en sangre por las burguesías locales, con el apoyo externo del imperialismo. La experiencia de la Revolución Cubana, fuente principal de la inspiración del Che, mostró la posibilidad de un nuevo camino para superar la impotencia y la miseria a las que conducen las políticas de adaptación a la dominación.

6) ¿Cuál es la causa que explica la identificación de la juventud con el Che? Castañeda ensaya una respuesta que parte de sostener que en los años sesenta se produjo «el místico encuentro de un hombre y su época». Luego dice que este encuentro se afinó más duraderamente en el terreno de las transformaciones culturales que conmovieron aquella década que en el significado de esta como desafío para el poder. Así la vigencia del Che se relacionaría no tanto con su pensamiento y su acción revolucionarios, como con su imagen transgresora y rebelde, acorde con aquellos momentos. Esta explicación podría ser adecuada si estuviéramos hablando de la difusión actual de Los Beatles o de Bob Dylan. Es evidente que existe un retorno de aquellos símbolos, muy ligado a la búsqueda generacional de proyectar en estos tiempos la densidad irreverente de una propuesta que cuestionó el conservadurismo de las generaciones anteriores. Luego de la contrarrevolución mundial, los jóvenes se aproximan nuevamente a aquellos signos de ruptura.

Pero el impacto de Ernesto Guevara, del Che, trasciende estos signos, y también trasciende la imagen del joven de pelo largo y barba, tan emblemática de los sesenta. El Che fue protagonista de una revolución genuina en nuestro Continente, la cual aún hoy muestra con orgullo su resistencia ant imperialista, su dignidad, su capacidad de desafío al ordenamiento capitalista mundial, su proyecto de socialismo. En la identificación con el Che, está produciéndose un encuentro de dos generaciones: la del setenta y la del noventa, los hijos de aquella. Para unos y otros, desde sus distintas experiencias, el Che constituye la vigencia de la rebelión, de las ideologías, del humanismo, de la capacidad no solo de crítica sino de desafío concreto al poder, y la existencia aún hoy de valores que sostienen una ética

opuesta al capitalismo: la ética de la solidaridad, del humanismo, de la lucha revolucionaria por el socialismo y el comunismo.

Lamentablemente, Castañeda no logró desentrañar el misterio del Che, que radica en la capacidad que ha tenido para encarnar las ansias de cambio social de una humanidad crecientemente agredida por la prepotencia imperialista, y la conjugación de las virtudes que lo aproximan a ese hombre nuevo por el cual luchó de mil y una formas: como médico, como guerrillero, como intelectual de la revolución, como periodista, como ministro, como economista, como diplomático, y nuevamente como guerrillero. Siempre, como figura moral.

Si los zapatistas desmintieron sin palabras las tesis escritas por Castañeda sobre el desarme de las utopías, lo que les valió un tratamiento agresivo por parte del contrariado autor de aquel *best-seller*, es de esperar que el Che, renaciendo en miles de corazones jóvenes, vuelva a desafiar las prédicas de moderación y de buenos modales hacia quienes intentan seguir humillándonos cotidianamente. La trascendencia del Che, atravesando las derrotas propias y ajenas, las frustraciones nacionales y mundiales, los anuncios del fin de la historia, es fruto de la búsqueda de felicidad por el ser humano, del afán de realización de un mundo más noble y más justo, que encuentra en el Che un lugar de apoyo y de refugio. Es una imagen clara para muchos corazones y mentes jóvenes que lo han hecho propio, y sigue siendo un misterio que desarma a Jorge Castañeda.

Reseña del libro *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, de Jorge G. Castañeda, publicado por Espasa Calpe Argentina S. A. y el Grupo Editorial Planeta, en 1997. Este texto de C. Korol apareció en la sección «Libros» de *Casa de las Américas*, no. 209, octubre-diciembre de 1997, pp. 144-148. La reproducimos en este volumen por el interés que puede suscitar a partir de la referencia crítica aparecida en el texto de O. Borrego, en pp. 437-460.

APUNTES CRÍTICOS A LA ECONOMÍA POLÍTICA DE ERNESTO CHE GUEVARA

OSVALDO MARTÍNEZ

Hacer la presentación del volumen de Ernesto Che Guevara, *Apuntes críticos a la economía política* requiere, ante todo, agradecer al Centro de Estudios Che Guevara y a las editoriales Ocean Press y de Ciencias Sociales haber culminado el arduo trabajo que nos permite tener en nuestras manos esta obra deslumbrante.

Para los que hemos vivido en Cuba en el ciclo histórico donde el Che actuó; para los que Che significa el más alto escalón del revolucionario y el comunista; para los que hemos sido marcados por su ejemplo heroico y su magisterio moral; para los que leímos *Pasajes de la guerra revolucionaria*, *El socialismo y el hombre en Cuba*, el «Mensaje a la Tricontinental», la carta de despedida a Fidel y el *Diario de Bolivia*, parecía imposible que Che pudiera sorprendernos aún más y hacerse admirar y respetar más aún.

Ni una sola de las trescientas noventa y siete páginas del libro fue preparada por el Che para su edición, con el cuidado que una publicación supone.

Este caudal de páginas son, en su mayoría, apuntes de lecturas, esquemas de obras que se proponía desarrollar, anotaciones para sí mismo, en las que con su estilo capaz de sintetizar en pocas y precisas palabras un complejo problema, se interroga, se propone investigar más un asunto, acopiar datos y, de modo especial, deja escritos juicios críticos y agudas razones nacidas de su poderosa cultura, de su marxismo realmente dialéctico y de su incesante trabajo práctico.

Apuntes críticos a la economía política es fascinante por contener el pensamiento del Che, pero también porque nos permite asomarnos a su intimidad de trabajo en su taller intelectual, en el proceso de construcción de sus ideas, en las impresiones que le causaban ciertas lecturas, en los planes de obras a escribir que no pudieron serlo, porque los deberes del revolucionario fueron más apremiantes que los afanes del teórico marxista.

Che nos sorprende con su síntesis biográfica de Marx y Engels que iba a ser, según el plan tentativo del libro a escribir sobre economía política, uno de sus primeros contenidos. En veintitrés páginas nos ofrece esta síntesis que cumple cabalmente el objetivo de trasladar al lector «ese ser tan

humano cuya capacidad de cariño se extendió a los sufrientes del mundo entero, pero llevándoles el mensaje de la lucha seria, del optimismo inquebrantable», pero que «ha sido desfigurado por la historia hasta convertirlo en un ídolo de piedra». «Para que su ejemplo sea aún más hermoso, es necesario rescatarle su dimensión humana».

La síntesis biográfica es una pequeña joya de contenido y estilo, en la que aparecen balanceados el intelectual riguroso que fue Marx con el revolucionario y el ser humano de cálidos sentimientos familiares, de amistad ejemplar con Engels y de vida austera, siempre dedicada a sustentar de manera científica la necesidad del comunismo.

Pero es la discusión crítica de la economía política la que ocupa el foco central del libro. Discusión crítica de la economía política marxista que gira en torno a *El capital* de Marx, a las obras de Lenin, a la cultura filosófica del Che y a la economía política que, llamándose marxista, encontraba su plasmación en el *Manual de economía política*, de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Este manual redactado por orden de Stalin, publicado en 1954 en la primera de varias y cambiantes versiones y convertido por los años sesenta en Biblia económica que, en la práctica, sustituía a *El capital*, en su parte más lamentable presentaba una economía política de la llamada transición al socialismo, y también del socialismo desarrollado o maduro y del tránsito al comunismo, el cual tenía como característica la apología de la experiencia soviética, presentando como leyes generales y objetivas lo que no eran más que especificidades de aquel país o, peor aún, simples decisiones administrativas.

Che utiliza las expresiones herejía y osadía para referirse a su plan tentativo de escribir una verdadera economía política marxista no apologética y que fuera como «un grito dado desde el subdesarrollo».

La enorme tarea intelectual que se proponía era la de repensar el contenido teórico de *El capital*, de las obras de Lenin y de otros autores, en el contexto de los problemas prácticos del imperialismo tal como este existía en los años sesenta y de la revolución socialista, teniendo en el comunismo su realización estratégica. Y hacerlo desde la realidad y con la óptica de los países subdesarrollados. Era grande el tamaño de la osadía, por más que el Che tenía la fuerza política e intelectual para hacerla.

En la década de los sesenta no era fácil advertir en la Unión Soviética los graves y básicos problemas que el Che apreció. Menos fácil aún era plantear las críticas sin ser tildado de antisoviético y anticomunista, pues no era raro encontrar la tendencia a establecer una igualdad absoluta entre socialismo-comunismo y la Unión Soviética. La función bíblica que desempeñaba el *Manual* sin ciencia de la Academia de Ciencias se asentaba, entre

otras cosas, en más de cuatro décadas de existencia de la Unión Soviética, en la epopeya de su Revolución pionera, en sus victorias sobre la contrarrevolución interna y la intervención extranjera en los primeros años y sobre la Alemania fascista en la Segunda Guerra Mundial, en su capacidad para romper el monopolio nuclear de los Estados Unidos, en la industrialización y el crecimiento económico que escondían sus graves falencias detrás de logros y avances reales. Para la joven Revolución Cubana, agredida y acosada, era lógico ver en la Unión Soviética –que aparecía como el gran aliado natural frente al imperialismo agresor– tal compendio de virtudes, experiencia y fortaleza que hacía muy difícil apreciar las debilidades.

La crítica del Che al Manual de economía política se basa –como él expresara– en el «mayor rigor científico posible» y en «la máxima honestidad». Su crítica fue profunda, pero sin nunca asumir la posición de los oportunistas que atacaban desde la extrema izquierda con el aplauso del imperialismo.

Che declara que

nos hemos hecho el firme propósito de no ocultar una sola opinión por motivos tácticos, pero al mismo tiempo, sacar conclusiones que por su rigor lógico y altura de miras, ayuden a resolver problemas y no contribuyan solo a plantear interrogantes sin solución. Creemos importante la tarea porque la investigación marxista en el campo de la economía está marchando por peligrosos derroteros. Al dogmatismo intransigente de la época de Stalin ha sucedido un pragmatismo inconsistente. Y lo que es trágico, esto no se refiere solo a un campo determinado de la ciencia; sucede en todos los aspectos de la vida de los pueblos socialistas, creando perturbaciones ya enormemente dañinas, pero cuyos resultados finales son incalculables.

Para el Che, el momento crucial que marcó el principio del fin de la construcción socialista en la Unión Soviética fue la adopción de la Nueva Política Económica (NEP) por Lenin, la cual fue un paso atrás en condiciones muy difíciles de agobio y asfixia económica, una concesión en una desfavorable correlación de fuerzas, una «paz de Brest-Litovsk» en el terreno de la economía con todo su amargo significado de repliegue. Che sostiene que por la lógica del pensamiento de Lenin y ciertos indicios en sus escritos finales, de haber vivido más el líder de los bolcheviques, hubiera ido variando el esquema de relaciones que estableció con la NEP.

Después de muerto Lenin y a lo largo de un áspero y trágico período de agrias disputas que condujeron a turbios procesos judiciales y una

sucesión de penas de muerte, el debate teórico fue ahogado y sustituido por el dogmatismo y la apología.

La NEP, impuesta por una penosa necesidad, fue convertida en virtud permanente y elevada al rango de método adecuado para avanzar en la construcción del socialismo e incluso para alcanzar el comunismo.

Che lo expresa con palabras estremecedoras por su exactitud y por su asombrosa previsión un cuarto de siglo antes de que la Unión Soviética se derrumbara sin gloria:

Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la Nueva Política Económica (NEP) han calado tan hondo en la vida de la Unión Soviética que han marcado con su signo toda esta etapa. Y sus resultados son desalentadores: la superestructura capitalista fue influenciando cada vez más de forma más marcada las relaciones de producción, y los conflictos provocados por la hibridación que significó la NEP se están resolviendo hoy a favor de la superestructura; se está regresando al capitalismo.

Veinticinco años antes de la desaparición de la Unión Soviética y la caída del muro de Berlín, Che apreció el proceso de restauración capitalista impulsado por la superestructura saturada de ideas mercantiles y expectativas consumistas. De su análisis se derivaba la falsedad del mito manualesco sobre la irreversibilidad del socialismo una vez establecido, y la suprema lección de que es en la conciencia –si se educa y se alimenta con valores de solidaridad– y no en el estímulo material de los humanos donde el socialismo puede hacerse irreversible.

Encontramos en las páginas de *Apuntes críticos...* una impresionante cantidad de filosas observaciones y críticas sobre el *Manual de economía política*, que hace imposible referirse siquiera a todas ellas aunque no sea más que mencionando el tema tratado. Pero no resisto la tentación de seleccionar algunas pocas.

–Sobre el aumento de la cohesión de la clase obrera y de su organización y grado de conciencia:

«Esto está dentro del marxismo ortodoxo en la forma, pero choca con la realidad actual. La clase obrera de los países imperialistas ha aumentado en cohesión y organización, pero no en conciencia, a menos que se le dé ese nombre a la conciencia de formar parte de los explotadores mundiales».

—Sobre categorías económicas entre las que se incluye el «cálculo económico»:

«Entre las categorías económicas, junto a las importantes del capitalismo y a definiciones, como día de trabajo, se introduce el cálculo económico. Hay que tenerlo presente, para examinar las razones en que se basan para hacer de un método de administración una categoría económica».

—Sobre la expresión «capitalismo agonizante»:

«Hay que tener cuidado con afirmaciones como esta. "Agonizante" tiene un significado claro en el idioma; un hombre maduro ya no puede sufrir más cambios fisiológicos, pero no está agonizante. El sistema capitalista llega a su madurez total con el imperialismo, pero ni siquiera este ha aprovechado al máximo sus posibilidades en el momento actual y tiene una gran vitalidad. Es más preciso decir "maduro" o expresar que llega al límite de sus posibilidades de desarrollo».

—Sobre el papel de la clase obrera como supuesta fuerza dirigente del movimiento de liberación nacional:

«Se insiste en una afirmación que va palpablemente contra la realidad. Es un caso de apologética ciega».

—Sobre «cambios en la correlación de fuerzas y la posibilidad de conjurar una nueva guerra mundial»:

«Esta es una de las más peligrosas tesis de la Unión Soviética, que puede aprobarse como una posibilidad extraordinaria, pero no convertirse en el *leitmotiv* de una política. Tampoco ahora las masas son capaces de impedir la guerra y las manifestaciones contra la de Vietnam se deben a que la sangre corre. Es el heroísmo del pueblo vietnamita en lucha el que impone la solución; la política de apaciguamiento, por otro lado, ha reforzado la agresividad yanqui».

«Sería bueno precisar a qué es lo que llaman guerra estas gentes».

—Sobre la «vía no capitalista de desarrollo»:

«Habría que investigar dónde Lenin pronunció o escribió esa frase "vía no capitalista"; es ambigua y no creo que lo haya hecho. De todas maneras, si no es capitalista ¿qué es? ¿Hermafrodita? ¿Híbrida? Los hechos han demostrado que puede haber un corto período de lucha política antes de definir la vía, pero esta será capitalista o socialista».

—Sobre la «ley económica de la distribución con arreglo al trabajo»:

«Muy vago y muy inexacto en cuanto a la realidad de hoy. ¿Cuánto trabajo invierte un mariscal y cuánto un maestro?, ¿cuánto un ministro y cuánto un obrero? Lenin en *El Estado y la Revolución* tenía una idea (marxista) que luego desechó de la equiparación de sueldos de funcionarios y obreros, pero no estoy convencido de que su marcha atrás sea correcta».

—Sobre la «construcción de la economía socialista en los países europeos de democracia popular»:

«La puntilla. Esto parece escrito para niños o para estúpidos. Y el ejército soviético ¿qué? ¿se rascó los huevos?».

—Sobre la «eliminación del peligro de restauración del capitalismo en la Unión Soviética»:

«Afirmación que puede ser objeto de discusión. Las últimas resoluciones económicas de la Unión Soviética se asemejan a las que tomó Yugoslavia cuando eligió el camino que la llevaría a un retorno gradual hacia el capitalismo. El tiempo dirá si es un accidente pasajero o entraña una definida corriente de retroceso».

«Todo parte de la errónea concepción de querer construir el socialismo con elementos del capitalismo sin cambiarles *realmente* la significación. Así se llega a un sistema híbrido que arriba a un callejón sin salida con dificultad perceptible que obliga a nuevas concesiones a las palancas económicas, es decir al retroceso».

—Sobre el tránsito al comunismo basado en alcanzar un nivel de producción y productividad más alto que el capitalismo:

«El modelo comunista de producción presupone una abundancia considerable de bienes materiales, pero no necesariamente una comparación estricta con el capitalismo. Cuando el comunismo se haya impuesto como sistema mundial, vivirán en él pueblos de diferente desarrollo, hasta que se nivelen luego de muchos años. Hacer del comunismo una meta cuantitativa y cambiante, pues debe aparearse al desarrollo capitalista que sigue hacia delante, es mecanicista por un lado y derrotista por el otro. Sin contar que nadie ha reglamentado, ni puede hacerlo, la tal emulación pacífica con el capitalismo, aspiración unilateral, noble en su sentido superficial, pero peligrosa y egoísta en su sentido profundo, pues desarma moralmente a los pueblos y obliga

al socialismo a olvidarse de otros pueblos atrasados por seguir su emulación».

Notas tan reveladoras de un pensamiento dialéctico afianzado en un marxismo creador y antidogmático, aparecen también en la selección de notas críticas sobre obras económico-filosóficas del marxismo que incluye el *Manifiesto Comunista*, el *Anti-Dühring*, *El Estado y la Revolución*, y otros numerosos trabajos de Lenin, así como *Sobre la contradicción* de Mao Tse Tung.

Otro tesoro de análisis sagaces, profundos se encuentra en la selección de actas de reuniones efectuadas en el Ministerio de Industrias. Esta vez en el tono y a veces con el desenfado del lenguaje oral en medio de reuniones de trabajo donde el Che aborda, con flexibilidad y estilo didáctico, temas que van desde las complejidades conceptuales de la oposición al cálculo económico hasta el análisis de los datos estadísticos diarios de la industria y sus problemas de organización y operación.

Che cumpliría hoy setenta y ocho años. Sería retórica gastada decir que no se ha ido, que nos acompaña, pero en cierta forma profunda y entrañable, no es retórica.

¿Cómo explicar que nuestro pequeño y pobre país, acosado por la guerra económica, a pocas millas de la «Roma americana», haya resistido en soledad tanto la agresión como la seducción, y que asombre al mundo cuando derrama solidaridad en el Himalaya, en Indonesia, en Venezuela, ¡en Bolivia! donde Che entregó su vida y hoy su nuevo Presidente le rinde honores en La Higuera?

Las razones de esa descomunal resistencia, que contrasta con el triste derrumbe de aquellos que el Che critica en este libro, son diversas, y la primera de ellas es la clarividencia estratégica, el liderazgo, la tenacidad y la autoridad moral de Fidel, y de inmediato aparece el Che, símbolo por excelencia de la moral comunista, del combate al individualismo, a la banalidad, al lucro como ideal de vida.

Si estamos aquí, Comandante Guevara, ha sido también porque tu ejemplo caló bien adentro en el pueblo y eres parte de la coraza con que protegemos nuestro derecho a construir el socialismo después que otros capitularon.

Tus *Apuntes críticos a la economía política* son mucho más que una interesante información sobre una polémica de los años sesenta, porque si bien hemos resistido a las ofertas del neoliberalismo, de la «tercera vía», del capitalismo disfrazado de socialismo, se mantienen vivas tu permanente

advertencia contra «las armas melladas del capitalismo», tu suprema lección de ética y tu llamado, todavía sin cumplir, para avanzar en una necesaria economía política del socialismo, que no existe aún y reclama un profundo trabajo teórico-práctico que los economistas cubanos no hemos sido capaces de hacer.

Esa economía política pendiente de escribir tendrá que surgir y utilizar como base general a Marx, Engels, Lenin, e incorporar la revisión crítica –en el ambiente de debate a fondo que el Che practicó–, del pensamiento elaborado sobre el filo de la contradicción imperialismo-socialismo, esto es, Rosa Luxemburgo, Trotski, Preobrazhenski, Bujarin, Gramsci y otros muchos, con especial atención al pensamiento de Fidel, y sin olvidar el renaciente pensamiento de izquierda latinoamericano.

En esta tarea la obra teórico-práctica del Che es de obligada presencia, pues en mi opinión, además de otros títulos de superior jerarquía histórica, Che es también el más creativo y original de los economistas cubanos. Nos ha entregado hasta el plan tentativo de la obra que no alcanzó a redactar y que, en ausencia de su talento, será muy probable el resultado de un trabajo colectivo.

La obra que el Che no pudo redactar es de economía política marxista. No se trata de un texto de economía neoliberal en el que la palabra política ha sido eliminada y que pretende encerrar el pensamiento de los economistas en una jaula de trivialidades teóricas vestidas con lujoso aparato matemático. Las técnicas empresariales y de mercadeo, y los modelos matemáticos son útiles instrumentos auxiliares cuya aplicación tiene que estar determinada por la economía política que continúe alumbrando el camino que nos ha mantenido en el socialismo durante cuarenta y siete años.

Para avanzar en la tarea, ya no es necesario enfrentar la Biblia que en forma de *manual* pretendía ser compendio de supuestas verdades universales. Aquel *manual* quedó enterrado junto con los escombros del derrumbe. De ese derrumbe es necesario también extraer y sintetizar conclusiones, así como repensar la economía política del socialismo en las condiciones de un país que continúa económicamente bloqueado, que se vio obligado a hacer concesiones en los inicios del Período especial a una cierta ampliación de las relaciones mercantiles y otorgar facultades a las empresas en cuanto al uso descentralizado de la divisa, pero que nunca convirtió la necesidad en virtud, ni perdió de vista el peligro que enfrentaba.

El uso descentralizado de la divisa comenzó a emitir, después de algún tiempo, síntomas –aunque en escala incipiente– coincidentes con los análisis del Che sobre los efectos a favor del capitalismo, de la ampliación

de las relaciones mercantiles en la construcción del socialismo. En las decisiones para la rápida rectificación de esas desviaciones, que incluyen el establecimiento de la Cuenta Única de Ingresos del Estado, la eliminación del dólar de la circulación y la lucha frontal contra la corrupción, están presentes las enseñanzas del Che.

Los *Apuntes críticos a la economía política* escritos por el Che son mucho más que una instructiva lección de historia acerca del debate de los sesenta sobre el socialismo, el cálculo económico y el sistema presupuestario de financiamiento. Es este libro lo que me atrevo a decir que el Che quiso que fuera: un arma político-intelectual de alta eficacia para contribuir a ese permanente combate contra el imperialismo y contra el egoísmo y la complacencia que cada día debemos expulsar de nosotros. En esa batalla incesante de ideas el Che es imprescindible.

Leído en la presentación –en la Casa de las Américas, el 14 de junio de 2006– del libro de Ernesto Che Guevara: *Apuntes críticos a la economía política* (La Habana, Centro de Estudios Che Guevara, Ocean Press, Editorial de Ciencias Sociales, 2006). El texto apareció en la sección «Libros» en *Casa de las Américas*, no. 244, julio-septiembre de 2006, pp. 146-151.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

DE FOTÓGRAFO A COMANDANTE

JORGE R. BERMÚDEZ

Que el cartel se convirtiera en el medio esencial de divulgación de la imagen del Guerrillero Heroico se debe, sin duda, a otro medio: la fotografía. Curiosamente, el mismo al que se aficionó el Che desde la más temprana juventud. Fueron sus viajes por el continente americano los que le propiciaron entrar en contacto con la diversa realidad social, cultural y política de sus pueblos. Pero esta comprensión de los hechos en el terreno no habría alcanzado igual carácter formativo de no haber intervenido en su aprehensión e interpretación dos instrumentos esenciales: la literatura y la fotografía. Su vocación por la literatura y, en particular, por el testimonio y el diario, estimulada desde pequeño por la lectura de los clásicos, correrá pareja a la que sentirá por la fotografía. En rigor no puede hablarse de un Che escritor. No porque no lo fuera, sino porque siempre se consideró un aprendiz de literato. En tan alta estima tuvo esta profesión, que en carta a Ernesto Sábato, le dice: «Cuando leí su libro *Uno y el Universo*, que me fascinó, no pensaba que fuera usted poseedor de lo que para mí era lo más sagrado del mundo [...]».¹ Como bien se observa, el verbo está utilizado en pasado y no en presente, porque ya por esta fecha su principal vocación es la revolución. Sin embargo, la huella que su excepcional vida y obra le dejó a toda una época, ya no puede entenderse sin sus textos revolucionarios (diarios, testimonios, artículos, crónicas). Últimamente, otro tanto empieza a suceder con sus fotos. A la escritura como imagen de su voz más recóndita, habría que sumarle desde ya la de su quehacer fotográfico: complemento y calce de una imagen única, por la cual también el Che aprendió a comprender y a comprenderse, hasta convertirse en revolucionario. Si el hombre es un ser esencialmente visual, mucho más lo sería aquel que, inconforme con el mundo en que vivió, sintió la necesidad de cambiarlo y transformarlo para bien.

S

¹ Citado por Rosario Mañalich Suárez: «Palabra y acción, verbo y pensamiento», *Tricontinental*, no. 153, La Habana, 2002, p. 49. Este texto se reproduce también en el presente volumen, pp. 20-23. [N. de la E].

Tres etapas parecen caracterizar a la fotografía guevariana: la de sus viajes por los países de América que recorrió en su juventud, la de su estancia en México y la concebida en su desempeño como dirigente de la Revolución Cubana. Aunque en más de un aspecto diferentes, las tres tienen en común compartir una misma experiencia cognitiva y estética, cuyo resultado último retribuirá siempre a su ingente existencia, contribuyendo a formar su condición de revolucionario y humanista. La primera etapa comienza con un autorretrato –género por el cual sintió especial preferencia–: el hecho en 1951 antes de iniciar el recorrido en moto y otros medios de locomoción por los países andinos del Continente, en compañía de su amigo Alberto Granado. De cuello y corbata, aunque de aspecto algo desaliñado, el joven Ernesto posa para la cámara. Tiempo después confesará que no tenía plena conciencia de la trascendencia del viaje que iba a iniciar por esa América que llamaría «mayúscula», y que Bolívar llamó «pequeño género humano»; aunque, si se observa bien, la fotografía parece desmentirlo. Ella es el negativo de su otro yo, el verdadero. El mismo que se le revelará, cual positivo, nueve meses más tarde, de regreso a la Argentina, cuando en la primera página de sus *Notas de viaje*, concluye: «Ese vagar [...] me ha cambiado más de lo que creí».² En efecto, el cambio empieza en el mismo momento en que se decide a «vagar». Así lo ilustra la siguiente anécdota: A poco de iniciar el recorrido en la moto Poderosa II, contrae una fuerte gripe, y Alberto le toma una foto en la cama del pequeño hospital de Chole-Choel. Esa noche anota en el Diario: «Lástima que la fotografía no fuera buena, era un documento de la variación de nuestra manera de vivir, de los nuevos horizontes buscados, libres de las trabas de la "civilización"».³ Quien así escribe, aunque no sea del todo consciente de la trascendencia del viaje que inicia, sí tiene conciencia de la imagen que lo mostrará y perpetuará en su nuevo estado, de su imagen. Luego, en la página preliminar de sus *Notas...*, bajo el título «Entendámonos», en un tono cuasi oracular, propio de los libros fundadores de las más antiguas civilizaciones, escribirá: «El hombre, medida de todas las cosas, habla aquí por mi boca y relata en mi lenguaje lo que mis ojos vieron».⁴ Se trata, pues, del anticipo por la imagen de una experiencia de cambio, la misma que el autorretrato prefigura y

² Ernesto Guevara de la Serna: *Notas de viaje*, La Habana, Centro Latinoamericano Che Guevara, 1993, p. 18.

³ Ernesto Guevara de la Serna: *Ibíd.*, p. 25.

⁴ *Ibíd.*, p. 18.

documenta, no ajena del todo al enfrentamiento con lo desconocido ni a la soledad. El fotógrafo, el artista, por esta vez, anticipa al revolucionario. Todavía no ha interiorizado que lo es. Tampoco se ha hecho a la idea de que un ideal justo pueda llevarse a la práctica como una obra de arte. El viaje ha concluido. Llegó a su primera Ítaca. En su «fuga hacia el norte», entre el polvo y el ruido cansino de la vieja moto que trepa por los desfiladeros andinos, ha vivido, como el Quijote, la soledad y la libertad de la aventura, y ha gustado de ella, lo ha rehecho. Pero, sobre todo, ha comprendido que el verdadero sentido del viaje no está en la meta, sino en el camino: suprametáfora de la vida. La conocida frase «del Bravo a la Patagonia» con que Martí designara a nuestra América –consigna con la que también la recorrió–, por esta vez, parece invertirse, para ilustrar un periplo que, proyectado en un inicio bajo el dictado de lo imprevisible, finalmente, unos años más tarde, lo llevará de la Patagonia al Bravo, para dar fe, tal y como lo hizo después en la poesía Mario Benedetti, de que el Sur también existe.

Más que las fotos que dan en testimoniar sobre el referido viaje, en esta etapa prevalece lo que bien podríamos llamar una búsqueda de su punto de vista; es decir, hacer que lo que ve desde su cámara se convierta en sujeto visual de su sentir y pensar. Él lo dice a su manera en la ya citada primera página de sus *Notas de viaje*: «mi boca narra lo que mis ojos le contaron». A distancia de lo anecdótico o turístico, inicia la progresiva aprehensión de una realidad cuya vastedad, variedad y complejidad, una vez comprendidas e interpretadas como imagen, contribuirían tanto a reafirmar su ideología e identidad como a hacer más personal su expresión. Sin duda, la grandeza del paisaje americano dejaría hondas huellas en esta su primera experiencia, tanto como el legado indígena y su permanencia entre los pueblos de la cordillera. Asimismo, la explotación, diferencias sociales e injusticias que a diario veía. América son muchas imágenes para que una sola la exprese completamente. También es bella y diversa, como paisajes, olores y culturas la pueblan. Todo esto y mucho más fraguaron en él ese deseo de justicia social que siempre lo caracterizó, a la par que le iba ordenando su sensibilidad también para lo estético. Ello explica la interdisciplinariedad visual, por llamarla de alguna forma, que alcanzará finalmente su fotografía, como bien lo evidenciarán las fotos correspondientes a su estancia en México.

II

Es en México, justamente, donde el número y la diversidad temática de las fotografías hasta el presente conocidas permiten una apreciación y

constatación mejor de lo antes dicho. Esta etapa, por consiguiente, aúna a su riqueza tres tipos diferentes de fotos o temáticas para explicarla: las de carácter arqueológico, sociológico y comercial. La impronta de belleza e historia que en su sensibilidad dejó la observación *in situ* de las culturas indoamericanas, se haría expreso primero por el paisaje y, solo después, por las ciudades en ruinas más importantes de estas culturas. Tal y como ocurrió en los inicios de la fotografía, es por el paisaje que el ojo fotográfico del Che se adentra en esa segunda naturaleza creada por el hombre americano: las grandes ciudades de las culturas mayas y de la meseta mexicana. Pasión visual, si se quiere, por la cual exterioriza la social, justiciera, para también asumir desde los presupuestos de un lenguaje fotográfico que se esfuerza por apartarse de lo trillado, la razón de ser de una fotografía de marcado carácter social, no menos apta que la palabra o la pintura para la dignificación del indio mexicano en particular, y de las culturas indoamericanas en general. Es interesante observar que en estas fotografías es donde el Che mejor manifiesta su doble interés cognitivo y estético. Toda experiencia que pueda serle útil a su práctica fotográfica, es bien recibida. De tal forma da cumplimiento a lo que podría llamarse la etapa de selección correspondiente al aprendizaje de cualquier expresión creativa. Su condición de fotógrafo ambulante por las calles y plazas de Ciudad México, si bien lo han llevado a hacer las ya consabidas fotos de enamorados y cumpleaños, también le han dado una mayor experiencia en lo que a los aspectos técnicos del oficio se refiere. Las fotos realizadas durante los IV Juegos Panamericanos, a pedido de la Agencia Latina de Noticias de la Argentina, con la cual se estrena como fotógrafo de prensa, así lo corroboran. Por ejemplo, al cubrir la esgrima, el joven fotorreportero le da una carga extra a la imagen, en este caso, de humor, al captar a los dos atletas en el choque de la estocada, cual una pareja de baile. O el ensayo visual que realiza sobre la carrera de una milla, desde la línea de salida a la de meta, donde participa y triunfa el argentino Juan Miranda, para concluir con un primer plano del atleta con la respiración entrecortada por el esfuerzo, y la correspondiente a la entrega de la medalla de oro en el podio de honor. Luego, un fin de semana cualquiera, evade la dura realidad de la sobrevivencia en la ciudad e intenta subir el Popocatepetl, o se da una escapada hacia el sur, a Chichén Itzá, Uxmal o Palenque. Pernocta en una de ellas, y al amanecer, la gloria del paisaje le exalta un pasado hecho presente. En estas fotos ya se observa un punto de vista más dinámico; el uso del contrapicado, el contraluz, los ángulos novedosos, la exaltación misma de la imagen por la imagen, anuncian al fotógrafo que es. Sabe ya, cuando no lo intuye, que plasmar la realidad de forma plana, simétrica,

genera un estatismo visual poco atrayente, cuando no la deja al margen de la realidad misma. En viajes más breves visita las aldeas y pueblos cercanos a la megalópolis, donde retrata a los indígenas: vestidos, objetos, miradas, conforman un universo visual de fuerte impronta social y etnológica, donde el indio se ve tratado con sagacidad y respeto. Curiosamente, muchas de estas fotos sustentan su composición y estética en el contrapunto visual que crea el joven fotógrafo entre los grupos indígenas retratados y los planos o claroscuros de las iglesias de fondo. En ellas está latente la preocupación por visibilizar una cultura milenaria desde un nuevo arte y lenguaje, el de la fotografía, para lo cual apela al testimonio y la memoria, tanto como a la realidad y a la belleza de toda expresión auténtica. A su ojo crítico se aviene cada vez más su ojo fotográfico. ¿Llegó el Che a plantearse el dilema ético entre dar testimonio de las injusticias o cambiar cámara por fusil para erradicarlas? Pienso que sí. De hecho, ya se lo había planteado como médico durante su estancia en Guatemala, tal y como lo hizo saber en un discurso pronunciado a los estudiantes de medicina y trabajadores de la salud en agosto de 1960: «Para ser médico revolucionario o para ser revolucionario, lo primero que hay que tener es revolución».⁵ Y pienso, además, que este fue el momento. El resto es historia sabida. Su contacto con exiliados cubanos y, por último, una larga conversación con Fidel en casa de María Antonia, una fría madrugada de la capital azteca, lo convertirán en un futuro expedicionario del *Granma*, en calidad de médico. El ciclo se repite, aunque a la inversa: de médico a fotógrafo, de fotógrafo a médico. En Cuba, en la Sierra Maestra, finalmente, el médico y el fotógrafo ceden ante el combatiente, iniciándose en la selecta familia de los guerrilleros americanos. Este linaje, que honra a todo un Continente, él lo sabrá prolongar.⁶

⁵ *Che Guevara presente: antología mínima*, Melbourne-Nueva York-La Habana, Ocean Press, 2004, p. 118.

⁶ Su estatura histórica desde entonces tendrá por rasero a los grandes rebeldes, desde Hatuey hasta Augusto César Sandino, entre muchos otros, como Enriquillo, Caupolicán, Tupac Amaru y Máximo Gómez; este último, calificado en su tiempo por el general español Arsenio Martínez Campos como «el primer guerrillero de América». A propósito, entre el generalísimo Máximo Gómez y el comandante Ernesto Che Guevara se darían algunas coincidencias históricas de sumo interés. Por ejemplo, los dos vinieron a Cuba a luchar por su libertad, empezaron a combatir por el oriente de la Isla, y, en sus respectivos momentos históricos, asumieron responsabilidades idénticas en la ejecución de una misma estrategia militar: llevar la guerra hacia la región central y occidental del país, donde los dos tendrán por escenario de sus últimas y, quizá, más brillantes campañas militares la otrora provincia de Las Villas.

III

Durante la campaña de Las Villas (actual Villa Clara, Sancti Spíritus y Cienfuegos), cuando mayores fueron las exigencias del mando –debido a que en esta región, junto con el Movimiento 26 de Julio operaban otras fuerzas guerrilleras opositoras a la dictadura–, el Che no perdió la costumbre ni la oportunidad de trabar amistad con los profesionales de la lente. Entre los primeros cabe mencionar a Perfecto Romero. Su incorporación a la tropa del Che ilustra bien la importancia que este le concedía a la fotografía como medio de comunicación y propaganda. Muchos de los jóvenes villareños que subieron a la sierra del Escambray a reforzar la columna invasora habían sido rechazados por el Che por no tener armas.

Cuando me tocó mi turno [cuenta Romero], también me preguntó dónde estaba mi arma; pero en ese momento se fijó en la cámara que yo llevaba en ristre y quiso verla. Entonces yo le dije que era fotógrafo. Él se interesó mucho y me dijo que podía quedarme, que pensaba organizar un cuerpo de corresponsales de guerra que recogieran todos los hechos que sucedieran, que él quería editar un periódico en campaña. También me dijo que siempre iban periodistas, pero nunca se veían las fotos. Días después, me envió con Orlando, Olo, Pantoja para que buscara un lugar donde poder revelar las fotos e imprimirlas. Con esta misión fui a la ciudad de Sancti Spíritus, donde hice contacto con los compañeros del Movimiento 26 de Julio; pero, por mucho que buscaron, no encontraron la ampliadora ni otros equipos que hacían falta.

Y concluye Romero: «Regresé al campamento y a los pocos días fuimos a cortar los puentes de la línea del ferrocarril y de la Carretera Central, y después, al ataque y toma de Fomento. A partir de ahí, ya no nos detuvimos hasta La Cabaña, en La Habana, el 2 de enero de 1959».⁷

Varias de las fotos tomadas por Perfecto Romero al Che antes, durante y después de la batalla de Santa Clara (cuarteles de Zulueta y Leoncio Vidal), así como en La Cabaña, serán las llamadas a generalizar su imagen por toda Cuba y el mundo. Las imágenes todavía huelen a pólvora. En la de Zulueta, ha sido captado de pie, con el brazo izquierdo enyesado, la frente chamuscada por un tiro a sedal y una granada al cinto. En las restantes, fumando tabaco, el bigote a lo Cantinflas, el brazo izquierdo en cabestrillo y la boina con cierto pliegue que le oculta la habitual insignia que usara durante la guerra: dos espadas cruzadas. La estrella se la colocará después. Esta imagen será referente de una de las primeras caricaturas que se le

⁷ Testimonio del fotógrafo al autor del presente trabajo.

hicieron al Che, salida de la mano de Conrado W. Massaguer y publicada en su libro *¿Voy bien, Camilo?*⁸ Enemigo jurado de alcahuetas, explotadores y oportunistas, se mantiene en guardia; una nueva guerra empieza. Hay cautela en su mirada, incluso, ironía. Si en su vida de guerrillero puede decirse que el Che fue más hijo de la comunicación oral que de la visual, a partir de ahora se invierten los términos, se le oye poco y se le ve más en periódicos, revistas, noticiosos televisivos y cinematográficos. No obstante, le quedan rezagos de la contienda bélica; a veces es tajante, áspero. Oniria Gutiérrez, la primera mujer en incorporarse a su columna, lo define como «muy humano, con un enorme, con un terrible concepto del deber».⁹ La revolución triunfante, por último, le exigirá nuevas responsabilidades y pruebas. Bien ganados tiene sus cargos. El pueblo siente por él admiración y respeto, pero aún no se ha ganado su simpatía... solo es cuestión de tiempo. El Che tiene un humor muy personal, más elaborado –si se quiere– que el que caracteriza al cubano promedio; pero, está por saberse.¹⁰ En tanto, voz, imagen y actos se irán haciendo un todo, poco a poco, tal y como se había hecho su leyenda en ambas sierras.

IV

Después de la pistola y la boina, del libro por leer o de la cuartilla por escribir, quizá el objeto más utilizado por el nuevo ministro de Industrias fuera la cámara fotográfica. Esta, justamente, es la etapa última del Che fotógrafo. En algunos aspectos es una continuación de la anterior; en otros, su culminación. Continuación, porque vuelve a dos de sus temas preferidos:

⁸ Conrado W. Massaguer: *¿Voy bien, Camilo?*, La Habana, 1959.

⁹ «La primera mujer que se incorporó a la columna del Che», edición especial de la revista *Bohemia*, 20 de octubre de 1967.

¹⁰ Una anécdota que bien ilustra su sentido del humor, es la siguiente: «En octubre de 1961, durante la Crisis de los Misiles, el Che invitó al vicepresidente de la URSS, Anastas Mikoyan, a un almuerzo en el Ministerio de Industrias. El mundo estaba al borde de una guerra nuclear y Cuba tenía uno de los roles capitales en dicha crisis. Todos los invitados, viceministros y participantes cubanos, asistieron de uniforme, salvo el viceministro de Desarrollo, que llegó de traje y corbata. El Che hizo la presentación de cada uno de los funcionarios cubanos a la delegación rusa, y cuando le tocó el turno a dicho viceministro, lo presentó como el vocero de la burguesía cubana. Mikoyan le creyó. Él pensó que el funcionario que le presentara el Che era, realmente, el representante de los pocos capitalistas que aún quedaban en Cuba. Por supuesto, nadie se encargó de desmentir al Che», Francis Giacobetti: *Les compañeros de Che Guevara*, París, Éditions Assouline, 1997, p. 120.

el paisaje y la fotografía de interés humano y social. Culminación, porque en posesión de un mayor conocimiento técnico y estético, y condiciones propicias para ello, al calor de nuevos viajes e impensables experiencias, ampliará viejos temas y abordará otros nuevos, para concluir en una suerte de discurso fotográfico tan orgánico como propio que, no menos que su oratoria y textos, enaltece su legado.

En sus periplos como hombre de Estado por diferentes países de Europa, Asia y África, siempre tomó fotos de sus habitantes, tradiciones y monumentos patrimoniales más emblemáticos. Con el mismo respeto e interés humano con que fotografía a dos hindúes caminando por una calle entre vacas, capta a los monjes budistas en meditación. En cada caso, un ángulo diferente..., una luz, la que le es propia, la que mejor se aviene al espíritu mismo de la escena aprehendida por la lente. Lo cognitivo y lo estético una vez más se ponen de manifiesto. De las fotos que buscan dar testimonio de las ciudades más antiguas y sagradas del Asia, África y Europa, en sus respectivos contextos geográficos y paisajísticos, así como de los detalles de sus arquitecturas, bajorrelieves y esculturas más características, se infiere un hombre que ha hecho de la cultura artística más decantada no solo parte esencial de su formación política, sino también de dignificación de la condición humana.

En Cuba, el pueblo, preferentemente el del campo, recibirá igual tratamiento. Tampoco falta el paisaje. Por ejemplo, las fotos tomadas en la Sierra Maestra en 1963, en la zona conocida por Mar Verde, escenario de uno de los combates del Ejército Rebelde, y las de la Ciénaga de Zapata. De esta región pantanosa del centro y sur de la Isla es, quizá, una de sus mejores o, al menos, donde con mayor acierto compositivo y originalidad asume el lenguaje fotográfico: tomada desde un helicóptero, su pie, en el ángulo inferior izquierdo de la misma, simula seguir una lancha rápida que se desplaza por uno de los canales de drenaje de la zona.

Dos asuntos poco tratados: el paisaje y el pueblo urbanos. La explicación, en parte, puede ser la que sigue: ¿cómo y cuándo retratar lo que le aclama al paso, o lo aborda, o lo interrumpe, o le pide una entrevista o un consejo? ¿Cómo y cuándo retratar la arcilla de la que está hecha la materia y el espíritu de la Revolución, cuando se es el alfarero? En tales circunstancias, el retratado siempre es él. En muchas ocasiones, por aficionados; en otras, por algunos de los fotógrafos cubanos más notables del llamado período épico, como Korda, Salas, Corrales, Perfecto Romero, Liborio, Ferrer, Fernández, Salitas, Arnaldo, Oller y Chinolope, entre otros. De estos y de otros cuyas fotos hay que rastrear en periódicos y revistas de la época –verdaderos depositarios de la memoria visual de la Revolución Cubana–, son las del

Che en su despacho en el Ministerio de Industrias, en un trabajo voluntario, en una actividad política o jugando al ajedrez. No faltaron momentos en que la situación se invirtió, como cuando le pidió prestada la cámara al fotorreportero del periódico *Revolución*, Liborio Noval, para tomarle una de las mejores fotos de perfil que se le hayan hecho a Fidel. Ello sucedió mientras el líder de la Revolución hablaba desde la tribuna ubicada en el Memorial José Martí, en la plaza de igual nombre, la mañana del 2 de enero de 1964. Para esta foto, el Che utilizó un teleobjetivo de 300 mm acoplado a una Start de 135 mm. Allí, en tan emblemático espacio, hizo valer su otra vocación, la de fotógrafo.

De esta etapa, lo verdaderamente novedoso será la relación que establece el Che entre su afición por la fotografía y la posibilidad de ejercitarla, lo cual propicia sus inspecciones semanales a las fábricas del país. Tomarle fotos a máquinas o a detalles de estas será su mayor goce durante tales incursiones de trabajo. Puede decirse que en estas fotos prima el interés estético por sobre el cognitivo. El hombre, cuando aparece, lo hace como figura accesoria. El flamante Ministro de Industrias cubano, de caqui, cabello cortado y boina, en la que ya luce la estrella de cinco puntas, más que retratar lo que ve, busca rehacer lo visto, transformarlo en una dimensión de inmediatez y a la vez de plenitud técnica, como si avizorara en las imágenes captadas esa utopía donde el hombre se disputará un horario laboral gratuito, por el grado de automatización alcanzado por la producción industrial. Viejas máquinas, algunas, incluso, obsoletas, relucen como nuevas desde este punto de vista.

Sobre esta temática de la fotografía guevariana no han faltado opiniones, en particular aquellas que la relacionan con su primer viaje a la antigua Unión Soviética, en 1960. Durante esta visita el Che visualizó *in situ* las obras de los artistas de la vanguardia rusa de inicios de siglo, ganando su atención la de los adscritos al movimiento constructivista, generalmente dados a este tipo de imagen durante el período de mayor efervescencia creativa de la revolución bolchevique, con la cual, sin duda, él homologó el presente cubano.

Otro género de preferencia del fotógrafo-comandante fue el autorretrato. Puede decirse que algunos de los momentos más importantes de su vida están perpetuados en un autorretrato. Así lo testimonian las fotos que se tomó antes de partir en moto a recorrer Suramérica, y en México, antes de embarcar para Cuba. En Tanzania, en la embajada de Cuba en Dar es-Salaam, donde reflexionó sobre la experiencia guerrillera del Congo, se autorretrató varias veces.

Todo autorretrato es una introspección, un monólogo visual, un acercar desde lo íntimo lo que de pasado tiene el futuro. ¿Qué había hecho? ¿Qué no hizo? Nueve meses antes, en Argel, al hablar en el II Seminario Económico de la Organización de Solidaridad Afroasiática, se convertiría en el primer alto funcionario del Gobierno Revolucionario en hacerle una crítica pública a los principios que regían por entonces las relaciones mercantiles entre el campo socialista y los países del Tercer Mundo en vías de liberación. A partir de aquí, el Che empezó a dejar de ser un hombre de su tiempo, para ser de todos los tiempos, según la conocida fórmula martiana. ¿Por qué? Porque no es lo mismo abandonar el oficio de fotógrafo ambulante en Ciudad México para incorporarse a una noble causa –derribar por las armas una de las tantas tiranías que por entonces existían en Latinoamérica–, a dejar todo lo que con tanto sacrificio y sentido del deber ya se había ganado en la política nacional e internacional, sin obviar una familia establecida, para volver «atrás», a una lucha desigual, sin perspectivas inmediatas de triunfo, condición primera y última de su *pathos*, que a la altura de los grandes dramas históricos coronaría más tarde la guerrilla boliviana y su dramática muerte. La primera de las decisiones es propia de los hombres que terminan por definirse como grandes patriotas; la segunda, de los superiores. Su importancia desde entonces debió residir no en su calidad de individuo, sino en su valor de arquetipo: representa al hombre soberano de sus decisiones. Para decirlo con palabras de Ezequiel Martínez Estrada: «Representa al hombre liberado tanto como al libertador».¹¹ En consecuencia, nada tiene de extraño que sus autorretratos y hasta algunos de sus retratos sean expresión de esa conciencia histórica que tuvo de sus actos. Incluso, el hecho por Freddy Alborta en la lavandería del hospital de Vallegrande, aunque parezca desacertado para algún que otro lector, confirma este aserto. El Che nos mira, con esa capacidad de vida de quien trasciende la muerte, en violento escorzo, como el Cristo de Mantegna.

V

En esta perspectiva mediática, es del mayor interés humano, estético y político esbozar lo que podríamos llamar la relación Martí-Che a partir de la pasión que ambos sintieron por la fotografía en general y la forma muy propia de asumirla por el retrato en particular. Aunque Martí no hizo

¹¹ Ezequiel Martínez Estrada: «Che Guevara: capitán del pueblo», *Bohemia*, 20 de octubre de 1967. [Este texto, publicado en *Casa de las Américas*, no. 33, también ha sido incluido en el presente volumen, pp. 287-291. (N. de la E.).

fotos, porque en términos prácticos la tecnología de las cámaras y del revelado de la época no se lo permitió, tuvo un amplio conocimiento de la nueva imagen técnica, sin excluir la de color, todavía en fase experimental. Pero, además, su conocimiento del novísimo lenguaje fotográfico corrió parejo a su conciencia del hecho histórico que asumía cuando se hacía retratar. Excepto su autorretrato a plumilla, los dibujos de Bernardo Figueredo Antúnez y Cirilo Almeida Crespo, y el óleo que le hiciera el pintor sueco Herman Norman en Nueva York (1891), el resto de su iconografía en vida es fotográfica; un total de cuarenta fotos. Las mejores o, al menos, aquellas que conjugaron su carga emotiva con ciertos valores estéticos, devinieron núcleo visual dinamizador de la iconografía martiana gestada por los plásticos y gráficos cubanos desde el siglo pasado hasta nuestros días, sin excluir los de otras naciones del Continente como, por ejemplo, los mexicanos Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros.

Otro tanto ha sucedido con las fotos hechas al Che en vida. También Martí admiró las ruinas de las ciudades mayas y mesoamericanas. Y aunque no les tomó fotos, por las razones antes aducidas, sí escribió sobre ellas en *La Edad de Oro*, la revista que concibiera para los niños de América en Nueva York. Desde muy joven luchó contra todo tipo de injusticia, y de esta experiencia sacó la siguiente conclusión: «O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha».¹² Se consideró un combatiente por la libertad de los pueblos de la América Latina. Y se hizo un autorretrato a plumilla como el benéfico Chac-Mool, el dios maya de la lluvia, el mismo que setenta años después fotografió el Che durante sus andanzas por el norte de Yucatán (Chichén Itzá, 1955).

Días después de caer en combate en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, las autoridades coloniales, con el propósito de confirmar la identidad del Apóstol, ordenan exhumar su cadáver y tomarle una foto. Con el cadáver de Martí sucedió lo que con el del Che Guevara: solo la fotografía podía dar testimonio de sus muertes, de lo contrario, nadie les daría crédito. Pensaron que con ello matarían su ejemplo, y lo ahondaron aún más en la conciencia de los hombres justos. Ultimados por soldados de su propio pueblo, el enemigo no pudo regocijarse de sus muertes. ¡Cuánto de Cristo en los dos! Martí fue trasladado como un fardo a lomo de caballo a su primer enterramiento; el Che, sobre el patín de un helicóptero. Dice Tennessee Williams que lo único opuesto a la muerte es el deseo. Hoy son sus fotos de vivo las que multiplican su ejemplo. También Martí llevó tres diarios: el de Puerto Progreso a Guatemala, el de Montecristi a Cabo Haitiano y

¹² José Martí: «Antigüedades mexicanas», *Obras completas*, t. 8, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1966, p. 328.

el impar de Cabo Haitiano a Dos Ríos. Para mayor acuerdo con la vida del Che, escribió «Patria es humanidad». Y también «Todo el que lleva luz se queda solo». El Che, por supuesto, pudo haber sido un excelente fotógrafo... Martí, también.

Los textos de ambos, en sus correspondientes niveles de realización literaria, evidencian esa relación entre imagen visual y verbal, cual un todo expresivo único, sustento de su acción. Martí fue uno de los pocos grandes escritores de lo inmediato. La mayor parte de su voluminosa obra se reparte entre tres géneros emblemáticos de la inmediatez: el epistolar, la oratoria y el periodismo, sin olvidar los diarios personales. También el Che hizo uso de ellos. Ambos, en sus respectivos contextos históricos, son continuadores de ese vínculo entre pensamiento civil y literatura que inaugurara el periodismo de la ilustración americana hacia fines del siglo XVIII, y que tuvo en el siguiente siglo entre sus primeros exponentes a Varela, Lizardi, Sarmiento y Montalvo, y del que fue el propio Martí culminación.

Martí creó un Partido para organizar una guerra necesaria; el Che, con parecido propósito, no se afilió a ninguno. Los dos vistieron con sencillez. Peregrinos de por vida, al morir no dejaron nada material. Americanos, nunca extranjeros fueron grandes ausentes en sus respectivas tierras de nacimiento. Sin duda, los dos alcanzaron el objetivo último que presuponía para todo hombre mayor el príncipe poeta Netzahualcoyotl: hacerse su propio rostro y corazón. El Che dijo: «Antes de comandante yo fui fotógrafo».¹³ Martí escribió: «Pueblan hoy los fotógrafos la tierra».¹⁴

Una imagen recorre el mundo

Octubre del 67 fue el comienzo. La foto de Korda apenas empezaba a conocerse. Su historia previa a la ubicación cimera que pronto alcanzaría en la cultura visual contemporánea, se relaciona con el editor Giangiacomo Feltrinelli y su tránsito por La Habana con destino a Italia, luego de visitar Bolivia, donde intercediera por la libertad del escritor francés Régis Debray. Feltrinelli, con ese fino olfato que lo llevó a ser en 1957 el editor de *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak, solicitó de Haydee Santamaría, directora de la Casa de las Américas, una foto del Che. La Heroína del Moncada le comentó las de Alberto Díaz, *Korda*. Impuesto este del pedido, y sin que

¹³ Testimonio del fotógrafo Perfecto Romero.

¹⁴ Frase escrita en la «Sección Constante», *Opinión Nacional*, Caracas, 21 de enero de 1882. José Martí: ob. cit. (en n. 12), t. 9, p. 229.

mediara interés material alguno de su parte,¹⁵ seleccionó el fotograma correspondiente al retrato que le hiciera al Che el 5 de marzo de 1960, durante las honras fúnebres a las víctimas del sabotaje al vapor francés *La Coubre*. ¿Qué pensaron Korda y Feltrinelli de la foto? No lo sabemos. ¡Pero fue la mejor! Corría la primavera de 1967.

Si bien Korda no se imaginó entonces la repercusión social, política y hasta histórica que tendría esta foto, sí fue consciente de la cualidad visual implícita en ella desde que la tomó en el referido acto y, sobre todo, cuando la develó entre el 5 y 7 del antedicho mes y año. Ella se concibe en el lustro de oro de la fotografía épica de la Revolución Cubana (1959-1963), que gestaran los fotorreporteros nucleados en torno al periódico *Revolución*, órgano del Movimiento 26 de Julio, y de su semanario cultural *Lunes de Revolución*, Korda entre ellos. Fieles a su condición, él y sus colegas tenían por costumbre hacer fotos de las personalidades prominentes del proceso revolucionario en cada actividad política de real interés noticioso. La de ese día era de relieve internacional. Con tal propósito, hizo un primer pase con la lente por la tribuna ubicada en la intersección de las calles 23 y 12, sin encontrar ninguna figura de interés. Hizo otro... Y del fondo ve avanzar al Che, quien, prácticamente, se le mete en el visor de la cámara... «Me impresionó tanto», recordaba años después Korda, «que me eché hacia atrás e instintivamente apreté el obturador».

La tarde invernal, el *jacket* tomado a última hora por el Che para evitar un «repunte de asma» y un leve movimiento de la Leica, imposible de corregir, dada la urgencia que le impuso a nuestro fotógrafo la imagen previsualizada desde la compacta muchedumbre allí reunida, fueron los otros factores que, al conjugarse con las fracciones de segundo de la toma, transportaron al Che de una calle de la barriada habanera de El Vedado a los picachos andinos, con lo cual fija para los tiempos venideros la imagen de su anagnórisis internacional. Luego, Korda eliminó algunos elementos ajenos a la condición de retrato que le quería dar al fotograma, y del formato horizontal pasó a uno vertical. Prevalció en este acto no la realidad tal cual era, sino la realidad tal cual la fotografía expresaba; es decir, la dictada por las circunstancias, tanto como por la experiencia y la sensibilidad de su creador. Así apareció impresa en el periódico *Revolución* el 15 de abril

¹⁵ Durante este período el valor en dinero de una obra artística no era lo primordial para los creadores cubanos identificados con el proceso revolucionario, quienes vivían de su salario y las colaboraciones. Para fotorreporteros, diseñadores y artistas en general, el valor de sus obras se medía en términos de aceptación social. El aspecto propiamente monetario de la creación quedaba relegado a un nivel secundario.

de 1961, o sea, a un año, un mes y diez días de haber sido tomada. Seis años y once meses más tarde, con motivo de la muerte del Guerrillero Heroico y la repercusión que causó la trágica noticia a nivel internacional, Feltrinelli hará uso de dicha foto en un cartel de 100 x 70 cm que, impreso en *offset*, hizo público en Milán. Según cálculos estimados, entre noviembre de 1967 y enero de 1968, vendió un millón de ejemplares del cartel, a cinco dólares cada uno.¹⁶ El *copyright* «editorial Feltrinelli» en su margen inferior izquierdo, presupuso una autoría que no le pertenecía, ya que hasta su muerte en un atentado, nunca reconoció en público que fuera Alberto Díaz, Korda, el fotógrafo de tan notoria foto. Su inmediata aceptación por los más disímiles movimientos sociales y de liberación nacional que por entonces empezaban a proliferar, incluido el denominado *hippie*, vendría a refrendar, quizá, una de las paradojas históricas de la cultura de todos los tiempos: hay que darse a conocer *afuera*, para ser reconocido *adentro*. La imagen que permaneció por más de seis años en el más absoluto silencio visual, pronto se convertiría en la foto más publicada y reproducida de la historia de la fotografía.¹⁷

¿Qué hizo que esta foto fuera la preferente del resto de la iconografía fotográfica guevariana? En principio, puede aducirse que, si las fotos de Freddy Alborta hechas al cadáver del Che en la lavandería del hospital de Vallegrande crean la imagen crística del Guerrillero Heroico y, por consiguiente, prefiguran la del guerrillero-santo, la foto de Korda, tomada en el período épico del fotorreporterismo revolucionario cubano, configura la imagen del combatiente rebelde, es decir, la del héroe. Esta fue la que se

¹⁶ Dato tomado de la entrevista hecha a Korda por el periodista Ciro Bianchi Ross, en 1991, y que se recoge en su libro *Oficio de intruso*, La Habana, Ediciones Unión, 1999, p. 12.

¹⁷ «Ficha técnica (tentativa): *El retrato El Guerrillero Heroico*, de Alberto Díaz, Korda, La Habana (1928-2003), fue tomado a Ernesto Che Guevara el sábado 5 de marzo de 1960. Hora: después de las cinco de la tarde. Lugar: 12 y 23, El Vedado, Ciudad de La Habana. Se utilizó una cámara Leica (clásica), un modelo de la generación de las III C. III F., con un telefoto Elmar de Leitz de 90 mm 1:4. La exposición se estima haya sido de f/5.6 con 125 s. La escala de enfoque en una cifra próxima a los tres metros. La película, Kodak Plus X Pan de 35 mm, con un índice de exposición probable de 125. Fue revelada con D-76 (1:1) a 20 grados centígrados, con agitación de diez segundos cada minuto, durante el tiempo indicado por el fabricante (probablemente siete minutos). Enjuague, fijado (Kodak) y lavado durante cuarenta y cinco minutos. El fotograma 40 quedó subexpuesto en comparación con la media general; es preciso imprimirlo en papel No. 4. La falta de nitidez de la imagen puede atribuirse a los siguientes factores: características de la iluminación, lente rayado, foco impreciso (téngase en cuenta que se emplea un visor de telémetro incorporado a la cámara y uno adicional para corregir la profundidad de foco y el paralaje); es posible que la cámara se haya movido». Jorge Macías: «5=8 x 10. El retrato del Guerrillero Heroico», *Revolución y Cultura*, no. 5, mayo de 1990.

enarboló en pancartas, carteles y otros objetos visuales, en las memorables jornadas de protesta de los jóvenes norteamericanos contra la guerra de Vietnam, en las barricadas parisinas durante la llamada Revuelta de Mayo, en la masacre de Tlatelolco, en los enfrentamientos de Milán, en la primavera de Praga. Esta y no otra fue también la que inspiró a los combatientes vietnamitas hasta la victoria de 1975, a los revolucionarios sandinistas y salvadoreños, al pueblo chileno, a los soldados internacionalistas cubanos. Las mujeres y los hombres de la vanguardia social de entonces, independientemente de credos, razas y nacionalidades, no creían en santos, sino en cambios. No creían en la muerte, sino en el ejemplo. No creían en el Che de Alborta, sino en el de Korda. No otra imagen querían para su memoria, sino esta, que lo representaba con el cabello largo –«Mi pelo está creciendo [...] Dentro de un par de meses volveré a ser yo»¹⁸ y una mirada que parecía ver –gracias a la manipulación apuntada y un posible desgaste de la lente–, por sobre los picachos andinos, el estremecimiento de un nuevo amanecer del hombre.

Esta imagen fue a la comunicación visual de la época lo que el *Mensaje a los pueblos del mundo* al pensamiento político y social tercermundista. Y así como el David de Miguel Ángel se separó del bíblico, para devenir símbolo de libertad en la *angustiada* Florencia de inicios del siglo *xvi*, el Che de Korda se ha ido distanciando de la libertad otra que lo vinculó en un primer momento al socialismo real, para convertirse en símbolo de liberación del hombre en el *angustiado* mundo de hoy. El Hombre Nuevo es tan viejo como el hombre. El arte y la literatura nos permiten seguir sus huellas. Y he aquí el Che... Pocas imágenes como esta se han subjetivado tanto y tan bien desde la propia dinámica y dramática de la realidad que la generó. A fuerza de servirse del tiempo, lo trascendió. Ya no temporal, ella visibiliza la interioridad máxima presente en una imagen; ese «otro» que todos llevamos dentro, en un lugar distante, cercano al corazón. Así se vio a fines de la bizarra década, «último eslabón del lobo, primero del hombre verdadero».¹⁹ Así lo vieron las nuevas generaciones. Lo que no se cambió entonces, está por cambiarse todavía. Es esta imagen y no otra la que interrumpe el megarelato, congela los sesenta y deja el final abierto para el presente siglo.

Casa de las Américas, no. 250, enero-marzo de 2008, pp. 91-100. Incluido en la sección «Che siempre».

¹⁸ Ernesto Guevara: *Diario del Che en Bolivia*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1968, p. 5.

¹⁹ *Presencia del Che Guevara*, poema del chileno Jaime Valdivieso.

ÍNDICE

7 El Che en la Casa de las Américas

De Ernesto Che Guevara

Cartas

- 15 Postales
- 20 A Ernesto Sábato
- 24 A Haydee Santamaría
- 25 A sus padres
- 26 A sus hijos
- 27 A Fidel
- 29 A Haydee

Pensamiento

- 33 Machu-Picchu, enigma de piedra en América
- 39 Apuntes de lecturas
- 62 El dilema de Guatemala
- 65 La clase obrera de los Estados Unidos... ¿amiga o enemiga?
- 69 Lo que aprendimos y lo que enseñamos
- 72 Discurso a las milicias
- 78 Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?
- 92 Discurso en Minas de Frío
- 96 El socialismo y el hombre en Cuba

Sobre Ernesto Che Guevara

Mensajes

- 113 *En el momento de...*
- 114 *El comandante Ernesto Che Guevara...*
- 115 Hasta la victoria siempre, Che querido
HAYDEE SANTAMARÍA
- 116 Héroe de América
ALEJO CARPENTIER
- 117 Mensaje al hermano
JULIO CORTÁZAR
- 118 Ernesto Guevara, comandante nuestro
JOSÉ LEZAMA LIMA

- 119 Todo lo que trate de escribir
ITALO CALVINO
- 120 Al camarada Che Guevara
ANDRÉ GORZ
- 121 Un hombre libre
CLAUDE JULIEN
- 122 Homenaje al Che
ANNE PHILIPPE
- 123 Para el Che
New Left Review
- 124 Comandante Che Guevara
MANUEL ROJAS
- 125 *No viven...*
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN
- 126 Ahora le erigirán justificados monumentos
ÁNGEL RAMA
- 127 El Che ha vencido
GIANNI TOTI
- 130 Combatiendo por la libertad de América Latina
ha muerto nuestro comandante Ernesto Guevara
ROQUE DALTON
- 130 Irá con ellos
SAMUEL FEIJOO
- 131 Epitafio para colocar sobre un mapa de América
DALMIRO SÁENZ
- 132 Carta del 29 de octubre de 1967
JULIO CORTÁZAR
- 133 Marcha y Declaración de Higueras
- 136 Carta abierta a Ernesto Che Guevara
FREI BETTO
- 139 Che
RAFAEL CANCEL MIRANDA
- 141 *Hay muchas maneras...*
ANTONIO CANDIDO
- 142 Che Guevara
KEITH ELLIS
- 142 El nacedor
EDUARDO GALEANO

- 143 El Che
LEÓNIDAS LAMBORGHINI
- 143 Acerca del Che
RIGOBERTA MENCHÚ
- 144 *Siento orgullo de...*
ANA MIRANDA
- 145 *Está por terminar...*
EMIR SADER
- 145 El Che y sus compañeros, siempre, en todas partes
- 147 Los restos del Che
RODOLFO LIVINGSTON

Recuerdos, Testimonios

- 149 Pequeños, fijos, penetrantes ojos
HAYDEE SANTAMARÍA
- 150 Recordando al Che
ARNALDO ORFILA REYNAL
- 152 El Che y un instante de la rendición de Santa Clara
ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ
- 154 ¿Qué puedo decir?
ENRIQUE OLTUSKI
- 157 Una madrugada de febrero
CARLOS MARÍA GUTIÉRREZ
- 158 Descarga
FRANCISCO URONDO
- 163 Che
RAÚL ROA
- 167 Guevara
RODOLFO WALSH
- 169 Aquel poema
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
- 174 Solamente un testimonio
MARÍA ROSA OLIVER
- 178 Una escala en mi diario: donde aparece la gloria
PEDRO MIR
- 182 Testimonio sobre Ernesto
ALFONSO BAUER PAIZ
- 191 El Che que conozco
JUAN ALMEIDA

- 192 Desde Yara
HARRY VILLEGAS
- 197 Mi rencuentro con el Che en Argentina
ALBERTO GRANADO
- 198 Guevara te mira en las noches
PACO IGNACIO TAIBO II
- 206 El Che camina al próximo siglo
VOLODIA TEITELBOIM
- 207 En defensa del romanticismo
MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN
- 208 El Che en mi memoria
JUAN JOSÉ DALTON
- 211 Recibimos al Che y sus compañeros
FIDEL CASTRO RUZ
- 214 Silvio Rodríguez habla del Che

Letras para el Che

- 219 Guitarra en duelo mayor
NICOLÁS GUILLÉN
- 222 Campesino
LUIGI NONO
- 224 Consternados, rabiosos
MARIO BENEDETTI
- 227 Palabras al Che
LEOPOLDO MARECHAL
- 228 Elegía a Ernesto Che Guevara
ENRIQUE LIHN
- 230 Cosas concretas
DAVID VIÑAS
- 233 Conversaciones
JUAN GELMAN
- 241 Poema
IDEA VILARIÑO
- 243 Primera conjugación
AMANDA BERENGUER
- 246 Oración
LAURETTE SEJOURNÉ
- 247 Che
MARGARET RANDALL

- 251 Poema del Che
ANTHONY PHELPS
- 255 Nuestro Che
ANDREW SALKEY
- 257 Fugacidad de su muerte
JORGE ENRIQUE ADOUM
- 261 Che 1997
MARIO BENEDETTI
- 262 Nacimiento de una república
ALFONSO SASTRE
- 263 Chuvia
CHIQUI VICIOSO

Che íntimo

- 269 *De Evocación*
ALEIDA MARCH

Pensar al Che

- 287 Che Guevara, capitán del pueblo
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA
- 292 Che: encarnación del hombre nuevo
MANUEL GALICH
- 299 El socialismo y el Che
ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ
- 304 Apuntes para el Che escritor
GRAZIELLA POGIOTTI
- 310 La literatura en la vida de un revolucionario
(Para un retrato de Ernesto Che Guevara)
VERA KUTEISCHIKOVA Y LEV OSPOVAT
- 326 El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara
CARLOS TABLADA PÉREZ
- 361 A veinte años de la muerte del Che
FIDEL CASTRO RUZ
- 385 El Che y el socialismo de hoy
FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA
- 398 El Che: una cultura de liberación
ARMANDO HART DÁVALOS
- 402 Mi imagen del Che
ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

- 407 Che Guevara, hombre del siglo XXI
MICHAEL LÖWY
- 409 El Che en nuestro mundo hoy
JAIME MEJÍA DUQUE
- 412 El diario de Bolivia
TUNUNA MERCADO
- 417 El Che: hoy más que ayer
GIANNI MINÀ
- 421 Breve meditación sobre un retrato de Che Guevara
JOSÉ SARAMAGO
- 423 El Che y el hombre nuevo
LEOPOLDO ZEA
- 426 Sobre *Pasajes de la guerra revolucionaria*
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
- 437 El Che del siglo XXI
ORLANDO BORREGO DÍAZ
- 461 El Che sigue combatiendo
RICARDO ALARCÓN
- 467 Che Guevara y el valor de la fuerza subjetiva
BELARMINO ELGUETA
- 490 El misterio del Che frente a los desarmadores de la utopía
CLAUDIA KOROL
- 497 Apuntes críticos a la economía política
de Ernesto Che Guevara
OSVALDO MARTÍNEZ
- 506 De fotógrafo a comandante
JORGE R. BERMÚDEZ



Juan Manuel Sánchez (Argentina)
De la serie colectiva *Che*, 1968
Óleo sobre tela
195 x 150 cm
Colección Arte de Nuestra América Haydee Santamaría

*Materiales de la revista Casa de las Américas
de/sobre Ernesto Che Guevara,
se terminó de imprimir en el mes
de diciembre de 2017,
con una tirada de 3 000 ejemplares.*

casa

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Fondo Editorial
Casa de las Américas

ISBN 978-959-260-510-7



9 789592 605107

